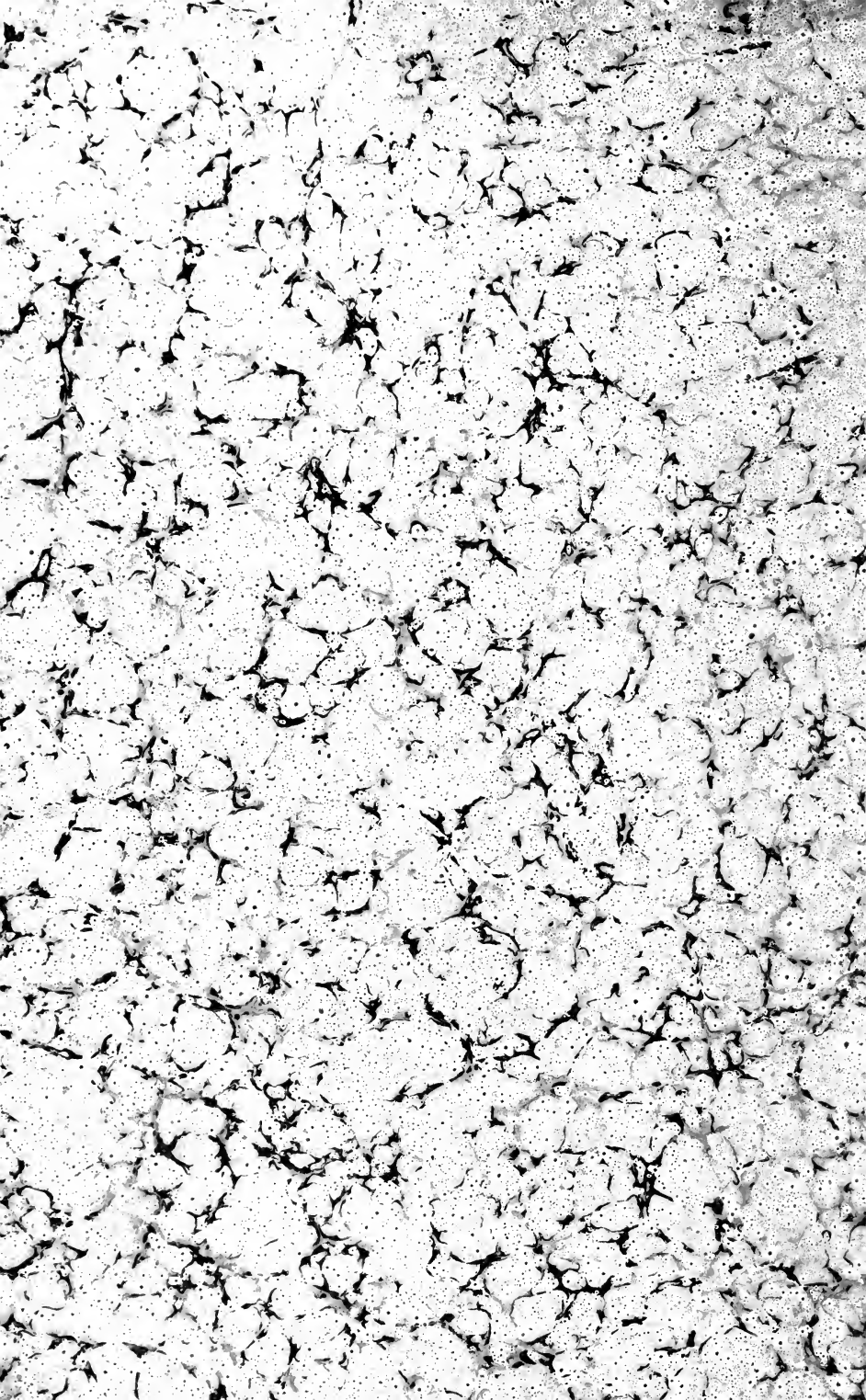


UNIVERSITY OF TORONTO



3 1761 01794372 1







LEYENDAS

NOVELAS Y ARTÍCULOS LITERARIOS

ESCRITOS POR LA

SEÑORA DOÑA GERTRUDIS GOMEZ

DE AVELLANEDA.

El Artista barquero.
Espatolino.
Dolores.

MADRID :

LIBRERÍA DE **LEOCADIO LOPEZ**, EDITOR,
calle del Carmen, número 15.

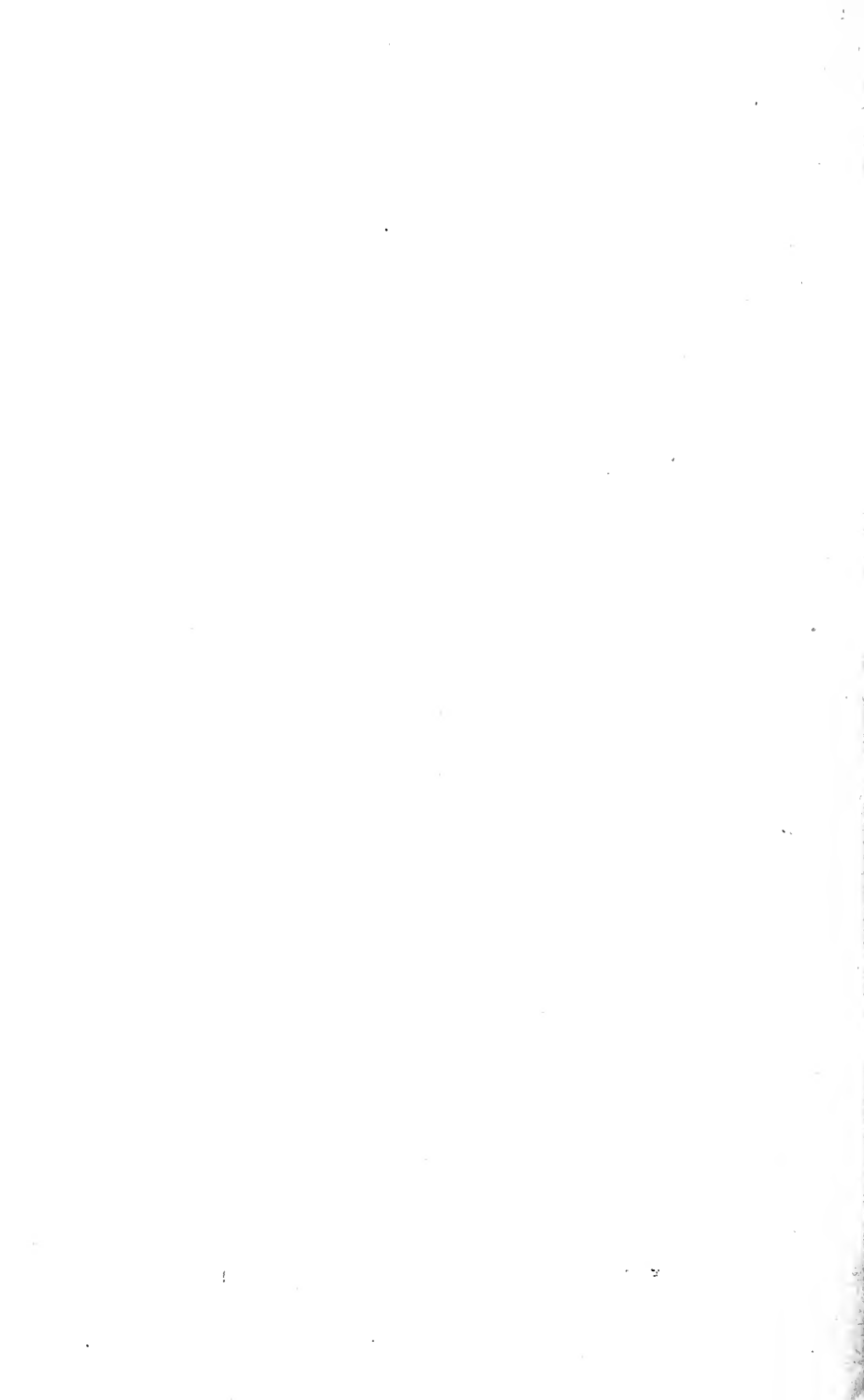
1877.

MADRID, 1877.— Imprenta, estereotipia y galvanoplastia de Aribau y C.^a
(sucesores de Rivadeneyra), Impresores de Cámara de S. M.

EL ARTISTA BARQUERO,
ó
LOS CUATRO CINCO DE JUNIO.

Esta novela está fundada sobre cierta anécdota, bastante conocida, de la vida de un hombre célebre.

LA AUTORA.



DEDICATORIA.

Á LA EXCMA. SRA. DUQUESA DE LA TORRE,
CONDESA DE SAN ANTONIO.

Mi muy estimada y querida amiga : Al dar á luz *El Artista Barquero, ó los cuatro cinco de Junio*— primera obra que sale de mi pluma bajo el hermoso cielo de nuestra Antilla,— atendiendo más al deseo de rendir público testimonio de mi aprecio á objetos que reputo dignísimos, que á la pequeñez del homenaje que me era dado ofrecerles, ora pensé en dedicárselo al bello sexo cubano— que por tantos títulos me es caro;— ora al gremio literario, gloria del país, y al que debo tan honoríficas distinciones;— ora, en fin, á la ciudad de mi cuna, cuyo derecho á los sentimientos más santos de mi corazón no puede ser superado por ninguno.

Dudosa en la elección, me afanaba en balde por conciliar los tres afectos que, con equilibradas fuerzas, pesaban sobre mi voluntad, cuando vino de repente á terminar mis dudas una feliz idea que V. ha tenido la amabilidad de acoger, llena siempre de benevolencia para con mis incorrectas producciones.

Esa idea, amiga mía, V. la sabe ya, y el público la adivinará de seguro ántes de mayor explicación de mi parte. ¿No es V. á sus ojos, como á los míos, la síntesis perfecta del bello sexo cubano? ¿No admira en su bondad nativa, en su rica imaginación tropical, en su belleza llena de gracia púdica, en su dignidad

dulce y melancólica, ese admirable tipo de la mujer criolla, sin igual en el mundo? ¿Quién, pues, mejor que V. puede recibir— como representante de todas nuestras compatriotas— el homenaje tierno de mi admiración y simpatía?

Y los hijos del Parnaso, ¿podrán no reconocer también digna de simbolizar la deidad de su culto, á aquella que con sus ojos inspira la poesía, con sus sonrisas la premia, y con su recto é ilustrado juicio sabe estimar y enaltecer á todo talento laborioso, á toda inteligencia distinguida?

Aun mi amada ciudad, bella Duquesa, áun aquel pueblo distante, que no ha sido honrado con la presencia de V., debe satisfacerse con la parte que le cabe en esta dedicatoria afectuosa. La ofrenda que hace á V. una *camagüeyana* es ofrenda de su pueblo: de su pueblo, que ama con entusiasmo cuanto es bello, bueno, benéfico, y que sabe que V. es bella y buena y benéfica de veras.

Usted y Puerto-Príncipe no son, por tanto, dos objetos extraños el uno al otro. Usted posee legítimo derecho á recibir la modestísima ofrenda que anhelaba mi afecto hacer á mi país, y que él me agradecerá rinda preferentemente á la belleza, de quien es adorador— porque es pueblo poeta;— á la bondad, que ama— porque es pueblo noble y recto;— á la beneficencia, que ejercita y aplaude— porque es pueblo eminentemente cristiano.

Reciba V., pues, al *Artista Barquero*, que se le rinde ufano en este triple concepto: recíbalo V. con agrado, por más que, fruto humilde de mi fatigada inteligencia— aunque concebido también bajo este cielo poderosamente fecundo— no sea comparable, ni en hermosura ni en atractivo, á ese precioso fruto de su juvenil seno de V., que ha venido á trazar un nuevo dulce nombre en el extenso catálogo de las bellezas cubanas.

Tiene, empero, con la linda hija de V. cierto lazo, de que se envanece el pobre hijo de mis ratos de desvelo. Una y otro comenzaron á existir al mismo tiempo. Yo escribía las páginas

que doy al público, en los mismos momentos en que V. sellaba la pura frente de su ángel con los primeros besos de maternal cariño.

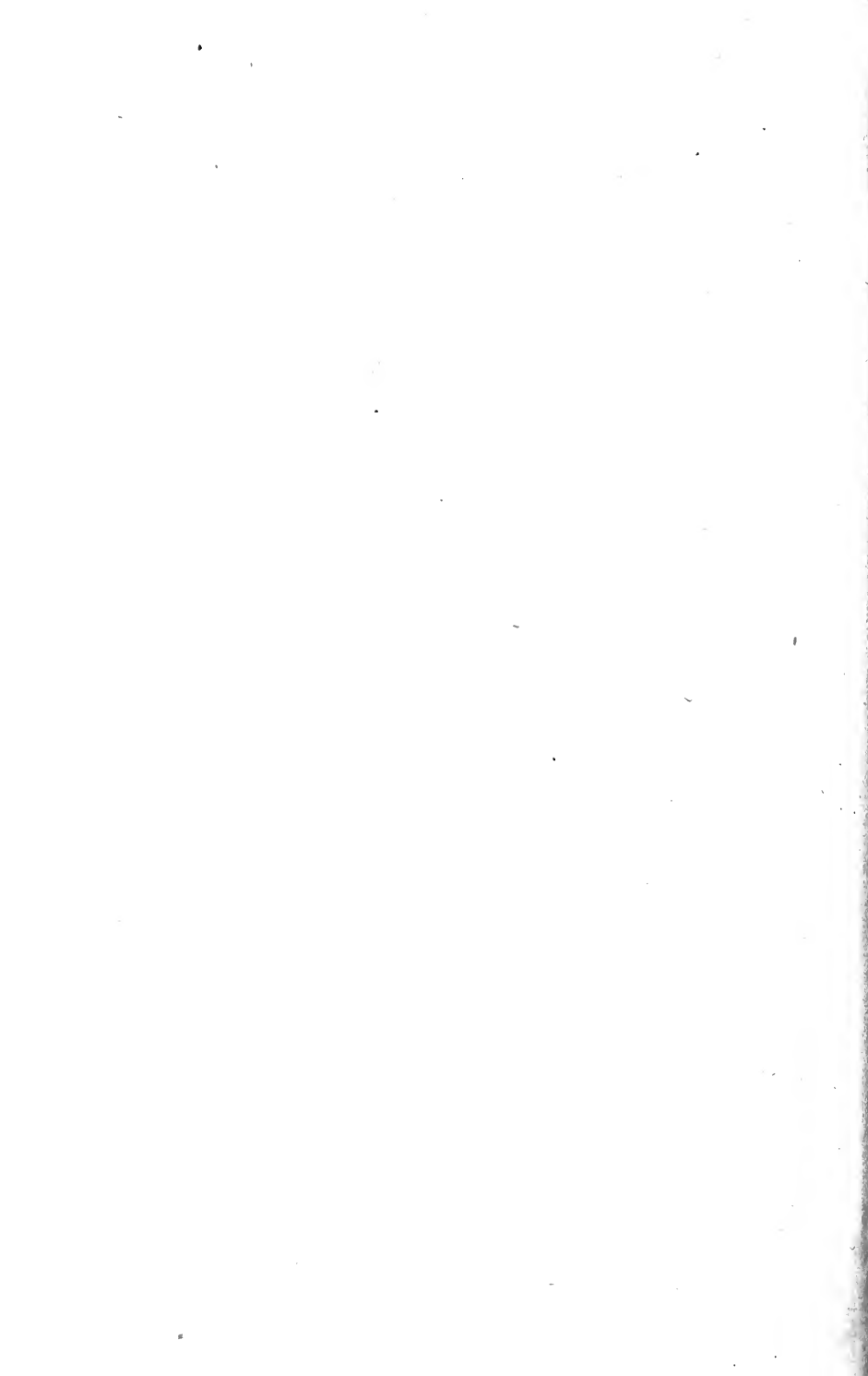
Que al poder de tal recuerdo merezca á V. este librito una mirada afectuosa, y no quedará descontenta la ambicion de la autora; cuyas pretensiones, al publicarlo, no son otras que dejar un ligero recuerdo á su Isla amada, y entretener algunos ratos á los aficionados á este género de literatura; cuyo galante apresuramiento por llenar los pliegos abiertos á la suscripcion, bastaria por sí solo á recompensarla ámpliamente de tan insignificante trabajo.

Siempre es de V., querida Duquesa, con los sentimientos más distinguidos, que se complace en manifestar de todos modos, apasionada amiga y atenta servidora,

Q. B. S. M.,

GERTRUDIS GOMEZ DE AVELLANEDA.

Habana — 1861.



EL ARTISTA BARQUERO,

6

LOS CUATRO CINCO DE JUNIO.

PRIMERA PARTE.

CAPÍTULO PRIMERO.

EL PASEO POR LA BAHÍA DE MARSELLA.

Empezaba á declinar la más apacible tarde de Junio de 1752, y aunque era domingo—día de reposo y de oración, en que se disminuye un tanto el bullicioso hervidero de la vida comercial—el puerto de Marsella, poblado de mástiles y banderas de todas las naciones del mundo, presentaba, como siempre, el aspecto animado que le es característico. Uníase más bien al movimiento ordinario de la activa multitud que de continuo bulle por los muelles—formando pintoresco contraste con sus variados trajes, y alegre algazara con sus diversos idiomas—el considerable número de oficinistas domingueros, *touristes* transeuntes y distinguidos ociosos, que iban llenando lanchas y botes, para visitar los fuertes ó las islillas que se levantan en grupo, á media legua apénas de la costa, como para contemplar de frente á la hermosa reina del Mediterráneo.

Entre las pocas barcas que áun aguardaban pasajeros, se distinguia por su blancura una que casi tocaba con su popa los piés del pesado edificio consistorial, y que con su graciosa vela latina —plegada todavía,— se asemejaba á un cisne dormitando al suave balance de las tranquilas olas.

La única persona que la ocupaba era un rubio y gallardo mancebo, como de diez y ocho á veinte años, vestido con pulcra sencillez que no carecia de elegancia, y cuya mano derecha —apoyada negligentemente en el timon— mostraba tan aristocrática hermosura, que no era posible presumir estuviese avezada á manejarlo.

Prestando poco interes al bullicioso espectáculo que le rodeaba, dejaba el jóven perderse sus miradas por la inmensidad del espacio, cuando de pronto le sacó de su contemplacion melancólica el movimiento que imprimió á la barquilla el peso de otro individuo, que saltó á ella con agilidad poco comun á sus años—que bien podian pasar de sesenta,—y que se arrellanó sin decir palabra en el asiento más cómodo.

Presentaba la fisonomía de aquel recién-llegado cierto contraste difícil de pintar; pues temperaba la severidad de algunas líneas del rostro, y la expresion profunda y un tanto desdeñosa de sus ojos penetrantes, cierto no sé qué de benévolo y dulce que se traslucia, digámoslo así, en su gesto habitual y hasta en la misma gravedad de su espaciosa frente; aviniéndose bien con la extremada modestia de su traje y el *sans-façon* de sus francos modales.

Detuvo la vista nuestro hombre por breve momento en su jóven compañero de embarcacion, y la volvió en seguida hácia el muelle, paseándola por todos los que con trazas de barqueros circulaban en él; pero sin satisfacerse, al parecer, con el resultado de aquella muda investigacion, gritó al cabo con alguna impaciencia:

—¡Eh! ¿no tiene patron esta barca? ¿dónde diablo se esconde?

—Perdonad, caballero,—dijo entónces el mancebo,—yo soy el que buskais.

—¡Vos!..... exclamó sorprendido el anciano.

—Ciertamente, señor, y si quereis salir del puerto, estoy á vuestras órdenes.

— Mi deseo se limita á dar un corto paseo, — respondió el desconocido mirando con creciente curiosidad á su galan conductor: — quisiera gozar mejor de la suavidad de esta halagüeña brisa, admirando á la vez en horizonte más vasto los últimos crepúsculos de tan deliciosa tarde.

— Teneis razon, — repuso el barquero levantando al occidente una mirada de artista; — porque no hay espectáculo que iguale en magnificencia á una puesta de sol en el hermoso cielo de la Provenza.

Pronunciando estas palabras soltó la blanca vela del esquife, que empezó á hender al instante las serenas aguas de la bahía.

Hubo entónces largo intervalo de silencio, que rompió bruscamente el desconocido, diciendo:

— Ni vuestro aspecto ni vuestro lenguaje son propios del oficio que venis ejerciendo, y que indudablemente no es el vuestro.

— En efecto, señor, contestó el jóven suspirando; sólo soy barquero los dias festivos, porque en ellos está cerrado el obrador del lapidario con quien trabajo el resto de la semana.

— ¿Teneis grande aficion á ese otro oficio?

— ¡Ah! no, por desgracia: la pintura de paisajes y de arquitectura ha sido desde la infancia mi vocacion decidida.

— ¿Quién os impide, pues, cultivar tan noble arte?

— El anhelo de ganar pronto dinero, lo cual no es posible en el largo y costoso aprendizaje que aquél requiere.

— Sois demasiado jóven para tanta codicia.

— No adolezco, gracias á Dios, de semejante defecto.

— Pues confieso que no os comprendo, amigo mio, — dijo el anciano deponiendo la involuntaria aspereza con que acompañára su observacion última.

— Me explicaré más claro, ya que teneis la bondad de mostrar ese interes, — pues no es dable sospechar en vos ociosa curiosidad. Yo, señor, he nacido en París, donde mi padre desempeñaba un cargo ventajoso que proporcionaba á la familia medianas comodidades, y me dediqué á la pintura teniendo por maestro un distinguido artista, que aseguraba hallar en mí excelentes disposiciones. Desgraciadamente perdió mi padre su colocacion, y tuvo que resolver

entónces establecerse en Marsella, por la circunstancia de tener aquí su mujer algunos bienes raíces, y varios amigos que le prometían facilitar á su marido pronto y decente acomodo. Hizose así, quedando interrumpidos mis estudios, que posteriores infortunios me obligaron, ántes de mucho, á renunciar completamente, para dedicarme á otro oficio de más breves resultados. Siendo, sin embargo, harto escaso todavía el provecho que éste me proporciona, utilizo — como veis — los dias que me deja libre el maestro, ganando algo con esta barca prestada; y áun, así y todo, mi pobre madre y mis dos hermanitas carcerian de lo más indispensable para la vida, si no se ayudasen ellas mismas, ocupándose día y noche en labores de su sexo.

—¿Segun eso, vuestro afan por dinero nace de que veis pobre á vuestra familia, y anhelaís, como es natural, poder aliviar su suerte?

—¡Oh señor! ¡sí! no me es dado olvidar un momento que miéntras yo no consiga reunir considerable suma, vivirán tres ángeles en el dolor y la miseria, y arrastrará mi desdichado padre sus ominosas cadenas.

—¡Cómo! ¿está acaso en presidio vuestro padre?

—La honradez de su vida no podia conducirle á la infamia —respondió el mancebo con dignidad;— pero lo aciago de su estrella le ha llevado á la esclavitud.

—Os ruego, amigo mio, —dijo el desconocido con nuevo y vivo interes,—que me deis explicacion más ámplia, si no os lo impiden poderosos motivos de reserva.

—Todo os lo diré en pocas palabras, caballero. Cierta comerciante trastornó la cabeza de mi padre con grandes proyectos de especulaciones, por cuyo medio le aseguraba serian los dos, en cortísimo tiempo, millonarios. Vendidos, con tal objeto, los pocos bienes que poseiamos, mi padre fletó un buque cargado de mercancías, que constituian ya toda su fortuna, y renunciando á su lucrativa ocupacion de corredor de comercio, quiso capitanearlo él mismo, como en efecto lo hizo, dándose á la vela para Esmirna, hoy hace precisamente dos años.

La voz del narrador quedó durante algunos minutos ahogada por violentos sollozos que no pudo reprimir, y el desconocido — respetando su dolor — guardó tambien silencio,

aunque visiblemente agitado por cierta ansiedad penosa, que se convirtió en profundo enternecimiento cuando el jóven pudo articular por fin, en medio de sus lágrimas: — Fué apresado por un corsario..... se halla cautivo en Tetuan desde entónces..... quizá para siempre..... no es cosa fácil reunir los seis mil francos que exigen por su rescate.

— Calmaos, pobre jóven, dijo el anciano con casi paternal acento, y no desesperéis de alcanzar de la Providencia los medios de libertar al autor de vuestra vida.

— Cuando ocurrió la desgracia, añadió su interlocutor, quise y áun intenté hacerme llevar á Tetuan para ofrecerme en cambio del cautivo; pero mi madre llegó á saber mi proyecto, no sé cómo, y no solamente lo trató de absurdo é irrealizable, amenazándome con su maldicion si persistia en él, sino que tambien habló á los capitanes de buques que frecuentan las costas africanas, rogándoles que ninguno me admitiese á su bordo. Así me hallé privado del único medio inmediato que alcanzaba para volver á mi pobre padre al seno de su familia.

— ¿Y áun os hallais dispuesto á sacrificar vuestra libertad por restituirle la suya? — preguntó el anciano con tono cada vez más afectuoso.

— ¡ Siempre, señor! — contestó el interpelado con voz firme. — ¡ Mi libertad, decis? ¡ Oh! eso no es nada; otro sacrificio mayor haria ahora alejándome de Marsella..... pero no vacilaria ante ninguno si lograra que consintiese mi madre.

— Hablais de sacrificar algo que apreciáis más que la libertad, ¿ estaréis por ventura enamorado?

El jóven bajó los ojos, empañados aún por las lágrimas, y su bella frente se coloreó como la de una vírgen que ve sorprendidos de improviso los secretos de su corazón.

— ¡ Vamos! sed del todo franco, — dijo su compañero, procurando desmentir con una sonrisa la emocion que revelaba su acento. Ya que me habeis dispensado la confianza de referirme la historia de vuestros infortunios, no me dejéis ignorar la de vuestros amores. Decidme quién es vuestra novia, y qué esperanzas os animan á ambos.

— No puedo decir que tengo novia, señor, respondió el jóven, pues no alimento la más leve esperanza. Amo, es verdad, amo apasionadamente, para colmo de mi desdicha,

á la hija única de cierto mercader enriquecido en una de las Antillas españolas, y que goza al presente en esta ciudad — que es su patria — una opulencia de príncipe. ¿Cómo puedo prometerme que quiera dar su heredera á un infeliz artesano?

— La dificultad no sería tan grande si se tratase de un aventajado artista, — observó el desconocido.

— Lo creo así, señor; pero yo no puedo ser ya, cuando más, sino humilde lapidario.

— ¿Quién sabe? ¿Cómo os llamais?

— Huberto Robert, caballero.

— ¿Y vuestro padre?

— Tiene mi mismo nombre.

— ¿Habeis podido saber quién es su dueño?

— Sí, señor; pertenece al jefe de los jardines reales.

— Se me figura que ese jefe de los jardines no ha de ser un mal amo, y tengo, además, amigo Huberto, profunda convicción de que la Providencia premiará al cabo la nobleza de vuestros sentimientos y de vuestra conducta, mejorando la suerte de vuestra cara familia y dispensándoos á todos días serenos y felices, que sincerísimamente os deseo. Ahora servíos atracar la barca al muelle á que nos vamos acercando, y recibid las gracias que os debo por la condescendencia que habeis tenido de darme conversacion durante mi paseo.

— Conversacion bien triste y que os ha privado del placer que os prometiais gozar, admirando la magnificencia del cielo á la despedida del rey de los astros.

— No importa; todo tiene compensaciones, mi jóven amigo, y ésa es una verdad que no debeis olvidar nunca.

Terminando estas palabras el desconocido, se envolvió en su abrigo y guardó meditabundo silencio, hasta que, atracando el esquife, deslizó en la mano que le tendió Huberto — para ayudarle á saltar al muelle — un objeto algo pesado, y sin darle tiempo para ver lo que era, se confundió entre la multitud, que iban envolviendo ya las primeras sombras de la noche.

CAPÍTULO II.

LA PRIMERA ENTREVISTA.

En el mismo instante en que el desconocido se separaba de Huberto, abriáanse las persianas de una rasgada ventana en el entresuelo de la casa más próxima al paseo público llamado *le Cours*, á la extremidad de la monumental calle de la Canebière, y aparecía en el hueco una linda jóven vestida toda de blanco.

Aquella figura, — que se destacaba á la pálida claridad del último crepúsculo sobre el fondo de una habitacion aún no alumbrada por luz artificial, — presentaba rasgos distintivos de una organizacion desarrollada prematuramente, bajo cielo más poderoso que el que entónces la acariciaba con moribundos reflejos.

Comprendíase por la casi infantil expresion de su fisonomía candorosa, — llena, sin embargo, de gracia francesa y vivacidad española, — que apenas habia gozado de la primera sonrisa del alba de la vida; miéntras que sus formas mórbidas y perfectas; su tez delicada y un poco morena; sus magníficos ojos negros de largas pestañas y acariciadora mirada, y cierta voluptuosa dejadez en todos sus movimientos, caracterizaban la especial belleza de la criolla; de la mujer precoz que ostenta toda la lozanía de la juventud, sin haber perdido aún las inocentes gracias de la niñez.

Apoyando sus pequeñas y torneadas manos en los hierros de la reja, tendió la hermosa criatura larguísimas miradas por la extension de la ancha calle, y las dejó vagar seguidamente con aire escudriñador por entre las sombras del arbolado que adorna profusamente al ántes mencionado paseo; mas no pudo descubrir sin duda lo que buscaba, pues bajó con gesto mohino su graciosa cabeza, cubierta de oscuros rizos, y empezó á deshojar maquinalmente, con cierto despecho, un encarnado clavel que se levantaba á sus piés en rica maceta de porcelana.

Terminada tal operacion, repitiéronse las miradas con cre-

ciente afán, y al parecer con no más satisfactorio éxito; pues esta vez el disgusto que se siguió fué mucho más ostensible, y un delicado piecesito, — de aquellos que sólo produce Cuba, — golpeó repetidas veces el pavimento en señal inequívoca de impaciencia.

— ¡Eh! no enfadarse; ya vino: — pronunció al mismo tiempo en extraño patuá, medio español medio francés, que no nos es posible conservar, — una rolliza mulata que se dejó ver á espaldas de la jóven, ostentando en su crespa cabeza vistoso pañuelo de madrás, y en sus toscas facciones la expresion *mimadora* de una ternura casi maternal.

— ¡Ya vino! ¿pues dónde está? — dijo al punto la niña, hablando con pureza la elegante lengua de Racine, pero dejando percibir cierta acentuacion extranjera, á la vez que el dulce dejo criollo. — Creo que sueñas, Niná.

— No por cierto, Josefina mia, — respondió ella, enlazando con sus robustos brazos la gentil cintura de la doncella, con esa familiaridad cariñosa que usan en nuestras Antillas con los hijos de la casa las esclavas nacidas y envejecidas en ella. — Estoy muy despierta y muy alegre tambien, porque os vengo á comunicar una noticia que debe causaros la más grata sorpresa.

— ¿De véras, Niná?

— Sí, vida mia; sabed que si *él* no está ya al frente ó al pié de vuestra ventana, es porque os aguarda en la verja del jardín, donde podréis hablaros libremente.

— ¡Qué dices! exclamó Josefina, entre gozosa y asustada. ¡Hablarle en el jardín!..... Pero eso es muy arriesgado. El jardinero anda siempre rondando por los que considera dominios suyos, y si llegase á sorprendernos no dejaria de charlar de ello con los otros criados, llegando muy presto todo á los oidos de papá.

— Nada, repuso la mulata; no sucederá nada de cuanto se forja vuestro miedo. ¿Soy tan tonta que no haya tomado mis medidas? El jardinero duerme una turca que no lo dejará en muchas horas, y los demas que pudieran *curiosear* se aprovechan con ánsia del permiso que les he dado, en mi calidad de mayordoma, para ir á solazarse hasta las diez, ya que pasan sin paseo tantos otros domingos, por las rarezas del amo.

— Pero, ¿y él? ¿y mi padre?....

— Sabeis que hoy apénas le hemos visto la cara, y cuando sube tanto de punto su acostumbrado mal humor, maldito lo que se cuida de vos ni de nadie. Venid, pues, querida niña: tiempo es ya de que se explique el afortunado galan, que con sólo el lenguaje de los ojos ha tenido la habilidad de hacernos perder la chabeta, sin que sepamos de él otra cosa sino que se llama Huberto.

— Yo estoy segura, dijo la jóven con graciosa gravedad, de que es un caballero en toda la extension de la palabra.

Tambien á mí me lo parece, y ademas, — no sé si será por verlo ya como novio vuestro, ó porque él tenga en su persona cierta hechicería natural, — pero confieso que no hallo hombre en Marsella que sirva para descalzarle. Sin embargo, bueno es que cuanto ántes se sepa ser verdad lo que nos figuramos, y se pueda decir á boca llena que habeis hecho una eleccion que no deja nada que desear.

— Sí, sí, tienes razon; vamos á hablarle, Niná: nunca he deseado tanto cosa alguna, y te agradeceré siempre como el mayor servicio el habérmela proporcionado. Con todo, — añadió deteniéndose en mitad del gabinete que iba á abandonar, — siento tan grande emocion, que casi me embarga el aliento. Esta entrevista inesperada me hace el efecto de una gran locura.

— Pues más lo era, ciertamente, el estaros en la ventana horas enteras, como lo habeis hecho hasta aquí, para trocar con él, — siempre de planton abajo, — suspiros y palabritas sueltas que nada adelantaban. Sabed que precisamente por prudencia es por lo que he tenido más empeño en facilitaros que le hableis en el jardin. Aquella calle, á espaldas de la casa, es ménos transitada que ésta, y al traves de la alta verja cubierta de enredaderas, podréis charlar con vuestro Huberto sin ser vista de alma viviente; miétras que por acá no cesan de pasar curiosos, teniendo por añadidura de vecina á la vieja Mouchard, á quien le viene el nombre de perilla, pues es una fisgona, que se ocupa en husmearlo todo. Mucho será que no se haya enterado ya de cuanto pasa, y esté acechando la ocasion de chismear á su gusto. Vuestro padre suele visitarla, ella dicen que no lo ve con malos ojos, y acaso crea congraciarse con él echándola de celadora de la honra de su casa.

— No se hable más, ¡ea! — dijo Josefina: — Huberto está esperando, y por propia experiencia he comprendido hoy lo insufrible que es eso cuando uno ama.

Pronunciadas dichas palabras, echó á correr con tal ligereza, — no obstante las violentas palpitaciones de su corazón, capaces de ahogarla, — que la corpulenta mulata tuvo que sudar mucho para seguirla á distancia.

Era la vez primera que los dos amantes se iban á hablar de cerca — segun Niná se lo ha hecho comprender al lector en el diálogo que antecede, — y tenía, por tanto, la entrevista que referimos, algo de extraordinario y solemne, que no sólo sobrecogía á la doncella, sino también á nuestro ya conocido Huberto.

— ¡Oh Josefina! exclamó con voz trémula de emoción, luégo que ella se acercó á la verja. ¿No estoy soñando? ¿Puedo al fin hablaros? ¿Puedo deciros que os amo, que os adoro, sin el recelo de servir de diversion á tanto transeunte, que he maldecido mil veces?

— A Niná le debemos estos dulces momentos, que me han cogido de sorpresa, — contestó la jóven. Pero vos, que los esperabais, pues os fué prevenido que vinieseis aquí, ¿cómo es que habeis llegado más tarde que otros dias? Sólo os veo los festivos, despues de que anochece, y ya que os haceis desear el resto de la semana, justo me parece que en esta primera entrevista, por lo ménos, me anticipaseis la hora en vez de retrasármela.

— ¡Ah! perdonadme, amor mio, — repuso Huberto, procurando traspasar con sus ojos la tupida cortina de madre-selva y jazmines que le ocultaba á su linda interlocutora. Debeis comprender que no ha podido provenir de mi voluntad ese retardo imprevisto, como tampoco el privarme de saludar con más frecuencia la reja de vuestro gabinete. Mis ocupaciones duran los dias comunes hasta tarde de la noche, y áun los festivos apénas dispongo libremente de aquellos breves instantes que consagro á la felicidad de contemplaros.

— ¿Habeis tenido hoy mayores atenciones que los otros dias de fiesta, Sr. Huberto?

— No, amiga mia; pero sucedió que cierto sujeto, que debía satisfacerme pequenísimá cantidad, me dió en el pa-

seo del muelle una bolsa, que —abierta despues de haberse él ido— vi contenia muchas monedas de oro, y entre ellas, ademas, una rica sortija de brillantes. Tuve, pues, que hacer inmediatamente diligencias para devolverle lo que por equivocacion me dejára, y he perdido la media hora que me echais en cara recorriendo los muelles y sus cercanías, en minuciosa revista de todos los paseantes..... trabajo inútil en verdad, pues no dí con mi hombre; proporcionándome sólo —á más del dolor de haber perdido algunos de estos momentos,— el que vos me riñais con apariencias de justicia.

—¡Qué oficioso se conoce que sois! dijo sonriendo Josefina. Ya tendrá cuidado de hallaros el dueño de la bolsa, sin necesidad de que os movais tanto para facilitárselo. Desde las siete prescindí yo de todo para sólo ocuparme de vos..... y eso aunque conozco haria mejor dedicando todo mi tiempo y mi cuidado á prestar consuelo y compañía á un padre que padece.

—¡Cómo! exclamó Huberto con interes. ¿Está acaso enfermo Mr. Caillard?

—No sé qué responderos, — dijo Josefina.— Los males del espíritu, que no se llaman enfermedades, ni es costumbre tratar por la ciencia médica, son, sin embargo, muchas veces mortales. Como no sabeis de mí y de mi familia, sino que mi padre es un comerciante venido de la Habana con una hija única — servidora vuestra — que se llama Josefina, poco ó nada comprenderéis si os digo que raro es el día que dejo de llorar por las desgracias de mi casa.

—En efecto, amada niña, respondió el jóven — logrando esta vez encuadrar, digámoslo así, entre las guirnaldas que vestian la verja el gracioso semblante de la doncella, que iluminó instantáneamente un rayo argentado de la luna :— estaba persuadido de que vuestra familia era tan dichosa como infortunada la mia.

— En cuatro meses trascurridos desde que nos vimos por primera vez en la misa mayor de la iglesia de San Teodoro, — repuso Josefina, — nunca habiamos podido hablarnos seis palabras seguidas; y pues hoy logramos esta ocasion feliz, que acaso no se repita, quiero que nos comuniquemos nuestras penas, explicándonos con franqueza nuestra posicion recíproca. Sí, mi buen amigo; conviene que nos conozcamos

mejor, toda vez que me amais, y que en ese sentimiento fundo ya todas mis esperanzas de ventura.

—¡Oh bien mio! exclamó el jóven, permitiéndose besar una bonita mano apoyada en la verja. ¡Cuán dichoso sabeis hacerme con una sola palabra, en medio de las amarguras que me cercan! Teneis razon; preciso es que no ignoreis nada; que os abra este pecho, que os adora, y cuyos sentimientos constituyen toda la historia de mi humilde vida.

—Yo os daré el ejemplo, dijo vivamente Josefina: conoceréis, oyéndome, que no hay en la tierra sér alguno exento de sinsabores, y estos antecedentes que voy á daros del hombre á quien debo la existencia y de quien depende mi destino, os harán acaso comprender su carácter y disculpar sus rarezas.

El jóven tornó á besar la lindísima mano, que se quedó desde aquel momento entre las suyas, y Josefina comenzó su relato como se verá en el siguiente capítulo.

CAPÍTULO III.

HISTORIA DE UNA FAMILIA CUBANA.

«Mi padre recibió del cielo, como nosotros, una alma tierna y apasionada, si bien bajo el disfraz de un exterior algo áspero. Enamoróse perdidamente de la que despues tuvo por esposa, pero no era él entónces sino un pobre mercader extranjero, y ella —hija predilecta de un opulento hacendado de la Habana —estaba, ademas, prometida desde la infancia á cierto ricacho, jóven todavía, y no indiferente á sus ojos. Pocas eran, por tanto, las ilusiones que podia alimentar el desventurado frances, cuya pasion se exaltó hasta el delirio por los mismos obstáculos, al parecer insuperables, en que se estrellaba su esperanza.»

A estas palabras exhaló nuestro héroe profundísimo suspiro, que podia traducirse: — *¡ Ah! ¡ bien sé lo que es eso!*

No podemos asegurar que lo entendiese así Josefina, pero es lo cierto que hizo precediese otro suspiro, no ménos expresivo, á la continuacion de su historia, que fué en estos términos:

— « Aquella triste pasion iba consumiendo la vida del que estaba destinado á ser autor de la mia; pues no sólo no le era dable prometerse la aprobacion de la familia á que anhelaba enlazarse, sino que ni aún siquiera podia contar con las simpatías de su adorada. Burlas de los indiferentes, desaires de los allegados, tormentos de un deseo imposible, todo le hubiera sido soportable, con la idea de merecer una mirada tierna de la que constituia su universo; mas no observaba cosa que no le indicase que era completamente de otro el corazon que él hubiera conquistado á costa de cien vidas que tuviese.

» Pasáronse de aquel modo muchos meses, llegando por fin el señalado para el casamiento de mi futura madre.

» La boda debia celebrarse en un hermoso cafetal que poseia mi abuelo, á las inmediaciones de Guanabacoa, y allá se trasladaron anticipadamente la familia y todos los convidados.

» ¿ Podréis creer que mi padre, conservando aún, en tales circunstancias, la incontrastable tenacidad de su desesperado amor, tambien corrió á ocultarse en la humilde cabaña de un esclavo, conceptuando todavía una dicha el aspirar el mismo ambiente que su ídolo, y poder seguir sus pasos alguna vez, besando las huellas que dejaban sus plantas?

» Por inverosímil que os parezca, el hecho fué tal como acabo de indicarlo, mi querido amigo, y esto os dará idea del extraño carácter del señor Caillard.

» La víspera de las nupcias se dió en el cafetal un opíparo banquete, al que siguió alegre noche de baile. Terminando éste, — ántes de lo regular, por haberse retirado la novia, fatigada sin duda de las emociones del dia, — á la mitad de la noche reinaban ya la calma y el silencio en aquellas salas, tan iluminadas y bulliciosas en las primeras horas.

» De súbito empezó á notar la futura desposada, cuyo

sueño era probablemente más ligero que el de las otras personas, cierto olor pronunciado, sintiendo al mismo tiempo que se le iba condensando la atmósfera en la oscuridad de su aposento, hasta el punto casi de sofocarla. Llamó asustada á Niná, su camarera, que dormía cerca de ella, y no bien hubo despertado la mulata, exclamó llena de espanto: — ¡Jesus, María! algo se está quemando por aquí, y no es cosa de poca monta. ¡Niña! ¿Escuchais esos chasquidos? ¡Oh! ¡levantaos! ¡levantaos!

» Mi madre intentó obedecerla, pero de tal manera la habían sobrecogido las palabras que acababa de oír y que confirmaban sus propios celos, que le faltaron completamente las fuerzas, y cayó sin sentido á los piés del lecho que quería abandonar.

» Afortunadamente Niná conservaba, no obstante su sobresalto, la presencia de espíritu que tanto vale en semejantes casos, y comprendiendo rápidamente la inminencia del peligro, así como el estado de su ama, corrió hácia ella sin perder momento, la envolvió en las sábanas, y tomándola en brazos se lanzó fuera del cuarto; cuya puerta encontró y abrió con admirable tino, en medio de las tinieblas. Al punto mismo, por el lado opuesto, se precipitaban dentro las llamas con imponderable violencia, resonando simultáneamente por todos los ámbitos de la casa el clamor pauroso de *¡fuego! ¡fuego!*

» Vuestra viva imaginación, Huberto, os pintará mejor que mi torpe palabra aquella escena terrible, á la que dió lugar — según despues se supo — cierto descuido del novio de mi madre, que tuvo, sin embargo, la dicha de salvarse el primero saltando por una ventana; pero tan afectado por el miedo que perdió el uso de la voz durante largo rato, y no pudo ni aún dar la alarma, con sus gritos, á los que dejaba dentro. Os diré solamente que, auxiliados por los esclavos, pronto tuvieron la fortuna de hallarse á salvo — sin más que algunas contusiones y quemaduras — cuantos descansaban aquella fatal noche bajo el techo hospitalario de mi abuelo; siendo aquel pobre anciano, medio baldado, el único que faltaba.

» Nadie, empero, le echó de ménos desde luégo en la conturbación general y en medio de la noche, alumbrada

sólo por los resplandores siniestros del incendio, si bien todos se habian ido reuniendo en la meseta de una colina, donde Niná se refugiára la primera con su señorita desmayada.

»El estado de ésta contribuía, sin duda, á preocupar los ánimos, pues continuaba sin dar casi señales de vida, allí donde tan escasos auxilios era posible prestarla, y á vista del fuego, cuyos espantosos progresos no alcanzaban á atajar turbas de infatigables negros.

»Cuando, por fin, se logró que saliese la jóven de su largo síncope, y pudo ella tender ansiosamente sus miradas por los grupos que la rodeaban, notó al momento—á los albores del día que iban ya despuntando—la ausencia de la persona que le era más amada en el mundo. Levantándose entónces despavorida, señaló á su novio el punto del edificio en que se hallaba situado el dormitorio del anciano, y gritó con desgarrador acento :—¡ Mi padre aún está allí!

»Todos fijaron los ojos con espanto en el paraje indicado; mas viéndole convertido en devorante hoguera todos los apartaron inmediatamente, gimiendo consternados, sin que se le ocurriese á ninguno el intentar siquiera lo que parecia imposible.

»La doncella, sin embargo, continuaba clamando:—¡ Mi padre! ¡salvad á mi padre!—Y cayendo de rodillas á los piés de su futuro, levantaba hácia él sus manos crispadas y sus ojos llenos de angustia.

»Él movía tristemente la cabeza sin acertar á dirigir palabra á la bella suplicante; mas la hermana mayor de ésta le sacó del conflicto, pronunciando con decisivo tono:— Todo lo que podemos hacer, hermana mia, es encomendarlo á Dios.

»Oirlo mi madre, levantarse frenética y echar á correr con direccion al incendio, todo fué obra de un segundo.

»Niná y el novio—que la siguieron acelerados—no hubieran probablemente conseguido alcanzarla, si ella misma no se detuviese de pronto y hasta retrocediera estremecida, cual si pavoroso fantasma saliese á cortarle el paso.

»Así era en verdad, mi buen amigo: todos los que se hallaban en la colina vieron que la subía una especie de espectro, cuya vista horrorizaba.»

—Era Mr. Caillard, ¿no es cierto? dijo Huberto, interrumpiendo conmovido.

—Era él, sí, contestó Josefina, él, medio desnudo, ennegrecido por el humo, cubierto de quemaduras, pero llevando sobre sus espaldas—que eran una sangrienta llaga—al padre de su adorada, milagrosamente salvado por su abnegacion sublime.

« Cuando hubo depositado al exánime anciano en brazos de la más amante de las hijas, cayó el mísero á las plantas de ésta, punto ménos que moribundo, sin poder decirle sino esta breve pero consoladora palabra : — ¡ Está vivo ! »

— ¡ Qué venturoso fué ! tornó á exclamar Huberto con cierto tono de envidia. ¡ Cuánto no daría yo, Josefina, por tener ocasion de rendir á vuestro padre un servicio semejante, áun cuando me costase la existencia !

— Lo creo, — dijo la linda criolla sonriendo y estrechando dulcemente la mano que áun retenia la suya; — pero, por fortuna, no hay incendios cada dia, mi caro amigo, y nos será preciso buscar algun otro medio ménos heroico de que merezcáis de mi padre el premio que él obtuvo.

« Aun me resta deciros que, felizmente, nadie murió entónces. Trasportados á la capital, en muy mala situacion, el salvador y el salvado, y puestos en un mismo aposento de la casa de mi abuelo, fueron asistidos con igual asiduidad y ternura por la que era tan querida de ambos, hasta que tuvo el placer de contemplarlos, casi al mismo tiempo, completamente restablecidos.

» Me parece leer en vuestros ojos, — gracias á esta hermosa luna, — que estais adivinando tambien, sin necesidad de que añada á lo dicho la menor palabra, que el casamiento con el ricacho quedó suspenso indefinidamente, y que más tarde — al segundo aniversario del suceso — se inauguró la nueva casa del cafetal, construida al pié de la colina, con otra boda, que no fué turbada por ningun accidente siniestro.

» Tuvo lugar su celebracion en un templete redondo que, dando el diseño mi mismo abuelo, se habia levantado sobre aquella meseta memorable. Al fróntis de la linda rotunda se leia, grabado : — *Recuerdo eterno*, — y se ostentaba dentro

una estatua representando á la Gratitude en el acto de coronar al Amor, reclinado en su seno.

» Las esbeltas palmas, los frondosos mangos, que, sombreando una parte de la colina, cobijaban la espalda del templete, eran los mismos á cuyo abrigo colocó Niná á mi madre desmayada en la noche terrible del incendio. Los floridos rosales, los matizados crótones, los tiernos naranjos que formaban elegantes grupos á los dos lados del pórtico, — así como las violetas y verbenas que alfombraban la ladera por donde subió mi padre con su preciosa carga, — todos habian sido plantados por la mano misma de la jóven esposa.

» Allí, amigo mio, en aquel templo del agradecimiento, en que recibieron la bendicion nupcial los autores de mi vida, fuí bautizada, diez meses despues, colmando la alegría de la familia; y como ésta habitó constantemente desde entónces en la finca predilecta, su poético accesorio llegó á ser el teatro de todos los regocijos domésticos.

» En él se celebraban las fiestas de cumpleaños y de los Santos Patronos; en él las alegres cenas de Noche-buena, las meriendas de Pascuas, las veladas de San Juan, los bailes campestres que solemnizaban la recoleccion del café.

» Al echar con felicidad mi último diente, allá fuí llevada en procesion, entre cánticos de accion de gracias á la Providencia: cuando articulé la primera palabra, allá se ostentó vistosa luminaria de vasos de colores: allá, en fin, aprendí á andar, asida de la diestra materna, que me guiaba á adornar de rosas el altar del reconocimiento.

» A cada fausto suceso de tal índole, plantaban los esposos un nuevo árbol en el corto camino de aquel santuario de los dulces recuerdos, y se depositaba en el pedestal de la estatua alguna ofrenda votiva; resultando, con el tiempo, que era una magnífica alameda la que nos llevaba de la casa á la colina, y que el templete se vió tapizado, por decirlo así, de primorosas alhajas y simbólicas figurillas.

» Contaba yo nueve años cuando la señora Caillard anunció, llena de júbilo, que iba por segunda vez á ser madre, y la anhelada noticia se festejó con tres dias de iluminacion del sitio consagrado. Pero ¡ah! el acontecimiento que entónces se celebraba, era precisamente el que debia trocar en luto y en soledad las risueñas pompas de la colina.

» Mi pobre madre sucumbió á los treinta años, víctima de un alumbramiento desgraciado, sin sobrevivirla el infante, objeto de tanto anhelo.

» Figuraos, Huberto, cuál sería el doloroso trastorno de aquella casa, morada hasta aquel día de la felicidad más pura.

» Mi abuelo siguió al sepulcro prontamente á la más cara de sus hijas; mi padre fué postrado por gravísima y larga enfermedad, que le dejó en despedida la consunción física, y una flaqueza tal de las funciones intelectuales, que hacia temer se convirtiese en completo idiotismo.

» Durante más de un año permaneció en la Habana (pues no se le permitió volver al cafetal) asistiéndole cariñosamente mis tías y sus familias; pero en vista de la creciente decadencia de su salud se resolvió, al cabo, trasladarle al suelo natal, como último recurso á que apelaba la ciencia.

» Mis doce años cumplía la misma mañana en que pisé por primera vez las playas de Marsella, y cuatro y medio han pasado desde aquel suceso, que puedo llamar afortunado, pues fué el comienzo de la mejoría lenta, pero progresiva, del estado del enfermo.

» Sin embargo, á medida que recobraba sus fuerzas y facultades, se le despertaba también con mayor intensidad y energía el sentimiento de su gran desgracia,— adormecido ántes en la absoluta postración de su sér,— y áun no cumplidos dos años de su regreso á Francia, ya no pensaba más que en volver á la isla de Cuba, mirada por él como su verdadera patria. Necesito,— decia,— aquel cielo, aquel aire de mi felicidad perdida; aquella colina, santuario de mis eternas memorias, y donde áun hallaré por todas partes huellas y emanaciones de mi esposa.

» No hubo razones ni súplicas que lográran hacerle renunciar á tan halagüeñas esperanzas. Surcamos nuevamente el seno del Océano, para ir á buscar la certeza de una decepción amarguísima.

» ¡Ay amigo Huberto! el templo de la gratitud no existía ya; la colina querida se hallaba despojada de sus galas y trasformada impiamente.

» Nuestros deudos, usando de los poderes que les dejó mi padre,— casi sin conciencia de ello,— lo habían vendido

todo, en la persuasion de hacerle servicio, puesto que no contaban con su regreso á la isla. El nuevo dueño del cafetal, hombre positivista y vulgar, para quien nada era bello sino lo materialmente útil, juzgó que estaria la colina mucho mejor empleada siendo el asiento de un enorme criadero de palomas,—hecho con el maderámen del templete,—que conservando en ella estatuas, árboles y flores que no tenian para él significacion alguna.

»No intentaré pintaros el efecto que causó en el alma enferma del Sr. Caillard una profanacion tan odiosa; sólo os diré que fué tal, que volvimos á embarcarnos inmediatamente, huyendo de los mismos parajes que habiamos ido buscando al traves de las olas. Marsella, empero, no restituyó á mi padre la calma del espíritu, como la salud del cuerpo. Desde entónces se ha hecho tétrico, extravagante, maniático.

»En la imposibilidad de recobrar, tal cual lo necesita, el sitio consagrado por todas las alegrías de su vida, se ha apoderado de él atormentador afan de verlo reproducido por el arte. A poco de su vuelta á Francia encargó la pintura exacta de aquel paisaje á cuantos artistas hay en la Habana; pero, aunque algunos de ellos habian visto el original muchas veces, ninguno alcanzó á imitarlo de un modo que dejára satisfechas las exigencias del viudo inconsolable.

»Despues ha hecho detalladas descripciones de los objetos queridos á varios pintores de Marsella, de Lion y áun de París, que—mediante retribuciones cuantiosas—se han prestado á probar si acertaban á complacerle: el éxito siempre ha sido el mismo.

»Éste no es el cielo de los Trópicos (exclama á cada nueva muestra que se le presenta), no hay calor en esta luz, no hay vida en esta vegetacion raquítica..... nada veo que me recuerde las suaves brisas que suspiraban entre las palmeras y bambúes, enredando juguetonas los negros rizos de mi bella cubana: nada que anime este recinto frio é inmóvil, como la figura académica en que el torpe pintor ha creído copiar la irregular pero expresiva imágen de la Gratitude, concebida por el corazon. Al fuego, al fuego todo este hielo.

»Para que acabeis de comprender la fuerza de su manía, sólo os falta saber, amigo Huberto, que, desesperado de ha-

llar quien le pinte su anhelado paisaje, se pasa él mismo dias y noches con el lápiz ó el pincel en la mano, intentando inútilmente, —pues carece de toda nocion del arte,— trasladar al papel ó al lienzo lo que tan claramente conserva impreso en su alma.

»A cada ensayo desgraciado se siguen momentos dolorosos de desaliento y postracion, hasta que lo reanima de nuevo violentamente su extraña monomanía, que—os lo confieso—llego á creer contagiosa, pues me hallo yo misma tentada muchas veces á tomar tambien la paleta, juzgando imposible (como le sucede al pobre papá) que no acierte á trazar mi mano lo que me parece tener todavía delante de mis ojos.

»Hé aquí la historia de mi familia, con todos sus pormenores, y á fin de que nada absolutamente ignoreis, la terminaré diciendo que me pertenece—como herencia materna—más que mediana fortuna, y que el Sr. Caillard, independientemente de mis bienes que administra, los posee considerables; pues no sólo aumentó muchísimo con su laboriosidad, durante diez años y medio de matrimonio, el modesto capital que aportó á él, sino que le cupieron tambien cuantiosos gananciales de la dote de su esposa, quien le agració, además, con todo su quinto, al que unió mi abuelo parte del suyo, en agradecimiento á lo bien que le manejó sus intereses desde el mismo dia en que pudo llamarle hijo.

»Ahora, amigo mio, os toca á vos darme conocimiento de cuanto os concierne, persuadido, como debeis estarlo, de que si vuestra suerte no es próspera, la impresion que me haga tal noticia será aumentar, si es posible, el afecto con que os miro.»

Cesó de hablar Josefina, aguardando contestacion; pero no recibió ninguna. El mancebo se hallaba evidentemente tan preocupado, que ponía en olvido hasta la presencia de su amada.

—¿En qué pensais? preguntó ella con un poco de extrañeza. ¿Os habrá fastidiado tanto mi larga narracion, que os falte ánimo para comenzar la vuestra?

El interpelado desplegaba los labios para decir algo,—no sabemos qué,—cuando Niná que vigilaba á alguna distancia, llegó exclamando asustada:—Callad y separaos. El

amo ha salido de su encierro, y le oigo andar por el corredor llamando con grandes voces á la niña.

Josefina sólo se detuvo para estrechar la mano de su amante, diciéndole aceleradamente:—Hasta el domingo: por si no podemos hablarnos, traedme escrita vuestra historia.

Separóse en seguida de la verja, y luégo que nuestro héroe hubo perdido de vista su blanco vestido por entre los grupos de naranjos y rosales, se alejó tambien lentamente en direccion al humilde arrabal de San Lázaro, donde habitaba, con su familia, el tercer piso de un caseron viejo y destartalado.

CAPÍTULO IV.

TENTACIONES.

El pensamiento que absorbía á Huberto, inspirado por algunas de las palabras que acababa de oír á Josefina, no es probablemente un misterio para nuestros penetrantes lectores. Monsieur Caillard se hallaba atormentado por el afán de obtener del arte perfecta imágen de aquel templete y de aquella colina, que eran para él un idilio de sus felicidades domésticas: el inspirado pintor que acertase á animar con el soplo del genio la copia exacta del sencillo monumento, sería, por tanto, objeto de admiracion, de gratitud y fervorosa amistad para el triste monomaniaco; y ¿qué más podia anhelar el amante de su hija?

La grave preocupacion de Huberto se encerraba, por consiguiente, en la respuesta que debería dar á esta pregunta dirigida á sí mismo: — ¿No pudiera ser yo el afortunado artista?

—Mucho que sí (le aseguró al cabo su orgullo): posees superabundante idoneidad, y el amor—que te prestaría sus inspiraciones—sabe operar los mayores prodigios.

— ¡Ah! exclamó entónces con íntima convicción nuestro jóven : si no me hallase encadenado á un vil trabajo mecánico, si pudiera estudiar un año más siquiera el divino arte que amo, á mí indudablemente me debería ese hombre lo que ha pedido en balde á consumados maestros. Yo leeria con los ojos del alma, en el alma tierna de mi adorada virgen, todo aquel conjunto de afectuosos recuerdos vinculados en los objetos materiales cuyos detalles recogeria de sus labios. Yo sabria animarlos con la vida inmensa de mi amor, idealizarlos con la poesía melancólica de mis ensueños de ventura.

Pero ¿ cómo? añadía despues, sucediendo al entusiasmo hondísimo desaliento. ¿ Cómo he de arreglarme para intentar lo siquiera? El dia que yo faltase del obrador del lapidario carcerian de pan mi madre y mis hermanitas, cuyos propios recursos áun son harto eventuales. ¡ Si consiguiese, al ménos, cierto tiempo de libertad!..... ¡ Si pudiese reunir la suma necesaria para que mi familia no tuviese por algun tiempo necesidad de mí!.....

Al hacer la última reflexion le asaltaron de súbito un recuerdo y una idea, que parecieron aclarar instantáneamente las nubes de su horizonte. Llevaba en la faltriquera, no sólo una cantidad algo considerable, sino tambien valiosísima joya, que habia podido apreciar á la primera mirada, como inteligente que era ya en la materia. Con usar, pues, de lo que á su disposicion se hallaba — y podia presumir dón voluntario — el júbilo y la paz tornarian en breve al hogar doméstico del cautivo, cuyas cadenas quedarian quebrantadas; miéntras que el tierno amante privado de esperanza, el pobre artista condenado á prosaicas tareas, se hallaria por su parte libre tambien para cultivar su genio y abrir florida senda al porvenir de su amor.

El asalto de la tentacion no podia ser más rudo : Huberto, recibéndolo desprevenido, quedó casi sojuzgado desde el primer instante, y el objeto temible, la rica bolsa del desconocido, se halló abierta, sin poder decir cómo, en su mano trémula y abrasada.

La luna, — que se hallaba en sus primeros dias de crecimiento, — próxima á abandonar en aquella hora de prueba el trono celeste, desde cuya altura habia acariciado la prime-

ra entrevista de los dos amantes, — lanzó, maligna, en tal momento sus últimos resplandores, que se reflejaron y multiplicaron con mágica fascinación en las límpidas facetas del magnífico y solitario brillante, destacado de entre el montón de dobles luises de oro que le prestaban séquito.

Los ojos del joven — fijos con calenturiento ardor en aquel foco centelleante — se cerraron de pronto como deslumbrados; pero, así y todo, sentía vivamente las irradiaciones fúlgidas y vertiginosas, que llegaban á su cerebro como efluvios de fuego, como torbellinos de llamas.

Cuando tornó á abrir los párpados ardientes, la reina de la noche habia corrido del todo las tupidas cortinas de su lecho de nubes; la oscuridad en torno suyo era casi completa; pero aquellas sombras, — que podia creerse venian de expreso para favorecer el triunfo del deseo culpable, encubriendo la vergüenza de la probidad vencida; — aquellas sombras, deciamos, parecian surcadas todavía, á la vista de nuestro protagonista, por fantásticos cambiantes de luces maravillosas, que eclipsaban la débil claridad de la razon ya ofuscada.

Sin embargo, el instinto elevado de aquel adolescente generoso no estaba, en medio de todo, completamente ahogado. Algo habia en el fondo de su alma que aún se esforzaba por protestar contra tantas seducciones irresistibles. En balde, para acallar aquella tímida pero íntima protesta, recordaba Huberto, ó creia recordar, haber visto el tentador brillante en un dedo de la diestra liberal que se lo entregára, deduciendo de ello que sólo pudo hallarse en la bolsa — algunos instantes despues — por un acto de deliberada voluntad y con intencion determinada de acompañar con él las monedas que se le destinaban. La voz interior combatia elocuentemente esta hipótesis, apenas habia sido formulada, suscitando dudas y presentando argumentos que poco á poco iban echando por tierra los capciosos sofismas del deseo.

— ¿Por qué recibir como dón de la Providencia (le decia) lo que puede no ser más que tentación del abismo? ¿En qué se funda tu confianza? Dando por cierto que no te engañe la imaginación cuando presumes recordar que el valioso anillo brillaba esta tarde en la mano que te dió la bolsa,

¿que razon hay para afirmar que sólo pudo ponerse en ella con la intencion que supones?

Semejante dádiva no está justificada, es inverosímil como gratificacion de un ligero servicio, y como limosna de caridad sería excesiva áun partiendo de la diestra munifica de un príncipe, cuanto más dispensándola un hombre en cuyo sencillo aspecto nada habia de magnificencia régia.

Aun permitiéndote creer que pueda ser el desconocido disfrazado magnate, —añadia severamente aquella voz interior, — ¿le concedes, ademas, tan abnegada generosidad, que se prive voluntariamente del placer, tan dulce para toda alma benéfica, de escuchar las bendiciones de tu reconocimiento, y hasta de la certeza de que supieras debérselo?

¿Cómo explicar que te deje en una duda que te expone á ser ingrato y culpable, apropiándote como hallazgo casual lo que podias utilizar legítimamente y con gratitud, sabiendo ser intencional beneficio?

¡Oh, no! la pasion te fascina más que los rutilantes reflejos de esa piedra preciosa; pues es lo probable, lo casi evidente, que su dueño sólo creyó darte en la bolsa algunas pocas monedas, olvidado del oro que contenia y de la joya que —por algun incidente extraño— fué momentáneamente depositada en ella.

Ante la fuerza de esta lógica de la conciencia, el encanto se fué desvaneciendo, y derrumbándose el bello edificio de locas esperanzas.

Pasando, en la reaccion violenta, de un extremo á otro, el desgraciado amante de Josefina llegó á rechazar absolutamente, como ilusion de su memoria, el recuerdo que se le presentaba de haber visto la sortija en uno de los dedos de su compañero de barca. Todo lo juzgó ya seduccion de la codicia, todo le inspiró desconfianza y pavura, hasta que, sumergiendo al cabo con doloroso esfuerzo la tentadora bolsa hasta el fondo de su faltriquera, exclamó decididamente:

—¡Apártate, ocúltate! no quiero verte más: sólo te guardaré como sagrado depósito, que debo respetar áun á costa de mi vida. Primero inutilizar un beneficio voluntario que exponerme á abusar de una equivocacion, apropiándome lo

ajeno. ¡Jamás semejante mancha recaerá sobre mí! ¡Muera antes en la desgracia que vivir en la vergüenza!

Se hallaba, al tomar tan honroso partido, en la plaza de Aix, que tenía que atravesar para ir á su morada, y sentándose breve rato en uno de los bancos que en aquel tiempo la rodeaban, procuró calmar del todo las tempestades de su espíritu, encomendándose devotamente á la *Madre de los Desamparados*, y pidiéndole con fervor sus santas inspiraciones; pues la cristiana enseñanza que debió en la infancia á su madre no fué lo que ménos contribuyó á hacerlo, durante el largo curso de su vida, modelo perfecto de caballeresca hidalguía.

Cuando emprendió de nuevo su camino, la serenidad reinaba ya en su alma y pudo raciocinar desapasionadamente sobre los límites justos de la incertidumbre, que le vedaba aprovecharse de unos valores que podían hacer la suerte de su familia y la suya.

Conservarlos en eterno depósito no era, á su entender, más razonable que apropiárselos inmediatamente sin previas diligencias para restituirlos. Su primer cuidado debía cifrarse en llenar esta obligacion ámpliamente, y si ningun resultado alcanzaba, si nadie se presentaba reclamando la bolsa, ni él conseguía descubrir el paradero del desconocido para devolvérsela religiosamente íntegra, en ese caso bien podría sin escrúpulo dar por cosa segura que la intencion de aquél habia sido favorecerle con tan oportuno y considerable socorro.

La última cuestion llegó, por tanto, á reducirse á esto: ¿cuáles medios emplearía para la restitution que su conciencia le ordenaba, ántes de permitirle la propiedad ambicionada?

No sabía Huberto del anciano de la barca, ni áun siquiera si moraba habitualmente en Marsella, así como tampoco habia dicho á aquél cuál era su habitacion, que difícilmente podría inquirir por sólo el conocimiento de su oscuro nombre.

El único arbitrio seguro que se le ocurrió, por consiguiente, fué el de acudir todos los dias festivos, durante un mes,—que empezaria á contar desde aquél,—al paraje mismo en que le halló el caballero cuando entró á ocupar

su ligera embarcacion, permaneciendo allí como un poste, bien visible para cuantos pasasen, á fin de que si era buscado por su acreedor pudiese fácilmente encontrarle.

Aun se propuso hacer más. Al retirarse cada noche, si habia sido inútil su expectativa, pasaria minuciosa revista á los paseantes del muelle, informándose del mejor modo posible si alguno conocia al anciano de la nariz aguileña, de los penetrantes ojos y de la benévola sonrisa. Sólo despues de cumplido el mes sin producir resultado todas las diligencias practicadas durante su curso, podria Huberto considerarse con derecho á disponer de los luises dobles de oro y del magnífico solitario, que áun siendo inseguro le pertenecieran como dádiva graciosa, podia apropiarse entónces como cosas sin dueño.

Merced á esta solucion, que en su concepto lo conciliaba todo, llegó á su casa el mancebo con cierto aire de triunfo, y dispuesto á dar treguas á las graves preocupaciones de su amor y su desgracia, para honrar la frugal cena de la familia con el buen apetito de sus diez y nueve años, y de un trabajo corporal de muchas horas seguidas. ¡Ignoraba que aquel asilo doméstico, donde buscaba el reposo de tantas fatigas y combates, le guardaba el segundo y más vigoroso asalto de la tentacion vencida!.....

En una pequeña pieza — que servia á la vez de sala, comedor y taller de costura — se hallaban sentadas al rededor de una mesa de pino, ocupadas como de costumbre en labores propias del sexo, la señora Robert y sus dos interesantes hijas, cuyos juveniles semblantes, surcados por recientes lágrimas, revelaban una angustia que habia sabido borrar del suyo la esforzada matrona para recibir sonriendo á su primogénito querido. Éste, empero, comprendió desde la primera mirada que algo de extraordinario agitaba en aquel momento á los tres corazones que más le amaban en el mundo, y sin besar siquiera la materna diestra, que afectuosamente le era presentada, preguntó al punto con alterado acento :

— ¿Qué hay de nuevo, madre mia?

— Nada por ahora, — respondió la señora Robert, lanzando á las jóvenes una ojeada que parecia reconvenirlas de no ocultar mejor la amargura de sus almas. Voy á servir nuestra colacion, que tomaremos tranquilamente con la

bendición del Señor, y mañana habrá tiempo para tratar nuestros asuntos.

—¡No, no! exclamó Huberto con ansiedad: veo llorar á mis hermanas, y vos misma, madre mia, teneis la voz trémula y el semblante demudado. Algo ha ocurrido aquí durante mi ausencia; algo de muy desagradable, que quereis ocultarme. En nombre del cielo no prosigais en tan inútil empeño: decídmelo todo; todo debo saberlo; á todo estoy preparado.

—Pues bien, hermano, —dijo entónces prorumpiendo en sollozos la mayor de las niñas;—ten entendido que mañana serémos arrojadas de este humilde albergue, y no hallarémos techo que nos cobije.

—¡Cómo! ¡Qué dices!.....

—La verdad, hijo mio, —declaró al fin la pobre madre, dando tambien rienda suelta á su comprimido llanto: tú te empeñaste en que repusiéramos nuestra escasa ropa blanca, y ese desembolso extraordinario nos hizo imposible el satisfacer con la exactitud que ántes los alquileres del cuarto. Debemos más de tres meses, y en vista de ello el dueño se ha presentado hoy, exigiendo se le paguen inmediatamente ó de lo contrario mudemos de domicilio.

—Nos ha llamado tramposas, —añadió la menor de las hijas, corriendo á ocultar en el seno de Huberto su rostro cubierto de confusion y de lágrimas; —nos ha tratado sin piedad, hermano mio, amenazándonos con echarnos ignominiosamente.

—Y ¿adónde ir, Dios bueno! gritaba al mismo tiempo desolada la hermana mayor: ¿quién nos prestará asilo despues de tamaña afrenta? ¡Oh madre! no podréis resistir á este último golpe; os perderémos, sucumbiréis al fin y quedaremos sin amparo en la tierra.

—¡Hijas mias, hijas de mi corazon! —era cuanto, en medio de aquellas amarguras, acertaba á proferir la desgraciada señora, cuyos descarnados brazos se cruzaban sobre el enflaquecido seno como comprimiendo los estallidos del dolor.

Huberto, miéntas tanto, trémulo, conturbado, fuera de sí, en el centro de aquella escena desgarradora, sentia que sus manos se dirigian convulsiva y maquinalemente á la bol-

sa, contra lo cual palpitaba su corazón dolorido, saliendo de sus labios acentos roncós, que entre el trío de lamentos y gemidos que se alzaba en rededor, llegaron por fin á hacerse espacio, dejando entender estas cortadas pero decisivas frases: — ¡No! ¡pagarémos! ¡es preciso! ¡Pues bien! ¡yo tengo oro! ¡yo os daré oro!

— ¿Es eso cierto, hermano? exclamó al punto la más joven, brillando en sus peregrinas facciones la alegría de la esperanza. ¿Tienes dinero? ¿puedes salvarnos? Repítelo, por Dios; repite esa promesa que vuelve la vida á tu madre y tus hermanas.

— ¡Sí, sí, sí! — pronunciaba Huberto con sorda voz y delirante mirada. Tengo..... tengo..... pagarémos á todo el mundo.

— ¡Bendígate el cielo! gritó Mma. Robert enajenada: ¡bendígate, como yo te bendigo, ángel tutelar de esta infeliz familia!

— ¡Huberto mio! — ¡Hermano de mi alma! — clamaban al mismo tiempo las dos muchachas, cubriendo de besos la frente de nuestro héroe, sin echar de ver — en el arrebato de su gozo — que aquella frente se nublabá confusa, cubierta de frío sudor, y que el peso que ellas descargaban de sus corazones iba cayendo — más abrumador y terrible — sobre el alma del desgraciado mancebo.

Calmados un tanto los primeros trasportes, la matrona preguntó á su hijo cómo había podido reunir cantidad suficiente para satisfacer los alquileres últimamente devengados; pero Huberto bajó los ojos y se limitó á decirle: — Id á descansar, madre mia, llevándoos á estas niñas; mañana hablaremos despacio, y todo quedará arreglado: ¡os lo juro!

Madama Robert, á quien tantos disgustos tenían realmente quebrantada y enferma, condescendió al cabo á los deseos de su hijo, y cuando las tres mujeres se hubieron retirado, despues de colmarle de caricias y bendiciones, nuestro pobre barquero se dejó caer de rodillas, y cubriéndose el enrojecido rostro con las crispadas manos, — ¡Oh Dios justo! exclamó, no permitais que consume lo que sería un robo á los ojos de mi conciencia; pero ¡ah! no permitais tampoco que haya mentido á mi madre y á las dos inocentes

criaturas que como yo nacieron de su seno. No permitais que, bárbaramente honrado, llegue á ellas mañana para arrancarles la esperanza halagüeña con que he secado sus lágrimas, y faltar al juramento con que me he ligado ante Vos.

Terminada esta súplica, permaneció en la misma postura, sumido por largo rato en muda meditacion, y en el momento en que la campana de la próxima iglesia sonaba pausadamente las doce, se levantó del suelo, pálido, los ojos arrasados en lágrimas, pero con cierto aire de resolucion y de calma, que indicaba haber triunfado otra vez de la poderosa tentacion, encontrando nuevo medio — aunque indudablemente costoso — de conciliar los votos de la piedad filial con las prescripciones severas de la conciencia.

Si el lector quiere conocer esta segunda solucion de las rudas pruebas promovidas por la bolsa del desconocido en el alma noble de nuestro pobre barquero, no tiene más que leer en el siguiente capítulo la carta escrita por él á la doncella cubana entre lágrimas y suspiros; miéntras ella le sonreía amorosa, soñando que era conducida al ara nupcial por la mano querida que habia estrechado la suya por primera vez en aquella memorable noche del 5 de Junio de 1752.

CAPÍTULO V.

SERENA MAÑANA Y TARDE BORRASCOSA.

Hay en el amor de la mujer algo de tan místico é ideal, que no la permite comprender y tasar en su verdadero valor los obstáculos que le oponen las convenciones del mundo positivo. El prisma por donde mira cuanto tiene relacion con el objeto de su culto, se lo presenta todo con halagüeños colores, que disfrazan las realidades. Esos ropajes de

púrpura y de oro, que saca ella de los tesoros de poesía que guarda en su corazón, llegan á formar parte integrante de la persona querida, ocultando cuanto puede revelar la flaqueza de la naturaleza mortal y la prosa de la vida. En aquel ídolo, que encumbra el entusiasmo muy por encima de la esfera común, tan difícil es concebir las innumerables miserias de la condición humana, como las infinitas lástimas de que parece irremediable origen la imperfección del organismo social.

Josefina debía conjeturar, — sin necesidad para ello de extraordinaria perspicacia, — que su amante era uno de esos pobres seres maltratados por la fortuna y en ruda lucha con las exigencias materiales de esta trabajosa existencia: debía prever que las revelaciones que iba á hacerle de su posición y la de su familia, nada tendrían de halagüeñas ni favorables á los votos de su alma..... pero las deducciones lógicas quedaban oscurecidas ante el brillo fascinador de locas esperanzas.

¿Cómo ocurrírsele que el atildado mancebo pudiera ser un pobre artesano ó un humilde barquero? ¿Cómo sospechar que tuviese una familia indigente?

Habituada desde la cuna á la abundancia fácil de la muelle vida criolla, necesitaba Josefina del testimonio de los harapos y de las asquerosas llagas del mendigo, para concebir las penalidades y las humillaciones de la miseria. En su querido Huberto, en el jovencito de pulcro aspecto, de aristocráticas manos, de escogido lenguaje, todo tenía que representársele hermoso como su figura, ideal como su amor, brillante como su ingenio.

Él había indicado, es cierto, desgracias de familia; pero hay desgracias poéticas, que prestan nuevo encanto á sus víctimas, y de aquel linaje eran forzosamente las que asociaba alguna vez la doncella á la imagen de su amado. Bien podía no ser rico, — verbi gracia, — pero, ¿quiéningimagaría siquiera que se hallase colocado, por extrema pobreza, en la última grada de la escala social? Esto para la linda habanera bien podía llamarse un imposible.

Animada, pues, por las más dulces ilusiones, se levantó el domingo siguiente al que ha prestado asunto á los anteriores capítulos, tan alegre, tan risueña como lo es la au-

rora en el ardiente cielo de su patria, y áun tambien en aquella otra region privilegiada que fué la cuna de la gaya ciencia, y donde el amor fundó la célebre cátedra por cuyas decisiones se rigió la Europa durante más de dos siglos.

Cuando llegára la noche iba á ver la jóven á su adorado, iba á saber por él mismo todas las circunstancias de su vida, y cierta de que le serian honrosas, se lisonjeaba anticipadamente de poder abrigar fundada confianza respecto al consentimiento paterno para un enlace que era su sueño de oro. Adornóse, por tanto, con inocente coquetismo desde las primeras horas de aquel día — que reputaba fausto—y orgullosa con las seguridades que le dió su espejo de estar linda como nunca, sonrió feliz al sereno firmamento, que desplegaba sobre su cabeza espléndido pabellon de azul y nácar; á los rayos del sol, que, penetrando por entre celajes de rosada seda y blanca muselina, esmaltaban los elegantes muebles de su virginal estancia; á las juguetonas auras matinales, que robaban á sus negros cabellos suaves efluvios de heliotropo; á las matizadas flores que, agrupadas artísticamente en ricos jarrones de porcelana china, embalsamaban el aire con sus mil fragancias; á los musiquillos alados que la daban concierto desde los naranjos del jardín..... y á todo, en una palabra, cuanto se asociaba á su alegría, pareciéndole presagio venturoso.

Aquel día, hasta Mr. Caillard se mostraba ménos displicente que de costumbre. Rompiendo sus hábitos, salió despues del almuerzo á hacer algunas visitas en la vecindad. Miéntras duró su ausencia, Josefina tocó el piano, cantó deliciosamente populares aires de su patria, jugueteó como una chiquilla con su pequeño perro habanero, de blancas lanas rizadas, adornó con verdes festones las doradas jaulas de sus vistosos pájaros tropicales; y por último, hizo llorar de gozo á Niná, arreglando con ella gravemente el plan de su futura casa, cuando fuese ya *señora de estado*.

Cerca de la hora de comer, los sones de la campanilla de la puerta anunciaron la vuelta de Mr. Caillard, que llamaba habitualmente con cierta violencia, pero que lo hizo esta vez con mayor fuerza que nunca.

La jóven corrió á abrirle ella misma, con la sonrisa en los labios y el halago en la mirada.

— ¡Cuánto habeis paseado, papaíto! le dijo en español graciosamente, cuando le franqueó la entrada. Hoy, de seguro, no estaréis desganado.

Mr. Caillard, como si no la oyese, pasó rozando con ella sin siquiera mirarla, y se dirigió á su cuarto con fruncido entrecejo.

¡ Uf!..... exclamó Niná, que habia seguido á su señorita. La mañana amaneció serena, pero me parece ver ya nubes muy negras, que están anunciando mala tarde.

Josefina, por su parte, se quedó largo rato pensativa y mohina; pero, como no era, en verdad, cosa muy rara que tuviese el ex-mercader largos accesos de taciturnidad y aspereza, ni el ama ni la criada atribuyeron lo ocurrido á motivo alguno particular, y la comida se sirvió sin alteracion en la hora.

El padre de familia, sin embargo, se presentó en la mesa con aspecto tan adusto y sombrío, que la pobre Josefina no pudo atravesar bocado, y la mulata, — acostumbrada á excitar el apetito de sus señores haciendo la apología de cada plato, — no osó interrumpir con la menor palabra el silencio triste que reinaba, haciendo presentir algo de extraordinario.

Luégo que se levantaron los manteles y se retiraron los sirvientes, — excepto Niná, que no quiso apartarse de su niña hasta no ver en lo que paraba aquello, — Mr. Caillard, mudo durante la comida, fijó en la ya inquieta mujer aterradora mirada, y pronunció secamente estas órdenes que significaban demasiado: — Desde hoy se cerrará con llave todas las tardes, despues del riego, la puerta del jardin que lo comunica con el patio, siéndome tú responsable si cualquiera persona de la casa entra en él á dichas horas. Prohibo asimismo que esta niña vuelva á ponerse nunca en la ventana de su gabinete, escandalizando á los que pasan.

— ¡Yo, papá!..... ¡yo escandalizo! — fué cuanto pudo proferir con trémulo acento la turbada Josefina.

— ¡Tú, sí! — repitió el padre, poniéndose en pié con ademán indignado. — ¡Tú, patrocinada en tus devaneos por esta mulata loca, que corresponde de ese modo á la libertad que le concedió mi esposa, y á la confianza con que yo la he honrado!

— ¡Jesus, María! exclamó Niná, santiguándose como quien oye una blasfemia, pero sin acertar á encubrir el desconcerto en que la ponía el ver al amo enterado, á no dudarle, de las faltas cometidas.

— ¿Te atreverás á negarlo? le preguntó Mr. Caillard, devorándola con los ojos.

— Bien sabe el señor, contestó ella, — eludiendo tan directa interpelacion, — que esta casa es un convento donde no entra jamas alma viviente.

— ¡Pero sale mi hija á ventanas y á verjas para dar conversacion á un pilluelo! — repuso Mr. Caillard, más y más irritado.

Niná comenzó á temblar, sin ocurrírsele ya disculpa ó subterfugio; pero lastimada Josefina del desprecio con que era calificado su amante, se permitió decir tímidamente: — Él no es un pillo, papá, sino un jóven apreciable, decente.... un.....

— ¡Un barquero! gritó furibundo el padre, sin dejarla acabar. ¡Un barquero del muelle, que suelta los remos los domingos para echarla de caballero, enamorando á mi hija á vista de todo el mundo! Quizá espera que, comprometiéndola, desacreditándola tan públicamente, me verá obligado á recibirlo por yerno.

— ¡No, no! ¡nada de eso es verdad! — dijo la jóven, en súbito arranque de energía y con invencible conviccion. — Han calumniado á Huberto, padre mio, y yo sabré probaroslo si teneis á bien escucharme.

— Sí, señor, le han calumniado, — repitió la mulata, envalentonada un poco con la firmeza de su ama. — El sujeto de quien se trata, es todo un caballero, que con las mejores intenciones del mundo....

— ¡Silencio, y afuera! exclamó imperiosamente el viudo, indicándole la puerta. — En cuanto á *vos, señorita*, — prosiguió ceremoniosamente mirando á Josefina, — idos á meditar en vuestro cuarto sobre los deberes de una buena hija y de una doncella recatada. Cuando los hayais recordado, me prestaré á oír las disculpas que podais encontrar á vuestra imprudente conducta, y os indicaré yo mismo los medios de repararla.

Dicho esto, se entró en su habitacion, que cerró con es-

trépito, y la infeliz niña — perdiendo de golpe su momentánea entereza — cayó de rodillas sollozando, de una manera tal, que destrozaba el pecho de Niná, presente allí todavía á despecho de la intimacion que se le hiciera.

— ¡Ay, niña de mis ojos! exclamó, levantándola como si fuese una pluma. No os afijais así si no quereis matarme. Mirad tambien que los criados pueden oiros y enterarse de todo. Venid conmigo á vuestro cuarto, donde nos desahogaremos á nuestro gusto.

Se la llevó, en efecto, en sus fornidos brazos, y luego que la hubo colocado en el lecho, desajustándola y cubriéndola de caricias, la dijo con tono de infalible esperanza:

¡Ea, esto pasará! ya lo veréis. Los chismes de Mad. Mouchard son seguramente la causa de semejante polvareda. Bien sabéis que me la estaba temiendo hace días. Pero no hay que asustarse ni caer en desaliento. El jóven no puede ser lo que dicen, y cuando las cosas se aclaren todo acabará en bien, segun el corazon me lo anuncia.

— Yo lo espero así, contestó Josefina, un tanto reanimada por el fausto presagio. ¡Decir que Huberto es un pilluelo! ¡un barquero!..... Esa mujer carece hasta de sentido comun. Lo que yo he recelado alguna vez es que acaso su fortuna no se iguale con la mia; pero Mr. Caillard no puede rechazarlo por tal circunstancia, pues tampoco él era tan rico como mi madre cuando se casó con ella.

— Sin embargo, observó Niná — con cierta gravedad y mascando magistralmente un pedazo de andullo — dice un refran de nuestra tierra que no se acuerda el prior de cuando fué sacristan, y eso sucederá acaso á vuestro señor padre. Creo, con todo, que siendo el muchacho de nacimiento ilustre, como me parece indudable, lo demas podrá arreglarse, supliendo nobleza por riqueza.

Por tal razon, es lo más urgente y lo más indispensable, que pronto, muy pronto, se haga patente la verdad, y os aconsejo, hija mia, que no penseis en ninguna otra cosa.

— Pero, ¿qué puedo hacer, — repuso la jóven renovando su llanto, — si se me prohíbe volver á hablarle nunca? Ya sabes que esta noche vendrá; que esta noche debia decirme cuanto anhelamos saber positivamente. ¡Y verme privada de salir al jardín!..... ¡Privada hasta de asomarme á la reja para

indicarle que arroje por la ventana la carta que por preven-
cion le encargué me trajese!..... Si ni áun ese papel viene á
prestarnos auxilio en tan críticos momentos, imposible nos
será destruir con los más leves datos todos los embustes de
que han llenado la cabeza á papá.

—No hay que temer semejante cosa, dijo la mulata re-
sueltamente. Vos obedeceréis, como es debido, no saliendo
á la ventana; pero á mí nadie me ha cerrado hasta ahora
la puerta de la calle.

Josefina saltó del lecho, trocando de súbito por regocijo
infantil su angustiosísima pena, y enlazó los blancos brazos
al bronceado cuello de Niná, exclamando trasportada:

—¡Tú me traerás la carta! ¡Oh, sí; saldrás ahora mismo
para traérmela, Niná mia! ¡mi segunda madre! ¡Cuánto te
lo agradecerémos los dos!

—Calma, calma, — respondió la mulata, dejándose be-
sar su tostada frente por los labios de rosa de la jóven: —
áun no ha dado la hora en que acostumbra venir el señorito.

—¡Cierto! pronunció suspirando Josefina, cuyos ojos se
fijaron un momento en el reloj de sobremesa que habia en
su gabinete. Es más temprano de lo que parece; porque, —
saliendo exacto lo que dijiste al notar el ceño con que vol-
vió papá, — á la mañana magnífica que tuvimos, ha segui-
do encapotada tarde.

—¿Qué importa? ¡mejor! replicó su interlocutora, en-
cendiendo la hermosa lámpara del gabinete. La noche llega
ántes de tiempo, quizá para que venga tambien ántes de lo
ordinario el que aparece siempre entre sus sombras, y que
hoy debe ser para nosotras luz que disipe todas las oscuri-
dades.

Apénas acababa esta poética frase, — que revelaba la bri-
llantez de imaginacion que es comun en el pueblo cubano
hasta en la clase más inculta, — se oyó, en efecto, cierta
significativa tosecilla, que hizo palpitar el turgente seno de
Josefina, pues no le era en verdad desconocida.

Corrió maquinalmente á la ventana, cuyas celosías per-
manecian cerradas; pero la detuvo Niná, recomendándola
prudencia, y asegurándola que tendria en sus manos el an-
helado papel ántes de cinco minutos.

—¡Corre! ¡corre, pues! gritaba la jóven, empujándola;

y la complaciente mulata habia traspasado ya los umbrales del gabinete — moviendo con cuanta ligereza le era posible su respetable mole — cuando oyeron ambas la voz de Mr. Caillard, llamando desde la puerta de su cuarto.

Tuvo que acudir Niná, que dejó á la doncella agitada, impaciente, ansiosa; pero sin resolverse á abrir la reja, á cuyo pié tosía su amante hasta desgarrarse la laringe.

Volvió á poco la mulata, advirtiéndola que le ordenaba su padre pasára al instante á hablarle.

— ¡Oh Dios mio! exclamó toda trastornada nuestra niña: será para que le dé las explicaciones, las disculpas ofrecidas. ¿Y qué decirle, Niná, si ántes no veo la carta que espero de tu mano?

El señor tiene abierto su cuarto, se pasea por él, puede verme al salir y hundirme de un puñetazo, si comprende á lo que voy; pero á todo trance corro á complaceros, — dijo la mulata, volviendo á imprimir celeridad á su pesado volumen.

Josefina entónces se arrodilló devotamente ante una imágen de la Virgen de la Esperanza, depositando á sus plantas los tiernos votos de su inocente amor.

Miéntas tanto se iba impacientando Mr. Caillard de la tardanza de su hija, y comenzó por fin á llamar de nuevo á la mulata con tono que indicaba su humor desapacible.

Levantóse la jóven de su muda oracion, temblando de que llegase á conocer su padre la ausencia de Niná, harto significativa á tales horas; y ántes que exponerla á la cólera de un amo burlado, resolvió presentarse ella misma, renunciando á la esperanza de recibir la carta en tan oportuno momento.

Atravesaba trémula la extension de la ancha sala, cuando vió aparecer jadeante á la rolliza mujer, trayendo empuñada la suspirada misiva.

— Aquí la teneis, — dijo triunfante, aunque casi ahogándose. — Como si adivinase á lo que iba, no bien me miró salir por el porton, cuando se me llegó presuroso, poniéndome el papel en la mano.

Josefina, sin atender ya á lo que decia Niná, rasgaba el sobre con temblor convulsivo.

— ¡Allá voy! ¡allá voy! — gritaba en seguida la feliz men-

sajera, oyendo las voces con que la llamaba su amo; pero sin determinarse á renunciar al gusto de saber ántes lo que contenia la carta, añadia frotándose las manos:—¡Leed, leed, niñita! Ahora sí que va á quedar lucida la vieja bruja Mouchard! Ahora sí que podreis decir á boca llena á vuestro señor padre quién es el novio que os habeis escogido.

La jóven devoraba ya la carta; pero en vez de la alegría que buscaba en su rostro la mulata, mortal palidez iba cubriendo sus mejillas. De repente el papel se la escapa de las manos, un grito desgarrador sale de su pecho, y cae sin conocimiento en brazos de Niná, en el momento mismo en que Mr. Caillard, impaciente, entraba de mal talante en la sala.

La carta que tan terrible efecto habia causado, no encerraba, sin embargo, sino las siguientes sencillas y sinceras palabras:

«Me exigis noticias de mi vida y posicion, Josefina, y llenando un deber—que reconozco— me habria anticipado á vuestros deseos, si ántes de ahora hubiese tenido ocasion de hablaros ó autorizacion de escribiros.

»¡Oh, sí! mi delicadeza me apremiaba á revelaros lo poco que vale, segun apreciaciones del mundo, el hombre á quien honrais con vuestra preferencia, y á cuyo destino quizá os hallais pronta á unir el vuestro.

»No esperéis, sin embargo, una historia; no esperéis la narracion de sucesos que os llevarian insensiblemente de un pasado del que no queda nada, á un presente que sólo desventuras encierra.

»Todo lo sabréis cuando os diga que el motivo de no veros sino los dias festivos, es que paso el resto de la semana trabajando á salario en el obrador de un artesano; que si aún en los dias de descanso sólo os dedico algunas horas de la noche, es porque empleo la tarde manejando el remo en la bahía..... Últimamente, que si cuando leéis esta carta no os hallais expuesta á que lleguen á vuestras puertas mi madre y mis hermanas—pidiendo por caridad un rincon de vuestras caballerizas para guarecerse de la intemperie—es porque para conservarles su humildísimo asilo, he resuelto vender por algunos cientos de francos un año más de mi libertad al lapidario que me tiene á sueldo, y del que po-

dria, sin eso, emanciparme en breve para trabajar por mi cuenta, proporcionándome tal vez el rescatar á mi padre, que arrastra las cadenas del esclavo.

»En lo dicho tenéis completo cuadro de mi posición y la de mi familia. Si después de contemplarlo juzgáis prudentemente que es preciso concluir de un golpe relaciones cuyo porvenir nada os ofrece de halagüeño; si este aprendiz de lapidario, este barquero dominguero, os parece indigno del aprecio que le habéis dispensado á ciegas — por efecto de inexperiencia y bondad — no quiero, Josefina, que os tomeis ni aún la pena de expresármelo. Para que yo lo entienda y me aleje para siempre de vos, respetando profundamente la resolución que os dicte vuestro legítimo orgullo, bastará que pase media hora, después de entregaros estas líneas, sin que os vea aparecer de nuevo en vuestra ventana ó en la verja del jardín.

»Vuestra ausencia en tal momento me dirá bastante.... Será un adiós eterno, al que responderá mi alma con un gemido de interminable dolor, pero sin mezclar ni una gota de la hiel del resentimiento á las lágrimas purísimas del más desgraciado amor.

HUBERTO ROBERT.»

CAPÍTULO VI.

EL PLAZO CUMPLIDO Y LAS DOS CARTAS.

Huberto Robert iba y venía, agitado, de la ventana del gabinete á la verja del jardín, y de la verja del jardín á la ventana del gabinete, fijos los inquietos ojos tan pronto en las inmóviles persianas herméticamente cerradas, en cuyo aplomado barniz, — humedecido por menuda llovizna, — for-

maban opacos visos las luces que comenzaban á encenderse en el cercano paseo; tan pronto en las undulantes cortinas de jazmines y madresevas, por entre las cuales sólo se presentaban confusamente á sus miradas desiertos cuadros de flores, perdidos entre las sombras; siéndole menester aplicar largo rato atento oído, para convencerse con enojo de que no se unia al rumor de las ramas, agitadas por el viento, el de ligeros pasos de piececitos criollos, hollando con cautela la mojada arena.

La media hora que señalára en su carta habia pasado ya, aunque con desesperadora lentitud, y nada indicaba todavía el feliz término de aquella angustiada expectativa.

Sin embargo, el pobre amante hallaba mil razones para no marcharse todavía. Acaso la camarera no tuvo oportunidad de entregar su escrito inmediatamente despues de recibirlo. Acaso alguna visita indiscreta, ó algun capricho de su maniático padre, retardaba, á despecho de Josefina, su salida á la verja ó á la ventana. Acaso tambien estaria aguardando que cesára la molesta llovizna.

Huberto continuó consiguientemente sus paseos por uno de los costados de la casa, sin que le asaltára todavía, ni siquiera un instante, la dolorosa idea de que pudiese ser voluntaria la ausencia de su adorada.

Pero pasaron diez minutos más, y luégo quince, y luégo veinte, y otra media hora al cabo; y cesó en tanto la menuda lluvia, despejándose el cielo.

Entónces nuestro héroe principió á sentir que desfallecia su esperanza, y que su corazon — alarmado y lleno de impaciencia querrellosa — daba un mentís solemne á las protestas de prudente resignacion que con cándida buena fe habia estampado en su carta.

— ¿Será posible, — osó al fin preguntarse, — que sólo su voluntad la retenga? ¿Me despreciará sin disimulo, me abandonará de repente, sólo por haberle confesado que soy infeliz? Aquel amor que parecia tan espontáneo, tan generoso, tan sincero, ¿no sería en el fondo sino vanidad y coquetismo, disipándose en el momento en que se le presenta poco gloriosa la conquista de este corazon, que no puede ofrecerle otra cosa que su entusiasta culto? ¡Oh Dios mio! ¡Dios mio! ántes que me convenza de ello quitadme la vida

al pié de esta ventana, en que me figuro todavía que voy á verla aparecer pura y hermosa y tierna; con su frente de vírgen, que parece trono del candor; con su mirada acariciadora, que era, á mi juicio, el espejo de un alma toda amor; con su sonrisa franca y apacible, que sólo indica bondad de corazon y nobleza de carácter. ¡Perezca, perezca yo si me he de ver obligado á reconocer, detras de tan bellas apariencias, la prosaica realidad de un espíritu ruin, de una naturaleza egoista y vulgar!

Si cuando esto pensaba Huberto le hubiesen sido revelados todos los sucesos de aquel dia, asegurándole que Josefina era presa, en tales momentos, de devorante fiebre, y que en medio de su delirio pronunciaba sin cesar el nombre del amante que la acusaba injusto, sin duda que el dolor causado por tal noticia habria sido profundo y aparentemente más vivo que el que experimentaba entre sus sospechas de abandono; pero nos parece—si hemos de decir verdad—que no tendria tanto de punzante y acerbo.

Hay en la seguridad de ser amado cierta dulzura inefable, cierta complacencia íntima, que, á pesar nuestro, nos consuela muchas veces hasta de las desgracias que causamos al mismo objeto de nuestra idolatría.

La más tierna de las pasiones adolece, como ninguna, de este egoismo secreto que se insinúa con ella áun en los pechos más nobles; dando lugar á que miremos como axioma el dicho de un moralista, segun el cual, el amante más generoso primero que renunciar todo poder sobre el corazon de la mujer querida, aceptará la facultad de hacerla desventurada.

Huberto era hombre, —aunque del linaje de los privilegiados,— y como hombre se hallaba sujeto á las flaquezas comunes. Por eso creemos que los tormentos terribles que tuvo que devorar en aquella noche de dudas, de espectacion, de presagios siniestros de decepciones, se hubieran calmado probablemente con la triste certidumbre de estar enferma Josefina; pero enferma de amor por él, y á impulsos de la amarga pena de sentir quebrantarse su esperanza en invencibles obstáculos.

Sucedió, empero, que no se le pasase por las mientes la posibilidad de nuestra hipótesis; y si tal imprevision le es-

cusó acaso crueles remordimientos, dejóle, en cambio, en toda su aspereza la insoportable idea de la indignidad de su ídolo, y el presentimiento lúgubre de la futura soledad de su alma.

Eran las diez dadas cuando—sin dirigir á aquella por quien se creia ya indudablemente sacrificado, el adios sin hiel que en su carta le ofrecia—empezó á huir, digámoslo así, del aspecto atormentador de la ventana y la verja, ante las cuales juzgaba dejar sepultadas para siempre sus ilusiones más dulces; ante las cuales habian brotado de su pecho lágrimas de sangre, cuya huella le parecia imborrable.

Sin embargo, la aceleracion de sus primeros pasos fué decayendo progresivamente hasta convertirse en lentitud, revelándose de este modo la reaccion que iba operándose en aquella naturaleza magnánima.

—Yo mismo la escribí, —pensaba entónces, —que estaria en su derecho al romper prudentemente de un golpe locas relaciones sin porvenir; yo le aseguré que respetaria religiosamente la resolucion que pudieran dictarle legítimos miramientos, sin mezclar una queja al llanto de mi dolor. ¿Por qué, pues, este acerbo sentimiento, que me aguija ensangrentándome, al apartarme de lugares que me fueron queridos..... de lugares ¡ah! donde he debido á *ella* los únicos instantes de dicha que he alcanzado en la tierra? ¿Por qué esta cólera concentrada y desgarradora, que sólo se aplacaria pudiendo despreciar á quien me la inspira? ¿Cuál es el crimen de la pobre niña? Me vió, conoció que me agradaba, se gozó en ello con el candor de sus diez y seis años, sin que le ocurriera disimularlo. Luégo se habituó á mis paseos por su calle; cedió al encanto que tienen para toda mujer el misterio y las galantes intrigas; alimentó, como yo, ilusiones, que eran tanto más naturales cuanto era ménos lo que sabía de mí, pudiendo suponer cuanto le fuese agradable. De pronto, y cuando una sola vez ha tenido ocasion de hablarme, descubre imprevistamente que soy casi un mendigo..... ¿Hay algo de extraño en que sucumba su naciente cariño bajo golpe tan rudo? ¿No debe, además, á su familia sagrados respetos? ¿Con qué derecho exigiria yo que me los sacrificase?

Tan sensatas reflexiones dieron por resultado inmediato

que, al entrar en su humilde arrabal, nuestro protagonista se detuviese un momento, volviendo atras larguísima mirada, cual si buscase al traves de las sombras y la distancia la misma casa de que se desviára presuroso.

Luégo dos tristes suspiros, confiados al viento de la noche, tuvieron, al parecer, por objeto llevar á la señorita Caillard — al mismo tiempo que el adios prometido y del que poco ántes se la juzgaba indigna — una impetracion de gracia para el egoista corazon que habia abrigado algunas horas amargo despecho contra ella.

La reaccion era completa. De la reciente tempestad en que naufragára su esperanza, Huberto tuvo la suerte de salvar la poesía de su amor.

— ¡Sea *ella* feliz! — dijo por último, al poner el pié en el umbral de su casa. — Aquí, en este pobre albergue, á cuya puerta llego rendido por el derrumbamiento repentino de mis postreras esperanzas; aquí únicamente debo buscar, de hoy más, el consuelo y el cariño. Adios para siempre, ensueños de ambicion, locos delirios de amor..... adios, poéticas aspiraciones del entusiasmo. El destino nos separa y yo acepto su fallo. Seré barquero, seré lapidario, seré cuanto deba ser, para sofocar de una vez mis presuntuosos instintos, y no vivir más que para mi familia desgraciada.

Murmurando estas palabras, llegó á la pieza en que trabajaban su madre y sus hermanas, sin que ninguna de las tres pudiera sorprender en su rostro ni el más leve indicio de las terribles pasiones de que fuera campo su pecho, pocos minutos ántes.

No se desmintieron en los siguientes dias este dominio que supo tomar el jóven sobre sí mismo y la firmeza de la resolucion expresada.

Ni una sola vez volvió á dirigir sus pasos hácia la morada de Mr. Caillard, ni una sola vez dejó escapar de sus labios — ni áun en la soledad de su cámara — el querido nombre de Josefina.

Vefasele cada mañana salir muy temprano y con tranquilo aspecto para dirigirse á su acostumbrada tarea, de la que no volvia nunca hasta muy pasadas las nueve de la noche. Vefasele, asimismo, todos los domingos y fiestas emplear con gusto muchas horas, — despues de misa, — enseñan-

do á sus hermanas á hacer bonitos dibujos para bordados, ó bien orando devotamente con su madre por la libertad del cautivo.

Luégo, terminada su frugal comida, jamas dejaba en tales dias de presentarse en el muelle, donde desempeñaba sin el menor asomo de repugnancia su segundo oficio de humilde patron de barca. Allí permanecia hasta no quedar nadie, diligente siempre en procurarse noticias del anciano del cinco de Junio; pero siempre retirándose sin haberle visto, ni poder inquirir su nombre ó su paradero.

Cada dia se aumentaban, por consiguiente, las probabilidades de quedar dueño, en último resultado, del oro y la rica joya que tanto habia codiciado; y que, aunque ya no le despertasen los mismos anhelos y las mismas personales esperanzas (pues no amándole Josefina, poco le importaba cambiar su presente condicion por la más noble que le brindaba el arte); todavía, sin embargo, conservaban el valor inmenso que debian tener á sus ojos, como rescate de su padre y medio de proporcionar algun alivio á una pobre madre, quebrantada y enferma por el dolor y el trabajo.

En tal concepto, Huberto no podia ménos de desear vivamente el cumplimiento del plazo que se impusiera á sí mismo, teniendo ya casi una certidumbre de que los valores, que nadie reclamaba, le pertenecian legítimamente, como dádiva generosa del noble desconocido.

El tiempo voló, en efecto — aunque no segun los impulsos de su impaciencia — llegando, por último, el primer domingo de Julio, último dia de su largo mes de expectativa.

Huberto salió de su casa aquella tarde, seguro de poder decir á su vuelta á las tres personas que más le amaban en el mundo: — «¡Alegraos! ¡sed felices! Hé aquí el rescate del padre y del esposo por quien tanto hemos llorado; hé aquí tambien vuestro pan de cada dia asegurado por muchos meses. La Providencia, al dispensaros por mi mano beneficios tan grandes, parece que ha querido resarcirme de cuantos sacrificios me ha impuesto, y yo vengo agradecido á bendecirla con vosotras.»

Gozándose de antemano en la pura satisfaccion de aquel momento solemne, tantos dias esperado, casi olvidaba el jóven las heridas de su alma; casi se sentia venturoso, con la

misma carencia de personales esperanzas, que le obligaba á vivir únicamente de la vida de su familia, no teniendo otros goces que los que á ella le diera, y de ella refluyesen en su corazon generoso.

Su barquilla, atada al muelle, se mecia blandamente, ni más ni ménos que como la vimos un mes ántes, en el momento de saltar á ella el incógnito caballero.

Como entónces tambien, nuestro protagonista se hallaba reclinado en el asiento de popa, dejando á merced de la brisa su blonda y rizada cabellera, y perdida por el espacio la mirada melancólica de sus rasgados ojos, de un azul oscuro y tornasolado.

Su aspecto era más macilento, más grave que el cinco de Junio en que le conocimos; pero en nada se habian alterado la gallardía y distincion, que fijaban las miradas de los transeuntes, arrancando de sus labios estas y otras exclamaciones análogas:

— Ved al barquerillo que da envidia á los más galanes caballeros, ¡qué interesante! — ¡Lástima que un muchacho tan gentil se halle manejando el remo!

Huberto nada de esto oía; su pensamiento se hallaba en el hogar materno, y cuando á intervalos se ocupaba de los objetos cercanos, sólo era cotejando á cuantas personas de edad aparecieran por allí, con la imágen que conservaba del anciano misterioso.

Pero era inútil, por dicha suya, esta postrera pesquisa. Nadie se asemejaba al dueño de la bolsa; ningun hombre poseia su mirada penetrante y á la vez expresiva, su sonrisa dulce y grave, su frente majestuosa y brillante, que parecia reflejar la luz del pensamiento en los argentados cabellos que le servian de corona.

Los últimos crepúsculos se iban apagando lentamente en el azulado seno de las aguas: el gentío se dispersaba como un hormiguero pisado: la tarde espiraba tan poéticamente como la del cinco de Junio, y Huberto, — preparándose ya á abandonar la barca, — apretaba contra su pecho la bolsa salvadora, murmurando con emocion inefable: ¡ya eres libre, padre mio!

— ¡Ah! añadió en seguida mentalmente, cediendo á un recuerdo irresistible: ¡qué noche tan feliz si *ella* me ama-

se! Mañana, pagando mi deuda al lapidario, saldria de su detestable obrador, diciendo regocijado: *¡soy artista, puedo consagrarme á mi vocacion querida; puedo alimentar la ambicion de merecer un dia la mano de Josefina de la gratitud de su padre!*

En el mismo instante sintió caer á sus piés cierto cuerpo duro, aunque de poco volúmen — y bajándose á recogerlo — vió que era una piedra, á la que iba atado un papel.

Estremecióle al punto vago presentimiento; lanzó ansiosa mirada por el muelle, y creyó reconocer en la figura de una mujer embozada, que se alejaba de prisa, el andar pesado y las ámplias formas de Niná.

El corazon de Huberto comenzó á saltar de modo que le faltaba espacio en el pecho. Sus ojos, turbados como por un vértigo, se afanaron en balde por poder distinguir, á la opaca claridad del moribundo crepúsculo, siquiera una línea del billete perfumado que acababan de desplegar sus manos trémulas.

Entónces saltó en tierra para dirigirse á alguno de los inmediatos almacenes en demanda de luz.... de luz que le permitiese ver el nuevo dolor — ó la nueva satisfaccion imprevista — que en aquella carta le deparaba la suerte.

Cinco ó seis pasos habia dado, cuando tropezó con un hombre que, por su aire y traje, parecia marino.

— Perdonad, — balbuceó Huberto en ademán de continuar su marcha.

— Deteneos un momento, — dijo, casi simultáneamente, el forastero. — Creo, segun las señas que me han dado, que tengo el gusto de hablar al Sr. Huberto Robert, patron de aquella barquilla blanca, de la que os he visto saltar.

— Cierto: ¿qué me quereis? — pronunció Huberto impaciente.

— Debo preguntaros para mayor seguridad, ántes que todo, — repuso el marino, — si fuisteis vos quien el cinco del mes pasado recibió en su barca y paseó por la bahía á cierto caballero como de sesenta años.

— ¡Ah!.... sí, — murmuró apénas nuestro jóven, que á tan inesperadas palabras sintió chocar de súbito en su pecho, con la reciente esperanza que le despertára el billete,

el temor doloroso de ver desvanecidas las antiguas, que ya juzgaba seguras.

—¿Querreis decirme, —por no dejarme duda, —lo que contenia una bolsa que, al despedirse de vos, puso en vuestras manos el caballero mencionado?

—Héla aquí, respondió el jóven, presentándola prontamente, aunque le pareció que se arrancaba con ella pedazos del corazon.—Podeis cercioraros por vuestros ojos, pues tal cual la recibí la conservo.

—¡Cómo! ¿es posible? —exclamó su interlocutor, sin disimular el asombro que le causaba lo que oia. ¿No os habeis aprovechado ni áun de los luises que acompañaban al diamante?

—Os repito que la bolsa está íntegra, repuso Huberto, con cierta ufanía que se asociaba á su angustia. Comprendiendo que me habia sido dada equivocadamente, vengo hace un mes á este sitio, todos los dias festivos, esperando me fuese reclamada. Tomadla, pues, si—como parece—traeis ese encargo.

—No es tal mi cometido—replicó el forastero;—sólo debo llevaros, si teneis á bien seguirme, adonde os espera la única persona que puede alegar legítimos derechos á la posesion de los objetos tan religiosamente conservados por vuestra probidad. Venid, pues.

Huberto obedeció maquinalmente, con paso vacilante y desalentado espíritu.

¡Oh destino!—decia en sus adentros, —¿no quieres dejarme ni áun el consuelo de cumplir mis deberes filiales? ¡Y en qué momento voy á ser despojado de lo que constituia la dicha de mi familia!..... ¡Cuando es quizá de Josefina esta carta, contra la que apénas palpita mi corazon oprimido! ¡Cuando quizá me ordena alentarme, esperar, merecerla conquistándome un nombre!.....

Pero no, añadía en seguida con mortal postracion; mi estrella es demasiado infausta para que me sea dado presumir nada de lisonjero. Esta carta, ó no será de *ella*, ó sólo me traerá nuevas amarguras. ¿No estoy viendo una prueba de que el rigor de los hados no se aplaca todavía?

Atormentado por estas reflexiones, seguia al hombre que

le guiaba silencioso, hasta que le vió parar delante de un hermoso edificio, sobre cuya puerta se leía:— *Hotel de Oriente*.

—Aquí se hospeda el individuo que buscamos, —dijo entónces el marino; — no teneis que hacer otra cosa, señor Huberto, sino subir y llamar al cuarto número 3, del segundo piso, donde sois aguardado. Luégo que salgais de allí tomaos la molestia de leer esta carta que os entrego, y que para vos me fué confiada.

Sin más explicacion volvió á echar á andar, dirigiéndose al muelle, de donde venía, y Huberto se halló solo en el umbral del hotel con sus dos cartas en la mano.

CAPÍTULO VII.

QUIÉN ERA EL HUÉSPED DEL HOTEL DE ORIENTE, Y LO QUE
CONTENIA UNA DE LAS DOS CARTAS.

Subió nuestro héroe la espaciosa escalera del hotel de Oriente, devanándose los sesos, como suele decirse, por adivinar de quién sería la segunda epístola en aquella tarde recibida, y lo que contendría la primera, que — segun sus presentimientos — debía ser de Josefina.

Aquella preocupacion del ánimo no era obstáculo, sin embargo, para continuar sintiendo el penoso esfuerzo con que iba á consumir, en la devolucion de la bolsa, el completo sacrificio de todas sus esperanzas. El rudo choque de tantos impulsos comenzaba á producirle cierta especie de vértigo, que le hacia imaginar hallarse bajo el influjo de alucinaciones febriles, no siendo hechos positivos nada de cuanto le habia pasado.

Anhelando darse á sí mismo pruebas que le convenciesen, y notando que alumbraban ya varios faroles la escalera, en

cuyo último tramo se encontraba, se acercó precipitadamente al que en aquel descanso lucia, y rompió con mano temblorosa el sobre de la carta que, en su concepto, debia interesarle más.

Su corazon no le engañaba; la linda diestra de la jóven cubana habia trazado las líneas que se presentaron á su vista, y que expresaban lo que copiamos literalmente en las que el lector va á recorrer.

«Convaleciente de muy grave dolencia, tomo la pluma, » Huberto, para daros una explicacion que quizá convenga » á vuestra tranquilidad, y exigiros una promesa que inte- » resa mucho á la mia.

» Me lisonjea la íntima persuasion de que no habréis crei- » do, ni por un momento, pudiesen alterar vuestras desdi- » chas la afecion profunda que me inspirais; pero concibo » todas las inquietudes de vuestra alma desde la noche en » que aguardariais inútilmente verme aparecer como me su- » plicabais. Sabed, pues, aunque tarde, que por fatal coin- » cidencia fué instruido mi padre de nuestras relaciones el » dia mismo en que recibí vuestra carta, siéndome prohi- » bido hasta el tener abierta mi ventana.

» No extrañaréis ahora que sucumbiese mi salud á tan » fuertes y amargas impresiones, y me perdonaréis los malos » ratos que involuntariamente os habré causado, compren- » diendo que la idea de ellos aumentaba no poco mis propios » sufrimientos.

» Sí, amigo mio; entónces pedia al cielo que me conser- » vase la vida para poder disculparme con vos; para poder » deciros, *yo os amo, barquero ó lo que seais, y os estimaré » siempre como al más noble de los hombres.*

» Hoy, empero, cuando veo escuchada mi súplica y satis- » fecho mi afán; hoy que vuelvo á la vida por la bondad di- » vina y los imponderables cuidados del mejor de los padres; » hoy, Huberto, me juzgaria muy culpable aún á vuestros » mismos ojos, — pues vuestra carta me prueba que sois un » hijo excelente, — si echase en completo olvido mis deberes » filiales por atender sólo á los intereses del amor. No puede » obrar así la que ha visto, durante largas noches, velar sin » descanso á la cabecera de su calenturiento lecho al autor

» querido de su existencia, rogándole la conservase para ha-
 » cerle dichoso. No puede obrar así la que en aquellas horas
 » de dolor ha jurado al cielo no hacerse indigna jamás de
 » toda esa ternura que tiene la felicidad de merecer á cuan-
 » tos le son caros.

» Escuchad, pues, Huberto, lo que voy á deciros, conci-
 » liando, en lo posible, los votos de mi corazón con las im-
 » periosas exigencias de mis deberes más santos.

» Mi padre quiere que rompa todas mis comunicaciones
 » con vos, y os prevengo, por tanto,—aunque llena de aflic-
 » cion, como os lo dirán las manchas de acerbas lágrimas
 » que borran estas letras,— que ya no me veréis, como ántes,
 » los domingos y fiestas. Más todavía ¡oh amigo de mi alma!
 » debo declararos también que, cifrando mi dicha en ser
 » vuestra para siempre, respetaré, no obstante, en todo tiem-
 » po la voluntad sagrada que trastorna mi destino, y nunca
 » os daré mi mano si no conseguís cambiar aquélla.

» Cumplida de este modo la obligacion de hija, el pecho
 » de la amante pide algo para su consuelo, y de vos sola-
 » mente puede esperarlo.

» El *cinco de Junio* me será siempre memorable y querido,
 » porque tal día tuvo lugar en el jardín nuestra primera y
 » única conferencia; porque tal día se enlazaron nuestras ma-
 » nos y se confundieron nuestros hálitos. Ahora bien, ¡Hu-
 » berto! prometedme que miéntras seáis libre, miéntras
 » no ameís á otra, vendréis cada año, el día *cinco de Junio*,
 » al sitio mismo de nuestra dulce entrevista, para trocar una
 » mirada de esperanza y un suspiro de recuerdo con vuestra
 » desgraciada

JOSEFINA.

» P. D. — Poned la contestacion bajo una piedra blanca
 » que veréis colocada junto á la verja, *en el ángulo izquierdo*
 » *del jardín, al pié de un rosal de Alejandría.*»

¿Tendremos necesidad de decir que el llanto del amante
 aumentó considerablemente las manchas del papel, y que
 besado éste cien veces, y otras cien oprimido sobre el co-
 razón, la pobre carta quedó tal en breves minutos, que aún
 á su autora le costaría trabajo entenderla?

En aquellos momentos borrósele de la memoria al man-

cebo la existencia de la otra misiva que encerraba su bolsillo, y hasta la del cuarto número 3 (que tenía á la vista), donde lo esperaba la persona que venía buscando para llevar á efecto su sacrificio. De nada se acordaba sino de su tierna Josefina, que habia sido ultrajada por su desconfianza, calumniada por su ligereza.

Sentíase Huberto, á un tiempo mismo, feliz y desventurado; tan dispuesto á rendir gracias fervorosas al cielo por la inmensa ventura de poseer todavía el purísimo amor de su adorada niña, como á quejarse sin consuelo por la imponderable desgracia de verse separado de aquélla, en cuyo corazón se atesoraban para él todas las glorias y las delicias del mundo.

¡Cuánto no hubiera dado por verla una vez siquiera, por arrojarle á sus plantas, llorando como en aquel momento, y que ella leyese en sus ojos todo el tumulto de sentimientos que se desbordaban en su alma!

Formando estaba tan irrealizables votos, cuando salió de repente del susodicho cuarto, número 3, una voz varonil, que preguntaba al mozo del hotel — que acababa de encender los faroles — si aún no habia vuelto Mr. Nyon, capitán del bergantín Neptuno.

¡Cosa extraña! aquellas pocas palabras produjeron en Huberto la impresion de una descarga eléctrica. Se estremeció todo, dejó de pensar en Josefina, y — como si volviera á imaginarse presa del delirio — se pasó las manos por la frente, á manera de quien quiere desembarazarse de algun pensamiento absurdo ó inoportuno.

El criado á quien se dirigiera la interpelacion del huésped, echando de ver acaso la impresion que produjo en nuestro jóven, se encaró á él resueltamente, preguntándole á su vez: — ¿No buskais vos al caballero de ese cuarto?

— Sí...., sí.... (tartamudeó Huberto): ¿quién es? ¡Quiero verle! ¡quiero verle al instante!

Y se lanzó como una saeta á la puerta número 3, que se abrió de par en par simultáneamente, apareciendo en su umbral un hombre como de cuarenta y ocho años y de simpático aspecto.

Verse los dos y precipitarse cada uno en brazos del otro, con grito de alegría, fué cosa de un momento; pero muchos

tuvieron que trascurrir ántes que se les oyera articular distintamente estas exclamaciones, embargadas largo rato por el exceso del júbilo :

— ¡Padre!

— ¡Hijo mio!

Mr. Robert — pues no puede ya cabernos duda de que era él quien se hospedaba en el hotel de Oriente — logró primero que Huberto dominar un tanto sus trasportes, y se apresuró á preguntar por su mujer y sus hijas. Sabedor de que se hallaban buenas, añadió vivamente :

Desde el momento que pisé la querida tierra de Marsella, quise volar ansioso al seno de mi familia. El capitán Nyon — en cuyo buque he venido y á quien debo mil atenciones — me advirtió entónces que habiais mudado de casa, segun sus noticias, y nada lograria, por tanto, con echarme por esas calles á la ventura.

Tuve que seguir el consejo que me dió, de esperar aquí algunas horas, pues él contaba ver por la tarde á cierto sujeto que podia decirle con seguridad el nuevo domicilio que teniais, y me lo comunicaria en seguida. ¡Qué léjos estaba yo de imaginar siquiera, miétras que le aguardaba impaciente, que ántes que á Mr. Nyon veria á mi propio hijo, á mi queridísimo Huberto!

Y el excautivo tornó á abrazar al jóven, besando repetidas veces su hermosa frente y su rizada cabellera blanca.

Huberto le expresó que el mismo capitán Nyon (pues no dudaba fuese él) le habia encontrado en el muelle y conducido al hotel, y que era exacta la noticia que diera á Mr. Robert de haber cambiado la familia de habitacion, viviendo al presente en un pequeño cuarto del arrabal de San Lázaro.

— ¡Ah! lo comprendo, exclamó el recién llegado : mi infausta empresa os redujo á la miseria, y aunque estoy cierto de que los amigos os habrán ayudado eficazmente, no habréis tenido que imponeros pocas privaciones para reunir la cantidad necesaria para mi rescate. Corramos, hijo mio, corramos á los brazos de esos buenos ángeles que Dios me ha dado por esposa y por hijas, y á quienes debo amar desde hoy doblemente con reconocimiento infinito.

Hablando así, tomó Mr. Robert la pequeña maleta que

constituía su equipaje, y echó á andar presuroso, sin cuidarse de pedir su cuenta al fondista. Quiso llenar Huberto este deber, pero el criado á quien se dirigió al efecto, respondió que el capitán Nyon había satisfecho ya todos los gastos hechos aquel día por él y su compañero.

Siguió, pues, nuestro jóven al excautivo, que iba ya como un galgo por esas calles, y cuando logró alcanzarle, le hizo presente la conveniencia de adelantársele para preparar la familia á un gozo que podría afectarla demasiado, cogiéndola de improviso.

— Moderaré el paso, — contestó Mr. Robert, — dejando que me tomes delantera; aunque no creo que pueda sorprender mucho mi presencia á las que ya deben esperarme, toda vez que saben me han rescatado hace días.

No juzgó Huberto que era aquel momento el más oportuno para desvanecer las erróneas creencias de su padre, declarándole que no cabía á su familia la dicha de haberle libertado, ni á los amigos de quienes conservaba tan buen concepto, derecho ninguno á reclamar parte en su agradecimiento. Se limitó á repetirle que creía prudente llegar él con algunos minutos de anticipación, y precipitó su marcha.

Mr. Robert se consolaba del disgusto de tener que reprimir su impaciencia, mirando y saludando con entusiasmo cuantos objetos se le ofrecían al paso.

Cada calle, cada casa era para él como un amigo recobrado, después de haber perdido toda esperanza. Lágrimas de dulcísima emoción humedecían sus ojos por instantes, y afectuosos suspiros se exhalaban de sus labios en aquel fausto ambiente de la libertad y de la patria.

Huberto llegó en tanto á su casa.

Mad. Robert y sus hijas (á quienes había prevenido que lo esperasen temprano aquella noche, pues ya sabemos que contaba poderles dar la grata noticia de poseer una bolsa llena de oro y una joya que valuaba en más de tres mil escudos) se ocupaban en partir avellanas, que — con un trozo de queso y algunos mendrugos de pan — debían componer su colación.

— Bien venido, Huberto mío, — le dijo la madre al verlo entrar: — nuestra cena de hoy es harto pobre, pero será, en cambio, más alegre que de costumbre, pues nos das el gusto

de venir con dos horas de anticipacion y con aspecto risueño.

— Madre querida, — respondió conmovido nuestro héroe, — al anunciároslo así desde esta tarde, presentia una ventura que el cielo realiza mucho más allá de mis esperanzas.

Oídme con calma, — añadió al notar la extrema agitacion que excitaban instantáneamente aquellas primeras palabras. — Hace un mes que guardo cierto secreto; hace un mes que vislumbraba la posibilidad de un feliz cambio en nuestra suerte. No me resolví á comunicároslo, por no exponeros á una decepcion que hubiera agravado las amarguras presentes. Gracias á Dios, aquel temor cesa de existir hoy, madre y hermanas mías. Gracias á Dios, en vez de la esperanza dudosa, puedo ya daros la certeza de una dicha cercana.

Hizo una pausa el mancebo, durante la cual sus dos hermanas aglomeraron rápidamente preguntas y suposiciones, sin que Mad. Robert acertase á articular ni una sola sílaba, segun la embargaba la violencia de su ansiedad visible.

Huberto se llegó á ella, la enlazó suavemente en sus brazos, y pronunció muy despacio y muy quedito en su oído: — ¿Qué diriais, si os asegurase que tenemos medios de rescatar á mi padre?

Mad. Robert, toda trémula, asió con sus flacas y crispadas manos la hermosa cabeza de su hijo, y le miró fijamente, como para leerle en el alma que no era un delirio la esperanza imprevista con que alborozaba la suya.

— Sí, miradme bien; — dijo el jóven, sonriendo y llorando á un mismo tiempo; — miradme bien, porque el semblante os expresará mejor que la palabra, la alegría inmensa que me está ahogando.

— ¡ Huberto! ¡ Huberto! gritó la mayor de las hermanas. ¿ Es verdad lo que indicas? ¡ Repítelo, por piedad! ¡ Repítenos cien veces que podemos ya redimir á nuestro padre!

— ¡ Sí, sí! ¿ No nos lo aseguran sus trasportos? ¿ No lo dicen tambien nuestros corazones, saltando de regocijo? ¡ Vendrá papá! ¡ lo veremos aquí pronto! — exclamó la pequeña, abandonándose sin reserva á la felicidad que parecia al fin sonreirles.

— ¿ Ois lo que dice esa niña, madre mia? dijo entónces

Huberto, acercando á los labios de la Sra. Robert un jarro de agua fresca que habia sobre la mesa. — Bebed algunos tragos, sosegaos, y en seguida podré quizá repetiros con ella: «¡Vendrá papá! ¡pronto lo vais á ver aquí!»

La puerta, que dejára Huberto entornada, se abrió de súbito al terminar él las anteriores palabras, y el grito penetrante, indescribible, que salió al punto del pecho de la matrona, fué recogido instantáneamente por los labios de su esposo.

.

El pintor que cubrió con un velo la cara de Agamenon, al presentarlo en un cuadro del sacrificio de su hija, mostró ser artista de verdadero genio.

Los supremos dolores y las supremas alegrías no pueden expresarse con pinceles ni plumas. Ni áun la palabra hablada, rápida imágen del pensamiento, ni áun la fisonomía viva, claro espejo de los afectos y de las sensaciones, alcanzarán nunca á comunicarnos — por el débil conducto de los sentidos — esos grandes esfuerzos del alma inmortal en los momentos de sus solemnes crisis.

Renunciar á pintarlos es mostrar al ménos que se les comprende, y comprenderlos es lo más que puede alcanzar el talento del artista.

Así lo juzgarán, sin duda, nuestros ilustrados lectores, permitiéndonos que — como el pintor griego — echemos un velo sobre los primeros instantes de la feliz reunion del redimido esclavo con su adorada familia.



CAPÍTULO VIII.

LO QUE DECIA LA OTRA CARTA, Y RESULTADO DE LAS DILIGENCIAS PRACTICADAS PARA SABER EL NOMBRE DE SU AUTOR.

Cuando fué posible hablarse y entenderse, Mr. Robert dió gracias á su mujer é hijos por los sacrificios que se habian indudablemente impuesto, á fin de llevar á cabo su rescate.

— Esta pobre habitacion en que os hallo, — les dijo, — esa mezquina cena que veo sobre la mesa, vuestros semblantes pálidos, vuestros vestidos humildes....., todo me está diciendome las grandes privaciones con que me habeis comprado la dicha de volver á vuestro seno. A la vez que os testifico el reconocimiento debido, no puedo ménos, por tanto, que lamentar con enojo el exceso de vuestra abnegacion. ¿No era bastante desprenderos de seis mil francos, laboriosamente reunidos, sin que, ademas de comprar tan cara mi libertad, os metieseis en mandarme ropas, demasiado ricas para nuestra posicion presente? Ni ¿qué necesidad tenía yo tampoco — puesto que me pagabais el viaje — de los cincuenta luises que me entregó Mr. Nyon, al recibirme á bordo?

La señora y las señoritas Robert se miraron atónitas, volviéndose luégo con movimiento simultáneo — y á cual más enternecida — al jóven, que tambien escuchára visiblemente conmovido lo que habia dicho su padre.

— ¡Oh hijo de mi alma! exclamó la primera, vertiendo dulces lágrimas. ¿Con que, todo eso has hecho, sin que lo sospecháramos nosotras? ¿Y cómo sospecharlo, — añadió dirigiéndose á su esposo, — si el pobre muchacho no tenía, al parecer, otros medios con que ganarnos el sustento, sino su trabajo en el obrador de un lapidario, que en los primeros meses le daba muy poco, subiendo progresivamente hasta setenta francos, que me eran entregados por mi hijo, y que, unidos al producto de nuestras costuras, apenas bastaban para vivir los cuatro?

— Entónces, — dijo Mr. Robert con alguna alteracion,

— sin duda los buenos amigos que aquí he dejado proporcionaron á Huberto los medios de hacer esos dispendios, de que me parece muy extraño no os diese conocimiento.

— ¡Los amigos! repuso con viveza su mujer. — ¡Ah! no se tienen muchos en la desgracia, y en cuanto á nosotros, bien se puede decir que no hemos hallado ninguno.

Mr. Robert se estremeció de piés á cabeza, oscureciéndose su frente con un pensamiento capaz de anublar todas sus alegrías. En seguida clavó en su hijo mirada inquieta y escrutadora, escapándose de sus labios, con cierta violencia, esta interpelacion perentoria:

— ¿De dónde, pues, ha salido todo aquel dinero?

Huberto sacó de su faltriquera la consabida bolsa, y echando sobre la mesa lo que contenia, dijo con profunda emocion, que su padre, ofuscado, confundió acaso con otro sentimiento:

— Todo aquel dinero, y todo esto—de que podeis disponer igualmente—han salido, padre mio, de una misma mano..... mano desconocida, por desgracia, que no nos es dado besar reconocidos; mano de un bienhechor anónimo, que, como la Providencia, sólo es visible en la bondad de sus obras.

— ¡Desventurado! exclamó el padre, poniéndose en pié casi despavorido. ¿Cómo te atreves á responder con esa novela inverosímil al atroz recelo que debió revelarte mi pregunta? ¡Oh Dios mio! perezcamos todos aquí, en estos momentos que parecian tan felices, si han sido comprados á precio de nuestra honra.

— ¡Padre! ¡Padre!..... — fué cuanto pudo articular el jóven, al escuchar la expresion terminante de tan afrentosa sospecha; pero eran tales la legítima altivez y la bella dignidad que brillaron de súbito en toda su figura, que Mr. Robert bajó involuntariamente los ojos, fijos hasta entónces en su rostro con tenaz perseverancia.

La expresion de aquel rostro persuadia con más elocuencia que hubieran podido hacerlo las mejores pruebas aducidas por Huberto en demostracion de su inocencia.

— ¡Esposo mio! dijo al mismo tiempo la señora Robert: no ultrajes nunca con la más leve duda la probidad de nuestro hijo. Yo creeria lo imposible, ántes que sospechar en él accion ninguna vergonzosa.

—¡Oh, no! ¡es nuestro ángel! ¡nuestro buen ángel! exclamaron á la vez las dos hermanas, corriendo á colgarse de su cuello para abrumarle de besos.

Mr. Robert tornó á sentarse, más bien confuso ya que receloso, y pronunció, despues de un rato de silencio, con voz casi sumisa: — Que me perdone.... pero que tambien me explique, por Dios, cómo ha podido encontrar ese bienhechor misterioso.

El jóven se acercó con ademan lleno de nobleza, y áun de solemnidad imponente, y le refirió en breves palabras su encuentro y conversacion con el desconocido, sus pesquisas durante un mes, la escena de aquella tarde con el capitán Nyon, y concluyó presentando á su padre la carta que le diera aquel hombre, único por quien podian saber quién era el benéfico personaje, del que tantas mercedes recibian.

Mr. Robert rasgó vivamente la cubierta, y leyó, en medio del profundo silencio y vivísimo interes de sus cuatro oyentes :

« Cuando veais estas líneas, mi jóven amigo, ya habréis » reconocido con cuánta razon os aseguré que la Providencia » no desampara á los buenos. Yo le rindo gracias por haber- » me escogido esta vez como instrumento de sus beneficios ; » dádselas vos tambien por haberos hecho digno de recibir- » los.

» Una feliz casualidad me ha facilitado descubrir quién es » el profesor de pintura de quien recibisteis lecciones en París, » y que conserva alta opinion de vuestras excelentes disposi- » ciones. Este juicio suyo, y la conviccion que me infundió » vuestra fisonomía de que poseeis verdadero genio artísti- » co, me mueven á aconsejaros que tan luégo hayais dedi- » cado algunas horas á la felicidad de abrazar á vuestro pa- » dre, os pongais en camino para la capital, donde os espera » ya vuestro antiguo maestro, que os hospedará en su propia » casa. Por dos años teneis pagados los gastos de pension y » de estudios, y si sois aplicado, — como creo, — con vues- » tro talento y los conocimientos anteriormente adquiridos, » es probable que os baste ese tiempo para que podais presen- » taros á la heredera del ex-mercader de las *Antillas españo-*

»las, como un artista de mérito, y no como un barquero
»poco práctico. Así, al ménos, os lo desea,

«EL VIEJO DEL CINCO DE JUNIO.»

—¡Hijo mio! exclamó Mr. Robert, al terminar su lectura:
¡Hijo mio, corramos al hotel de Oriente! Es preciso saber
esta noche misma el nombre del autor de esta carta..... del
genio tutelar de esta familia.

—¡Sí, padre, sí! contestó el jóven, bañado el rostro en
llanto: nuestra ventura quedaria muy incompleta si nos vié-
semos privados por más tiempo de besar mil veces la mano
generosa del mejor de los hombres. Venid, pues, venid. El
capitan Nyon debe saberlo todo; él nos revelará ese nom-
bre, que será bendecido miéntras exista uno siquiera de nos-
otros ó de nuestros descendientes.

Y el padre y el hijo iban á salir presurosos, cuando, dete-
niéndolos Mma. Robert, les contó en alta voz las campana-
das de la iglesia vecina, que daban distintamente las doce.

—¿Quién se hallará dispuesto á ser complaciente á tales
horas? les dijo sonriendo. Si quereis que ese señor Nyon no
maldiga enojado la impaciencia de vuestra gratitud, dejad-
le descansar tranquilamente de las fatigas del viaje, y ma-
ñana temprano lo encontraréis, de seguro, benévolo y ex-
pansivo. Miéntras tanto, — añadió con tono más grave, —
cumplamos nosotros el santo deber de rendir gracias al cielo
por vernos reunidos felizmente, rogándole que colme de sus
eternas bendiciones al que ha sido en la tierra la imágen y
el ministro de su bondad divina para con los pobres.

Cayó de rodillas la matrona al concluir estas palabras, y
su marido y sus hijos se prosternaron silenciosos al rededor
suyo.

Durante más de un cuarto de hora permanecieron los
cinco en humilde actitud y religioso recogimiento, acompa-
ñando su muda y fervorosa oracion con dulces lágrimas de
reconocimiento.

Patético y hermoso era aquel espectáculo doméstico.

La varonil cabeza del padre de familia — surcada prema-
turamente por anchas líneas de plata, que se cruzaban so-
bre su frente — se inclinaba ante Dios, al lado de la pálida
faz de su casta compañera, marchita igualmente por el tra-

bajo y los dolores; pero todavía interesante con los restos de aquella pura belleza griega, peculiar á las hijas de la antigua Focia. — Luégo, en torno de sus dos figuras graves y melancólicas, las tres cabezas rubias y poéticas de la juvenil prole, humillándose tambien, como la de los ángeles de Rafael á la presencia de la Virgen sin mancha..... Todo presentaba en su conjunto un cuadro digno de la paleta del grande artista de Urbino, que hubiera hallado en él todo el idealismo de sus aspiraciones místicas, en consonancia con las severas realidades de la vida.

Terminada la silenciosa plegaria, Mma. Robert condujo á su marido á la mesa, y aquellos puñados de avellanas, aquel trozo de queso duro, acompañados de mendrugos de pan seco, constituyeron una cena la más grata, la más amena de cuantas se han servido jamas.

Ningun potentado podía proporcionársela igual, dispendiando el oro á manos llenas en succulentos y exquisitos manjares.

La franca alegría y el sincero amor que sazónaba la del estrecho cuarto del arrabal de San Lázaro, no es condimento comun en los banquetes suntuosos.

Entablóse naturalmente, de sobre mesa, la conversacion sobre los disgustos ya felizmente pasados. Mil y mil preguntas dirigidas al padre le llevaron insensiblemente á referir la historia de sus dos años de cautiverio, produciendo en el auditorio un interes tan vivo, que las horas volaban sin darse cuenta de ello.

Mma. Robert fué la primera que, abriendo la ventana, señaló sonriendo el firmamento, bañado ya por los albores del dia. Todos se miraron sorprendidos. La noche se les habia pasado veloz como un minuto, sin que nadie sintiese fatiga de cuerpo ni de espíritu.

Tan cierto es que la felicidad —y aún lo mismo el dolor— saben hacer desplegar al hombre vigor y fuerzas, que no parecen posibles en la normal existencia.

Los dos Robert se dieron prisa en correr, á las primeras horas de la mañana, que tan impensadamente se les venía encima, en busca de Mr. Nyon, dejando á las señoras algun rato de reposo.

Llegaron tan temprano, al hotel de Oriente, que les fué

preciso aguardar cerca de una hora, paseándose por la calle, á que el conserje diese señales de vida. Abrióse la puerta al cabo, y nuestros dos impacientes anunciaron su urgencia de hablar al instante con el capitán del *Neptuno*, que se hospedaba en el segundo piso.

—¿El capitán del *Neptuno*? dijo el portero, bostezando todavía. ¡Um! me parece que venis engañados. No ha dormido nunca, que yo recuerde, bajo el techo de esta casa.

—En ella, al ménos, comió ayer conmigo, — observó Mr. Robert.

—Ya lo sé, pero también me consta que salió en seguida.

—¿Y no volvió?

—Lo vi, si no me equivoco, con el jóven señor que os acompaña; pero preguntadle si no es cierto que lo dejó entrar solo, volviéndose el capitán desde la puerta.

—¿No presumis dónde habrá pasado la noche?

—¡Toma! en su barco probablemente; como que, según he oído, se debía dar á la vela apenas amaneciera.

—¡Ah!.... ¿estais seguro de ello?

—Aguardad, y preguntaré arriba.

El portero subió en efecto, y volvió á poco confirmando su dicho. Mr. Nyon no habia dormido en el hotel, y por lo que le oyeron la mañana anterior, suponian que debía darse á la vela aquel día, con rumbo á Malta.

Padre é hijo echaron á correr de nuevo en dirección del muelle en que habia desembarcado el primero.

—Es muy temprano para que salga ahora (dijo éste á Huberto, para tranquilizarse él mismo con la seguridad que daba). Hay bastante niebla hoy, y no meterá su buque por la estrechura de nuestro puerto hasta que el sol alumbré despejado. Lo que temo es que no haya allí todavía patrón ninguno que nos conduzca á bordo.

—Descuidad respecto á eso, — respondió sonriendo el jóven; — pues no me pesará en manera alguna desempeñar una vez más mi oficio de barquero, que tanta ventura me ha traído.

Cuando llegaron jadeantes, procuraron distinguir, entre aquel bosque de mástiles, al bergantín que habia anclado el día ántes, pero les fué imposible.

Huberto se lanzó entónces á una barca, hizo entrar á su padre, y soltando la amarra del anillo de hierro que la sujetaba, comenzó á remar vigorosamente, aproximándose al sitio que debía ocupar el *Neptuno*.

La niebla, miéntras tanto, se disipaba en fugaces nubecillas, ante los rayos del brillante sol que ilumina la parte meridional de Francia.

Un grito se escapó de improviso de los labios de Mr. Robert.

—¿Qué es eso, padre mio? preguntó asustado el jóven, dejando caer entrambos remos.

—¡Mira! ¡mira!..... El cielo nos niega la satisfaccion de conocer el nombre que debemos bendecir,—dijo Mr. Robert, señalando un buque que con viento en popa y á toda vela se alejaba gallardamente de las aguas de Marsella.

Su vista no habia padecido error. Era el *Neptuno*, que pronto no se presentó á los ojos que le seguian ansiosos, sino como un punto casi imperceptible, perdido entre dos inmensidades.

El padre y el hijo volvieron al muelle, silenciosos y mohinos.

—Quizá no sepamos nunca quién es nuestro bienhechor, dijo al cabo Mr. Robert con hondo suspiro.

—¿Olvidais que, siguiendo su consejo, debo marcharme á París en el primer coche que salga, y que mi maestro ha recibido de él dos anualidades de mi pensión y aprendizaje? —respondió Huberto con tono de esperanza. —Todo lo sabrémos, padre mio; todo nos lo dirá aquel hombre con quien voy á vivir en breve.

—Es verdad, ¡oh! ¡sí! él le conoce forzosamente, exclamó Mr. Robert con el regocijo de un niño; pero de pronto trocóse en triste gravedad su risueña animacion, y añadió, tomando tiernamente las manos de su hijo:—¡Pero qué, Huberto! ¿quieres dejarme tan pronto?

—Padre,—respondió el jóven, besando las manos que estrechaban las suyas; —si áun me creéis necesario á mi familia, lapidario y barquero seré toda mi vida con orgullo; mas si en la posicion nueva que os abre la Providencia podeis pasaros sin mis débiles auxilios, dejadme, os ruego, que aspire cuanto ántes á honrar vuestro nombre y á realizar las

faustas esperanzas de nuestro querido bienhechor, alcanzando algun día la pura gloria de artista.

—Tienes razon; ¡véte! — fué toda la respuesta del padre. Lo abrazó en seguida, y dejándole en libertad de disponer sus preparativos de marcha, regresó él á la casa para dar algun descanso á su cuerpo, quebrantado al fin por tantas y tan fuertes emociones.

CAPÍTULO IX.

LA PARTIDA.

La primera diligencia de Huberto, cuando se separó de su padre, fué ir á pagar al lapidario el adelanto que le habia hecho para satisfacer al casero, y le anunció al mismo tiempo que cesaba de pertenecer al oficio.

Saliendo ufano de aquel taller, al que no volveria nunca, se preguntaba el jóven á sí propio si no era un sueño la repentina y próspera mudanza de su suerte.

El día anterior, á aquellas mismas horas, áun era un pobre artesano, un barquero por añadidura, despreciado — en su concepto al ménos — por la mujer que adoraba; creyendo esclavo todavía al autor querido de su vida; testigo continuo de la miseria de su casa. Hoy, como por encanto, miraba libre á su padre y restituido á su hogar, socorrida y dichosa á su familia, tierna y constante á Josefina, rotas las cadenas que le sujetaban á él mismo, y abierto ante sus ojos un porvenir de gloria.

Haciendo este cotejo, sentia Huberto rebosar en su pecho la más ferviente gratitud hácia la Providencia y hácia el que habia sido su representante en la tierra.

¡Cuánto deseaba verse en París para indagar, para descubrir el nombre de aquel que sólo contemplára una vez para no olvidarlo nunca! ¡Cómo se regocijaba anticipadamente

con la idea de conseguir al cabo besar mil veces su mano bienhechora, y expresarle — con lágrimas de amor, si no con elocuentes palabras — todos los sentimientos de cinco corazones que él había llenado de esperanza y consuelo!

Excitado por tales impulsos, no pudo ménos de experimentar viva satisfaccion al saber que estaba en su mano partir el mismo dia, pues de la mensajería particular establecida recientemente en la Canébière, salía un carruaje á las once y áun conservaba asientos disponibles. Tomó uno sin vacilar, y — compradas algunas cosas necesarias al viaje — volvió á su casa para hacer su maleta, escribir á Josefina y almorzar por vez postrera con la familia reunida.

Aun descansaba ésta de la vigilia anterior; por manera que tuvo Huberto completa libertad de ocuparse detenidamente de las dos primeras atenciones.

No fué largo, empero, el tiempo que exigian sus preparativos de equipaje. Pronto estuvo dispuesto y pudo pensar únicamente en contestar la preciosa carta, que fué de nuevo leída, y de nuevo tambien cubierta de besos y salpicada de lágrimas.

Media hora, por lo ménos, corrió despues la pluma agitadamente sobre el papel, con acompañamiento de suspiros, que rendian testimonio de ser el corazon quien dirigia los movimientos de aquélla. Patéticas descripciones de íntimos pesares, confesiones humildes de sospechas injustas, votos de gratitud, dulces quejas de amor, santos juramentos de constancia, exigencias tiernas de fidelidad inviolable.... todo esto y mucho más se encerró en aquellas líneas trazadas poco ántes de la partida; pero — ¡cosa extraña! — nada se dijo en ellas de esta última circunstancia ni de los sucesos recientes.

El amor es esencialmente caprichoso. Huberto se complacia en dejar á Josefina amando con heroismo al barquero oscuro y sin esperanza. Su mente novelesca le ofrecia un cuadro delicioso en la grata sorpresa que le causaria más tarde, si — como le anunciaba su protector desconocido — podia presentársele distinguido artista, cogiéndola de nuevo transformacion tan fausta.

Ademas, es preciso decirlo, toda la fe que tiene el genio en sí mismo no basta á preservarle — en ciertos momentos decisivos — de recelos acobardadores.

A Huberto se le ocurría, precisamente al ver cumplido su fervoroso anhelo de consagrarse al arte, que quizá no era más que un delirio de orgullo la capacidad que se atribuía, y que la indulgencia ajena no le disputaba. Sentía vagos temores de no llegar jamás á la altura que ambicionaba; ¿y para qué, en tal duda, seducir á su amada con esperanzas presuntuosas? ¿Para qué exponerla á decepciones amargas? ¡Qué ridículo — pensaba el joven — qué lastimoso papel haría yo á sus ojos si, despues de decirle hoy, — *mi suerte se cambia, mi porvenir se esclarece, parto á París á conquistar-me un nombre, á trabajar tambien para satisfacer, á fuerza de amor y genio, los votos de tu padre, que ningun artista ha llenado hasta ahora*; — volviese dentro de dos años sin reputacion, sin éxito en mi empeño temerario, no pudiendo aspirar sino á ser contado entre los pintores adocenados!

Esta reflexion fué acaso la que más poderosamente le decidió á guardar absoluto silencio con Josefina, respecto á los últimos sucesos y al viaje que era su consecuencia.

Segun lo resuelto por la misma doncella, no debían verse sino una vez al año..... esos dias cinco de Junio que eran para los dos aniversarios de dichas. En Marsella ó en París, Huberto no faltaría jamás á la cita que le daba su amada; no dejaría por ningun motivo de acudir á su verja, para trocar con ella la mirada de esperanza y el suspiro de recuerdo que serían por largo tiempo sus únicas comunicaciones. Atendido esto, tan ausente estaba el amante para su querida permaneciendo en Marsella como viviendo en París, y el hacerle saber que iba á ser mayor la distancia material que los separaba, parecía al primero una crueldad innecesaria.

La carta se concluyó, pues, como hemos dicho, sin contener la menor palabra por donde pudiera colegir la que debía recibirla ninguna de las novedades ocurridas, y cuando la cerraba el autor entró una de sus hermanas advirtiéndole que era esperado para el almuerzo.

En efecto, Huberto halló á la familia sentada ya en torno de la mesita de pino, cuyo aspecto era más halagüeño que de ordinario. Chuletas de ternera, tortilla de yerbas, algunas docenas de ostras, blanquísimo pan y buen vino, rendían testimonio de la mejora de los fondos domésticos, y solem-

nizaban la presencia del padre de familia, que tornaba á presidir la mesa.

El almuerzo, sin embargo, no fué tan animado como la pobre colacion de la víspera. Las señoras sabian ya por Mr. Robert que el jóven las abandonaria pronto, y esta noticia las afectaba vivamente.

Al levantarse los manteles, sonaban las diez en la cercana iglesia. Huberto las contó conmovido, y poniéndose al punto de rodillas delante de los esposos, les pidió su bendicion.

— ¡Cómo! exclamó, estremeciéndose, la madre. ¿Es hoy por ventura, hijo mio?

— Dentro de una hora parte el carruaje que debe conducirme, — respondió aquél, agolpándose á sus ojos el llanto.

— ¡Dios mio! ¡Dios mio! ¡eso no puede ser! — gritó la señora Robert, pálida y trémula, hasta el punto de verse obligada á tomar por apoyo el brazo de su marido.

— ¡Animo, cara esposa! — le dijo él, aparentando firmeza. Nuestro Huberto ha sufrido mucho en ventaja nuestra, y justo me parece que suframos algo por el bien suyo.

— ¡Cierto! — balbuceó la madre inclinando resignadamente la cabeza, — y extendiendo luégo sobre la del jóven sus manos descoloridas y casi transparentes, — Dios te bendiga (le dijo) como yo lo hago, y recompense con liberalidad infinita cuanto has hecho por tu desvalida familia.

— ¡Sí! añadió Mr. Robert con gravedad solemne. Cúmplanse los votos de la que te llevó en sus entrañas; concédate el cielo una esposa tierna y casta como ella, y sean tus hijos para tí lo que tú has sido para tus padres.

Diciendo esto, quiso meter en los bolsillos del viajero parte de los cincuenta luises que recibiera de Mr. Nyon, pero Huberto los rechazó dulcemente, poniendo al mismo tiempo en un dedo de Mma. Robert la magnífica sortija del desconocido.

— Os he tomado ya bastante, les dijo, del numerario que acompañaba esta alhaja. Pagadas mis deudas y mi asiento, áun me queda lo necesario para mi manutencion durante el viaje. Conservad el resto de vuestros fondos, padre mio, para ayudaros miéntras permanezcais sin ocupacion lucrativa, y sea el valioso brillante — que de deposito en manos de mi ma-

dre, — la dote de mi hermana mayor, siempre que no os obligue á venderlo alguna urgencia inevitable. En cuanto á nuestra pequeña, — añadió sonriendo entre sus lágrimas, — la destino mi mejor cuadro, que espero en Dios podrá valer tanto como la sortija.

Las dos jóvenes se colgaron de su cuello, y por espacio de algunos minutos sólo se oyeron tiernos adioses, medio ahogados por sollozos.

Mr. Robert puso fin á tan patética escena haciendo venir un mozo, que cargó con la maleta del viajero, y arrancando á éste de los brazos que le retenian, lo llevó él mismo hasta el segundo tramo de la estrecha escalera. — Adios, — le dijo entónces, abrazándole: — que pronto podamos bendecir juntos al protector generoso, á quien probablemente conocerás en París.

— ¡Adios, hijo de mi alma! — ¡Adios, hermano querido! — le gritaban tambien desde lo alto las tres desconsoladas mujeres.

— ¡Hasta el cinco de Junio! respondió Huberto, ya al pié de la escalera. Sea cual fuere mi destino, pasaré siempre ese dia en el suelo de Marsella.

— ¡Ah! ¡sí! ¡sí! repuso la madre, alentada un tanto con tal promesa. El cinco de Junio es memorable para nosotros todos, pues fué en él cuando conociste á nuestro ángel tutelar. Que siempre oremos juntos en ese dia, pidiendo al cielo lo colme de ventura.

— ¡Siempre! — repitió Huberto, lanzándose con esfuerzo fuera del umbral.

— ¡Hasta el cinco de Junio, pues! gritaron en coro las tres voces femeniles.

— ¡Hasta el cinco de Junio! — dijo tambien Mr. Robert. — Y Huberto se alejó, murmurando largo trecho: — Hasta el cinco de Junio.....

Por primera vez desde la cruel noche en que mandó á Josefina su primera carta, volvió á verse nuestro protagonista al pié de aquella ventana en que por tanto tiempo aparecia su ídolo cada dia festivo, colmándole de felicidad con una dulce sonrisa, con una tierna mirada.

El corazon del jóven, conmovido por la reciente despedida, desfalleció casi bajo la nueva impresion que recibia, á

presencia de aquellos sitios, tan llenos de recuerdos inolvidables.

Se hallaban corridas las persianas; sus ojos anhelantes no podían traspasar aquel obstáculo, para columbrar siquiera uno de los preciosos muebles de la virginal estancia.

Huberto dió la vuelta por un costado de la casa, y fué á apoyarse—trémulo y oprimido—en aquel ángulo izquierdo de la verja, por entre cuyos hierros se asomaba—risueña y esmaltada por los argentados rayos del astro de la noche—la hermosísima cara de la jóven criolla, en aquella célebre noche del cinco de Junio.

El pequeño jardín estaba desierto. Sólo turbaban á intervalos su melancólico silencio los amorosos píos de algunos pajarillos, que se guarecían del sol en las frondosas copas de los naranjos enanos.

El mancebo permaneció largo rato inmóvil, sin fuerzas para levantar la blanca piedra que veía á sus piés al otro lado de la verja.

Pero volaba el tiempo, iban á dar las once, y además podían pasar gentes cuya atención llamase, continuando clavado junto á la verja.

Hizo, pues, un esfuerzo sobre sí mismo, alzó con temblorosa mano la designada piedra, y, según lo prevenido por Josefina, colocó debajo su carta.

Terminada la operación, se despidió del jardín con larga y congojosa mirada, y tornó á ver por última vez la ventana querida.

¡No halló alteración! La celosía importuna, que en otros tiempos se descorría ante él para dar paso á la luz de su alma, continuaba cerrada tenazmente, cubriendo de sombras su corazón dolorido.

De pronto, empero, llegó á sus oídos un prelude ejecutado en el piano, y que agitó todas sus fibras, cual si fuera la voz misma de la virgen cubana.

Aquellos sonidos eran arrancados al músico instrumento por sus dedos nacarados.... aquellos sonidos probaban á Huberto que ella se hallaba allí, al otro lado del muro, á pocos pasos de él, pudiendo oír el *adios* que le enviase desde la calle.

El *adios* no fué, sin embargo, pronunciado todavía, y en

vez de él, resonó suavemente una melodía de Pórpora, tierna, patética, casi gemidora.

Al espirar la última nota, la estridente voz de la campana vino á anunciar al viajero, embelesado por la deliciosa cadencia — en que le parecía recoger dulces promesas y amorosos suspiros — que era ya la tristísima hora de la partida.

En efecto, el carruaje se estaba enganchando al alcance de su vista.

— ¡Adios! — murmuró por fin. — Adios, Josefina mia; hasta el cinco de Junio.

Una lágrima ardiente, resbalando cristalina por todo lo largo de sus mejillas, cayó en tierra, sellando al pie de la ventana la última huella de su paso.

Por un misterio de magnetismo, la doncella cubana se inclinaba en aquel mismo instante sobre el teclado, que enmudecía, salpicándolo con otra lágrima silenciosa; porque se le habia ocurrido de repente medir con el pensamiento los eternos once meses que aún la separaban del cinco de Junio de 1753.

FIN DE LA PRIMERA PARTE.

SEGUNDA PARTE.

CAPÍTULO PRIMERO.

HUBERTO EN PARÍS.

El París de Luis XV no era, en verdad, el París que hemos conocido, el París de Luis Felipe ó de Napoleon III, con su más de millon y medio de habitantes — repartidos en más de dos mil calles — y sus monumentales embarcaderos de líneas férreas, y su brillante alumbrado de gas, y sus innumerables carruajes públicos, y sus trágicos y épicos recuerdos de la revolucion y del imperio, — consignados en soberbios arcos como el del Carrousel y el de la Estrella, y en columnas y puentes como los de Julio, Vendome, Arcola, Jena, Austerlitz, etc., ó en *boulevarts* como los de Sebastopol y Strasbourg — improvisaciones gigantescas de la época presente, que se hermanan con el mercado de hierro, la fuente de San Miguel, la prolongacion de la gran calle de Rívoli, y tantas otras magníficas obras hechas al vapor por la rápida é incansable actividad del soberano por sufragio universal. — Pero era, sin embargo, el París aristocrático y galante, animado todavía por el licencioso espíritu de la regencia, y todavía deslumbrante con mágicas huellas del faustoso reinado precedente.

Para un jóven ávido de placeres, aquel París valia tanto, cuando ménos, como el París de nuestros dias, y para un ambicioso impaciente, los caminos de entónces no eran ciertamente más difíciles y largos que los de ahora, aunque no

habia periodismo comparable al moderno, ni bolsa, ni tribuna; — sendas de atajo maravillosas, por las cuales hemos visto á muchos llegar en un santi-amén al poder y á la fortuna.

En cambio, bastaban un capricho de cualquiera de las sucesivas favoritas, un remoto parentesco con alguno de los cortesanos predilectos, una mirada benévola del ministro— ganada por la adulacion más baja; — bastaban, repetimos, con sobrada frecuencia, para sacar del polvo las más insignificantes existencias, revistiéndolas de pasajera importancia.

Nuestro héroe, empero, llegó á la inmensa fábrica de reputaciones y fortunas, al foco inexhausto de deleites, sin sed ninguna de éstos, y sin vislumbrar siquiera los elementos fáciles de aquéllas.

Todo, en su concepto, tenía precisamente que debérselo á su talento y estudio, resultando de tal creencia que París para él se redujo al modesto recinto del obrador del maestro con quien vivia, y á los museos en que iba á admirar los modelos más notables de las diversas escuelas de su arte.

Nuestros lectores adivinan, sin duda, que el primer cuidado del jóven fué indagar de su profesor y patron quién era la persona que habia pagado sus dos años de aprendizaje y pension; pero el artista le preguntó á su turno, sorprendido : — Pues ¡qué! ¿lo ignorais?

Tras la respuesta de Huberto le refirió que sólo se habia llegado á él un sujeto con trazas de agente de negocios, el cual, á nombre de Mr. Robert, padre, le propuso tomar como pupilo y discípulo al que ya habia sido lo último, tiempo ántes. — Acepté desde luego, — añadió el pintor, — porque me constaba vuestra admirable disposicion para el arte, y tenía tambien muy presente lo noble de vuestra índole. El encargado me pagó dos años adelantados, segun lo propuesto por él mismo, le dí el correspondiente recibo para vuestro padre, se despidió advirtiéndome que vendriais pronto, y nada he vuelto á saber respecto á dicho sujeto.

— Pero recordaréis, sin duda, quién fué el que con anterioridad á la conferencia que acabais de referirme, supo por vos que me habiais dado lecciones ántes que mi familia abandonase á París.

— ¡Aguardad! — repuso el maestro, recapacitando un momento, como para aclarar algun recuerdo confuso. — Es posible que álguien me hablase de vos primero que el agente. ¡Oh, sí; me parece que tengo cierta idea de ello; pero son tantos los que visitan mi estudio! No imaginéis que se trata solamente de gentes adocenadas, — añadió con cierta jactancia. — Altos funcionarios públicos, celebridades de todo género, suelen honrar este obrador, admirando mis concienzudos trabajos. Quizá fué alguno de ellos quien me dijo algo con respecto á vos; pero confieso que, por más que me afano, no acierto á verlo en mi flaquísima memoria.

— ¡Dios mio! exclamó el jóven, ¿estaré condenado á ignorar siempre ese nombre?

— Decidme los motivos que os mueven á inquirirlo con tan grande interes, y acaso sacaré de ello alguna luz que esclarezca mis recuerdos.

Huberto contó, en efecto, los favores que debia al desconocido anciano; pero aunque aquel relato conmoviese al pintor — cuyo corazon era excelente — y le hiciese participar del anhelo de su discípulo, no pudo absolutamente satisfacerlo. Veinte nombres soltó á la ventura, como meras hipótesis; mas al dar señas de las personas, ningunas convenian con las del hombre de la barca.

Frustrada nuevamente su esperanza, no pensó Huberto desde aquel dia sino en sus estudios suspirados. La asiduidad y el ardor con que se consagró á ellos llegaron á inspirar al maestro recelos por su salud. Le dió prudentes consejos, le echó enérgicas reprimendas; pero el jóven, — que agradecia, al parecer, los unos y escuchaba con humildad las otras, — no daba, sin embargo, la menor muestra de enmienda. El afan que lo devoraba le producía una especie de fiebre, de la que no alcanzaba á enseñorearse su propia voluntad.

Por un feliz acaso, que él juzgó providencial, era hijo de Cuba, nacido en la Habana como su amada, uno de sus más queridos condiscípulos. Aquel jóven pertenecía á una familia rica, que habia tratado mucho á la de la difunta señora Caillard, á quien recordaba perfectamente, así como tambien á su lindisima hija, que se le parecia mucho. Más

aún : habia estado muchas veces en el consabido templete de la colina , conservándolo muy claro en su memoria , y hasta sabía una circunstancia ignorada indudablemente por el viudo monomaniaco. — Era dicha circunstancia nada ménos que la existencia del diseño del templete en poder del arquitecto á cuyo cargo estuvo la ejecucion , y con el cual tenía precisamente parentesco no remoto el que dió á nuestro Huberto esta noticia , que casi le puso á pique de volverse loco de alegría.

Por supuesto , el diseño fué pedido urgentemente á la Habana , y se recibió en breve , acompañado de un precioso álbum que encargára el criollo á cierto amigo suyo , y en el cual no sólo almacenó éste varios paisajes de los más característicos de la virgen tierra y del tórrido cielo de nuestra hermosa isla , sino tambien multitud de aves , plantas y hasta reptiles indígenas.

Aquel álbum fué para el amante de Josefina , segun desde luégo comprenderán nuestros lectores , un tesoro inapreciable , cuya posesion no hubiera trocado por los famosos de Creso.

Su condiscípulo no estaba desprovisto , por tanto , de aparente fundamento cuando , al pedir aquellos cróquis á su compatriota colonial , le decia con disculpable orgullo :

— «Tengo aquí un amigo que es entusiasta por nuestra cara Antilla , aunque jamas la ha visto , ni aún en pintura. No me habla sino de Cuba , encantándose con las descripciones que le hago , y reteniendo en su memoria los más insignificantes detalles. En vista de ello , casi puedo asegurarte que tan luégo como termine sus estudios , tendréis allá ese nuevo colono , que será , — estoy cierto , — uno de los mejores artistas de la escuela francesa.»

Pero aunque Huberto — animado por la predileccion que daba campo á las conjeturas de su compañero — estudiase con decidido empeño el brillante colorido de la naturaleza del trópico , no descuidaba tampoco sus ensayos de otra índole.

Desde los primeros dias de su llegada á París trabajaba en un pequeño cuadro , ó mejor dicho , en el pequeño boceto de un gran cuadro que se proponia emprender en lo sucesivo , y que no le originaba ménos desvelos que los paisajes trasatlánticos.

En aquella incesante embriaguez de sus amados estudios se le pasaron semanas, y luégo meses, como si fuesen minutos. Sólo comprendía lo largo del tiempo cuando contaba los dias transcurridos sin ver á Josefina ni tener noticias suyas, y los que áun faltaban para el anhelado momento de encontrarse otra vez al pié de su querida ventana ó junto á la alta verja tapizada de jazmines.

En cuanto á su familia, recibia frecuentes cartas más y más satisfactorias. — «Tu padre, — le decia en su última la señora Robert, — ha recobrado, á Dios gracias, su antiguo concepto y numerosas relaciones, ganando tanto ó más que ántes, en su profesion de corredor de comercio. Habitamos un bonito primer piso á la entrada del boulevard de la Paz, y lo hemos amueblado decentemente. Me encuentro como tú deseabas, hijo mio, descansada y sin más cuidado que el de mi salud decaida. Tu hermana mayor tiene á su cargo la casa y hace un ama de gobierno inmejorable. La pequeña lleva los libros á tu padre, mejor, segun dice él, que el tenedor más experto. Ademas se ocupa en primorosos bordados por los dibujos que tú le hiciste. Reune bastante número de lindísimas obras, que el dia que quiera venderlas podrán valerle muy bien sus cuatrocientos francos. La semana próxima pasada regaló un rico pañuelo á Mad. d'Hericour, cuyo digno esposo es de las personas que más han favorecido á tu padre, contribuyendo á restablecer su crédito de corredor. La amable señora hizo grandes elogios de la delicadeza y perfeccion del trabajo de nuestra niña, y la prometió, sonriendo, que si lograba algun dia decidir á su rebelde deudo, el caballero de S....., á bajar la dura cerviz bajo el yugo matrimonial, recurriria á ella para poder obsequiar á la novia con una selecta coleccion de bordados. Ya ves, Huberto mio, que todo va bien por acá; siendo nuestro solo pesar el no saber todavía el nombre de nuestro bienhechor, y nuestra más dulce esperanza el abrazarte, como ofreciste, el 5 de Junio próximo.»

Pocos dias despues de recibida la carta cuya parte más notable acabamos de trascribir, y al comenzar la primera semana del florido Abril, entrando una mañana el maestro, de vuelta de ciertas diligencias, fijó su atencion un bonito

boceto, que halló colocado modestamente en el rincón más oscuro de la sala de estudio.

Representaba cierta escena que le era conocida por relato. Era el puerto de Marsella, al declinar de una apacible tarde, y se destacaba en primer término la barquilla blanca con su jóven patron, en el momento de saltar á ella el desconocido personaje.

— ¡Hola, hola! — exclamó el maestro, fijando complacida mirada en aquel primer ensayo de su discípulo predilecto. — Esto es ya una composicion que, como obra de principiante, puede llamarse admirable. No está muy estudiada la perspectiva, no muy correcto el dibujo, pero hay allí libertad de ejecucion, toques felices, colorido brillante. Además, la semejanza del barquero con el artista resalta á primera vista: está bien esa cabeza..... muy bien.

¿Y la del anciano? preguntó ansiosamente Huberto, que, soltando el pincel con que coloraba otro estudio, se acercó con viveza á su interlocutor. ¿No os recuerda á nadie esa fisonomía? ¿No reconocéis, al contemplarla, á ninguna de las personas que estuvieron en esta sala en los dias anteriores á vuestra conversacion con el agente?

El maestro miró largo rato la pintura, y dijo despues ingenuamente: — No, amigo mio; no me dice nada esa cara. Si es retrato no he visto nunca al original, ó vos no habeis acertado en manera alguna con el parecido.

El jóven se volvió al caballete silencioso y mohino: por mucho que alabaron su boceto, á la par del maestro, los condiscípulos que fueron llegando sucesivamente, el autor no se dignó ya dirigirle otra vez una mirada, murmurando despechado, á cada encomio que oia: — ¡Bah! como si ignorase yo que eso no vale nada.

Es de advertir que nuestro barquero artista habia alimentado la esperanza de que al ver el maestro aquella imagen de su bienhechor querido, que le habia ocupado largamente, no podria menos de exclamar al instante: — ¡Es Fulano! En efecto, bien podia no acordarse de quién era la persona que le habló de Huberto ántes que el agente, pero de seguro (pensaba él) no ignoraria el nombre de aquella, y tan luégo como se presentase á sus ojos tan caracterís-

tica fisonomía, aquel nombre se le escaparía de los labios.

El desvanecimiento de esta última esperanza no produjo solamente un disgusto amarguísimo en el pobre jóven, sino tambien cierto apocamiento que podia ejercer funestas influencias en su porvenir artístico.

¿Cómo he de presumir, — se decia, — acertar en la copia de lo que no he visto, dar semejanza y vida á lo que llega á mí como sombra de un ajeno recuerdo, yo, que he sido incapaz de hacer reconocibles, rasgos que conservo en el alma y que son tan verdaderamente notables? ¡Oh! la vanidad me cegaba. El empeño temerario que me proponia llevar á cabo es, por lo visto, muy superior á mis fuerzas. El amor por sí solo no alcanzará á prestarme la intuicion maravillosa del genio.

Estas reflexiones tristes fomentaban sin cesar la extraña postracion que se iba apoderando de aquella naturaleza impresionable; siendo de notar que se acrecentaba visiblemente á medida que estaba más próxima la época de su visita á Marsella.

La fatalidad parecia empeñada en nublarle al tierno amante el dia único para su corazon; el dia con que soñara durante largos meses de silenciosa ausencia.

Llegada la antevíspera de su partida, no se mostraba Huberto más satisfecho y animado. Contra su costumbre, que era — como hemos dicho — no abandonar el obrador sino para ir al museo, aquella mañana anduvo vagando largas horas por las alamedas y jardines de los Campos Elíseos, — cuyo nombre en aquella época era el de *Grand-Cours*, dado por Luis XIV.

Procuraba el jóven fatigar su cuerpo, á ver si sentia ménos, de ese modo, el decaimiento de su espíritu.

En efecto, regresó á su morada rendido de tanto andar, pero sin que fuera, no obstante, ménos melancólica la expresion pensativa de su frente.

— ¡Huberto! ¡Huberto! oyó gritar de pronto en el instante de llegar al último tramo de la escalera.

Alzó los ojos y vió al maestro, que le salia al encuentro con el aspecto de un hombre regocijado.

— ¡Amigo mio! — le dijo tomándole por el brazo para hacerle subir más de prisa los pocos escalones que áun le fal-

taban: — tengo una gran noticia que daros. ¡Venid! vais á confesar que sois un hombre nacido con dichosísima estrella, no obstante los contratiempos pasados.

— ¿Qué hay? ¿qué ocurre? preguntó el mancebo, dando lugar á la curiosidad que forzosamente debia despertarle semejante exordio.

— Adivinad, adivinad, si sois penetrador. Se trata de un suceso que de seguro os llenará de júbilo, y por el cual sincerisimamente os felicito.

— ¿Ha habido alguna carta de mi familia?

— Es mejor que eso lo que voy á deciros.

— ¡Ah!..... ¿será que hayais descubierto quién es mi protector misterioso?

— ¡Mejor que eso todavía!

— ¡Mejor que eso!

— Juzgaréis por vos mismo al escucharme, repuso el maestro — parándole junto al umbral de la sala, que acababan de atravesar; mientras se frotaba las manos con infantil alegría, á la vez que se esforzaba por prestar á su tono cierta misteriosa importancia.

CAPÍTULO II.

EL DESTINO DEL PRIMER BOCETO.

— ¿No echais de ménos nada en el recinto que teneis á la vista? le dijo al fin á Huberto.

El discípulo paseó su mirada por cuantos objetos contenia la sala, y respondió despues con forzada sonrisa: — ¡Ah! ¡bien! veo que habeis quitado de aquel rincon mi pobre primer ensayo. Lo apruebo en verdad, mi querido maestro, pues no era digno de ocupar ni áun el lugar más humilde, aquí donde se ostentan tantas obras notables.

— ¡Oh! ¡Oh! ¡Oh!.....— repuso su interlocutor, riéndose á carcajadas; — dais prueba de no poseer, en la ocasion presente por lo ménos, ni pizca de perspicacia. Esa pintura, que despreciais, se encuentra á estas horas en mucho más honorífico puesto que del que suponeis la he privado, y vale á su novel autor lo que no obtienen fácilmente consumados profesores por obras muy acabadas.

— ¿Qué decis? ¿la habeis vendido acaso? tornó á exclamar el mancebo, entre alegre y pesaroso. No comprendo, añadió, que haya persona bastante extravagante para haber pagado cara, segun indicais, cosa de tan escasa valía; pero, así y todo, no me proponia enajenarla, no lo deseaba; porque, á falta de mérito artístico, tiene para mí el del asunto que representa.

— ¿Quién os habla de venta? El boceto, amigo mio, os vale mucho más que algunos cientos ó miles de francos: os vale nada ménos que el agrado, el interes, la proteccion poderosa de la reina de Francia. ¡Oh! ¡sí! no me mireis con ese aire de incrédulo: bien puedo llamar reina á la que manda en la monarquía y en el monarca más que la augusta señora María Leczinska.

— Entónces..... entónces (dijo Huberto balbuciente) debe ser la favorita la persona de quien hablais.

— Sí, querido; la marquesa de Pompadour,— que se enorgullece grandemente oyéndose llamar protectora de las artes,— ha honrado hoy con su inesperada visita el humilde obrador en que nos hallamos. La habian encomiado mucho, segun dijo, el paisaje de los Alpes que estoy concluyendo para el mariscal de Luxembourg, y no quiso volverse á Versailles,— para donde sale pasado mañana,— sin apreciar ántes por sí misma el mérito de una pintura que tanto la ponderaban.

— ¿Pero mi boceto.....

— Aguardad, no seais impaciente; voy á referiros lo ocurrido, con todos sus pormenores. La hermosa dama del rey, y su hermano que la acompañaba, permanecieron largo rato contemplanado mi paisaje, casi en éxtasis de admiracion. ¡Oh! inteligentes de véras son ambos, pues no se les escapó la menor belleza de detalle. No os repetiré las cosas lisonjeras que me dijeron, para entrar desde luégo en la parte que os atañe.

—Sí, sí,—pronunció Huberto con agitacion visible;—
os ruego que acabeis pronto.

—Despues que los dos hermanos hubieron examinado á su placer mi celebrada obra, dirigiéndome—como os he indicado—las más expresivas alabanzas, recorrieron el salon mirando á la ligera los muchos buenos estudios que contiene; pero al llegar delante del boceto que desdeñais, se detuvo la marquesa, fijándole por largo tiempo atenta y complacida mirada.—¡Qué linda pintura! dijo seguidamente al Sr. de Marigny: ¡ved qué frescura! ¡qué vida! Esas olas parece que se mueven, acariciando la blanca navecilla; ese rayo de luz pálida, que llega á morir sobre la bella frente del jóven barquero, es un toque admirable.

—¡Dijo eso! exclamó Huberto, cuya emocion llegó al enternecimiento.

—Más que eso,—prosiguió el maestro con cordial regocijo.—Creyendo que vuestro boceto era mio,—en cuya sola circunstancia creo veréis un motivo de justísimo orgullo,—me lo celebró con entusiasmo que nada tenía de ficticio.

—No le hallo más que un defecto, observó sonriendo, y es la impropiedad del género de hermosura que habeis dado al barquero; figura, por otra parte, la más notable del cuadro. Como creacion, hace honor á vuestro idealismo; pero, como verdad de lo que representa, no me parece verosímil.

—Pues sabed, señora, le contesté al instante, que esa inverosimilitud es la pura verdad; es un retrato.

—¡Cómo! ¡un retrato! exclamó ella admirada. ¿Existe un hombre, de esa condicion, en quien hayais visto tan poético y distinguido tipo?

—Existe aquí,—respondí, sonriendo á mi vez,—en este humilde taller que os dignais visitar, y es el mismo autor del boceto que ha tenido la dicha de agradaros.

—¡Es posible! exclamó ella; ¡un barquero artista!

—O un artista barquero, como gusteis llamarlo, dije riéndome.

Los dos hermanos hicieron mil preguntas, mostrando curiosidad vivísima, y le referí por último, en compendio, cuanto sé de vuestra historia. Hubiera dado cualquiera cosa por que estuvieseis presente. ¡Con qué interes escuchó mi breve relacion la favorita hechicera! ¡Qué dos perlas— como diria

un poeta—se asomaron á sus párpados, al saber la causa del afan que os llevó hasta el extremo de ejercer grosero oficio para proporcionaros dinero!

Terminada mi narracion, dijo al marqués de Marigny con cierto tono de generosa envidia :

—¡Feliz el desconocido á quien cupo la gloria de representar la Providencia, socorriendo de ese modo al infortunio, y recompensando á la virtud y al talento!—Deseo,—añadió, volviéndose á mí;—deseo ya tanto como vuestro discípulo saber el nombre de ese bienhechor misterioso, y comprendo todo el valor que, independiente del de su mérito artístico, tiene el precioso boceto que estamos contemplando. ¿Pensais que su autor quiera cederlo, proporcionándome el gusto de colocarlo entre los mejores de mi pequeña galería de pinturas? A ningun precio me pareceria cara tan grata adquisicion.

—Señora,—contesté al momento, inclinándome con galantería,—seguro de interpretar los sentimientos de mi jóven amigo, me atrevo á suplicaros en su nombre que os digneis aceptar el pobre ensayo, que tan benévolamente juzgais, como sincero homenaje de su profundo respeto hácia la que es aclamada justamente ángel tutelar de las bellas artes.

Este cumplimiento, amigo Huberto,—prosiguió diciendo el maestro con satisfaccion de sí mismo,—fué del mejor efecto que podeis imaginar. La marquesa admitió con muestras de íntima complacencia el pequeño obsequio que en vuestro nombre la hacia, y me encargó por dos veces—con la más encantadora sonrisa—que no olvidára deciros el alto concepto que formaba de vuestro talento, y el singular aprecio que le merecia vuestro carácter.—Aguardo, añadió, que Mr. Robert me proporcione ocasion de expresarle por mí misma estos sentimientos, que por tantos títulos merece, y me anima la esperanza de que desde hoy no será sólo su anciano desconocido quien goce la dicha de ayudarle á abrirse digna senda de glorioso porvenir.

En fin, amigo Huberto, sólo me resta deciros para colmar vuestra satisfaccion, que el boceto fué llevado inmediatamente á su nuevo y honroso puesto, y que Mna. de Pompadour,—en el momento casi de entrar en el coche,—supo hacerme entender que mañana hasta el mediodia no reci-

biria visitas, pero que se hallaba dispuesta á hacer excepcion á favor vuestro, por el gusto de daros las gracias cuanto ántes, y mostraros á la vez algunos de los selectos cuadros en cuya sociedad se encuentra instalado el vuestro.—Ahora bien, ¿no tenía motivos para aseguraros que habeis nacido dichoso? ¿No son noticias dignas del júbilo con que os fueron anunciadas, éstas que acabais de oír de mis labios?

Huberto no tuvo tiempo de contestar, porque, como entraban al mismo tiempo en el salon,—á cuyos umbrales se habian detenido hasta entónces,—le rodearon al punto todos los condiscípulos, juzgando, hasta los envidiosos, que no les era dable excusarse de ofrecer á nuestro héroe más ó ménos sinceros parabienes.

Él, miéntras tanto, embargado por la impresion de un suceso al que veia dar tan grande importancia, y sintiéndose halagado de súbito,—despues de tantos dias de profundo desaliento y tímida desconfianza,—se hallaba poseido de una especie de deliciosa embriaguez, que le privaba casi del uso de la palabra.

Esa exageracion de sensibilidad, fuerza y martirio de las naturalezas que han debido al cielo la misteriosa facultad que llamamos genio; esa potencia caprichosa de la imaginacion, que todo lo agranda ó lo achica, de una manera inconcebible para el vulgo; hacen extrañamente del hombre que la posee, el sér más poderoso y más débil de la tierra. Capaz de levantar montañas como si fuesen aristas, se le ve, sin embargo, con frecuencia convertir las aristas en montañas, y rendirse bajo el peso que les da su fantasía.

Por eso la fe del artista,—esa fe en sí mismo, que le hace acometer y llevar á efecto la grandiosa empresa de realizar lo ideal,—suele postrarse flaca al golpe inesperado de un fallo injusto: por eso el aplauso, el aura popular, la resonancia del éxito, que llamamos fama, son necesidades imperiosas, sin cuya satisfaccion el mayor talento artístico decae poco á poco, y áun se esteriliza muchas veces.

Diríase que la Providencia, siempre sábia, ha querido poner—como antídoto del orgullo egoista, en las inteligencias privilegiadas—esa imposibilidad de vivir de sí mismas, que las lleva irresistiblemente á comunicar y á recibir; esa antítesis singular de fuerza espontánea y necesidad de estímulo,

que hace que la soberanía que ejercen por su propio derecho, sólo les sea preciosa por la sancion ruidosa del sufragio público.

Para Huberto bastó mucho ménos en la ocasión de que hablamos: tanto como le desanimára la sola circunstancia de no haber acertado á dar semejanza al retrato del desconocido, otro tanto se alentó y recobró esperanza al suave impulso de algunas palabras lisonjeras de delicados labios femeniles.

El artista tiene de niño casi más que de gigante; cualquiera cosa le alegra ó le entristece; el más leve empuje basta para remontarle á los cielos ó para sumirle en el abismo.

En toda aquella noche no pegó los ojos nuestro jóven: su boceto, colocado entre las obras maestras que eran preciado ornato del palacio de la mujer más poderosa entónces de la Francia; su nombre conocido y pronunciado por ella con aprecio y simpatía; su visita solicitada y esperada; su próximo viaje á Marsella, no ya desesperanzado y triste, sino gozoso y lleno de fe en un porvenir que comenzaba á sonreírle.....; todas estas ideas, y otras infinitas que les servian de corolarios, exaltaban la mente del artista, privándole de reposo.

Desde muy temprano se levantó, calenturiento todavía, y dió principio á su *toilette*, que fué tan esmerada y larga como la de una coqueta. Comprendió—acaso por primera vez en su vida—que un agradable exterior es á los ojos de toda mujer, y áun de muchos hombres, la más eficaz recomendacion del talento, y que un apoyo cual el de la marquesa de Pompadour podia valerle más que muchos años de estudio.

¿Sería esto ya un comienzo de corrupcion?

No lo indaguemos: en aquella época,—y quizá en cualquiera otra,—el haber tardado un año en sospechar que fuese el favor más necesario que el mérito, bastaria para hacer el elogio de Huberto Robert, áun cuando su vida posterior no diese testimonio de que nunca pudo malearle la atmósfera en que respiraba, hasta hacerle olvidar la dignidad del talento.

Perdonándole, pues, el que se vistiese con esmero algo frívolo el día de su importante visita, y pasando por alto los consejos—llenos de experiencia—que le dió en aquella oca-

sion su elocuente maestro, vamos á trasportar al lector, en un abrir y cerrar de ojos, si tiene á bien seguirmos, á la opulenta morada de la hermosa querida de Luis XV.

CAPÍTULO III.

LA MARQUESA DE POMPADOUR.

El palacio del Elíseo es un vasto edificio que no nos atrevemos á llamar monumental, pero que en su vida—de ménos de dos siglos—ha atesorado recuerdos de gran interes histórico y de dramáticas coincidencias.

¡Cosa notable! aquellos muros, aquellos salones, que áun nos parecen impregnados de los adúlteros amores de Juana Antonieta Poisson y su corruptor augusto; aquellos muros y aquellos salones, que presenciaron sin duda escenas de libertinaje regio y de envilecimiento de la monarquía, son los mismos que aposentaron despues á la difundidora enérgica de la revolucion triunfante.... á la prensa infatigable de la república, que desde allí derramaba su democrático espíritu sobre la Europa conmovida. Marat y Robespierre hollaron con sus sangrientas plantas los ricos pavimentos que áun conservaban huellas de la omnipotente favorita, y respiraron los vapores de la guillotina en el ambiente embalsamado por sus hálitos voluptuosos.

Más tarde, esos muros y esos salones prestaron albergue sucesivamente á Napoleon, á Alejandro, á Wellington....., y el desgraciado Duque de Berry salió de ellos para recibir el golpe de una mano homicida, como si las hecatombes revolucionarias no hubieran bastado á la expiacion de su estirpe.

Luégo, en nuestros dias, esos muros, esos salones sirvieron tambien de residencia al venturoso presidente de la se-

gunda república, que es hoy dueño de la Francia. Los sucesos del 2 de Diciembre, que todos recordamos, fueron, por tanto, concebidos en aquellos mismos sitios en que la imprenta — convertida en cátedra de anarquía — envileció la libertad, inspirando y sancionando en su nombre crímenes horribles.

La Providencia suele hacer tales manifestaciones de su infalible justicia, y el palacio en que vamos ahora á introducir al lector, parece escogido particularmente para teatro de sucesivas y evidentes expiaciones.

Nada era, empero, más alegre, más fresco, más coquetamente suntuoso, que el perfumado recinto en que se nos presenta la primera propietaria del Elíseo, el día de la visita de nuestro protagonista. Todo respiraba opulencia y buen gusto en aquel *boudoir* elegante, del que se habia hecho la profana deidad, — incensada por un pueblo, — altar privilegiado, á que sólo eran admitidos los adoradores predilectos.

En los momentos en que se dirigia Huberto al *Faubourg Saint-Honoré*, donde se levanta el palacio, se hallaba la favorita semi-acostada muellemente en una especie de divan oriental, teniendo delante el consabido boceto, colocado en un atril de ébano.

Aunque contaba ya algo más de seis lustros, no habia perdido su belleza nada del primitivo esmalte; ántes bien, cierta dulce melancolía — que en aquella época de su vida solia prestarle misteriosa sombra — acrecentaba quizá la gracia indefinible de su expresivo semblante.

En la ocasion de que hablamos, aquella interesante veladura era más visible que nunca en su hermosa frente pensativa, que apoyaba en la mano, y en la larga mirada de sus lánguidos ojos, fijos en la pintura; pudiendo creerse que le despertaba su vista recuerdos casi extinguidos, de aspiraciones irrealizables ó de desvanecidas esperanzas.

Así era, en efecto. Juana Antonieta Poisson, — marquesa de Pompadour, por la gracia del rey, — se habia casado obedeciendo á su madre y cuando salia apénas de la infancia, con un hombre honrado, pero vulgar, que no supo comprenderla nunca, y á quien ella sólo pudo soportar algunos años.

Cerca de nueve habian trascurrido desde que el aburrimiento de su situacion, y las sugerencias de la femenil vanidad, la arrojaron en brazos de Luis XV; pero éste, que nada dejó que desear á su ambicion ni á su capricho, no poseia tampoco medios ningunos de satisfacer las exigencias de su corazon apasionado.

Sabido es que si el disoluto monarca encontró suficientes encantos en la amistad de la marquesa para pagársela durante veinte años con escandalosa privanza, nunca, empero, fué capaz de sentir un amor verdadero que lo preservára de continuas infidelidades; y sabido es tambien que si la favorita pudo conservar hasta la muerte la brillante posicion que tantas le envidiaron, se lo debió en gran parte á una tolerancia tan hábil como excesiva, que hubiera sido incompatible con sentimientos vehementes.

Sí; aquella mujer de naturaleza poderosa tocaba casi al término de la juventud, sin haber amado todavía. Durante mucho tiempo, la embriagaron de tal modo los goces del poderío, las delicias de la opulencia, las satisfacciones de la vanidad y los placeres de continuadas fiestas, que no pudo percibir ni las protestas de su conciencia, ni los gemidos de su alma solitaria; pero cuando el hábito de todo aquello comenzó al cabo á disminuir sus prestigios, la querida del rey — en medio de su fausto, teniendo á sus plantas cuanto encerraba la córte de más ilustre, decidiendo á su arbitrio los asuntos más graves del Estado, — se sentia sorprendida no pocas veces por instantes de amargura, en que súbitos despertamientos del corazon la hacian comprender cuán grande era el vacío de felicidad que cercaba su culpable existencia, en la cúspide misma de la fortuna.

Entónces sus aspiraciones y esperanzas de vírgen, los ensueños de amor que acariciaron la aurora de su vida, los vagos deseos de desconocida ventura, atravesaban su mente de improviso, arrancándola del pecho suspiros dolorosos.

Entónces, — al traves de aquellos puros reflejos de un pasado inocente, — entreveia la lobreguez de un porvenir desprovisto de memorias santas de virtud, de recuerdos dulces de amor; cargado solamente con los remordimientos y pesares que dejaría en pos suya el efímero reinado de una hermosura frágil, cuyo cetro se le caería pronto de las manos.

Ahora bien; renunciando á explicar el por qué, — pues el alma humana tiene misterios impenetrable, — declararemos sencillamente que la contemplacion del boceto de nuestro pobre Huberto tuvo el extraño influjo de hacer sentir como nunca á la favorita poderosa la melancolía de esos momentos, en que no era más que una mujer tierna necesitada de consuelo.

¿Presentiría tal vez encontrarlo muy grande haciendo la suerte de aquel bello adolescente, que contemplaba manejando el rudo remo para ganar el pan de su familia? ¿Sería, sino, porque al espectáculo de la ajena virtud vibrasen simpáticamente secretas cuerdas de un corazon generoso, aunque pervertido; ó deberemos sólo suponer que un instinto — bastante comun en su sexo — la advertía de repente que el jóven oscuro, que sólo conocia en pintura, podia ser para ella un ministro de venganza, un instrumento de expiacion?.....

Sea de ello lo que fuere, preciso nos es confesar que la marquesa se conmovió de un modo extraño en el momento en que le fué anunciado Mr. Huberto Robert, sonrojándose como si hubiese sido una vírgen de quince años sorprendida en su primer suspiro misterioso.

Nuestro héroe, por su parte, turbado con esa timidez respetuosa que siempre causa en los pobres el deslumbrante aspecto de la mansion de los ricos, olvidó completamente las estudiadas frases con que — por consejo de su maestro — se habia propuesto inaugurar la entrevista, y se presentó tambien trémulo, tambien rojo como la grana, prolongando tanto sus mudas reverencias que dieron tiempo á la favorita para recobrar su aplomo.

— Mr. Robert, — le dijo entónces con afable sonrisa y señalando el boceto que tenía á la vista, — no necesito expresar lo mucho que me agrada la linda joya con que habeis tenido la bondad de enriquecer mi museo; os lo prueba bastante el hallarla aquí, en mi gabinete particular, siendo objeto de mi atencion hasta el instante de vuestra llegada.

Huberto, que — siguiendo la direccion de la blanca mano — habia fijado sus ojos en la feliz pintura, los volvió por toda respuesta al hermoso semblante de la dama, con expresion de tan apasionada gratitud, que — sin exceso de vanidad,

—podía interpretársela significativa de más fogoso sentimiento.

Hemos tenido ocasion de observar que la grande actividad de la mente comunica á veces — aún á los afectos más vulgares — cierto poder magnético, de que suelen carecer hasta en supremos momentos las pasiones de naturalezas comunes. La amistad, la admiracion, la simpatía, la simple benevolencia alcanzan en ciertos ojos, — fulgurantes naturalmente por la llama creadora del genio, — un poder y una intensidad muy superiores á la energía de su origen; sucediendo por esto que pueda á ocasiones, y sin quererlo, mentir el amor la inteligencia.

Madama de Pompadour no habia recibido jamas — entre el tropel brillante de sus aduladores — mirada comparable con la del agradecido artista. La señorita Caillard hubiera desentrañado la expresion de aquella mirada del alma del que la daba sin encontrar cosa que la alarmase; pero Luis XV no habria quizá penetrado la impresion de aquella misma mirada en el alma de la que la recibia, sin sentirse un tanto lastimado.

Sin embargo, la conversacion entre la favorita del rey y el amante de la doncella criolla, fué por largo rato insignificante y embarazosa.

Él, como ignorante de los usos del mundo, temia faltar, por exceso de reconocimiento, á los respetos sociales, cayendo, sin saberlo, en inconveniencias.

Ella, habituada al frívolo trato cortesano, no sabía cómo dominar sus propias emociones, para tratar segun era debido á aquel hombre que consideraba tan inferior, pero en el que adivinaba las susceptibilidades de la pobreza, la dignidad de la virtud y las exigencias del talento.

Buscando salida á una posicion penosa, le propuso visitar su museo, y ayudarla á colocar en su puesto de honor el boceto afortunado: la invitacion no podia ser más lisonjera, y fué, por consiguiente, agradecida y aceptada.

Apénas se vió Huberto en aquel salon, cuyo único ornato eran obras de su arte, en ambiente más puro, más familiar para él que el perfumado del lujoso *boudoir* que acababa de dejar, contemplando á la marquesa, no ya como gran señora que dispensa audiencia, sino como entusiasta mujer que co-

loca por sí misma — con casi infantil ufanía — el modesto ensayo de su protegido, entre las producciones más notables; mientras le hace comprender que sabe apreciar el mérito con observaciones que revelan exquisito sentimiento artístico..... apenas, decimos, tuvo lugar esta mudanza de escena, hábilmente realizada por el femenino instinto, ya Huberto se encontró convertido en otro hombre, disipándose como por magia la timidez que comprimía su naturaleza expansiva.

Ensanchósele el pecho, animósele el rostro, desatósele la lengua, y allí, — en la region de su vida, en la atmósfera del talento, — obedeciendo dócil al impulso que le daba su amable interlocutora, preguntándole su juicio sobre las diversas escuelas, los diferentes maestros, y sobre el arte en sí mismo — habló con facilidad, con brillantéz, con irresistibles arranques de elocuencia, que participaban del carácter de la inspiracion poética en lo mucho que tenían de espontáneos.

La marquesa, encantada con aquel lenguaje del entusiasmo, que la arrebatava momentáneamente de las realidades de la vida para hacerla vagar por las brillantes esferas del idealismo, le excitava incesantemente con nuevas ingeniosas preguntas, con nuevas oportunas observaciones, y hasta con alguna feliz contradicción.

El jóven, por su parte, satisfecho en lo íntimo de su amor propio por la atención y el placer con que era escuchada y sostenida su conversacion, — á la vez que complacido y regocijado al encontrar exquisito gusto y vivo sentimiento de lo bello, en quien tan lisonjeramente habia juzgado su obra, — se sentia crecer, digámoslo así, y procurava mostrarse digno del aprecio que se le dispensaba, amenizando aquellos momentos, que, en la inocencia de su alma, no podia sospechar remotamente dejasen en la marquesa huellas que él mismo no acertaria á borrar.

Cuando, interrumpiendo de súbito la animada plática, anunció un paje de cámara, desde la puerta, que numerosas personas aguardaban la dicha de saludar á la bella favorita, ella — para quien habian volado dos horas como si fuesen minutos — exclamó con irreprímible enfado :

— ¡Pues qué! ¿no sabiais todos que no quiero recibir hasta dadas las doce?

— Perdon, señora, — respondió el criado inclinándose, — es ya más de la una.

— ¡Más de la una! — repitió asombrada la marquesa. — ¡Oh! ¡eso es imposible! ¿No es verdad, Mr. Robert? Dadme el gusto de mirar vuestro reloj.

Huberto no se sintió tan halagado por aquella incredulidad, como embarazado por el testimonio que le pedía.

¡Mirar su reloj! El pobre artista barquero no se hallaba provisto de aquel indispensable regulador del tiempo, y se puso encarnado hasta los ojos, al tener que confesarlo.

La marquesa comprendió entónces la indiscrecion cometida, y le tendió afectuosamente la mano en superabundante reparacion, diciéndole á la vez con la inflexion más dulce de su voz armoniosa :

— Mañana vuelvo á Versalles, y tendria mucho gusto en que aumentárais alguna vez el reducido círculo de los amigos de confianza que allá forman mi sociedad particular.

Huberto, profundamente conmovido con estas nuevas muestras de distincion — dispensadas en un momento en que se creyó humillado á los ojos de la favorita — se precipitó á sus piés, derramando algunas lágrimas sobre aquella mano perfumada que estrechaba amistosamente la suya, y que él besó cien veces, y otras tantas llevó atrevido á su palpitante corazon, rompiendo así toda etiqueta y causando con el ardor irresistible de sus imprudencias tan grande turbacion en la marquesa, que hubo de arrancarse con cierta violencia de su lado para lanzarse fuera del salon, en que acababa de pasar dos horas quizá las más llenas de su vida.

Tambien Huberto salió á la calle, y se dirigió á su casa casi maquinalmente, segun era de íntima su emocion y de embriagadora su alegría.

¡Ver su primer ensayo entre obras maestras de afamados artistas; oirse llamar al círculo de sus amigos por la poderosa marquesa de Pompadour, — que era ya á sus ojos la más buena y la más superior de las mujeres; — hallarse en vísperas de volver á contemplar, feliz y lleno de esperanzas, el semblante adorado de su tierna Josefina!..... eran, en verdad, sobrados motivos para trastornar á nuestro héroe, sacándole de sí mismo.

Todas las horas restantes de aquel día, todas las primeras de aquella noche, las pasaron él y el maestro hablando incesantemente de tan lisonjeros sucesos, en alguno de los cuales puede ser que el viejo pintor columbrase algo más de lo que veía su inexperto discípulo, pero en los que ambos á la par fundaban edificios de futuras felicidades.

Luégo, á las ocho del día siguiente, partió Huberto para Marsella; pero ántes recibió — para colmo de su satisfaccion — una preciosa caja de terciopelo carmesí, conteniendo magnífico reloj de oro con cerco de brillantes, y acompañada de timbrado billete, en que se leían estas encantadoras palabras:

«Como espero veros pronto en Versalles y tener el gusto de presentaros al rey, os ruego acepteis esta repetición, que, á la vez que os recordará siempre la hora en que alcanceis dicha honra, nos preservará á los dos de olvidar — como sucedió ayer — las que vuelan ligeras miétras hablamos del arte divino que vos cultiváis con éxito, y yo, aunque profana, admiro con entusiasmo.

»JUANA ANTONIA.»

CAPÍTULO IV.

SEGUNDO CINCO DE JUNIO.

Llegó Huberto á Marsella en una hermosa mañana, trasportando de júbilo á su familia, y sintiéndolo él mismo en lo más profundo del alma.

¡Cuánto habia cambiado el cuadro doméstico en los once meses de su ausencia! Todo respiraba ya bienestar y desahogo. Mr. Robert ganaba tanto ó más que ántes, en su oficio de corredor de comercio. Mma. Robert, restablecida al fin de sus achaques, se hallaba encargada del gobierno de la casa, probando la excelencia del desempeño el buen orden

y la sábia economía que resaltaban en todo. Las dos hermanas habian recientemente establecido un almacencillo de variadas chucherías de moda, para las que alcanzaba la mayor primorosa habilidad, y de lindos bordados que salian de manos de la segunda, sin impedirle el auxiliar á su padre, cuyos libros llevaba con el acierto justamente celebrado por la madre en una de sus cartas á nuestro héroe.

La familia, en fin, se ostentaba otra vez próspera, feliz, estimada, dando complemento á la satisfaccion con que el primogénito volvia á su seno, trayendo consigo brillante comitiva de esperanzas.

En más de cuarenta horas no le dejaron momento de respiro. ¡Era tanto lo que tenian que decirle, lo que anhelaban preguntarle sus padres y sus hermanas! ¡Sentia él mismo tambien tanta necesidad de aquellas largas conversaciones íntimas, llenas de abandono y de dulces minuciosidades!.....

Sin embargo, la suspirada luz del cinco de Junio apareció al cabo en el horizonte, para arrancarle poderosamente de las delicias domésticas, agitando su corazon con la idea de más impetuosos goces.

Llegaba el instante de volver á contemplar á Josefina; de volver á oír sus acentos de amor; de volver á prodigarla juramentos eternos..... Todas las facultades del amante se concentraban en aquella próxima felicidad de duracion tan rápida, y las horas del día—que contó rondando la casa de la doncella—debieron parecerle interminables.

La noche, empero, aunque lenta para la impaciencia, se anunció á su tiempo con los últimos crepúsculos de una tarde serena, y el jóven—que sólo abandonára las cercanías del paseo para comer con su familia—voló de nuevo á situarse al pié de la consabida ventana, cuyas celosías habian permanecido impiamente cerradas durante la mañana.

Estaba escrito que, á pesar de tanta diligencia, el momento feliz sufriese imprevisto retardo, por el mismo que con tanto ardor intentaba apresurarlo.

Al salir Huberto de su casa, le fué entregada una carta venida por el correo de París, y en cuyo sobre reconoció la letra de su maestro. Dicha misiva contenia las siguientes frases, que indicaban el atolondramiento de gozo con que fueron trazadas :

«¿No os decia yo que haciais muy mal en dejar á París » en tales circunstancias? Sobre todo desde que recibisteis la » deliciosa carta de *ella*, debisteis desistir de tan inoportuno » viaje; pues en verdad, querido Huberto, no es cosa de ex- » poner un porvenir brillante por anticipar mimos de la fa- » milia y cumplir empeños tontos de amorcillos de niño, que » no significan nada. En fin, lo importante ahora es que » regreseis á toda prisa tan luégo leais ésta, por si es po- » sible que llegueis á tiempo. Ya comprenderéis que *ella* ha » vuelto á escribiros al otro dia de vuestra marcha impru- » dente, señalándoos en términos precisos el momento del gran » suceso que anunciaba en su anterior..... el momento fausto en » que de seguro pondréis el sello á vuestra envidiable suerte. No » os incluyo sus preciosas líneas por no exponerlas á extra- » vío; pero mirad vuestro soberbio reloj,—regalo suyo,—que » esta vez os debe servir, no ya para que no olvideis el curso » de las horas pasadas á su lado, sino para recordaros que si » perdeis un momento, puede pasar sin fruto la más decisiva » hora de vuestra vida.

» Venid, venid volando, pues ya sabeis *quién es quien os » espera.* »

Por posdata añadía el pintor :

«Acabo de saber que el cinco, á las diez ú once de la no- » che, saldrá de ésa para ésta un coche de retorno; aprove- » chadlo : Alamedas de Meilhan, núm. 1, os darán razon.»

Huberto no pudo hacer otra cosa que dirigirse, en efecto, á toda prisa á la casa que se le indicaba, porque el dia señalado por la marquesa en el nuevo billete de que le daba conocimiento su amigo, no podia ser otro que el de su presentacion al rey; suceso verdaderamente harto importante, para que lo tomase con calma, cuando se le advertía que un solo instante perdido podia hacerle llegar tarde.

El conductor del carruaje con quien debía tratar, acababa de salir fatalmente en el momento de llegar á buscarle nuestro jóven, y aunque se le aseguró que volveria muy pronto, pasó allí aguardándole más de una hora—que le pareció eterna—pues le hizo sufrir los mayores tormentos de la ansiedad y la impaciencia.

Llegó, por último, el cochero, en el mismo instante en que Huberto se marchaba, — renunciando á todo ántes que de-

morar por más tiempo la ventura suprema de su corazón,— y ajustado en pocas palabras un asiento que áun habia vacante, y fijada la hora de la partida, pudo al cabo correr palpitante á la cita feliz, tantos meses aguardada.

Largo rato hacia ya que se hallaba Josefina instalada en el jardín con la complaciente Niná, concibiendo, en vista de la tardanza de su amado, tristísimas aprensiones. Tan pronto comunicaba á la mulata sombríos presentimientos de que hubiera dejado de existir su amante; tan pronto se sumia en tétrica cavilacion, acogiendo sospechas de olvido y de infidelidad; que no era la primera vez que le asaltaban, pues la pobre niña tenía la desgracia de ser propensa á los celos— á esa terrible pasion que la Providencia ha hecho nacer del seno mismo del amor humano, como para castigar su loca aspiracion de hacerse un cielo en la tierra.

De repente, en medio de sus más amargas zozobras,— que la mulata se afanaba en balde por calmar,— llegó á oídos de nuestra linda cubana aquella tosecilla que el lector no habrá olvidado, y vió agitarse el florido cortinaje de la verja al vivo movimiento de una mano atrevida.

Corrió, lanzando indescribible grito, al que respondieron instantáneamente estas dos exclamaciones, casi ahogadas por júbilo infinito :

¡Josefina! ¡bien mio!.....

¡Qué momento aquel en que vuelven á verse dos amantes, despues de una separacion que ha sido bastante larga para exaltar los deseos, sin serlo tanto que llegue á cansar á la esperanza!..... ¡Qué momento aquel en que se olvidan todos los afanes, todas las zozobras, todos los pesares de luen-gos dias de soledad del alma!.....

Josefina y Huberto, apretándose las manos, confundiendo sus corazones en una mirada intensa, sin acertar á pronunciar más palabras que el adorado nombre, repetido entre suspiros..... Josefina y Huberto, decimos, se hallaron largo rato perdidos en aquel inenarrable enajenamiento del éxtasis, suprema expresion del amor y la alegría. El mundo, el tiempo, todo desapareció para ellos; ninguna idea de límites, ninguna sensacion de movimiento cabia en aquella plenitud y dilatacion del alma, que les daba la representacion de la eternidad en el espacio de minutos.

Luégo, cuando empezó á calmarse el trasporte que los colocaba fuera de todas las realidades de la vida, cuando recobró cada uno el sentimiento de su personalidad — olvidada en la identificacion de las dos existencias — entónces las tiernas quejas de la exigente sensibilidad femenil fueron las primeras en manifestarse elocuentes.

— ¡Oh Huberto, Huberto! — dijo Josefina. — ¡Cuán al pié de la letra, ó mejor diré, con cuánta exageracion habeis podido cumplir mis indicaciones! Si el deber de hija me ordenaba no veros todos los dias de fiesta, — como ántes, — ni sostener con vos correspondencia, el corazon me exigia tambien que procurase favorecer la casualidad que podia proporcionar un encuentro anhelado, y he hecho por mi parte cuanto me ha sido posible, teniendo el dolor de ver que nada haciais por la vuestra. Sí; yo — tan retraida del trato habitualmente — he asistido con una amiga respetable á los teatros, á los paseos más concurridos, con el solo objeto de encontraros; pero vos, que parece no sentiais la misma necesidad, jamas os habeis dejado ver en parte alguna. Hasta llegué á temer que hubierais muerto, y ya podeis considerar todo lo que habré padecido.

El jóven experimentó á estas palabras cierto remordimiento de haber hecho á su amada misterio de su ausencia de Marsella, no obstante lo inocente del motivo, y — con algun embarazo — contestó que no eran los paseos y los teatros sitios frecuentados por los pobres.

— Además, — añadió (quejoso un tanto á su vez), — ¿cómo habia de adivinar que en dias tan tristes para nosotros rompieseis vuestra costumbre, para presentaros sin vuestro padre en esos parajes públicos?

— No faltaba más, — repuso Josefina, entre sonrisas y lágrimas, — sino que querais reconvenirme por lo que sólo he hecho á impulso del afan y la esperanza de veros.

— ¡Reconveniros! ¡yo á vos! ¡en tales momentos! ¡Oh! no, querida de mi corazon, no soy tan insensato y tan injusto. Es disculpa, y no queja, la que ha salido de mis labios, — dijo Huberto, tornando á besar la torneada mano que retenia entre las suyas.

— Pues bien, — replicó la doncella, moviendo su cabeza con inimitable donaire; — disculpaos en buen hora, caballero,

pero hacedlo completamente. Decid la causa de haber venido tan tarde á esta cita, dada hace un año..... ¡un año que hemos pasado sin vernos! Explicad por qué me habeis hecho pasar horas de ansiedad y de recelo.

— ¿Horas, Josefina? — dijo sonriendo Huberto.

— Horas, sí, señor ; desde las siete os aguardaba, y cuando vinisteis eran lo ménos las nueve.

Me llenais de gozo al confesarme que os ha parecido el tiempo tan largo como á mí, vida de mi alma ; pero, en honor de la verdad, debo deciros que desde las seis no he hecho otra cosa que seguir por minutos el movimiento del reloj, y que áun no señalaba las ocho cuando llegué aquí.

— No puede ser, Huberto ; os aseguro que no puede ser, — exclamó la niña vivamente.

— Vedlo vos misma, — dijo él con igual viveza, llevando sin reflexion la mano al rico regalo de la Pompadour, que volvió á guardar apresurado, advirtiéndole instantáneamente su imprudencia.

Era en verdad capricho de la suerte que la falta de reloj causára á nuestro héroe penoso momento de confusion en su entrevista con una bella dama, y que la presencia del mismo objeto le produjese igual embarazo cerca de otra hermosa.

Dominando, empero, su turbacion, se apresuró á decir, como resolviendo poner fin al debate: — ¿Qué importa que sean las ocho ó las nueve, amiga mia? Deberiais comprender, — como recuerdo habérselo dicho tal noche como ésta, hace un año, — que sólo motivos muy superiores á mi voluntad podian obligarme á retardar yo propio la felicidad de contemplaros..... Esta felicidad que me embriaga, por más que querais debilitarla con reconvenciones injustas.

Hablando así, acariciaba los negros y largos rizos que encuadraban el hermoso semblante de la niña, desprendiendo audazmente de ellos un ramito de violetas, que era su único adorno ; pero Josefina no parecia apercibirse de nada. Lo miraba, muy abiertos los ojos, con aire de súbita suspension y absoluto distraimiento.

La causa era que — á pesar de lo rápido que habia sido el doble acto de sacar y guardar el reloj — habia visto ella brillar el magnífico cerco de diamantes, á la claridad viva de la

luna, que se hallaba en los días de plenitud, — sin que tampoco se escapase á su perspicacia el apresuramiento con que procuró eludir Huberto la prueba por él mismo provocada.

¿Qué debería pensar de aquello? ¿Sería realmente valiosísima joya la que por un instante vió resplandecer en manos del humilde barquero? Y si lo era, como parecía, ¿con qué objeto, pocos minutos ántes, le recordaba él mismo su pobreza, desmentida por aquella alhaja, cuya posesion probaba un cambio extraordinario de su suerte?

No hallando la doncella respuesta con que resolver tales dudas, casi se inclinó á creer que los brillantes que vió no fuesen más que una ilusion de óptica, y volvió á entregarse — aunque no del todo satisfecha — al encanto embriagador de su amoroso coloquio.

— ¡Oh Josefina mia! — la decia Huberto, anhelante por disipar la ligera nube que velára un momento la pura frente de su amada. ¡Si supierais cuánto he suspirado, cuánto he delirado por este dulce instante, que compraria con mi vida!.....

Escuchad, bien mio, escuchad lo que yo pensaba, mejor diré, lo que yo soñaba en la soledad de mi existencia; mientras vos me buscabais en las diversiones del mundo, cuyo ruido no os permitiria conversar con mi imágen, como yo lo hacia con la vuestra. Pues bien; sabed que os llevaba bajo el ardiente cielo de vuestra hermosa patria, á aquella colina, á aquel templete del amor y del reconocimiento — que me describisteis hace hoy un año en este mismo sitio, — y donde tantas veces, desde entónces, os ha visto mi alma corretear, niña y risueña, cogiendo flores — tan lindas y tan puras como vos — para adornar las aras de la doméstica dicha. Sí, amada mia; me trasportaba, en union vuestra, allá, donde el amor ha consignado su más hermoso triunfo; allá, donde la felicidad tuvo establecida su morada; allá, donde vuestro padre volvia á encontrar su eden, reconstruido al *fiat* de nuestro entusiasmo; y allá os decia mil cosas que áun no os he dicho nunca; y allá os conducia al altar de los recuerdos, donde estaban tambien depositadas todas mis esperanzas; y allá invocaba la querida sombra de vuestra madre, — que llena aquellos parajes consagrados por sus virtudes, —

para que bendijese una nueva victoria del poderoso sentimiento que hizo su ventura. ¡Oh, Josefina, Josefina! ¿comprendéis la dulzura de estos amantes delirios?

— ¡Sí, sí! — respondió ella, embelesada hasta el punto de no guardar ni rastro de las anteriores cavilaciones. — ¿Cómo no comprenderlos, si, por admirable simpatía, yo los he también acariciado? ¡Cosa rara, Huberto! Muchas veces, lo mismo que á vos, se me ha ocurrido pensar que, — si algún día corona el cielo nuestros votos, — acaso iríamos juntos á mi isla, y juntos reconstruiríamos el querido templo de la colina. Yo también, yo también he visto renacer á nuestro soplo aquel paraíso perdido. He visto brotar de nuevo las flores predilectas de mi madre, vistiendo pomposamente las faldas de la pintoresca altura que conserva sus huellas; he visto la estatua de la gratitud coronando de nuevo al amor, entre la multitud de ofrendas que señalaban otras tantas alegrías de familia, y haciéndole salva los brillantes pájaros del trópico, que tornaban á rizar sus matizados plumajes en las esbeltas palmas y los floridos naranjos, balanceados por los frescos alisos. ¿Por qué no creeríamos en esos indudables presagios? ¡Oh, sí! quiero esperar que los dulces sueños de nuestros corazones serán realidades algún día.

— Yo lo mismo, — repuso Huberto enajenado. — Habladme, pues, habladme otra vez, ángel querido, de aquel paraíso de vuestros padres, que quizá lo será de nuestros hijos. Presentádmelo de nuevo, animado por el calor vivífico de vuestra alma, para que yo lo posea desde ahora, tal cual lo guardais vos misma en vuestros recuerdos..... tal cual lo haremos renacer los dos por la potencia irresistible de nuestro amor infinito.

Josefina, magnetizada, digámoslo así, por la voluntad de su amante, comenzó — en efecto — á pintarle segunda vez con exquisitos detalles el paisaje que formaba la monomanía de su padre, realizando á maravilla su brillante descripción con la fuerza y verdad del colorido.

Mientras ella hablaba, el artista hacía volar el lápiz sobre una página de su cartera, sin dejar por eso de fijar por momentos en la inspirada narradora miradas ávidas y penetrantes, que parecían querer arrebatársela del fondo mismo

del alma, el fuego del sentimiento que prestaba vida á sus palabras.

De repente la jóven se interrumpió, como pesarosa de su propia exaltacion, y exclamó, entre enfadada y tierna:— ¡Oh Dios mio! ¡qué locos somos los dos! ¡Emplear en esto el breve tiempo que pasamos juntos, despues de un año de incomunicacion, y con la perspectiva de otro año igual! ¡Huberto! dejemos la colina hasta que llegue el dia feliz que nuestros presentimientos nos prometen, y tratemos ahora del modo de apresurarlo. ¡Atended, amigo mio! Yo he tenido, yo tengo en este instante mismo otros anuncios del corazon, que es preciso confesaros.

Sí, me parece adivinar que vuestra suerte ha cambiado; que no os hallais este cinco de Junio en la situacion desgraciada que os affigia en el pasado. ¿Qué decis á esto?..... ¿Callais?..... — ¡Huberto! mirad que lo único que no os perdonaria nunca es el ser disimulado conmigo. ¿Qué motivo puede haber que lo justifique? ¡Ocultar á su amada lo que debe regocijarla!..... Aun cuando fuera lo contrario, estariais siempre en el deber de comunicárselo todo á la que el amor ha identificado con vuestra alma, á la que moriria primero que tener para vos algo reservado en la suya.

Esta vez no fué ya vago remordimiento, sino verdadero dolor, lo que sintió el jóven por haber dejado ignorar á Josefina los sucesos ocurridos despues de su primera entrevista; y conociendo, ademas, que lo estaba vendiendo su evidente confusion, resolvió al punto referírsele todo, renunciando al placer de la sorpresa que habia deseado causarle en más dichoso dia.

Desplegaba los labios para comenzar su confesion sincera, cuando la misma Josefina le hizo advertir que se oian pasos en la calle, y vió efectivamente que por el mismo lado de la verja se adelantaba un hombre, el cual apenas distaba ya cosa de treinta pasos.

Apartóse precipitadamente nuestro héroe, temeroso de comprometer la reputacion de su ídolo, y fué á colocarse más allá de la esquina de la casa, deteniéndose allí como si aguardase á álguien.

El transeunte, por su parte, continuó reposadamente su camino, y pasó rozando casi con el jóven, que, apenas lo

hubo visto de cerca, dejó escapar una exclamacion ahogada, quedándose breve rato suspenso, conmovido é indeciso, hasta que al cabo echó á correr en pos de aquel hombre; no obstante la tosecilla con que le llamaba Josefina, anhelante de continuar el interrumpido coloquio.

Nuestros lectores no extrañarán la conducta del artista cuando les digamos que en el transeunte—á quien seguia—creyó reconocer al bienhechor misterioso, cuyo nombre y paradero se habia afanado en balde por inquirir hasta entónces.

CAPÍTULO V.

DOS ESPERANZAS FRUSTRADAS.

Notando el transeunte que era seguido, redobló el paso para ganar el próximo paseo, donde habia gente por lo comun hasta tarde de la noche.

Huberto, sin embargo, como más ligero, le alcanzó ántes de que entrase en la alameda, y se le puso delante deteniéndole, si bien en actitud que debia disipar todo recelo.

—¡Al fin os hallo! exclamó al mismo tiempo. ¡Oh mi ángel tutelar! dejadme que abrace vuestras rodillas y bese rendido vuestros piés.

—¿Qué haceis? respondió el anciano, parándole la accion. Sin duda padeceis engaño. No os conozco, no os he visto hasta ahora: soy forastero, recién llegado á Marsella.

—¡Imposible! repuso Huberto con íntima conviccion. Sois el mismo que, por merced de la Providencia, conocí hace un año en esta ciudad. ¿Cómo creer que os hayais olvidado enteramente del cinco de Junio del año anterior, en que paseasteis por la bahía, ocupando cierta barquilla blanca conducida por un pobre jóven, que — correspondiendo al interes

que le mostrasteis — os confió con sinceridad los infortunios de su casa? Pues bien; hé aquí al barquero, cuya suerte han trocado vuestros beneficios generosos. ¡Libertador de mi padre! no queráis rehusaros por más tiempo á la gratitud de su familia. No queráis condenarla á ignorar siempre el nombre que debe bendecir.

— Os repito, — tornó á pronunciar el forastero, no sin alguna emocion que procuraba reprimir; — os repito, amigo, que estais en un error; nada tengo que ver con la persona á quien os referis.

— ¡Es en balde negarlo! exclamó de nuevo y con vehemencia nuestro reconocido artista, á quien afligia aquella obstinada resistencia. ¡Oh señor! seriais muy cruel en continuar rechazando de ese modo los sentimientos que sabeis merecer. ¡Vedme imploraros fervorosamente á nombre de toda una familia que os busca, que os llama, que os espera hace un año!

Diciendo esto, se arrojó á sus plantas, sin que esta vez fuera posible estorbárselo; y asiendo apasionadamente las dos manos de su interlocutor, se las apretó sobre su corazon y se las bañó con sus lágrimas.

Aquel hombre inflexible, pareció vacilar en tal instante; pero habiendo echado en torno suyo una mirada rápida, notó que se iba agolpando gran número de curiosos, atraídos por la singular escena que allí estaba pasando. Entónces, visiblemente contrariado, dijo al jóven con bastante aspereza:

— ¡Basta! poned término á una porfía que nos hace ya la diversion del vulgo.

— ¡Pues qué! gritó aquél exasperado, ¿no son los que nos miran hombres que sienten latir un corazon en su pecho? ¿Pensais que haya uno siquiera que no comprenda la santidad del afecto que os parece importuno? ¡Ah, venid, hijos del pueblo! venid vosotros en mi auxilio, — añadió dirigiéndose á los grupos que por momentos crecian. — Rogadle todos conmigo que, sea quien fuere, no desdeñe orgulloso el reconocimiento del pobre; no se niegue á la suprema delicia de contemplar con sus ojos la felicidad que es obra suya.

Tan inesperado y expresivo apóstrofe agitó instantáneamente al populacho, tanto como debió disgustar al misterio-

so personaje; pues desprendiéndose con fuerza de los brazos del jóven — que enlazaban sus rodillas — corrió de pronto, y sin decir palabra, á confundirse entre la multitud de paseantes que llenaba la alameda.

Miéntas él se evadía de este modo, los testigos advenedizos, que concentraban su interes en nuestro protagonista, le cercaron tumultuosamente, con vivas demostraciones de simpatía, impidiéndole por de pronto seguir de cerca las huellas del fugitivo.

Cuando logró desembarazarse, recorrió en vano Huberto toda la extension del paseo; era ya tarde.

Fuera que hubiese entrado el desconocido en alguna casa inmediata, ó que poseyese bastante ligereza, á pesar de sus años, para alejarse mucho en pocos minutos, es lo cierto que, por más que hizo, no pudo el jóven encontrarle, ni siquiera inquirir la direccion que habia tomado.

Burlada así su esperanza de conocer por fin, y presentar en su casa al que miraba justamente como su providencia en la tierra, volvióse á toda prisa á su abandonado puesto; lamentando la media hora larga que habia perdido, y consolándose únicamente con la idea de contárselo todo á Josefina, abriéndole de par en par las puertas de un alma que jamas, gracias al cielo, habia abrigado nada que debiera ocultarse.

La plena confianza que desde aquella noche iba á quedar establecida entre los dos amantes, facilitaria indudablemente la realizacion de sus mutuos deseos, dándoles — ademas — en lo presente, medios seguros de comunicarse á despecho de la ausencia.

Llegó á la verja Huberto con esta dulce esperanza, que le hacia ménos amargo el fracaso de la precedente, y colocándose donde ántes, buscó en vano con los ojos á su linda habanera: la llamó tambien várias veces amorosamente, pero sin recibir respuesta.

Estúvose entónces mirando largo rato por entre las enredaderas que vestian los hierros, esperando por minutos ver aparecer á la doncella..... Nada! el jardín continuaba desierto.

Se paseó en seguida por todo lo largo del enverjado, dejando oír sin cesar la tosecilla de marras..... ningun otro so-

nido interrumpió el silencio que le cercaba, y que iba teniendo algo de pavoroso.

Ocurriósele que Josefina, cansada de esperarle inútilmente en la verja, se habria ido acaso á la ventana, para ver si él aguardaba en la calle nuevo aviso de poder hablarla, y corrió por tanto al momento á situarse debajo de la conocida reja, que aparecia abierta, dando paso á la luz que iluminaba el gabinete; mas, — no obstante este indicio de hallarse la señorita Caillard en su estancia predilecta, y de que nuestro jóven, por su parte, no perdonó medio de indicar su presencia en la calle, — ni una sombra de mujer se bosquejó momentáneamente en la ventana.

En vista de elló, tornó Huberto á la verja del jardin, recurriendo á nuevos suspiros, á nuevas toses, á nuevas llamadas..... ¡Todo en balde!

Era evidente que no queria ó no podia su amada darse por entendida.

Lo primero debia rechazarse por inverosímil, segun conviccion de Huberto; por consiguiente, se atuvo á lo segundo, y dió por hecho que alguna impertinencia del padre, alguna visita inevitable, ó cualquier otro incidente imprevisto — superior á la voluntad de la jóven — la retenia aquella noche, con harto dolor suyo, como en otra no ménos memorable, en que se atrevió Huberto á sospechar injustamente de ella.

Esta vez, por la inversa, sentia su corazon en este punto completamente tranquilo; si bien más afectado, por lo mismo, á la tristísima idea de tener que abandonar á Marsella sin serle posible llevar á cabo la confesion resuelta, ni dar — al comienzo de un nuevo año de separacion absoluta — siquiera un tierno adios á la que le era más cara que su vida.

¡Si pudiera al ménos escribirla! Pero, ¿de qué manera? ¿por qué conducto hacerle llegar la carta con certeza de no comprometerla?

Nada sobre el particular habia sido convenido, aunque era una de las cosas que con mayor empeño se habia propuesto Huberto alcanzar de Josefina, en la conferencia tan repentinamente interrumpida.

Desesperado de encontrar, — por mas que se devanase los sesos, — algun medio de explicarse con la que no aguardaba

ver de nuevo en aquella noche de contratiempos, se le presentó súbitamente un recurso, que casi le parecía infalible.

Vinosele á la memoria la piedra del ángulo izquierdo del jardín, bajo la cual — en cumplimiento de indicaciones de su ídolo — habia depositado una carta el día de su primera partida, y se persuadió sin ningun género de duda de que el natural pensamiento de Josefina, en la siguiente mañana, sería ver si habia recibido su misterioso buzón alguna otra misiva, necesaria cual ninguna por las circunstancias extrañas que les hacian separarse aquella noche ignorando cada uno de ellos la que al otro le habia ocurrido.

En este concepto, respiró el jóven, aligerado de su angustia, y como oyese al mismo tiempo sonar las diez, debiendo partir á las once en punto, trazó con lápiz á toda prisa, sin más luz que la luna, ni más mesa que una de sus rodillas apoyada en la verja, algunos desordenados renglones, en que logró, sin embargo, compendiar todo lo importante que tenía que decir, incluso el encuentro que retardára su vuelta aquella noche.

Por término de la carta expresaba lleno de fe su íntima conviccion de que el cinco de Junio próximo venidero se presentaria allí con un nombre conocido, con una posicion honrosa, y acaso, ¡ah! acaso tambien con un feliz remedo de aquella colina, de aquel templete querido, que soñaban reconstruir los dos amantes, y cuya posesion, áun en pintura, bastaria tal vez á conquistarles la anhelada vénia paternal.

Concluida la carta, fué puesta al pié del rosal de Alejandria, bajo la piedra blanca, que ocupaba el mismo sitio en que la dejó Huberto el año ántes, y — para más llamar sobre ella la atencion de Josefina — depositó su amante encima, sujetándolo lo mejor que pudo, el lindo ramillete de violetas que en recientes momentos de felicidad habia desprendido de los más sedosos y perfumados bucles.

Despidióse en seguida, con larga y triste mirada, de aquel jardín silencioso; exhaló tierno suspiro bajo la reja, — abierta y solitaria todavía, — y echó á correr con cuanta ligereza alcanzaba, para tener tiempo de dar un abrazo á su familia y dirigirse á toda prisa á la alameda de Meilhan.

Un segundo más, y hubiera sido tarde: el coche partía en el momento en que se lanzó á él nuestro héroe — jadeante con la precipitación de su carrera — y su llegada á París fué precisamente la víspera del día señalado por la marquesa para su presentación á Luis XV.

CAPÍTULO VI.

VERSALLES.

Pocos serán entre nuestros lectores los que no conozcan, de vista ó de oídas, á la antigua residencia real vecina de París; á la perezosa sultana que — recostada con molición á la fresca sombra de seculares bosques — recibía tributo de todas las provincias francesas, y dictaba á la Europa leyes de política, de costumbres y de modas, en aquellos tiempos en que plugo á Luis *el Grande* hacer de ella morada predilecta de su espléndida corte.

Reducida hoy á una tercera parte de su población de entonces; despojada por el rasero revolucionario de la mayor parte de sus pompas, todavía la vemos altiva é indolente en su soledad silenciosa, haciendo alarde de aristocráticos recuerdos, y consolándose de la viudez que la enluta con presentarnos en su soberbio palacio, — símbolo y monumento del apogeo de la grandeza monárquica, — el inmenso museo sin rival en el mundo; epopeya de las glorias militares de catorce siglos; cuyas páginas son más de once mil cuadros históricos y numerosas obras de escultura, que asocian fraternalmente los timbres de la monarquía, de la república, del imperio y del constitucionalismo, á quien cabe el de haber operado por mano del *rey ciudadano* (1) este consorcio magnífico.

(1) En los primeros años de su reinado fundó Luis Felipe el célebre Museo á que alude la autora.

En la época de nuestra historia aún era Versailles la favorita régia, la mansion cortesana, llena de movimiento, de esplendor, de intrigas y de placeres.

La paz que gozaba el reino,—y aún toda Europa,—desde el famoso tratado de Aix-la-Chapelle, favoreciendo naturalmente la prosperidad pública, dejaba al Gobierno sin otros cuidados que los causados por las escandalosas contiendas del parlamento y el clero; no inquietándole todavía gran cosa los rápidos progresos de una filosofía nueva y audaz, cuyo innovador espíritu, móvil ya de la literatura, se iba insinuando sin ruido en todas las clases de la sociedad, haciéndose prosélitos hasta en la misma córte.

Luis XV sólo pensaba entónces en sacudir á todo trance el hondo tedio que comenzaba á posesionarse de su alma, y en complacer á su querida con suntuosas fiestas que aspiraban á recordar las magnificencias de su predecesor faustoso.

Tan pronto eran brillantes cacerías que alegraban los bosques de Senart, Rambouillet y Satory, con los roncós sones de las cornamuzas; tan pronto entretenidas excursiones, ya al castillo de Bellavista — encantadora propiedad de la Pompadour, que sepultó millones en sus fantásticos jardines;— ya al afamado de Choisy, — predilecto del rey, donde tenían lugar más frecuentemente aquellas deliciosas cenas de confianza, servidas por genios invisibles, y sobre cuyas mesas,—que brotaban del pavimento, como por magia, cubiertas con profusion de exquisitos vinos y succulentos manjares, — circulaban despues, segun los azares del juego, raudales de oro, en largas noches de calenturienta orgía..... ya, en fin, á las risueñas márgenes del Eure, para visitar en el poético Anet la pintoresca tumba de Diana de Poitiers, y perderse en lucidas cabalgatas por las románticas selvas, que con el grato silencio de sus sombras convidaban al amor, prometiéndole el misterio.

Con aquellos dias de cazas y expediciones alternaban las bellas *soirées* de espectáculos dramáticos en el regio coliseo, cuyos espectadores privilegiados tenían en más aquella honra que la heredada de cien abuelos gloriosos, y donde figuraban como actrices y galanes las Sras. de Pompadour, de Brancas, de Lassenage, etc., y los duques de Nivernois, de Duras, de La Vallière, de Luxembourg, el conde de Mai-

llebois, el marqués de Voger, el vizconde de Chabot, y otros muchos de no ménos ilustres nombres.

Luego, de vez en cuando, era teatro el suntuoso palacio de indescribibles saraos, que parecian querer realizar las maravillas prodigadas por la fantasía del Tasso y del Ariosto en la mágica mansion de Armida y en la encantada isla de cuyas seducciones escapó con trabajo el amante feliz de Bradamanta.

Juzgamos imposible el dar idea exacta de aquellas noches de embriagador placer, en que se poblaban los resplandecientes salones y los fantásticos jardines de multitud de bellísimas mujeres cubiertas de encajes y pedrerías; de galanes mancebos y condecorados personajes, envueltos todos en el fragante ambiente de una atmósfera luminosa; en que los vergeles enguirnaldados de infinidad de vasos de colores, destacaban de entre cambiantes de combinadas luces todo un mundo de columnatas, obeliscos, genios, delfines, musas, nereidas, sátiros y dioses, sobre los cuales, y sobre los árboles más altos, remontaban monumentales fuentes los caprichosos juegos de sus aguas, que — formando visos deslumbradores — descendían en sonoras cascadas, semejantes á una lluvia de ópalos, perlas y diamantes, en que el grandioso canal, — reflejando la luminaria inmensa, — se extendía argentado hasta el último horizonte que la mirada alcanzaba, ostentando al extremo de uno de sus brazos al oriental Trianon, coronado con sus graciosos grupos de risueños amores.

¡Oh! ¡sí! renunciarnos desde luégo á la temeraria empresa de reproducir maravillas, que requeririan, mejor que nuestra humilde pluma, la lámpara encantada de Aladino; pero basta lo dicho para que conciba el lector lo que era la existencia en aquel célebre sitio real, que por primera vez iba á pisar nuestro artista barquero al regresar feliz de su visita á Marsella.

Luis XV, que solia pasar muchas horas de la mañana en las habitaciones de su dama, — pertenecientes al palacio, — y hasta despachaba á ocasiones en su voluptuoso tocador los asuntos más graves del Estado, no se preocupaba aquel día sino de inventar con ella nuevos ornamentos para sus parques y vergeles.

Quizá Juana Antonia habia dado sagazmente este giro á

los pensamientos del monarca, con el objeto que nuestros lectores podrán conocer en breve.

—Quiero, mi buena amiga,—la decia cariñoso, momentos ántes de sonar la hora señalada á Huberto para su presentacion;— quiero que haya aquí algo inspirado por vos: algo que quede eternamente como recuerdo de nuestro amor, entre tantas huellas de los de mi augusto abuelo.

Pues bien, señor,—contestaba sonriendo la favorita,— mandadme construir una *fuelle Pompadour*, que supere en hermosura á todas las que hoy se admiran.

—Desgraciadamente no tenemos un *Le Notre*.

—Pero y si yo diese á V. M. otro artista no ménos distinguido por su ingenio, ¿le exigiriais, ademias, un nombre tan célebre como el que acabais de pronunciar?

—¡Oh! ¡no! bien sabeis que podemos dar celebridad á un donde no hallamos genio.

—Díganlo, sinó, Juan Bautista María Pierre y vuestro predilecto Boucher.

—¡Eh! ¡eh! cuidado con eso, mi bella censora, el último que citais es para todos, ménos para vos, un pintor inimitable.

—No me permitiré la audacia de contradecir á V. M., que sabe le he dado muchas veces el gusto de emplear el erótico pincel de ese artista de moda en la decoracion de Bellavista. Temo, sin embargo, que tanto él como su discípulo y rival Honorato Fragonard, corrompan el arte y den á la posteridad malísima idea de las costumbres de nuestra época.

—¡Vaya! ¡vaya! ¿quereis convertiros en otra gazmoña Maintenon, marquesa mia? ¡Já! ¡já! fuera curioso veros predicando sermones de moral, con los traviesos ojos bajos y la donosa cara compungida. —Mas, hablando en serio, ¿puede saberse quién es el grande artista desconocido que pensais presentarme como sucesor de *Le Notre*?

—¿No recuerda V. M. que le tengo pedida audiencia para este día, á nombre de un jóven pintor de arquitectura y de paisajes, que me ha regalado un boceto de marina, digno de Claudio Vernet y áun de su gran tocayo el de Lorena?

—A propósito de Vernet, marquesa, le he encargado ya,

cumpliendo vuestro deseo, que me saque vistas de los principales puertos del reino.

—Doy infinitas gracias á V. M., y aún será mayor mi gratitud si dispensa igualmente su augusta proteccion á mi nuevo recomendado.

—¿Puedo por ventura negaros cosa alguna?

En el momento de pronunciar el rey esta galante frase, anunció respetuosamente, desde fuera, un pajecillo de cámara, á Mr. Huberto Robert, que solicitaba la honra de besar los piés de la marquesa.

—Hé aquí ya á vuestro hombre,—dijo Luis, comenzando á bostezar á la sola idea de una pesada audiencia.—Lo despacharemos pronto, amiga mia, pues no habréis olvidado que hoy debo recibir en mi cámara al Embajador de Inglaterra, para los eternos altercados sobre límites de las posesiones de ambos reinos en la América setentrional; problema que no acaban de resolver en sus largas conferencias los comisionados respectivos, y tocante al cual deseo oiros ántes de la diplomática entrevista.

Juana Antonieta, sin parar mientes en tales palabras,—aunque le halagaba mucho el discutir graves cuestiones internacionales,—hizo una seña al paje; presentándose en seguida nuestro protagonista, con tan gracioso y noble continente—si bien un poco turbado—que se ganó desde luégo la buena gracia de Luis, para quien era de decisiva influencia la hermosura, aún tratándose de elegir altos empleados ó sirvientes subalternos; fundándose, segun decia, en que la naturaleza es demasiado verdadera para poder engañar con recomendaciones falsas.

—Estais á presencia del rey nuestro señor,—advirtió á su protegido la marquesa; y mientras él se inclinaba reverente á las augustas plantas, añadió ella con irresistible sonrisa, dirigiéndose al príncipe:

—Tengo la honra de presentar á V. M. el jóven artista que se ha dignado escoger para encargarle el diseño de las nuevas obras en los reales jardines.

—En efecto, contestó Luis, sonriendo tambien y levantando afablemente á Huberto.—Teneis en la marquesa una protectora decidida, y basta veros, ademas, para darle la razon en cuanto bueno nos ha dicho de vos.

El jóven volvió hácia Juana Antonia una mirada tan ardentemente agradecida, que, recelosa de que pudiera parecerlo demasiado, se apresuró la favorita á llamar la atencion del rey, constituyéndose en intérprete de los sentimientos de su recomendado respecto á la augusta persona.

Huberto apénas acertó á añadir algunas truncadas frases en corroboracion sincera.

—Bueno, bueno, dijo el monarca, serán debidamente recompensados vuestros talentos y vuestra adhesion. Ya habeis oido de labios de la marquesa que tenemos á bien encomendaros ciertos diseños, á los que prestamos particular interes; y como para el mejor acierto de la obra deberéis consultar en todo el exquisito gusto de esta distinguida señora, quiero que tengais desde luégo habitacion en palacio; á cuyo fin os será expedido nombramiento de guarda-cuadros nuestro y diseñador de nuestros jardines, con la pension correspondiente.

Juana Antonia, aparentando que tosia, se llevó el pañuelo á la cara para que no se leyese en su fisonomía la impresion que le causaba lo dicho por su regio amante. En cuanto á Huberto, bien comprenderá el lector que apénas acertaba á creer lo que le estaba pasando.

Verse de golpe pensionado por la corona, honrado con títulos que ambicionaban y pretendian los artistas más notables..... todo era para él como un sueño, del que temia despertar al menor movimiento. Así fué que durante algunos minutos se quedó absorto, inmóvil, extático, sin que se revelase su júbilo y su reconocimiento sino por una lágrima cristalina que—brotando de su corazon agradecido—tembló ligeramente á la extremidad de sus párpados.

La marquesa tuvo esta vez tambien que acudir al auxilio de su recomendado, y acertó á expresar con tanta gracia la verdad de sus silenciosos afectos, que arrebatado de felicidad Huberto,—al verse adivinado y comprendido,—cayó de rodillas en violento trasporte, dirigiéndose tan pronto al príncipe, tan pronto á su bella intérprete, con palabras enérgicas, ardorosas, ajenas de todo punto á la ceremonia cortesana; pero llenas de alma, de pasion, de la conmovedora poesia del sentimiento.

Afortunadamente le hizo gracia al soberano aquel ex-

abrupto de desordenada elocuencia, y levantando por segunda vez á nuestro héroe con crecientes muestras de benevolencia, le ofreció de nuevo su proteccion, dándole á besar su real diestra y permitiéndole despues que tambien sellase con ósculo más expresivo la hermosa mano de su protectora.

Aprovechó ésta aquel momento para indicar al jóven estar terminada la feliz audiencia, que habia dado ya todos sus resultados, superando las esperanzas de ambos.

En efecto, prévia la real vénia, salió Huberto de la suntuosa estancia con tan ostensible regocijo, que apénas le columbró el maestro,—que aguardaba fuera,—corrió á él frotándose las manos, segun costumbre, y exclamando lleno de ufania :

—¡Bravo! ¡magnífico! mis vaticinios se cumplieron; S. M. os ha recibido con halagüeño agrado, estimulando vuestro talento con la promesa preciosa de su augusto patrocinio.

—¡Más que eso, amigo mio! Abrazadme, dadme enhorabuena. Soy guarda-cuadros de palacio..... soy diseñador de los jardines reales..... tengo señalada pension por el rey mismo.

—¡Oh! ¡oh! ¡oh!..... dijo el maestro, sin poder prescindir de un poquito de envidia, mezclada á su sincero afecto por el discípulo. Veo que marchais más presto de lo que era dable presumir, y á ese paso no dudo que sustituyais, ántes de mucho, al célebre Cárlos Vanlóo en su envidiable puesto de primer pintor de cámara.

En tanto que los dos artistas trocaban estas y otras palabras en la gran plaza de armas, dominada por el alcázar,—que ya miraba nuestro héroe con el amor de próximo habitante de una parte de su soberbio recinto,—Luis XV decia á la marquesa, dándole golpecitos en la mejilla :

—¡Pardiez, querida mia! vuestro protegido es bello como Apolo, y si yo no tuviera fe ciega en vuestra fidelidad inviolable, temeria haber cometido una grave imprudencia en la gracia que acabo de dispensarle.

—¡Apolo! ¡ah! ¡sí! ¡inmejorable! exclamó con pueril alegría Juana Antonia, desentendiéndose de las palabras del rey,—como si solamente el nombre que repetia, batiendo palmas, le hubiera merecido atencion.—V. M., señor, acaba de bautizar con admirable acierto á nuestra fuente querida,

cuyo nombre buscaba en balde mi mente. La llamaremos *baño de Apolo*, y será símbolo de la eterna juventud, cuyo privilegio envidiable sólo parte con V. M. el dios de la luz y la armonía.

Esta lisonja oportuna valió un halago real á la sagaz favorita; pues aunque Luis no contaba más que cuarenta y tres años, los excesos de su vida le tenían ya marchito y ajado, y ninguna adulacion le era, por lo mismo, tan agradable como la de oír asegurar que conservaba incólumes la frescura y esmalte de su mocedad florida.

CAPÍTULO VII.

EL DISEÑO DE LOS BAÑOS DE APOLO.

Algunos dias despues, el guarda-cuadros de S. M. y diseñador de sus reales jardines se instalaba con felicidad en una de las piezas dependientes del palacio, y se abrian ante él las anchas puertas de una nueva vida, antítesis de la pasada.

Cumpliendo la recomendacion del rey, érale preciso conferenciar frecuentemente con la bella marquesa, cuyo delicado gusto debia dirigir el diseño de la nueva obra con que se iban á aumentar los primores del arte en aquellos magníficos vergeles.

El novel pintor, ansioso de corresponder á la distincion recibida, dando muestras cuanto ántes de su laborioso talento, se afaná mucho en las primeras semanas por presentar á su protectora variados ensayos de diseños, á cual más elegantes; pero la favorita, descontentadiza al parecer, no se daba prisa por elegir ninguno; ántes bien, indicando en cada consulta modificaciones distintas, imprimia á la marcha de la obra una lentitud interminable.

Al principio experimentó Huberto más que mediana impaciencia, y hasta se ofendió un tanto su amor propio; mas luego, — aún sin explicarse aquellas dilaciones tan lisonjeramente como acaso lo hiciera en su lugar otro más vano ó ménos inexperto, — comenzó á entibiarse su ardor por el trabajo, habituándose, sin sentirlo, á las visitas diarias, que le proporcionaban saborear el ameno trato de una mujer encantadora, y constituir parte de la literaria y artística sociedad que ella llamaba su círculo de confianza.

En efecto, no eran tan sólo los Conti, Richelieu, Villeroy, Tavane, Lorges, Soubise, Luxembourg, Duras, Clermont de Amboise, Nivernois, Aiquillon, Meuse—y tantos otros ilustres y titulados palaciegos—los que se honraban con hacer la corte á Juana Antonia Poisson. El filósofo Voltaire, el sabio Fontenelle, el adusto Crebillon, el independiente Helvecio, figuraban entre sus amigos; el cardenal de Bernis era su hechura y su cantor; Marmontel, Marivaux, Mondonville, Vernet, Latour, Pigale y Lagrenée, sus comensales casi cotidianos. Porque ella amaba realmente las letras y las artes; ella poseía instintos poéticos, á la par que entendimiento ilustrado, que comprendía su época; ella era también incomparable *dilettante*, y sus paisajitos en lienzo y sus frescas flores al pastel, — aunque no salían del *comité* de sus predilectos, — la alcanzaban ya en el público reputación de artista.

Huberto, relacionado pronto con todas las celebridades más ó ménos legítimas, pero todas brillantes, que eran como planetas de aquel astro de la corte; Huberto, introducido por la misma reina de la hermosura y del talento en el privilegiado círculo de sus inteligentes favoritos, no podía tardar en verse halagado por las más lisonjeras simpatías, y en sentirse atraído poderosamente por seducciones infinitas.

Con veinte años, bella figura, distinguidos modales, ingenio, gracia, modestia interesante, y una pureza de costumbres y una ignorancia del mundo, que debían ser incitativos picantes para ciertas damas, — que no eran escasas ciertamente en la corte de Luis XV, — nuestro héroe, no sólo pudo contarse desde luego entre los más felices y mimados miembros de la sociedad particular de la favorita, sino que se encontró ántes de mucho solicitado y requerido

por otros *círculos íntimos*; llegando á ser, sin explicárselo él mismo, el primero de los artistas de moda, y de cuyo pincel—casi desconocido todavía—se disputaban encoquetadas señoras un rasgo cualquiera, de que hacer ostentación en sus escogidas galerías de pintura.

El bello guarda-cuadros de S. M.,— que así se le llamaba, — no podía, por tanto, ambicionar más. La facilidad de sus triunfos, embriagándole con prematura y ficticia gloria, parecía creada ex-profeso para disgustarle de los desvelos del estudio — que no podían darle nunca sino lo mismo que le anticipaba el favor; — miéntras que le entregaba, deslumbrado y aturdido, á los caprichos de aquel mismo bastardo poder, en cuya atmósfera corrompida era inevitable se marchitaran, más tarde ó más temprano, todas las grandes aspiraciones de su inteligencia, todos los bellos instintos de su corazón.

Peligrosa era, en verdad, aquella prueba, por la que vemos pasar—sin poder remediarlo—la juvenil existencia de nuestro protagonista. ¿Afirmarémolos—llenos de confianza en su virtud—que entraba en ella con la inalterable serenidad del estoico, y sin el menor riesgo de que salpicase el fango del camino la cándida vestidura de su inocencia y la naciente aureola de su genio?.....

Esperamos que no nos exigirá tanto el lector, por grande que sea la severidad de sus principios. En todo caso, le diremos con Terencio:

Homo sum : humani nihil á me alienum puto.

¡Oh, sí! nosotros tambien somos hombres, y sólo lo que es humano puede interesarnos.

Si pintásemos ángeles, nos bastaría hacerles desplegar en un momento las fúlgidas alas, para sacarles sin sombra de mancha de las ciénagas del mundo. Desgraciadamente, es la flaca humanidad con la que tenemos que habérnosla, y gracias si logramos paso á paso, con trabajo y con lucha, arrancar sus inseguras plantas de los malos pasos que toda nuestra buena voluntad no ha podido evitarle.

Huberto, sin embargo, pisaba la palestra cubierto con formidable escudo : con el escudo de un amor primero indes-

tructible. No le defendian solamente la religiosidad de sus principios, la elevacion de sus ideas, la poesia de sus instintos; tenía, ademas, á su favor el poder de un sentimiento casto, profundo, verdadero.

En aquel súbito cambio de posicion, capaz de producir vértigos en la cabeza más firme; en aquel ambiente de intrigas galantes y desordenados placeres, que le era imposible no respirar de continuo; envuelto en el torrente que en balde hubiera querido detener, su debilidad de hombre se hallaba sostenida no pocas veces por su constancia de amante, y aún en los mismos instantes en que se extraviaba un tanto la idealidad del artista por las vivas sensaciones del jóven ardiente é impresionable, aún entónces mismo, la poderosa reaccion — despertada de súbito por el dulce recuerdo de Josefina — venía siempre á tiempo para evitar á la virtud una completa caida.

¡Cuántas veces, en medio de deslumbrantes fiestas, cercado de seductoras y galantes mujeres—cuyo capricho le habia dado reputacion todavía inmerecida, y cuya provocativa coquetería le brindaba otros triunfos, no ménos fáciles y de más peligrosa índole.....—cuántas veces se sentia arrancado repentinamente del vértigo que le arrebatava; sujetándole su memoria junto á la verja vestida de jazmines, por entre los cuales contemplaba en éxtasis la candorosa faz de su morena vírgen del trópico, que eclipsaba con la frescura de sus gracias naturales á todas aquellas hermosuras de bermellon y albayalde, cuyas coronas de diamantes no alcanzaban á encubrir en sus frentes las huellas de las orgías!

¡Cuántas tambien, al regresar de una mañana de alegre cabalgata, — con aquellas atrevidas amazonas que ha conservado el pincel de Vanló, — ó de una noche de franca-chela á que le arrastraban amigos calaveras, — el jóven, fatigado y calenturiento, reposaba su alma pasando horas tras horas en mentales coloquios con su amada, ó reviviendo con el pincel aquella colina consagrada al culto de la familia; aquel asilo del amor, del reconocimiento, de la doméstica dicha, que era tambien asilo feliz de sus más queridas esperanzas!

¡Oh, no! nosotros no meterémos impiamente la punta del escalpelo hasta el fondo de la vida de Huberto, por el triste

placer de descubrir quizá alguna gota de cieno con que manchar la aureola que le dió la Providencia.

Si no aspiramos á pintar ángeles—porque somos hombres y referimos la historia de otros hombres—tampoco descendémos á rebuscar miserias de la flaca carne, porque somos poetas, y no anatómicos.

El lector, pues, no tiene motivo de alarmarse, temiendo que envilezcamos de una plumada la bella figura del artista barquero, por quien hemos procurado interesarle.

Pero no era la inmoralidad de la córte en que vivia, la prueba más ruda y decisiva que tenía que vencer para continuar mereciendo las delicadas simpatías de las personas timoratas que lean su historia.

Existía otra—no queremos disimularlo—otra mucho más grande, mucho más temible, que nos hace temblar sólo al tocarla.

El diseño de los baños de Apolo no terminaba nunca, por más que pasasen días y días, y menudeasen largas conferencias entre la marquesa y el artista.

Verdad es que daba siempre la maldita casualidad de suscitarse, sin saber cómo, conversaciones interesantes, capaces de distraerlos á pesar suyo del objeto principal que los reunia.

Los dos amaban y cultivaban el arte; ¿cómo no dejarse arrebatados, á ocasiones, en alas del entusiasmo, para hacer en grata compañía excursiones atrevidas por la inmensa region del idealismo?

Los dos debian al cielo sensible corazon y despejado talento; ¿cómo no entretenerse con frecuencia en filosóficas reflexiones sobre el amor, comunicándose descubrimientos psicológicos verdaderamente importantes?

Los dos tambien adolecian del defecto de ser personas algo fantásticas y *soñadoras*— como se dice ahora.— ¿Qué cosa, por tanto, más natural que el que de vez en cuando se perdiesen involuntariamente en las dulces vaguedades de misteriosa melancolía, conmoviéndose á la par por las vibraciones repentinas de algunas notas arrancadas con distraccion á las teclas del piano por mano de la amrquesa, ó al soplo veloz de una ráfaga de aire, cuando les traia los hálitos de las flores que celebraban á distancia los silenciosos misterios

de sus poéticos amores, ó al canto de un pájaro, ó al último crepúsculo del sol, ó á las primeras sombras de la noche, ó al trémulo fulgor de las estrellas..... ó á tantas otras cosas comunes, que son, sin embargo, revelaciones místicas, armonías inenarrables para las almas tiernas y novelescas?

El diseño de los baños de Apolo no adelantaba, es cierto, merced á todos esos inevitables obstáculos; pero, en cambio, progresaba rápidamente la amistad de Huberto con su amable protectora, llegando de este modo—al cabo de algunos meses—á poder llamarse íntima y entrañable; capaz tal vez de comprometer la brillante posicion de la favorita, si hubiese llegado á ser conocida y comentada.

Felizmente no sucedió así. Huberto, por timidez, por instinto de las conveniencias, acaso tambien por orgullo de no confundirse con la turba adulatora de cortesanos, siempre se mantenía en público á respetuosa distancia de la marquesa, que sabía agradecerle aquellos miramientos con una mirada, con una sonrisa furtiva, sin perjuicio de más ámplia compensacion en las afectuosas conferencias sobre el consabido diseño.

Sin embargo, justos como veraces, debemos declarar que, á despecho de algunas apariencias, no existía en aquellas relaciones nada aún de que pudiera ofenderse con razon la ausente, pero siempre adorada Josefina.

Huberto, lleno de viva gratitud á los beneficios de la Pompadour, encantado con su ingenio, prendado de su bondad, atraído por sus simpatías, quizá tambien dominado un poco por la superioridad que la daban su experiencia de la vida y su conocimiento del mundo; Huberto, que, al quererla como á la mejor de las amigas, no podía ménos de admirarla como una de las más perfectas beldades; Huberto, decimos, no se acusaba todavía, á pesar de todo, —ni aún en el secreto más hondo de su conciencia,—de un solo pensamiento de infidelidad á su amor. Nunca se le habia ocurrido que pudiese llegar á ser la querida del rey rival en su corazon de la doncella cubana, ni que él mismo lo fuese por un solo instante—en el corazon de la marquesa —de la augusta persona de S. M. Luis XV.

Arrostraba los peligros de aquella extraña situacion, sin darse cuenta de ellos, sin sospechar que en un momento dado

podieran arrastrarlo irresistiblemente. Ciego por su modestia, fuerte por la fe en su amor, atrevido por su inocencia, nuestro imprudente jóven corria sin el menor estremecimiento instintivo al borde de un precipicio, en cuyo fondo podia despertar cuando ménos lo esperase.

No sucedia otro tanto á la favorita. Ella leia perfectamente en su corazon; ella media el camino andado ya, y el que faltaba aún para llegar al término, en su concepto inevitable.

El amor, empero, — ese tirano caprichoso que así se complace en derrocar de la cúspide de la virtud como en levantar de los abismos del vicio; — el amor habia rejuvenecido, purificado en cierto modo el alma de aquella mujer, sacrificada por su propia ambicion al libertinaje de un príncipe.

Seducida por fatal ilusion, — que la persuadió, desde su primera entrevista con Huberto, de haber encendido en el pecho de éste el mismo loco fuego que brotó instantáneamente en el suyo, — Juana Antonieta se complacia y se ufanaba prolongando aquella situacion indefinida, que la hacia saborear, — digámoslo así, — las desconocidas dulzuras de un afecto casto, poético, misterioso, realizando de improviso, despues de tantos años de olvido, las vagas aspiraciones de sus esperanzas de vírgen.

Explicándose la reserva, la no iniciativa de Huberto como efecto indudable de un respeto que la enaltecía, de una timidez que la lisonjeaba, sentíase feliz con la privacion misma de una felicidad más amplia; y el adivinarse amada en el secreto de un corazon puro — que la rehabilitaba á sus propios ojos con aquel culto silencioso é ideal — le era incomparablemente más dulce, más halagüeño, que el oír las protestas elocuentes de aquel mismo amor confesado y correspondido abiertamente.

¡Era tan nuevo para la dama del rey el encanto de un sentimiento púdico! ¡Se hallaba tan juvenilmente dichosa cuando sentia latir su corazon al solo poder de un cambio de miradas, de un roce casual de manos, de una identidad de insignificante deseo, de una armonía de simultáneo pensamiento!

¡Cosa notable! la mancillada cortesana era tan espiritual y novelesca como el artista adolescente, en las impresiones de su afecto.

La gran diferencia entre ambos consistía, según ya indicamos, en que el uno hallaba en su corazón, como refugio sagrado en que guarecerse, — cuando llegara á levantarse la tempestad de los sentidos, — además del baluarte de los buenos principios, la fortaleza de otro sentimiento correspondido y hondamente arraigado; mientras la otra, que ya había hollado anteriormente deberes, honor, fama, santidad de vínculos (sin la excusa siquiera de la pasión), sólo podía encontrar en el fondo de su alma — para precipitarla más pronto — el secreto hastío que le causaba ya el dueño sin corazón á quien se había vendido, y en cuya gracia sólo se conservaba á costa de tolerancia — y hasta complicidad infame — con el desenfreno de un libertinaje caprichoso, que exigía continuamente variedad de víctimas.

Aun no era llegado, empero, el día decisivo de la crisis; aún no tocaba á su término la gran prueba, cuya inminencia hubiera presentado cualquiera observador algo atento, y de la cual tenía que salir, sin remedio, herido de muerte el pobre corazón de la favorita, ó profanada para siempre en el de Huberto la imagen virginal de Josefina.

CAPÍTULO VIII.

LA CITA, LA CARTA Y LA POSDATA.

Se habían pasado de aquel modo los calurosos meses del estío, época de baños, de paseos campestres, de comidas familiares en Trianon, de nocturnas citas en los jardines: pasaron lo mismo, sucesivamente, el templado otoño, con sus cabalgatas matinales y sus excursiones en góndolas al pintoresco Choisy — donde, desterrada del todo la etiqueta de Versalles, se entregaba la corte sin rebozo á los placeres

del juego y de las *cenar de confianza*, que nada tenían que envidiar á las célebres de la regencia, — y el frío invierno, en fin, con sus batidas de ciervos y jabalíes, sus noches de espectáculos teatrales, sus grandes saraos en los vastos salones del alcázar, y sus pequeñas reuniones íntimas en diversos y elegantes círculos de la córte.

Huberto, participe de muchas de dichas diversiones (gracias á la proteccion de la marquesa), y objeto de general benevolencia — como del preferente agrado de aquella omnipotente favorita, — habia visto correr tantos meses sin que los acusase de lentos, no obstante su afán por la llegada de Junio. Los habia visto correr en alternativas de aturdimiento y cansancio, de embriaguez y de descontento de sí mismo; pero nada era estable, nada alcanzaba á detenerse en el agradable tumulto de aquella agitada vida.

Miéntas tanto, su favor en las elevadas regiones, y sus simpatías en el mundo aristocrático, parecian crecer y consolidarse.

El rey — á quien hacian gracia sus ingenuidades y pequeñas inconveniencias de palaciego novato — le llamaba muchas veces con motivo del consabido diseño, que nunca se terminaba (1), y solia sacarle los colores al rostro dándole picantes bromas sobre las coqueterías de que era blanco, y su torpeza de bisoño, que las desperdiciaba.

El delfin, por su parte, aunque hacia alarde de apartamiento de la sociedad y de intransigencia con la favorita y sus parciales, habiendo oido una vez á su confesor (al lamentarse de la poca modestia observada generalmente en el templo) hacer honorífica excepcion del nuevo empleado de palacio — que asistia siempre á los divinos oficios con recogimiento edificante, — tuvo curiosidad de conocerlo, y para ello le encomendó la restauracion de cierto viejo cuadro de su particular oratorio. La comision, desempeñada felizmente, dió lugar á algunas entrevistas, en las que el pintor se ganó

(1) *Los baños de Apolo*, uno de los primores de Versalles, fueron hechos, por último, años despues, segun diseño de Huberto Robert, que conservó, hasta los tiempos de la revolucion, su empleo de guarda-cuadros y diseñador de los jardines reales.

por entero la voluntad del príncipe; quien desde entónces, siempre que se le mencionaba, hacia sincero elogio de su talento y carácter, admirando la conducta decorosa que sabía conservar en medio de la loca disipacion que lo envolvía, y aún quizá á veces le arrastraba.

La reina misma y sus augustas hijas se mostraban favorables al jóven; la una porque— en vista del buen concepto que merecía al devoto heredero de la corona,— le consideraba ya (como lo era ella misma) feliz contraste de la sociedad en que vivian; las otras porque tuvo el artista la afortunada audacia de tomar por modelo á la princesa Adelaida,— que hacia gala de intrépida y varonil,— al trazar el bosquejo de una Belona; miéntras regalaba á la princesa Luisa, muy aficionada á bordar, una linda y variada coleccion de dibujos, que hicieron furor entre las bellas.

Acepto, pues, á la familia real; halagado por los adula-dores de su protectora, y hasta mereciendo de los mismos enemigos de ésta aquella benevolencia que no era dable rehusar á una persona amable é inofensiva, no se mezclaba nunca con las intrigas de partido; Huberto, bogaba viento en popa por los revueltos mares de la córte, y aquellos meses — trascurridos tan sin saber cómo,— si le llevaron en sus rápidas alas algunas puras aspiraciones de inocencia y de idealismo, le dejaron, en trueque, embriadoras esperanzas de propicia fortuna.

Sin embargo, cuando asomó al cabo la primavera su faz risueña, ceñida de guirnaldas, anunciando la proximidad de aquel Junio decisivo para su corazon; cuando pudo decirse á sí mismo el siempre tierno amante de la vírgen indiaua: —*Pronto volveré á verla, pronto sus inocentes labios me repetirán que me adora, y aventurarémos de concierto, con iguales temores y ansiedades, la arriesgada pero gran prueba que puede abrirnos de un golpe las puertas de la felicidad*; cuando le fué preciso desquitar el tiempo mal gastado, trabajando con afan en la terminacion de aquella colina, de aquel templete sagrado (talisman acaso de victoria), entónces comenzaron á palidecer y á borrarse todas las impresiones extrañas al supremo interes de su existencia. Entónces fué perdiendo insensiblemente el prisma de la novedad sus prestigiosos colores; y enseñoreado en breve de toda su alma el senti-

miento antiguo, el sentimiento verdad, aún las mismas caricias de la suerte sólo conservaron ya de halagüeño lo que podían tener de influyente en el porvenir de aquél.

Entonces hubo remordimiento de los recientes devaneos del espíritu, de las fugaces ilusiones de la imaginación.... y hasta apuntaron escrúpulos respecto á la perfecta pureza de la amistad sobrado viva que inspiraba la marquesa. Entonces menudearon cavilaciones en la soledad de los bosques, como único descanso de largas horas de retraining y estudio; entonces, por último, asaltaron de súbito á nuestro héroe, aún al lado mismo de su hechicera protectora, momentos de abstracción y melancolía, que le hacían sonrojar cuando eran advertidos.

Por desgracia de Juana Antonieta, todo aquello—en vez de iluminarla respecto á los secretos del corazón de Huberto—se convertía en nuevo fundamento de ilusiones. Ella no veía más que comprimidas exigencias, mudos combates de un amor que la tenía por objeto, y cuya explosión se aproximaba.

Aunque dichosa algún tiempo con sólo creerse amada, le fué insuficiente aquella dicha desde que se persuadió no la gozaba igual el corazón de su amigo, — ya por dudar de la naturaleza del afecto que inspiraba, ya por empezar á ser ménos limitadas las necesidades del que él mismo sentía.

En tal concepto, se iba haciendo ella más expansiva, más tierna, más provocadora, á medida que él mostraba mayor reserva, ménos asiduidad, más ceremonioso respeto; necesitándose toda la modestia que aún conservaba nuestro joven, y las crecientes preocupaciones que le absorbían segun se acercaba el solemne cinco de Junio, para que no viese claramente lo que había en el fondo de aquella amistad con tanta imprevision acariciada.

Una mañana del principio de Mayo, habiéndose levantado más temprano que de costumbre, salió Huberto, con los primeros albos, á pasearse un rato por el parque.

Sin explicarse el por qué, sentíase aquel día extrañamente triste. Solo un mes le faltaba para la grande hora de su vida; solo un mes le separaba ya de Josefina, y acaso de la ventura suspirada de obtenerla de un padre agradecido. Pero quizás por el mismo ardor de aquel deseo sentía agi-

tarse su alma entre acerbas desconfianzas, produciéndole indescribible malestar, mezcla de susto y dolor, cual si le revelára el instinto la amenaza de una gran desgracia, que la conciencia temiese de antemano tener que declarar en cierta manera merecida.

La naturaleza, hermoseada con la juventud del año; la tierra presentando á las caricias primeras del astro fecundador las nupciales galas de su renaciente vegetacion, llena de exuberante savia; el cielo azul, la atmósfera embalsamada, los aires poblados de armonías, los campos matizados, las aguas murmurantes, los mil insectos que germinan, nacen, viven, aman y cantan su amor en cada hoja, en cada yerba, en cada hendidura (santuarios de maravillosos misterios), todo era alegre, todo halagüeño en torno del artista; cuya alma sabía comprender y reflejar tantas bellezas, hechas ex-profeso por el Supremo Artista para el pensamiento inmortal de su privilegiada criatura. Mas el corazón de Huberto seguía, en medio de todo, cubierto por aquel velo oscuro que, interponiéndose entre él y los objetos exteriores, le constituía en soledad melancólica, donde sólo alcanzaba á penetrar — silenciosa y triste como él — la adorada imagen de Josefina.

Contemplábala, pero no podía hablarla: contemplábala con la muda zozobra del que recela ver en un instante anublada la única luz que le alumbraba en un camino sembrado de precipicios; ó como el que acaricia con inquietud pavorosa el objeto querido que se halla amagado por un golpe inevitable.

¿Qué anunciaban aquellos vagos presentimientos, aquellas inexplicables aprehensiones?

Huberto se lo preguntaba á sí mismo, — recostado á la sombra de un sauce, en cuya copa le daban en balde alegre concierto dulces jilgueros y revoltosos pardillos, — cuando de pronto crujió la seda de una larga falda sobre la herbosa alfombra, y oyó pronunciar su nombre con dulce y apasionado acento.

Volvió vivamente la cabeza y se encontraron sus ojos — humedecidos por una lágrima — con los de la marquesa, que también nublaba el llanto.

— ¡Ah! dijo ella con cierto ímpetu, que indicaba resolu-

cion tomada de improviso ante una situacion insostenible. Ya lo estais viendo, Robert; es inútil la resistencia: hui de mí, y — sin buscaros yo — nos encontramos aquí, donde sellan mis lágrimas las huellas de las vuestras. ¿Cómo no comprender lo que decreta el destino?

El jóven, sin acertar á responder á estas palabras, — que apénas se explicaba, y que, sin embargo, le estremecian, — se levantó, asiendo la mano que le tendia su amiga; quien, correspondiendo con ardor á la presion ligera de la suya, añadió vivamente, — miéntras se acercaba la camarera que la acompañaba, y que sólo se detuviera algunos minutos para coger un nido de pájaros en un arbusto cercano.

— Esta noche hay comedia en el coliseo de palacio. El rey, la reina, toda la córte debe asistir á ella; pero á mí me lo impedirá una indisposicion repentina. Sin embargo, como vos tendréis que consultarme perentoriamente sobre el diseño de los baños de Apolo, que quereis presentar mañana á S. M., exigiréis verme un momento, á eso de las nueve, y seréis recibido. ¿Entendeis?

Antes que el sorprendido Huberto pudiese contestar palabra, llegó la camarera, presentando á su señora el robado nido.

Lo favorita cambió de aspecto y de tono con maravillosa transicion, haciendo como que reñia jovialmente al pintor por emplear en románticos paseos horas que debia destinar á la conclusion del diseño esperado con impaciencia por Su Majestad, y exigió una prueba de pronta enmienda, que le ofreció balbuciente nuestro desconcertado protagonista.

Luégo tomó ella el nido, acarició los polluelos, censuró con gracia encantadora la crueldad de los hombres para con los pobres padres de las familias plumíferas, y continuó, por último, su paseo, dejando á Huberto sin saber lo que le pasaba (como suele decirse) y llevándose á la camarera — muy ajena de sospechar que habia precipitado con su presencia una cita misteriosa, dada por la soberbia dama que veia á sus piés cuanto encerraba la Francia de más ilustre, — incluso al soberano absoluto que la regía, — al humilde mancebo, que no alcanzaba otros títulos á la consideracion del mundo que los que pudiera prestarle el ser por ella protegido.

Huberto quedó solo, con su sorpresa, su aturdimiento, sus inexplicables emociones.

Era la vez primera que sospechaba claramente que la marquesa lo amaba : la vez primera que se le presentaba sin disfraz la idea de poder ser él (artista novel y todavía sin gloria) partícipe secreto de la felicidad de su rey.

Acaso juzgó aquella terrible tentacion, aquella seduccion poderosa, cumplimiento de la vaga desgracia presentida, del amago que veia su mente sobre la imágen pura de Josefina.

¡ Oh! sí; la marquesa era harto hermosa, Huberto alimentaba por ella demasiado reconocimiento, demasiada admiracion, demasiado cariño, para que pudiese considerar lo que ocurría como el vulgar comienzo de una aventura galante, que pasa sin dejar rastro de su ligero curso. El peligro sobre el cual le cegára su imprudencia, aparecía, al fin, á sus ojos en toda su gravedad é inminencia. Comprendió bien que si un instante de fascinacion y flaqueza le postraba vencido á los piés de aquella mujer (que ciertamente no comprometería su fortuna y posicion por satisfacer un capricho), aquel instante le haría para siempre esclavo; aquel instante no sería el de una simple infidelidad pasajera, sino el de un crimen irremediable..... sería el sacrificio cruel de Josefina, de su inocente amor, de sus puras esperanzas, en las nefandas aras de criminales vínculos.

¡ Sacrificar á Josefina, renunciar á la celeste ventura, — que acaso estaba tocando, — por la embriaguez de un momento, por el extravío de una flaca naturaleza, que sería castigado justamente con remordimientos eternos, con envilecimiento continuo!..... ¡ Oh, no, nunca!

Á la sola hipótesis de semejante perjurio, de semejante insensatez, de semejante desdicha, Huberto se rebelaba contra sí mismo, contra la marquesa, contra la mísera condicion humana, que, — recordándole ímpiamente su característica fragilidad, — le sometía á la vergüenza de no poder asegurar á su propia conciencia el triunfo del bien que su corazon amaba.

No asistir á la cita, huir de la peligrosa sirena anticipando su partida á Marsella, tal era el partido más seguro para el conturbado mancebo, que tenía el raro acierto de

desconfiar de sí mismo. Pero, ¿cómo cohonestar semejante conducta, — injustificable, ridícula, si el amor que suponía en la marquesa no era más que una quimera forjada por su vanidad, — y bárbara, odiosamente ingrata, si sucumbía realmente el pobre corazón de su protectora á una pasión invencible?

Tan atroz desengaño, explicado era con exceso cruel; dado en silencio, era indignamente humillante.

Y ¿merecía la que jugaba por él su envidiable privanza; la que descendía de su elevación para brindarle el cetro de su alma; merecía aquel pago, que fuera vergonzoso aún para la mujer más ínfima?

Combatido, agitado dolorosamente por tales luchas, andaba Huberto sin rumbo, á pasos precipitados, mientras que el sol — ya en el horizonte — lanzaba sobre su cabeza descubierta dardos de fuego, que quemaban su frente sin que lo advirtiese siquiera.

Vagando de aquel modo, se halló de improviso en la plaza del palacio, y entró en su morada lleno cada vez más de tumulto en sus ideas, de congojas en su corazón, de incertidumbres en su voluntad fatigada.

El problema era verdaderamente irresoluble.

Por todas las ventajas y consideraciones del mundo no quería Huberto sacrificar, perjuró, á la doncella á quien amaba con todo el poder de su joven y ardiente corazón; pero tampoco se podía resolver (ni aún en pro de su mismo único amor) á sacrificar ingrato á la marquesa; que ejercía sobre él los derechos que la daban el reconocimiento justo del protegido, la admiración entusiasta del artista, y hasta la deferencia y fascinación naturales en el joven inexperto, á presencia de la gran señora, de la mujer de mundo, que sabe dominarlo y dirigirlo con la suave autoridad de una mirada, con el irresistible encanto de una sonrisa.

No calculamos cuánto tiempo hubiera continuado Huberto recorriendo distraidamente á grandes pasos su salita de estudio — según antes recorriera los campos — á no habersele acercado su sirviente, presentándole dos cartas venidas por el correo.

El sobre de la una era de letra de su madre, y por primera vez de su vida no la besó el joven afectuosamente. En la

otra cubierta se veian rasgos que le recordaron al instante otros que no debia olvidar nunca; aunque sólo en un dia, señalado para su familia, habian podido contemplarlos sus ojos.

Abrió aquella segunda carta y halló realizada su esperanza. La mano de su primer bienhechor habia trazado las líneas que, como providencialmente, llegaban á las suyas en aquellos momentos de decisiva crisis.

Hé aquí su contenido :

« Tal vez esteis enfadado conmigo; tal vez os reconozca yo algun motivo para ello, pues he sido, en apariencia al ménos, cruel con vuestro corazon y áun con el mio. Excusadme, sin embargo, mi jóven amigo; porque los viejos adolecemos de rarezas y manías invencibles, y ellas únicamente me explican á mí mismo por qué han sido casi iguales la satisfaccion que tuve en conoceros el penúltimo cinco de Junio, y el disgusto que sentí al verme reconocido por vos, en medio del populacho, la noche del aniversario de aquel grato suceso.

» Deseando reparar aquella falta (si tal la creéis), voy á daros hoy nueva prueba del vivo interes que siempre me inspirais, y del cuidado con que invisiblemente sigo vuestros pasos.

» Sé que os hallais en Versalles; que obteneis favor; que no me necesitais ya, como no sea para ofreceros algunos leales consejos, que me parece no os dará nadie ahí. Dejad, pues, que llene ese vacío — único de vuestra actual existencia — proporcionándome el gusto de seros todavía útil en lo poco que puedo.

» ¿Habeis meditado los riesgos que encierra para vos el brillante cambio de vuestra suerte? ¿Estudiais, conoceis el terreno que pisais?..... ¿No percibis aún que en esa atmósfera perfumada circulan miasmas contagiosos, á los que teneis que oponer preservativos incesantes?

» Sois jóven, poseeis un alma vivamente impresionable; cuidado, pues, ¡pobre niño! No os dejéis fascinar por resplandores falsos; no agrandeis y embellezcáis ídolos de barro que vuestra imaginacion poetice; no permitais que vuestro juicio, ofuscado, transija nunca con el mal, cualquiera que sea el disfraz que tome para seduciros, y salvad de ese

modo á todo trance vuestro corazon y vuestro genio, que acaso empiezan ya á corromperse, sin advertirlo vos, al contacto impuro de mentidos deberes, mentidas glorias, mentidas felicidades.

» Sed hombre, mi jóven amigo; sed fuerte, á pesar de los pocos años que contaís.

» Para preservar vuestra razon de extravíos, que la forjarían supuestas obligaciones, tened presente en toda circunstancia que donde falta la virtud, nada puede haber grande, bello, digno de respeto; que el que ama verdaderamente esa grandeza, esa hermosura, esa dignidad superior, es siempre incapaz de posponerla á ningun sentimiento que la contradiga. Pensad en vuestra familia; ved cuán respetable se os presenta en su indignencia, en su desgracia; porque la virtud es la única riqueza que no pueden quitarnos los caprichos de la fortuna; la única dignidad que se reconoce y acata en cualquier punto de las escalas sociales.

» Para no prostituir vuestro talento vendiéndolo al favor, que crea reputacion de un dia, recordad sin cesar las altas aspiraciones del barquero de Marsella; traed á la memoria lo noble, lo envidiable que era en aquella época á vuestros ojos la legítima gloria del artista, comprada con los dignos desvelos del estudio, con los santos sudores del trabajo.

» Para no marchitar y envilecer quizá vuestro corazon, volved tambien las miradas hácia las tímidas esperanzas, hácia los inocentes votos de vuestro primer cariño. Debeis ser fiel á toda costa á ese amor, que enaltece y fortifica, porque tiene por origen puras necesidades del alma, y por término grandes satisfacciones del deber. Nunca os expongais, por orgullo fundado en vuestra fuerza, ó por condescendencia nacida de vuestra debilidad, á haceros vil esclavo de los sentidos ó miserable juguete de pasiones ilícitas. Sabed, Huberto, que sólo el primer paso es difícil en tal senda..... que la pendiente es rápida y la cima profunda. Respetad en vuestra persona al futuro esposo de la mujer querida; y avergonzaos á la sola idea de poder ofrecerla en las aras,— en cambio de su virginal corazon y su inmaculada vida,— un pecho profanado por indignos fuegos, y restos de una existencia dispendiada en el vicio.

»El hombre que tal hace no merece encontrar la fidelidad que santifica el tálamo y honra le descendencia.

»Pesad, os ruego, estos paternales consejos, y contestadme dos líneas por el correo (dirigidas á C. de S., en París), si quereis darme el gusto de saber que no os ha sido desagradable la sincera voz de vuestro amigo,—*El viejo del cinco de Junio.*»

Huberto leyó dos veces este escrito con recogimiento y emocion; luégo, inclinando sobre él su atormentada cabeza, se quedó largo rato profundamente pensativo.

Al levantarla, saliendo de aquella muda meditacion, su rostro apareció ménos contraído, su frente más despejada, sus ojos más serenos.

Como en otra ocasion solemne, echábase de ver, al mirarlo, que la mala tentacion habia quedado vencida.

Besó entónces la carta del anciano, apretóla contra su pecho, con aire de quien estaba seguro de cumplir á toda costa cuanto ella le prescribia, y sólo despues fué que se permitió tomar y abrir la otra carta, que permanecia sobre la mesa.

Estaba llena, como todas las de igual procedencia, de aquellas mil deliciosas y tiernas pequeñeces que constituyen comunmente las correspondencias de familia, y Huberto — que la recorrió hasta la firma,— iba ya á doblarla, dándola por concluida, cuando notó al extremo de la postrera página menudas líneas de una posdata breve.

Leyóla....., y quedó anonadado como si le hiriese un rayo.

¡Aquellas pocas palabras castigaban rigurosamente todas sus pasadas imprudencias, todas sus recientes vacilaciones!

¡Aquellas pocas palabras eran un fallo de la fatalidad, que destruia de un solo golpe la poderosa fuerza del pasado, los gloriosos triunfos del presente, las recompensas santas del porvenir!

Aquellas palabras decian :

«Tu hermana menor está de enhorabuena. La señora »d'Héricourt—cumpliendo la promesa que entre burlas y vé- »rras le hizo un dia,—acaba de comprarle á subido precio su »coleccion de exquisitos bordados, para regalo de la señorita »Josefina Caillard, que se casa el mes próximo con el caba- »llero de S....., pariente de aquella dama.»

Así, en el momento precisamente en que Huberto se levantaba triunfante de la más fuerte, de la más decisiva de las pruebas á que plugo al cielo someter la pureza de su virtud y la constancia de su amor, la súbita veleidad de Josefina (realizando por completo sus presentimientos misteriosos) venía á arrancarle del pecho la imagen que era su luz, su paladion sagrado....., arrojándole sangriento, vendido, desesperado y sin defensa, al capricho del destino — que parecia haber resuelto la perdicion de tan hermosa alma.

El mal vencía.....

¡ Sólo un acto imprevisto de la Providencia podia ya salvar al pobre jóven del abismo abierto debajo de sus plantas!

FIN DE LA SEGUNDA PARTE.

TERCERA PARTE.

CAPÍTULO PRIMERO.

UN PASO ATRAS.

Para que el lector no condene con sobrado rigor á la hermosa hija de nuestra amada Cuba, preciso nos será obligarle ahora á que retroceda un momento hasta el segundo cinco de Junio, en que tuvimos el gusto de hacerle presenciar la dulce entrevista de los dos jóvenes enamorados, y el incidente inesperado que vino á interrumpirla.

Huberto seguía presuroso á su desconocido bienhechor,—segun recordarán cuantos hayan dispensado algun interes á los capítulos precedentes,—miéntras Josefina, que veía ya desierta otra vez la calle, le llamaba ansiosa con la consabida tosecilla.

Cansada al cabo de aquel reclamo inútil, y llena de cuidado por tan extraña prolongacion de la ausencia de su amigo, resolvió atrevida que Niná saliese en su busca; pues quizá le habria sobrevenido algun incidente desgraciado.

La mulata no se hizo de rogar—porque tambien ella comenzaba á inquietarse—y pronto la vió su ama del otro lado de la verja, arrastrando con afan su grave corpulencia, aumentada escandalosamente en aquel último año.

Todo fué infructuoso: Huberto no parecia, ni vivo ni muerto, por la calle.

Ya iba Niná á abandonarla, cuando de pronto vió blanquear un papel casi en el sitio mismo que ocupáran ántes las

plantas del mancebo. Se acercó al punto, imaginando que podía ser algun billete conteniendo la explicacion de un desaparecimiento tan raro; y apenas posesionada de tal prenda, se la traspasó á la doncella por entre los hierros del enverjado, comunicándola su esperanza.

Josefina no aguardó, por cierto, á que volviese á entrar la pobre obesa con toda la forzosa majestad de su pesado paso. Echó á correr inmediatamente, ligera como un gamo, en direccion de su cuarto; á reserva, por supuesto, de tornar al jardin si la encontrada carta no esclarecía sus dudas, ó no aplazaba para más tarde la continuacion de la truncada plática.

Fatalmente el efecto inevitable de aquel escrito tenía que ser para ella lo que fué despues para su amante el producido por la posdata que ya conoce el lector.

Huberto, al abrir su cartera para apuntar los detalles del célebre templete de la colina, recogidos de labios de su amada, habia dejado caer, sin advertirlo, la carta de su maestro recibida aquella tarde..... la carta que pueden repasar por segunda vez nuestros lectores —en el capítulo cuarto de la parte anterior de esta verídica historia,—si quieren comprender con exactitud la impresion que causó en la celosa y vehemente criolla, ignorante de cuantas circunstancias podian conducirla á una interpretacion ménos amarga.

¡Huberto habia abandonado á Marsella, moraba en París, sin decirle nunca la más mínima palabra que siquiera lo indicase!..... ¡Huberto recibia cartas, citas, regalos de una dama, que le brindaba, al parecer, brillante porvenir; ante el cual sus compromisos primeros, sus sentimientos por Josefina,—pagados con ciega adoracion,—eran reputados amercillos insignificantes de niños!..... Huberto, el barquero de Marsella, el que alegaba su pobreza aquella noche misma como imposibilidad dolorosa de presentarse en los parajes públicos (á que ella asistia sólo por proporcionarle un encuentro feliz); Huberto llevaba encima magnífico reloj de brillantes, recuerdo de la mujer á cuyo lado se olvidaba del curso de las horas!..... ¡Huberto, en fin, era llamado, esperado en París para poner el sello á su envidiable suerte, para darle un día grande, señalado en términos precisos por la desconocida y triunfadora rival, que —aunque velada por

sombras de misterio — se presentaba, sin poder dejar duda sobre la verdad de su existencia, á los penetrantes ojos de los celos !....

Huberto era, pues, un embustero, un falso, un infiel, un monstruo de perfidia, de ingratitud y de dolo.

Patente esto para la doncella, áun le asaltaba otra idea no ménos irritante y desgarradora.

¿Debia á la casualidad el hallazgo del papel acusador, ó bien se le habia dejado intencionalmente para ahorrarse la pena de dar cara á cara un desengaño directo?

Respondiendo á esta cuestion, acudian en tropel á la agitada mente de la jóven recuerdos numerosos de circunstancias recientes.

La tardanza de su amante en acudir á aquella entrevista anual; la turbacion con que se disculpára; el desconcierto en que lo pusieron sus amorosas reconvenciones y tiernas exigencias; la prisa con que se separó de la verja, —aprovechando el pretexto de acercarse un transeunte, — como quien se escapa del duro compromiso de entrar en explicaciones ya inevitables, pero harto embarazosas para ser afrontadas francamente; el no haber vuelto, ni áun para cubrir las apariencias; apareciendo allí, en vez de él, la carta del amigo y confidente que tantas cosas revelaba..... todo parecia corroborar, no sólo la mudanza del mancebo, sino tambien la sospecha de haberse valido de ruin artificio para provocar á Josefina á un rompimiento anhelado.

Pero, ¿por qué mentirle todavia en aquellos momentos? ¿Por qué las largas y ardientes miradas, las arrobadoras caricias, los sueños deliciosos de esperanza, referidos con dulces inflexiones de voz, que áun le parecia á ella que resonaban blandamente en sus halagados oidos?

¡Oh! aquello era para Josefina un misterio odioso de barbarie, que la traia á la memoria la feroz habilidad de la traidora raza felina, jugueteando con la víctima ántes de despedazarla.

Cuando Niná entró en el cuarto de la pobre niña, —despues de buscarla en balde por el jardin, —quedó espantada de su aspecto.

De pié todavia, y apoyándose en el velador sobre el que ardia la lámpara á cuya luz leyera la que juzgaba sentencia

irrevocable de abandono; pálido y demudado el rostro; la mirada fija en el fatal papel, que estrujaba convulsivamente su mano crispada; el pecho opreso, la respiracion ahogada, temblándole todo el cuerpo como con el frio que antecede á la fiebre, se hallaba próxima en apariencia á uno de aquellos paratismos nerviosos en que ya la vimos caer á la lectura de otra carta, mucho ménos cruel que la presente.

— ¡Jesus divino! exclamó la mulata; ¿qué es eso? ¿qué os ha pasado, hija mia?

— ¡Míralo! contestó la jóven, tirándola el papel y arrancando de su corazon una carcajada histérica y estridente. ¡Todo está ahí explicado! nada hay ya que temer ni que esperar.

— ¡Niña de mi alma! ¡ah! ¡por Dios! decidme lo que contiene esta carta; bien sabeis que leo muy mal, y ahora — al veros así — me sería imposible comprender ni una sílaba.

— Contiene..... contiene la verdad..... : que no me ama; que ama á otra; que se vuelve á París, de donde vino, y adonde le espera un destino brillante.

— ¡Virgen santa! ¿habeis perdido el juicio, Josefina?

— Al contrario, lo recobro....., ya lo ves..... Él me lo devuelve de repente. Él ha sabido arrebatarme de un golpe todas las ilusiones. ¡Bien! ¡bien! ¡sea! Es cosa acabada.

Niná desplegó la carta, y miéntras se afanaba por entenderla, Josefina se encaminó, — con paso trémulo, pero ademan resuelto, — al precioso escritorio en que guardaba las dos únicas que tenía de su amante. Sacólas vivamente de un escondite, que sólo era conocido de ella, las rasgó con furia hasta reducir las á fragmentos casi impalpables, y — como si no hubiera conservado alguna fuerza sino para cumplir aquel acto de venganza — se postró en seguida á su dolor, pasando el resto de la noche entre gemidos, convulsiones y lágrimas.

En más de tres meses no salió apénas de su cuarto. Hábala atacado una ictericia, que — aún despues de curada — la dejó por vestigios profunda aversion á la sociedad y apatía insuperable, que repugnaba todo movimiento.

Niná, en tanto, no resignándose todavía á creer indudable la indigna inconstancia que tan desgraciada hacia á su

niña, y habiendo llegado á entender que la señora d'Héricourt,—que era la amiga respetable con quien ántes solía concurrir Josefina á teatros y á paseos,—estaba relacionada con cierta familia Robert, tuvo suficiente maña para averiguar disimuladamente si tenía dicha familia algun parentesco con el gallardo barquero, que tanto llamaba ántes la atención de los paseantes del muelle, y que habia desaparecido desde el año anterior, lo mismo que su blanca barquilla.

Luégo que supo que eran nada ménos que los padres y las hermanas de su conocido Huberto las personas cuyo apellido motivára sus indagaciones, quiso á todo trance llegar al verdadero término de ellas, y —con pretexto de encargar algunos bordados— se introdujo en el almacén de las dos jóvenes, y hasta logró trabar conversacion con ellas.

De ese modo pudo adquirir, en efecto, noticias positivas, pero por desgracia muy distintas de las que se habia prometido, y áun presagiado á su ama.

Las señoritas Robert no hicieron misterio de que su hermano se habia ido á París el año anterior; que no habia vuelto sino por dos días á cumplir una promesa empeñada; que gozaba al presente honroso empleo en palacio; escapándose, además, de la femenil vanidad, el añadir con inocente jactancia que cierta dama bella é ilustre era muy amiga del jóven; cuya alegre vida en Versalles no olvidaron tampoco ponderar, gozándose en los placeres del que amaban.

Aquél fué para Niná contundente golpe, al que sucumbieron, por fin, sus tenaces esperanzas de poder restituir la pérdida calma á su desconsolada señorita; á quien —por el contrario— se vió en la necesidad de enconar ella misma la profunda herida, confesándole la triste adquisicion de una certeza que ponía el sello á sus dolorosas convicciones.

Sin embargo, aquello tuvo en algun modo favorables resultados. Josefina era activa, y comenzó á sentirse humillada á sus propios ojos por los largos pesares que consagraba á la pérdida de un amante indudablemente indigno, en su concepto. Quiso á todo trance sobreponerse á la situacion lastimosa de mujer sacrificada, y emprendió lucha heroica contra el abatimiento que la postraba.

Ocupóse de nuevo del cuidado de su persona; volvió á adornarse con la elegante sencillez que le era natural; á ha-

cer y recibir visitas; á amenizar con su presencia la pequeña tertulia diaria de la señora d'Héricourt, á quien tambien acompañó algunas veces á más numerosas reuniones.

No se llenaba, es verdad, con todo eso la soledad de su alma, ni se desvanecía la tristeza de su corazón; pero arrancaba su mente, por lo ménos, del pasto habitual de acibarados recuerdos; y el movimiento, las distracciones, el cambio de objetos, los halagos de la amistad, suavizando la aspereza de las primeras impresiones, permitieron á su salud mejoría considerable.

Los delicados colores—ausentes largo tiempo de sus mejillas—no tardaron mucho en reaparecer frescos y hermosos; la sonrisa fugitiva de sus labios, vagó—como de antiguo—entre ellos, con un acrecentamiento de gracia que le prestaba la melancolía. El torneado cuerpo, enflaquecido en extremo, recobró un tanto las perdidas carnes, conservando sólo cierta lánguida esbeltez, nuevo encanto en tan preciosa criatura.

Mr. Caillard, que—no obstante sus constantes preocupaciones de monomanía—pudo observar, inquieto, el anterior desmejoramiento de su hija, se felicitó entónces de aquella mudanza próspera; agradeciendo vivamente á madama d'Héricourt el que distrajese y espaciase el ánimo de la pobre jóven, á quien constituía en monacal encierro el hipocondríaco humor de aquel amante pero taciturno padre.

CAPÍTULO II.

PRELIMINARES DEL CASAMIENTO DE JOSEFINA.

La digna señora tantas veces mencionada ya en esta historia, y cuyo afecto se habia ganado Josefina con las mil cualidades que la adornaban, tenía—segun incidentalmente hemos apuntado ántes—un pariente célibe, á quien designamos con el nombre de caballero de S.....

Era un hombre que frisaba en los treinta y ocho años, de buen parecer, irreprochable educacion, cultivado talento y aristocráticas costumbres. Habia derrochado su fortuna en las disipaciones de una primera juventud desordenada, no por exigencias de temperamento ó extravío de fogosas pasiones,—pues su naturaleza y su alma nada tenian de ardientes,—sino por flaquezas de vanidad, por seguir la moda de los nobles de la época, por falta de valor para confesarse persona razonable y fria.

Aquel valor se lo trajeron, al cabo, la madurez de la edad y el aburrimiento de placeres ficticios. El caballero de S....., en el tiempo en que lo conoció la señorita Caillard, no procuraba disimular siquiera que pertenecia al gremio de los calaveras *pretéritos*, llamados sinceramente á buen vivir, y para quienes el reposo del ánimo constituye ya la única felicidad posible.

Sus respetables deudos, contentos de aquella conversion,—que no era, sin embargo, muy meritoria,—y anhelando consolidarla—á la vez que proporcionar al caballero medios de reparar su fortuna con lo que se llama en el mundo *un buen partido*,—pusieron los ojos sucesivamente en várias herederas de las mejores familias del país; pero el interesado tomó el asunto con tal tibieza é indolencia, que nunca pudieron cuajar dichos proyectos matrimoniales, quedando burlados los deseos más vivos de la señora d'Héricourt.

Luégo que se intimaron las relaciones entre esta noble dama y la doncella cubana; luégo que el frecuente trato dió á conocer á la primera todas las preciosas dotes que la segunda atesoraba, renovósele naturalmente la tan acariciada idea del casamiento de su sobrino; pues, si bien la señorita Caillard no era vástago de esclarecido tronco, su hermosura, sus virtudes y su riqueza, atenuaban mucho la importancia de aquella falta.

Ademas, mediaba una circunstancia harto favorable á Josefina, pues permitia prometerse—siendo ella la nueva novia propuesta al recalcitrante solteron—éxito más lisonjero que el obtenido hasta entónces: era la de que mostraba por la modesta jóven cierta simpatía, que, sin poder calificarse de amor, merecia el nombre de visible preferencia.

En efecto, el despejado y natural ingenio de aquella niña,

su ingenua sencillez, su donaire inocente, que áun tenía algo del hechizo de la infancia, la pureza y ternura de su corazón, reflejadas en el casto brillo de unos ojos magníficos,— sin rivales tal vez en toda Francia,— y más que nada, el reconocimiento en que había vivido (garantía de no tener que luchar, el que fuese su marido, con hábitos peligrosos y locas exigencias), todos eran atractivos y recomendaciones para un hombre necesitado ya de estímulos no vulgares, y que sólo buscaba, por otra parte, en lo futuro, la paz necesaria á una existencia fatigada.

Tampoco debía pesar mucho en el ánimo del caballero la diferencia de alcurnia que podría reprocharse á aquel enlace. Pasó sus primeros años cerca de un hombre superior, del que aprendió temprano á no esclavizarse á preocupaciones, y luégo, — cuando su propio juicio adquirió madurez, — se afilió resueltamente á la nueva escuela filosófica, que comenzaba á minar por sus bases hasta las más venerandas leyes del viejo código social.

Mad. d'Héricourt pudo esperar, pues, con bastante fundamento, que aquella vez se realizaria su esperanza, y dió principio llena de bríos á sus hábiles operaciones de estrategia matrimonial, que interrumpieron á lo mejor la enfermedad y el largo retraimiento de nuestra heroína.

Nunca como entónces se echó de ver lo que ella era para la distinguida familia que pretendia enlazársela. Durante aquel eclipse de su amable presencia, el caballero se aburría de muerte; la señora d'Héricourt se encontraba mal en todas partes, y acusaba de insoportablemente soporífero á su círculo habitual, que — reduciéndose de dia en dia, — mostró tambien que echaba de ménos el primer encanto que lo había atraído.

Tan pronto como la bella ausente tornó á aparecer entre aquella gente fastidiada, renacieron la animacion y la alegría— que ella derramaba en torno suyo, aunque no las llevara en su propia alma. Todos se hicieron un deber y una felicidad, de mimarla y divertirla; mayormente la ama de la casa, que, independiente del verdadero cariño que la tenía, se regocijaba al recobrar ocasiones para proseguir trabajando en la realizacion de sus planes.

Josefina no sospechaba siquiera la existencia de éstos.

Harto preocupada ella misma—primero con sus secretos amores y despues con sus recientes desengaños—nada percibia de las maniobras de su amiga, ni fijaba bastante atencion en el caballero, para observar sus predilecciones crecientes.

Al llegar el primer dia del nuevo año, fué convidada á una comida campestre familiar, á la que asistió—prévio el paternal permiso—y Mad. d'Héricourt se aprovechó de aquella coyuntura, para hacerla entender más claro lo agradable que sería para ella poder contar entre los miembros de la noble familia,—reunida allí en su mayoría,—á la linda amiga que era con tanto amor acogida en su seno.

En la sorpresa y el embarazo que causó á la jóven tan inesperada insinuacion, no acertó á contestar sino truncadas frases de cortesía: la matrona las tomó por un consentimiento tímido, que por entónces debia bastar al caballero.

En consecuencia, algunas semanas despues, obtuvo de él la formal promesa de pedir solemnemente al ex-mercader de las Antillas españolas la mano de su hija única, tan luégo como recibiese la aprobacion del ilustre deudo ausente que habia sido su tutor, y era siempre su primer amigo, y áun pudiéramos decir su padre por el cariño.

Miéntras tanto no perdió el tiempo la señora. Atacó en regla y decisivamente á su amiga, sin dejarla momento de calma para darse cuenta de lo que estaba pasando.

En vano alegó ella su extrema juventud, su inexperiencia, el deseo de permanecer junto á un padre desgraciado, y hasta la imposibilidad en que se sentia de poder ofrecer al caballero un amor digno del suyo,—segun lo pintaba su intérprete.

Mad. d'Héricourt probó con elocuencia irrefragable que los pocos años eran gran ventaja para habituarse con facilidad á nuevas obligaciones; que la inexperiencia no ofrecia peligros, teniéndose por director un marido prudente, y por consejera una amiga leal; que, resuelto el caballero á establecerse definitivamente en Marsella, no sólo no se alejaria Josefina de su padre al casarse con aquél, sino que tendria seguridad de no verse en riesgo de abandonarlo nunca..... últimamente, que no acompañaba por lo comun la felicidad á aquellos enlaces fundados sobre la pasion; miéntras que á una mujer virtuosa le bastaba estimar de véras al hombre

que escogía; pues era fruto de la comunidad de intereses, de la costumbre de vida íntima, y de los buenos procederes del esposo, el cariño profundo que siempre acababa por unir estrechamente las almas de dos consortes dignos.

Perseguida de este modo la pobre niña hasta su último atrincheramiento, tuvo que acogerse á una exageracion de respeto filial, manifestando que no podia ni creia deber atreverse á contraer por sí sola el menor empeño en tan delicado asunto; que el novio presentado por su padre tendria únicamente derecho á su aprobacion, y que (añadió en justa galantería para con su amiga), si dicho elegido fuese un miembro de la noble familia d'Héricourt, la obediencia le sería tanto más grata, cuanto que en tal caso le proporcionaba mayor honra.

No exigió más la respetable plenipotenciaria de himeneo, — que no concebía posibilidad de duda respecto á las disposiciones de Mr. Caillard, para quien tan gloriosa alianza debía ser el colmo de la ventura. — Dejó, por tanto, al cuidado del pretendiente el agradecer á la jóven las dulces esperanzas que le daba con su contestacion modesta, y arregló lo demas—tan conforme se lo prometiera—que al cabo de algunos dias el caballero de S..... fué positivamente presentado por Mr. Caillard á su hija como aspirante á su mano, y acreedor en todos conceptos á la recomendacion paterna que desde luégo le acompañaba.

El buen hombre no habia sido indiferente, en efecto, á la honra de enlazar su heredera con una familia ilustre; pero lo que más contribuyó á que acogiese con gusto la demanda del caballero, — hábilmente preparada por su tia, — fué el haberla creído del gusto de la jóven, y ver en ello una prueba decisiva de hallarse olvidado completamente el atrevido barquero, que tan malos ratos le hizo pasar.

Josefina, por su parte, se halló cogida en sus propias redes, teniendo que ser tan dócil como se habia pintado.

La boda quedó, pues, convenida solemnemente, y fijada su celebracion para el mes de Junio, época en que debía hallarse en Marsella el esclarecido pariente tan venerado por el caballero, y á quien se destinaba la satisfaccion de servirle de padrino en la nupcial ceremonia.

Sucedió, empero, que Josefina, — inmediatamente despues

de haberse formado aquellos compromisos, gratos para todos, —comenzó á recaer poco á poco en su honda tristeza y misantrópico humor.

Quizá el vago deseo de mostrar á su infiel que no continuaba abatida bajo el golpe indigno que le descargára su mano, entró por mucho en su avenencia al casamiento concertado; pero por uno de esos misterios del alma, que reconocemos sin profundizarlos, apénas hubo satisfecho el voto de su orgullo, sujetando el corazón al yugo de la voluntad, comenzó á arrepentirse de aquella misma victoria, y á permitir al vencido, — como por vía de resarcimiento, — el volver á los desvaríos de sus tiernas memorias y á las amarguras de sus amorosos dolores.

La coincidencia de ser el señalado para su boda aquel mismo mes de Junio, tan deseado ántes, tan querido de ella, la preocupaba sin cesar de una manera indecible. Parecíale profanación impía de lo pasado, el vínculo frio que iba á imponerse en el memorable aniversario de tantas ardientes esperanzas.

Concurría, además, otra circunstancia, que aunque acaso parezca insignificante, no lo era para Josefina.

Niná, la humilde liberta, que tenía para ella corazón de madre; Niná, á quien amaba con la ternura de hija; Niná, su compañera casi inseparable, no miraba con buenos ojos al novio aristocrático. Cometiendo la imprudencia de compararlo algunas veces con el pobre barquero, — tan apasionado y tan simpático, — ponía de relieve á los ojos de su ama la sequedad de alma del caballero, mal encubierta bajo su exquisita galantería, y el no sé qué de repulsivo que se trasparentaba en aquel aspecto distinguido, pero tan frio y tan amanerado.

Ese hombre, — decia, — es de seguro un egoísta, incapaz de hacer dichosa á mi sensible niña.

Tales observaciones impresionaban á Josefina, por más que procurase aparentar lo contrario, y — como si todo ello aún no bastase para colmar la medida de su disgusto, é inspirarle creciente desvío respecto al casamiento concertado, — ocurrió otra nueva y singular coincidencia, que no nos es posible pasar por alto.

El mismo día, quizá á la misma hora en que leía Huber-

to la fatal posdata que conocemos, Niná, — removiendo la tierra del ángulo izquierdo del jardín, al pié del bello rosal de Alejandría favorito de su ama, — se encontró bajo la con-sabida piedra, y en tan mal estado como los lectores se figu-rarán desde luego, la carta depositada allí hacia once meses.

Por supuesto, tal cual estaba, pasó inmediatamente á ma-nos de Josefina, y tal cual estaba fué examinada con tan es-crupuloso cuidado, que se consiguió entender algunas frases sueltas, casi borradas por la humedad, que había destruido gran parte del papel.

Hé aquí aquellas descifradas palabras, que, sin expresar nada, dijeron sobrado á la infeliz doncella:

— Conocí en aquel transeunte á..... por esa causa tardé en....., la explicacion que os debo del inocente disimulo que he observa..... Fuí á París para..... la señora marquesa de Pompa..... esperar de su proteccion generosa..... el rey..... y acaso el cinco de Junio venidero..... mi corazon, que os adora..... Fe y esperanza, amor mio.

Josefina creyó morir cien veces leyendo y releendo tales cláusulas. Ellas la revelaban que habia existido una explica-cion dada por Huberto sobre su *inocente disimulo*..... Ellas mencionaban al rey, y la generosa proteccion de una mar-quesa, que, segun las sílabas primeras de su nombre, debia ser la célebre Pompadour, de quien tenía vagas noticias nuestra inocente niña.

Sí, habia oido hablar de aquella influyentísima señora, que, aunque modesta esposa de un simple arrendatario gene-ral, ocupaba en la córté el primer puesto. Pero, — por más que pueda parecer increíble, — es lo cierto que en su casta ignorancia, léjos de comprender Josefina la verdadera po-sicion de la favorita, juzgaba cándidamente que la amiga tan considerada por el augusto monarca, la dama de honor de su real consorte, sería sin duda dignísima matrona, cuyas cualidades extraordinarias la conquistaban justamente el alto favor de que gozaba.

En consecuencia, á la idea de que la *ella*, á quien tanto se aludia en el escrito origen de sus celos, era nada ménos que aquella tan poderosa, y en su concepto respetable da-ma, parecióle muy natural é inocente cuanto ántes inter-pretára en sentido siniestro.

Cada sílaba, digámoslo así, del resto de la carta, tardamente encontrada, fué puesta en cotejo y consonancia con las que en su memoria conservaba la jóven de la otra carta funesta; sucediendo que al cabo de mil vueltas y combinaciones, mil hipótesis y descubrimientos, resultó clara como la luz la justificación de Huberto, — segun el fallo del corazón de su amante, corroborado por Niná, — y consiguientemente culpable de ligereza, de injusticia y de infidelidad la que, no oyendo más que la engañosa voz de sus celos, lo habia sacrificado sin misericordia.

Fácil es comprender, dicho esto, lo que debió ser para la niña aquel día, tan terrible tambien para su amado.

¡Ah! si hubiese podido contemplarla éste, deshecha en lágrimas; besando y oprimiendo contra su pecho los restos de la carta; si hubiese oido los dicterios que se prodigaba, humillándose contrita á los sagrados piés de su querida Virgen de la Esperanza, pidiéndole la muerte ántes que llegase á consumir su infidelidad y su desgracia..... el mismo Huberto, de seguro, hubiera tenido que confesarse ménos digno de compasion que aquella á quien en tales momentos acusaba.

Pero no habia remedio : de nada servian tanto arrepentimiento, tantas preces entre dolor y llanto.

¡Era tarde! aunque la propia dignidad no advirtiese á la jóven que le estaba vedado el menor pensamiento de indecoroso retroceso, sabía que Mr. Caillard, — incapaz de haberla violentado á que aceptase esposo, — no permitiria tampoco, bajo ningun pretexto, que fuese hollada por ella la inviolabilidad de su palabra empeñada.

Así, pues, Huberto y Josefina estaban separados para siempre.

¡El destino inmolaba al mismo tiempo, y con un solo golpe, los dos puros y enamorados corazones de aquellos pobres niños!

CAPÍTULO III.

EL REGALO DE BODA DE HUBERTO Á JOSEFINA.

Huberto, anonadado al pronto bajo el rudo golpe de la posdata, salió de su aniquilamiento á impulsos de cierta fiebre, que, exaltando prodigiosamente su cerebro, pareció reanimarle el corazón.

— ¡Ella me abandona! ¡Ella me vende! — Exclamó, levantándose con el rostro encendido y los ojos centelleantes. — ¡Bien! ¡terminó toda lucha! ¡cúmplase la suerte! Pero aquel templete y aquella colina irán á ser testigos mudos de la traicion infame. Irán — como vengadores espectros de lo pasado — á lanzar en su porvenir la memoria del amante sacrificado, del amante que ha hecho revivir con el calor fecundo de su alma esas santas imágenes de la felicidad, para recoger en pago el frío del desengaño, la esterilidad del aislamiento. ¡Sí, sí! — añadió, llegándose arrebatadamente al caballete, y descorriendo la tela que cubria una pintura. — ¡Hé aquí todo el fruto de tantos desvelos, de tantas ansias, de tantos estudios!..... Será el regalo de boda de la señorita Caillard con el caballero de S..... ¡Oh! ¡magnífico! Así solemnizaremos el tercer cinco de Junio..... ¡Ese gran día de mi existencia, que ella escoge, probablemente, para su feliz boda! Yo la llevaré mi ofrenda..... yo mismo. ¿No me ordenó acudir cada año á su cita, mientras la amase, mientras no perteneciese á otra?

¡Pues bien! cumpliré su mandato. Iré, todavía fiel, todavía vencedor de todas las tentaciones, para ofrecerle mi regalo de boda..... á ella, que me rechaza por correr á otros brazos..... á ella, que se hace cómplice del infierno para arrojarme á la perdición!.....

Pronunciando estas palabras con sardónica risa, se lanzó frenético á la paleta, la cogió con una especie de rabia, tomó también el pincel, y con inspiración extrañamente sublime, — que irradió en su mirada, prestándole indescribible

belleza, — comenzó á trabajar, rápida la mano, firme el pulso, palpitante el pecho.

¡Cosa admirable! la fiebre del dolor y del genio daba al artista milagrosa intuición de lo desconocido.

El lienzo se animaba, como por magia, á cada toque valiente de su abrasada diestra. Aquel cielo, que hasta entonces sólo presentára colores, se fué diafanizando, esclareciendo, cobrando movilidad, por decirlo así.

Las ligeras nubecillas, — que nunca osan velar la soberana faz del rey de los astros en la zona predilecta de su ígneo trono, pero que le acarician undulando como argentadas orlas de su manto, — se extendieron libres y vaporosas por el azul brillante del cielo tórrido, cuyo calor fecundo parecia brotar del pincel, comunicando vida y movimiento á todo lo que tocaba.

Los árboles, las plantas, las flores, se esmaltaban con la luz, se mecían casi, — permítasenos la hipérbole, — como al suave soplo de los frescos aliseos, y tal era el poder de la ilusión, que se sentía aquella atmósfera impregnada de aromas, llena de susurros, encendida por los rayos del trópico.

El arte no podia ir más léjos.

Evocada la incomparable reina de las Antillas por toda la potencia del genio, se le apareció allí, resplandeciente de juventud, exuberante de hermosura, coronada de fuego, para dejarse arrancar un pedazo de su naturaleza vírgen, una emanación viva de su alma poderosa.

El pincel infatigable no suspendió su obra, sino cuando faltó la luz á los ojos del artista, que acababa de eternizarla en el lienzo vivificado por su espíritu.

¡Era ya tiempo! la inspiración decaía, el cansancio comenzaba. A la creadora fiebre del alma iba sucediendo la humillante del cuerpo....., ese fenómeno morboso, que viene á recordarnos muchas veces, en medio de la fuerza y lozanía de la vida, que no somos sino un poco de barro, en el cual — por prodigio incomprensible de la Omnipotencia, — se alberga, alternativamente dominador y esclavo, el huésped divino que llamamos pensamiento.

Huberto sucumbía, al cabo, á tantas sacudidas del corazón, á tantos esfuerzos de la inteligencia.

El que realizára minutos ántes la más grande, la más

maravillosa de las operaciones humanas; el que, á imitacion del Eterno Productor del mundo estético, habia prestado forma á lo bello, segun el tipo ideal que contemplaba en su mente; aquel mismo se rendia, débil, bajo la mano de la enfermedad, en un lecho calenturiento.

Pero ¿qué le importaba? Ya podia morir. Allí quedaba su regalo de boda á Josefina.

Ella, en su venganza de mujer, habia inmolado su corazon, condenándose á perenne tristeza.

Él, en su venganza de artista, habia hecho una obra maestra, conquistándose la inmortalidad de la gloria.

El criado que le servia entró luz en el cuarto al sonar las ocho de la noche, pareciéndole demasiado tiempo el que pasaba su amo sin dar señales de vida, y lo encontró postrado, desfallecido, quejándose de terribles dolores en la cabeza.

Creyó al principio que pudiera ser efecto de haber pasado el dia sin tomar ni el más leve alimento, y—quiso que no,—le hizo tragar una gran taza de sustancioso caldo, que no impidió, sin embargo, que una hora despues, esto es, á la de la cita dada por la marquesa, el enfermo se encontrase peor, segun las apariencias.

Asustado el doméstico, recurrió entónces á pediluvios, paños de agua y vinagre sobre la frente, bebidas refrescantes, y cuantas cosas pudieron sugerirle sus recuerdos de medicina casera; hasta que, observando ser todo ello infructuoso, se resolvió por último á ir á buscar un facultativo cualquiera.

En el instante mismo de su salida llegó un sirviente de confianza de la marquesa, con encargo de recordar al pintor, de parte suya, el diseño de los baños de Apolo.

Era evidente que la favorita no podia resistir á la impaciencia de una hora de expectativa.

Para diseños está el hombre,—respondió el que recibia el recado.—Decidle á la señora marquesa que se halla malo, bastante malo á lo que entiendo, por lo que voy en busca de algun médico; no se murmure luégo que lo he dejado morir como si fuera un perro.

—¡Enfermo Mr. Robert! ¡es posible!

—Y tan posible que nada os impide convenceros por vuestros propios ojos. No sé qué diablos le ha dado. Vino

de paseo esta mañana, acalorado, inquieto, con aire extraño. Luégo se encerró á pintar, segun suele, y sabiendo yo que nada le enfada tanto como el ser interrumpido cuando trabaja, no me atreví á entrar sin ser llamado; de modo que así se pasó el dia sin que probase bocado y ni áun siquiera agua. En fin, al llevarle luz fué que me lo hallé, como os he dicho, ardiendo en fiebre, postrado, con síntomas que me alarman.

—Volveos, pues, á su lado, dijo el mensajero; no es conveniente que salgais, dejándole solo en tal situacion. Yo informaré á mi señora de cuanto me habeis dicho, y ella mandará probablemente su primer médico, pues sabeis lo mucho que aprecia al señor guarda-cuadros de S. M.

En efecto, tornó cerca del enfermo su único sirviente, y conoció que era acertado el consejo que seguia, pues le encontró presa ya de completo delirio. Ora se imaginaba envuelto por las llamas del incendio que devoraron al cafetal del abuelo de Josefina, y pugnando (como en otro tiempo Mr. Caillard) por arrancar de entre ellas al autor de la vida de su amada; ora se creia perseguido sin tregua por la marquesa, que, fascinándole, atrayéndole magnéticamente,—cual la serpiente á su víctima,—se regocijaba de arrebatarse á su despecho la fe santa de su primer cariño; ora, en fin, representándose con viveza el casamiento odioso de Josefina, queria á todo trance ahogar entre sus manos al robador de su dicha.

Repetidas veces tuvo el criado que valerse de la fuerza para sujetarle en el lecho, y ya iba cansándose de aquel género de lucha, cuando—cumpliéndose la prevision del mensajero de la favorita—llegó el médico de ésta, probando el interes afectuoso con que examinó al paciente las eficaces recomendaciones que traia.

En concepto del esculapio,—á quien refirió el criado cuantos antecedentes le eran conocidos,—el mal del jóven consistia en fuerte congestion cerebral, probablemente provocada por la insolacion de aquella mañana. En consecuencia, ordenó copiosa sangría, que fué hecha á su presencia, produciendo rápido alivio. Preparó, ademas, una bebida que debia administrársele al enfermo media hora despues; y cumplida así su mision, corrió á dar cuenta de ella á quien lo

mandára, dispuesto á ponderar el peligro para hacerse más meritorio el triunfo.

Huberto descansó algunos momentos en sueño sosegado, y aunque al despertar volvió á caer á intervalos en el anterior desvarío, pudo notarse que sus nuevas alucinaciones no presentaban ya el carácter terrible de las primeras.

Lo que en aquellos momentos se le figuraba, siempre que abría los ojos, era que la imágen de la Sra. Caillard, trazada por él en el paisaje que tenía al frente,—y que era un retrato de Josefina algo ménos jóven y algo más gruesa,—se destacaba del cuadro, viva, animada, risueña, llevando de la mano (segun la habia pintado) á su encantadora niña, cargada de flores para las aras domésticas.

Pero aquella niña no era ya Josefina en la pueril edad en que el pintor la fingiera, sino que se trasformaba en su vírgen de diez y siete años, en su amante, en su esposa, entregada por la materna mano, para que él la guiára al altar, en que el amor recibía de la gratitud bella y santa corona.

El jóven acariciaba dulcemente á su desposada, dirigiéndola patéticos discursos; mas en seguida se amodorraba de nuevo, y apénas podía entenderse el nombre de Josefina, que seguía vagando entre sus secos labios.

Era ya cerca de media noche. El silencio reinaba absoluto dentro y fuera del cuarto del enfermo.—El criado, que le habia administrado la bebida prescrita y le miraba tranquilo y adormecido, juzgó que podia él mismo permitirse algun reposo.

Corrió, en consecuencia, las cortinas del lecho, veló un tanto la lámpara con una pantalla, y salió al recibimiento, andando de puntillas para no producir el rumor más leve.

No era, en verdad, necesaria tanta precaucion. Huberto dormía entónces de véras, halagado por dulcísimos ensueños; de tal modo, que no percibió la salida del criado, ni oyó — momentos despues — repetidos golpes que sonaron en la puerta de la escalera; ni los pasos del sirviente, que acudió á abrir refunfuñando porque le interrumpian en el comienzo de su tardío descanso; ni el ruido de la puerta, que era franqueada á álguien; ni el murmullo algo bronco de dos voces varoniles, que trocaron las siguientes palabras:

— ¡Cómo! ¡volvéis á estas horas?

—La señora marquesa envia á una de sus criadas,—que es la que me sigue,—para que examine despacio el estado del enfermo y la lleve noticias muy exactas.

—Está durmiendo ahora, y no me parece bien despertarle. Con todo, si la señora marquesa lo dispuso así, que éntre en buen hora esa mujer, haciendo lo posible por no turbar el reposo del amo, y despachando pronto su cometido.

—Perded cuidado; es persona callada y diligente.—Entrad, Juana: nosotros, miéntras tanto, daremos algunas cabezadas en aquellos sillones.

Seguidamente, y en medio del silencio de los dos criados, se sintieron ligeras pisadas en direccion de la entrada del aposento de Huberto..... pisadas que se suspendieron un instante al llegar é los umbrales, como si la nocturna visitadora se detuviera embargada por su propia emocion, ó temerosa de la que podia causar su presencia.

Precisamente se removia entónces el enfermo, porque soñaba,—con aquella exaltacion especial que distingue los sueños febriles, productos de dobles aberraciones,—que Josefina, oculta entre las frescas sombras de la consabida colina, le convidaba á ir junto á ella, abandonándolo todo para probarle su constancia y vivir ambos tranquilos léjos de un mundo que conspiraba por desunirlos.

—Vén (le decia en su sueño la doncella cubana),—vén, si es verdad que me amas todavia; que no te atan en esa córte brillante los nuevos afectos que me iban borrando de tu alma. Rompe los lazos de tu sospechosa amistad con la bella marquesa, como yo rompo los que debian unirme en el altar al caballero de S..... Hé aquí el asilo del amor y la dicha: vén pronto, ó jamas te permitiré traspasar sus dinteles.

El jóven, oyendo esto, se afanaba en balde por arrancarse del ardiente lecho al que se sentia enclavado, y lleno de congoja por la inutilidad de sus esfuerzos, llamaba en su auxilio á Josefina con voces ahogadas.

En medio de tal angustia, de tal fatiga, despertóse el pobre, bañado en sudor y dolorido; pero pareciéndole, al abrir los ojos, que distinguia—al traves de las cerradas cortinas—la esbelta figura de su vírgen, medio velada entre las nubes diáfanas del trópico.

—¿Eres tú? ¿eres tú, dulce esposa de mi alma? exclamó.

mó enajenado. ¿Vienes en mi ayuda? ¿vienes á llevarme? ¡Bien! ¡Soy tuyo! ¡tuyo para siempre! ¡Enlacémonos hasta la muerte! ¡Confundamos nuestras vidas en un eterno beso!

Y descorrió con ímpetu las cortinas, tendiendo los brazos á su adorada, que se le acercaba suspirando de amor.

¡Oh! ¡sí! no habia alucinacion esta vez. El cuerpo delicado de una mujer fué oprimido realmente contra su pecho agitado, y los amorosos hálitos de una fresca boca se confundieron un instante con el ardiente soplo de sus calenturientos labios.

CAPÍTULO IV.

IMPRUDENCIAS DEL AMOR Y REVELACIONES DEL DELIRIO.

Juana Antonieta habia pasado aquel dia mecida en alas de agradables quimeras.

Amaba al fin, amaba con aquel amor tardío, que es el más absoluto.

En los primeros años de juventud, cuando los vagos anhelos del corazon buscan sólo la clave de un misterio que nos atrae; cuando la exuberancia de la vida no nos deja vacío.....; en aquellos años, decimos, el amor tiene algo de indeterminado y superficial. Más bien que sentimiento, nos parece aspiracion: más bien que necesidad del alma, pudiera llamarse dilatacion de la vida.

Se ama al amor, y no al amante, — segun ha dicho no sé qué filósofo. Se ama la propia facultad de amar, que comenzamos á sentir en nosotros, y el empleo de aquella nueva fuerza suele no ser más que un ensayo de curiosidad, cuyo resultado nos exagera el orgullo.

Pero cuando se ama despues de los treinta años; cuando

se ama á despecho de las decepciones que despoetizaron la fantasía y nos hicieron tocar nuestra flaqueza; cuando se ama al amante, y no al amor que nos seduce con el vago encanto de lo desconocido; cuando se ama, en fin, no ya por exceso de potencia que pide dilatacion, sino más bien por necesidad de complemento,— que nos hace concentrar todas las fuerzas para asimilarnos otra existencia,— entónces, ¡ah! entónces nos aferramos con teson al sentimiento que nos fortifica, como quien comprende que es el último asidero de la felicidad largo tiempo perseguida. Entónces el amor, si no es la más pura y generosa de las pasiones, es, sin contradiccion, la más resuelta, la más incontrastable.

Tal era la de la marquesa. Aquella mujer ambiciosa, que sacrificára todos los deberes á la posicion de favorita de un rey; aquella cuyo elemento natural parecia ser la atmósfera cortesana; sólo pensó— durante las horas del dia á que nos referimos— en las dulzuras de los modestos goces de la vida privada, cerca de un compañero sinceramente querido.

Parecíale que no compraria á excesivo precio la tranquila felicidad que le representaba su mente, ni áun cediendo en cambio todas las ventajas de su privanza, todos los placeres de su brillante existencia.

Aquel dia fué cuando emprendió sérias negociaciones con el rey de Prusia, respecto á la adquisicion del principado de Neufchatel, previendo sin duda un rompimiento futuro con su augusto dueño, y la libertad de poder retirarse al extranjero á gozar de su inmensa fortuna con el amigo elegido por su alma.

¡ Cuántos castillos en el aire pudieron levantarse en el breve trascurso de las horas precedentes á la gran noche de la primera cita.....! ¡ A aquella noche, que debia ser, en el concepto de la favorita, tan grata, tan memorable, tan dichosa para su corazon y el de su amigo!

¡ Cuántos planes ignorados,— que á realizarse habrian cambiado la faz de los sucesos de Europa,— no se concibieron quizá en el silencio de aquel *boudoir* voluptuoso, teniendo por móvil y por objeto al pobre muchacho que dos años ántes manejaba el remo en la bahía de Marsella!.....

No sin razon se ha dicho que pueden proceder grandes efectos de pequeñísimas causas.

Quitadle la calentura á Huberto, y es probable que en la exaltacion de su despecho, acudiera vengativo á la entrevista peligrosa, y es fácil tambien que Mad. de Pompadour, más enamorada cada día, le sacrificase al cabo su posicion en la córte, segun hemos visto que lo presentia ella misma.

Sentado esto, no cabe duda de que la alianza de Francia con el Austria jamas hubiera existido; ni tampoco—por consiguiente —la larga y sangrienta guerra que puso en conflagracion medio mundo (1).

La historia nos maravillaria en extremo si pudiera desentrañar siempre la verdad, sobre el primer origen de las más trascendentales peripecias de los destinos humanos.

Sin detenernos, no obstante, en estas curiosas observaciones, proseguiremos nuestro sencillo relato, diciendo que cuando sonó, por último, la hora tan deseada, el corazon de Juana Antonieta respondió con violentos latidos á cada una de sus lentas vibraciones.

Todas sus medidas estaban ya tomadas. Nadie y nada podria interrumpir los momentos deliciosos que ella aguardaba anhelante, prestando atento oido al rumor más leve que venia de fuera.

Pero volaban minutos, y Huberto no aparecia.

Comenzó á temer la marquesa no haber sido comprendida.

Esperó todavía un rato; mas cuando oyó las diez no pudo resistir la impaciencia que la devoraba, y dió por seguro que Huberto habia padecido error sobre la hora de la cita.

Entónces fué que le mandó el mensaje que conocemos, con un antiguo doméstico que casi la vió nacer y sinceramente la queria.

El emisario volvió presto, participándola cuanto habia sabido, y puede figurarse el lector la impresion que semejante noticia debió producir en tal momento.

Siguiendo la pendiente de sus habituales ilusiones, supuso

(1) Sabido es que la emperatriz María Teresa, llamando *prima* á la Pompadour, logró por la influencia de ella la mencionada alianza, origen de una lucha terrible, en que se comprometieron las más poderosas naciones.

desde luégo la marquesa que el triste accidente, que venía á contrariarla, era pasajero efecto de la misma inmensa felicidad que de improvviso habia hecho entrever al enamorado mancebo.

Tal idea prestaba creces á su propia pasion.

¡Se ufana tanto toda mujer con reconocerse capaz de matar de alegría con una palabra de esperanza!

¡Hay algo tan glorioso en ese poder de dispensar á su arbitrio emociones tales del alma, que puedan—áun las más gratas— ser en cierto modo superiores á las limitadas fuerzas de una naturaleza terrestre!.....

Pero cuando el médico,—despachado en el acto,—tornó á informar á la favorita de la situacion del paciente, y la ponderó las dificultades del diagnóstico, aparentando recelos, entónces sucedió por completo á aquellos sentimientos, que no carecian de halago, la más profunda é insopportable inquietud.

Pensar que Huberto padecia, que Huberto se hallaba en peligro á pocos pasos de ella, sin que pudiese prestarle ni por un instante los cuidados de su amor, los consuelos de su presencia, parecióle á la favorita un martirio, para el cual no se hallaba con sufrimiento.

Era preciso resolverse á cualquiera cosa ántes que prolongar tan insostenible lucha.

La voz del corazon se alzó tan recia, que ahogó enteramente la de la prudencia.

Sin querer detenerse á reflexionar sobre las consecuencias posibles de la accion á que se arrojaba, sintiéndose fuerte para arrostrarlas atrevida, llamó Juana Antonia á su servidor leal, y concertó con él rápidamente el modo más breve de visitar al enfermo sin hacerse conocer del mozo que le asistia.

Respecto á su propia servidumbre, ningun recelo abrigaba. Dándose por indispuesta y recogida desde temprano, la habia dejado en libertad de anticipar la hora de su descanso; por manera que—excepto el fiel confidente—todos los criados de la casa, inclusa la camarera, dormian ya á las once; con sueño tanto más profundo, cuanto que se cuidó de odsequiarlos aquella noche con sendas botellas de Burdeos y de Champaña.

La marquesa se vistió entónces con la mayor sencillez posible, echó sobre su rostro un velo algo tupido, y — sin más compañía que el antiguo criado — salió sigilosamente de sus habitaciones, ligero el paso y palpitante el pecho.

El lector la ha visto ya junto á la cama del enfermo en el momento en que, — despertando éste, exaltado por la alucinacion de sus febriles ensueños, — creyó tener á su presencia á la misma idolatrada vírgen que, dormido ó en insomnio, era siempre objeto predilecto de las visiones de su alma.

Estrechaba entre sus brazos, en tal concepto, la femenil figura, — que se le aparecía tan bella y amorosa como ántes se la representára su sueño, — y con el ardor de la calentura que abrasaba su sangre: — ¡Ya me perteneces! la decía: ¡ya soy tuyo, á despecho del mundo! ¿Por qué no me hablas, bien mio? ¿Dudas acaso de mi resolucion de seguirte adonde quieras llevarme? ¿Me sospechas reo de infidelidad imperdonable?.... ¡Ah! ¡no! Romperémos al mismo tiempo nuestros dobles lazos: los de tu compromiso odioso y los de mi esclavitud en esta córte corrompida.

— Sí....., sí....., murmuraba con tierno acento, casi imperceptible, la que se apoyaba — desfallecida de amor — en su seno agitado.

— ¡Pues bien! añadía él más y más delirante. ¡Hé ahí nuestra colina, con su templo, sus palmas, sus brisas refrigerantes! ¡Llévame á él, Josefina! Hazme dichoso, tú, que alcanzas únicamente ese poder benéfico: tú, que eres la casta esposa que me deseaban mis padres al bendecirme. Pero ¡ah! ¿qué es eso? ¿Tiemblas en mis brazos?..... ¿Gimes?..... ¿Te pones fria bajo el fuego de mis caricias?..... ¿Es que dudas aún? ¿No quieres abandonar á ese intruso caballero, como yo voy á huir de la tentadora marquesa?..... ¡Oh! ¡sí! ¡nada temas, Josefina mia! Ella no es la elegida de mi alma, la que me ha dado las primicias de la suya, la virginal esposa de mi esperanza. Ella es la querida del rey. ¿Me compensarian todos sus favores de la pérdida de una sola de tus inocentes miradas? ¡No quiero ir á su cita! ¡No quiero verla más! ¡Sólo á tí te amo!

Esta vez no fué sólo un estremecimiento, no fué sólo un gemido. La dama velada repelió con fuerza convulsiva al

pobre delirante, y —retrocediendo algunos pasos— cayó desplomada sobre el sillón que ántes ocupára el asistente.

—¡Dios mio! gritó Huberto, fatigado tambien dolorosamente por tan violentas emociones. ¡Ella se va! ¡Ella me deja, y yo estoy aquí atado, sin fuerzas para seguirla! — ¡La cruel! sólo ha venido á burlarme..... á darme muerte. ¡Sí, sí!..... ¡no puedo ya más! añadió con voz débil y dejando caer su cabeza sobre la almohada.

—Bien me decia mi madre, murmuró en seguida lentamente: ¡bien me decia que se casaba..... en Junio! en ese mismo Junio consagrado..... Allí está su posdata..... allí..... en la cartera que puse sobre la mesa, junto al caballete. En la cartera que encierra tambien el único escrito que tengo de la ingrata..... Y cerca de sus falsas promesas se alzan el templete y la colina....., que nos están esperando. ¡Ella no los busca ya!..... Sólo los quiere como regalo de boda..... de su boda con otro. ¡Pues bien; llevárselos! Darle igualmente la cartera que contiene el tesoro de mis recuerdos. Yo moriré..... moriré solo..... pero fiel..... siempre fiel..... siempre fiel.....

A esta palabra, repetida muchas veces, —pero con tan tenue acento que no era ya sino un leve murmurio, — se siguió al cabo prolongado silencio.

El enfermo, postrándose otra vez, tornó al estado de alejargamiento en que se hallára ántes de la llegada de la marquesa.

Entónces se levantó ella, casi desfavorida, echó á su espalda el velo, dejando patente la palidez de su rostro — que á la opaca y verdosa claridad de la lámpara presentaba algo de cadavérico — y corrió con ímpetu hácia la mesa indicada por Huberto, sobre la cual, efectivamente, se veia una cartera.

Las revelaciones que debia al delirio, tenian, sin embargo, cierto carácter de verdad que no permitian desecharlas como mero producto de un cerebro trastornado.

En el fondo de aquellas ilusiones de la fiebre, Juana Antonia veia que el hombre por quien acababa de arriesgar su posicion, su fortuna, amaba á otra..... la amaba conociendo y despreciando la vehemente pasion que le habia dictado á ella su sacrificio inútil.

Necesitaba, empero, pruebas palpables, que hicieran completo su desengaño; que justificáran plenamente las horribles convicciones que de un golpe penetraban súbitas en su alma, arruinando con estrago el edificio frágil de sus risibles quimeras.

Tomó la cartera, la abrió, sacó cuantos papeles contenia, los leyó uno á uno, con ojos ardientes, con atencion ávida.

Todo lo comprendió : la carta de Josefina á Huberto, un mes despues del primer cinco de Junio; las de Mad. Robert, entre las que se hallaba la última con su posdata; la del anciano desconocido, que tan sabios y oportunos consejos habia traído al mancebo aquella mañana..... todos y cada uno de dichos papeles la suministraban datos con que completar la historia de Huberto, sólo á medias conocida; la introducian en su existencia íntima, en la existencia de su corazon, cuyos secretos le ponian de manifiesto.

Entónces comprendió tambien la locura de tantas ilusiones como ella se habia forjado.

Entónces la poesía embriagadora en que se meciera su corazon, le pareció un sarcasmo de la suerte.

El hombre en cuyos sentimientos creyó hallar, insensata, la regeneracion de su alma, no miraba en ella, con justicia, sino *la querida del rey; cuyos favores no podian compensarle de la pérdida de una sola mirada de la inocente vírgen que adoraba..... de la casta esposa que le deseaban sus padres al bendecirle..... de la única que alcanzaba el poder de hacerle venturoso, porque le daba las primicias de un corazon puro.*

Repetiéndose estas crueles palabras, plegó las cartas Juana Antonia, las guardó, puso la cartera en su sitio, tornó á bajar el velo sobre su rostro — donde la arrebatada púrpura de la vergüenza sucedia á la palidez del dolor, — y apretándose el pecho con ambas manos, como para comprimir el choque de sus opuestos y violentos impulsos, inclinó la cabeza y permaneció silenciosa por algunos minutos.

Tan corto espacio de tiempo era, sin embargo, suficiente castigo de toda una vida.

Hay momentos terribles para las almas culpables; momentos que Dios hará pesar mucho en la balanza, del lado de las expiaciones.

Cuando se puso en pié la favorita , habia ya en su aspecto algo de heroico.

Aquella mujer , — que la posteridad desprecia , — no estuvo animada por una alma vulgar.

En sus horas rápidas de felicidad , habia creido poder purificarse por el amor verdadero.

En aquella hora de dolor , en que la vemos , comprendia que sólo el sacrificio regenera , y se aprestaba á aceptarlo y á consumarlo con magnánima fortaleza.

¡Érale , en verdad , necesaria , porque su pobre corazon, burlado, herido, humillado — en el instante de su mayor poder , — brotaba todavía , entre la sangre de su herida y la hiel de su despecho , las llamas implacables de un amor celoso y desesperado!

Llegóse al lecho del enfermo , que continuaba aletargado , y lo contempló largo rato con indescribible mirada.

Observó que se hallaba cubierto de sudor , que su respiracion era más libre , más sosegado su sueño , ménos acre el calor de su frente , más regular el movimiento de su pulso.

La crisis habia sido evidentemente favorable. El mal estaba vencido.

La marquesa pareció rendir gracias al cielo , levantando los ojos con una expresion que equivalia á una ofrenda , — y bajándolos luégo , como resignada , enjugó con su velo la única lágrima que brotó en toda aquella terrible peripecia su pecho destrozado.

Despues corrió las cortinas del lecho , tornando á dar al jóven una mirada triste , pero resuelta , y se deslizó como una sombra doliente fuera de aquel cuarto — donde penetró amante , hollando su posicion y fortuna , — y del que salia desengañada , dejando muerta la esperanza postrera de su vida.

CAPÍTULO V.

CONVALECENCIA Y DESPEDIDA.

Tres días despues abandonaba Huberto el lecho , no quedándole de su dolencia sino gran debilidad y profunda tristeza.

Versalles , sin embargo , era un paraíso en aquella estacion de los amores. Sonreian su cielo , su parque , su canal , sus magníficos bosques , sus fantásticos jardines. La vida circulaba ardiente por la creacion visible , palpitaba en cada sér , se difundia en la atmósfera , impregnada de aromas , poblada de murmurios. Firmamento y suelo se engalanaban á porfía para las bodas de la naturaleza , pareciendo trocar entre sí tiernas caricias y suspiros melodiosos.

¿Qué corazon existirá tan frio , qué espíritu tan prosaico , que no haya percibido alguna vez , en los risueños días primaverales , esas místicas comunicaciones del cielo y de la tierra ; esos latidos de amor , que revelan el alma universal y arrancan de la nuestra inenarrables ecos , remontándola hasta el origen mismo de toda vida?

Maravillosa síntesis de lo creado , materia y espíritu , corazon é inteligencia , sólo el hombre siente , traduce , comprende , repite , dilata sobre las esferas mesurables las infinitas voces de la naturaleza.

Luces , sombras , líneas , colores , sonos , perfumes , armonías y contrastes , todo encuentra en él horizontes , gradaciones , simetrías , perspectivas , tonos , sentimientos , consonancias , conciertos , espacios sin límites donde ordenarse , engrandecerse , reproducirse entre esplendores de otra region más pura , más inmutable..... en la del mundo inteligible , donde la uncion de la belleza ideal les presta su eterna poesía.

Por eso nos ceñimos la corona del mundo. Por eso la *caña pensadora* (segun Pascal) , la frágil organizacion que puede ser destruida por un rayo solar , por un miasma palúdico , por un insecto ponzoñoso..... el ente necesitado por excelen-

cia, se levanta rey por indisputable derecho, y sujeta á sus piés todas las criaturas conocidas.

Su cetro es el pensamiento, — más grande que el universo, donde es ménos que un átomo perdido su personalidad material.

Su poder consiste en ese privilegio de apropiarse la vida en todas sus manifestaciones; de sentir el órden universal, reproduciéndolo en sí mismo.

Todos los seres se animan y se alegran á esa sonrisa de Dios, que llamamos primavera; pero sólo el hombre, — que carece de la facultad que alcanza la vegetacion de rejuvenecerse á su influjo; que no tiene la ventaja de las aves y los reptiles, que mudan sus plumas y su piel borrando los estragos del pasado; — sólo el hombre, en quien cada sol de Mayo alumbraba una nueva huella del tiempo, un nuevo surco del dolor, un nuevo deterioro de la existencia..... sólo él goza en su plenitud aquel bien general; porque lo goza admirando y siguiendo la sabiduría que lo produce.

¡Oh Dios mio! gracias os sean dadas por ese rayo de vuestra luz que habeis grabado en nosotros! ¡Gracias por esa diadema de soberanía con que os plugo ceñir frentes de barro! Quizá algunas veces nos agobia; quizá nos hace sucumbir bajo su pesadumbre; pero, ¿qué importa? Sucumbimos reyes, sucumbimos con gloria.

En los dias melancólicos de su convalecencia, vagaba Huberto, solitario y silencioso, por entre tantos halagos que la naturaleza le ofrecia; pero la tristeza de su espíritu se deramaba sobre ellos, y la indiferencia de su corazon les negaba el sentimiento con que en otro tiempo los animára.

La córte disponia excursiones, improvisaba fiestas, se ceñia de flores. El, ajeno á cuanto no era su amargura, llegaba á olvidarse hasta de que existian en torno suyo seres capaces de reir, de divertirse, de asociarse para los placeres.

Algunas veces, — debemos confesarlo, — algunas veces penetraban, como con miedo, en la soledad de su alma brillantes recuerdos de la marquesa. Veia pasar fugitivas las cabalgatas, las fiestas, las noches de teatro, en que ella era siempre la deidad del talento, de la hermosura, de la moda....., y aquellas dulces horas de largas pláticas, de vagas meditaciones.

Parecía, cuando momentáneamente le distraían de su pensamiento dominante estas reminiscencias halagüeñas, que quizá el mejor remedio para su corazón lastimado sería aturdirle otra vez con el bullicio del mundo, y sobre todo, abrirle por completo á la lisonjera amistad de su amable protectora.

Esta idea, empero, despertaba en aquel mismo corazón cierta repulsiva pavora.

La cita pendiente — asociada en su memoria con los crueles combates y acerbos dolores del terrible día de su desengaño, — había llegado á inspirarle una especie de terror; aumentado tal vez por la incapacidad en que se juzgaba de responder á los sentimientos que creía inspirar.

Dice un viejo proverbio, — tan filosófico como lo son por lo común esas sentencias populares, — *que nunca el bien fue querido como al llorarlo perdido*. Tal verdad se confirmaba en Huberto. Jamas, como entónces, le pareció inestimable, y necesario á su vida el amor de Josefina. La marquesa hubiera podido rivalizar ménos difícilmente con la señorita Caillard, amante, que llenar el vacío que su inconstancia dejaba en el alma que fuera su santuario.

Pero, no obstante esto, pasaba una cosa extraña en el pobre convaleciente. El silencio absoluto de la favorita durante aquellos días de su abatimiento, le producía, áun más que sorpresa, zozobras impacientes, que iban creciendo á medida que aquél se prolongaba.

La sospecha de verse olvidado también por ella se insinuó al cabo en aquel espíritu enfermo, y más que ántes le inquietára el miedo de un amor criminal y exigente — que no debía ni podía satisfacer — le agitó entónces el recelo de una indiferencia que, ensanchando su abandono, le arrancaría sin piedad toda esperanza de futuros consuelos.

Josefina y Juana Antonieta llegaron á parecerle, por último, casi igualmente ingratas, casi igualmente funestas para él, que se creía sacrificado por ambas; y se rió con doloroso sarcasmo, tanto de la fe con que amára á la una, como de los esfuerzos de virtud que había creído necesitar contra el amor de la otra.

Si en tal situación se le hubiera hecho patente lo que era él realmente para la marquesa; si adquiriese la certidumbre

de que le guardaba en su pecho, — no ya una pasión loca y egoísta, — sino grande, inmensa, misericordiosa ternura..... Si hubiese sabido de qué manera expuso su crédito y porvenir por correr junto á él, cuando sucumbía bajo los golpes de otra..... Si un momento entreviese todo lo que la hizo sufrir en su corazón de amante, en su dignidad de dama, y la generosidad con que fué allí mismo perdonado..... ¡ Oh! si semejantes descubrimientos le hubieran iluminado, la historia que escribimos terminaría sin duda en el presente capítulo. No tendríamos que hacer más, sino arrojar á los piés de la favorita triunfante su esclavo reconocido, pronto á borrar — á fuerza de arrepentimiento culpable — el mérito de haber sido fiel por tanto tiempo á la pureza de su primer cariño.

La Providencia no lo quiso así.

En la admirable sencillez de sus planes, bastóle pasajera calentura para salvar á Huberto, y hacer sentir á la cortesana el comienzo de sus expiaciones.

La obra estaba hecha, y la casualidad no debía alcanzar poder para inutilizarla.

Pasando la fiebre, se llevó consigo — confundido entre los fantasmas del delirio — el vago recuerdo de la mujer presente en realidad á sus ojos en una de aquellas horas de alucinaciones, estrechada en realidad contra su pecho en el supremo instante de la crisis.

Jamas, entónces ni despues, sospechó siquiera la verdad de lo ocurrido.

En uno de sus días más amargos escribió Huberto á su primer bienhechor, según aquel se lo indicara en su carta.

Aquella respuesta no podía ser más triste:

— «Mi talento y mi corazón (decía el autor) han muerto » para siempre. Vuestros benévolos votos, vuestros sabios » consejos son ya inútiles. La mujer querida, aquella para » quien yo debía conservarme puro y anhelaba ilustrarme la- » borioso; aquella que creí destinada á coronar mi gloria y » mi virtud....; aquélla, señor, me ha vendido, me ha sacri- » ficado. ¡ Sí, sabedlo! Josefina Caillard, — tan mudable co- » mo otras, — será presto la señora de S.....

» Perdonadme, si despues de trazar estas palabras — sen- » tencia de mi eterna soledad — no encuentro en el corazón

» más que lágrimas..... lágrimas que ahogan hasta las bendiciones que me sería dulce repetiros. »

Despachada tal contestacion, nuestro héroe comenzó á ocuparse de su partida. Se habia jurado á sí mismo llevar personalmente su regalo de boda á Josefina.

Fué preciso, pues, pedir la vénia real, alegando la necesidad de restablecer su salud en el seno de la familia.

Luégo, obtenida aquélla, fué tambien preciso despedirse de la marquesa....., de la amiga que habia sido sucesivamente tan amada, tan temida, y al fin, tan injustamente acusada.

Desde el dia, memorable para ella, de su nocturna visita, apénas se la habia visto en la córte. La persona que con mayor frecuencia recibia, y con quien pasaba largos ratos, era su limosnero.

Naturalmente benéfica, pero más que nunca entónces, complaciase en derramar el oro á manos llenas, buscando— en el amor santo de los pobres — bálsamo con que suavizar las enconadas llagas, abiertas en su pecho por otro amor profano.

La misma mañana escogida por Huberto para su visita de despedida, dotó liberalmente á dos doncellas huérfanas para que realizáran sus matrimonios.

—¿Estais bien cierto,— preguntó al limosnero,— de que esos novios las aman de véras, y no van sólo en busca de la dote que les llevan?

—Sí, señora: una de las dos parejas merece ser citada como modelo de constancia; pues ni la ausencia, ni las rudas pruebas á que la miseria los ha expuesto durante algunos años, han sido bastantes á disminuir su ternura ni quebrantar su fe. Los otros dos amantes, casi niños aún, se quieren apasionadamente, puede decirse que desde el comienzo de su vida, y morian de dolor ante la necesidad de separarse para buscar que comer.

— Bien: casadlos pronto, y proporcionadme otros muchos de análogas circunstancias. Es preciso que haya enlaces de amor, uniones felices. ¡Hartas víctimas han hecho y seguirán haciendo los que tienen por fundamento miserables intereses! ¡Sean bendecidas por Dios las privilegiadas mujeres que le han debido la suerte de hallar—á sus primeros pa-

sos por el mundo—al esposo que pueden amar siempre.... las que gozan la dicha de ofrecer á su elegido un amor primicia de su alma, santo, único, digno de ser aceptado por quien es digno de inspirarlo! Eso consolará á las que se ven desheredadas de bien tan incomparable.

El limosnero salió á cumplir la orden que recibia, sin explicarse, — como lo hará el lector, — todo lo que encerraban de profundamente sentidas y personalmente aplicables las palabras que la expresaron.

Poco despues fué anunciado Mr. Huberto Robert, que—debiendo partir para Marsella al amanecer del dia inmediato—venía á rendir sus respetos á la señora marquesa.

Ella — que se entretenia en arreglar por sí misma las coronas de blancos azahares destinadas á sus protegidas — las dejó caer, estremeciéndose de piés á cabeza.

Por un momento se halló incapaz de articular acento, ni moverse del sillón que ocupaba. Luégo se levantó de pronto, se puso al tocador, y sonriendo amargamente al observar en el espejo su desmejoramiento lastimoso, se dió prisa por ocultar—bajo el albayalde y colorete—las huellas de sus lágrimas y de sus insomnios.

Hecha esta operacion, reunió sus fuerzas, llamó en su auxilio la dignidad de su sexo, y dispuesta á representar á todo trance el papel que le dictaban á la vez la generosidad y el orgullo, recibió á nuestro héroe con la sonrisa en los labios y la altivez en la frente.

— Señora (dijo él, esforzándose por disimular su emocion), perdonadme haber retardado el cumplimiento de un deber agradable. Sé las nuevas bondades de que os soy deudor; sé que durante mi enfermedad me habeis enviado vuestro médico, y hasta una de las mujeres que os sirven, para que os informasen con exactitud de mi estado....

— ¡Gran cosa! exclamó ella. ¿Creeis que me correspondia hacer ménos, áun tratándose de cualquiera de mis criados? Á vos es á quien toca perdonarme el limitar á tan poco las demostraciones de mi cuidado. Me asiste la disculpa de haberme hallado algo indispuesta tambien, como sin duda lo dice mi semblante. En fin, gracias al cielo, nos volvemos á ver convalecientes, y—áun cuando sea para una despedida — creo sentiréis, como yo, la dulzura de

este momento, en que nos felicitamos mutuamente con la sinceridad de un recíproco afecto. Sentaos:—prosiguió, indicándole un sillón próximo al suyo.—¿Recordais que tenemos una cita pendiente?

—Sí, señora, contestó el jóven (sonrojándose á la idea de haber sido acaso un fatuo presuntuoso): tengo bien presente aquella honra que me dispensasteis, y cuyo objeto ni entónces ni ahora he podido explicarme.

—¿No? ¡Es posible!—dijo la marquesa con admirable apariencia de naturalidad.—Me parece, sin embargo, que estuve muy explícita. ¿No os dije que era inútil la resistencia; que en balde me huiais para llorar solitario; que en balde intentábamos luchar uno y otra contra la fuerza simpática que nos impelia á comunicarnos nuestros sentimientos, á compartir nuestros análogos pesares? Ignoro si fueron estos exactamente los términos de que me valí al hablaros en el parque, pero el sentido es el mismo.

—¿Y ese sentido..... —comenzó á decir Huberto;—mas cortándole la palabra su hábil interlocutora, añadió vivamente.

—Ahora vemos probada su verdad. Seamos francos, Robert; seamos sinceros ántes de separarnos. ¿No es cierto que ni vos ni yo hemos adolecido de uno de esos comunes trastornos del equilibrio animal, á los que se da el nombre de enfermedades? ¿No es cierto que vuestro mal y el mio tienen raíces más hondas, más difíciles de arrancar? ¡Oh! sí; á despecho de la reserva con que ambos hemos agravado á la amistad que nos une, estoy segura de que vemos claramente lo que cada uno esconde en su corazón.

—No, por mi parte, —replicó el jóven con cierto inexplicable despecho.— Confieso, al contrario, que nada es ya para mí más misterioso, más raro, más difícil de penetrar que un corazón de mujer.

—Pues yo os llevo entónces gran ventaja, repuso sonriendo la marquesa; porque leo —como en un libro— en vuestro corazón de hombre, que le aflige un amor ausente, un amor desgraciado, cuya amargura brota hasta en el más insignificante acento que sale de vuestros labios.

—¡Ah! si leéis todo eso, señora, debéis felicitaros gozosa de que no puedan ser de tal índole esos dolores vuestros,

cuyo conocimiento no debo á mi penetracion ni merezco á vuestra confianza.

— Sois, pues, tan injusto como ciego, amigo mio. He comenzado recordándoos que teniamos pendiente una conferencia íntima; y como no me asemejo á vos en cuanto á la fortaleza que desdeña el consuelo, os confesaré — ya que no lo adivinais, — que si comprendo perfectamente el mal que os está consumiendo, es por que conozco por propia experiencia sus síntomas infernales.

— ¡ Vos !.....

— ¡ Yo ! ¿ Pensais por ventura, como el vulgo cortesano, que sólo la ambicion es mi móvil, que no soy sensible sino á los halagos de una posicion brillante ? ¡ Ah ! no : ¡ sabed que tengo corazon ; que amo ; que estoy celosa !

El pálido rostro del artista se coloreó de nuevo al oir estas palabras, articuladas con fuego en la mirada, con temblor en el acento; y agitado él mismo por extraña ansiedad, murmuró balbuciente :

— Amais....? ¿ á quién ?

— ¿ Podeis dudarle ? — respondió la marquesa con esfuerzo supremo. — ¡ Amo al rey ! le amo con una vehemencia que no sospecha nadie, ni áun él. ¡ Le amo, y tengo que soportar infidelidades continuas !

¡ Cosa rara ! Huberto — que tocaba la doble ventaja de ver que no habia perdido la amistad de la marquesa, y de convencerse de la pureza y desinterés de la misma, — se sintió, sin embargo, como lastimado por la confianza que recibia.

¡ Siempre enigmas y contradicciones del hombre !

Quizá, empero, pudiéramos explicar la impresion que denunciarnos, recurriendo únicamente á lo risibles que debieron parecerle en aquel momento á nuestro héroe sus pasados combates contra un peligro imaginario, y lo en ridículo que se le pusieron sus costosos triunfos

Sea lo que fuere, preferimos no meternos en honduras, consignando sencillamente, como veraces cronistas, que el jóven permaneció por algunos minutos cabizbajo y silencioso, pareciéndole más profunda que nunca la soledad de su alma.

No pasó aquello desapercibido de su perspicaz interlo-

cutora , y hubo un rato en que ella tambien tuvo necesidad de recogerse para rehacer sus fuerzas, que flaqueaban.

Luégo rompió el silencio la primera , diciendo con voz dulce , pero entera :

— Os he abierto de par en par las puertas de mi corazon. Ahora tengo derecho á exigiros que me confieis por completo los padecimientos del vuestro.

Deseo conocer la historia de ese amor que tanto os hace sufrir, y os ofrezco anticipadamente los consuelos de mis simpatías.

Huberto no podia rehusarse á tan afectuosa exigencia. Refirió lo más brevemente posible sus relaciones con la señorita Caillard, y terminó el relato con fúnebres voces de desaliento invencible.

— No haceis bien en abatiros así, — le dijo la favorita que le habia escuchado con heróica calma. — El desenlace de esa historia no ha llegado todavía. Hay en el fondo de su última peripecia algun error que áun puede desvanecerse. Josefina, vuestra encantadora vírgen, vuestro ángel de ternura, no puede convertirse de repente en veleidosa coqueta, capaz de vender la pureza de su primer cariño.

Ella os ama, el casamiento áun no está hecho, y vos vais á Marsella. Todo, pues, puede arreglarse; todo se arreglará de seguro. Si tal sucede..., ¡oidme! — añadió poniéndose en pié con ademan majestuoso, cual si sintiese que crecia, que se levantaba purificada por la consumacion del sacrificio. — Si tal sucede, Robert, quiero entregaros con mi mano la esposa que os habeis escogido; quiero bendecir en el altar, como madrina de vuestra boda, á la que tendrá por santo deber amaros como necesitais, y haceros feliz como mereceis por vuestras virtudes.

Jamas la habia visto Huberto tan bella como en aquel momento. Aunque muy ajeno de conocer cuánto habia de sublime en las palabras que acababa de escuchar, sintió de pronto instintivo respeto, y dobló las rodillas ante la favorita por involuntario movimiento.

— Yo acepto, — la dijo conmovido, — esa oferta, llena de bondad, con que os place alentarme; pero permitidme pedirros otra que áun me será más preciosa.

— ¡Hablad! pronuncio ella, sin decaer su entereza.

— Promettedme que si vuelvo á vuestras plantas herido, solitario, sin esperanza,— como me veis ahora;— si en la soledad de mi abandono vengo á suplicaros me conserveis siempre la dulce amistad, que será entónces mi único bien en la tierra..... prometed ¡señora! que no seré rechazado; que me concederéis vivir cerca de vos para amaros, para bendeciros.

— Os lo prometo, — respondió con cierta solemnidad la marquesa. — Idos seguro de ello y volved pronto, ya sea para presentar vuestra novia á la madrina que la espera, ya para llorar por ella en el seno de la amiga que siempre encontraréis afectuosa.

Huberto besó la mano que se tendia para levantarlo, y la sintió temblar fria bajo el calor de sus labios. Pero habiendo alzado una mirada inquieta y próxima á empañarse con lágrimas, vió que la frente de Juana Antonieta se mantenía erguida, secos sus ojos, sonriente su boca, que pronunciaba con dulzura tranquila el adios último.

Entónces tuvo el jóven vergüenza de su debilidad, ahogó sus emociones, y salió con paso firme de la lujosa estancia..... quizá ménos complacido de los nuevos favores que debia á la generosidad de la gran señora, que humillado del lugar secundario que se persuadió ocupaba en el corazon de la mujer.

Así terminó aquella visita de despedida, en que la favorita sufrió tanto y se mostró tan magnánima, que el ángel de la justicia hubo de desviar su cáliz, permitiéndola el consuelo de quedar satisfecha de sí misma.

CAPÍTULO VI.

TERCER CINCO DE JUNIO.

¡Jesus! ¡qué día tan feo nos ha amanecido hoy! Se diría que lo hace el cielo de propósito para más entristecernos,—exclamaba nuestra conocida Niná, asomando su mofetuda cara por cierta persiana, que también conocemos. — Si sigue lloviendo, no podréis realizar vuestro paseo, querida niña mía.

— ¡Oh! sí, aunque diluviara, — respondió la argentina voz de la doncella cubana, cuyo lindo cuerpo — vestido con gracioso traje de montar — descansaba lánguidamente en un ancho sitial próximo á la ventana.

— Habéis pasado malísima noche, y creo que el iros al campo con semejante tiempo....

— No tengas cuidado. Todo me hará provecho con tal de no pasar el día, de no ver descender las sombras de la noche en estos sitios, llenos para mí de atormentadores recuerdos. ¡Niná! ¡Estamos en cinco de Junio!

Comprenderás que ha sido casualidad feliz me convidase mi prima á comer en su quinta para no volver hasta mañana. Eso me proporciona, además de alejarme de unos objetos cuya vista me es dolorosa en un día como hoy, la ventaja de correr á caballo por aquellas campiñas, respirando aire libre, saliendo de este marasmo que me mata.

— Sí, hija de mi vida, celebro tanto como vos el que se os presente ocasión de distraeros un poco; sólo me pesa que el tiempo no sea más adecuado. ¡Vaya! ¿pues había yo de desconocer lo útil que os será ensanchar el ánimo en una fiestecita de familia, en vez de estaros metida entre estas paredes, pensando en cosas tristes, que ya no tienen remedio? Hasta vuestra jaca camagüeyana pateaba, relinchando, al amanecer, como si entendiese que iba á gozar la dicha de servir de nuevo á su querida ama, que tan olvidada la tenía.

— Manda ensillarla, Niná; van á dar las ocho, y de un

momento á otro vendrán á buscarme mi prima y su marido.

—Ya está eso dispuesto. ¡Oh, mirad! gracias á Dios, va despejándose la mañana. Todavía habeis de lograr un buen dia.

—¡ Un buen dia !.....

—En cuanto cabe, niña de mi alma. Demasiado sé que ya no habrá dias completamente buenos ni para vos ni para el pobre..... En fin, vale más no nombrarlo. Os casais con otro dentro de dos semanas. Es tontería estar dale que dale con lo pasado. ¡Eh, eh! no comenceis á llorar, como anoche. ¡Valor! Quizá Nuestra Señora de la Esperanza os mande algun consuelo, segun se lo pedis cada mañana y cada tarde.

—¿Qué consuelo puedo esperar, Niná?

—¿Quién sabe? ¿No lo sería para vos el saber, verbi gracia, que él no os guarda rencor; que os ama siempre; que os desea muchas felicidades; que está pronto á probarnos todo lo dicho, dándoos un recuerdo suyo para que lo conserveis hasta la muerte?

—¡Ya! ¡Como nada de eso puede ser !..... ¡Recuerdo suyo!..... Hasta sus dos cartas destrocé en mi demencia: nada me queda.

—Pero, ¿y si sucediera lo que he indicado?.....

—En mi situacion presente, Niná, cuanto puedo pedir á la suerte, — sin faltar á lo que me debo á mí misma, — es que *él* no me odie; que no me juzgue una mujer sin fe..... y que sea feliz olvidándome.

— En cuanto á lo último nada digo, porque nada se me alcanza; pero por lo que toca á lo demas, me está anunciando el corazon que no os casaréis sin tener alguna prueba, no sólo de que estáis perdonada, sino de que, cual un hermano cariñoso, hay quien venga de léjos para traeros su regalo de boda.

—Qué cosas se te ocurren tan raras !..... Pero mira, tenías razon en lo que dijiste primero. No debemos hablar de *él* ni de nada que con *él* se roce. El honor, el deber, me prohiben tales conversaciones, que, por otra parte, me afectan demasiado.

—Bien, bueno: no volveré á mencionarlo. Secad esas

lágrimas, y ya veréis cómo entónces se me vienen al margen asuntos más agradables. Por ejemplo : ¿os acompañará á la quinta el caballero de S.....?

— ¡Niná! ¿es ese nombre lo que te parece más agradable para mí?

— Perdonadme..... no quise decir..... Pero, en fin, puesto que vuestro honor y vuestro deber mandan que no se hable del otro..... y que éste será vuestro marido.....

— ¡Estás cruel conmigo, Niná!

— ¡Jesus! no sabe una con lo que gana ni con lo que pierde. La verdad es que las dos tenemos negrísimo humor y de todo nos lastimamos, hija mia.

— Quizá. Responderé, sin embargo, á tu pregunta, diciéndote que nadie me acompaña sino mi prima y su esposo. El caballero espera por ¡momentos á su ilustre deudo— objeto de tan gran veneracion para los Héricourts, —y no es tan extremoso en su amor por mí, — ¡harto lo sabes! — que preste mucha importacia á verme ó no verme durante veinte y cuatro ó treinta horas.

— Mejor; con eso estaréis más libre y tranquila en vuestro paseo. ¿Ois? ¡las ocho! Ea, venid á tomar una tacita de café, y á decir dos palabras dulces al papá, —que desde la madrugada no hace más que embadurnar un pobre lienzo, para quemarlo luégo como tantos otros.

— ¡Ay! aquella su dichosa colina, aquel templete de su amor, que soñábamos rehacerle Huberto y yo..... ¡no lo será ya nunca..... nunca!

La jóven prorumpió en sollozos al proferir estas frases, y Niná — haciendo tambien pucheritos tragi-cómicos — no perdió la ocasion de decirla :

— Ahora no soy yo quien lo menciona..... ¡reñidme despues! ¡Vaya! ¿Cómo es posible que en un dia como hoy no se acuerde una de.....? ¡Y si supierais!.... ¡No! ¡Nada! Mejor es callar..... Pero desahoguémonos llorando.

En efecto, el duo de lágrimas y gimoteos se entabló con apariencias de no haber sido breve, á no interrumpirlo felizmente la llegada de los primos, que vinieron á caballo para llevarse á Josefina.

Tuvo ella que enjugar precipitadamente su llanto, tomó luégo á medias y de prisa la taza de café presentada por la

mulata, y despues de abrazar á Mr. Caillard — que estaba rematado en su monomanía, — montó al cabo, segun habia resuelto, aunque no sin echar larga y tierna mirada hácia los mismos objetos de que anhelaba alejarse.

Apénas los tres jinetes partieron á galope por la ancha Canebiere, Niná comenzó á pasearse de la sala al gabinete y del gabinete á la sala, con singular desasosiego.

Su preocupacion se fué aumentando, hasta el punto de pronunciar bastante claro — sin darse cuenta de ello, — el soliloquio que vamos á copiar literalmente.

— A ella le conviene este dia de campo, y á mí tambien. Sin tal circunstancia hubiera sido muy difícil, si no imposible, cumplirle á *él* lo prometido. Fué una imprudencia.....; pero ya está hecha. ¿Cómo rehusarle el consuelo que me pedia tan afanoso, tan zalamero?.....

¡Válgame Dios, si tiene labia el muchacho! Luégo, ¡me daba una lástima el verlo flaco, descolorido, desfigurado!..... ¡Jesus! parecia un muerto levantado del ataud. Además, eso de llevar la generosidad de su amor hasta empeñarse en dejarle á la niña en su mismo cuarto un regalito de boda..... es cosa que parte el corazon. No hubiera yo imaginado nunca nada tan raro como semejante deseo, de parte del pretendiente abandonado.

¡Es un palomo sin hiel el pobrecito! Me alegro, por tanto, de haberle ofrecido el consuelo extraño que solicita, dándole desde luégo el de saber que es amado más que nunca, y que sólo por la locura de un instante de celos — al parecer fundados — es por lo que consigue otro la dicha de quitarle su prenda. ¡Sí; me alegro! La niña no está en casa; no podrá comprometerla nada que yo haga..... Pero el amo no saldrá de seguro, y si llega á entender que he dejado entrar al mancebo hasta el cuarto de su hija.....

¡Virgen del Cármen! capaz sería de matarme. Atendido á esto, preferiria que se me hubieran roto las piernas ayer tarde, ántes de bajar por la escalera para ir á charlar un rato con la criada de la vecina de enfrente. Pero ¿quién habia de adivinar que *él* estaba en acecho para atraparme, poniéndome en tal apuro? Muy distante tenia del pensamiento que hubiese vuelto á Marsella. Hasta me dijo su hermana,

en días pasados, que estaba la familia en cuidado por saber se hallaba enfermo.

En fin, á lo hecho pecho: ya no es tiempo de vacilaciones. Que venga; que éntre, si puede; que se desahogue llorando allí, donde tambien ella ha llorado tanto; que la deje, por último, su regalo. ¡Será el único recuerdo que conserve de él la triste niña! Para mí será la responsabilidad, y para ella el consuelo. Bien lo necesita, y — á pesar de los barlucos que he querido darle — bien ha de sorprenderla.

Al concluir dicho monólogo, entró un criado á advertirle que Mr. Caillard se sentaba á la mesa para almorzar, y — segun vieja costumbre — acudió é servirle la mulata, si bien cansada de tanto ir y venir entre el laberinto de sus intrincadas reflexiones.

Todo el día se mantuvo inquieta y á veces pensativa; tan pronto arrepintiéndose, tan pronto felicitándose de haber condescendido, — segun nos reveló en la conversacion consigo misma, — á que entrase Huberto aquella noche, para poner con su propia mano en el tocador de Josefina el presente de boda con que queria obsequiarla.

Si Niná continuó desasosegada, Mr. Caillard, por su parte, tambien siguió inmutable en su manía de pintar colinas y templetos — bufando de despecho á cada nueva prueba de su ineptitud; — y tambien el día se conservó nublado y lloviznoso, como si tomára parte en la tristeza de aquel aniversario.

La noche desplegó al fin sus primeros velos, que no argentaba esta vez (como en los anteriores cinco de Junio) la hermosa claridad de la luna, y la agitacion de Niná pareció aumentarse con las sombras.

— ¡Ángel de mi guarda! — exclamó asomándose de nuevo á la ventana. — ¡Va á venir! Por cuanto hay en el mundo no quisiera chasquearlo, pues capaz sería de morirse; pero el amo, — cansado ya de manchar lienzos, — se anda paseando por los corredores. ¿Cómo desviarle de allí? ¿De qué modo echarle á la calle por algunos minutos?

Y se rascaba las orejas, rebuscando en su caletre algun medio de salir del conflicto.

De repente lanzó un — ¡ah! — de triunfo, y su fisonomía reveló la más completa satisfaccion de sí misma.

— ¡Buenísimo! — pronunció frotándose las manos. — El ángel custodio no podía ménos de darme una ocurrencia como suya. La mentira es inocente, y el resultado seguro.... Tambien podrá ser que me cueste un pan la torta; pero ¡paciencia! Cumplir mi palabra ántes que todo.

Dicho esto, se encaminó resuelta al encuentro de su amo, que en aquel momento se dirigia al salon.

— ¡Señor! ¡señor! le dijo palmoteando: ¡tengo gran noticia que daros!

— ¡Habla, pues! respondió secamente Mr. Caillard.

— Como habeis estado todo el dia en vuestro cuarto, no he podido comunicaros ántes lo que he sabido hoy por casualidad milagrosa.

— Bien, acaba, parlanchina. ¿Qué es ello?

— ¡Ah, señor! dicen que ha llegado á Marsella un pintor sin segundo, un verdadero prodigio. Segun lo que de él se cuenta, creo que habeis hallado lo que estáis buscando há tantos años. Para semejante hombre debe ser el pintaros la colina y el templete, con todos sus pormenores, cosa tan fácil como sorberse un huevo. ¡Jesus! si no falta quien sospeche que no es persona humana, sino el ángel mismo de la pintura.

Mr. Caillard se irguió, aguzando las orejas y ensanchando las narices, como sabueso que percibe de improviso la pista de la liebre, ó cual corcel de guerra que oye sonar el clarin.

— ¿Quién es? ¿Cómo se llama? preguntó al momento.

— Se llama..... se llama..... ¡Ay Dios! ¡qué maldita memoria! Hace un minuto que tenía ese nombre en la punta de la lengua, y ahora ni remotamente doy con él.

— Pero sabrás al ménos dónde se hospeda el artista.

— Eso sí..... Me parece que es allá..... bastante léjos, señor. Allá cerca del boulevard de las Damas.

— ¿No puedes dar más señas?

— Ni son necesarias, mi amo. Preguntando en aquel barrio, cualquiera os guiará de seguro. ¿Quién ignorará á estas horas el paradero de pintor tan famoso?

— Poco espero ya de todos los pintores de la tierra; pero no se dirá que dejo de hacer cuanto de mí dependa. Iré á ver mañana á ese hombre ponderado.

— ¿Mañana? ¡Ay señor! lo malo es que, segun tengo en-

tendido, se marcha al amanecer. Para conseguir verle, sería preciso que le buscáseis esta noche, sin desperdiciar momento. Luégo que le habéis, que le ofrezcais buena recompensa por la obra, no dudo que consienta en quedarse para emprenderla á vuestra vista, y oyendo de vuestra boca las explicaciones que necesita.

— Pero ¿estás cierta de que sin eso dejará á Marsella mañana?

— Me lo han asegurado, señor. Vino de..... París, donde hace gran papel por su habilidad; y terminado el asunto que le trajo, se vuelve allá prontamente. Lástima que perdais esa ocasion.....

— ¡Cómo perderla! exclamó el monomaniaco, sin dejarla acabar.— ¡Corre! que enganchen el coche. Iré ahora mismo visitando casa por casa todo el boulevard de las Damas. ¡Voto á sanes! ¿había de dejar que se me escapase ese artista eminente?.....

La estratagema de Niná no podia obtener mejor ni más rápido éxito.

Diez minutos despues el carruaje volaba, desempedrando calles y llevándose á Mr. Caillard.

Los criados recibieron al punto licencia espontánea de la mayordoma para aprovecharse de su ausencia, solazándose un rato en el paseo inmediato, y al sonar las ocho de la noche, — hora memorable de las dulces entrevistas de los dos amantes, — Niná se encontró al fin sola en la casa, y comenzó á respirar con más anchura.

¡Era tiempo! la tosecilla de marras se hizo oír al pié de la ventana, ni más ni ménos que en los felices dias en que respondian á ella los amorosos latidos del tierno corazon de Josefina.

La mulata únicamente la escuchó esta vez, y se apresuró á acallarla indicando al jóven que estaba libre el jardin.

CAPÍTULO VII.

LA GRAN PRUEBA.

Franqueada aquella puerta, que nunca hasta entónces habia tenido Huberto la dicha de atravesar, penetró entre nieblas y con el alma henchida de emociones en el perfumado ambiente del florido recinto, donde áun le parecia respirar suaves efluvios de la tierna vírgen de sus primeros amores.

Ante la impresion de semejante momento, desaparecian por completo las huellas que áun pudiera conservar de las sensaciones pasadas. La marquesa, la córte, cuanto habia ocurrido durante dos años, — excepto lo relativo á su amada, — todo quedó anonadado por el poder supremo del sentimiento antiguo, del sentimiento único que alcanzaba á darle — hasta con sus mismas amarguras — inexplicables encantos.

Miéntas que él recorria palpitante, en medio de la oscuridad de la noche, aquellos sitios de dulces y melancólicas memorias; miéntas palpaba con estremecimientos de amor cada uno de los arbustos que habia rozado, al pasar, la blanca vestidura de Josefina, y que aquel dulce nombre vagaba entre sus labios, sin osar desprenderse de su pecho, Niná — que se quedára un ratito junto á la puerta para darle tiempo de calmar sus primeros trasportes, — Niná, decimos, vió que entraba en seguimiento suyo robusto moceton, llevando un gran cuadro, cubierto con una sábana.

— ¡Jesucristo! exclamó sin poderse contener. ¿Que traeis ahí? ¿Es un espejo de cuerpo entero el regalo que el Sr. Huberto quiere hacerle á la niña?

Nada contestó el gañan, y la mulata se resolvió entónces á interrumpir bruscamente las mudas emociones de nuestro héroe.

— Si el armatoste que carga ese hombre, — le dijo, — tiene que ponerse en el gabinete de mi ama, trabajo le doy para ocultarlo de su padre. ¿Qué cosa es ésa, Sr. Huberto? ¿No se os ha ocurrido otro presente de ménos bulto?

— ¡No! respondió el jóven con expresion que la impuso respeto.— Sólo ése es digno de ella y de mí. Quise dejárselo como un remordimiento; ahora, que sé por tí que es más desgraciada que culpable, se lo dejaré como último y precioso testimonio de abnegado cariño.

— No os entiendo, pero vamos adentro. La niña no volverá del campo hasta mañana; mas el padre puede aparecer cuando ménos se le espere. ¡Si supierais el triunfo que ha sido hacerle salir de casa! Me encomendé al ángel de mi guarda, y él me metió en la cabeza una invencion que salió á pedir de boca. Gracias á ella, lograis cumplir vuestro deseo sin ningun peligro para vos..... No para mí, que soy en todo la persona comprometida.

Huberto, sin detenerse á darla ni á pedirla explicaciones, enlazó uno de sus brazos á otro de su conductora, y — ordenando al criado seguirlos — atravesó el jardin, dirigiéndose á la casa.

Niná se dejaba remolcar, muy oronda con el honor de ir de brazo con el gentil mancebo, y diciendo para sus adentros :

— Esto se llama ser caballero fino, y no aquel otro estirado, que casi se desdeña de saludarme.

Pero, á pesar de su ufanía, y de aquel cotejo tan favorable para Huberto, no le era dable prescindir á la buena mujer del escozor que continuaba causándole el excesivo volúmen del regalo consabido.

Ninguna idea tenía de que el ex-barquero de Marsella cultivase el arte de la pintura (pues cuanto le dijeron respecto al cambio de su suerte, se reducía á hallarse empleado y bienquisto en la córte); por consiguiente, no sospechó siquiera que fuese un cuadro al óleo aquel armatoste — segun le habia designado — que miraba dirigir á la habitacion de Josefina, y respecto al cual habia pronunciado el jóven frases que ella no acertaba á explicarse, por más vueltas que les daba.

Antes de hacerle penetrar en el salon, se detuvo un instante para decirle con tono que quiso hacer muy grave y muy patético :

— Os cumplo mi promesa, Sr. Huberto, y — suceda lo que Dios quiera — no me arrepentiré de haberos servido. Pero

permitidme os haga presente, una vez más, que la fiesta puede salirme cara. Yo he inventado que hay en Marsella, como llovido del cielo, un pintor medio divino, un prodigio deparado por la Providencia á mi amo, para que le pinte su colina deseada, su templete que le vuelve loco. El pobre señor anda á estas horas removiendo el mundo por descubrir al dicho personaje, en quien funda ya toda su esperanza, y cuando se convenza de que no hay tal hombre en la tierra, de que todo es mentira forjada por mí para engañarlo y hacerle salir esta noche..... ¡no os digo nada! Ya conoceréis la que me espera. Figuraos, pues, lo que será, despues de todo, que vea vuestro presente el dia ménos pensado en el cuarto de su hija, toda vez que es de un tamaño que hace imposible esconderlo.

—Sosiégate—respondió el jóven, no sin admirar la coincidencia de la invencion de la mulata con su llegada á Marsella, trayendo el cuadro tan anhelado por el monomaniaco:—Mr. Caillard verá sin enojo, verá con gran placer mi regalo á su hija, ó no lo verá nunca. Eso quedará decidido por tí misma ántes de diez minutos.

—¡Decidido por mí!..... ¿Yo he de hacer que mi señor vea con gusto que le haceis regalos á la niña?

—¡Niná! ¿no me has dicho que te encomendaste á tu ángel, y que él te sugirió la idea que ha alejado á tu amo?

—Cierto.

—Pues bien, yo veo en eso un fausto presagio. El ángel no puede dejarte por embustera, frustrando las esperanzas que has hecho concebir al padre de Josefina.

—¿Creeis que.....

—Creo que debes tener fe y abrirme esa puerta sin demora. No perdamos un momento. ¡Ea! Tu celestial custodio te lo manda.

La mulata obedeció, atontada ya con lo que oía, y Huberto se precipitó en el gabinete, mansion habitual de su adorada.

Todo estaba allí impregnado de ella. Veíanse, donde quiera se volviese la vista, huellas de sus pasos, vestigios de su presencia.

Sobre el tocador guantes y flores recientemente usados; en el abierto costurero la graciosa labor apenas principiada;

al pié del sillón—que ocupára horas ántes—el pañuelo de batista, húmedo aún con sus lágrimas.

El amante se apropió esta última prenda sin escrupulizar del robo, y despues de ocultarlo en su pecho osó llegar hasta el umbral mismo de la virginal alcoba, á cuyo fondo se destacaba — blanco y casi vaporoso — el bonito lecho, cubierto de trasparente muselina, bajo un pabellon celeste. Sobre la alfombra — extendida delante — resaltaban dos zapatillas de terciopelo oscuro, que habian abrigado en la madrugada de aquel dia los más pulidos piés que hollaron nunca el suelo de la Francia.

Frente á frente de la cabecera se veia, entre guirnaldas de artificiales rosas, la bella imágen de la *reina de las vírgenes*, protegiendo con amorosa mirada el casto lecho de la que se dormia cada noche bendiciendo su nombre y demandando su amparo.

Huberto, descubierta la cabeza, cruzados los brazos, inclinada la frente con respeto, llena el alma de inexplicable emocion, se estuvo contemplando largo rato aquel místico santuario, sin que formularsen sus labios las preces secretas que acaso levantó su corazon, y cuya eficacia debió ser tanta que alcanzó á restituirle la ya perdida esperanza.

¡Sí! súbitamente se sintió alentado, fortalecido, capaz de arrostrar la gran prueba que habia resuelto, y entreviendo otra vez en su feliz resultado la posibilidad de alguna gran peripecia en el destino de su vida.

El templete de la célebre colina, ¿no consagraba recuerdos de una boda deshecha la víspera misma de su proyectada celebracion? ¿No era monumento del triunfo del verdadero afecto, protegido por Dios, sobre todos los cálculos de las conveniencias humanas?.....

Huberto pidió una escalera, escogió sitio, la colocó, subió él mismo, clavó las escarpias, colgó el cuadro, bajó en seguida para poner y combinar luces, y cuando su operacion estuvo terminada, asió del brazo á Niná (que miraba todo aquello absorta y alelada), y llevándosela hasta la puerta por donde debia entrar Josefina al regresar á su cuarto, volvió de un salto al pié de la escalera, que desvió con fuerte empuje, y arrancó el lienzo que cubria la pintura.

La mulata prorumpió en un grito indescribible.

Siguióse momento de silencio, durante el cual sólo se oían los violentos latidos del corazón del jóven.

Luégo, calmado un tanto el embargamiento del asombro, Niná exclamó enajenada :

— ¡Ah!..... ¡mi tierra!..... ¡mi cielo!..... ¿No estoy soñando? ¡Esa es la colina, que subí con mi ama desmayada entre los brazos!..... ¡Oh! ¡ya está levantado el templete! ¡La veo á ella, á mi señora!..... ¡Sí! ¡tan hermosa como lo es hoy su hija, en quien dejó vivo retrato suyo! ¡Vedla allí tambien á mi niña!..... Está de espaldas..... pero esos son sus rizos de azabache..... ése su cuerpecito gracioso, vestido con el *túnico* de gasa color de rosa que se estrenó la tarde de San Juan. — Va cargada de flores para el altar de la gratitud y del amor. — ¡Oh! ¡aquellas palmas! ¡las conozco muy bien! ¡Se han balanceado muchas veces sobre mi cabeza! En el *mango* que sobresale á la derecha grabó el amo el nombre de la niña..... ¡sí! ¡sí! ¡en ese mismo! ¡Qué tropa de *tomeguines* saltan entre sus ramas! Así lo hacian cuando á Josefina se le antojó cogerlos, y hubo que subirla al árbol, del que descendió llorando al verlos escapar alborotados. — ¡Y ese maldito *carpintero real!*..... ¡No va á dejar fruta viva! ¡Cómo picotea la más hermosa naranja!..... ¡Ah, Cuba mia! ¡tierra bendita! ¡tierra de mis padres y de mis amos! ¿Cómo has venido aquí? ¿Quién te ha arrancado de los brazos del mar, para traerte á perfumar con tus flores los aires del desierto?.....

— ¡Tu ángel! — dijo Huberto con voz que resonó en sus oídos como la vibración de una campana. ¿No te dije que tuvieras fe? ¡Ya estás viendo la obra del artista que prometiste á tu señor, y el regalo de boda que le dejó á su hija!

— Sí, sí, — gritó la mulata, cayendo de rodillas á las plantas de su interlocutor. — Ahora lo entiendo todo. Yo creía haber forjado un cuento, y era una verdad que mi ángel me comunicaba en secreto. Pero lo que está allí no es obra de ningun hombre, ¡imposible! El ángel en persona lo ha debido hacer. Aquí no hay nada que no sea milagroso. — Vos mismo..... ¡oh! ¡sí! vos mismo — que deciais ser Huberto, el barquero de Marsella — vos descubris en este momento á mis ojos algo de sobrenatural, que me sobrecege y me intimida.

Era así: la aureola de la victoria, el noble orgullo del artista que contempla el poderío de su genio, la felicidad de sentirse halagado por una nueva y legítima esperanza, todo se reunía para prestar á la figura del jóven cierto no sé qué sublime y maravilloso.

Su talle parecía crecer; iluminarse su frente — blanca y tersa como alabastro — bajo la suave sombra de su cabellera de oro; destellar chispas eléctricas sus miradas de extraño tornasol; á cuya fuerza magnética se estremecían todos los nervios de la pobre mulata, que se prosternaba adorándole.

— ¡Milagro!..... ¡Milagro!..... ¡Aquí todo es milagro!..... seguía ella balbuceando, sin poder desviar sus espantados ojos del inspirado rostro del artista.

Él, que no tenía ya nada que aguardar; que veía coronada su gran prueba por éxito superior á sus mismas aspiraciones; él, — egoísta como lo es siempre quien alcanza la gloria del primer triunfo, — no se cuidó más de Niná ni de sus aspavientos. Dirigió una mirada orgullosa á su magnífica obra; otra de agradecida ternura á la sagrada efigie que parecía sonreírle; y ebrio de amor, de gloria, de presentimientos faustos, se lanzó fuera, buscando espacio en que explayar la plenitud de su alma.

Cuando Niná quiso seguirle — moviendo con cuanta ligereza le era posible la gravedad de su cuerpo — ya había desaparecido, sin que ella supiese cómo ni por dónde.

Ignorante y supersticiosa, acabó, con tal circunstancia, de llenarse de pavora. No hubo historia de espíritus y fantasmas que no se le ocurriese entónces, para convencerla más y más de que se hallaba bajo la influencia de seres del otro mundo.

Recordando la enfermedad de Huberto, que inquietaba días ántes á su familia; la palidez cadavérica que ella observó en el semblante demudado del jóven, al verle de improviso en la calle; el singular empeño de dejar allí por sí mismo aquel regalo de boda — obra evidentemente, según su juicio, de una mano superior á las manos mortales; — y todo, finalmente, cuanto él dijo aquella noche, y cuanto ella había inventado ántes para facilitarle entrada; todo, decimos, se reunió para persuadirla de que Huberto había dejado de existir, y que su ánima errante, — revistiéndose apariencias

de la materia destruida,—lograba tornar á Marsella para hacer á la que habia sido su ídolo,—mediante la intervencion del ángel invocado por su criada,—aquel presente de dicha para su padre.

Nada, en verdad, hallarán los lectores en esta hipótesis, que justifique los terrores que excitó violentamente en la misma que la forjára; pero nos consta que le bastó juzgarse en relaciones con un aparecido, para que —no obstante ser su simpático barquero y mezclarse un ángel en el asunto— concibiese Niná tan extremado miedo, que, despues de cerrar presurosa la puerta del gabinete para no ver la pintura, se salió temblando á la escalera, á fin de esperar allí el regreso de la servidumbre, no hallándose capaz de quedarse sola dentro de la casa.

Aunque los criados prolongaron su paseo hasta muy cerca de las diez, todavia la vieron salirles al encuentro toda azorada.

—¿Qué es eso? ¿Qué ha ocurrido? la preguntaron con susto. ¿Vino el amo y se ha irritado mucho por nuestra ausencia?

—¡Ojalá!..... pero sola he estado....., ó mejor dicho, no tan sola como debia (contestó ella embrollándose). Vale más no tener una nadie que la acompañe, que hallarse en roce Dios sabe con quién. Entremos y permanezcamos juntos..... No me abandoneis, hijos míos, porque pasan esta noche cosas bien extrañas.

Cada criado la acosó con mil preguntas; pero ella — que, aún entrando entre todos no recobraba aliento,—les decia en voz baja, como recelosa de que la oyesen invisibles testigos:

—¡Chist! no hay que atosigarme; se sabrá la verdad cuando sea preciso. En cosas de esta especie nada se gana charlando. ¡Ay santa Vírgen! ¡cuántos no las llaman patrañas de viejas!..... ¡Jesus! ¡Jesus! recemos un padre nuestro por las ánimas benditas.

La servidumbre guardó silencio, dominada tambien por vaga zozobra, y aún no habia pronunciado Niná la última palabra de la oracion que recitaba, cuando sonó la campanilla de la puerta con la fuerza que le imprimia siempre la mano de Mr. Caillard.

—¡El señor! ¡el señor! exclamaron los criados, alegrándose de su llegada, porque esperaban que no le recataría la mulata el secreto de su misteriosa pavora.

Pero la vieron al punto arrinconarse aterrada, pues — en medio de sus supersticiosas aprehensiones — no perdía de vista el peligro real con que podía amenazarla la justa cólera de un amo atrevidamente engañado.

¡Cuál no sería su sorpresa al notar que entraba satisfecho y diciendo con cierta jovialidad inaudita en él:— ¡Ea! ¿dónde está esa gordiflona? Hacia perfectamente en llamar maldita á su memoria. Todavía andaría buscando al célebre pintor, si no hubiese hallado quien rectificára las malísimas señas que me dió ella.

Niná salió de su escondite, mirando á su señor con ojos muy abiertos y espantados.

—¡Vaya con tu boulevard de Damas! añadió el viudo, dándole una palmada en el hombro. Jamas se ha hospedado en hotel ó casa particular de aquel barrio el hombre eminente á quien me dirigiste. Por fortuna acerté á encontrarme con un conocido, que lo tuvo por compañero de viaje desde París á esta ciudad, y á él le debí la dicha de dar por fin con la habitacion que buscaba.

—¿Con la habitacion de quién, mi amo? dijo Niná, más y más estupefacta.

—¿Con cuál habia de ser? Con la del artista en quien cifro mis últimas esperanzas.

—¿Le habeis hallado?.... ¿le habeis visto?

—No estaba en su casa, pero hablé con su padre y le he dejado aviso de que mañana á las nueve iré á verle para un asunto importante. Su salida de Marsella no es tan pronto como te dijeron. En lo que anduvieron exactos fué en los elogios de su singular talento. Su compañero de viaje ha confirmado cuanto supe por tí. Es un artista jóven, pero que ha merecido ya el favor del rey y de la córte.

—¡Cómo, señor! repuso la mulata: ¿estais seguro de que el hombre de quien os hablé,— y vos decís haber encontrado,— es, en efecto, persona de carne y hueso, como nosotros.

—¿Piensas que sea un fantasma? respondió Mr. Caillard, sonriendo por primera vez despues de muchos años.

— Fantasma, ó ángel bajado del cielo, ó muerto salido del sepulcro, yo no sé lo que será; pero me consta que tal hombre no lo ha habido nunca en el mundo. Lo declaro aunque me mateis, porque es preciso que se sepa ya el misterio.

— ¿Estas loca, Niná? dijo el viudo, mirándola sorprendido.

— ¡Ay señor! se atrevió á exclamar entónces el ayuda de cámara. Nos hallais á todos aquí porque la pobre mujer nos ha alarmado con palabras por el estilo de las que le habeis oido. No sé qué cosas se le han entrado en la cabeza.

— Dice disparates que dan miedo, — añadió la costurera.

— ¡Niná! articuló con tono compasivo Mr. Caillard. ¿Te dormiste acaso y tuviste alguna pesadilla?

— No, mi amo; lo que digo es la verdad: que yo me atreví á querer engañaros; pero no os engañé, porque lo hacia todo por disponerlo así el ángel de mi guarda. Que no hay tal pintor venido de París, pero que Dios permite que las almas vuelvan al mundo para hacer y pedir obras buenas, y por eso vuestra esperanza no se verá chasqueada esta vez, en que no es un hombre de este mundo el que debe realizarla.

— ¡Mujer! mira que estás desvariando.

— ¿Quereis ver que no? ¡Pues bien! Decidme, señor, ¿no es todo lo que deseais que el pintor consabido os copie la colina y el templete, lo más al natural que sea posible á la habilidad de un hombre?

— Bien, ¿y qué?

— ¿Y no os daréis por muy contento con que, despues de explicárselo vos mucho y estudiarlo él más, haga — al cabo de dias y dias de trabajo — lo que otros no han conseguido?

— Bien, y ¿qué?.....

— ¿Qué? que si yo os pruebo que eso que esperais de tanta explicacion y tanto estudio y tanto trabajo, está ya hecho, está ya en vuestra casa, mejor y más al vivo de lo que nunca imaginasteis, os será preciso confesar que sólo un ángel — ó un espíritu que ya no está en la tierra — pueden haberlo ejecutado.

— ¡Véte á dormir, desdichada! Estás borracha sin duda, — dijo el monomaniaco, echando á andar para su cuarto.

La mulata, herida por el ultraje, se le fué encima con toda su mole, y agarrándole fuertemente por un brazo,

—¡Borracha! exclamó: ¿decís que estoy borracha?—¡Venid pues y verémos! ¡Vengan todos y se sabrá la verdad!

Todos, en efecto, la siguieron en tropel, hasta que, llegando ella á la puerta del gabinete,—arrastrando casi al atolondrado Mr. Caillard,—la abrió de un golpe y gritó con singular aire de victoria y de espanto, extendiendo su robusto brazo hacia la pintura, que apareció maravillosamente destacada del fondo del gabinete:

—¡Mirad, y decid si puede ser un hombre quien hace á vuestra hija tal regalo de boda!.. . . .

.

CAPÍTULO VIII.

ENTREVISTA DE MR. CAILLARD Y HUBERTO.

Huberto no pudo dormir en toda la noche.

La conversacion de Mr. Caillard con su padre,—que éste le refirió,—le hizo comprender toda la singularidad de la situacion.

No le era dable dudar de que el monomaniaco,—creyendo encontrar en él al supuesto artista de que Niná le hablara—se proponia por objeto, en la visita anunciada para el dia inmediato, encargarle la difícil obra en que fracasaron tantos pintores hábiles.

Aquella obra, Mr. Caillard la encontraba en su casa. Aquella obra debia ya haber producido su efecto, feliz ó desgraciado, en los momentos en que el autor se agitaba insomne, entre esperanzas y temores capaces de volverle loco.

Ora le regocijaba hasta el delirio la idea de un triunfo

tan completo, que arrollase en el ánimo de Mr. Caillard toda clase de consideraciones; ora se le helaba la sangre y el corazón, figurándosele que veía arder su cuadro, desechado con ira (lo mismo que cuantos le precedieron) por el exigente monomaniaco.

De reaccion en reaccion, mecido entre vida y muerte, le amaneció el día decisivo, sin que le hubieran prestado fuerzas algunos minutos de reposo.

Así se le convirtieron en siglos de insoportable angustia las horas anteriores á las nueve, y cuando — al sonar la última campanada de ésta — oyó parar á la puerta el coche que conducía su anhelada visita, apenas pudo dar unos pocos pasos para salirle al encuentro. Trémulas las piernas, oprimido el pecho, turbada por vértigos la cabeza, tuvo que detenerse, apoyando la espalda contra el marco de la puerta, que acababa de atravesar impaciente.

Mr. Caillard subió la escalera presuroso; y sin saludar siquiera á Mr. Robert padre, — que se adelantaba á recibirle con corteses reverencias, — se precipitó hácia el salón, chocando casi con el jóven detenido en su umbral, y encontrándose con él frente á frente.

Por primera vez se veían aquellos dos hombres. Toda el alma de Huberto se concentró en sus ojos, fijos en el ex-mercader cubano con ansiedad indescribible.

Éste, por su parte, miraba también al artista, expresando en su fisonomía singular mezcla de admiración, júbilo, y sobrecogimiento respetuoso.

Debemos advertir, ántes de pasar adelante, que Josefina aún no había regresado á su casa cuando salió su padre, y que Niná; — por más que se le hicieron preguntas, — no quiso dar otras explicaciones que las que el lector ha oído de su boca al final del precedente capítulo.

Mr. Caillard, por tanto, no alcanzaba el menor indicio para sospechar que el artista Robert, á quien tenía delante, pudiese ser el barquero Huberto, que en otro tiempo le rondaba la casa; así como tampoco columbraba razones que le aclarasen el enigma de cómo y por qué se había hecho para él, tan admirablemente, aquella obra anhelada, debida — según todas las apariencias — á un hombre á quien no conocía y que nunca vió los objetos cuya animada copia le regalaba.

En tales confusiones, casi acogia como única explicacion la que le habia dado la supersticiosa Niná; con la diferencia de que él,—al conceder la posibilidad de un milagro,—se inclinaba á atribuir toda la gloria de la intervencion al alma bienaventurada de su difunta esposa, sin acordarse en manera alguna del custodio celeste de su mayordoma.

Contemplaba, pues, á nuestro héroe con cierta impresion de religioso pavor, asociado á su natural regocijo, y durante minutos ni uno ni otro rompieron, con una exclamacion siquiera, el solemne silencio de aquel comienzo de la primera entrevista. Huberto fué quien soltó al cabo, temblándole la voz, esta breve frase:

—Creo, señor, que tengo la honra de recibir á Mr. Caillard.

—Lo que es yo, caballero,—respondió el viudo, conmovido tambien visiblemente,—no sé qué creer ni qué pensar de vos. De todos modos, vengo, si sois ángel, á adoraros levantándoos altares en mi alma; si sois hombre, á bendecir vuestro genio, rindiéndole en tributo de admiracion y gratitud toda mi fortuna, todo cuanto soy y valgo.

Huberto respiró ya. La sangre, paralizada en sus venas, comenzó á correr impetuosa, colorando vivamente su rostro.

—Soy, señor,—dijo entónces alentado,—soy simplemente un artista novel, que se ha atrevido á dedicaros su primer ensayo, y que recibe harta recompensa al comprender, por lo que oye, que ha logrado la dicha de agradaros.

—¡Agradarme! ¡agradarme! repitió Mr. Caillard, exaltándose por grados. ¡Ah! si es cierto que no es más que un hombre el autor sublime del prodigio que poseo.....; si puedo hablarle, asirle, amarle como á un semejante mio, no es agrado lo que tiene derecho á exigirme, lo que yo debo manifestarle. Todo mi amor, todo mi reconocimiento, todo mi respeto, no bastan á pagarle.

Pero yo no puedo creerlo,—añadió,—no puedo explicarme que el regalo con que habeis enriquecido mi casa sea inspiracion humana. ¡Aclarad mis confusiones, bienhechor bendito! Decidme cómo habeis adivinado objetos que no visteis nunca..... Cómo los habeis animado maravillosamente con solo el poder del arte..... Cómo he podido mereceros,—yo,

que nunca hasta hoy he tenido la dicha de contemplaros — el que dedicarais vuestros desvelos á la satisfaccion de mi afan. ¡Hablad! ¡Hablad!

—Todo lo comprenderéis sólo con que os diga que hace cerca de tres años cifré mi única ambicion, mi única dicha en merecer este dia. ¡Un ángel me inspiraba, es cierto! Un ángel ha guiado mi pincel al trazar aquellos rasgos, que debian ser mi sentencia de nulidad ó mi diploma de gloria. ¡El ángel del amor, caballero!

— ¡El ángel del amor!

—Sí; sabedlo de una vez. Soy Huberto, el barquero de Marsella, el amante de vuestra hija.

— ¡Vos! ¡vos!..... ¿No os llamis, pues, Robert? ¿No desempeñais en París el honroso cargo de guarda-cuadros de S. M. Luis XV? ¿No gozais justa reputacion de un talento artístico de primer orden?

—Soy un artista barquero, sí, señor; el cielo me hizo lo uno, la desgracia lo otro..... la casualidad despues me ha proporcionado fortuna en la córte; pero sólo vos podeis hacerme feliz. Sólo vos podeis coronar al artista, enaltecer al barquero, dispensando al amante un rayo de esperanza.

— ¡Huberto! ¡Robert! ¡Ángel! ¡Artista! ¡Barquero! seas lo que quieras, déjame abrazarte! gritó Mr. Caillard, sin poder ya contenerse.— ¡Déjame que te estreche contra este corazon, que te has conquistado para siempre!

El jóven se arrojó, llorando de alegría, á los brazos del padre de su amada — abiertos para recibirle — y por espacio de más de un cuarto de hora permanecieron enlazados, uniendo sus lágrimas, y sin que se oyeran más palabras que estas entrecortadas exclamaciones :

— ¡Huberto! ¡hijo mio! ¡cuánto te amo!

— ¡Padre de mi Josefina! ¡padre de mi corazon! ¡qué momento tan dulce!

En efecto; entónces no concebía siquiera nuestro héroe que osase nadie disputarle su amada. Ningun obstáculo insuperable le parecia ya posible.

De pronto, empero, los brazos de Mr. Caillard cesaron de oprimirle; su mirada se inclinó al suelo; su frente se oscureció, sus labios temblaron al exhalar un suspiro.

— ¿Qué teneis, señor? le preguntó Huberto sobresaltado.

— ¡Ah! contestó el viudo, mesándose los cabellos con una mano y dando un puñetazo con la otra sobre la mesa inmediata. ¡Maldito sea mi destino, que exige para concederme el logro de mis anhelos, le sea pagado con el dolor terrible que viene á destrozarme en tus brazos!

— ¡Dolor! ¡ahora dolor! — repuso el jóven, desviándose estremecido.— Ese nombre de hijo que me habeis dado, ¿os es costoso por ventura? ¿os es amargo, señor?

— ¡Sí! porque no puedo hacerlo verdadero,— dijo con penoso esfuerzo Mr. Caillard :— porque daría mi vida por repetírtelo ante Dios y el mundo..... y no lo haré nunca, sin embargo.

— ¡No lo haréis nunca!.....

— Me devuelves el templo en que la gratitud corona santamente al amor, y yo— ¡desdichado! —yo me veo forzado á ver en él desde hoy un recuerdo de ingratitud mia y de desgracia tuya! ¡Yo tengo que rechazar al amor de ese santuario, que tan gloriosamente se ha sabido rehacer!.....

— ¡Qué estais diciendo!.....

— ¡Oh! ¡mátame! ¡mátame, Huberto! El tesoro único con que podría pagarte....., el bien único que te recompensaría dignamente, ya no es mio....., ¡ya no me es dado cedértelo!

— Josefina no está casada aún,— pronunció el amante con impetuosa impaciencia.

— Pero mi palabra está empeñada,— dijo el padre con amarga firmeza.

— Esa palabra.....

— ¡Es inviolable, Huberto!

— ¡Señor!.....

— Estoy pronto á sacrificarte mi existencia cien veces, si posible fuera; pero mi honra, ¡nunca!

El artista se quedó aterrado. Había en la voz y en la fisonomía del monomaniaco un carácter de decision inmutable, que no permitía esperanza.

Rodar de nuevo desde la cumbre de la felicidad, que iba á tocarse, hasta el abismo de la desesperacion— del que con tanto esfuerzo se habia salido— era demasiado violenta, demasiado cruel transicion para que pudiera soportársela con fortaleza.

Sintió Huberto que en vez de su antiguo, pero resignado dolor, invadian su alma, — llenando el hondo vacío de la destruida esperanza, — un furor, una rabia que le convertían en otro hombre.

Sus bellas facciones se alteraron con expresión siniestra; sus azules ojos despidieron centellas de singulares reflejos.... y con acento sordo articuló, al cabo de pavoroso intervalo de silencio :

— ¡Bien! ese obstáculo que después de todo aún se levanta invencible, yo sabré salvarlo ó estrellarme contra él.

— ¿De qué modo? preguntó Mr. Caillard, deteniéndole por un brazo en el instante en que iba á lanzarse fuera.

— ¡Matando á ese hombre ó pereciendo á sus manos! — respondió el jóven rechinando los dientes.

Mr. Caillard le soltó, repelió el brazo por el cual le habia asido, y dijo con calma — más espantosa que la saña de su interlocutor :

— Vé, pues, si te has cansado de ser grande, de ser amado, de ser bendecido. Vé á entregar el nombre de Josefina á la maledicencia del vulgo.... vé á borrar con sangre el recuerdo glorioso de tu genio y tu amor, que has querido dejarle. Vé, ¡insensato! vé á satisfacer tus infernales rencores por medio del escándalo y la muerte, pero no finjas que te impulsa una esperanza de dicha. ¡Tu más segura víctima será mi hija!.... Mi hija, que ántes que recibirte en su tálamo, — si intentas llegar á él sobre los restos palpitantes del que es hoy públicamente su futuro esposo, — sabrá seguirle al sepulcro para dejar limpia su fama. Mi hija, que morirá también si tú sucumbes, trasmitiéndome por herencia tu sangre y sus remordimientos.

Huberto tembló, palideciendo.

— ¡Pues qué! exclamó — quebrantándose su ira á impulsos de su aflicción. — Amado de ella, querido de vos, cifrando toda mi ventura en esos sentimientos, que pago con idolatría, ¿he de permitir que todo se inutilice, que todo se me arrebate por una mano intrusa?

— Los designios del cielo son impenetrables, — repuso Mr. Caillard; — pero siempre, hijo mio, debemos creerlos benéficos. Dobla la cabeza ante la voluntad divina. Pierdes una amante, es verdad; pero ¡qué! ¿no tienes padres, cuya

delicia eres? ¿No te queda tu talento, dón más raro y precioso que el mudable afecto de una criatura frágil? ¿No es nada para tí el haber consolado este corazón enfermo, que se alienta, se vivifica para amarte? ¡Oh! mi hija no puede ser tu esposa, pero tú puedes, Huberto, ser el ángel salvador de su padre, el amigo y apoyo de mi vejez cercana. ¿Me lo niegas? ¿No quieres vivir glorioso artista, hijo adorado, amigo bendecido? Esa alma grande, ¿no tiene espacio sino para un afecto? ¿Llegarán tantos á su puerta y la hallarán cerrada para siempre por el egoismo del dolor?

—Huberto, por toda respuesta, se arrojó sollozando entre los brazos del padre de su amada.

Lo habia vencido, lo habia desarmado.

Conociólo Mr. Caillard y aprovechó el momento.

—Júrame, — le dijo, — que no intentarás nada contra tu rival, y nada tampoco para hacer que rompa sus empeños Josefina en desdoro de su honra.

—¡Señor! articuló el jóven con resolucion dolorosa: juro alejarme mañana de Marsella para no volver nunca.

—Sea, si así te conviene, repuso Mr. Caillard. No por eso estaremos largo tiempo sin vernos. Véte, hijo mio, con las bendiciones de Dios y las que te tributa mi alma..... Dentro de algunos meses nos reuniremos en París. Iré á tomar parte en los aplausos de tus triunfos, á enorgullecerme de tu gloria.

—¡Adios! ¡adios!..... dijo el amante, que ya no podia resistir más. — Llevo un consuelo, señor, en la creencia de que os acordaréis de mí y seréis un amigo para mi familia..... ¡para mi amada familia, que voy á abandonar! Os la recomiendo.....

—Tus padres son ya mis hermanos, — respondió el viudo; — tus hermanas mis hijas. ¡Huberto! nos unen lazos que nada bastará á romper.

—En cuanto á *ella*, — añadió el jóven con casi ininteligible acento, — decidla sólo, cuando juzgueis que la sea grato oirlo; decidla que he sido fiel siempre; que nunca dejaré de amarla; que mi último ruego será por su felicidad, mi última palabra su nombre, mi último suspiro para ella.....

Mr. Caillard no pudo contestar. Ahogado casi por el llanto, estrechó al artista contra su pecho, besó su cabeza repe-

tidas veces, y arrancándose con violencia de sus brazos, salió á la calle corriendo como loco, y — olvidando que tenía allí carruaje — se dirigió á su casa maquinalmente, á pié, sin sombrero, chocando con cuantos encontraba al paso.

CAPÍTULO IX.

LOS ÚLTIMOS ADIOSSES.

Todo habia concluido para Huberto.

Aquél era el último dia que pasaria en Marsella con su cara familia, cerca aún de Josefina.....

Cual si lo presintieran Mad. Robert y sus hijas, no se le separaban ni un instante, colmándole de halagos y expresándole los extremos de un cariño, que en tales circunstancias era nuevo tormento para el pobre desterrado.

Tuvo, sin embargo, bastante dominio sobre sí para fingirse sereno, sin dejar de mostrarse afectuoso, y despues de la comida, — en la que hubo cordiales bríndis por su felicidad y por su gloria, — salió á ajustar una silla de posta para la mañana siguiente, y á recorrer en despedida los lugares que iba á abandonar sin intencion de retorno.

No se atrevió á aproximarse á la morada de la señorita Caillard, — que debia ser Mad. de S..... dentro de breves dias; — pero la contempló desde léjos, y desde léjos envió tiernos adioses al jardin y á la reja, testigos únicos de los rápidos momentos de su fugitiva ventura.

Luégo se dirigió al muelle. Habia dispuesto de antemano que le llevarán su barca, y la encontró, en efecto, atracada á la embocadura casi del canal, cerca de la sanidad (*intendance sanitaire*).

Empezaba á soplar el N. O., si bien débilmente todavía, y á pesar del miedo que infunde dicho viento á los pescadores de aquel golfo, nuestro protagonista saltó ligero á su dé-

bil esquiñe, soltó la amarra y desplegó atrevido su blanca vela latina.

Quería salir de la ensenada para contemplar de frente á la hermosa ciudad de sus recuerdos, despidiéndose al mismo tiempo de aquellas olas amigas, que tantas veces habian mecido y arrullado apacibles sus dolores y sus esperanzas.

Deteníanse á mirarlo los paseantes del muelle, y dos de ellos—que se dirigian hácia el fuerte de San Juan— trocaron entre sí las siguientes palabras :

— ¡ Ved! es el galán barquero, que vuelve á aparecer con su coqueta embarcacion. Mal dia ha escogido para reconciliarse con su antiguo amigo el Mediterráneo. El cielo ostenta la pèrfida serenidad que acompaña comunmente al *mistral*; pero si él arrecia, — como temo, — no faltarán esta noche desastres en nuestras costas.

— ¡ Qué osado! abandona el timon, dejando la barca al capricho del viento, fuera ya del canal, y se extasia muy descuidado en la contemplacion de no sé qué cosa que me parece distinguir en sus manos.

— Para darnos este curioso espectáculo se ha vestido hoy como un príncipe.

— Siempre ha usado trajes poco conformes con su oscura clase.

— Hay quien piense que es un noble antojadizo y calavera, que toma por diversion el hacerse objeto de curiosidad pública.

— ¡ Cuidado no pague cara su extravagancia en la presente ocasion! El traidor terral va hinchando las narices á toda prisa. Mirad cómo se engruesa la marejada y sacude de lo lindo á la pobre barca, metiéndola entre las islas.

— Pues si no veo mal, el barquero sigue, á pesar de todo, en su enajenamiento inconcebible.

— Cierto. La barquilla va completamente al garete.

— ¡ Uf!..... por poco se estrella contra las rocas de Ratonneau. ¿ En qué diablos piensa ese loco?

— Su abstraccion parece tal, que acaso tenga la ventaja de morir sin apercibirse de ello.

— Apretemos el paso, amigo. El temporal se desencadena de véras, y el esquiñe se perderá pronto de vista. ¡ Vaya con Dios!

— Decid más bien, descansen en paz. Mucho será si logra contar la fiesta el barquero temerario. Su peligro se va haciendo muy serio.

Era así. Los violentos tumbos de la barca — arrojada ya mar adentro, — se lo advirtieron, por fin, al ensimismado Huberto.

Habia pasado, á la merced del viento y de las olas, por entre el grupo de islillas (en que pudo ser cien veces estrellado), sin cuidarse más que de contemplar — cubriéndolo de besos y de lágrimas — el pañuelo de batista robado á Josefina; pero sucedía á aquel desapercibido riesgo, otro no ménos grave, que se le presentaba en toda su inminencia.

Metido sin saber cómo en el temible golfo, que se embrovecía por momentos, érale muy difícil coger costa — áun apurando todos sus esfuerzos — y el fragilísimo esquife, juguete ya de los conjurados elementos, no podía resistir evidentemente una hora siquiera de tan desigual lucha.

Hubo un momento entónces en que, — asaltada el alma de nuestro héroe por tempestad más fiera que la que amenazaba su vida, — se preguntó á sí propio si merecía ésta la pena de ser conservada á costa de fatigas. Si la muerte, que le salía al paso, no era — más bien que un enemigo contra el que conviniese batallar — un auxiliar generoso que acudía oportunamente á cumplir los votos de su corazón fatigado.

Los negros senos del mar tuvieron para él cierta atracción magnética. Parecióle que aquella voz fúnebre, cada vez más potente, sólo se alzaba para convidarle al reposo, y que su cabeza, — turbada por los vertiginosos vórtices en que se sumergían ávidas sus miradas, — se inclinaba con instintivo placer hácia el frío lecho que podía apagar los febriles hervores del atormentador pensamiento.

No le era menester esfuerzo alguno para acogerse á aquel único puerto accesible á la desesperación de su alma. Bastábale seguir besando en amoroso éxtasis el blanco pañuelo, impregnado todavía de los suaves effluvios de su adorada vírgen.....

¡Aquella tentación superaba en violencia á cuantas hasta entónces le suscitara el infierno!

Presas de ella el infeliz amante, arrebatado por el rugiente olaje, — que ora le alzaba sobre montes de espuma, como

para romper sus lazos con el mundo; ora le precipitaba con ímpetu, como para hacerle probar la fácil cercanía del sepulcro,—volvió hácia Marsella su semblante, donde brillaba una esperanza siniestra, y dirigió á su amada y á su familia último é inarticulado adios.

En aquel momento un terrible golpe del viento tronchó la débil entena de la barca, que zozobró crujiendo, y nueva oleada le pasó bramando por encima, pareciendo haberla sepultado.

Pero ¡no! *la mística estrella de los mares* velaba desde inmutable esfera, sobre el que tantas veces la habia saludado y bendecido.

«La fuerza de vivir, — ha dicho un escritor moderno, —
» constituye esencialmente parte del genio. No es perfume
» sutil, que se evapora al sacudir el vidrio que lo encierra; es
» fortificante viático, que sostiene maravillosamente á quien
» lo posee, durante los azares del camino.»

Huberto lo experimentó así en el punto mismo en que contempló frente á frente á la muerte, en medio de la doble tempestad de la naturaleza y de su espíritu. Lo experimentó así, y se resolvió á luchar contra ambas..... á luchar con brío, con perseverancia, como quien comprendia al cabo que el infortunio es una carga gloriosa, que la Providencia hace pesar comunmente sobre los seres predilectos, cuyas superiores fuerzas quiere ejercitar, porque sabe no les es posible la cobardía de rendirse.

La empresa se presentaba ardua, pero fué acometida heroicamente.

Desembarazó el jóven la barca de su vela y entena destrozadas, juntó todas sus fuerzas, empuñó los remos y empezó á bogar en direccion á la costa.

No amainaba el N. O.; no calmaba el mar grueso sus furiosos embates..... pero tampoco el barquero aflojaba un momento sus esfuerzos indescribibles, y— aunque siempre *á la ronza* y trabajosamente — iba el esquiife adelantando.

Premió, por último, la victoria el valor de aquella desigual lucha. Huberto cogió costa por el lado del faro, cuando la noche empezaba á tender su opaco velo, enlutando un firmamento que se habia conservado claro y hermoso, cual indiferente testigo de los trastornos que presidia y contemplaba.

Destilando agua de sus vestidos y de sus cabellos, cruzado de brazos, de pié sobre la arena que con tantas fatigas acababa de ganar, quedóse largo rato el artista fijos los ojos en el abandonado eskuife.

Como si quisiera vengarse de aquel fragilísimo leño, que habia osado resistirle—al poderoso mandato de la voluntad del hombre,—posesionóse de él con nueva furia el irritado mar al verlo desamparado, y haciéndole mísero juguete de sus pujantes caprichos, lo revolcó algun tiempo entre sus espumantes olas, alejándole sin cesar de la playa, que habia tocado victorioso.

Seguíale Huberto con tristísima mirada, y cuando aquel punto blanco, — arrebatado entre oleadas, — casi se le presentó imperceptible, no pudo ménos de exclamar, temblándole la voz y oprimiéndosele el alma :

— ¡Adios, mi pobre compañera! ¡El Mediterráneo no volverá á mecernos!..... Corres á perderte en sus líquidas soledades, como yo en los desiertos del mundo. ¡Adios! Llevas á tu sepulcro mis santas ilusiones, mis juveniles esperanzas..... Mi cuerpo puede sobrevivirte, pero mi corazón muere contigo.

Como respondiendo á aquella melancólica despedida, la barquilla se levantó un instante todavía sobre la hinchada ola que la arrebataba, y Huberto pudo distinguir por última vez el punto blanco que perseguían sus ojos.

Luégo una nueva ola le cubrió de repente, y desapareció para siempre entre las sombras y el mar.

Mezcló Huberto una lágrima con las espumas que la marejada triunfante vino á arrojar á sus piés, y murmuró todavía un postrero y tristísimo adios.

La noche habia cerrado mientras tanto. Al traves de sus tinieblas y del polvo que levantaba el viento en la arenosa ribera, se encaminó lentamente nuestro protagonista al hogar paterno, cuyo santo techo iba por última vez á cobijar su sueño.

Gracias á las fatigas de aquella tarde, logró dormir gran parte de la noche, pero entre fantásticos pavores de continuas pesadillas; que ya le representaban el casamiento de Josefina con su rival odioso, ya su pobre barquilla yéndose á

pique y respondiendo con momentánea aparición á su fúnebre despedida.

No le proporcionó el día mayor alivio. Presentóse denso y triste como su espíritu, haciendo pesar sobre sus nervios irritados una atmósfera de plomo.

La silla de posta no debía partir hasta las nueve, y su familia—levantada desde temprano—se hallaba reunida á las ocho, esperándolo para almorzar y despedirlo.

Él, sin valor ni fuerzas para nuevas emociones, trazó algunas líneas afectuosas, que dejó sobre su mesa, y se marchó sin ser visto por una puerta trasera.

Durante el tránsito dirigia á Marsella los últimos adioses que no osaba dar á su familia; pero adioses mudos, del corazón..... adioses que sólo brotaban del pecho en ahogados suspiros.

Las nueve sonaron sucesivamente en todas las torres de la ciudad.

Entró el viajero en la silla, y — cerrando los cristales de las portezuelas — sacó de su seno el pañuelo consabido, y cubriéndose con él la cara rompió á llorar como un niño.

Los caballos partieron á galope al mismo tiempo, entre los alegres gritos del postillon y los chasquidos del látigo con que el conductor los animaba.

De repente una voz estentórea, que se hizo oír entre todo aquel ruido, exclamó repetidas veces á espaldas del carruaje:

— ¡Pára, detente, cochero! pára con mil demonios!

La silla disminuyó su velocidad, pero ántes que se detuviera naturalmente, se le atravesó, — cerrándole el paso, — otro coche más ligero.

Abrió la portezuela el artista y sacó la cabeza para informarse de lo que ocurría. Vió entónces á Mr. Caillard, que, — saltando del carruaje atravesado — corria como loco al suyo.

— ¿Qué es esto? — preguntó Huberto sorprendido.

— ¡Pardiez! exclamó casi sin aliento el padre de Josefina. Si tardo un minuto no os encuentro á mi alcance, y me hubiera sido preciso seguiros hasta París.

Señor, — tartamudeó el jóven, — ¿qué motivo puede

existir para que os impusierais semejante fatiga? No quisiera que nadie agravase mi dolor con tristes despedidas.

— No se trata de eso, — respondió Mr. Caillard, arrancándolo de su asiento con la fuerza de un Hércules. ¡Bajad! ¡Venid! dejaremos á Marsella; pero será dentro de algunos meses, cuando yo haya arreglado mis asuntos..... y entónces no tendremos que despedirnos de persona alguna querida, porque á todas nos las llevaremos con nosotros. ¡Ea! subid á mi carruaje. ¡Vivo, vivo! Josefina estará ansiosa. — Ahora, cochero, á casa.

Voló el carruaje llevándose á los dos, y miéntras desempeñaba las calles en direcccion á la de Canebière, nuestro héroe — que temia estar soñando — acertó apenas á decir á su compañero :

— ¿Queréis explicarme lo que esto significa?

— Sí, amigo mio, — contestó el ex-mercader, sacando un papel de su faltriquera. — Significa que hoy mataria yo al hombre con quien vos queriais hacer otro tanto ayer, si no mediase la circunstancia de que — en justicia — tanto vos como yo debemos bendecirle. Leed esta carta, y lo comprenderéis todo.

Huberto devoró, en efecto, las siguientes líneas, terminando la última en el momento en que el coche se detenia á la ancha puerta de la última casa de la Canebière, cerca del paseo público :

« Á Monsieur Caillard.

» Señor : Despues de una noche de insomnio y de combates, me dirijo á vos, confesándoos lealmente la situacion difícil en que me hallo.

» Cifraba mi dicha en unirme con lazo indisoluble á la señorita vuestra apreciable hija; pero cuando aguardaba al dignísimo deudo que me ha servido de padre y debia conducirme á las nupciales aras, recibo una carta suya, en la que — retirando la aprobacion concedida ántes á mis votos — me declara del modo más explícito que ha descubierto la existencia de insuperables obstáculos, que le obligarán siempre á rehusar su patrocinio al matrimonio concertado; no obstante el alto concepto que le merece la señorita Caillard y la general estimacion que goza justamente su familia.

»El respeto profundo con que he acatado toda mi vida
 »las voluntades que hoy me son contrarias, no hubiera qui-
 »zá bastado en esta ocasion para decidirme á un sacrificio
 »el más duro para mi alma, si no cooperase en su auxillio
 »otra consideracion gravísima, que es oportuno conozeais.
 »Señor, vuestra hermosa hija, aunque aceptó voluntaria-
 »mente al parecer los sentimientos que me inspira, oculta
 »mal despues la tristeza, y áun casi puedo decir el arre-
 »pentimiento, con que ve acercarse el dia que yo osé espe-
 »rar le fuese tan grato como á mí mismo.

»He luchado algun tiempo con las amargas desconfianzas
 »que tal observacion ha despertado en mí; pero hoy que
 »acaso providencialmente, ocurre inesperado obstáculo pa-
 »ra un enlace que haria tal vez la desgracia de vuestra hija,
 »me juzgo en el deber de manifestaros que por mi parte la
 »restituyo la libertad que parece anhelar, deseando que ella
 »y vos hagais justicia al noble sentimiento que me dicta tal
 »conducta, y dejándoos dueños de fundar en aquel ó en otro
 »cualquier motivo que más os satisfaga, la razon de un
 »rompimiento que—si me priva del gusto de llamaros padre
 »—no alterará nunca el verdadero aprecio con que seré
 »siempre vuestro fiel amigo,

»EL CABALLERO DE S.....»

CONCLUSION.

CUARTO CINCO DE JUNIO.

El cinco de Junio de 1755 daba un banquete Mad. de Pompadour en su hermoso palacio del Elíseo.

Concurria á él todo su círculo de confianza, en que entraban títulos, literatos, filósofos, pintores, músicos y mu-

jeros de moda. Ella se complacia en dar á sus reuniones cierto carácter intelectual y universal á la vez.

La de aquel dia era una afectuosa despedida á Mr. Huberto Robert, de cuyo matrimonio con la señorita Josefina Caillard, —celebrado el 10 de Febrero en la capilla de Versalles, —habia sido madrina la favorita, cumpliendo su palabra empeñada.

Los asistentes á dicha ceremonia aseguraban que pocas veces la habian visto tan linda, animada y risueña, como miéntras presenciaba aquel enlace, formado bajo sus auspicios. Hubo, empero, que lamentar la imprudencia que cometió, exponiéndose sin precaucion á una corriente de aire; causa de que en el momento de abrazar cordialmente á la jóven desposada, —concluido el solemne acto, —le acometiera un desmayo, que, obligándola á retirarse, turbó no poco la general alegría.

Este desagradable accidente no impidió que á la siguiente mañana mandase la madrina á los recién-casados sus regalos de ley, entre los que se contaba una licencia real para que el guarda-cuadros, — conservando su empleo, — pudiese inmediatamente marcharse á Italia, pasando allá los años necesarios á perfeccionarse en su arte.

Larga y grave dolencia que padeció Mr. Caillard, imposibilitó á sus hijos de emprender el viaje tan pronto como S. M. parecia desearlo; pero restablecido completamente el enfermo, — al cabo de tres meses, dedicados por los jóvenes esposos á su exclusiva asistencia, — se comenzaron con calor los preparativos de marcha, fijando para ésta el cinco de Junio, dia tan señalado en la vida de ambos.

La marquesa no habia vuelto á verlos desde la noche de las nupcias; pero la misma mañana en que ellos fueron á Versalles á fin de tomar órdenes del rey, se trasladó ella á París, para despedirlos á su vuelta con obsequios dignos de la amistad con que le placia honrarlos.

Elegido para el banquete aquel mismo cinco en que debió ser la partida, se difirió ésta hasta la madrugada del dia siguiente, — que tambien era para los dos amantes memorable y fausto aniversario.

Carruajes lujosos y modestos, cuyo ruido prestaba nueva animacion al aristocrático barrio de San Honorato, se dete-

nian por instantes — la tarde del expresado día — á la blasonada puerta del palacio del Elíseo; cuyos vastos salones, decorados profusamente con púrpuras, oro, estatuas, pinturas, espejos, flores y pebeteros orientales, fueron invadidos muy pronto por lucida concurrencia.

Véíanse allí, al lado de notabilidades sociales, todas las eminencias del talento: el casi centenario Fontenelle, cuyo *esprit pétillant* en la conversacion no helaron nunca ni la gravedad de los estudios científicos ni los hielos de la vejez; el serio Malesherbes, que en la fuerza de su viril juventud mostraba la inflexible firmeza con que quince años despues dirigió á Luis XV sus célebres *Remonstrances*, y más tarde desafió á la guillotina presentándose á defender á Luis XVI ante la Convencion Nacional; el trágico Crebillon, que á los ochenta y un años acababa de dar á la escena su última produccion, cuyo éxito — merced al patrocinio de la bella Juana Antonia — aun pudo recordarle aquellos ruidosos triunfos de que se enclababa el autor de *Zaira* y de *Mahoma* (desterrado entónces de París); el afortunado Marivaux, que hacia con sus comedias las delicias de la córte; el ingenioso Marmontel, en cuya juvenil frente se ostentaban numerosos lauros académicos, de que se envanecía su protectora; Helvecio, que se presentaba por primera vez con su distinguida consorte; Latour, á quien abrió su santuario el mundo aristocrático, desde que con su magnífico retrato de la favorita mereció que el rey lo abrazase; Pícale, sobrenombrado el Fídias de la Francia; Greuze, creador de un género en que no tuvo rivales; Mondonville, compositor de moda; Vanlóo, primer pintor de cámara..... y otros varios artistas, confundidos entre galanas beldades.

A todos les hacia los bonores — llena de gracia exquisita — la señora de la casa, que vestia riquísimo traje de brocado azul y plata, y estaba peinada del modo elegante y coqueto que llevó siempre su nombre, resaltando entre su empolvado cabello pequeños grupos de trémulas estrellas de brillantes.

No habia uno que no declarase en alta voz que entónces, como nunca, tocaba el apogeo de la belleza. Sonreia ella halagüeñamente al oirlo; pero cuando — al pasar delante de un espejo — arrojó sobre su imagen una mirada furtiva, tro-

cóse en amarga la expresion de aquella dulce sonrisa; porque comprendió al momento que ni el brillante carmin que enrojecia sus labios y dibujaba rosas en sus mejillas; ni la amplitud y calculados follajes del vestido, que artificialmente redondeaban sus formas; ni la misma sobreexcitacion nerviosa, que avivaba el fuego de sus ojos, alcanzaban á disimular por completo la palidez, el demacramiento y la tristeza, que iban ajando lenta pero progresivamente la ponderada frecuencia de sus encantos.

Minutos ántes de la hora del banquete se presentó el héroe de la fiesta, llevando del brazo á su hermosa compañera; cuyo tipo criollo habia hecho gran efecto en la córte durante su breve aparicion en Versailles.

Conservaba Josefina el mismo gusto por la sencillez que la distinguia de doncella. Su traje pajizo tenia por todo adorno algunos *bouquets* de pensamientos, delicadas flores que coronaban tambien, en doble guirnalda, las profusas trenzas y undulantes rizos de su cabellera de ébano, cuyo lustre natural jamas encubria el polvo — extravagante moda cortesana.

La felicidad habia restituido á la esbelta hija de Cuba aquel suave matiz de la juventud y la salud; que esmaltaba de continuo — sin colorarlo nunca demasiado — el gracioso trigüeño de su cutis fino, terso y casi trasparente. Su talle mórbido y elástico parecia vaciado por el molde de la Vénus de Praxiteles; su redonda y fresca espalda, así como sus brazos — inimitablemente contorneados — presentaban una perfeccion que la misma idealidad del arte no podria reproducir sin trabajo; su rostro armónico, lleno á la vez de ingenua dulzura y de vivacidad inteligente, se iluminaba á intervalos por tropicales fulgores de unos ojos magníficos; que tan pronto lanzaban rayos irresistibles desde lo profundo de sus negras pupilas, como se velaban tímidos bajo la sombra de sus largos párpados y pestañas, dejando entrever apénas amortiguados reflejos de misteriosa llama.

Aquel semblante — que en medio de su animacion apasionada conservaba algo de la inocencia infantil en su sonrisa y su gesto, — ofrecia cierto contraste singular con la riqueza de las formas de su cuerpo, — vigorosamente desenvuelto segun el tipo más acabado de hermosura femenil — y aún se

repetía la impresion de tan extraño concierto al observar la amalgama de un donaire español que arrebatava, con una dignidad modesta que imponía, áun en sus momentos de muelle languidez criolla.

Elocuente susurro de admiracion acogió en los dorados salones de la marquesa á la jóven esposa del artista.

Ella se ruborizó, poniéndose áun más bella: él se sonrió con ufanía, mostrándose más amable: Juana Antonia sonrió tambien, como satisfecha del éxito de su ahijada; pero le temblaron los labios convulsivamente al felicitarla por él.

— ¡Qué divina mujer es la marquesa! dijo llena de buena fe la recién casada á su marido. Si yo la hubiera conocido ántes, en el tiempo de mis sospechas, creo que hubiera perdido la esperanza; pues para rival es muy temible.

— ¡Oh!, — respondió Huberto con acento algo conmovido, — sólo un insensato podría hallarte rivales en el mundo.

— Sin embargo, replicó Josefina sonriendo: hay en esa señora un no sé qué tan atractivo, tal fuerza de fascinacion en su mirada, que juzgo imposible pudiera no amarla con delirio aquel por quien ella quisiera ser amada.

En tal instante Juana Antonia, — apoyada en el brazo del duque de Luxembourg — volvía los ojos hácia la juvenil pareja, invitándola con gracioso ademán á que la siguiera al comedor.

La esposa sintió estremecerse el brazo á que iba asida; pero ántes de que tuviera tiempo de darse cuenta del por qué, oyó á Huberto decirle: — Estoy seguro de que ella no ha amado nunca más que al rey, como yo no amaré jamás á otra que á mi tierna Josefina.

Todos los convidados ocuparon sus puestos en la mesa, y en breve sazonó la comida animada conversacion.

La sociedad tenía mucho de artística; por consiguiente la chismografía cortesana no fué en esta ocasion la que hizo todo el gasto.

— Marquesa, voy á daros una buena noticia — dijo el príncipe de Soubise. — He descubierto que nuestro viejo Marivaux, que aparenta dormirse sobre sus laureles, está escribiendo una obra deliciosa que quitará el cetro á la Sor-

presa del Amor, cuya representacion os valió tantos aplausos como inimitable actriz.

— Sea bien venida la nueva produccion, querido príncipe. Hé allí á Mondonville, que se me quejaba hace poco de la escasez de producciones teatrales.

— Verdaderamente, señora marquesa, desde que tuve la gloria de veros representar mi *Vénus*, ardo en inútil afan por conseguir algun bonito libreto para otra opereta que pueda pretender igual triunfo.

— La comedia que yo escribo,—observó Marivaux,—no se presta á la música.

— ¿Y no podria Marmontel— que todo lo hace con facilidad— suministrar á nuestro *virtuoso* el bonito libreto que solicita? preguntó una dama.

— ¡Ah, señora! (respondió con alguna fatuidad el jóven lemosin) *El Mercurio* me pide sin cesar cuentos morales, porque les debe su boga; los enciclopedistas se muestran siempre ávidos de mis artículos literarios; y Lekain— nuestro gran actor— me persigue reclamando tragedias. Decid si es posible, á ménos de multiplicarme, satisfacerlos á todos.

— Á propósito de tragedias, señoras y señores, dijo Helvecio. He oido asegurar que *El Triunvirato*, de nuestro amigo Crebillon, ha merecido elogios del descontentadizo Voltaire.

— ¡Hum!..... pronunció el autor octogenario—frunciendo el entrecejo:— si eso es así, señora marquesa, habeis hecho mal seguramente en sacarme de la oscuridad en que vegetaba, olvidado como mueble inútil.

Hubo entónces momento de risa general, que terminó la mujer de Helvecio, declarando confidencialmente que su marido tambien se habia divorciado de las Musas—halagüeñas con sus primeros dias juveniles,—para contraer más durables empeños con la grave filosofía.

Fontenelle preguntó al antiguo administrador de la hacienda régia si saldria pronto á luz el primer fruto de aquel nuevo consorcio, y todos celebraron la fausta noticia (que les fué comunicada en confianza) de que no pasaria mucho sin aparecer en el estadio de la publicidad, el despues famoso libro del *Esprit*; cuyo árido materialismo de-

bia dar solemne mentís á cuantos habian atribuido al autor dotes felices de poético ingenio.

Puesto que hablamos de música y de filosofía, — dijo el mariscal de Luxembourg, — ¿os ocoirdais, marquesa, del *Adivino de la aldea*, representado por primera vez en Fontainebleau, hace como tres años?

— Ciertamente, — contestó Juana Antonia; — el rey, á quien agradó en extremo aquella original música, quiso conocer al compositor; pero, según se supo, era una especie de oso montaraz de la Suiza, que huyó espantado al ruido de los aplausos.

— Tiene por nombre Juan Jacobo Rousseau, — dijo Malesherbes, — y es el mismo, si no me engaño, que en un notabilísimo discurso sobre el origen de la desigualdad entre los hombres, obtuvo un año despues merecido premio de la Academia de Dijon, que ya en otro certámen le habia tambien galardonado.

En efecto, — repuso el mariscal, — eso era lo que queria decir á Mad. de Pompadour. Sólo añadiré que voy á tener por vecino *al oso* en mi posesion de Montmorency, donde se le construye una especie de *jaula*, según diseño dado por él mismo. Me llevaré chasco si no salen de allí obras destinadas á hacer ruido en el mundo.

— ¿De música? preguntó Mondonville.

— ¡Oh, no! dijo el mariscal; parece que ha desertado de su campo, como Mr. Helvecio del de la poesía.

— Son imperdonables tales desertores — pronunció sonriendo Juana Antonia; — mejor diré tales apóstatas de lo que hay más bello en el mundo.

— ¡Ah! murmuró entre dientes Malesherbes — como si sólo se dirigiese la palabra á sí mismo: — la apostasía de Helvecio no hará perder mucho al Parnaso, ni acaso dé á la filosofía sino un soplo más de egoismo con que disecar el alma; pero Rousseau puede ser para ella un ariete terrible contra el edificio social.

Nadie escuchó este aparte del futuro ministro de Luis *el mártir*, y el príncipe de Soubise dijo galantemente á la marquesa:

— Si las Musas pierden aventajados adeptos, veis en cambio, ensancharse por dia, el glorioso templo de los que

rinden culto al divino arte de Apéles, poseyendo en vos sacerdotisa inspirada y tutelar omnipotente. Sólo en esta mesa tenemos,—ademas del venturoso ahijado á quien despedimos para la tierra clásica en que brotan privilegiadamente los laureles de Guido, Rafael y Salvator Rosa,— otros varios representantes de una juventud artística que promete nuevas glorias á la patria de Lessuer, Pousin y Claudio Lorena. Hé allí á Lagrenée, á quien la Academia abre sus puertas, proclamándolo el Albano frances; á Greuze, que ha puesto en conmocion al mundo de los *amateurs* con la gracia infinita de su niña llorando por un pájaro..... No digo nada de otros, cuya merecida reputacion está ya confirmada por mayor número de años. Las Bellas Artes no se hallan ciertamente de duelo, sino más bien de gala.

— Deseo tener la honra, — dijo Latour, — de presentar á la señora de Pompadour un niño que apenas cuenta siete años, y anuncia en su precoz disposicion un genio artístico de primer orden.

— ¿ Su nombre?

— Santiago Luis David.

— Pues de precocidades se trata, — añadió Marmontel, — sabed, señora, que tengo tambien un amiguito que áun no ha cumplido el tercer lustro, y me pide ya con empeño libretos de óperas cómicas. Se llama Andres Ernesto Gretry, y — si cumple lo que promete su vocacion prematura — será el Molière de la música.

— La ciencia puede citar hoy, igualmente, tempranas flores en su campo, ménos fértil que el de las artes — dijo Fontenelle. — La ilustre familia de Condorcet cuenta entre sus miembros un muchacho de doce años, que — como Pascal — resuelve á esa edad difíciles problemas de geometría. Condillac tenía escrita, segun me ha dicho, ántes de tocar al quinto lustro, su primera obra de metafísica. Buffon se nos dió á conocer desde el comiezo del cuarto por sus notables experiencias de física; pero el rapaz de que hablo nos regalará probablemente frutos más anticipados.

— ¡ Bueno! — exclamó la marquesa. Celebro que aparezcan tantas nuevas lumbreras en el horizonte de la inteligencia, reemplazando á otras que se nos van oscureciendo.

— ¡Ah! dijo Malesherbes, la que hemos visto extinguirse últimamente deja un vacío, señora, imposible de llenar. La jurisprudencia, la filosofía, las letras lloran á la par irreparable pérdida, y la beneficencia se une á ellas, proclamando que el sabio, el gran magistrado, el escritor profundo, merecía, además, el no ménos glorioso título de padre de los pobres.

— Ciertamente, — añadió Helvecio; — de eso hablábamos hoy Diderot y yo con su deudo, el caballero de S....., que ha venido á París expresamente para visitar su tumba. Nos ha referido rasgos patéticos de la caridad de su ex-tutor, á quien debe grandes obligaciones, y al que profesó siempre tal respeto, que sólo por complacerle deshizo un matrimonio de inclinacion que iba á contraer en Marsella.

— ¿Oyes, Huberto? — pronunció Josefina, muy bajito, al oído de su esposo.

— ¡Sí, sí: calla! — contestó el jóven, que escuchaba con gran interés la conversacion entablada.

— ¿Habeis sabido, marquesa, cierto interesante episodio de la vida del ilustre difunto, que ha sido divulgado en estos dias? preguntó el príncipe de Soubise.

— No; referídmela, si os place.

— Los albaceas del grande hombre hallaron entre sus papeles una nota de 7.500 libras, enviadas á un tal M. Main, de Cádiz, y aunque dicho apunte tenía pasada una raya, como señal de ser ya inútil, se le preguntó por curiosidad al negociante nombrado qué objeto tuviera la libranza de aquella suma. La contestacion ha sido que, segun órdenes del librador, se habia empleado en rescatar á un marsellés, cautivo por los moros de Tetuan.

— ¡Un marsellés! exclamó la favorita — mirando á Huberto, que habia dejado caer la copa que llevaba á sus labios.

— Sí: el célebre castellano de la Breda visitaba muchos veranos á su hermana Mad. d'Héricourt, residente en la bella ciudad de la Provenza.

¡Su nombre! ¡su nombre! — gritó nuestro héroe con voz trémula, poniéndose en pié sin miramiento á nada. ¡Decidme su nombre!

— El del cautivo rescatado era Robert, como el vuestro, si no me engaña la memoria.

— ¡El de su libertador! ¡hablad! ¿Cuál es el nombre de su libertador misterioso?

— ¿No habeis atendido á la conversacion? dijo la marquesa. Se hablaba de Cárlos de Secondat, baron de Montesquieu, muerto en París el 10 de Febrero de este año.

— ¡El 10 de Febrero! exclamó Huberto. ¡Cómo! ¿Aquella dia en que se celebraban mis bodas, en que se completaba la dicha de que él habia sido doblemente autor; aquel dia mismo espiraba cerca de mí el ángel tutelar de mi familia?..... ¿Permaneció, pues, en la tierra sólo hasta completar invisible la obra de su bondad, y fué á recibir el premio eterno desdeñando el humilde de la gratitud humana?.....

El hermoso semblante del artista se cubrió de lágrimas, que embargaron su voz por un momento; miéntras todos le miraban, — suspendiendo la comida, — con asombro unos y enternecimiento otros.

— Calmaos, Mr. Robert, comenzó á decir la marquesa; pero ántes que terminára su frase, el jóven — fuera de sí — levantó de la mesa á Josefina, y arrancándola las flores que ornaban sus cabellos,

— ¡A su tumba! — exclamó — ¡á su tumba estas flores!..... ¡Vén, corramos! ¡Nuestro bienhechor espera la bendicion de nuestra despedida.

Dichas estas palabras, y tomando del brazo á su hermosa compañera, dejó el salon pidiendo excusa á la marquesa y á los convidados, que abandonaron todos momentáneamente la mesa.

Media hora más tarde se hallaban arrodillados los dos recién casados ante la funeraria losa en que se leia el gran nombre del baron de Montesquieu. Las flores del banquete se esparcian sobre la sepultura, y las preces de la religion se elevaban silenciosas bajo la sombría bóveda de la capilla.

¡Ah! si en la eternidad conservan las almas alguna misteriosa relacion con el precario globo que abandonaron; si les es dado contemplar desde las tranquilas esferas de lo inmutable las móviles escenas de la vida terrestre; sin duda, el célebre autor de las *Cartas persianas*, del *Ensayo sobre el gusto*, de las *Consideraciones sobre el origen de la grandeza y decadencia romana*, y del *Espíritu de las leyes*, — que vivirá lo que el mundo, — no se sentirá tan halagado por la gloria

que le conservarían aquellas obras en generaciones sucesivas, como lo debió quedar en el cuarto cinco de Junio de esta sencilla historia, al escuchar las bendiciones de las dos nobles criaturas que velaron toda la noche regando su tumba con el llanto del reconocimiento.

Nueve años despues, — cierta mañana de Abril, — entraba en París ancho coche de viaje, llevando á su testera un gallardo caballero y una bellísima dama, ambos en la lozanía de la vida. Ocupando los asientos del frente, veíase á una corpulenta mulata, ya algo vieja, pero frescota aún, entreteniendo con figurillas de movimiento á cuatro preciosos niños que la rodeaban, como un coro de ángeles.

El sol de Italia, que habia oscurecido un tanto la ántes alabastrina frente del jóven padre de familia, y el carácter de viril gravedad impreso ya en su hermosa fisonomía, no le cambiaban de tal modo que no se reconociera con sólo una mirada al artista barquero, — que regresaba á la patria, cumplido el tiempo de sus estudios en la tierra clásica del arte, precediéndole la alta reputacion conquistada por sus dos bellas obras de las *Catacumbas de Roma* y el *Sepulcro de Mario*.

El coche se detuvo frente casi al gran edificio de la Real Academia de Bellas Artes — que pronto habria de abrir sus puertas al viajero, contándole con orgullo entre sus mimbros más dignos — y ante la de una elegante casa, mansion de Mr. Caillard.

Esperaba éste á sus hijos en medio de la familia Robert, aumentada con los maridos y la prole de las dos señoritas, casadas ya ventajosamente, y excusado es decir que fué inmenso el general regocijo en aquella reunion, largo tiempo anhelada.

Huberto Robert, sin embargo, supo arrancarse de la felicidad que por todas partes le sonreía, para llenar deberes que conceptuaba sagrados.

Quería partir en seguida á besar la mano de su rey, y á poner á las plantas de su protectora la corona artística con que una ilustre academia italiana le habia premiado, recientemente, en público certámen.

En efecto, dos horas despues se dirigia á Versalles un ligero carruaje, que ocupaba él solo, y daban las cinco de fria y nebulosa tarde cuando descendió á la puerta principal del régio alcázar, que le era tan conocido.

En aquel mismo instante salia por otra puerta un ataud sin blasones, que llevaban en hombros dos groseros gañanes.

Ningun amigo, ningun criado acompañaba como doliente al solitario cadáver, conducido de prisa, sin pompa fúnebre ni religiosas preces, á su última morada en la tierra.

Huberto Robert se detuvo á mirarlo con emocion inexplicable.

Miéntras tanto apareció Luis XV en el balcon más próximo, y notando que empezaba á lloviznar al dirigirse el féretro por la avenida de París, dijo bastante alto al duque de Fleuri, que asomaba la cabeza á su lado:

— ¡Pobre Pompadour! creo que hará con mal tiempo su postrer viaje.

Aquel nombre hirió los oidos del artista, arrancándole un grito que hizo fijar en él las miradas del monarca. Pero aunque le reconoció éste, y hasta le llamó afectuosamente, el jóven — sin saludarle siquiera — echó á correr en seguimiento del solitario ataud que se alejaba.

Pronto la lluvia se desató con fuerza; mas á pesar de ella y de la profunda oscuridad de destemplada noche, — que les sobrecogió en el camino, — siguió el esposo de Josefina, á pié y con la cabeza descubierta, acompañando al cadáver hasta dejarlo en el convento de las Capuchinas de París, donde entró en silencio, para sepultarse en modestísima tumba, la omnipotente favorita cuyos caprichos rigieron veinte años á la Francia.

La corona del artista, colocada por él mismo sobre la fria lápida, fué la única ofrenda consagrada á su memoria.

18
19
20
21

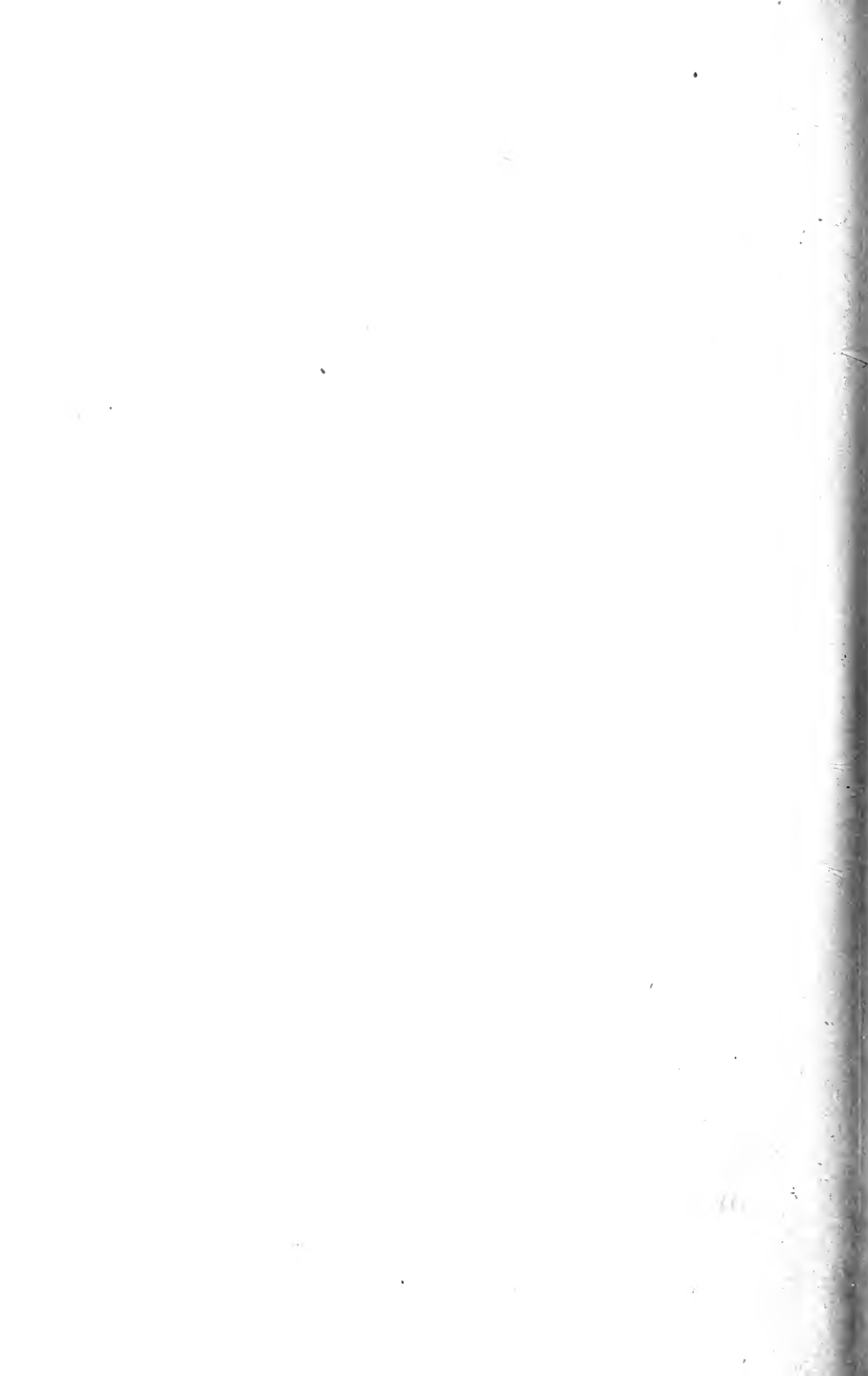
22
23
24

25
26

27
28

ESPATOLINO ⁽¹⁾.

(1) Se imprimió esta novela, por primera vez, el año de 1844.



ESPATOLINO ⁽¹⁾.

I.

¿Habeis estado alguna vez en Italia? ¿Conoceis aquel país clásico de los héroes, de los artistas y de los bandidos? Si por pereza ó absoluta carencia de medios no habeis tenido aún la dicha de recorrer aquella privilegiada region de Europa, no os habrá faltado, por lo ménos, uno de tantos libros curiosos como circulan por esos mundos, y gracias á los cuales alcanzamos todos la ventaja inestimable de viajar sin movernos de nuestro sitio, mirando y comprendiendo tan celebrado país con los ojos y la inteligencia de Lalande, de Mad. Staël, de Chateaubriand, de Dumas y de otros infinitos, cuyos nombres sería largo consignar. ¿Y quién, además, no ha tenido á mano una de aquellas innumerables guías, con cuyo auxilio se logra en pocos minutos conocer palmo á palmo aquella tierra bendita, inexhausta fuente de inspiracion para el poeta y para el novelista?

Dando, pues, por indudable que conoceis — tanto como yo misma al ménos — la parte del mundo á que intento traspor-

(1) La funesta celebridad que goza el personaje cuyo nombre ponemos por título á esta novelita, nos dispensa de asegurar que no es un ente imaginario, y que muchos de los hechos que vamos á referir, son exactamente verdícos.

taros, espero me seguiréis sin ningun género de temor ó desconfianza, y áun supongo que no me impondréis en toda su extension la enojosa tarea de *cicerone*.

En este concepto, trasladémonos desde luégo, lectores míos, al camino de Roma á Nápoles, y descansenos un instante en aquella línea que separa los Estados Pontificios del territorio de la antigua Parténope. Echemos desde allí una rápida ojeada al suelo pantanoso y triste que dejamos á la espalda, y del cual pudiera decirse que—cansado de producir grandes hombres,—desdeña el fútil adorno de la vegetacion; y otra no ménos breve á las fértiles campiñas que se despliegan delante de nosotros, y en las que hallaremos toda la lozanía, todo el vigor de la naturaleza más rica, pudiendo apénas persuadirnos que esa tierra—al parecer tan jóven—conserva la huella de glorias tan antiguas como las que guarda su orgullosa vecina.

Continuemos nuestra marcha, sin volver á detenernos, ni para admirar los paisajes, ni para saludar con religioso respeto aquella torre que atrae nuestras miradas, y donde descansaron las cenizas del célebre Marco Tulio.

Apartemos tambien la vista de la bella perspectiva que nos ofrece la ciudad fundada por Enéas (1), teatro de tantas luchas; dejando asimismo á un lado las ruinas de la antigua Minturna, á cuya intermediacion halló un asilo el jóven Mario contra la persecucion del implacable Sila. Para acercarnos rápidamente al local de nuestra primera escena, preciso es cerrar los ojos y no distraernos con los recuerdos que aquí han dejado la poesía y la historia: preciso es continuar nuestra marcha y divisar el monte Massico, sin acordarnos de que sus excelentes vinos han sido celebrados por Horacio; ni de que podemos encontrar, no léjos de él, los vestigios de un magnífico anfiteatro.

Próximos nos hallamos á la nueva Capua, vecina de aquella cuyas delicias fueron fatales á las tropas de Anníbal, y más adelante descubrimos—coronando una pintoresca colina—el soberbio palacio mandado construir por Cárlos III; pero en el que no pararemos la atencion por llegar cuanto

(1) Gaeta.

ántes á la tierra de San Elpidio, donde existió en otro tiempo una ciudad de los volsco.

¿Qué nos falta?... otra jornada corta, y ya estamos en Nápoles, y ya vemos su golfo bordado de islas, entre las que descuella la célebre de Tiberio (1); encerrando entre sus rocas el maravilloso lago, cuyas aguas, arenas y piedras, se adornan con igual pureza del más sereno azul del firmamento; y la feraz Ischia, levantándose con elegancia sobre su pedestal de basalto; y Prócida, con su viejo y ruinoso castillo — en otro tiempo importante — donde meditó tal vez el vengativo Juan los sangrientos horrores de las vísperas sicilianas.

Mas nada de esto debe ocuparnos por ahora: advertid que estamos en el año de 1811, cuando el brazo del coloso del siglo, tendido sobre la hermosa tierra que pisamos, imprime un sello de terror que embarga la facultad de los recuerdos.

Epoca por cierto inoportuna hemos escogido para visitar tan peregrina region. Doquier hallamos las señales de una política ambiciosa y suspicaz, y en el silencio de las poéticas noches, en vez de los cantos del pescador que tendía sus redes al compas de las estrofas del Tasso, escuchamos las roncadas voces de los soldados franceses, que nos recuerdan todavía los terrificos tonos de la Marsellesa.

Sin embargo, en esta tierra que veis sometida á un yugo extranjero, respiran algunos hombres libres, indómitos, que vagan á su capricho por todo el país que acabamos de recorrer rápidamente, y por otros que no es del caso mencionar; bastando asegurarnos que su fama resuena desde las majestuosas selvas de Neptuno (2) hasta el estrecho de Mesina.

¿Quiénes son, pues, me preguntaréis, esos herederos de las glorias romanas; esos fieros vagabundos, que—como rocas aisladas—sirven todavía de escollo al poder desbordado de la Francia?—Muy sensible es á mi corazón descubrir una

(1) Capri.

(2) Estas selvas, cuyo carácter primitivo y poético han encomiado muchos viajeros, se hallan cerca de Roma.

triste verdad; pero es deber de que no puedo eximirme. ¡Esos hombres son unos bandidos! Si quereis conocer al jefe de aquella horda atrevida, no teneis necesidad de consultar historias; pronunciad solamente el nombre de Espatolino delante de los poetas italianos, y os inundarán con multitud de versos consagrados á sus funestas hazañas: preguntad tambien á las mujeres, ya sean de Palestrina, de Sorrento ó de Monteleone, y os harán á porfía maravillosas narraciones, en que hallaréis amalgamados el ingenio y el crimen, la ferocidad y el heroismo.

Mas nada preguntéis—si es que os place ahorraros un trabajo inútil—pues los hechos de que voy á hablaros son tan auténticos, que no necesitan testimonio alguno.

¿No veis aquella barca que se desliza suavemente por la azul superficie del golfo, al monótono compas de cuatro remos, manejados sin duda por expertas manos?

Parece haber salido de Nápoles con direccion á Pórtici.

A la suave claridad de la luna, —que brilla en toda su plenitud en mitad del cielo de la hermosa Parténope, — podeis distinguir sin dificultad los cuatro individuos que ocupan la barca. Dos de ellos son remeros, que sólo interrumpen su silencio para dirigirse de vez en cuando alguna palabra insignificante; pero los otros dos parecen empeñados en conversacion muy viva. El uno, que representa de 50 á 55 años, mezcla al idioma frances—que usa—voces italianas, que descubren—así como su viciosa pronunciacion—no serle familiar la lengua de que se sirve. El otro, mucho más jóven, se expresa con pureza y facilidad, como quien maneja el idioma nativo. El primero es de pequeña estatura, enjuto de carnes, de aspecto sagaz; su fisonomía y su traje anuncian un agente de policia. El segundo es alto, bien encarado, de mirar fogoso; se distingue por la marcialidad de su porte, y no hay precision de penetrar bajo su *ferre-ruelo* y ver su uniforme, para reconocer á un oficial frances.

—Os repito, Sr. Angelo, decia éste atuzándose el bigote; os repito que es una mengua para el gobierno que á las puertasmismas de populosas ciudades, defendidas por las armas francesas, se cometan cada dia tantos y tan escandalosos atentados por un puñado de foragidos.

—El divino Hijo de María tenga piedad de nosotros, respondió el agente de policía; pero, ¿qué quiere V. E. (1) que haga un infeliz como yo contra el hombre que así se burla de todo el poder de Francia? Espatolino, señor coronel Arturo de Dainville, debe ser un ahijado de Luzbel, que sin duda hizo pacto con su padrino desde los primeros años de su vida, comprando ¡Dios sabe á qué precio! su especial é invisible proteccion. A la edad de veinte y cuatro años ya tenía nombradía en su funesta carrera, y hace más de quince que crece de dia en dia la fama de sus abominables triunfos. ¡Oh, señor Dainville! el invencible emperador bien puede haber encadenado á su carro todos los númenes del destino; pero no sé si podrá entenderse con los espíritus infernales que auxilian al bandido.

—No son ellos los que le han librado hasta ahora, respondió con visos de enojo el militar; sino vosotros los italianos, que —aunque fingis maldecirle— inutilizais cuantos esfuerzos emplea el gobierno, dando aviso de todas sus operaciones al célebre malhechor. ¿Pensais que se me ocultan los nombres de sus favorecedores?

A la luz del dia se hubiera visto palidecer el rostro del agente; pero aunque la macilenta claridad de la luna le fuese en este punto propicia, notábase el temblor de su voz cuando contestó despues de breve pausa:

—La santa Madonna me preserve de poner en duda la incomparable perspicacia de S. E.; pero, ¿quién se atreveria á hacer traicion al gobierno frances, que es tan general y profundamente respetado?

—Os digo que conozco á cuantos se han atrevido, Sr. Angelo, y que bien pudiera impedir los caritativos avisos que dan al bandolero, haciéndoles cerrar las bocas con el plomo de las balas.

—Es muy cierto, señor; es demasiado cierto, repuso el agente: nadie ignora que el valeroso coronel Dainville, pariente del director de policía y amigo de otras muchas altas

(1) En algunos paises de Italia, la gente humilde da el tratamiento de *excelencia* á todos los que por su porte y lenguaje indican una clase distinguida.

personas que ocupan los primeros destinos del reino, goza toda la influencia que merece, y.....

— No se trata de mi influencia, interrumpió el jóven, ni la necesito para entregar los culpables, cuyo castigo reclama la justicia. Os he dicho y os repito, Sr. Angelo Rotoli, que si Espotolino se pasea impunemente desde Roma hasta Reggio de Calabria, es por culpa de aquellos que le sirven de espías cerca del gobierno.

— Así será, señor valerosísimo, así será—respondió el esbirro, cada vez más turbado: —no dudo que Espotolino tenga numerosas relaciones en el país, y que, advertido de las sábias disposiciones del gobierno, logre inutilizarlas con su astucia y su talento..... porque se dice que ese malvado tiene singular talento, Sr. Dainville, y aparte de sus comunicaciones con el espíritu malo.....

— Dejad los espíritus en paz, y ántes que lleguemos á Pórtici pongámonos de acuerdo, como buenos servidores del Estado. Sed sincero y veraz una vez en vuestra vida, Sr. Angelo. Todavía puedo perdonaros pasadas imprudencias; pero si persistis en una disimulacion culpable, os declaro que designaré por sus nombres á los funcionarios públicos que osan proteger la impunidad de una cuadrilla de asesinos.

Tembló de piés á cabeza el italiano; pero dijo al cabo, envalentonándole cierta reflexion secreta:

— Yo no sé, excelencia, hasta qué punto sea exacto el nombre de asesino que aplicais á Espotolino; pues aunque no quepa duda de que á manos de su cuadrilla han perecido algunos hombres, no recuerdo ningun hecho que pruebe en él un natural feroz y sanguinario. Se dice que no le faltarán buenas obras que poner en la balanza de sus faltas, y que si los poderosos tiemblan al escuchar su nombre, le bendicen no pocas veces los aldeanos que han perdido su cosecha; pues sabida es la generosidad con que sabe socorrer la miseria.

— Con la bolsa que roba en los caminos públicos, exclamó indignado el oficial: con el oro que arranca de los cadáveres de sus víctimas..... ¡Excelente modo, Sr. Angelo, de ser generoso! En fin, el tiempo se pasa, y por última vez os repito que es preciso que elijais entre servir fielmente al

gobierno, ó responder á los cargos que pesan sobre vos, pues sois acusado de mantener secretas comunicaciones con el jefe de los bandoleros.

— ¡Glorioso San Paolo! exclamó, juntando las manos, el agente de policía: ¿quién puede haber dicho tan infame mentira al Sr. Arturo de Dainville? Todo el mundo conoce en Roma mi conducta ejemplar, y consta que he venido á Nápoles para tomar posesion de ciertos bienes heredados de un pariente, y de la casita que he comprado en Pórtici, segun lo sabe V. E., que se digna esta noche acompañarme á ella.....

— Para adquirir mayor certeza de vuestra falta de sinceridad, Sr. Angelo, — dijo el coronel, encendiéndosele un tanto la frente y las mejillas, — pues tan convencido estoy de que no me ama vuestra sobrina, por más que me asegureis lo contrario, como de vuestra complicidad con Espatolino, no obstante el descaro con que pretendéis negarla.

— La chica es tímida y arisca como gamo montaraz, respondió Rotoli; pero yo leo en su corazon y persisto en afirmar al Sr. Arturo que logrará completo triunfo, si no cesa en el empeño. Tocante á Espatolino, sólo haré observar á S. E. que me habla únicamente de convicciones, y que necesita algo más; necesita pruebas.

— Las tengo, respondió el oficial.

— ¡Las teneis!

— Decid, Sr. Rotoli — ya que os empeñais en reducirme al extremo de hablaros sin ambages; — decid: ¿quién pagó los doscientos luises de oro que debiais al maestro de posta de Civita-Vecchia, y por los cuales os amenazaba con la cárcel?

El agente se esforzó para contestar con aparente calma:

— No sé con qué objeto me dirige V. E. esa extraña pregunta; pero la satisfaré sin vacilar, diciéndole que el maestro de posta de Civita-Vechia percibió de mis propias manos la mencionada cantidad, y que tengo su recibo.

— Si el maestro de posta la tomó de vuestras manos, no negaréis que á las vuestras llegó por las de Espatolino.

— ¡La divina Madonna y el bienaventurado San Carlos me valgan! gritó con gesto de doloroso asombro el italiano. ¿Decis, señor mio carisimo, que fué Espatolino.....

— El que os regaló los 200 luises de oro que pagasteis al

maestro de posta; y si deseabais conservar el secreto no obrasteis con prudencia en maltratar á la persona que tuvisteis por confidente, y que—en venganza— puede muy bien decir, á cuantos gusten escucharle, que Espatolino paga vuestras deudas en premio de otros servicios que recibe de vos.

Brillaron con expresion salvaje los ojos negros de Rotoli, y con una voz gutural y áspera—que más que acento humano parecia rugido de una hiena—dijo, torciéndose las manos y abandonando el idioma de que hasta entónces se sirviera, para usar el suyo nativo:

— ¡Pícaro infame! yo le arrancaré la lengua.

Dominóse, empero, y añadió con tono sumiso y zalamero:

— ¿ V. E. habla tal vez de ese desgraciado Pietro Biollec-care, que no puede perdonarme el haber sido más afortunado que él? Nuestro comun deudo, al que pensaba heredar, tuvo el antojo de preferirme, y no he logrado aplacar el ódio de Pietro, ni áun con la generosa conducta que ántes y despues del hecho he observado con él. En mi casa le acogí en los dias de su desamparo, Sr. Arturo, y á mi casa le llamé despues que supe ser yo la causa—aunque inocente—de su última desgracia; procurando por todos los medios imaginables hacerle olvidar el malogro de sus esperanzas: pero ¡en balde! Ingrato á tantos beneficios, me calumnia por todas partes desde que le reconvine paternalmente porque tuvo el atrevimiento de poner los ojos en mi Anunziata.

— ¡Cómo! exclamó el coronel, sin poder prescindir de cierto impulso de enojo: ¿osó aspirar ese pobre diablo á vuestra hermosa sobrina?

— Sí, señor, afirmó el esbirro, mintiendo admirablemente. Es bastante loco y audaz para pretender nada ménos que rivalizar con V. E.; y por haberle reconvenido yo se ha salido de mi hospitalario albergue, declarándome guerra á muerte.

— Pero es el caso, Sr. Angelo— repuso el jóven frances — que el tal Biollec-care guarda contra vos un testimonio irrecusable.

— ¡ Un testimonio!.....

— Cierta carta vuestra cuya copia me ha dado, y que dice, poco más ó ménos, lo siguiente: atended.

«Amigo y camarada E.....: Os doy gracias por los 200
»luises de oro que tan generosamente me habeis proporcio-
»nado, y os veré mañana á la hora y en el sitio que me in-
»dicais. Miéntras tanto, andad con cuidado, porque más que
»nunca se esfuerzan estos dias por echaros la garra, aunque
»por mi parte desoriento todo lo posible; respecto á lo cual os
»contaré pormenores chistosos. Vuestro siempre.—A. R.»

—¿Y por una simple inicial, que puede convenir á innumerables nombres, infiere V. E. que se dirigia esa carta.....

—A Espatolino, sí; no os empeñeis en una disimulacion que de nada os valdrá, si ese escrito de vuestra mano llega á las del director de policia. Sabed que me debeis el servicio de que aún no la haya presentado Pietro, como era su deber y su intencion.....; porque, despues de todo, Sr. Angelo, no puedo ménos que mirar en vos al pariente y protector de la encantadora Anunziata.

—Se lo agradezco á V. E. con toda mi alma, respondió el esbirro, tomando y besando la diestra del oficial; pues no siempre basta la inocencia para poner á cubierto á un desvalido como yo de los terribles efectos de la calumnia.

Sonrió el jóven coronel al escuchar estas palabras, y como al mismo tiempo se detuvo la barca —encontrándose delante de Pórtici — saltó ligeramente á tierra, limitándose á decir :

—Pensad con detenimiento en cuanto me habeis oido y no hagais inútil mi buena voluntad, proporcionándome el disgusto de veros en la horca. Ahora, vamos á vuestra casa, pues deseo saludar á vuestra bella sobrina, y saber de sus labios si al fin hay algo de verdad en los sentimientos que la atribuis.

—¡Desdichada de ella, murmuró entre dientes el italiano, si no obedece en ese punto las órdenes que la he dado!

La casa hácia la cual se encaminó con su interlocutor, aunque en paraje extraviado y solitario, ocupaba una situacion pintoresca, y al llegar á ella detúvose un momento Rotoli, para mirarla y admirarla con el orgullo de propietario :

—Tal cual la ve V. E., dijo al coronel, no la trocaria yo ni por el palacio de Cellamare.

—Entremos — pronunció Dainville, tocando familiarmente con su mano izquierda el hombro derecho de Rotoli—

y tened entendido que si llenais vuestros deberes para con el gobierno, y vuestra Anunziata alimenta por mí los afectos que suponeis, ella y vos podeis esperar mucho de mi afecto, y esta casa albergará las personas más felices que existirán en Italia.

— Así lo creo, generosísimo señor, así lo creo; dijo Angelo golpeando la puerta: pero nadie respondió.

— La pobre chica es medrosa como una cervatilla — dijo — y se habrá metido en lo último de la casa.

— Hacedis mal en dejarla sola, Sr. Rotoli.

— No hay que temer, excelencia; porque por estas cercanías no aparece otro bandolero que..... ninguno, absolutamente ninguno, Sr. Dainville.

Sonrió el oficial y repuso casi jovialmente:

— No recojais vuestras palabras, y decid sin rebozo que no suele venir otro bandido que Espatolino, de quien nada tiene que temer el que le escribe cartas afectuosas.

Desentendióse Rotoli de la observacion, y volvió á llamar repetidas veces, sin que se interrumpiese el silencio que reinaba dentro de la casa, hasta que — empujando fuertemente — cedió la puerta y se abrió crujiendo.

— La puerta está abierta, y la casa en completa oscuridad, exclamó asombrado. ¿Si se habrá dormido Anunziata?

Sacó fuego, encendió, penetró en la casa, seguido del coronel..... pero estaba desierta.

— ¡Glorioso San Paolo! gritó entónces: ¡nadie! ni Anunziata, ni su perro, á quien por amor á mí ha dado el nombre de Rotolini..... ¡*Maledetto!* ¡mi perla ha sido robada!

— ¡Robada! repitió Arturo estremeciéndose.

— ¡Por Pietro! añadió el agente, como herido de súbita inspiracion.

— ¡Oh, librele Dios de que sea exacta vuestra sospecha! dijo el coronel, temblando de ira. Venid, volvamos á Nápoles; quiero que al punto la policia.....

— La policia no hará nada, interrumpió Angelo, ni hay necesidad. ¿Pensais que el bribon se habrá quedado al alcance de la policia? ¡Ay perla de mi vida! ¡Anunziata! ¡mi ángel! ¡Yo te recobraré! Aunque te oculten en las entrañas de la tierra, sabrá encontrarte Espatolino.

Estas imprudentes palabras, que se escaparon al desconsolado Rotoli, no produjeron en el extranjero el efecto que hubieran causado en otra cualquiera circunstancia.

—¿Espatolino decis? exclamó. ¿Pensais que podrá descubrir el paradero de Anunziata?

—Nada hay que se le oculte, respondió con ferviente fe el italiano: no existe rincón de Italia que no conozca, y donde le falten agentes y amigos. Sí, señor; ántes de tres días nos será devuelta Anunziata.

—Pues bien, dijo el coronel, después de un instante de vacilación; ved á ese hombre, y decidle que si me la restituye..... le prometo su indulto.

Salió al concluir estas palabras, dirigiéndose en busca de la barca que debía volverle á Nápoles; mientras Rotoli murmuraba — con rápidas y maravillosas transiciones del dolor á la alegría:

—¡Pobre sobrina mia! — ¡Pícaro Pietro, tú me pagarás el haber vendido mi secreto! — ¡Perla de mi corazón! — ¡Traidor, ya caíste en mis manos! — ¡Qué desgracia la mia, Santísima Madonna! — ¡La venganza! ¡qué cosa tan dulce es la venganza!

II.

Al siguiente día, á las once de la mañana, atravesaba Rotoli la plaza del Mercado y se dirigía á la casa de Dainville, situada hácia el principio de la calle conocida con el nombre de *Vico del Sospiro*, porque desde ella alcanzaban á ver los reos condenados á la última pena el instrumento del suplicio, que de tiempo inmemorial tenía su asiento en aquella plaza.

Angelo se detuvo un momento mirando el paraje en que era costumbre levantar, cuando llegaba el caso, aquel objeto terrorífico; y si algún extranjero le hubiese visto entónces,

preocupado al parecer por hondo pensamiento, habria imaginado, juzgando por sus propias impresiones, que el corazon del agente se conmovia al recuerdo de las agonias sin número que habia presenciado tan formidable sitio.

En efecto, ¡cuántas memorias no puede despertar el *Largo del Mercato*! ¡De cuántos grandes sucesos no ha sido teatro! Allí terminó su acibarada vida la ilustre víctima del inexorable Carlos, el infortunado Coradino; allí tambien fué inmolado Federico de Austria; allí, en fin, se verificaron las principales escenas de la célebre revolucion que tuvo por jefe al hombre extraordinario que—en las tempestuosas y últimas horas de su existencia—recorrió con rapidez increíble toda la extensa escala de los destinos sociales, desde pescador hasta jefe del Estado (1).

Y si la imaginacion se desvia de las imágenes de lo pasado, que la vista de aquella plaza despierta en la memoria, ¿cómo no fijarla en el espectáculo singular que allí presenta siempre una clase excéntrica en la humanidad, extranjera á la civilizacion, y cuyo retrato pudiera parecernos capricho de la fantasía á no tener tan cerca el original?

Los *Lazzaroni* abundan constantemente en la plaza del Mercado, como paraje de los más concurridos, y á todas las horas del dia se escuchan allí sus melancólicos cantos.

Sin embargo, no eran aquellos pobres seres, ni los grandes sucesos que se ofrecian á la memoria, los que motivaban la suspension de Rotoli. El rencoroso italiano coordinaba el plan que debia seguir para satisfacer su venganza, y mirando el local destinado al suplicio—con sensaciones de temor y de esperanza—se decia á sí mismo:—¡Si consiguiese ver figurar en él al ingrato Pietro!—Ánimo, Rotoli, añadia; el coronel está ciego de amor y de celos, y todo depende de que tengas el necesario talento para hacer que sea en su juicio una certeza absoluta, lo que no es en el tuyo ni áun ligerísima sospecha.

Entró resueltamente en la casa de Dainville al terminar estas reflexiones, y no tardó en verse dentro del dormitorio

(1) Masaniello.

de aquél, que sin duda habia pasado mala noche, pues áun estaba en cama con rostro algun tanto macilento.

— Y bien, Sr. Angelo, dijo incorporándose: ¿qué noticias me traeis de Anunziata?

— Ninguna, ilustre coronel, ninguna que pueda agrada-ros. Sólo sé que su raptor es — como habia sospechado — el indignísimo Pietro.

— ¿Cómo lo habeis sabido? preguntó vivamente Arturo.

— Por confesion de su mismo padre, el viejo Giuseppe Biollecare, que fué marino en su juventud, despues labrador, y últimamente no es nada ni tiene sobre qué caerse muerto. ¿No le conoce V. E.? Es un hombre cargado de años, pero que áun pudiera ganar el pan si no fuese tan flojo como su hijo. No es, sin embargo, un pícaro; nada de eso: el viejo Giuseppe pasa generalmente por buen sujeto, honrado, leal y religioso, aunque en razon de su miseria haya contraido deudas, y.....

— ¡Adelante, Sr. Angelo! exclamó el jóven frances sin tratar de reprimir su impaciencia. ¿Qué diablos me importan las noticias que me estáis dando?

— Yo pensaba que escuchariais con gusto los antecedentes que en mi pobre juicio pueden contribuir á la aclaracion del caso que nos ocupa. Sabed, nobilísimo coronel, que aquel buen viejo, que no es capaz de una mentira, y lo mismo su hija María — que parece excelente muchacha — me han dicho con lágrimas en los ojos que el malvado Pietro falta de su casa hace tres dias con hoy. Atended á esto, Sr. Arturo: ¡tres dias! Es decir, que salió de su casa ántes de ayer, sin duda para rondar en torno de la mia, acechando el momento favorable de ejecutar su perverso designio, como lo consiguió desgraciadamente en la noche última. El anciano me ha dicho que se llevó consigo su escopeta y su cuchillo de monte, pero que no tocó al poco dinerillo que tenian. ¡Dios sabe cómo se proporcionará metálico el perillan!

— ¿Es verdad lo que decis, Sr. Angelo? respondió Dainville: mirad bien cómo hablais, pues haceis nacer en mí tan vehementes sospechas contra ese mozo, que si le calumniaséis.....

— ¡El bienaventurado san Giovanni me favorezca! exclamó santiguándose el italiano: V. E. puede ir á ver al viejo

Giuseppe, y oirá de sus labios cuanto acaban de articular los míos.

— ¡Y qué! gritó con exaltacion el jóven. ¿No os habeis presentado á los tribunales de justicia? ¿No habeis todavía acusado solemnemente al infame raptor?

— Lo haré, Sr. Dainville, lo haré; pero poco puede esperar un infeliz como yo cuando no le protege algun amigo poderoso.

— ¡Basta! dijo Arturo; y echándose fuera del lecho comenzó á vestirse apresuradamente. Mirábale Rotoli con ojos centelleantes de placer, y allá en sus adentros se decia:

— Pietro va á pagármelas; es hombre perdido.

Luégo, como para sosegar su conciencia— que acaso no estaba todavía completamente muerta —añadia:

—Así como así, él no podia parar en bien. Además, nadie puede decir con justicia que le haya calumniado, pues cuanto acabo de asegurar es la pura verdad. Mi única falta consiste en haber inventado que amaba á Anunziata, y en fingirme convencido de que es su raptor; cuando harto temo encontrar en el verdadero culpable un rango muy superior al suyo, pues no son pocos los ilustres caballeros que codician la posesion de mi perla.

Miéntras de este modo discurria, díjole el coronel:

— Nada me habeis hablado del hombre en quien fundabais anoche tan halagüeñas esperanzas.

Aproximóse Angelo, y respondió con misterio:

— Lo he visto, excelencia, lo he visto esta mañana, y — segun esperaba — me ha ofrecido su auxilio; pero ¡ah! el pobre camarada no conoce á Anunziata, y dice que no recuerda casi la figura de Pietro.

— ¿No conoce á Anunziata, habiendo estado con frecuencia en vuestra casa?

— ¡En mi casa, señor! Os engañais. No queria yo ni áun que sospechase mi perla la existencia de mis relaciones con el terrible sujeto, á cuyo solo nombre temblaba la pobrecilla como la hoja de un árbol azotado por el viento.

— Celebro vuestra prudencia, dijo Arturo, que parecia irse habituando á hablar del bandido sin horror.

Y acabando de vestirse salió con Rotoli resuelto á no perdonar medio alguno para descubrir el paradero de Pietro.

En efecto, los más activos gendarmes se repartieron aquella misma mañana en diversas direcciones — después de pedir al agente puntuales señas de la víctima — y sus diligencias fueron tan eficaces y felices que al día siguiente fué capturado el infeliz Pietro en una fonda de Marigliano. Poco después hallóse en la presencia de Arturo; pues habiendo comprendido el grande interés que tomaba en aquel asunto, se apresuraron los gendarmes á darle un irrecusable testimonio de su diligencia en servirle.

Estaba Rotoli con el coronel, cuando fué presentado á éste — atados entrambos brazos con gruesos cordeles — el mozo Biollecare, cuyo rostro expresaba la más violenta desesperación.

— ¡Desventurado! le dijo Arturo con severo acento, después que por su orden se hubieron retirado los gendarmes. ¿Pensaste que tu crimen quedase desconocido ó impune? Cuando te cubrias delante de mí con máscara de honradez, y acusabas al hombre bajo cuyo techo halló un asilo tu vida vagabunda, ¿esperabas engañarme tan completamente que cerrase los ojos á las evidentes pruebas del atentado que meditabas?

Hizo una breve pausa, durante la cual apenas respiraba Rotoli, temiendo que el acusado alcanzase á producir razones ó pruebas que le disculpasen; pero Pietro continuaba turbado, afligido y mudo, con toda la apariencia de un reo convicto.

— Sí, prosiguió el coronel; existen testimonios de tu crimen, que harían inútil cualquier subterfugio dictado por la astucia, y si de algun modo puedes excitar mi compasión y moverme á emplear esfuerzos para hacer ménos dura la sentencia que mereces, sólo lo lograrás por medio de la sincera confesion que aquí pronuncies.

Las esperanzas que le prestaban estas palabras parecieron reanimar el abatido ánimo del acusado, que levantando los ojos, los clavó en Arturo con notable expresion de arrepentimiento y dulzura.

— No es mi intencion negar nada, dijo seguidamente; pues adivino que ha sido mi hermana la que me ha delatado. Bien me amenazó con hacerlo; pero yo pensaba que sólo lo decia para apartarme de mi idea, y ahora mismo

que estoy viendo su traicion.....; pero se la perdono; sí, señor. La pobre chica es tan virtuosa, que creeria deber suyo el declarar mi culpa, y esto debe recomendarla mucho con las gentes honradas. Sólo quiero hacer presente al señor Dainville que mi padre es tan bueno como María, y está de todo tan inocente como el dia en que nació; por eso los jueces deben compadecer y respetar al pobre viejo, que harto dolor tendrá cuando mire mi castigo. Es cuanto puedo decir al señor coronel, y lo que diré al tribunal que me juzgue; pues repito que nada niego, y me abandono á su justicia.

Al escuchar la completa confesion de un delito de que él mismo—siendo su acusador—le creia inocente, estregóse los ojos Angelo imaginando que soñaba; y abriéndolos extraordinariamente los clavó despues con sorpresa en el hijo de Giuseppe, miéntras decia en su interior:

—¿Si habré acertado por casualidad? ¿Si lo que suponía una invencion del ódio, sería una inspiracion de la verdad?

Ménos sorprendido Arturo, dijo al preso:

— Haces bien en no intentar inútil negativa; pero no basta que confieses el hecho; es necesario devolver al instante la prenda tan villanamente robada.

Entónces fué Pietro el que abrió los ojos con el aire de quien se esfuerza para comprender.

—¡ La prenda robada! repitió dos veces. V. E. ha sido sin duda mal informado. No aseguro que *ellos* no hayan robado una prenda, ni áun que fueran mil; pero protesto que no he tenido parte. Desde el momento en que logré reunirme á la banda, el capitan me encargó la comision de ir á Nola y á Marigliano para llevar ciertas cantidades á unas pobres familias que protege. Obedecí, como era preciso, y cuando los gendarmes me prendieron en la hostería del Oso Blanco de Marigliano, áun no habia vuelto á juntarme con Espatolino y su gente. Esta es la verdad: mintió quien dijo que robé prendas á nadie..... harto culpable soy con lo que he hecho y confesado, sin necesidad de que me inventen delitos que todavía no he cometido.

Habia en el aspecto y tono del mozo un carácter de sencillez y verdad que hubiera sido imposible desconocer. Arturo comprendió que habia hallado un reo, pero no el que

buscaba; y que si bien la revelacion hecha empeoraba la causa de Pietro, probaba su perfecta inocencia respecto á la culpa que se le habia imputado.

Por una de aquellas contradicciones tan comunes en el corazon humano, en vez de atenuarse la ira del militar contra el pobre Pietro, pareció cobrar mayor violencia; pues destruida en un instante la esperanza lisonjera de recobrar su querida, la desesperacion de Arturo no encontró otro objeto más próximo en quien derramarse, que el infeliz cuyas palabras acababan de disipar el error que le halagára.

—¡Cómo, monstruo! exclamó : ¿eres, pues, un agente del feroz Espatolino? ¿Perteneces á la horda de asesinos que tiene aterrorizada la Italia?

—¡Perdon, nobilísimo señor, perdon! respondió sollozando el hijo de Giuseppe. Aunque V. E. sabía mi delito, la sincera confesion que he pronunciado debe inspirarle clemencia, probándole que.....

—¡Basta! dijo secamente Dainville. Llamad, Rotoli, á los gendarmes para que conduzcan á este hombre á la cárcel, y que sea informado de su crimen y de su captura el juez á quien compete. Nada tengo que ver con esta causa, —prosiguió volviendo la espalda al desdichado que le miraba con ojos suplicantes,—puesto que el reo ignora ó finge ignorar el paradero de Anunziata, única revelacion que pudiera interesarme.

Obedeció prontamente el esbirro, disimulando mal su complacencia; pues hallar reo de tan mala causa á su enemigo, era un bien superior á su esperanza.

El preso salió, pues, al punto de la casa de Arturo en medio de los gendarmes, y el impacable Angelo marchaba á su lado, recreándose con las demostraciones de dolor que se le escapaban.

—¡Mi pobre padre! decia : morirá de pesar si me condenan á muerte. ¡Ah! ¡Él cifraba su orgullo en la honradez de sus hijos!..... Pero ¡era tanta nuestra miseria! ¡Mi triste hermana casi carecia ya de un pedazo de lienzo con que cubrir sus carnes!..... Por ellos, no por mí, cedí á la tentacion de irme con los bandidos. Y ¿habré de morir sin tener el consuelo de que logre mi familia algun provecho de mi cul-

pa? ¡Pobre, pobre Giuseppe! Más le valia haberse muerto de hambre, como mi desdichada madre.

Rotoli pareció algun tanto conmovido oyendo tan sentidas lamentaciones, y dijo muy bajito al desconsolado reo:

— Has sido ingrato conmigo, Pietro; pero no puedo olvidar que en otro tiempo fuí tu amigo, y que tu anciano padre es sujeto excelente que en dias más felices para él tuvo ocasion y voluntad de prestarme algunos servicios.

— ¿Podréis salvarme? preguntó vivamente el mancebo.

— Lo deseo, respondió con cautela el agente, y no me parece imposible. Calma y disimulo,— prosiguió al notar los gestos de júbilo del preso. Yo haré por tí cuanto esté en mi mano, y me valdré del notorio ascendiente que ejerzo en el ánimo del coronel Arturo, para interesarle en tu favor.

— Dios os lo pagará en el cielo, Sr. Angelo, dijo con acento trémulo de emocion el hijo de Giuseppe: ahora conozco que he sido injusto con vos, y que merezco los sinsabores que paso.

— No es tiempo de pensar en eso, repuso Rotoli; estamos ya próximos á la cárcel, y ántes de separarnos quiero decirte lo que te conviene hacer para mejorar en lo posible tu causa. Pero dime, hijo mio, ¿tienes contigo algun papel que pueda perjudicarte? Porque te advierto que serás escrupulosamente examinado al entrar en la prision, y que un documento escrito que probase tu complicidad con Espatolino, te haria indudablemente más daño que todas tus imprudentes confesiones en presencia de Dainville.

— No guardo papel ninguno, dijo con candidez el jóven.

— Francamente, ¿no tienes contigo ningun escrito?

— Aguardad, ahora recuerdo que en el bolsillo derecho debe encontrarse una cartera de piel, y en ella cierta esquila de mi hermana que recibí hace pocos dias. Me rogaba la enviase algunas monedas de las que suponía producto de la pesca; porque.....

— Bien, bien, interrumpió Angelo: nada importa que vean ese escrito; pero repasa tu memoria: ¿no conservas absolutamente ningun otro papel en la cartera?

— Ninguno..... ¡Ah! sí; tengo tambien aquella carta vuestra á Espatolino, que en mi ciega ira contra vos no

quise llevar á su destino, ni devolvéroslo. Creyendo que erais mi enemigo la guardaba como un arma ofensiva; pero os juro, Sr. Angelo, que hace tres días que no me acordaba de ella.

Animóse extraordinariamente la fisonomía de Rotoli.

— Esa carta, dijo, te puede ser perjudicial, pues cuando el gobierno sólo vea en mí un culpable como tú, mal podré alcanzar el crédito que necesito para salvarte.

— Pero, ¿no podréis sacar con disimulo la cartera de mi bolsillo? preguntó con ánsia Pietro.

— La noche está oscura, y los gendarmes llevan entre sí conversacion tan viva que no se cuidan de nosotros.

— ¿Lo creéis así? ¡Si pudiera escaparme!.....

— ¡Imposible! exclamó Rotoli, agarrándole por un brazo; pero puedo sacarte la cartera. ¿Dices que en el bolsillo derecho?.....

— Sí, ahí, ahí mismo donde poneis la mano.

— Chist, ya la tengo; ¡aquí está!

— Dios os lo pague! Sr. Rotoli, exclamó Pietro agradecido. El esbirro le miró con inexplicable expresion.

Llegaron en esto delante de la cárcel, y el pobre mozo comenzó á temblar como azogado.

— ¡Animo! le dijo Angelo: espero que pronto nos volveremos á ver.

Prorumpió en llanto el infeliz preso, y entró en la sombría morada en medio de los gendarmes, que le dirigian groseras chanzonetas; miéntras el agente de policia — guardando en su pecho la cartera — murmuraba con sonrisa satánica:

— ¡No le creia tan necio! ¡El pobre diablo no se ha reservado ningun recurso!

III.

Era una noche de las más poéticas que pueden gozarse en la hermosa Parténope; una de aquellas noches en que el pla-

cer que producen la calma, el claro-oscuro, los perfumes, la suavidad del ambiente, la belleza apacible de la naturaleza en reposo, nos pega al suelo sin oprimirnos ni esclavizarnos; permitiendo al espíritu y á la materia asociarse más estrechamente, confundirse por completo para gozar de la vida en toda su plenitud..... una de aquellas noches, en fin, en las que se siente una comunión de amor entre el cielo y la tierra, pareciendo que circulan por el aire suspiros de deseos y palabras de esperanzas.

La luna acababa de aparecer; todo estaba tranquilo en las pintorescas riberas del golfo de Puzzoli, y la ciudad callaba como si se adurmiese al blando murmullo de las sosegadas olas. Sin embargo, aún era bastante temprano para que las personas más aficionadas á los encantos de la naturaleza que á los atractivos de la sociedad, pudiesen pasearse por la playa, disfrutando á un mismo tiempo de la vista de la tierra, del firmamento y del mar.

Las almas entusiastas — en quienes nunca se debilita el prestigio de los grandes nombres, por más que caiga sobre su memoria el polvo de los siglos — se dirigirían sin duda con preferencia al lugar en que se ven todavía las venerandas ruinas de la casa de campo de Ciceron; miéntras otras, más filosóficas, irían acaso á meditar sobre las locuras del orgullo humano, cerca de los miserables restos de aquel famoso puente de Calígula, origen de tantos desastres.

Nosotros, empero, no nos detendremos en este ni en aquel sitio: verémos pasar las barquillas — que en diversas direcciones se deslizan por el azulado golfo — sin parar en ellas la atención, y entablarémos conocimiento con dos personas que van siguiendo despacio la ruta que conduce á aquel lago célebre consagrado por los antiguos á los dioses del infierno; pero que en lo presente no sería indigno asilo de divinidades más benignas.

Son nuestros personajes un hombre y una mujer, que se pasean asidos del brazo y gozando con embeleso, según parece, de los encantos de tan serena noche. Ningun camino puede hacerse largo para gentes que se muestran tan complacidas de andar juntas, de admirar juntas, y de juntas detenerse para expresar sus sentimientos bajo la espléndida bóveda de aquel hermoso cielo.

Antes, empero, de dar conocimiento al lector del coloquio que sostenian los nuevos interlocutores, les dirémos algo sobre su fisonomía y aspecto. Era *él* de aventajada talla, y su *ferreruelo azul* no impedía se echasen de ver las buenas proporciones del cuerpo. Su traje, según podía inferirse de la parte visible, no se diferenciaba mucho del comun de los marineros; pero veíase brillar en su cintura primoroso puñal, de empuñadura de oro. Llevaba en la cabeza una gorra de paño, que apenas coronaba la profusa cabellera negra, que—sombreado una frente anchurosa y melancólica—templaba la fogosidad de unos grandes ojos de color indefinible.

A la luz del día se hubieran notado en el semblante de aquel hombre las huellas que imprimen los años ó las desventuras; pues aún visto con la favorable claridad de la luna, podía advertirse que sus bellas facciones carecían ya de aquella frescura intacta de la primera juventud, y que habia en su fisonomía un no sé qué de triste y austero, que hacia nacer la idea de que no se albergaban en su alma afectos dulces y recuerdos gratos, que pudiera el rostro reflejar.

Con todo, en el momento que hemos escogido para pintarlo, era evidente que le animaban sentimientos tiernos; pues su brazo derecho apretaba suavemente el izquierdo de su compañera, y—apartándole con la otra mano los rizos que la brisa le arrojaba al rostro—parecia embelesado en la contemplacion de sus facciones, alumbradas por aquel astro tan propicio á la hermosura. La de aquella mujer era de primer orden, abundando gracias en su figura meridional, radiante de pasión é inteligencia. Sus años no podían exceder de veinte, y su vestido era el mismo de las aldeanas de Pórtici, aunque de superior tela.

Un perro maltes seguía á esta desconocida pareja, cuyo diálogo cobraba mayor animación á medida que se prolongaba.

—Hace dos horas, decía el hombre, que me diriges, entre las más lisonjeras protestas de cariño, palabras oscuras y tristes, que en balde me afano por comprender. Explicáteme: ¿qué quieres decir con esos acentos fúnebres, lanzados en medio de nuestra felicidad?

Su voz, aunque varonil, se prestaba sin esfuerzo á las más

dulces inflexiones de su lengua musical. La jóven respondió :
— No pretendo negarte que un pesar invencible me oprime en estas horas de delicias.

— ¡ Un pesar ! ¡ tú , mi Anunziata !

— Me amas y te idolatro, repuso ella ; pero cuando consentí en huir contigo de la casa de mi tío, para librarme de sus persecuciones en favor del coronel Dainville— á cuyo impuro amor queria sacrificarme— me habias dicho que eras un pescador de estas riberas, y yo lo creia así.

— Y bien ; ¿ te arrepientes acaso ?

— ¡ Ah ingrato ! ¿ por qué me engañaste ?

Ligero temblor agitó el brazo en que se apoyaba la jóven ; la cual añadió, sin embargo :

— Un pescador que vive de su humilde oficio no prodiga el oro, como te he visto hacerlo ; no se alberga en casas como la que ocupamos en Puzzoli ; no es acatado en las fondas en que descansa, como tú lo fuiste en Resina..... En fin, Giuliano, sé que este nombre que te doy no es el tuyo.

— ¡ No es el mio ! repitió con voz alterada su interlocutor.

— Esta mañana, el hombre que se dice dueño de la casa que habitamos, creyó que estaba solo contigo, y deponiendo al punto la fingida familiaridad con que te trata en mi presencia, te habló con respeto y articuló un nombre que no fué Giuliano.

— ¿Cuál fué, pues ?

Esta pregunta se hizo en un tono que casi parecia de espanto.

— No le oí distintamente, respondió Anunziata, porque hiciste un gesto por el cual comprendió el otro que yo estaba cerca, y la prisa que se dió en llamarte muy alto Giuliano me hizo conocer que habias ahogado en sus labios el nombre verdadero que iba á proferir.

— ¿ Y es el nombre lo que ama en mí la sobrina de Rotoli ? dijo con agitacion el compañero de la jóven.

— No por cierto ; pero te amé con un nombre humilde ; te amé pescador y pobre..... y temo que tu posicion en el mundo sea muy distinta de la que aparentabas.

— ¡ Mi posicion en el mundo ! ¿ qué te importa, si es verdad que me amas ?

— ¿ Qué me importa ? ¡ Pues qué ! ¿ no me juraste hace

cuatro dias, al sacarme de la morada de mi tío, que serías mi legítimo esposo? Y si eres un rico caballero, ¿querrás unirte á una pobre doncella desvalida, sin bienes, sin nobleza..... sin nada, Giuliano, ni áun una madre que la acoja en su seno cuando tú la deseches del tuyo?

Al terminar estas palabras, prorumpió la linda jóven en amarguísimo llanto; y conmovido su amante la ciñó con sus brazos, diciéndola tiernamente :

— Escucha, Anunziata: ya fuese el más poderoso monarca del orbe, ya el más infeliz mendigo, soy tuyo para siempre. Pronto iremos á una ciudad, en la cual podré recibir tus promesas del modo más solemne, segun deseas; pero desde este momento te juro por tí—á quien adoro sobre todas las cosas—que tu voluntad solamente tendrá en lo futuro el poder de separarnos.

Anunziata le miraba sin pestañear, con sus bellísimos ojos húmedos todavía, reteniendo los sollozos para no perder una sílaba de aquellas palabras halagüeñas, que llegaron todas á su corazón.

— No mientes ahora, dijo; no se acompañan con ese acento y esa mirada las mentiras, que Dios aborrece. ¡Esposo mio! te creo y te amo.

Continuaron su marcha: ella no volvió á llorar; su rostro expresivo brillaba de amor y de esperanza, y los más tiernos nombres salían de sus labios purpurinos y frescos, que parecían brindar un dulce beso; pero el misterioso pescador no se apresuraba á aproximar los suyos. Había perdido súbitamente la alegría: su frente se anublaba, sus palabras eran breves é inconexas.

Notólo la jóven y le preguntó con dulzura :

— ¿Estás enojado con tu Anunziata? ¿Quieres que te desenfade, hablándote de los primeros dias de nuestro cariño? Escucha: era una noche hermosa como ésta; yo cantaba en mi ventana, y vi la gentil figura de un hombre al frente de mi casa. Tenía un ferreruelo azul; ¡éste! pero en vez de la gorra de paño llevaba un gran sombrero que casi le cubría la cara. Su talle era noble, sus ojos brillaban en la oscuridad como dos luceros..... ¡hé aquí aquel talle! (y le ceñía con sus brazos), ¡hé aquí aquellos ojos! (y los besaba).

— Sí, respondió él, esforzándose para sonreír: entonces

oí por la primera vez tu voz, más grata á mi oído que el murmullo del agua al viajero sediento. No habia visto tu rostro todavía, pero le adivinaba, y desde aquella noche te amé, Anunziata mia.

— ¡Cuán dulces eran los largos coloquios que despues teniamos en la ribera! añadió ella. Y cuando la presencia de Rotoli me impedia acudir á la cita, ¡cuánto te agradecia que fueses á colocarte al frente de mi habitacion y tirases conchitas á mis ventanas! ¿Te acuerdas cómo enseñé á Rotolini á que te llevase mis cartas en la boca? El pobre animal te conocia mejor que yo misma, y á veces me advertia tu llegada con aullidos afectuosos. Tambien recuerdo cuándo tuviste furiosos celos del coronel Dainville.

— Una palabra tuya bastó para sosegar-me.

— Es verdad; te dije que no tenía ya un corazon que darle. Pero ¡cuánto he padecido cada vez que te ausentabas! ¡Qué dias tan largos los que pasaba sin verte, sufriendo el importuno galanteo de aquel extranjero intruso! Ya no volverémos á separarnos; ¿no es cierto?

— ¡Nunca! Pero al traer á mi memoria la noche feliz en que escuché tu canto, ¿no pensaste que ibas á despertarme el deseo de volver á oírte? Canta, Anunziata, canta aquella romanza que hizo palpitar de ternura un corazon petrificado.

— Hé aquí el lago Averno, dijo ella: sentémonos sobre estas piedras, al pié de este edificio arruinado..... no importa que haya sido templo de Pluton; esta noche lo será del Amor.

Y reclinada sobre las rodillas de su querido, cantó con hechicera voz estos conocidos versos:

*Fosca nube il sol ricopra ,
O si scopra il ciel sereno,
Non si cangia il cor nel seno,
Non si turba il mio pensier.
Le vicenda della sorte
Imparai con alma forte,
Della fasce à non temer.*

— ¿Tendrás esa fortaleza? exclamó Giuliano. Si el destino hiciese de tu amante un sér desventurado y aborrecido del mundo, ¿no se mudaria tu corazon?

— ¡Jamás! respondió con energía la sobrina de Angelo.

Pero reclamaria con imperio la parte que me corresponde en tu suerte próspera ó adversa.

Arrancó Giuliano de su cabeza la ligera gorra, como si le abrumára, sacudió sus espesos cabellos, fijó en la jóven sombría y casi aterradora mirada, y pronunció con voz trémula:

— He sido un monstruo, Anunziata, pues pude engañar tu crédula confianza. Cualesquiera que puedan ser las consecuencias de la confesion que voy á hacerte, siento la necesidad de que no existan ya secretos entre nosotros. Todo debes saberlo: mi nombre, mis desventuras, mis crímenes. ¡Levántate, porque vas á ser juez de un alma indómita hasta ahora, y para la que nunca tuvo significado la palabra *arrepentimiento*.

Al decir esto, hubiérase creído ver en su rostro aquel sello terrible de un inmortal orgullo, que conserva entre los horrores de su eterna expiacion el espíritu audaz que pretendió igualarse al Omnipotente. Estremecida la doncella, exclamó:

— ¡Ah! ¿quién eres, pues?

— Reune tu valor, dijo el fingido Giuliano, porque voy á contarte una historia larga y siniestra: una historia que no conoce el mundo, y que tú sola debes oír, sin otro testigo que el cielo impasible y mudo, que nunca comprendió la voz del infortunio.

— ¡Oh esposo mio! no blasfemes de la justicia de Dios, gritó la jóven.

— La fatalidad es el único dios que dirige mi destino, — respondió su interlocutor: — mi nombre te explicará mi vida, y mi vida te explicará mi religion.

— Pronuncia, pues, ese nombre. dijo temblando la sobrina de Angelo.

— ¡Sí! es preciso: sabe de una vez que soy.....

El agudo sonido de un silbato se dejó oír en aquel instante: la jóven huyó despavorida, sin saber por qué, y el falso Giuliano — interrumpido en el momento de hacer su revelacion — sacó del bolsillo un instrumento como el que acababa de ser empleado, y respondió al misterioso reclamo.

Un hombre aparece como por encanto en la misma orilla. Su traje imita el de un montañés de la Calabria; su cuerpo es robusto; su estatura atlética; y su rostro — aunque alum-

brado por la suave claridad de la luna — tiene una expresion atrevida y grosera.

— ¡Giuliano! exclama : y de un salto se pone á su lado el amante de Anunziata. Hablan en voz baja algunos minutos: la pobre jóven — que á la distancia en que se ha colocado no puede entender lo que dicen — aprieta las manos sobre su seno oprimido, y se encomienda mentalmente á su ángel custodio, porque presiente algo de horrible.

La sigilosa conferencia concluye, y Giuliano — acercándose agitado y torvo — la dice :

— Es forzoso dejarte: fio tu custodia al amigo que está presente: síguele, y él te llevará á un paraje seguro, al cual iré á encontrarte muy pronto.

Anunziata arroja tímida mirada al sospechoso personaje á quien la confia su amante, y murmura una negativa; pero él repite con acento imperioso :

— Obedece y nada temas : ¿quién se atreveria á ofender en lo más mínimo á la esposa de....

— ¿De quién? preguntó con ansiedad la jóven.

— De un hombre que jamas supo perdonar — respondió Giuliano —; quien tomándola por la mano, la llevó hácia su sombrío compañero, que permanecia inmóvil.

— Aquí la tienes, dijo; tu cabeza responde de su seguridad.

En seguida le vió Anunziata alejarse presuroso, y sin duda el montañes le habia traído caballo, pues dos minutos despues resonó su violento galope.

— Tened piedad de mí, señor calabres, pronunció entónces con ahogada voz la sobrina de Angelo.

— ¡*Corpo di Baco!* contestó el áspero personaje, ¿á qué viene ese miedo?

La ofreció su nervudo brazo, que ella tomó temblando, y siguieron la senda que debia volverles á Puzzoli.

IV.

Arturo de Dainville, enteramente abatido por el pesar de la pérdida de su amada, y ocupado en imaginar medios de encontrarla, no habia vuelto á pensar en Pietro, quien se halló abandonado al vengativo y pérfido Rotoli, que — activo y fecundo en recursos — supo agravar la causa con los malos antecedentes que prestó á la reciente culpa del reo.

La confesion que éste hizo delante de los jueces — tan completa como la que ántes pronunció en presencia del coronel — hacia innecesarias mayores pruebas que las que arrojaba naturalmente el proceso; y resultando plenamente convicto y confeso del crimen de complicidad con el terrible bandido, se halló en uno de los casos comprendidos en reciente bando, por el cual se imponia pena de muerte á cualquiera que mantuviese comunicacion con alguno de los individuos que componian la feroz cuadrilla que era el espanto de Italia.

Al mismo tiempo se ofrecia una suma considerable á quien entregase á Espatolino ó diese aviso cierto de su paradero; asegurando completo indulto al que prestára este servicio á la humanidad, caso de ser alguno de los complices de aquel terrible jefe.

Los medios prodigiosos por que habia sabido libertarse repetidas veces de riesgos inminentes — burlando eficaces medidas del director de policia — contribuyeron á irritar más los ánimos, haciendo que el gobierno considerase como punto de honor acabar pronto con malhechor tan audaz como afortunado.

El terror que infundia su nombre en los propietarios de los pueblos era tan poderoso, que muchos de los más ricos habian aceptado la imposicion de considerables contribuciones, que le pagaban exactamente; dándose por dichosos con verse por este medio á salvo de mayores daños; pues el bandido — cumpliendo con religiosidad sus convenios — respetaba las posesiones de todos aquellos que le rendian tributo.

Algunos grandes señores napolitanos, poseedores de fin-

cas rurales, eran acusados tambien por la voz pública de prestar proteccion á Espatolino, por el interes de verse libres de sus atrevidas agresiones. Decíase, en fin — y no sin fundamento, segun nos lo prueban hechos ya referidos — que contaba con auxiliares aún entre los mismos agentes de la autoridad. De este modo podia el célebre bandido pasearse á su placer á las puertas mismas de las grandes ciudades, y aún penetrar en ellas, haciéndose pasar tan pronto por un mercader extranjero, como por un sacerdote italiano, á quien no faltaban amigos que lo recomendasen como modelo de virtudes. En cada ciudad, villa y aldea, tenía alguna fonda ó casa donde era recibido siempre con verdadera ó afectada alegría, sin que ninguna voz se levantára para denunciarle, ni ninguno de los mismos que habian sido despojados por su cuadrilla en los caminos públicos, lograrse reconocerle.

Verdad es que nada podia imaginarse de más contradictorio que lo que se decia respecto á su persona. Quién lo pintaba como un gigante horrendo, con cabeza erizada de pelos rojos: quién aseguraba ser pequeño, de cuerpo rechoncho, de ojos bizcos y de nariz roma: quién, en fin, decia haberle visto quedándose asombrado de su figura hermosa y distinguida.

Entre tan opuestas señas el director de policía no sabía á qué atenerse, y se limitaba á redoblar diligencias para proporcionarse datos más positivos respecto al jefe misterioso de la horda abominable y de sus cómplices numerosísimos. Para conseguirlo despertando la codicia y excitando el terror, se publicó el bando á que hemos hecho referencia ántes, y el cual era circunstancia fatal para el hijo de Giuseppe. Los jueces que anhelaban la ocasion de imponer un ejemplar castigo que sirviese de escarmiento á los agentes secretos de Espatolino, no podian despreciar la que entónces se les presentaba, y el infeliz jóven — víctima de la conveniencia pública — fué juzgado con un rigor que no merecia sin duda. La sentencia se pronunció, y aquella sentencia fué de muerte.

El dia en que tan tremendo fallo se notificó al reo, estaba solo y triste en su casa el coronel Arturo de Dainville. Nada sabía del preso, nada habia hecho en su favor ni en su daño,

y Rotoli—que conocia aquel carácter generoso, aunque irascible,—se guardó bien de noticiarle la suerte del sentenciado; por temor de que interesándose por él pudiese robarle la completa satisfaccion de su implacable venganza.

Arturo, pues, ignorante del resultado del proceso, y sintiendo más que nunca la fuerza de su amorosa inclinacion, —acaso por lo mismo que consideraba más difícil la ocasion de satisfacerla — pasaba los dias abismado en sus recuerdos.

Eran las seis de la tarde de aquel en que habia entrado el reo en capilla, y miéntras Rotoli, seguro de su triunfo, rondaba por las inmediaciones de la sombría morada — como el ave carnívora que acecha el cadáver en que espera cebarse — Arturo que le esperara vanamente largo rato, se habia echado con abatimiento en un sofá, abandonándose á sus melancólicas ideas.

¿Qué sería de Anunziata? ¿En poder de qué desalmado gemiria cautiva la tierna doncella, por cuya posesion hubiera dado diez años de su vida? ¡Ay! acaso aquella esquiva hermosura, que habia resistido á las seducciones de su ardiente amor, sería en tal instante juguete mísero de los brutales antojos de su raptor infame.

Así discurría el coronel, y así hubiera continuado discurrendo, si no le sacase de sus cavilaciones el ayuda de cámara, que entró á decirle que una jóven que parecia poseida de la más profunda afliccion, pedia ansiosamente se dignase escucharla un solo instante.

Arturo tembló: una mujer que llegaba á él en momentos dedicados á la que amaba, no podia encontrarle frio ni severo.

Era jóven, era frances, la galantería no le abandonaba ni aún en los momentos más solemnes de su vida, y ademas una esperanza vaga, insensata — pero lisonjera — atravesó rápidamente por su imaginacion. ¿Si Anunziata, escapando de su cautiverio, vendria á pedirle amparo?

—Que éntre al momento esa jóven, dijo, y se levantó para recibirla, palpitándole el corazon.

La puerta dió paso un minuto despues á una muchacha como de veinte y cuatro años, desgrefñada y casi andrajosa, que se arrojó á sus piés, levantando hácia él un rostro macilento y ajado.

El coronel suspiró al ver desvanecidas sus fugitivas ilusiones; pero conmovido al aspecto de la infeliz criatura que abrazaba sus rodillas con ardor convulsivo, la levantó cariñosamente y la mandó sentar.

— No, ilustre caballero, dijo ella, no merece esta desventurada ocupar silla en vuestra casa; pero tened piedad de mí, de mi anciano padre, que va á morir de dolor y vergüenza.

— ¿Quién es tu padre, y en qué puedo servirlos?

— Mi padre se llama Giuseppe Biollecare— contestó ella con desmayada voz— y soy María, hermana de Pietro, á quien conoce V. E., y que fué preso, segun se dice, por su orden.

— María, repuso Arturo, tu hermano es reo de un delito en el cual nada tengo que ver.

— ¡Oh, señor! exclamó la jóven volviendo á arrodillarse: no me rechaceis de ese modo. Sé que podeis mucho. ¡Salvadle por amor de Dios! Os ha engañado el perverso Rotoli si os ha dicho que Pietro es un mal hombre: sabed que teniamos un pariente poseedor de algunos bienes, y aunque era tan avaro que nada nos daba para aliviar nuestra triste situacion, habia ofrecido nombrar á Pietro su heredero.

El pérfido Angelo logró perder al pobre mozo, calumniándole con aquel viejo de quien todo lo esperaba, y para lograr más fácilmente su designio fingió compadecerse de nosotros, y se llevó á su casa á mi crédulo hermano. Con este rasgo de caridad deslumbró á nuestro pariente, y logró mayor crédito cuando — realizando algun tiempo despues su infernal pensamiento — le acusó de ladron y de otros vicios detestables. Su maldad llegó hasta el extremo de haberle supuesto la intencion diabólica de envenenar al viejo avaro á quien esperaba heredar, y aunque tales acusaciones carecian de fundamento, consiguió perder á su víctima en el concepto de aquél. Por tan infames medios obtuvo la herencia que estaba destinada á Pietro, y — echándola luego de generoso — volvió á llamarle á su casa, teniendo el talento de persuadirle que no habia contribuido á su desgracia y que deseaba proporcionarle colocacion ventajosa. Seducido por estas promesas, Pietro — olvidando lo pasado

— se dedicó ciegamente al monstruo, con la fidelidad de un perro.

Pero ¿sabeis qué interes tenía Rotoli en recobrar su amistad? Pues no era otro que el de servirse de él en sus comunicaciones con los bandidos, porque conocia la reserva de mi hermano y confiaba mucho en la influencia que ejercia en su espíritu. En efecto, señor, él fué causa de que viesse á Espatolino y se deslumbrase con sus fatales halagos; él quien le abrió una senda de perdicion, inspirándole afecto por aquel hombre infernal....., hasta que, nuevamente ofendido, y sintiendo despertar en su pecho la antigua probidad, se resolvió á abandonar tan peligrosa casa y á confiaros— reservadamente—las relaciones secretas con que estaban ligados el agente de policia y el célebre bandolero. ¡Dichoso si despues de tan honrada determinacion hubiese olvidado la existencia del funesto personaje que le habia hecho conocer Rotoli! Pero ¡la miseria....., el hambre....., el demonio tentador!..... Señor excelentísimo, un momento bastó para que Pietro— acosado por la desgracia y recordando las proposiciones del bandido — sucumbiese miserablemente y se hiciese reo de aquel mismo crimen que dos dias ántes habia denunciado en otro. Pero sus manos no han derramado la sangre del prójimo; ningun robo ha cometido todavía; la intencion solamente es su delito, y ¿habrá de ser juzgado sin misericordia?

— No lo será, María, no lo será —dijo enternecido Dainville :—su castigo no pasará de una correccion, y yo cuidaré de proporcionar á tu padre los medios de ganar con qué vivir honradamente en lo sucesivo.

— ¡Una correccion! exclamó la doncella : pues ¡qué! ¿creéis que se revocará la terrible sentencia?

— ¿Qué sentencia? preguntó el coronel: ¿ha sido por ventura pronunciada alguna?

— ¡La de muerte, señor, la de muerte! dijo con voz ahogada la hermana de Pietro.

— ¡Imposible! exclamó Arturo estremeciéndose.

— Señor, el reo está en capilla.

— Es cosa cruel, ciertamente, añadió Dainville paseándose agitado : no debí olvidar á aquel infeliz; Rotoli no perdona nunca, tiene un alma de tigre.

María le seguía con las manos juntas y con el rostro des-
encajado, diciendo :

—Sepa V. E. que le han dado esperanzas de salvacion si declara cuál es el paraje en que habia ofrecido Espatolino esperarle ; pero mi hermano se ha negado á decirlo, ni nada absolutamente que pueda perjudicar á otro. Sólo acusa á Rotoli, quejándose de sus perfidias ; pero no ha podido presentar pruebas ; y el agente logra entero crédito al asegurar que le calumnia, castigándole por la preferencia que hizo de él en su testamento nuestro mencionado pariente. Otras muchas cosas ha dicho para probar su inocencia y recriminar á Pietro, el cual bien pudiera haber llamado á V. E. por testigo, respecto á una carta de Angelo á Espatolino, que el astuto agente logró arrancarle no sé por qué medios ; pero ¡cómo se dice que V. E. protege á Anunziata!..... ; Cómo mi pobre hermano cree que es V. E. su mayor enemigo y el más empeñado en su pérdida!..... Yo no lo pienso así ; no, señor : he conocido ya que sois bueno, y todo lo espero de vos.

Arturo, penetrado de lástima, seguía paseándose á largos pasos, buscando en su imaginacion recursos para salvar al reo ; pero ninguno se le ocurría. Acababa de recordar el funesto bando, y comprendía la conveniencia de darle ejemplar castigo á un crimen que iba haciéndose tan extenso, y que habia estado por tanto tiempo impune.

— ¿ Nada me decis ? exclamó María con profunda desesperacion.

— Vuelve al lado de tu anciano padre, contestó Arturo, — conduciéndola por la mano hasta la puerta del aposento — y procura alentarle en tan tremendo trance : nada puedo prometerte respecto á tu hermano ; pero yo le reemplazaré si te falta, y tu padre pasará cómodamente los últimos dias de su vida.

Apartóse conmovido, y María nada le contestó. Su dolor presentó entónces cierto aspecto sombrío ; gemidos roncossalian de su pecho ; y sus ojos hundidos tomaron la expresion de la demencia. Estuvo un instante inmóvil en el sitio en que la dejára el coronel, y despues salió de la casa con paso rápido, murmurando sordamente :

— ¡ No, no le veré morir en la horca !

Dainville se sentia enteramente trastornado : la triste escena que acababa de pasar á su vista le afectaba de véras. Por espacio de una hora continuó recorriendo agitadamente su salon ; luégo abrió una ventana , contempló un rato la serenidad del cielo, y sintió deseos de bajar á la vecina plaza para respirar aire puro, que calmase la excitacion de su cerebro. Pero cuando iba á salir oyó la voz de su ayuda de cámara, que porfiaba negando entrada á álguien que se empeñaba en hablarle.

— Decid quién sois ó marchaos, repetia por tercera vez el criado : mi amo no recibe á gentes desconocidas.

— Y qué! respondió un acento trémulo y angustioso : ¿arrojaréis con tanta dureza á un infeliz anciano, que no pide sino ser escuchado breve instante? Vuestro señor será más compasivo : andad y decidle que un padre afligido le pide permiso para verle.

— ¿Vuestro nombre? volvió á preguntar su contrincante.

El anciano vaciló un momento, y dijo por último balbuceando :

— Giuseppe Biollecare.

— ¡Dejadle entrar! gritó Arturo, y se adelantó el mismo á recibirle.

Aunque estaba la sala poco alumbrada, es indecible el efecto que produjo en el coronel la vista de aquel anciano. Su majestuosa talla estaba encorvada por los años ; su cabeza, cubierta por la nieve de setenta inviernos—lo ménos—contrastaba con sus ojos, llenos de fuego, donde brillaba la sublime entereza del padre que va á abogar por la vida de un hijo ; su tez era tan blanca como la luenga barba que adornaba la parte inferior de su rostro aguileño ; pero veíase surcada por profundas arrugas, y una aureola morada se distinguia perfectamente al rededor de sus ojos. Eran vacilantes sus pasos, y sus manos trémulas se crispaban apretando el báculo que le servia de apoyo.

— Bien venido seais, Sr. Giuseppe, dijo Arturo ofreciéndole silla. Sé á lo que venis, y deseo con el mayor ardor servirlos, aunque lo creo imposible. No me dirijais súplicas que me partirian el corazon, y que serian, sin embargo, perdidas ; pero disponed de mí como de un hijo, y llorad en mí

seno vuestra desgracia : mis lágrimas se unirán á las que derrameis.

— No vengo á pedirlos lo que habeis ya rehusado á mi hija, dijo el anciano con tristeza, pero sin debilidad : no vengo á conmover vuestro pecho con el espectáculo de mi desventura, sino á haceros una proposicion admisible y ventajosa.

Dainville le miró sorprendido : Giuseppe prosiguió :

— Se ha publicado un bando declarando reo de pena capital á quien dé asilo al feroz Espatolino, ó siquiera se comunique con él ; pero se han ofrecido recompensas á los que lo entreguen ó faciliten los medios de capturarlo.

— Es verdad, dijo Arturo.

— Tambien se expresó en dicho bando, añadió el anciano, que si otro criminal — aunque fuese de los mismos de su cuadrilla — le entregaba ó daba aviso cierto de su paradero, de manera que pudiese verificarse su captura, sería indultado completamente.

— Así es, buen anciano ; pero ¿ qué esperanzas fundais en aquellas promesas ? ¿ Ignorais que Pietro ha rehusado toda revelacion que pudiera perjudicar al bandido ?

— Lo sé, Sr. Arturo ; pero si mi hijo calla yo puedo hablar. Sabed que aunque inocente de la locura de Pietro, el cielo — que vela por los infelices y envia milagrosos auxilios á los que le imploran — me ha proporcionado un descubrimiento importante, que puede salvar á mi hijo.

Arturo aproximó su silla á la de Giuseppe : la más profunda atencion y la curiosidad más viva se veian pintadas en su semblante.

— Sé dónde se encuentra en este momento el terrible bandidero, dijo el anciano : si pronuncio una palabra, dentro de diez minutos estará en el lugar que ahora ocupa mi hijo. Informad de ello al gobierno..... decidle que me conceda la absolucion de Pietro, y que sabrá por mí el paraje en que se encuentra ahora el azote de Italia.

— ¡ Es posible ! exclamó Dainville. ¿ Sabeis dónde está ese malhechor famoso y decis que puede ser capturado ?

— Digo que está tan cerca, Sr. Dainville, que diez minutos despues que yo haya revelado el lugar en que se encuentra, podréis decir con verdad : *Lo he visto*.

— Os felicito con toda mi alma : vuestro hijo será salvo, pues no me cabe duda en que su indulto se os concederá en premio de tan importante servicio. Voy á comunicar al director de policia cuanto acabais de decirme.

— Antes de que me hagais esa merced, repuso Giuseppe, escuchad las condiciones que exijo. No me fio de nadie, señor Arturo; los que, como yo, han vivido setenta y cuatro años en este mísero mundo, no tienen fe sino en Dios. No me basta ver yo mismo el indulto firmado por el rey; es preciso que Pietro sea puesto en libertad..... y nada revelaré hasta que no hayan pasado dos horas cabales de su salida de la cárcel: porque si áun estuviese al alcance de la justicia, bien pudiera suceder que le echasen el guante, y que pereciese Espotolino sin salvarse Pietro.

— La desconfianza que expresais, dijo el coronel, sólo puede hallar disculpa en la amargura de vuestra situacion; pero aunque en tal concepto os lo permito todo, ¿no habeis pensado, pobre anciano, que es imposible que sin otra garantía que vuestra palabra se ponga en libertad al reo?

— Yo prestaré otras, respondió Giuseppe.

— ¿Cuáles?

— Mi hija María y yo serémos encerrados en un calabozo, y si pasadas dos horas de la libertad de Pietro no sabeis por mí, de un modo terminante y positivo, dónde está el capitán de los bandidos..... más digo, *si no lo habeis visto ya con vuestros ojos, y tocado con vuestra mano*, mi cabeza y la de mi hija responden por la de Pietro. No creo que el gobierno conceptúe escasa semejante garantía; pues aunque me haga la justicia de creer que daría mi vida por la del reo, no podrá sospechar que salvase un hijo culpable sacrificando una hija inocente. En cuanto á mí, sé que cumpliendo el empeño contraído nada tengo que temer; pero—perdonad la suspicacia de un viejo—no tengo igual confianza respecto á Pietro; porque sé que es culpable, y que el gobierno frances no perdona fácilmente á un italiano.

— Pero no será con nadie pérfido ni traidor, Sr. Biollecure, dijo con calor Arturo: si firmára el indulto del reo, ¿suponeis que fuese capaz de revocarlo vilmente, despues de aprovecharse de vuestras revelaciones?

— Todo lo creo posible en este triste mundo, Sr. Dainvi-

lle: ¡he visto tantas iniquidades! Yo desconfiaría de la misma madre que me llevó en sus entrañas.

— Por ultrajante que sea vuestra sospecha, os prometo que hablaré con el mayor empeño para que se acepten vuestras extrañas condiciones. Id con Dios, Sr. Giuseppe, y esperad las órdenes del gobierno.

— Os advierto, Sr. Arturo, que si he de responder de Espatolino, si se desea prenderle, es forzosa la actividad: sé positivamente dónde está en este momento, y áun dónde estará dentro de cuatro ó seis horas; pero si se pasa la noche todo será inútil, pues no puedo asegurar dónde estará mañana.

— ¿Y decis que se halla dentro de Nápoles?

— Sí, señor. Más aún: que se halla muy cerca de aquí; que lo vereis como me estais mirando, tan luégo os diga: *ese es!*

— ¿Y lo haréis?

— Lo juro, dijo Giuseppe con acento grave y con la mano derecha puesta sobre el corazón.

— ¿Vuestra morada?

— Aquí teneis las señas.

— ¡Bien! Volveos á ella y aguardad.

— Si se aceptan mis condiciones, decidle al jefe de policía que envíe los gendarmes al instante, para que me conduzcan con mi hija al calabozo que se me señale, y que dos horas despues de que me hayan entregado algunas líneas en que Pietro me diga: *salgo libre*,—vayan á buscarme y me presenten á quien quieran. Diré entónces dónde se halla Espatolino; pero no existen tormentos ó suplicios que ántes de pasadas las dichas horas logren arrancarme una palabra.

— Bien, buen anciano, adios.

— Aguardad, señor coronel: para que vuestras diligencias en favor de mi hijo sean más eficaces, y para que alcancéis la recompensa de ellas, debo deciros algo más.

— ¿Qué cosa?

— Sé que amais á la sobrina de Angelo Rotoli, y que un rival os la ha arrebatado en el momento en que su tío os aseguraba más sinceramente de su cariño.

— ¿Quién os lo ha dicho? — exclamó con nueva sorpresa el coronel.

— Eso no os importa: pero sí el saber que conozco al robador de Anunziata, y que declararé dónde la guardaba anoche.

— ¿Teneis acaso pacto con el demonio?

— Dios, señor excelentísimo, Dios — y no el diablo — es quien acude al socorro de un padre desventurado, que con lágrimas de sangre le implora en el día de la tribulacion. ¡Bendita sea su misericordia!

Y cruzados los brazos sobre el pecho, y los ojos levantados al cielo, el rostro de aquel anciano presentó en aquel instante una expresion sublime. Un rayo de luz—que heria su nevada cabeza—resbalaba sobre su frente ancha y majestuosa, y podria creerse que era como reflejo brillante del pensamiento de religiosa fe que dominaba todas sus potencias.

Dainville se inclinó con involuntario respeto ante aquella figura grave y melancólica, diciéndole conmovido:

— Sois sin duda un justo, sí; pues hay en vuestro rostro sello imponente, que no he visto jamas en ningun mortal. Dios os ha revelado sin duda todos los secretos que deben salvar á un pecador arrepentido y á una mujer inocente, que se halla entre las garras del vicio. Dios os ha escogido tambien para libertar á vuestra patria del monstruo que la ensangrienta con sus crímenes. Id tranquilo, y permitid que imprima mis labios en vuestra mano venerable.

Giuseppe alargó su diestra y respondió gravemente:

— Que ese Dios — siempre bueno — os haga más dichoso que á mí, jóven guerrero, y que cuando el hielo de la vejez cubra vuestra cabeza, aún arda en vuestro corazon, como en el mio, el santo fuego de la fe.

Salió con paso mesurado, y Arturo salió tambien—un minuto despues — para comunicar al gobierno cuanto le acababa de decir el padre del reo.

V.

No se engañó el coronel al graduar la importancia que daría el gobierno á la captura de Espatolino. Aquel terrible bandolero, que tantas veces se habia burlado de todos sus esfuerzos; aquel que aparentaba desafiar el poder de la nacion dominadora de Europa; aquel cuya vida era una mengua para los nuevos señores de Italia, iba á caer por fin en sus manos. ¿Qué precio sería excesivo para tan importante captura?

El coronel Dainville, sujeto de reputacion y prestigio, salia por garante de la honradez y veracidad de Giuseppe, de cuya virtud se tenian de antemano ventajosos antecedentes: excusábanse, ademas, las extrañas condiciones que imponia, en atencion á su avanzada edad y al trastorno que pudieran haber ocasionado en su espíritu sus actuales pesares. Todo se le perdonó, pues, y los procedimientos fueron tan activos, que á las ocho de la noche se habian sabido sus proposiciones, y á las diez ya estaba firmado el indulto del reo, expresando que se le concedia en consideracion al eminente servicio que su padre prestaba al país, facilitando el exterminio de la feroz cuadrilla que lo desolaba.

El mismo Dainville se halló presente cuando se leyó á Pietro su indulto, despues de algunas prudentes precauciones; que no impidieron, sin embargo, se trastornase momentáneamente su razon con dicha tan inesperada.

El espectáculo del dolor más profundo hubiera afectado con ménos viveza al coronel que la vista de aquella alegría frenética: era una dolorosa convulsion de placer, capaz de ocasionar la muerte. Pietro no comprendió nada de las circunstancias á las cuales era deudor de la vida; sólo sabía que estaba libre, que no moriria en el patíbulo; y áun despues de escuchar repetidas veces que su padre se hallaba preso y no saldría de la cárcel hasta que hubiese revelado el paraje en que se hallaba Espatolino, todavía exclamaba delirante:

— Voy á mi casa al momento..... mi pobre padre acaso esté enfermo de pesadumbre, muy ajeno de sospechar que soy

ya el más venturoso de los hombres. Quiero ver al rey Joaquín, añadia, y bendecirle en su trono, que Dios conserve por largos años. ¡Viva el rey de Nápoles! ¡Viva la Francia! ¡Viva el emperador!

Estos y otros discursos—igualmente exaltados—eran interrumpidos por accidentes convulsivos, y en los primeros momentos de libertad, su estado le impidió hacer uso de ella. Sin embargo, lograron calmarle algun tanto: obedeció maquinalmente la órden que se le dió de escribir á su padre noticiándole la dichosa mudanza de su suerte, y despues que hubo trazado—casi sin comprenderlas—las palabras que le fueron dictadas, Arturo mismo le sacó de la prision, diciéndole :

—Ya estás libre, Pietro; sé prudente y virtuoso. ¡Dios te guie!

Le puso en el bolsillo algunas monedas, y le dejó para ir á casa del director de policía, que era donde debía comparecer Giuseppe dos horas despues á hacer sus revelaciones.

Pietro al verse solo sintió una especie de miedo y echó á correr como loco, tomando, más por instinto que por deliberacion, el camino de su casa. La luna—que estaba ya menguante—no habia salido todavía: eran las once ó estaban próximas, y como todos los sucesos de aquella noche fueron un secreto para el público, nadie habia acudido por la curiosidad de ver el acto de poner en libertad al reo, hallándose las calles solitarias. Sin embargo, al atravesar una de las más tristes que conducian al apartado arrabal en que habitaba su familia, notó que un hombre de elevada estatura, perfectamente embozado, le seguia con tenacidad, empeñado al parecer en alcanzarle. Con efecto, distaba ya muy pocos pasos de él. Tembló de piés á cabeza el hijo de Giuseppe, pues lo único que se le ocurrió fué que estaba revocado su indulto y que venian á cogerlo para volverlo á la cárcel. Su pavora fué tan angustiosa, que —habiendo querido huir y gritar—sólo pudo exhalar un gemido, y cayó en tierra como herido de un rayo.

El perseguidor se llegó á él precipitadamente, y le descubrió el pecho y la cabeza, para que el aire puro de la noche le reanimase.

— Pietro, le dijo en voz muy baja — luégo que le vió en estado de oírle: — nada temas, soy tu amigo y vengo á salvarte.

— ¡Mi amigo! articuló con débil voz el infeliz. ¡Y venis á salvarme? ¡Pues qué! ¿se intenta desobedecer al rey, inutilizar el indulto?.....

— No confies en él, le interrumpió su interlocutor: dentro de dos horas puede ser revocado, y si áun te hallas al alcance de la justicia, volverás al horrible lugar de que acabas de salir, y que no trocarás sino por el patíbulo. Es preciso que cuando suene la hora fatal para tí, estés ya en paraje en que no sea posible encontrarte. A cincuenta pasos de aquí nos esperan dos caballos que disputan al viento su ligereza, y — si eres callado y dócil — yo respondo de tu vida.

Pietro se agarró fuertemente de su brazo, y exclamó:— ¡Marchemos!

— Silencio, pues, y confianza, repuso el desconocido, aligera el paso y sígueme.

Echó á andar, tomando una callejuela oscura y sola, donde no se oía otro ruido que el de sus pisadas en las baldosas, y Pietro le siguió todo azorado, volviendo sin cesar la cabeza; porque le parecia ver en cada sombra la de un horrible gendarme con el brazo tendido para asirle.

Conveniente nos parece dejarles continuar su marcha, y como suponemos que el lector — por poco que hayamos logrado interesarle en favor del viejo Giuseppe — estará curioso por saber cómo salió de su empeño, darémos por trascurridos siete cuartos de hora, y le conduciremos á la casa del director de policía, á cuya presencia debia comparecer.

Las dos horas iban á cumplirse, y numerosos gendarmes aguardaban con impaciencia el momento en que les enviasen á prender al famoso bandolero, que ya contaban por suyo. En efecto, todas las disposiciones se habian ejecutado con tanto sigilo, que era de esperar que aquella vez se consiguiese el objeto; pues no habia podido ser informado Espatolino por ninguno de sus espías.

El *direttore di polizia*, ó jefe político, estaba en su despa-

cho, acompañado del prócurador general (1), de Arturo Dainville y del capitán de los gendarmes.

— Mirad la hora, coronel, dijo el jefe político.

— Faltan quince minutos para la una.

— El viejo no tardará en llegar; se ha dado la orden de que se encuentre aquí á la una en punto: pero, ¿sabeis, señor procurador general, que no puedo acoger la esperanza de mirar en mi poder á Espatolino? Nos ha dado tantos chascos, y la caprichosa fortuna parece tan empeñada en su favor, que áun viéndole en el patíbulo, temeria se me escapase. Mi sobrino Arturo, por el contrario, presta tanta fe á la promesa de su protegido, que dice juzga asegurado al bandolero como si le guardasen en la cárcel bajo cien cerrojos.

— Pero es extraña la condicion del viejo, observó el procurador: ese empeño en dar tiempo al hijo para que huya me parece sospechoso, pues si efectivamente piensa y puede informarnos con certeza del lugar en que se halla Espatolino, no concibo por qué haya de temer por el indultado.

— Todo debe perdonarse, dijo el coronel, á un anciano cuya larga vida ha sido un tejido de infortunios, y que en la amargura del último y supremo dolor que ha padecido, — viendo culpable al hijo en quien no habia sembrado sino semillas de virtud — hubiera podido desconfiar de los mismos ángeles.

— Yo le perdonaria fácilmente, dijo el jefe de policía, pero temo tambien que todo sea una farsa para salvar al reo.

— Hay que recordar, sin embargo, repuso el procurador, que la vida de su hija y la suya propia pagarian la de Pietro si resultasen falsos los medios de que se ha servido para salvarle.

— Sé que ha dicho que le ahorquen á él y á su hija si no cumple su promesa; pero en la seguridad de que no habiamos de ejecutar tan atroz venganza.....

— ¡Cómo! exclamó el procurador general, incorporán-

(1) El procurador general ejercia las funciones de fiscal en las causas criminales.

dose en la silla en que estuviera hasta aquel momento reclinado; ¿qué queréis decir?

—¿Tendriais valor para quitar la vida á un viejo y á una mujer por una astucia ingeniosa, empleada para salvar á un hijo y á un hermano? preguntó el otro funcionario, cuyo semblante estaba anunciando un corazon bondadoso.

—¿Y por qué no? ¡voto á cribas! ¿y por qué no? exclamó el procurador, dando en la mesa que tenía delante una fuerte palmada. ¡Sí, por Dios! los veriais colgados muy en breve.

—El reloj sonó en aquel instante la una, y al mismo tiempo un gendarme anunció la llegada de Giuseppe.

—Hacedle entrar, dijo el jefe, y vosotros estad prontos á mi primera orden.

La puerta dió paso inmediatamente al anciano Biollecare y á su hija. Ésta parecia bastante serena, y aún podia advertirse en sus hundidos ojos una vislumbre de alegría; pero el padre andaba más lenta y trabajosamente que cuando cinco horas ántes habia entrado en casa de Dainville, y su talle se encorvaba tanto hácia adelante, que apenas se le podia ver el rostro.

—Acercaos, buen viejo, dijo el director de policia; ya están corridas las dos horas que pedisteis, y vuestro hijo ha tenido tiempo de dirigirse adonde mejor le pareciese. Por ofensivas que hayan sido vuestras condiciones, ya veis que todas se han aceptado; y haciendo á vuestra honradez una justicia que habeis rehusado á la nuestra, esperamos con entera confianza las revelaciones que debeis hacernos.

—Quisiera besar vuestras plantas, respondió con voz temblorosa y débil el anciano, que de todo lo que habia dicho el director parecia no comprender otra cosa sino que su hijo estaba en salvo. Dios os bendiga por la noticia que me dais; pues aunque he recibido una carta de Pietro en que me comunica su indulto y libertad, apenas podia creer, señor excelentísimo, una felicidad tan inmensa. Bendiga Dios al rey, á la reina, á V. E. y á todas las ilustres personas á cuya intercesion debemos esta merced.

—Supuesto que estáis convencido — repuso el jefe — de la injusticia de vuestras sospechas, no perdamos tiempo y decid dónde debemos encontrar á Espatolino.

Giuseppe levantó penosamente la temblorosa cabeza, fijando con el mayor asombro su mirada en el que acababa de hablar, y Arturo — que desde que compareció no había apartado los ojos de él — lanzó en aquel momento un grito de sorpresa.

— Aquí hay un error incomprensible, exclamó, un misterio que no puedo explicar; pero este hombre no es el padre de Pietro.

En efecto, aquellos ojos empañados por la vejez, que acababan de levantarse hácia el rostro del jefe político; aquellos espejos turbios—en los que el alma no podía ya reflejar sino imperfectamente sus más vivos sentimientos,— no eran los mismos que Arturo había visto resplandecientes y sublimes, con el santo fuego de la fe y del ardiente amor paterno.

Un momento de silencio había sucedido á la declaracion de Dainville: el viejo y María se miraban atónitos, y el jefe político, el procurador general y el capitán de gendarmes fijaban en Arturo la vista, como esperando aclaracion de sus extrañas palabras.

— ¡Señores! dijo éste: repito que aquí hay un engaño, una burla imperdonable: este viejo es un impostor.

— ¡Un impostor! exclamó María, reanimándose súbitamente su marchito semblante por una noble indignacion. Mentís, coronel Dainville; mentís y ultrajais indignamente la virtud más pura. ¡Oh padre, padre mio! y se precipitó en sus brazos.

Aquel grito, aquella mirada dejaron confuso á Dainville. La impostura no podía tener tal expresion de verdad.

— ¿Quién sois? dijo, dirigiéndose al anciano.

— Giuseppe Biollecare, señor; todo el arrabal en que vivo me conoce.

— ¿No habeis estado en su casa, preguntó el jefe político, en las primeras horas de la noche? ¿No le ofrecísteis descubrir el lugar en que se encuentra Espatolino, y no conseguisteis á este precio el indulto de vuestro hijo?

— El viejo, con la boca entreabierta, fijaba en aquel funcionario sus ojos lagrimosos, con una especie de estupor.

— Nada de eso es verdad, dijo por último: nada, señor excelentísimo; yo no tengo el honor de haber visto nunca al caballero que está presente, ni sé dónde pára ese perverso

Espatolino, que sedujo á mi pobre hijo. En cuanto al indulto de éste, sólo entiendo que debo tan alta merced á una persona poderosa, cuya vida proteja Dios y colme de prosperidades.

— Y vos, dijo el procurador á María; y vos, desdichada, cómplice sin duda en esta infame impostura — puesto que estuvisteis en casa del coronel pocos momentos ántes que el miserable que tomó el nombre de vuestro padre — ¡hablad! explicadnos este misterio de perfidia, y preparaos al castigo terrible del crimen en que habeis incurrido.

— ¡Yo criminal! exclamó la hija de Giuseppe con acento y ademán llenos de dignidad: no, señor, jamas mi infeliz padre habrá de llorar por causa mia las amargas lágrimas que ha vertido por mi extraviado hermano. V. E. puede disponer de mi vida; pero nadie puede ultrajar sin motivo á una pobre mujer, por miserable que sea.

El jefe político tomó entónces la palabra, impidiendo lo hiciese el procurador, cuyos ojos echaban chispas de cólera, y dijo con dulzura á María:

— Te creemos, jóven, y en prueba de ello mandamos que nos expliques este enigma; pues — aunque no cómplice — debes ser sabedora de él.

— Señor, contaré lo que ha pasado, con la misma verdad con que rendiré cuenta á Dios de mi vida el dia en que comparezca á su presencia. Fuí á casa del coronel Dainville á interceder por mi hermano, y nada conseguí. Habia anochecido ya cuando me retiré, desesperada, resuelta — ¡Dios me perdone el mal pensamiento! — á precipitarme en el mar. Iba como loca por la calle; todos los que encontraba me miraban con sorpresa; porque los gemidos brotaban de mi angustiado corazón, por más que queria sofocarlos. En esto, un hombre alto, envuelto en un ferreruelo azul, me salió al encuentro súbitamente y me dijo: — Jóven, ¿por qué lloras con tanta amargura? — Yo seguí mi camino sin responderle; pero él se fué tras de mí y volvió á decirme: — Jóven, ¿eres la hermana del reo que está en capilla? Entónces se redoblaron mis gemidos, y me puse tan mala que creí desfallecer. El desconocido me asió por el brazo, pero yo quise desprenderme gritando: — ¡Dejadme! ¡dejadme morir! — ¿Y tu padre? dijo él, ¿y tu pobre padre? ¿qué será de ese

infeliz cuando haya perdido á sus dos hijos? ¿qué mano amiga cerrará sus ojos cuando deje de existir?

Aquellas palabras llegaron á mi corazon. — ¡Oh padre de mi vida! exclamé. — No me es posible apartarme de vos, repuso mi acompañante, en el estado de desesperacion en que os miro. Vamos á ver á vuestro padre: necesita consuelos, y es preciso que cobreis ánimo para cumplir con los deberes sagrados de hija.

Nos encaminamos á la casa del anciano, y el desconocido me hizo muchas preguntas respecto al delito y proceso de mi hermano, y á la conversacion que acababa de tener con el Sr. Dainville. ¿Por qué no ha ido vuestro padre con vos á implorar al coronel? me dijo. — Mi padre no le conoce, respondí, ni sabe que me he atrevido á hablarle sobre este asunto.

Pronunciando estas palabras llegamos á mi casa: mi padre no hacia otra cosa que rezar desde que supimos la sentencia de Pietro: toda la tarde habia estado postrado delante de una estampa de la divina Madonna, y allí le encontré cuando volví. — Decidle que un hombre que sabe su desgracia y le compadece con todo su corazon desca hablarle, me dijo el desconocido. Hícelo así, y mi padre le recibió con aquella tristeza profunda, pero resignada, que habia sido su expresion desde el fatal momento en que tuvo noticia de la suerte que esperaba al reo. — Sr. Giuseppe, le dijo el desconocido, veo en vuestro semblante que en esta terrible situacion no os ha abandonado vuestra constancia y que sabeis sufrir como hombre. — Y como cristiano, respondió mi padre: el Hijo de Dios murió en un suplicio afrentoso, y era inocente y santo; ¿qué mucho, pues, que alcance igual desventura á un hombre culpable? Que le sirva de suficiente expiacion es cuanto debo desear y pedir á la misericordia divina.

— ¿Por qué perder la esperanza de salvarle? dijo el desconocido. No quiero infundiros demasiada confianza; pero sabed que existe una persona que puede mucho y que se halla empeñada en librar á Pietro. Dicha persona no está desalentada todavía..... el reo puede ser indultado.

Yo arrojé un grito y caí á los piés de aquel hombre, que entónces me pareció un ángel. ¡Oh ilustres señores! no es

posible que acierte á expresar lo que sentí cuando supe que aun habia quien se interesase por mi desgraciado hermano. En cuanto á mi padre, parecia aletado. El bienhechor misterioso se afanaba en balde por moderar nuestro júbilo. — No olvidéis, nos decia, que la esperanza que os anuncio es todavía dudosa. — Pero, ¡hay alguna! ¡hay alguna! repetia yo. — No creo, añadió mi padre, que os queráis divertir á costa del corazon de un infeliz. — No por cierto, respondió: os he dicho y os repito que no es imposible el indulto de Pietro, y que acaso dentro de algunas horas estará firmado. Pero no hay que perder instante; el tiempo es precioso y conviene dejaros. ¡Atended! no habéis de esto con nadie; esperad en silencio, y con ánimo dispuesto á soportar sin flaqueza el extremo de la alegría ó del dolor, pues todo puede ser. Acaso os llevarán á la cárcel esta misma noche; si así sucede, no os asustéis ni inquiráis en manera alguna la causa; ¿entendéis? Si se logra nuestro objeto, recibiréis en el calabozo en que os hayan encerrado una carta del mismo Pietro, en la que os dirá que sale libre. ¡Cuidado con hacer locuras! es preciso tener prudencia y esperar todavía. Luégo lo sabréis todo, y Pietro estará exento del menor peligro. La persona que vela por vosotros puede alcanzar esta misma noche el indulto anhelado; pero si amanece y no han venido á buscaros para conducirlos á prision....., en ese caso..... rogad por el alma del reo y procurad consolaros.

Al terminar estas palabras, puso sobre la mesa esta bolsa llena de oro (la jóven la presentó, sacándola de su seno), y quitándose el ferreruero se lo puso á mi padre, diciendo:

— La noche está fresca y vos muy débil; si os llevan á la cárcel salid bien abrigado, y encasquetaos la gorra hasta las cejas.

Se marchó en seguida; pero aunque al despojarse de su abrigo no descubrió sinó un traje muy sencillo de marinero, bien comprendimos que era un gran señor disfrazado, así por el mucho oro que nos habia dejado y por el conocimiento que tenia de lo que habia de suceder, como por su aspecto distinguido. No os molestaré, ilustres señores, con la relacion circunstanciada de las muchas conjeturas que hicimos sobre quién sería la persona poderosa que se interesaba en salvar á Pietro: mi padre no se fijaba en ningun-

na..... pero yo creí y creo que no es otra que la misma reina, pues dicen que tiene un corazón compasivo. ¿Y quién, sino ella, podría tener tanto influjo con el rey, que hubiese logrado hacerle firmar el indulto en esta misma noche?

—No hay que nombrar á nadie sin necesidad, dijo el viejo; lo único cierto es que áun no habian pasado tres horas completas desde que nos separamos de aquel excelente y generoso señor, cuando los gendarmes llegaron á buscarlos para conducirnos á la cárcel. Viendo cumplida esta parte del anuncio, ya no dudamos de lo demas, y no sé cómo no me mató el regocijo. ¡Bendito sea aquel que envia al hombre fortaleza para soportar las supremas desventuras y las supremas felicidades!

—Cuando estuvimos en la cárcel, añadió la doncella, nadie nos habló, ni nosotros hablamos con nadie; pero recibimos una carta de Pietro, que decia :

«El Rey ha firmado mi indulto, padre mio, y se me deja en completa libertad. — Vuestro hijo, *Pietro Biollecare.*»

Esto es cuanto ha pasado, nobles señores, pues á nadie más hemos visto hasta el momento en que nos sacaron de la prision para traernos aquí.

La relacion de María presentaba tal carácter de sinceridad, que era imposible dejase duda de su inocencia: los circunstantes, convencidos de ella, callaban asombrados.

¿Quién era aquel desconocido que pronosticó con tanta exactitud todos los acontecimientos de la noche? ¿Quién el anciano que se habia encargado de representar el papel de padre de Pietro en la ingeniosa comedia?

Estas preguntas se dirigian todos interiormente, sin acertar á contestarse. Se interrogó tambien á María sobre la edad del desconocido, y dijo que aparentaba de treinta y cinco á treinta y ocho años.

—El impostor que estuvo en mi casa, observó Dainville, tenía más de setenta.

Un gendarme anunció en aquel instante que pedia permiso Rotoli para dar un aviso al jefe de policía.

—Esto va á aclararse quizá, dijo el funcionario, y se mandó entrar al agente.

—Señor director, dijo, un hombre, decente al parecer,

llegó á mi casa de Pórtici : yo acababa de entrar en ella y me preparaba para meterme en cama ; pero lo que aquel sujeto me dijo, me obligó á venir incontinenti á entregar á V. E. esta carta, cerrada con tres sellos, y que — segun pude comprender — contiene algun aviso importante.

— Dádmela, dijo el jefe ; y abriendo el pliego misterioso precipitadamente, leyó en alta voz, en medio del profundo silencio de su auditorio :

«Señor Excmo. : En el momento en que ésta llegue á vuestras manos ya habréis sabido que el anciano infeliz que fué encarcelado, no es el mismo que tuvo el honor de hacer al gobierno una proposicion que se dignó aceptar. Concibo demasiada buena opinion de su justicia, para créerla capaz de descargar su indignacion en un inocente, y más cuando el verdadero culpable va á delatarse á sí mismo. Sí, señor excelentísimo, repito que Giuseppe y su hija han sido — como vuestro digno pariente el coronel Dainville — víctimas de un engaño, del que soy único fraguador.

» Aunque me llamo culpable, pido á V. E. tenga á bien advertir que sólo lo soy por haber usurpado el nombre de otro ; mas no por haber proferido la menor mentira en cuanto me cupo la honra de expresar al coronel Arturo.

» Estoy sobrado agradecido á la eficacia de S. E. para que no me apesure á cumplir todas las promesas que le hice, comenzando por aquella que más debe interesarle. Prometí que le declararia el nombre del raptor de su amada, determinando el paraje en que se hallaba ayer. En efecto, á eso de las nueve de dicha noche, dos personas se entretenian en animado coloquio á las orillas del lago Averno : la una era mujer, y su nombre Anunziata ; la otra era su raptor, y se llama..... Espotolino.

» Respecto á la promesa de descubrir tambien el sitio en que se hallaba dicho sujeto en el instante en que yo tenía la dicha de hablar á S. E., el mismo Sr. Dainville conocerá, cuando lea esta carta, que lo he cumplido religiosamente. Aseguré que aquel capitán de bandoleros estaba tan cerca, que diez minutos despues de haber yo declarado donde se encontraba, S. E. podria decir con verdad : « Lo he visto, lo he tocado..... » y en efecto, S. E. puede decirlo desde aho-

ra con toda certidumbre; así como puede vanagloriarse de haber sentido los labios de S. E. imprimirse con respeto en su homicida mano, vuestro humildísimo servidor,
ESPATOLINO.»

VI.

¿En dónde están los risueños y caprichosos paisajes que desplegaba hace poco á nuestras miradas — enriquecida con la pompa del estío — la fecunda tierra de Nápoles? ¿Qué se han hecho las islas encantadas, que á la claridad de la luna parecían palacios flotantes de las divinidades habitadoras de sus cristalinos golfos?

Hémos aquí ausentes del hermoso país que con tanto placer hemos habitado durante las primeras escenas de nuestro drama; obligados — por el imprescindible deber de exactos historiadores — á trasportar al complaciente lector á una tierra árida y triste, en la que parece que ni la naturaleza ni la mano del hombre han alcanzado á sustentar un árbol, á cuya sombra pueda guarecerse el viajero de los rayos perpendiculares de un sol abrasador.

Esta campiña arenosa y desierta es el trono en que tiene su asiento la antigua reina del mundo, destinada por el cielo á dominarlo siempre; pues cuando perdió la conquistadora espada que le abría sus puertas, recibió las llaves de san Pedro.

Sin embargo, durante la época en que la necesidad nos conduce á sus inmediaciones, alcanza á la suprema cátedra la suerte del capitolio, y yace abatido el estandarte pontificio, como el ántes invencible lábaro.

Pío VII gime en el cautiverio, y Roma vuelve á adornarse con prestados atavíos guerreros. ¿Será que sacudiendo el letargo de tantos siglos la fatigada patria de los Césares, tornen á brotar de su seno — fecundo en prodigios — aque-

llos hombres cuyas colosales figuras no caben en las inmensas páginas de su historia?

No; el gigante del Sena, —levantando un nuevo trono con las ruinas del sòlio, de la tribuna y de la tiara, —le ha grabado el sello de su naciente dinastía, y la dominadora del mundo no tiene otro consuelo en su abatimiento que el de ser esclava de un dueño tan grande como los que ella misma le impuso en otro tiempo á la tierra.

— ¡Oh Roma! ¿fué tal vez efecto de tu venganza la caída de aquellas águilas altaneras, que osaron levantar su vuelo en las regiones en que desplegaron las tuyas sus poderosas alas? ¿El indignado genio de tu gloria empañó el brillo de aquel astro fugaz, que aspiraba á eclipsar los inmortales resplandores de tu sol eterno?.....

Nuestra pluma se extravía al impulso de involuntarias reflexiones: acaso sintiéndonos pesarosos de detener al lector en el ingrato sitio á que le hemos conducido, intentemos llevar su pensamiento á cuadros ménos áridos.

¡Si al ménos nos fuese permitido vagar un momento por las orillas del Anio, ó hacerle admirar las sulfurosas ondas de la Solfatara! ¡Si pudiésemos pasearle por las celebradas grutas de Neptuno y de las Sirenas, ó entretenerle con las cascadas de Tívoli, y enseñarle la casa de aquel Mecénas, que tanta falta hace á los poetas españoles!... Pero el tiempo es precioso, y nuestra narracion nos detiene forzosamente en la llanura estéril, á la que nos vemos trasportados.

Un medio nos queda, sin embargo, de no lastimar los ojos de nuestros lectores con la vista de sus encendidas arenas: vuélvanos hácia aquel lado donde—entre breñas y matorrales—se descubre estrecha ruta, por la cual, empero, no marcharemos solos. Un hombre montado en fogoso alazan sigue la misma senda, y á pesar del calor del mediodía, que —aunque en la estacion otoñal— es bastante sensible en aquel país, galopa tan de prisa cuanto se lo permite la escabrosidad del terreno. Raro es, en verdad, ver un individuo solo y en tal caballería, por camino tan peligroso; pues ningun viajero lo emprende sin auxilio de un guía experto, y fiando el peso de su cuerpo á la paciente condicion de un asno.

El sujeto á quien vamos á seguir debe ser asaz práctico

en el país, porque no sólo se sostiene gallardamente en el soberbio caballo—que parece habituado á la carrera—sino que va tan descuidado como si se pasease por la plaza de Navona. Su traje, sin apartarse notablemente del que usan para montar los señores romanos, tiene un no sé qué de caprichoso y fantástico; y aunque se note diferencia en un rostro que se ha visto de noche y se examina despues con la claridad del dia, reconocerémos—si nos proponemos observarle—que es el mismo que conocimos cuatro meses ántes á las orillas del lago Averno. Mirad su tez algo tomada por el sol meridional; sus cabellos y su barba del color del ébano; sus ojos rasgados y expresivos, que á veces brillan con resplandor extraño, á veces anuncian una tristeza desdeñosa y sarcástica. Con la luz del dia podrémos notar las ligeras arrugas que surcan su frente majestuosa, aunque algo nublada, y cierta contraccion de los labios, y unas cejas compactas y horizontales, que con frecuencia se unen formando pliegue muy perceptible en el nacimiento de su nariz de águila. La luna suavizaba una fisonomía que ahora presenta un carácter de fiereza, que no carece, sin embargo, de cierto género de melancolía simpática.

Si tan activos como él nos atrevemos á seguirle, le verémos atravesar la aldea de Neptuno, y alejándose poco de la ribera del mar — que se tiende allí como una franja de ópalos — continuar su viaje, que, segun parece, tendrá por término á *Porto d' Ancio*.

En aquella villa ha entrado, en efecto: pero, ¿qué busca en tan mezquina poblacion, en la que el forastero no encuentra ni sociedad ni monumentos? Para saberlo penetremos, acompañándole, en aquella casa pintorescamente situada en una pequeña altura, á uno de los extremos del pueblo. La puerta se ha abierto desde el instante en que se detuvo el caballo, y un mancebo de buena traza se ha presentado inmediatamente á saludar al jinete.

— Pietro, ¿ocurre alguna novedad?

— Ninguna, capitan, sino que Roberto ha venido á noticiaros que los viajeros consabidos deben pasar esta noche por....

— ¡Basta! entiendo; ¿en qué lugar debo encontrar á Roberto para la distribucion del botin?

— En las selvas.

— ¿A qué hora?

— A las doce.

— ¡Bien!

Diciendo estas palabras penetró en la casa, y se encaminó en derechura á un aposento alto, cuya puerta empujó suavemente.

Era una habitacion pequeña, pero bonita, con dos grandes ventanas exteriores, en una de las cuales estaba de pié, — apoyada lánguidamente en el respaldo de un sillón — una mujer triste y pálida, en la que apénas podrian reconocer los lectores á la preciosa Anunziata. Su frescura juvenil aparecia marchita, su talle mórbido y elegante se doblaba como una caña tronchada por el viento, y sus miradas pensativas vagaban con poco interes por la magnífica perspectiva que ofrecian á lo léjos las románticas selvas, hácia las cuales llamamos la atencion de nuestros lectores desde el primer capítulo de esta obra.

Un sol de otoño doraba la cima de aquel paisaje agreste con los reflejos de sus últimos rayos, que en vano hubieran querido penetrar al traves de los centenarios árboles que le oponian constantemente sus espesos y entrelazados ramajes. Ningun pájaro dirigia su vuelo hácia el bosque, que parecia brindarle delicioso asilo; pudiendo decirse que hasta las aves respetaban el silencio solemne de aquella naturaleza vigorosa, adormecida al sordo murmullo de las olas del mar, que se estrellaban en la distante playa.

El recién llegado se detuvo á espaldas de la jóven, y la observó un instante con rostro descontento.

— ¿Siempre triste, Anunziata? fué su salutacion.

Ella se volvió á mirarle, tendiéndole la mano con sonrisa afectuosa; pero se dejó caer al mismo tiempo en el sillón, diciendo con aire de fatiga:

— ¿Siempre la misma queja, Espatolino?

— ¡Ah! repuso él amargamente: una gota más en el vaso que está lleno basta para hacerle rebosar; ¡teme desborde del mismo modo tanta desesperacion como tiene encerrada mi alma! ¡Teme ese derrame violento, que pudiera alcanzarte á pesar mio, arrasando en un instante todas las flores de tu vida!

— No nacen flores,—replicó ella,— en el sendero de sangre por donde me conduces, ni comprendo infortunio mayor que esta vida de vergüenza.

La fisonomía de Espatolino pareció oscurecerse con una nube tempestuosa: habia en su expresion alguna cosa más terrible que la ira y más lastimosa que la tristeza. El gemido sordo y prolongado que salió de su seno, se asemejaba al bramido con que anuncia el toro los huracanes de los trópicos, y sus brazos—que se cruzaron sobre el pecho—no bastaron á sofocar las violentas palpitations del corazon, que los levantaban con rápido movimiento, á manera de aquellas aguas que hierven al impulso de un fuego subterráneo.

— ¡Escucha, mujer! pronunció al cabo con crispatura nerviosa: de una sola falta tengo que acusarme con respecto á tí, y es la de haberte ocultado mi nombre; pero tú sabes que no llevé el engaño hasta arrancarte un juramento, pues ántes de unirme á mi destino irrevocablemente te fué revelada mi condicion. ¿Por qué entónces no te volviste á la casa de Rotoli? ¿No te ofrecí que te restituiria á ella, si no te hallabas con valor para seguir la suerte del proscrito?

— También juraste que te entregarías á la justicia si yo te abandonaba.

— Y ¿qué tenias que ver con mi vida ó mi muerte?

— ¡Pues qué! ¿no te amaba? ¿no me eras ya, como hoy, cien veces más querido que la felicidad y el honor?

— ¡Me amas hasta ese punto! exclamó él, y su rostro se fué despejando gradualmente, como con la salida del sol van huyendo las sombras.

— ¿Por qué padeceria tanto, si no te amase?— prosiguió la sobrina de Angelo. — Pero ¡ah! te veo continuar, sin ceder un momento á mis súplicas, por ese camino de crímenes, á cuyo término se encuentra el patíbulo. Siempre, en todas partes llevo conmigo la terrible cohorte aneja á tu nombre: el deshonor, la sangre inocente, el remordimiento, el suplicio. En la noche callada, miéntras la esposa feliz duerme su casto sueño junto al protector de su vida, yo velo toda trémula en mi lecho solitario, y los vagos rumores de los campos hielan de miedo mi corazon. Entónces pienso sin cesar en tus abominables empresas, en los peligros que te

rodean, en el castigo que te amenaza..... y para colmo de dolor, no puedo implorar al cielo para que te proteja; porque, ¿cómo articular tan atroz blasfemia? ¡Mi agonía excede á toda expresion, Espatolino! Si interrumpes mi abrasado insomnio el ruido de tus pisadas, en aquel momento—en que quisiera volar á recibirte, y descansar en tu seno de tantas agitaciones—en aquel momento, que debiera ser tan dulce, veo figuras cadavéricas que se interponen entre los dos, y que señalándote con sangrientos dedos, repiten voces inarticuladas : — ¡Maldito seas, asesino!

¡Ésta es mi vida! No luce un sol que no me parezca lúgubre, no llega una noche cuyas tinieblas no estén pobladas de fantasmas vengadores. Rechazados por Dios y por los hombres, llevamos la reprobacion atada á nuestra sombra, y me parece alguna vez que fatigada la tierra de sostenernos va á abrirse y á devorarnos.

La figura humana no tuvo jamas carácter tan extraño como el que presentó entónces la del bandido. Su mirada y su sonrisa ostentaron algo de satánico, de tal modo que Anunziata comenzó á temblar y se le desvió espantada.

— ¡El cielo! ¡ Los hombres! dijo él con sardónico acento. ¿Qué significa el respetuoso temor con que articulas esos nombres, que suenan á mi oido como los zumbidos que en la noche producen los mosquitos?

¡El cielo!..... Nada veo más allá de esa gran cortina de vapores.

¡ Los hombres! Yo les hago la guerra como se la hacen entre sí..... una sola diferencia existe: ellos matan con las calumnias, con las difamaciones, con las perfidias, y yo con el hierro, que hace ménos larga la agonía: ellos roban con disfraces, y yo presento francamente el rostro del bandido.

La corona del rey, la tiara del pontífice, la espada del héroe, y este puñal que te horroriza en mi mano, todo es una misma cosa, Anunziata; no hay más que instrumentos de diferentes formas, destinados al mismo fin..... armas para el combate perpétuo en que se agita la humanidad : armas para la lucha en que cada egoismo se esfuerza por entronizarse.

¿Qué quieren decir los hombres con aquellas altisonantes palabras *verdad, virtud, justicia?*.... Todo es problema : la

humanidad marcha á oscuras, envuelta en el polvo de la interminable lid, derribando hoy lo que levantó ayer, al compas eterno del tiempo que corre sin cesar arrebatándola en sus turbiones.

Te amedrentan las leyes que he pisado atrevido; pero ¿tienes seguridad de que merezcan respeto?.....

¡Las leyes!..... Una conozco ineludible: la de la necesidad: esta ley de la naturaleza es la que acato como verdadera..... las demas son, cual sus autores, frágiles é imperfectas, y muchas veces contradictorias y absurdas. Los fuertes las hacen y las huellan; su yugo sólo pesa sobre el cuello de los débiles; que las temen porque no conocen lo deleznable de sus bases.

Señálame, si puedes, alguna institucion humana que haya obtenido el respeto de todos los pueblos y de todos los tiempos. ¡En vano!..... Lo que es verdadero y justo en un pedazo de tierra de nuestro miserable globo, es reputado lo contrario en otro rincon del mismo; y cada siglo lega al siguiente — como viles harapos — sus gastados sistemas, sus ineficaces doctrinas, para que, despues de servirle de befa, sean arrojados al fin á las simas del olvido.

¿Y tú tiembblas, mujer, ante el juicio de los hombres....., de esos hombres que me infaman miéntras deifican á los grandes bandoleros, cuando es bastante cuantioso el robo para que pueda disfrazarse con el nombre de conquista?

Mira á esta Italia, pidiendo en nombre de la justicia la sangre de algunos de sus hijos, cuando besa las huellas de las legiones extranjeras que vienen á repartirse sus despojos.

¿Cuál es la diferencia real que existe entre Napoleon y Espotolino? Aquel azote de la Europa, que ha levantado un trono sobre montañas de cadáveres, y que se ha lanzado de él sobre las naciones aterradas, como el buitres encima de su presa, ¿tiene algun derecho que me esté negado? Las huestes rapaces que se abalanzan á los tronos al movimiento de su diestra, ¿podrán infamar á los valientes que obedecen dóciles á una señal de la mia? ¿Habrá imparcialidad en la generacion que escriba el nombre de Bonaparte en páginas de gloria, y que al consignar el mio en la lista de los malhechores, concluya diciendo: *Acabó su infame vida á manos de la justicia?*

¡ La justicia ! ¡ Palabra hueca , sarcasmo repugnante ! En este mundo la fuerza es justicia , como es derecho el triunfo . Este derecho le asiste á Napoleon , y podrá acaso destruirme ; pero que me amenace con su poder y no con la justicia . Como él , tengo tambien algunas miras elevadas , aunque trabajo en inferior escala : como él , abato los poderosos antiguos para crear otros nuevos , que quizá sean más dignos .

Acaso mis pensamientos se alcen más generosos que los suyos..... acaso en su lugar yo hubiera aspirado á amasar con las ruinas — que sólo le han servido de escalones para escalar un viejo s^olío—grande y sólido edificio para las generaciones futuras.....

Y sin embargo de lo dicho , algunas veces me he preguntado á mí mismo si no es una locura toda abnegacion ; si los mártires de la humanidad no han sido siempre unos tontos supremos . Porque , ¿ quién puede señalar la línea imperceptible que separa lo sublime de lo ridículo ?

Cesó de hablar Espatolino , y Anunziata no intentó siquiera contestarle ; aquellas ideas desordenadas , extrañas , desoladoras , vertidas con una mezcla de frialdad y exaltacion , de amargura y de ironía , habian aturcido su entendimiento y lastimado su corazon . Afligida , indignada , llena de asombro y de terror , levantó los ojos y las manos al cielo , cual si demandase auxilio contra la tiránica pasion que la retenia junto á aquel hombre funesto , cuyo impío soplo era capaz de arrancar del alma todas las nobles creencias ; pero ¡ ah ! el cielo estaba lúgubre y amenazante como su destino : las ligeras nubes que una hora ántes vagaban por la esfera , se habian ido agrupando hácia el ocaso , cubriendo completamente las últimas huellas del sol ; y el mar , tranquilo hasta entónces , comenzaba á levantar su voz solemne , respondiendo con tonos graves á los silbidos agudos del viento .

La jóven arrojó un grito , sofocado por el estampido del trueno—que devolvieron dilatadamente los ecos de la selva —y se cubrió el rostro con las manos , cayendo desfallecida .

A la vista de aquel mudo dolor sintióse enternecido—casi á pesar suyo—el terrible Espatolino , y suavizando con rápida transicion su fisonomía y su acento , se acercó á Anunzia-

ta, la levantó en sus brazos, volviéndola al sillón que ántes ocupára, y colocándose junto á ella, la dijo—después de un instante de silencio, durante el cual los sollozos de la pobre jóven se hacían oír apenas entre el ruido de la tempestad:

—Cálmate, te suplico, esposa mía, pues ha llegado la hora de que conozcas la tristísima historia de esta vida que juzgas tan criminal, quizá por ver únicamente las consecuencias fatales de antecedentes ignorados. Cuatro meses hace que cada día he querido, he resuelto decírtelo todo, presentarte yo mismo mi proceso, pidiendo á tu noble alma el fallo que me absuelva ó me condene.....; pero me ha faltado ánimo, lo confieso, porque temo la severidad de tu inocencia.....; la temo más, Anunziata, que el rigor de los tribunales del mundo.

Hoy, sin embargo, comprendo con amargura que es preciso me conozcas del todo; no ya para que me absueles, sino siquiera para que me excuses y no te creas unida á un monstruo abominable.

Óyeme, pues, ¡oh tú, que tienes fe en una bondad infinita! y pronuncia sobre la cabeza del misero proscrito lo que ella dicte á tu pecho.

Hizo una pausa, y notando que la jóven secaba su llanto, prestándole atención afanosa, comenzó así su relato:

VII.

Pronto cumplirán treinta y nueve años que vine al mundo: mi padre era un hombre de bien y acomodado; mi madre una santa.

Cuando tenía yo diez y ocho años, mi alma era estrecha para los cultos que en ella se abrigaban. Creía en todo y de todo me formaba una religión, porque era de naturaleza ardiente y exagerada.

La honradez humana me parecía casi tan cierta como la justicia divina; pues me costaba trabajo concebir la existencia de la iniquidad, y sólo como rarísima excepcion podia imaginarla en algunos de mis semejantes.

Pero aunque tan favorablemente juzgase de todo el mundo, tres personas en particular, — ademas de las que constituian mi familia, — se hallaban colocadas por mi entusiasmo en la cumbre de mi estimacion. Considerábalas como dignas representantes de cuanto la humanidad poseia de más bello y elevado; como tipos perfectos de las nobles condiciones que yo suponía naturales en el sér superior del planeta que habitamos.

Una de dichas personas era el jóven conde Cárlos de***, que—aunque sólo dos años mayor que yo—gozaba ya de casi absoluta independencía y de considerables riquezas. Mi madre habia sido su nodriza, y mi hermana Giulietta su hermana de leche; así es que le mirábamos como individuo de la familia, y mi corazón se habia unido al suyo con los lazos de la más tierna é íntima amistad. Aquel sentimiento parecia completamente justificado por las cualidades del jóven conde..... era al parecer modelo de hidalguía caballeresca, y en todas partes se referian rasgos de su generosidad inagotable y de su pundonor exquisito.

Otra de las tres personas objetos de mi exaltado cariño, era una jóven huérfana, prohijada por mis padres, y por la cual sentí violento amor, aún ántes de saber que el amor existía. Aquella pasión—comenzada casi con mi vida—me parecia inseparable de ella; y la vehemencia con que fué correspondida llegó á identificar de tal modo mi alma con la de Luigia, que una sola era siempre la voluntad de ambos y unos mismos nuestros pensamientos. En unirnos para siempre con vínculo indisoluble, se cifraba por consiguiente, toda nuestra ambición, y mis padres me decían con frecuencia que no podria darles — ni aún buscándola por toda la tierra — una hija tan de su agrado como Luigia. En efecto, ella reunía á la belleza y el candor de mi hermana, la austera virtud y la prudencia que caracterizaban á mi madre; pareciendo imposibles en una niña de diez y seis años tantas y tan admirables perfecciones como la reconocian cuantos frecuentaban nuestra casa.

Por último, te diré que el Sr. Sarti era el otro individuo distinguido con mi particular aprecio, y juzgado digno de él por todos los que le trataban.

Era un hombre circunspecto, grave, de severos principios, de laboriosidad infatigable, y que habia sabido crearse gran reputacion de probidad, al mismo tiempo que una fortuna independiente que acrecentaba de dia en dia con su industrioso talento. Mi padre le escuchaba como á un oráculo, y — aconsejado por él — vendió las tierras que poseiamos, y que bastáran hasta entónces para el decente sostenimiento de la familia, entregando todo el numerario al afortunado especulador que le ofrecia duplicar sus productos.

¡Oh Anunziata! de aquel hombre—á quien veneraba—debia recibir mi primer desengaño..... El Sr. Sarti se declaró en quiebra algun tiempo despues de haberle confiado mi padre su modesto caudal, y quedamos arruinados. Muchos fueron crédulos, y se compadecieron de la súbita desgracia del hasta entónces feliz negociante; pero circunstancias casuales—que no es del caso relatar—me hicieron patente el fraude de aquel hipócrita; cuya infamia me afectó tanto más profundamente, cuanto mayor habia sido la cándida buena fe con que habia creído en su honradez proverbial.

De las tres mujeres que componian mi familia, la más sensible á nuestra ruina fué Luigia. Sorprendíla un dia llorando amargamente, y—preguntándole la causa—me pintó con sombríos colores nuestro comun porvenir. Ambos somos tan pobres, me dijo, que creo imposible nuestro casamiento. ¿A qué unirnos?... ¿para dar existencia á otros seres tan infelices como nosotros, que no tendrian para conservarla sino el pan mendigado con lágrimas á las puertas de los ricos?

Aquellas tristes reflexiones, á un mismo tiempo me traspasaron de dolor y me encendieron en ambicion presuntuosa. Llevé una mano al corazon y la otra á la frente, y dije á mi querida:

—Mientras estos tesoros no se agoten, no faltará el pan á los hijos de Espatolino. ¿Para qué—proseguí radiante de fe y de entusiasmo—para qué concedió Dios al hombre estas dos facultades poderosas, de las cuales la una dicta y la otra

ejecuta? Yo oigo resonar en mi cabeza una voz incesante que me grita: el mundo es patrimonio de la inteligencia que le comprende y de la voluntad que le domina.

Luigia me miraba con aire incrédulo; pero yo me aparté de su lado lleno de confianza en mí mismo, y resuelto á abrir para ella un porvenir dichoso..... ¡para ella, que sería la madre de mis hijos!

Desde aquel día me dediqué asiduamente á variados estudios, sin dejar por eso de desempeñar fatigosos trabajos. Mi jóven amigo el conde de***, me empleó en la secretaría de un personaje pariente suyo, en cuyo despacho pasaba la mayor parte de las horas escribiendo sin treguas, y al salir de allí—en vez de ir á solazarme con mi familia—me dedicaba á otras tareas, que continuaba sin interrupcion casi toda la noche.

Solia asistir tambien á la propaganda, donde me instruía en las lenguas orientales; acompañaba á Cárlos á la escuela de esgrima y al gimnasio; y aquel año me llevé el segundo premio de escultura en la academia de San Lúcas.

Mi aplicacion y las felices disposiciones que manifestaba para todo, servian de estímulo á los profesores; que se complacian en enseñarme gratuitamente, deduciendo de mis progresos exageradas esperanzas. Mi ambicion por saber no conocia límites: queria hacerme apto para emprender todas las carreras; iniciarme á la vez en ciencias y artes; fomentándome tan loca avaricia los elogios que me prodigaban.

Miéntas yo soportaba alegre una vida laboriosa y fatigante, sostenido por las más halagüeñas ilusiones, un cambio incomprensible se iba verificando en la mujer para quien hubiera querido conquistar la corona del mundo. Ya Luigia no hacia gala de la identidad de nuestras almas..... ya no adivinaba mis voluntades..... y en los cortos momentos de libertad que podia pasar con ella, jamas sus ojos—ántes tan solícitos en buscar los míos—me fijaban aquella mirada de amor, tan silenciosa y tan elocuente.....; aquella mirada que dicta tantos sacrificios y promete tantas compensaciones. Jamas volvió á hablarme de nuestro porvenir, y ni áun parecia notar los esfuerzos que hacia para asegurárselo dichoso.

Sin embargo, ninguna duda concebí de su ternura; el

que ama, encuentra mil recursos para difrazarse la desgracia del abandono. Imaginé que la tibieza de Luigia provenia del enojo que la causaban mis continuas ausencias, y casi acepté su desvío como un nuevo testimonio de desinterés y ternura.

Una tarde, empero, al entrar en mi casa — despues de doce horas de trabajo — noté que mi madre y mi hermana estaban conmovidas y con los ojos hinchados; miéntras Luigia, que se entretenia en bordar, se puso encendida como la grana al escuchar mi salud.

Sentéme junto á ella; el corazon me latia de manera que me ahogaba; mi sangre circulaba con rapidez..... y sin embargo, sentia frio. Un cruel presentimiento me revelaba que aquel instante sería de los más solemnes y terribles de mi existencia.

Mi madre comprendió aquella situacion y me dijo de pronto, con voz alterada: — Hijo mio, ésta será la última noche que pasará con nosotros Luigia: mañana se casa con el Sr. Sarti, que la ama y la hará feliz.

Ningun acento articuló mi boca..... no hice un gesto siquiera. Mi madre aseguraba despues que la habia sorprendido tal serenidad..... y cuando la pérfida Luigia se esforzaba en justificar su mudanza, dicen que aseguraba que sólo habia imitado la mia, dando por testimonio de ella la indiferencia con que supe su casamiento.

En efecto, Anunziata, la felicité con calma, diciéndola que — á pesar de la aparente quiebra del comerciante — podia estar segura de que era rico..... y áun tuve la paciencia de escucharla cuando intentó darme explicacion de los motivos que la habian decidido á aceptar la mano de aquel infame, y á recatarnos con tanto misterio sus relaciones con él.

Sin embargo, al salir de junto aquella mujer, que de un sólo golpe habia aniquilado todas mis esperanzas, llevaba ya conmigo resolucion horrenda. No me sentia con fuerzas para sobrevivir á mi corazon, que juzgué muerto para siempre.

Era la media noche: todos, á mi entender, dormian ya: salí entónces sin hacer ruido, y me encaminé al Tíber, que distaba poco de mi casa. La oscuridad era profunda, y yo iba tan preocupado que no eché de ver que me siguiese nadie; pero en el instante en que — encomendando mi alma al Cria-

dor — iba á arrojar-me al rio, un brazo varonil me asió por la cintura, y una voz querida dejó oír estas palabras:

— ¡Ingrato! ¿nada soy en el mundo, que así quieres dejarle?

Caí en los brazos de Cárlos, y un mar de lágrimas brotó al fin de mis ojos, secos hasta entónces. Fué el momento de una crisis dolorosa, pero favorable; el conde supo aprovecharlo, y me volvió á mi casa, donde nos recibió mi hermana, que — por una coincidencia que entónces creí casual — aún no se había acostado.

No intentaré pintarte los tristes días que siguieron al de mi suicidio frustrado. El trastorno moral que fatalmente debía operarse en mí progresaba más y más, en vez de disminuirse con el tiempo. Volvíme irascible, desconfiado, sarcástico. Perdí — con la fe en el amor — todo mi entusiasmo por el estudio y mi confianza en lo porvenir. Sólo dos consuelos me quedaban en la tierra: poder ser útil á mi familia y sentirme querido por Cárlos, el amigo de mi infancia.

Dábame éste sin cesar pruebas tiernísimas de la sinceridad de su corazón para conmigo, y por mi parte tuve oportunidad de ofrecerle una muy grande del afecto que me merecía.

La peste invadió á Roma, y Cárlos fué una de las primeras víctimas. El terror del contagio alejaba de los enfermos hasta á sus deudos más próximos; muchos perecían abandonados. Yo asistí asiduamente á mi amigo, y — cuando le arranqué de brazos de la muerte — caí en el mismo peligro de que le había librado.

¡Ah! ¿por qué no dejé de existir entónces, que aún hubiera llevado del mundo algunos aromas de ilusión.... alguna dulce creencia?

Estaba apénas convaleciente de mi larga enfermedad, cuando.... Déjame respirar, Anunziata, porque despues de diez y ocho años que han trascurrido desde el hecho que voy á referir, todavía está reciente y fresco en mi memoria, sintiendo encenderse mi sangre y rasgarse mi corazón al fiar á los labios tan doloroso relato.

Hizo una breve pausa Espatolino, y rompiéndola de súbito bruscamente, dijo con voz rápida y con acento sordo:

— Mi hermana desapareció de la casa paterna..... por una carta suya supimos que seguía á un hombre con quien man-

tenia hacia algun tiempo vergonzosas relaciones, cuyo resultado — ya visible — la obligaba á huir de nosotros, evitándonos el espectáculo de su deshonra.

Lo que ella únicamente callaba, no fué por muchos dias un misterio para mí.— ¡El nombre de su seductor era Carlos, conde de***!

— ¡Cielos! exclamó Anunziata, sin poder ya reprimirse. ¡Cuán desgraciado has sido, esposo mio! ¡A qué terribles pruebas sucumbiste!.....

— Eso es poco todavía, dijo el bandido: escucha algo más, mujer, que confias en Dios y que respetas á los hombres. Te he dicho que estaba convaleciente; pues bien, recaí, estuve moribundo..... algo peor: estuve loco. Durante mi enfermedad, mi familia reclamó reparacion de su innmercido agravio. La justicia humana se la dió: ¿sabes cómo?.....

— ¿Haciendo que el conde se casase con tu hermana?..... articuló vivamente Anunziata.

— ¡Qué locura! repuso Espatolino, con espantosa carcajada. — ¿Olvidas que el seductor era todo un caballero?

Cuando cansado de Giulietta — cuya hermosura quedó marchitada al hacerle padre de un niño, que murió á pocas horas, — se resolvió el noble amante á devolverla á nuestra humilde casa, todos sus encopetados deudos declararon que habia hecho cuanto el honor prescribe, cuanto exigir podiamos de su generosidad..... porque mi hermana — al entrar envilecida en el hogar paterno — llevó oro..... ¡bastante oro!

— Que no recibiste sin duda, — dijo Anunziata con indignacion.

— Te engañas, repuso Espatolino: era preciso que — ántes de arrojarlo al rostro del corruptor de Giulietta con la punta de la espada, — viese con mis ojos aquella odiosa dádiva del vicio y del orgullo: era preciso que sintiese arder en mi mano el vil metal con que se pagaba la honra. Sobre él juré pagar á cualquier precio la venganza.

Todavía no habia aprendido á asesinar, y reté al conde; pero los padrinos alegaron que sólo entre iguales estaba permitido el duelo. Entónces esperé al gran señor con quien no era digno de batirme — una de las noches en que se retiraba de divertido sarao — y por dos veces descargué mi

acero sobre su pecho, arrojando entre el raudal de su sangre el oro infame con que pensó satisfacernos. Pero mi diestra, aún no avezada al crimen, dejó incompleta la obra. Algunas semanas despues, el conde se paseaba por las calles de Roma, y yo salia para el presidio por diez años.

— ¡Por diez años! exclamó Anunziata, más y más conmovida.

— No te asustes, respondió irónicamente el bandolero; pues el conde fué tan magnánimo, que consiguió mi indulto al cabo de algunos meses; conquistándose con este rasgo de generosidad tanta admiracion y aplauso, como aborrecimiento recayó sobre mí, cuya negra alevosía no habia sido suficientemente expiada.

Pero, ¿sabes lo que es el presidio en la mayor parte de las cultas naciones de la Europa? Creerás acaso que la sociedad — al crear esos establecimientos penales — ha tenido la filantrópica idea de corregir al culpable, y de moralizarlo por medio del trabajo y la enseñanza; á fin de que — rehabilitado algun dia — pueda volver á ocupar dignamente el puesto que en ella le estaba señalado; pero no es así, Anunziata.

En el presidio, en aquel inmundo receptáculo de séres envilecidos — entre los que se confunden á veces algunos inocentes desgraciados — no ha penetrado jamas la luz de la instruccion ni el bálsamo del consuelo. Allí existe el trabajo que embrutece, pero no el que regenera: el castigo que impone la venganza; más bien que la saludable expiacion que dicta la caridad para purificar por la penitencia. Allí crece — en corrompida atmósfera — la contagiosa lepra del crimen, y por eso aunque entran muchos con sentimientos de hombre, ninguno sale sin instintos de fiera.

Por mí sé decir que cuando recobré la libertad me hallaba trasformado casi por completo. No era ya el jóven cándido y entusiasta, á quien le costaba trabajo concebir el mal; en quien eran naturales las nobles creencias y las aspiraciones sublimes..... Pensamientos nuevos y atrevidos cruzaban por mi cerebro, llegando á prestarle grandeza y poesia á la terrible mision del vengador de los débiles y de los oprimidos, cualquiera que fuese su forma.

Nada habia sabido de mi familia durante el tiempo de mi

castigo, y me dirigí—todavía con santa emoción del alma—al hogar querido de mi niñez.

Era una tarde fría y nublada del mes de Noviembre.....; aún pienso ver aquel crepúsculo lívido, aquella neblina húmeda y pegajosa. La tristeza del cielo no había tenido, sin embargo, la menor influencia en mi espíritu, hasta el momento en que me encontré bajo el dintel de aquella puerta, que en otros tiempos jamás estuvo cerrada para el infeliz sin asilo. Entónces se me oprimió el corazón y súbito temblor recorrió todos mis miembros. Me detengo, respiro, hago un esfuerzo y entro. ¡Anunziata! un cuerpo macilento y frío yacía tendido sobre unas pajas..... ¡era mi hermana! Una vieja pálida, flaca, medio desnuda, estaba de rodillas á su cabecera, y pronunciaba—bebiéndose sus lágrimas—las preces de los moribundos..... ¡era mi madre!

Detúvose nuevamente Espatolino: gruesas gotas de sudor resbalaban por su frente, y sus labios se agitaban convulsos.

—¡Acaba! le dijo Anunziata con ánsia dolorosa.

—¿Qué quieres que añada, mujer? contestó ásperamente el bandido. Mi padre fué preso porque—cuando yo falté de su lado—no tuvo que comer y contrajo deudas.

Mi madre, el mismo día en que llegué á mi casa, fué echada de ella porque debía los alquileres, y el dueño se había cansado de ser generoso. La pobre anciana suplicaba que la permitiesen estar algunas horas más..... ¡hasta que muriese su hija! Sus ruegos fueron brutalmente desechados, y en aquel instante la moribunda se incorporó lentamente, abriendo sus grandes ojos—que parecían de vidrio—y gritó:—¡Vamos, pues!—Aquella fué su última palabra: volvió á caer, y ya no existía.

Mi madre y yo la acompañamos al cementerio, en donde se la enterró de limosna. Cuando salíamos de la parroquia con el cadáver, gran número de coches y lacayos se agolpaba delante de sus puertas. Tuvimos que huir para no ser atropellados, y un religioso que nos acompañaba dijo:—Es el bautizo del hijo primogénito del conde de***, cuya felicidad conyugal acaba de completarse con el nacimiento de su heredero.

Mi madre levantó los ojos al cielo y murmuró una ben-

dicion al recién nacido. Yo también, como ella, miré al cielo y le dirigí la voz; pero fué para preguntarle: —¿Dónde está tu justicia?

La anciana, sin albergue en el mundo, se presentó en algunas casas en las que en otro tiempo era bien recibida; en ninguna encontró entonces compasión. Yo, que la acompañaba, advertía que á mi aspecto todos parecían horrorizados, y escuchaba—apénas volvía la espalda—repetir con desprecio: —Es el presidiario.

Busqué por todas partes acomodo, pero en ninguna lo hallé. Aquella denominación odiosa me era aplicada doquier, y parecía llevar conmigo un signo de reprobación eterna. ¡El presidiario! decían mis antiguos amigos, y apartaban los ojos. ¡El presidiario! exclamaban los que habían sido mis maestros, y se alejaban de mí con espanto.

Por espacio de tres meses mi pobre madre mendigó el pan de puerta en puerta, y en las crudas noches de Diciembre y Enero dormía en los pórticos de los templos ó en las ruinas de los teatros. Sufrió tantas penalidades con imponderable resignación; pero muchas veces, en mitad de la noche, cuando se adormecía á fuerza de fatiga, la oía articular débilmente: —¡Tengo hambre, tengo frío!

Apretábala frenético entre mis brazos, y si entonces se despertaba, —¡Bendito sea Dios! decía: ¡qué feliz soy en tenerte á mi lado! ¡duermo tan tranquila en tu seno! Descansa tú también, hijo mio.... la noche está fresca, pero mañana tendremos un buen día.

—¡Un buen día! todos eran iguales para ella: ¡pobre madre, que no tenía un rincón donde morir en paz, llorando á su hija! Su dolor, como su miseria, era un espectáculo público: los muchachos se paraban muchas veces para verla llorar, y el pudor de la desventura la obligaba á sofocar sus sollozos, diciéndome: —Es cosa triste padecer en las calles.

Al cabo de tres meses—hallándose ya muy enferma—conseguí que la admitiesen en el hospital de San Juan, y quince días después terminó la muerte su martirio. Por extraña coincidencia mi padre falleció el mismo día en su prisión, y vi enterrar su cadáver.... pero ¡no el de mi madre! Aquel casto cuerpo fué entregado á los cursantes en cirugía, que

hacen sus estudios en los muertos de los hospitales, y no me sentí con fuerzas para contemplar sus miembros despedazados y su corazón exprimido. ¡ Mi padre al ménos descansó entero en su sepultura! Allí, sobre aquella tierra sagrada; allí, pisando los restos del autor de mi vida, juzgué al cielo y á los hombres, y dije al uno: « ¡ No te conozco! »; y á los otros: « ¡ Os declaro guerra! »

Algunos desesperados se habian reunido en las cercanías de Roma. Supe dónde se hallaban, los busqué, los vi y me asocié á su suerte.

¿ Ves esa sombra negra sobre la cual se pasean los relámpagos? Es la selva de *Nettuno*, trozo de naturaleza agreste y semi-salvaje. Allí les hablé por la vez primera: así como ahora, la tempestad bramaba agitando el Océano, cuya tronante voz ensordecía á la selva: las encinas seculares doblaban sus ramas bajo las alas del viento, y el rayo—que heria sus altivas cabezas—reverberaba fatídica luz en las lucientes hojas de veinte puñales, húmedos todavía de sangre. Allí, en aquella noche solemne y terrible, consagré mi existencia al genio de la venganza, y juré por los manes de mi familia odio eterno á la sociedad.

Jamas me he arrepentido de aquel juramento: jamas lo he quebrantado. Desde entónces soy el bandido, y mi nombre hace temblar al magnate dentro de los marmóreos muros de su palacio. Soy el bandido, pero mi mano no ha vertido nunca la sangre del pobre ni la del inocente. El oro arrancado al poderoso corrompido, ha apagado más de una vez la sed y el hambre del despreciado indigente.... los delitos que deja impunes la venal justicia de los tribunales, han sido castigados por la mia inexorable.

Hago la guerra noble y osadamente. De algunos hombres groseros é ignorantes, he hecho soldados aguerridos. Aumentada rápida y considerablemente mi gente, mando hoy batallones disciplinados, no desordenada cuadrilla de salteadores comunes. Nuestra escrupulosa ordenanza está fundada en la más severa justicia, y garantiza su observancia el respeto que inspira mi nombre.

No hemos sido nunca del número de aquellos malhechores cobardes que huyen la luz del día en sus inmundas guaridas. Nosotros tremolamos con arrogancia el estandarte de la

rebelion; y nuestro grito de guerra ha saludado muchas veces al sol á las puertas de las grandes ciudades.

Nápoles y Roma reunieron en balde sus esbirros y sus soldados: la astucia de los unos fué siempre burlada por la nuestra, y las armas de los otros se quebrantaron constantemente en nuestro valor indómito. Con fuerzas muy inferiores hemos sostenido la campaña repetidas veces, y la hemos visto terminar con gloria. Sí, áun ahora mismo—entre las invencibles legiones del gran capitán del siglo—áun ahora conservo mi cetro de rey de las selvas, y—segundo Marco Sciara (1)—entono el himno de la independencia delante de los opresores de mi patria.

¿Me llaman feroz? es verdad, confieso que por dos veces lo he sido. En cierto día oí un hombre á mis piés pidiéndome la vida: ofrecía por rescate enormes cantidades de oro, y mis compañeros juzgaron ventajosas sus proposiciones.— ¡Atras! les dije: ¡desgraciado de aquel que se atreva á pronunciar que este hombre es digno de vivir!—No quería yo su oro; me bastaba el poco que tenía en el bolsillo. Aquel oro derretido, hirviendo, debía parecerle néctar delicioso al que era un monstruo de codicia, y se lo hice tragar lentamente. Su agonía fué larga y dolorosa..... pero ¡no tanto como la de mis padres! Aquel hombre era el ladrón de mi familia y de mi felicidad: era Sarti, esposo de Luigia.

En otra ocasión cayó en nuestras manos una mujer hermosa é interesante; una gran señora, que viajaba sin su marido.

— ¡Amigos! dije á mis alegres camaradas: la que teneis delante es esposa querida de un marido celoso. Hoy está libre y os la entrego.

Cuando aquella infeliz volvió á entrar en su casa, estaria

(1) Marco Sciara ha sido el más famoso y célebre de todos los bandidos italianos. Inquietó por mucho tiempo al gobierno español, que dominaba aquella parte de la Italia que fué teatro principal de sus inhumanas proezas. Sus talentos, su osadía, y las circunstancias favorables de la época en que vivió, le proporcionaron cierta importancia política, y auxiliado por los poderosos descontentos del gobierno, llegó á hacerse verdaderamente temible. Su prestigio fué tan alto, que la república veneciana le brindó con el mando de su ejército; honor de que disfrutó poco tiempo, pues lo asesinaron sus antiguos camaradas.

tan pálida y moribunda como Giulietta, el dia en que tornó deshonrada á la casa paterna; pero ignoro si el ilustre Carlos, poderoso conde ***, ha tenido un heredero de la sangre de mis valientes, en pago del honor que me dispensó dándome un sobrino de la suya.

— ¡Bárbaro! exclamó Anunziata, sin disimular su horror.

— Nada he querido ocultarte, repuso Espatolino; te he hecho conocer en toda su extension tanto mis desventuras como mis delitos. Júzgame pues, y califícame segun lo que te dicte la severidad de tu conciencia pura; pero ¡ah! no desoigas tampoco la voz de tu piadoso corazon, que espero te hablará en mi defensa.

— El te ama y te compadece, dijo la jóven tendiéndole la mano y fijándole sus amorosos ojos llenos de lágrimas: él te absolverá tambien ¡oh esposo mio! si cesas de imitar al ángel rebelde, que rechaza en su insensato orgullo la santa idea del arrepentimiento.

— ¡Arrepentimiento! contestó el bandido con amargo acento. ¿De qué le serviría á quien — cual yo — ha ido demasiado adelante para que le sea posible el retroceso? ¿De qué le serviría á quien no merece, ni pide, ni espera perdon?

— ¿Por qué no esperarlo? replicó Anunziata. Dios mismo, ese Dios paternal de quien blasfemas, ¿no ha dicho, con su misericordia inagotable, que no quiere la muerte del pecador, sino que se convierta y que viva?

— Pero los hombres adoradores de ese Dios, — dijo Espatolino, — los hombres que invocan la sublime inspiracion de aquel Juez supremo, cuando erigidos en tribunales van á fallar sobre la suerte de sus semejantes, dicen — por el contrario — *muerá el delincuente aunque esté arrepentido.....* porque para ellos no borra el llanto las manchas espirituales, tan eficazmente como la sangre vertida por mano del verdugo.

— ¡No! ¡no! gritó la jóven con exaltacion generosa. Otra sangre santa, redentora, corrió hace diez y ocho siglos para la purificacion universal, y sube su voz eternamente al cielo, y eternamente se extiende por el mundo clamando gracia y clemencia. Esa sangre poderosa puede alcanzarte — aún en el postrer término de tu criminal carrera — para regenerar tu noble alma, imágen en otro tiempo de la belleza divina. Llá-

mala con tus votos, ¡oh Espatolino! junta con sus sagrados raudales los de las lágrimas de un corazón contrito, y entonces ni el cielo ni el mundo podrán condenar los ya reparados extravíos. ¡Ah! tú te conmueves..... ¡lo veo! No luches contra la gracia, que te llama por mi humilde acento. Cede, ríndete, humíllate, y abjura para siempre la vida terrible de lo pasado. ¡Por tu salvación eterna te imploro de rodillas..... y por mí, por mi amor, por el fruto inocente de ese amor infeliz, que siento estremecerse en mis entrañas!

—¡Qué has pronunciado! exclamó el capitán de bandoleros, cuya fisonomía pareció iluminarse con un rayo inefable de esperanza y de júbilo: ¿puedo creer esa revelación inesperada, con que acabas de trastornarme el alma?

—¡Sí, Espatolino, soy madre! dijo Anunziata juntando las manos. ¡Soy madre, y te suplico — en nombre del cielo — que no permitas que abra un inocente los ojos á la luz de la tierra para ver el suplicio de su padre! ¿Qué herencia le darás á tu hijo, si no recoges otra cosa que infamia y maldición?..... ¡Oh, más piadoso fueras descargando ese puñal sangriento sobre mi seno, por desdicha fecundo!

—Basta! pronunció Espatolino: levántate, mujer, y dispon de tu esclavo. Dictame tus leyes con esa voz augusta con que me has dicho *soy madre*. Juro no tener otra voluntad que la tuya.

—¡Bendito sea Dios! gritó entonces con arrebatado gozo la sobrina de Rotoli. Yo alcanzaré tú indulto..... sí; lo alcanzaré, porque seré elocuente para pedir por el padre de mi hijo.

Espatolino la levantó en sus brazos, y desplegaba los labios — quizás para confirmar plenamente las esperanzas que había hecho concebir á su esposa — cuando de súbito el sonido vibrante de una campana dejó oír distintamente las doce. Estremeciéndose el amante de Anunziata, demudándose su rostro, que un minuto ántes embellecía la esperanza, y murmuró con ahogado acento: — ¡Es la hora! ¡me esperan! La joven se abrazó á él con todas sus fuerzas, porque bien comprendió que el espíritu del mal intentaba posesionarse nuevamente de su presa.

—No permitiré que me dejes, clamaba ella angustiada: no quiero que vayas á reunirte á esos hombres odiosos, que han sido tus compañeros de crimen.

—¡Oh! dijo Espatolino; tú ignoras que esta alma, por tanto tiempo descreída, aún guardaba en su fondo una ciega fe....., fe en ellos....., en su lealtad....., en su instintivo amor....., en su fanatismo por el jefe que jamás les ha mentado al ofrecerles el éxito de una atrevida empresa. Sí, Anunciata; yo creo en esos hombres, que — no teniendo patria ni sociedad — me pertenecen exclusivamente : en esos hombres que se me han unido para vida y para muerte..... y ántes de abandonarlos, ántes de romper para siempre esos lazos del crimen — que son quizás los más fuertes, los más indestructibles de la tierra — es preciso que me concedas algun tiempo de preparacion.

—¡Imposible! ¡imposible! gritó la jóven, desmelenada y pálida. No desprecies el momento de la gracia....., no rechaces la inspiracion del cielo. ¡Ahora ó nunca! me lo está diciendo no sé qué voz interior. ¡Ahora ó nunca!

—Ahora no, contestó el bandolero con esfuerzo que le costó una lágrima: ahora aún les pertenezco, porque confian en mí, porque no debo engañar su esperanza. Luégo, más tarde, — ¡te lo juro por las cenizas de mis padres! — seré tuyo, sólo tuyo.

—¡Ahora ó nunca! repetia ella, redoblando las súplicas de sus bellísimos ojos arrasados en llanto. ... pero él no la escuchaba ya. Se habia lanzado fuera del aposento — por supremo imperio de la voluntad — y bien pronto el ruido del galope de un caballo llegó á anunciar á la infeliz jóven, que el hombre funesto — á quien la habia unido maléfico destino — corria en busca de sus cómplices, para aumentar acaso con nueva sangrienta página la historia terrible de su vida.

Sin embargo, difícil era ya que se desasiese Anunciata de la dulce esperanza por un momento alcanzada, y en medio del dolor y de la soledad en que volvía á sumirla la nueva ausencia de su amante, tomó por consuelo el agotar los recursos de su ingenio, á fin de concebir medios de impetrar para él, con probabilidades de éxito, el indulto ambicionado.

Si tengo la dicha de conseguirlo, — se decía á sí misma con entera conviccion, — fuerza es que se rinda, completamente contrita, aquella alma soberbia y desconfiada, á quien daré irrecusable prueba de la clemencia con que la llama el

cielo, y de la injusticia con que el ódio le ha pintado á los hombres.

VIII.

Los agentes y espías que mantenía Espotolino en la mayor parte de las principales ciudades del territorio de Nápoles y Roma, eran tan numerosos como exactos. Sus frecuentes avisos nada dejaban ignorar al bandolero de cuanto pudiera convenirle, y por aquel medio estaba al corriente, no solamente de todas las operaciones del gobierno, y de las salidas é itinerarios de aquellos viajeros de los cuales podia sacarse abundante botín ó cuantioso rescate, sino que tambien sabía con todos sus pormenores la vida y situacion de las personas particulares, que por cualquier motivo le interesaban.

Así fué enterado de que poco tiempo despues de la peligrosa estratagema con que salvó de la muerte al hijo de Giuseppe, habia terminado dicho anciano su larga y amarguísima carrera; y que la jóven María — á quien por medios tan astutos como delicados supo proporcionar aquel malhechor extraordinario una dote arreglada á su clase, — debia casarse en breve con un artesano á quien amaba. Tambien tuvo conocimiento de que Angelo Rotoli — abandonando á Nápoles — se hallaba en Roma, donde habia ascendido al rango de comisario de policía, quizás por influencia de su protector el coronel Dainville; quien tambien residia por entónces en la ciudad del Tiber, áun no curado de su desgraciada pasion por Anunziata, y complacido de hallar por fin en el esbirro un celoso funcionario del gobierno; pues ardia en ódio hácia el que fué ántes su antiguo amigo; pero en el que no veia ya sino al robador de la *perla* que era su orgullo, y al que le habia arrebatado con Pietro la satisfaccion de su venganza.

En la memorable noche que ha prestado asunto á nuestro anterior capítulo, algunas de las circunstancias de que ahora hacemos referencia se presentaron á la imaginacion de la esposa del bandido, para alentar una esperanza que buscaba asidero en cualquier parte.

— Pietro — dijo al mancebo que habia quedado custodiándola; — nos han dejado solos, ¿no es verdad?

— Sí, señora, respondió él con alguna tristeza. El capitán se ha marchado á la selva; donde debe repartirse entre los compañeros abundante botin, que al anochecer habrá recogido Roberto de unos extranjeros, que han tenido el capricho de atravesar las lagunas Pontinas desde Sermoneta, para visitar la torre de Astura. ¡Pobrecillos! contaban con dormir tranquilamente en Neptuno, pues se dice que todos nos creen muy léjos de estos lugares; merced al cuidado que ha tenido el capitán de llamar la atencion de las gentes por otro lado.....

— ¡Cómo! explícate, dijo la jóven.

— ¡Pues qué! ¿no sabeis que una partida de los nuestros ha hecho escaramuzas en las inmediaciones de Civita Vecchia y Corneto; miéntras otra más numerosa forma su nido en la *Somma* (1), de donde baja á inquietar, ora á los pacíficos habitantes de las orillas del Nera, ora á los orgullosos moradores de Spoleti? De este modo consigue el capitán apartar á los gendarmes del verdadero sitio en que tiene su cuartel general, y ha podido el teniente Roberto dar á mansalva un buen golpe, en los viajeros á quienes habrá aligerado esta tarde, y que — segun tengo entendido — son gentes de pro, que llevan buenos equipajes.

— ¡Siempre robos! exclamó Anunziata cubriéndose los ojos llenos de lágrimas. ¡Ah, Pietro! añadió luego: tus manos al ménos no se han manchado todavía con la sangre ó el oro de las desventuradas víctimas..... gracias al cielo áun existe cerca de mí un hombre cuya frente pueda levantarse sin la mancha del crimen.

— Teneis razon; no es accion que me agrada el coger lo

(1) *Somma* es el nombre que dan á una escarpada montaña que hay entre Terni y Spoleti.

que no me pertenece; y por lo tocante al asesinato..... ¡Dios y la santa Madonna me preserven de semejante tentacion! Pero tambien es cosa triste estarse aquí mano sobre mano, cuando los demas arriesgan su vida, se enriquecen..... y— aparte de esto—debo tantos favores al Sr. Espatolino, que quisiera de buena gana estar á su lado en los momentos del peligro; para defenderle como lo hace un perro fiel con el amo de cuya mano recibe el sustento.

— Acaso puedas prestarle mayor servicio que el que desees, respondió Anunziata. Escucha, Pietro : aquel que te salvó del patíbulo, aquel que ha sacado de la miseria á tu hermana, aquel que en medio de sus execrables crímenes ha sembrado beneficios, que prueban que su alma extraviada no nació destituida de nobles y generosos impulsos..... Espatolino, en fin, puede deberte más que la vida..... ¡la felicidad!

— ¡A mí! dijo el mozo abriendo cuanto le fué posible sus ojos negros y expresivos. Si así fuera..... Pero no concibo..... ¡Esperad! algunas veces, cuando me ve triste por la vida holgazana á que me ha destinado, me dice pegándome un golpecito en el hombro : — Pietro, no te impacientes por entrar en esta senda, á cuyo término me hallo..... acuérdate de que una vez lanzado en ella, se hace imposible el retroceso. Si lo que anhelas es darme pruebas de tu gratitud y afecto, sabe que ninguna reputaria mayor que la que ahora recibo. Tú eres el fiel custodio de mi felicidad, el consolador de mi esposa. Guárdame bien ese tesoro y te deberé mucho más de cuanto te he dado. — Estas, poco más ó ménos, son las palabras que me dice el buen capitán, y bien sabéis que no las echa en saco roto.

— Sin embargo,— repuso la jóven tendiendo su delicada mano al hijo de Giuseppe, — pudiera ser que en la infraccion de esas órdenes estribase la salvacion de Espatolino. ¿Recuerdas los horrores de aquel suplicio que viste tan de cerca? Pues bien, ése es el término inevitable de la vida del bandido, y yo no quiero que llegue hasta él mi esposo. Quiero que expie sus delitos con verdadera penitencia; porque la justicia no se satisface con un instante de tormento; sino con largos dias de reparacion y de virtudes.

Pietro movió la cabeza, diciendo sencillamente :

— ¡Bah! la justicia, cuando echa el guante, despacha para

el otro mundo, y si Dios por su infinita bondad no deja volver al ajusticiado para que haga en éste algunas buenas obras, no alcanzo de qué modo puedan tener lugar la penitencia y la reparacion de que hablais.

— Si la misericordia infinita no hace renacer al malhechor para la necesaria expiacion de una vida criminal, — repuso la jóven, — no dudemos, Pietro, de que llegará un dia en que ella ilumine la mente de los legisladores de la tierra, haciendo desaparecer la horrenda venganza social que llaman pena de muerte; pero miéntas tanto, un solo recurso encuentra mi esperanza, y es preciso que me ayudes á probar si es posible emplearlo en favor de Espatolino. El ódio lo precipitó al abismo en que se encuentra, y al amor toca el arrancarlo de él y rehabilitarlo, haciéndole un modelo de virtudes como lo ha sido de maldades.

— Eso no me parece fácil, — observó el mozo, — y no lo digo porque crea muy malo al capitan, no por cierto. Bien sé que no le faltan buenas cualidades; mirad, me ha contado Roberto (y no por celebrarlo lo decia el bribon) que jamas permite que se haga daño á los que no tratan de hacerlo; que es piadoso con las mujeres, y..... os voy á referir cierto rasgo suyo, que prueba, á mi ver, lo poco que se asemeja á las gentes de su oficio. Figuraos, señora Anunziata, que era en aquel tiempo en que comenzaba á extenderse por esos mundos la fama de nuestro jefe; y aunque era muy muchacho por entónces, ya habia dado una buena leccion á los soldados del Santo Padre. La banda se hallaba entónces diseminada por las cercanías de Monti Tifati; pues — á pesar del cuerpo de guardia que custodiaba la entrada del territorio de Nápoles — el capitan y su gente siempre han tenido maña para pasearse por todas partes, sin que nadie se lo estorbe. Creo que por entónces se preparaba la cuadrilla á caer sobre la Calabria; pero se entretenia miéntas tanto en aliviar del peso de su equipaje á los viajeros de aquel camino. Era á la caida de una tarde bastante nebulosa, cuando fueron apresados por algunos de la banda dos hombres, de los cuales sólo el uno tenia alguna apariencia de *utilidad*. El otro viajaba á pié, y éste iba á caballo con un criado que se escapó con su mula, burlando la ligereza de los bandidos. Cuando vieron ellos lo poco que habia que esperar de sus prisione-

ros, se enfadaron tan de véras que querian colgarlos por los piés de las ramas de un árbol.

— ¡Bárbaros! exclamó Anunziata.

— No hay por qué asustarse, mi capitana, dijo el mozo: el jefe no permitió aquella chanza pesada, y llamando al viajero pedestre, le preguntó quién era y adónde iba. El muchacho — que diz que tenía una fisonomía la más traviesa y desvergonzada del mundo, — respondió sin turbarse:

— Quién soy, no lo sé: por ahora creo que soy poco ménos que un cadáver, y nunca he sido otra cosa que *un nadie*.

— Explicáte, le dijo el capitán, pues no estoy de humor de descifrar enigmas.

— ¡Por vida de Baco! respondió el perillan, que aquí no hay otro enigma que vos, señor facineroso, que presentais la anomalía de una figura de ángel con un alma de demonio. En cuanto á mí, os he dicho la verdad pura y neta. Soy *un nadie*, un quidam, un expósito, que no sabe á quién debe el dón de esta mísera existencia, que maldito para lo que me sirve.

— ¿Qué oficio tienes, bribon? preguntó Espatolino.

— Todos y ninguno: sirvo á cuantos me ocupan: salgo en las comparsas de los teatros de segundo y tercer órden; muelo los colores de los pintores; llevo las pruebas de sus obras á los literatos que las tienen en prensa; auxilio á los peluqueros; ayudo á los pescadores; sirvo á las damas que tienen amantes tiernos y maridos celosos..... en fin, soy el factotum de Nápoles, y ahora iba á Castellone encargado de cierta comision benéfica, en la que esperaba ganar algunos *carlinos* (1).

— ¿Y pensabas ir á pié hasta Castellone?

— ¡Toma! hasta el paraíso terrenal iria tan fresco, si es que el paraíso terrenal es otra cosa que el reino de Nápoles.

— No siempre te sobrará el pan, si no cuentas con otros medios para procurártelo que las eventualidades de tus numerosos empleos.

— Así, así, respondió el mozalvete: cuando otra cosa me-

(1) El *carlino* es una moneda napolitana, que equivale, con corta diferencia, á un real de vellón.

por no se me proporciona, hago versos muy bonitos, y las gentes del pueblo me dan dos *cavalli* (1) por cada veinte coplas.

— ¿Tan buenas son?

— No lo sé; pero yo consagro por lo comun mi musa á los hombres de vuestro oficio, y refiero vuestras picardías con tanta verdad, que todos los que las oyen dicen que no hay más que pedir. No se crea, sin embargo, que poseo — como aquel mancebo que iba en mi compañía — un genio improvisador y estupendo; eso no: soy un ignorante que lo hago por pura afición, ó mejor diré por pura necesidad, y mi compañero ha hecho estudios, y tiene acogida entre personas de alta clase, que gustan mucho de oírle cuando está inspirado. En cuanto á mí nada compongo de súbito; pienso mucho mis coplas y las escribo, no sin trabajo.

— Preciso es, pues, dijo el capitán — quien parecia complacido con la charla de aquel tunantuelo — que medites ahora mismo alguna de tus lentas creaciones, y te concedo algunos minutos para presentármela concluida. Tengo curiosidad de conocer tu musa, y no la pagaré con ménos generosidad que los paisanos que te cambian dos *cavalli* por veinte coplas.

— En ese caso no hay más que hablar, respondió con viveza el muchacho: precisamente traigo en el bolsillo una historia en verso, que está próxima á la conclusion, y que debe interesaros tanto más, cuanto que es la vuestra.

— ¡La mía!

— Sin duda, repuso el poetastro, sacando algunos pliegos manuscritos: es verdad que al pintaros, físicamente se entiende, no anduve muy exacto. ¿Quién diablos habia de pensar que fuerais tan guapo mozo? Tampoco se me ocurrió la idea de que vuestros súbditos podian ser unos chicos de mediana traza. ¡Ya se ve! todo el mundo imagina feos y sucios á aquellos hombres que siempre andan revueltos con la sangre.

Una sonrisa imperceptible pasó fugaz sobre los labios del capitán; pero los otros bandidos dejaron oír murmullos de

(1) El *cavalli* es una moneda muy ínfima.

desaprobacion. El viajero, sin desconcertarse, desarrolló sus manuscritos, y con voz campanuda y acento declamatorio comenzó su lectura.

«Vida y hazañas del feroz Espatolino, jefe de la homicida banda que infesta el camino de Roma á Nápoles, extendiendo sus correrías hasta el Abruzzo y las Calabrias.»

— ¡Bien! dijo Espatolino, sentándose tranquilamente: veamos cómo nos tratás.

El pilluelo comenzó á soltar con énfasis sus mal medidas estrofas; pero ¡qué cosas, santísima Madonna! ¡qué cosas habia aglomerado allí! En primer lugar estaba el retrato del capitán, que — segun el coplero — era tuerto, jorobado, con más cicatrices que cabellos, y más deformidades que años. Luégo iba la descripción de su tropa: todos los bandidos eran semi-gigantes, medio desnudos, sucios, repugnantes, con uñas tan largas como el gavilán, y pelos tan ásperos como los del erizo.

Al escuchar tan pícara pintura se pusieron furiosos los bandoleros, y — á manera de perros picados de hidrofobia — se abalanzaron sobre el infeliz. Espatolino les gritó con voz de trueno ¡atras! y el lector continuó impávido su tarea, des-
de darle gracias con un movimiento de cabeza.

Lo que seguía á la pintura de los bandidos, no era ménos lisonjero para aquéllos que lo que ya habian oido. Allí habia banquetes, en que los antropófagos ladrones se comían á medio asar la carne de sus víctimas y bebían en sus calaveras. Allí danzas de mujeres inmundas, que llevaban por arracadas narices humanas, y por collares numerosas sarras de dientes arrancados á los cautivos que esperaban rescate. El capitán ahorcaba á cada paso ocho ó diez desdichados, y era una risa oír con cuánta profusión le regalaba el coplista los halagüenos epítetos de salvaje, tigre, monstruo y otras lindezas del mismo género.

Los camaradas bramaban de cólera y le miraban con ojos de basilisco; pero el capitán les imponía silencio con un gesto, y el mozo concluyó sin contratiempo su lectura.

— ¡Bien! le dijo Espatolino; esa narración es muy bella, y yo me encargo de que sea verídica. Para justificar la pintura que haces de nosotros, es preciso que correspondamos á la idea que te has formado de nuestras costumbres;

y en este supuesto determino celebrar uno de esos festines que con tanta elocuencia describes, y en el cual nos regalarémos con tu cuerpo. Te permito concluir el poema mientras preparamos la funcion, y empeño mi palabra de que tu obra llegará á Nápoles sin alteracion alguna.

—Hágase la voluntad de Dios, respondió el mancebo. Á decir verdad, no esperaba este desenlace; pues al veros me persuadí que habia andado desacertado en mi pintura. No me gusta mucho, por cierto, morir á los diez y ocho años y ser devorado por vosotros; pero, en fin, algun consuelo es haber tenido el talento de adivinar con tanta exactitud los extremos de vuestra barbarie; y mi obra—que no era sino juguete de fantasía—será desde hoy una historia exacta y lastimosa, que me conquistará renombre. ¡Vamos allá! ¿cuántas horas me concedéis para concluirla?

— Sólo diez minutos, respondió Espatolino: pasados que sean serás entregado á mis amigos, que ansian conocer el sabor que tiene la carne de un hijo de Apolo.

— ¡Bien! ¡Bravo! gritaron los bandoleros, batiendo las manos. ¡Viva el capitán!

— Lo asarémos á fuego lento, dijo uno.

— No, cocido con vino, exclamó otro.

— Mejor es freirle con su propia grasa, observó un tercero.

El capitán miraba fijamente al mancebo, mientras aquellas bromas groseras se pronunciaban en medio de horribles carcajadas; pero ¡cosa extraña! aunque un poco pálido, el poetastro se mantenía sereno, y cortaba una pluma y pedia por favor un poco de tinta para concluir su obra.

— Con tu sangre, le dijo Espatolino; eso aumentará el mérito de la historia.

El jóven, sin vacilar, se pinchó con su cuchilla; mojó la pluma en su sangre, y comenzó á escribir.

— ¡Basta! gritó de súbito el jefe. ¡Jóven, eres valiente! ¿quieres vivir y quedarte con nosotros?

— Vivir no me pesaría, respondió limpiando su pluma; pero quedarme con vosotros..... ni se diga. No me gusta vuestra profesion, señores bandoleros, y ademas, caso de deberos la vida, tengo la obligacion de consagrársela á un

viejo *puzzaro* (1) que me ha servido de padre, y que se moriría de hambre á no ser por mí.

— ¿Y si te diese oro para sacar de la miseria á ese anciano?

El muchacho irguió la cabeza, y dijo con expresivo movimiento :

— ¡Uf!..... vuestro oro no da ventura; es mal ganado. Vale más vender veinte coplas por dos *caballi*, y ayudar á los pescadores por un par de arenques, y moler los colores por tal cual plato de macarrones que recibo de los pintores.....; en fin, vale más cualquier cosa, que ser rico con vuestra riqueza.

— ¿Y si no tienes otra alternativa que nuestro oficio ó la muerte?

— Todos hemos de morir, y así como así, ménos malo considero ser comido por hombres que por gusanos. ¡Ea! estoy pronto.

— ¿Qué os parece que hizo entónces el capitán, señora Anunziata?..... ¡Vaya un hombre guapo!

— Dame ese poema, dijo al coplero : merezco la preferencia, puesto que te he proporcionado un sublime momento de inspiracion con el horror de la muerte. Se dice que el poeta es como el cisne, que guarda su cántico más hermoso para celebrar la agonía. Toma el precio de tu obra y sigue tu camino.

Diciendo y haciendo, le puso en la mano una bolsa muy linda, que — segun la aseveracion de Roberto — contenia doscientos luises de oro por lo ménos, y añadió para quitarle escrúpulos :

— Puedes tomarlos, pues no son robados. Me los regaló una dama, á la que tuve ocasion de prestar ayer un ligero servicio.

— Los recibo en ese concepto, dijo el mózo; pero como me habeis ocasionado un sustillo mediano, os quiero deber ademas un buen vaso de vino.

(1) *Puzzaro* es el nombre que dan en Nápoles á los que excavan la tierra para los pozos, cisternas, etc.

Diéronselo los bandidos refunfuñando, y lo vació de un golpe, brindando por el capitán. Luégo le entregó sus manuscritos, le dió un cordial abrazo, y se marchó más alegre que unas pascuas.

En seguida hizo venir el jefe al otro poeta, á quien habian tenido á distancia suficiente para que no oyese nada de cuanto se decia á su compañero. Estaba aquel infeliz más muerto que vivo, y temblaba como un azogado.

— ¡Voto á Cribas! exclamó Espatolino, ¿qué significa ese temblor?

— ¡Perdon, piedad, señor excelentísimo! contestó con trémula y ahogada voz el prisionero.

— Sabemos que eres poeta improvisador, bien acogido entre la gente de pro — dijo el jefe — serénate, pues, y danos una muestra de tu talento.

— Dejádme ántes que bese vuestras plantas, pronunció tartamudeando el pobre mozo: dejádme gozar del honor que alcanzo con verme en vuestra presencia, y que me embarga los sentidos de tal modo, que no puedo....

Empezaba el capitán á hinchar las narices, y exclamó — interrumpiéndole — con voz de trueno:

— ¡Ea! improvisa, ó te mando ahorcar ahora mismo.

— Voy, voy al instante....., ya comienzo....., no se altere vuestra benignidad, — balbuceó el podre diablo, pálido como cadáver y dando traspiés como borracho.

— Un vaso de vino á este mozo, dijo el jefe.

Presentáronselo al instante; pero era tan violenta la convulsion de sus nervios, que el cristal se quebró entre sus dientes.

— ¡Cobarde! murmuró Espatolino encogiéndose de hombros, con ademan de desprecio.

— ¡Que improvise! ¡que improvise! exclamaron los bandidos.

El desdichado comenzó á versificar malamente, llamando á los salteadores *héroes magnánimos, guerreros invencibles* y otras mil adulaciones.

— Este sí que es buen poeta — decian ellos aplaudiendo (¡para que se vea que no hay hombre que no sea sensible al elogio!). Este sí que merece un regalo, no aquel bribon que decia tan odiosas mentiras.

El improvisador, alentado con aquellas muestras de aprobacion, multiplicaba las adulaciones hasta el extremo más ridículo.

— Vuestra noble independencia, decia, vuestra heroica constancia será loada por la más remota posteridad. La envidia se ensaña vanamente por deslustrar vuestra gloria; la fama divulgará vuestros invictos hechos del uno al otro polo.

— ¡ Viva! gritaban entusiasmados los bandidos. ¡ Bravo! ¡ esto se llama talento! ¡ estos sí que son versos!

— ¡ Silencio! dijo frunciendo el entrecejo Espatolino: coged á ese miserable y dadle en mi presencia veinte palos.

Esta órden inesperada dejó estáticos á los bandoleros; mas no así al poeta, que comenzó á gritar desafortadamente, haciendo contorsiones como un endemoniado.

— ¿ No habeis oido? añadió Espatolino con gesto de impaciencia: veinte palos al instante!

El tono con que repitió la órden no permitia réplica. Fué obedecido.

Luégo que el apaleado volvió en su acuerdo, el capitan le dijo con severo semblante:

— Las bajezas en que has incurrido te hacen tan indigno de la condicion de hombre, que deberiamos degradarte de ella. En consideracion á tu talento — por mal que lo hayas empleado — me limito á la ligera pena que acabas de sufrir; pero que no te acontezca segunda vez prostituir tan torpemente, como hoy lo has hecho, la noble mision de la poesía.

— ¡ Digo, señora Anunziata! ¿ no es verdad que fué muy bien dicho todo aquello? Porque, al fin, un bandolero — por bueno que sea — no debe ser llamado *héroe glorioso*, ni merece que se le ensalce por sus hechos.

— Pietro, dijo Anunziata, harto sé que no es vulgar el alma de mi esposo, y por eso mismo quiero redimirla á cualquier precio. Pronto rasgará el sol las tinieblas de la noche; la tempestad ha pasado....; debemos partir al punto, si es que participas de mi laudable anhelo.

— ¡ Partir! gritó el mozo estupefacto. ¿ Estais loca señora?

— No; pero te he dicho que no hallo más que un recurso para salvar á Espatolino, y que estoy resuelta á probarlo.

- ¿Adónde quereis ir, pues?
- A Roma.
- ¡Glorioso San Estéfano! ¿A Roma decís?
- Allí está Rotoli, y es preciso que le hable.
- ¿A vuestro tio? ¿quereis que os eche el guante?
- ¿Y qué haria con una pobre muchacha deshonrada, perdida?
- Vengarse.
- No, Pietro; soy poca cosa para satisfacerle. Además sé que aún me ama.
- Pero, ¿qué esperais de él?
- Es codicioso, y le ofreceré diez mil escudos si se encarga de una proposicion que quiero hacer al gobierno.
- ¡Vos! ¡una proposicion al gobierno?
- Espatolino es rico. Tres talegos llenos de luises de oro puede ofrecer por su indulto. No importa que le destierren de Roma, y aún de toda Italia. Nos irémos á Suiza, y en medio de sus montañas vivirémos tranquilos y virtuosos.
- Eso me parece muy bueno; ¿pero ir vos á Roma?.....
- ¡Preciso! la vieja Lucía, única persona que tenemos en este instante bajo el techo que nos cubre, duerme sin duda.
- Como un leño.
- Pues bien, es menester aprovechar su sueño: Espatolino vendrá apenas amanezca; que no nos halle aquí.
- Nos alcanzaria, y.....
- Tenemos en casa buenos caballos; no le sería fácil.
- Pero si es fuerza que alguien hable al Sr. Angelo, ¿no vale más me encargueis de la comision, y os quedeis con vuestro marido?
- ¿Olvidas que si cayeses en manos de Rotoli, irias de seguro al patíbulo?
- ¡*Madre di Dio!* eso es tan cierto como la existencia del sol.
- Pronto aparecerá en el oriente ese astro, Pietro: ¡marchemos!
- Pero yendo con vos, por fuerza habrá de verme Rotoli.
- Yo sabré evitarlo. Escucha: no irémos desde luego á Roma.... más, acaso no haya necesidad de ir nunca. Mi tio puede hablarme en algun lugar de las inmediaciones.

—Siendo así..... pero.....

—¡Pietro! ¡un cruel presentimiento me advierte que si no hago lo que el cielo me inspira, perecerá Espatolino. ¡Que ahora ó nunca!

—¡Dios mio! dijo Pietro temblando. ¡Basta, mi capitana, basta! Estoy pronto á obedeceros.

—Los caballos.

—Pensad en que es peligroso ese camino, y con la oscuridad de la noche.....

—¡Dios nos guiará!

—¡Sea!

La jóven escribe entónces de prisa estas líneas; miéntras Pietro dispone la marcha:

«Me has jurado abandonar la carrera del crimen, y quiero alcanzar tu perdon. Sin embargo, para no descubrir el lugar de tu retiro ántes de obtenerlo, me alejo de tí por algunos días. Entablaré mis negociaciones con el gobierno desde Gensano, la Riccia, Albano ó cualquiera otra poblacion de las cercanías de Roma; y si fuere preciso iré á la misma Roma. Nada temas, pues suceda lo que sucediere, no correrás el menor peligro por mi imprudencia.»

Cinco minutos despues los aullidos de *Rotolini*—á quien dejaron encerrado los fugitivos—hicieron despertar á la vieja Lucía. Oyó el galope de los caballos y dijo:

—Ya vuelve el jefe; ese holgazan de Pietro le abrirá, pues para nada más puede servir.

Dió una media vuelta en su jergon, y tornó á dormirse profundamente.

IX.

Dejando á nuestra heroína continuar su viaje en compañía del complaciente Pietro, nos trasportaremos por algunos minutos á las selvas majestuosas que hemos descubierto á

vista de águila, desde uno de los extremos de la mezquina poblacion de Porto d'Anzio.

El cielo—despues de descargar una escasa lluvia, entre estrepitosas centellas y multiplicados relámpagos—se iba despejando gradualmente. Las negras nubes, impulsadas por el viento, se alejaban con lentitud, tendiéndose—á manera del luctuoso dosel de un inmenso catafalco—sobre las espumosas olas del turbulento mar; y algunas estrellas comenzaban á aparecer diseminadas por aquella parte del firmamento que cubria—con su manto azul oscuro—el verde amarillento de las seculares encinas de Neptuno, sensibles ya á la triste influencia del otoño.

El rayo acababa de abatir algunos de aquellos gigantes de la vegetacion, y sus ruinas servian de alimento á una grande hoguera, al rededor de la cual formaban círculo veinte ó veinte y cinco hombres, que alteraban con sus discordantes voces el grave silencio de aquel lugar solitario.

Sus caballos—atados á los troncos de los vecinos árboles—acompañaban de vez en cuando, con agudos y prolongados relinchos, la viva conversacion que sostenian los amos; pero sobre todos aquellos sonidos, más ó ménos ingratos, dominaba la solemne voz del Océano, digna únicamente de hacerse oír en el seno de soledad tan agreste.

La luz rojiza de la hoguera, reverberando en el verde lustroso de los árboles, esparcía tornasolada claridad sobre aquellas figuras humanas, que presentaban entónces no sé qué de fantástico; y cuando, vigorizada la llama por los soplos del viento—que se abria camino al traves del ramaje—se elevaba súbitamente en oscilante columna, sus reflejos de un dorado sanguíneo rodeaban aquellas cabezas caracteristicas con una aureola singular, á la vez brillante y fúnebre.

Gruesa bota de exquisito vino de Gensano circulaba de mano en mano, pero las frecuentes libaciones no interrumpian el animado diálogo.

—Repito, camaradas—decia uno que parecia de más edad que los otros—repito que *aquel hombre* se ha vuelto distinto de lo que era. ¿Cuándo, hasta el presente, se le habia visto mandarnos á una expedicion arriesgada, y quedarse muy seguro entre cuatro paredes?

—Y luégo—observó, moviendo la cabeza, un mozo de fi-

sonomía atrevida — vendrá muy satisfecho á reclamar la mejor parte del botin. Esa es una injusticia, teniente Roberto, y no debes consentirla.

— ¡Silencio, *Baleno!* (1), dijo el teniente, que era el mismo que había hablado primero. *Él* suele aparecer cuando ménos se le espera, y ademas tiene unas orejas que recogen los sonidos á dos leguas de distancia.

— ¡Bah! repuso con osadía Baleno : ahora estará muy calentito bajo las sábanas, haciendo arrumacos á aquella linda calandria de voz melosa, que ha encontrado no sé en dónde. Por mi parte no tengo aprehension del privilegio de sus oídos, y repito que no debemos darle ni la menor parte en el botin de esta noche. El provecho pertenece exclusivamente á los que arrostraron el peligro.

— Baleno habla como un Salomon, dijo otro: aquel pícaro á quien le apagué el resuello para siempre de un solo golpe en la cabeza, me disparó un pistoletazo á quema-ropa; aquí está éste, que no me dejará mentir (añadió extendiendo su brazo izquierdo, herido y ensangrentado).

— ¡Voto al chápиро! Si *Braccio di ferro* (2) ha recibido un rasguño, mirad mi frente, partida como una calabaza.

— A mí me mataron mi caballo; ¡mi pobre caballo *Pié di cervo!* (3).

— ¡Por vida de Júpiter! ¿qué teneis que decirme de los contratiempos de esta empresa, á mí que más que ninguno he trabajado por su éxito? Amigos, conozco que es muy justo que no cedamos á criatura humana ni la menor parte de nuestros derechos; pero, ¿cómo impedir que *él* atienda á su conveniencia ántes que á la justicia?

— Tú, *Roberto il Fulmine* (4), tú eres quien debes decirle que no consentimos en ser despojados de lo que nos corresponde.

— ¡Bonito es el capitan para recibir la ley de vosotros!

(1) Relámpago.

(2) Brazo de hierro.

(3) Piés de ciervo.

(4) *Il Fulmine*, el rayo.

Ahorcaria del árbol más alto al primero que le dijese — negros ojos tienes. Es un gusto oír como charlais cuando está ausente, y apenas le veis hinchar las narices os volveis mudos, como el mismo silencio.

— Calla tú, *Occhio linceo* (1), que siempre haces el papel de observador. Lo respetábamos, es verdad, porque era valiente de los pocos; pero ya todo se ha cambiado. ¿Por qué no ha ido con nosotros á la expedicion de esta noche? Hace muchas semanas que no le gusta otra ocupacion que la de ver las muecas y los melindres de la tal mozueta, á quien llama su esposa.

— *Braccio di ferro* tiene razon: el buen capitán está *embruja*do por esa chica, y hombres como nosotros no obedecen á quien ya no sabe mandar ni áun en sí mismo.

— ¡Calla, Baleno! creo percibir ruido.

— ¡Quiá! es el viento que retoza con las hojas.

— ¡Hablemos más bajo, camaradas!..... Por más que digais, el diablo me lleve si no es cierto que oigo galopar un caballo.

— Yo nada escucho, teniente.

— Ni yo.

— Ni yo.

— Os digo, pues, compañeros, que yo mismo, que conozco á Espatolino hace diez y seis años; que he hecho mi carrera á sus órdenes, y que le quiero como..... ¡vamos! ¡más que á nadie en el mundo! ésta es la verdad: pues bien, yo mismo me siento irritado contra él por su conducta insensata, y juro que si hubiese previsto los males que nos habian de venir con esa figurilla de filigrana, la hubiera hecho, mal su grado, tomar un baño en las aguas del Averno, la noche en que á sus orillas fué entregada á mi custodia.

— ¡Bien dicho, teniente *Fulmine!* nosotros no necesitamos hembras.

— Y si alguna viene, ha de ser patrimonio comun.

— ¡Pues qué! ¿no somos todos hijos de Eva?

(1) Ojo de lince.

— Eres un mentecato, *Irta chioma* (1); siempre estás delirando por las mujeres.

— ¡Oh! la capitana, sobre todo.... me ablanda el corazón como una breva cuando me flecha por casualidad aquellos ojos que, no sé por qué, me hacen acordar siempre de los ensueños que tenía cuando era niño y me dormía en los brazos de mi madre.

— ¡Já, já! ¡qué risa, camaradas! Este pobre *Irta chioma* da en lo sentimental, como *Ochio linceo* en lo heroico. Vamos, hijos míos, ¿quereis improvisar un idilio y un poema?

— Yo no entiendo esas ciencias; digo solamente que la capitana es una bella criatura.

— ¡Cá! tengo yo una pastora en Capranica que vale por diez capitanas.

— Y yo pasaré este invierno en Monteleone con una moza calabresa que no tiene igual en todo el mundo conocido.

— Pues yo opino, como *Irta chioma*, que no se debe permitir que haya entre nosotros ninguna hembra como propiedad de uno solo.

— Opina como mejor te parezca.

— Pero, en fin, ¿qué diremos al capitán respecto al botín?

— Está dicho, teniente: que no queremos darle ni un *pao-lo*, porque quien no trabaja no come.

— ¡Bravo! ¡Viva Baleno! Sí, compañeros; que se quede el capitán holgando con su paloma mientras nos repartimos el botín, como se estuvo mientras lo conquistamos.

— Todos estais más borrachos que el mismo Baco. El capitán no se estuvo holgando ni con palomas ni con buitres. ¿Olvidais que salió al amanecer del último día para... no sé á punto fijo para dónde; pero claro está que se ocupaba en algún negocio importante. El capitán fué y volvió en un día; mas acaso cuando salimos á la expedición todavía no se hallaba en Porto d'Anzio. ¿Había de convertirse en dos, voto al diablo?

— ¡Silencio, *maledetto Occhio linceo!* Alzas la voz como si tuviese la atmósfera paredes de mármol. Yo he dicho que el capitán no debe tomar nada del botín, y lo sostendré.

(1) Pelo crizado.

— ¡Así se habla! ¡Viva *Braccio di ferro!* La bota, camarada. Bebo por tu salud.

— Gracias, teniente.

— ¡Yo brindo por Espatolino!

— ¿Habeis oído, camaradas? *Irta chioma* brinda por el capitán.

— Hazle tú la razón, *Occhio linceo*.

— Con mil amores. ¡Bebo por el invencible Espatolino, nuestro jefe, nuestra gloria!

— ¡Mentecato!

— ¡Calla! yo voy á proponer otro brindis. ¡Por el exterminio de todos los egoistas cobardes, que deshonran nuestra banda!

— ¡Y de los traidores!

— En nuestra cuadrilla no hay traidores.

— Tampoco hay cobardes.

— Debemos declarar tal á Espatolino, si continúa abandonándonos en los peligros por entregarse á amores de novela.

Un ruido, que ya no pudo dudarse ser producido por la carrera de un caballo, dejó mudos á los bandoleros, ante la atrevida declaración que acababa de pronunciar Baleno.

— Conozco las pisadas de *Vento rápido*, el alazan del jefe, dijo el teniente.

— No hay duda: ¡mirad! ¡es él!

En efecto, el corcel se detuvo, y la arrogante figura de Espatolino apareció entre las ramas.

— ¡Viva el rey de las selvas! exclamó su defensor *Occhio linceo*.

— ¡Viva! repitió *Irta chioma*.

— Los otros bandidos se miraron dudosos; pero al ver junto á sí al hombre á quien obedecían hacia diez y seis años, todos se pusieron en pié, diciendo maquinalmente con respetuoso acento:

— ¡Viva!

— ¡Y bien, compañeros! ¿cómo se ha salido de la empresa?

— Perfectamente, capitán, respondió Roberto tartamudeando. Algunas heridas se han recibido, porque los malditos extranjeros iban bien armados y se defendieron como leones.

—¿Y qué tal el botín?

—Es considerable; os esperábamos para..... para repararlo. Nadie le ha tocado todavía.

—Conozco vuestra disciplina, dijo el capitán, y os autorizo á repartiros como buenos hermanos los despojos de los vencidos.

—Y vos, capitán..... ¿qué queréis del botín?.....

—Nada; todo lo que habeis conquistado os pertenece.

Entónces el vítor que resonó, y que los ecos de la selva devolvieron dilatadamente, fué tan espontáneo como sincero.

—¿No os decia yo que era todo un hombre? murmuraba en voz baja *Occhio lincoo*, frotándose las manos en señal de alegría. ¡Ya veis cómo se porta, mentecatos, codiciosos!

—Calla, parlanchin; yo nunca he dicho nada contra él; bien sabía que era la generosidad en persona.

—¡Viva Espatolino! ¡viva el rey de las selvas! repetían los bandidos, tirando al aire sus sombreros.

—Gracias, compañeros, respondía Espatolino, pero con rostro tan grave y con acento tan melancólico, que les llamó la atención, y áun acaso sospechó alguno de ellos que — como habia dicho el teniente — su oído gozaba del privilegio de recoger las palabras desde larga distancia. Cual si quisiera desvanecer aquel recelo, añadió Espatolino más afectuosamente de lo que acostumbraba hablarles:

—Veo con placer que Roberto, correspondiendo á la idea que de él he tenido siempre, sabe sustituirme en las ocasiones más arduas, de tal manera que nada deja que desear: así, amigos míos, cuando el destino me obligue á separarme de vosotros, — como quizás lo tenga decretado, — no llevaré al ménos el pesar de creer que os dejo abandonados; sino ántes bien me asistirá el consuelo de haber cedido el puesto que tuvisteis á bien confiarme, á un jefe que se ha mostrado tan capaz de dirigiros.

—Pero, qué, capitán! dijo *Irta chioma*; ¿habrá alguna cosa en el mundo que os pueda decidir á separaros de nosotros?

—No es posible penetrar los secretos del porvenir, respondió Espatolino..... mas, creedme, nunca podré sin doloroso esfuerzo dejar de ver en vosotros á mi familia y á mi

pueblo. Proscritos del mundo, emancipados de todas las leyes sociales, no habeis conocido otra que la de mi voluntad, y esa obediencia libérrima me ha impuesto obligaciones y me ha inspirado sentimientos de cariño, que sólo podrán ser sacrificados á deberes y afectos más íntimos y sagrados. Si tal caso llegáre, vosotros mismos tendréis que decidirlo; como jueces que seréis llamados para pronunciar segun el instinto de vuestros corazones, que por más que se hayan endurecido en la desgracia y en la rudeza de esta vida aventurera, creo firmemente conservarán más vivas las raíces de la rectitud natural, que no los de esos hombres gastados y corrompidos en el ambiente impuro de las grandes ciudades. Os dejo ahora para que repartais vuestro botin; pero os cito á todos á fin de que reunidos con los otros compañeros en la noche del dia que ya amanece, escuchéis algo más que tengo que deciros, y me concedais, si os convencen mis razones, algunas semanas de reposo, que urgentemente necesito.

Acabando estas palabras, apretó la mano á todos, uno por uno, y diciéndoles:

— Hasta la noche, en la aldea de Neptuno.—

Volvió á montar á caballo y se alejó á toda brida, sin que los bandidos pronunciasen palabra para expresar el asombro en que los dejaba con las suyas.

Sería empresa larga y difícil el exponer aquí cuantos comentarios se formaron para hallar explicacion satisfactoria á algunos de los conceptos misteriosos expresados por el jefe; pero como, despues de todo, no olvidaban los bandidos que habia un botin que repartirse, suspendieron las discusiones para llenar el cometido que, renunciando sus derechos, les encomendára el jefe.

Procedióse, en efecto, á la reparticion, verificada sin desorden ni disputa, y el dia brillaba ya con todo su esplendor, cuando concluyeron aquella operacion.

Disipados los vapores del vino con la frescura de la mañana, y los cuidados de la codicia con la generosa renuncia de Espatolino, paseábanse satisfechos los bandidos por las umbrosas alamedas de la selva. Cualquiera que los hubiese visto entónces, difícilmente adivinaria su odiosa profesion; y al oírles hablar alegremente de sus amorosas aventuras, se les podria tomar por jóvenes y ricos labradores que iban ó

volvian de alguna fiesta campestre. Solamente su traje podría desmentir aquella induccion, inspirando sospechas de su verdadero destino.

Y sin embargo, como la mayor parte de ellos se hallaba en la flor de la juventud, y eran de buena presencia, aquel traje semi-militar, con sus puntas de caprichoso, estaba muy ajeno de prestarles un aspecto feroz ó repugnante. Llevaban todos pantalones de paño verde oscuro, chalecos encarnados con botones de plata, y chaquetas del mismo color que los pantalones, adornadas en las costuras con trencillas de seda. Ceñiales la cintura una canana de cuero bien abastecida de cartuchos, cerrada por delante con una plancha de plata; al lado izquierdo veíase brillar el mango de ébano de un gran cuchillo de monte, y les colgaba á la espalda una ligera mochila con las cosas más indispensables á la vida nómade que profesaban.

Sus sombreros altos y cónicos tenian por adorno un galoncito de plata, y algunos llevaban ademas una medalla de la Virgen, del mismo metal. Notábase tambien que todos seguian la moda que existe aún entre nuestros andaluces, de ostentar en los bolsillos ricos pañuelos de seda de la India con las puntas descubiertas, y asimismo asomaban por las faltriqueras del chaleco primorosas tabaqueras, de oro algunas, otras de concha, artísticamente trabajadas, y muchas de plata cincelada. Completaba aquel traje pintoresco una gruesa cadena de oro que les cruzaba el pecho, sosteniendo un silbato igualmente de oro; algunos llevaban tambien magníficos relojes, y ninguno armas de fuego; pues eran éstas parte integrante del arreo de los caballos, que pertenecian sin excepcion á la mejor raza napolitana.

Tan solitarias eran las selvas de *Nettuno*, que podian permanecer en ellas sin ningun temor, áun en mitad del dia; así fué que, léjos de apresurarse á ganar sus guaridas, quedaron tranquilamente á la sombra de la verde bóveda, disponiendo un almuerzo refrigerante con sus respectivas provisiones. Cada cual sacó de la mochila la parte comestible que encerraba; abrióse de nuevo la bota de vino, y en medio de la más expansiva alegría, celebraron su banquete rústico, brindando algunas veces por el capitán, y por que cesase el *embruajamiento* en que lo tenía Anunziata.

Acalorados todos por el vino, pero ninguno en estado de embriaguez, se despidieron muy entrado el día, para encaminarse á sus respectivas habitaciones, que todas estaban por aquellas cercanías; mas en el momento de abandonar la selva, dejóse oír desde considerable distancia el agudo sonido de un silbato.

—¡Silencio! exclamó Roberto; alguno de los nuestros viene hácia este sitio y desea saber si hay amigos en él.

—El mismo sonido se repitió, y entónces Roberto respondió con otro igual, diciendo á sus camaradas:

—Me anuncia el corazón que es el jefe.

—Acaso vuelva arrepentido de habernos indicado que quería la prolongación de su holganza, —observó Baleno, — porque, después de todo, nadie niega que es un valiente.

El presentimiento de Roberto no resultó falso. Espatolino se halló pronto á su lado. Nadaba en sudor *Vento rápido*, y el rostro del jinete aparecía encendido y demudado, quizá también por la violencia de la carrera.

—¡Es menester partir! gritó, sin echar pié á tierra.

—¡Cómo! ¿adónde? preguntó Roberto sorprendido.

—A Roma.

—¡A Roma! ¡*Corpo del diavolo!* ¿A Roma decis?

—¡A Roma!

—¿En mitad del día?

—¡Voto á sanes! ¿qué me importa el día?

—Pero, ¿hablais de véras, capitán?

—Irémos á Roma, y al mismo infierno si es preciso.

—¡Dios nos libre, capitán! pero, en fin, entiendo que queréis decir que nos conviene cambiar de lugar sin alejarnos de Roma.

—En Gensano..... en Riccia..... acaso en Frascati ó en Tívoli..... respondió trastornado el jefe: ¡qué sé yo dónde la encontraré! pero hay que buscarla, áun cuando sea preciso penetrar hasta la misma Roma por entre los ejércitos del imperio.

—No os entiendo, capitán, repuso Roberto, cada vez más confuso. ¿De quién se trata?

—¡De ella, de mi mujer! respondió impaciente Espatolino; del único sér noble y puro que ha respirado entre nosotros.

Sordo murmullo, semejante al de las olas cuando empiezan á sentir los soplos de la tempestad, se levantó de pronto; pero, equivocándose Espatolino sobre el origen de aquella agitacion, creyó que sus súbditos participaban de sus sentimientos.

— Marchemos todos, les dijo: *ella* salió hace algunas horas, pero tengo esperanzas de que lograremos alcanzarla; es imposible que pueda sostener una marcha continua y precipitada.

El murmullo se iba acrecentando.

— Este traje no nos conviene, prosiguió el jefe; dejad las escopetas; no nos faltarán en ninguna parte; vestíos de labradores, llevando ocultamente cada uno un par de pistolas y un buen cuchillo de monte. ¡En seguida á caballo todos! Tú, *Braccio di ferro*, dirígete á Tívoli con algunos de los nuestros: búscadla en todas las hosterías, y si la encontráis, conducidla al momento á Porto d'Anzio. Otros diez ó doce que salgan en su busca, sin ir juntos, para Frascati, Albano, Riccia, Gensano..... á todos los pueblos de las inmediaciones de Roma, y á Roma misma si fuere necesario. ¡Ea, andad ligeros! ¡desdichado de aquel que sea tardo esta vez en la obediencia! Yo parto solo, pero en Gensano ó en Porto d'Anzio nos reuniremos.

Dijo, y veloz como un relámpago desapareció entre los remolinos de polvo que levantaba su alazan, cuyos resoplidos se oían distintamente á pesar del ruido de la carrera.

Entónces comenzó entre los bandoleros un bullicioso debate.

— ¡Esto es demasiado, camaradas! dijo el incorregible Baleno: ese hombre está loco de remate, y más locos que él seremos nosotros si nos prestamos á tan inauditas extravagancias. ¡Enviarnos á correr tras una mujer, que se le ha escapado — segun parece — para darle una prueba de lo mucho que le ama!

— ¡Qué malvadas y qué pérfidas son todas las hijas de Eva! añadió con plañidero acento *Irta chioma*. ¿Quién habia de creer tanta ingratitud en aquella criatura, que parecia un cordero?

— Que se me sequen las piernas si doy un paso en busca de esa bruja maldita, dijo otro.

— ¡Váyase al infierno, y buen viaje; pues no faltaba más sino que hombres como nosotros nos convirtiésemos en perros para seguir la pista de una liebre! ¡Voto á brios, que no se cómo he podido escucharlo!

— Te desbocas mucho, *Braccio di ferro*; pon más cuidado en lo que dices.

— Vé á dar consejos á quien te los pida, *Occhio linceo*; yo digo y hago cuanto me viene al magin, y por vida de Júpiter, que estoy cansado de obedecer, y de hoy más ni por el mismo San Paolo doblaré la rodilla.

— ¡Compañeros! para pasar la vida acatando caprichos de un cualquiera, más valia acatar los del rey.

— Tiene razon Roberto: ¿para qué seguir esta vida por más tiempo? Algun dinerillo tenemos ahorrado, y ménos malo me parece hacernos hombres de bien, que continuar siendo bandidos con poco provecho y muchas humillaciones.

— Nadie está más cansado que yo de mi oficio; pero ahora no es tiempo de hablar de eso, sino de obedecer al que todavía es nuestro jefe.

— Obedécelo tú en buen hora, corazon de gallina; yo me emancipo, y hoy mismo marchó á reunirme con Lappo en la montaña.

— Pues bien; yo iré contigo adonde nos espera el capitán, *Occhio linceo*.

— Y yo tambien: ántes de desobedecerle, debemos despojarle del mando; miéntras esto no se haga, es nuestro jefe y no tenemos facultad de negarnos al cumplimiento de sus órdenes.

— Sí tenemos, ¡voto al diablo! Sólo tú, *Irta chionna*; —tú que siempre has sido un mentecato — pudieras respetar la autoridad de un loco.

— ¡Repíte lo que has dicho, *Corpo di dio!* y te probaré si soy ó no mentecato.

— ¡Ea, camaradas! ¡órden! no se trata de echar baladronadas, sino de tomar una resolucíon.

— *Il fulmine* ha dicho la verdad. Pido que se recojan votos.

— El mio es que marchemos todos á reunirnos con Lappo, y que abandonemos á su suerte al embrujado Espato-

lino, que harto indica su deseo de separarse de nosotros:

— Soy de la misma opinion.

— ¿Y tú, Baleno?

— ¿A qué viene preguntarlo? haré lo que hagan los valientes, y por el ánimo de mi madre, que lo que más deseo es dejaros á todos y pasar mi vida tranquilamente con mi calabresa; á bien que no nos faltaria que comer.

— ¡Toma! si bastase con desearlo, yo te juro, á fe de Roberto, que hoy mismo tomaba las de villadiego, y me iba muy contento á gastar mis escudos con mi pobre mujer — á quien no veo hace diez años — y con mis chiquituelos, que serán ya tan altos como yo.

— ¿Y quién te lo impide?

— ¿Quién?..... ¡Por vida de.....! ¿creeis que la justicia me dejaria tranquilo?

— Compra tu indulto.

— Costaria mucho.

— ¡Quiá! un medio conozco por el cual todos seriamos indultados, sin gastar un paolo.

— ¿Cuál es? dilo.

— En vez de dar dinero, lo recibiriamos.

— ¡Cómo! explícate, Giacomo; tú hablas poco, pero bien. Siempre que abres la boca es para decir cosas extraordinarias.

— Gracias por la lisonja, teniente; pero lo que digo ahora es muy sencillo. Para alcanzar el perdon, y recibir ademas una recompensa, ¿hay más que servir al gobierno?

— ¿Servir al gobierno?..... ¿nosotros?..... no te entiendo.

— Eres un poco torpe, Baleno. El gobierno desea mucho ver bailar en el aire á cierta persona.

— A todos nosotros, ¡vive Dios! Si no sabes más que eso, adelantado estás, Giacomo.

— A todos, bien lo creo; pero solamente *uno* tiene apreciada la cabeza, y pardiez que no puede quejarse de que la estimen en poco. Aun repartiendo entre nosotros el dinero ofrecido, todavía era buen bocado el de cada uno.

— Yo no sé que se haya puesto precio á otra cabeza que á la de Espatolino.

— Cabalmente; y el gobierno ofrece, ademas, completísimo indulto á aquellos de su cuadrilla que lo entreguen.

- Esa sería una infamia, Giacomo.
- Una infamia muy útil á todos los que desean gozar sin zozobra las riquezas adquiridas, teniente Roberto.
- Sin duda, pero....
- Y nada más fácil por otra parte.
- Calla, Giacomo, que me da vergüenza oírte.
- Eres muy delicado, *Irta chioma*.
- En fin, camaradas; continuad manifestando vuestra opinion. Dos han votado á favor de la propuesta de *Braccio di ferro*, que opina debemos ir á reunirnos con Lappo.
- Yo soy del mismo dictámen.
- Ya somos cuatro por ese partido.
- Y cinco conmigo.
- Yo digo que sólo nos toca obedecer al que es nuestro jefe todavía.
- *Occhio lineco* está por la obediencia; es un voto.
- Dos con el mio.
- Tres, porque pienso lo mismo.
- Son tres con *Irta chioma*.
- Cuatro con el mio.
- Pues yo digo que sólo nos conviene dejar esta vida, indultándonos.
- ¿De qué modo?
- Del modo que ha indicado Giacomo.
- ¡Traidor! ¿quieres entregar á tu jefe?
- Calla, *Occhio lineco*; no reconozco por jefe á un hombre que ha perdido el juicio.
- Digo otro tanto.
- ¡Sois unos infames!
- Y vosotros, los que blasonais de fieles, sois unos estúpidos.
- Señores, al órden, ó ¡voto á Júpiter! que empiezo á romper cabezas.
- Di tu opinion, teniente, y déjate de amenazas.
- Digo que, al veros tan revoltosos é insolentes, conozco que sólo *Espatolino* puede mandaros.
- Lo que es á mí, no tendrá ese gusto. Adios, amigos: discutid cuanto querais; yo me dirijo á la *Somma*.
- Buen viaje, *Braccio di ferro*.
- Aguarda; yo te acompaño.

- Y yo tambien.
- Y yo.
- Ea, pues, ¡marchemos!
- Aguardad; lo mando.
- Por hoy, teniente, no estamos de humor de obedecer.
- ¡Pícaros! ¡traidores!.....
- No grites, Roberto *Il fulmine*, que no te oyen ya.
- ¡Quedamos quince solamente!
- ¡Y bien! ¿qué hacemos?
- He dicho ya; ir en busca.....
- ¿De la capitana?
- De la capitana no; del capitán.
- Pero..... ¿para qué?
- Quiero el indulto.
- Yo tambien, á cualquier precio.
- Y yo, voto al diablo, caiga quien caiga.
- Pensad como queráis; pero, vivo yo, no tendréis el gusto de vender á vuestro capitán. Corro á encontrarle, y le diré vuestra caritativa y leal intencion.
- Voy contigo, *Occhio lineo*.
- Esperad; tambien iré.
- ¡Bravo, teniente! ¡eres un héroe!
- ¡Todos lo somos! Yo voy tambien.
- ¡Viva *il Baleno*! ¿qué decis los demás?
- Yo..... lo que diga Giacomo.
- ¡Giacomo, acaba de resolver!
- Proponer una cosa no es imponerla por ley: si todos os decidís por la obediencia, os seguiré.
- ¡Así! eso se llama volver por su honor. Dejemos aquellos locos correr en busca de Lappo. ¡Buena les espera! Lappo es el amigo más fiel de Espatolino, y cuando sepa la mala partida que le han jugado, los pondrá por racimos del árbol más alto que por allí se encuentre. Treinta y siete hombres están en la *Somma*, y todos á cual más leales.
- ¿Con que, obedecemos?
- Sí, está dicho; pero soy de parecer que nos expliquemos con el capitán y le hagamos conocer nuestro descontento.
- Eso es muy justo, Baleno.

- ¿Quién le hablará?
- El teniente.
- No, sino Baleno, que tiene la lengua más suelta.
- ¡Convenido! Ea, pues, á efectuar las órdenes recibidas. De hoy en adelante, ó no obedecerémos, ó no se nos mandarán cosas indignas.
- Hoy tiene Baleno un talento admirable.
- ¡A caballo, señores, á caballo!
- Unos á Tívoli, otros á la Riccia, otros á Frascati.....
- Entendido.
- Y reunirnos al capitan en Gensano ó Porto d'Anzio.
- Primero que en Porto d'Anzio lo buscaremos en Gensano.
- Abur, pues; hasta Gensano.
- Hasta Gensano, camaradas.

X.

Gensano es un lugaron, á seis leguas de Roma, célebre por sus vinos, que gozan de grande estimacion en los dominios del Papa, y por haber sido el valle que le separa de la Riccia—segun opinion de acreditado escritor—teatro de las misteriosas conferencias de Numa Pompilio con la ninfa Egéria.

En la época de nuestra historia era la mejor fonda de aquel pueblo cierto viejo edificio ruinoso, conocido por el nombre de *il Paradiso*, sin duda para significar el buen trato que hallaban allí los parroquianos. En un departamento interior de dicha casa se habian hospedado Anunziata y su compañero, y desde él dirigió la primera una expresiva carta á su tio, rogándole le facilitase los medios de hablarle secretamente para tratar de negocio importante.

El pastor encargado de aquella misiva anduvo tan listo,

y el nuevo comisario de policía fué tan diligente en contestar, que al día inmediato tuvo la jóven en sus manos estas líneas, que la colmaron de gozo:

« Por culpable que sea la que se ha atrevido á escribirme, no puedo olvidar que es hija de mi hermana y que hizo en otro tiempo mis delicias. Pocas horas despues que estas letras, llegaré á Gensano para escuchar lo que quieras decirme. »

Anunziata pasó en oracion el tiempo que precedió á la importante entrevista, y era ya de noche cuando Angelo se presentó en *il Paradiso*. Púsose al punto de rodillas la esposa del bandido, y pidió el perdon y la bendicion de su tío con humildad tan patética, que hubiera ablandado el corazon más fiero. Rotoli se conmovió en efecto, y—levantándola cariñosamente— se estuvo algunos momentos contemplando sus facciones con dolorosa complacencia.

— ¡Qué cambiada estás, pobrecilla! la dijo. Dios te ha castigado severamente.

— He padecido mucho, respondió ella; pero tengo la esperanza de mejorar de suerte, puesto que sois tan bueno conmigo todavía.

— ¿Te ha abandonado acaso el monstruo que te sedujo? preguntó el comisario.

— Me adora, contestó con calor la jóven, porque soy su esposa y seré en breve la madre de su hijo.

Angelo paseó su mirada por el tallo de Anunziata, con gesto expresivo de desagrado; luégo se dejó caer en una silla, exclamando:

— ¡Esto es una desgracia! ¡una gran desgracia!

— No, sino una felicidad, respondió ella: sabed, señor, que mi esposo, arrepentido de sus crímenes, sólo desea vivir para mí y para nuestro inocente hijo: sabed que mi venida tiene por objeto proponeros en su nombre—despues de alcanzar de vuestro corazon generoso el perdon de nuestra culpa—que os encargueis de conseguir su indulto, ofreciendo al gobierno todo el oro que apetezca.

— ¡Tan rico está Espatolino! exclamó Angelo, cuyos ojos brillaron de codicia.

— Posee lo bastante, contestó cándidamente la jóven, para reservar, además, diez mil escudos y algunas buenas

alhajas que ofreceros; por poco que nos quede, siempre nos parecerá suficiente si alcanzamos perdon.

Rotoli guardó silencio algunos minutos, pareciendo que reflexionaba profundamente. Anunziata se afanó en balde por leer en su impenetrable fisonomía lo que pasaba en su alma. Por último, dijo con voz melosa el comisario:

—No me parece imposible alcanzar lo que desea Espatolino; pero quisiera avistarme con él. ¿Ha venido contigo á Gensano?

—Estoy sola.

—¡Sola! Arrojó enderredor una mirada escrutadora, y clavándola seguidamente en el semblante de su sobrina, añadió, moviendo la cabeza:

—No lo creo: ¿cómo habia de dejarte venir sola, un marido que tanto te ama?

—Le he abandonado sin consentimiento suyo: sabiendo cuáles eran sus deseos respecto al asunto de que se trata, me escapé furtivamente, y he venido á este paraje con la esperanza de veros en él y de interesaros en nuestro favor.

—Y ¿dónde dejaste á tu marido? dijo Rotoli, sin apartar sus ojos del semblante de Anunziata.

—Bien conoceréis, contestó ella, que no me corresponde á mí revelar á nadie el secreto de su retiro, sin tener ántes la más completa seguridad de su indulto.

—¿Me crees capaz de abusar de tu confianza? dijo Angelo con acento de ofendido. ¿Por qué te has dirigido á mí, desdichada, si tan triste concepto te merezco?

—Perdonadme, padre mio, repuso ella, juntando las manos en ademan de súplica: no abrigo respecto á vos desconfianza alguna, y así como os hago dueño de mi vida, os fiaría sin temor el destino eterno de mi alma: pero existen deberes que jamas deben sacrificarse, y ninguno tan sagrado como el que tiene una esposa de respetar las órdenes de su marido. El lugar en que se encuentra Espatolino es un secreto suyo, que no estoy autorizada á descubrirlos.

Hubo un tiempo, dijo Rotoli —prestando á su voz casi musicales inflexiones— en que ningunas órdenes eran tan sagradas para Anunziata como las que dictaba su tio..... su padre, ¡pues tal he sido siempre para la perla de mi alma! Ahora todo ha cambiado. He sobrevivido al afecto

de cuantos séres amaba, y me encuentro en el mundo como en un desierto. ¡Triste es la existencia, añadió suspirando, cuando sólo anima un corazón desolado, que no encuentra ya en otro ni franqueza ni cariño!

— ¡Yo os amo más que nunca! exclamó la jóven, enterrecida. Si he sido culpable, jamas podré ser ingrata á tantas bondades como habeis tenido conmigo..... pobre huérfana desvalida, que no tuvo en su niñez otro arrimo ni otro amparo que vos.

— ¡Siempre eres la misma, sí! siempre posees ese acento omnipotente en mi corazón. Me has hecho mucho daño, hija mia; pero para no perdonarte era menester no haberte oido. Quiero olvidarlo todo; quiero por amor á tí ser generoso con el cruel que te arrancó traidoramente de mis brazos..... ¡El esfuerzo es grande..... pero no importa! Dime dónde está, y correré á buscarle para deliberar el plan que debemos proponernos tocante al asunto que nos ocupa.

La jóven bajó los ojos y guardó silencio.

— ¿No me respondes, perla mia?

— Quisiera, dijo ella con timidez y emocion, que tuvieseis la bondad de tratar del mencionado asunto únicamente conmigo, pues ya os he dicho que no estoy autorizada para descubriros el retiro de mi esposo.

— ¡Insensata! gritó entónces el agente, arrebatado de súbito por la ira, y erizándose como el gato que va á lanzarse á su presa. ¿Olvidas que estás entre mis manos?

Anunziata tembló; pero tuvo la necesaria resolucion para responder:

— Podeis matarme; pero no me arrancaréis una palabra más, relativa á lo que habeis preguntado.

— ¡Bien! dijo fuera de sí su interlocutor; verémos si eres más complaciente con el tribunal, ante el que vas á comparecer.

— Ménos aún que con vos. Conozco ahora la imprudencia que he cometido, y sufriré sus consecuencias sin cobardía. Llevadme cuando gustéis á presencia de los jueces; es vuestra obligacion, y yo he andado desacordada al buscar en vos al padre, olvidando al esbirro.

Rotoli la miró, pasmado de tan inesperada firmeza, y luego comenzó á pasearse por el aposento con muestras de

grande agitacion. Algo pasaba, en efecto, en el secreto de su alma; alguna lucha se trababa en aquel momento entre las sordas pasiones de aquel hombre. Su rostro se fué despejando, sin embargo, progresivamente, hasta recobrar la habitual expresion de zalamería, y hubiera sido imposible al más hábil fisonomista decidir si su cólera estaba desvanecida ó solamente concentrada.

—Anunziata, dijo, tus injustas desconfianzas me sacan de quicio. El hombre cuya seguridad temes comprometer es tu marido, y tal título bastaria á ponerle á salvo de mi resentimiento, áun cuando no existiesen en mi memoria recuerdos muy poderosos. Sí; aquel desventurado ha sido mi amigo, y tengo contraidas con él obligaciones de gratitud. Verdad es que su conducta posterior las ha destruido; que me ha arrancado contigo mi felicidad, y con Pietro mi venganza.....

Interrumpióse, como si no acertára á vencer completamente el rencor que habian reanimado aquellas reminiscencias; pero despues de breve pausa añadió con aire de triunfo:

— ¡Ea! ¡es tu esposo y ha sido mi amigo! Que Dios y la Santa Madonna tengan tanta piedad de mí como yo de él.

Tomó su sombrero con precipitacion, y Anunziata, sorprendida, sólo acertó á exclamar:

— ¡Os marchais!

— ¡Para servirte en lo que desees, pobre oveja descarriada! respondió el comisario con un tono de verdad que hubiera convencido á la misma desconfianza. Sospechas de mí, y rehusas indicarme el paraje en que pudiera hablar á Espatolino. Bien, guarda tu secreto; yo te perdono el concepto que en esa reserva me manifiestas, y me vuelvo esta misma noche á Roma para trabajar con tanta diligencia como eficacia por el logro de tus deseos. Ruega á Dios que ablande el corazon de los que pueden con una palabra dar la vida ó la muerte, y espera aquí mis avisos.

— ¡Bendito seais, padre mio! gritó al oir esto la jóven, cayendo de rodillas.— Rotoli debió experimentar en tal instante una de aquellas sensaciones vivas y generosas que son demasiado raras en la vida de los hombres de su profesion, pues brilló en sus ojos fugaz relámpago de ternura, y permaneció algunos segundos trémulo y agitado, como quien

procura y no acierta á vencer un sentimiento que le domina y le halaga. Por segunda vez en aquella breve conferencia sintió el esbirro la pugna que sostenian en su interior dos impulsos contrarios; pero alguno quedó vencedor indubitablemente, pues su fisonomía, ligeramente alterada, volvió á recobrar aquella mezcla singular de paciencia, astucia, penetracion y disimulo, que le caracterizaban y le prestaban cierta semejanza con la traidora alimaña á quien ya le hemos comparado.

Levantó del suelo á su sobrina, abrazándola cariñosamente, y la dijo:

— Descansa en mi actividad, pobrecilla, y no dudes del interes que tengo en apartar de la senda de perdicion al hombre que es ya, por desgracia, tu legítimo dueño. ¿Estás bien segura de que puede dar mucho oro por su perdon?

— Lo estoy, padre mio, respondió la jóven; y os garantizo de nuevo que recibiréis, en señal de su gratitud por vuestros buenos oficios, no ya los diez mil ducados que os prometí, sino el doble. ¡Oh! ¡todo, todo lo que nos quede será para vos!

— No es eso lo que me mueve á serviros, aunque á la verdad no soy rico, como algunos imaginan, y pronto tocaré aquel período de la vida en que el hombre no alcanza más goces que los positivos. ¿Qué otra cosa que la riqueza puede desear un viejo que no espera ya felicidad en el mundo, donde se encuentra solitario?

Anunziata quiso contestar, sin duda para asegurarle nuevamente de su cariño; pero Rotoli salió presuroso del aposento, llevándose el pañuelo á los ojos.

— ¡No! ¡el mundo no está lleno de malvados, como piensa Espatolino! se dijo á sí misma la jóven. Contagiada ya por sus erróneas y amargas ideas, he sido capaz de desconfiar de mi pobre tío, que — con todos sus defectos — tiene un alma buena.

Bendijo nuevamente á Rotoli, á consecuencia de tales reflexiones, y se preparaba á rezar, encendiendo dos bujías á una imágen de la Virgen que decoraba la chimenea, cuando fué distraida de su devota ocupacion por un rumor de pasos precipitados, que evidentemente se iban aproximando. Palpitó el corazon, como si adivinase por instinto quién era la

persona cuyas pisadas oía, y—lanzándose fuera de su estancia— se halló en los brazos de Espatolino.

Al recobrar á su amada, al verla sana y salva despues de padecer por ella las más crueles aprensiones, aquel bandido feroz lloraba como un niño, y se abandonaba á los más pueriles extremos de placer y de ternura. Su mano homicida acariciaba trémula la sedosa cabellera de Anunziata, y sus labios, acostumbrados á pronunciar blasfemias, exhalaban en acentos embargados por la emocion las más dulces palabras que pueden inspirar un amor ardiente y una inefable ventura.

Calmados los primeros arrebatos, refirióle ella la entrevista que acababa de tener con Rotoli, y las esperanzas que concebía; pero Estolino, meneando la cabeza, respondió:

—Algun proyecto infernal ha concebido el esbirro, y conendrá á su éxito aparente generosidad: le conozco, es implacable como yo; la diferencia grande que nos distingue es que yo acometo como el leon y él acecha como el tigre.

—¡Siempre sospechas! exclamó con tristeza Anunziata. ¡Siempre esa insana y cruel prevencion contra los hombres!

—¡Y bien! no pensaré sino lo que tú pienses, no creeré sino lo que tú creas; pero sal de esta casa al punto, vida mia. Poseo una poco distante, que será para nosotros asilo más seguro. Si Rotoli obra de buena fe y envia aquí los avisos que te ha ofrecido, tengo medios fáciles de hacerlos llegar á nuestro retiro sin descubrirle.... Marchemos al momento, esposa querida, porque mi corazon presiente desgracias en este sitio. Escucha: esta tarde, miéntras indagaba tu paradero con mortales inquietudes, un ave siniestra me fué constantemente siguiendo, y tres veces, al preguntar por tí, me respondió su fúnebre graznido. Es una supersticion ridícula, pero no puedo desecharla; me acuerdo que un pájaro semejante pasó sobre mi cabeza la tarde que — volviendo del presidio— vi morir á mi hermana.

—Estoy pronta á seguirte, respondió la jóven, con tal que me asegures que podré recibir sin retardo los avisos de mi tío.

—Hay en esta misma hostería una persona que me es adicta, y te juro que diez minutos despues de que se hayan recibido aquí las cartas de Rotoli, las tendrás en tu mano.

— Marchemos, pues.

Espatolino pagó generosamente los gastos hechos por su mujer, y acompañados de Pietro salieron del *Paradiso*.

El albergue seguro ofrecido por el bandolero á su jóven compañera, y adonde efectivamente la condujo, era una casa de modesta apariencia, pero muy espaciosa y en una agradable situacion, próxima al antiguo castillo de los duques Cesarini.

Desde sus ventanas podíase recrear la vista con las deliciosas colinas cubiertas de verdes viñedos, y con las románticas orillas del lago Nemi, teatro en muchas ocasiones de citas amorosas y de campestres festines.

Un año, poco más ó ménos, hacia que habitaba aquella casa cierto labrador anciano que la construyó, y á quien por su carácter adusto y taciturno llamaban *il Silenzioso*. Vivian con él su mujer y su hijo; ella era sorda y ciega, así como el jóven parecia haber heredado la índole de su padre, pues apénas conocian su voz los vecinos de Gensano.

Aquella familia misteriosa no trataba con nadie, pero no ignoraban en el pueblo que solia recibir las visitas de algunos forasteros, á quienes unos suponian parientes del dueño de la casa, y otros aseguraban ser ilustres señores romanos, que se servian del *Silenzioso* para sus aventuras galantes: nadie, empero, sospechára hasta entónces la verdadera condicion de los huéspedes que de vez en cuando favorecian tan pintoresco retiro, y Espatolino podia creer con fundamento que gozaria en él la seguridad posible.

Tambien determinó se alojasen allí los camaradas que debian reunírsele en Gensano: la distribucion de las piezas habitables de aquella casa estaba tan bien entendida, ó mejor dirémos, tan propia para el destino que solia tener, que los bandidos podian estar bajo el mismo techo que su jefe, sin tener con éste una comunicacion demasiado inmediata, y que le hubiera sido incómoda entónces que le acompañaba su mujer.

En la noche en que Espatolino trasladó á ésta á aquel solitario albergue, áun no se hallaban en él los compañeros, quienes por orden suya visitaban las cercanías buscando la perdida prenda, que, más dichoso que todos, habia ya descubierto y recobrado; circunstancia que no supieron los ban-

doleros hasta que—dos dias despues—regresaron de sus inútiles correrías.

La impresion definitiva causada en ellos por la nueva afrenta (que tal reputaron la comision de correr en pos de una mujer desperdiciando un tiempo precioso) se nos hará patente muy pronto; mas, ántes de tratar de personajes secundarios, al parecer, en nuestra historia, razon será que instruyamos al lector del resultado que tuvieron las generosas promesas de Rotoli.

XI.

Declinaba una de las más apacibles tardes del melancólico otoño. Los últimos rayos del crepúsculo, que esparcian una tinta purpúrea en las undulantes nubes del ocaso, tornasolaban con los matices del ópalo las tranquilas aguas del lago de Nemi, y las frescas auras de la noche balanceaban murmurando las flotantes vides que decoraban sus pintorescas orillas. Espatolino y su esposa, sentados en el hueco de una de las ventanas que daban sobre el lago, respiraban en silencio aquel ambiente saludable, que en los últimos dias de Octubre consuela á los habitantes de las cercanías de Roma de la mortífera influencia del *aria cattiva*, que durante los meses de verano ocasiona tantos males en el país (1).

Callaban, como hemos dicho, el bandolero y su mujer; ambos parecian profundamente preocupados. El semblante de ella tenía una expresion indefinible de ansiedad, impaciencia y fatiga, y al observarla era fácil conocer que el cuerpo y el espíritu padecian igualmente, y que uno y otro no

(1) El aire insalubre, llamado *aria cattiva*, comienza en Roma cuando el sol entra en el signo del Leon, á fines del mes de Julio, y concluye con las primeras lluvias del otoño.

estaban muy distantes de aquel momento supremo en que la calma del desaliento sucede á las devoradoras transiciones de una larga expectativa. Espatolino tenía fija en su mujer mirada intensísima, y como un espejo de aumento reflejaba aquel rostro varonil, con acrecentamiento de energía, las penosas sensaciones que se pintaban en la expresiva fisonomía de la jóven.

Rompió ella por último el largo silencio, y señalando con su mano trémula el astro diurno, que iba á desaparecer, dijo con acento profundamente triste :

— ¡Otro ha pasado ya!

— ¡Sí, respondió Espatolino; otro dia de angustia para tí. Tres has tenido de esta horrible inquietud, y te he visto padecer sin alcanzar medio de consolarte.

— ¡Dios mio! exclamó ella, cruzando sobre su pecho los brazos enflaquecidos. ¡Cuán cruel es Rotoli al guardar un silencio cien veces peor que la declaracion más amarga! ¡Qué sentimiento tan insufrible es la incertidumbre! ¡Qué espantosa la expectativa! ¡Estar así, parados, inmóviles, en aparente sosiego, miétras quizá se nos viene acercando la sentencia de vida ó de muerte, y no poder apresurarla, ni adivinarla, ni huirla! ¡Espatolino! ¡El infierno no tiene un suplicio tan terrible como la duda!

— ¿Por qué no has de ver en esa misma dilacion de Rotoli un motivo de esperanza? dijo él. Si la proposicion hubiese sido absolutamente desechada, ¿qué le alentaria á aguardar aún?

— Y si alguna esperanza tuviese, respondió la jóven, ¿por qué nos retardaria su participacion? El pobre Rotoli tiene un buen natural, por más que digas, y erróneamente imaginando que nos haria más desgraciados la certeza que el temor de una repulsa invencible por parte del gobierno, guarda este silencio, que me asesina.

— Tus cavilaciones son tristes; ¿qué se han hecho aquellos faustos presentimientos de que me hablabas la noche primera de nuestra reunion? ¿Por qué concibes ahora tan negras inquietudes, habiendo alimentado entónces una confianza completa? Yo era dichoso escuchándote hacer la elocuente pintura de nuestra suerte venidera, y deseo que vuelvas á recrearme con ella. Pero ¡ay! no te acuerdas ya

del delicioso retiro que con tantos pormenores imaginabas y embellecias; de aquel rebaño de ovejas que tú misma apacentabas; de aquellos robustos búfalos que cargaba Pietro cada dia con el abundante producto de nuestras viñas; de aquel jardin coronado por un pintoresco palomar, en donde jugaba nuestro hijo, revolcándose entre las flores; miéntras los pichones iban á posarse sobre sus hombros, acariciando con sus picos de marfil los dorados cabellos del inocente ángel. No te acuerdas ya, ¡Anunziata! de aquel retorno de santa fe que debias operar en mi alma, de aquellas virtudes con cuya constante práctica, desarmando la justicia del cielo, mereceriamos ambos la bendicion de su misericordia. ¿Por qué callas ahora? ¿Qué se han hecho las imágenes deliciosas que creaba tu imaginacion para seducirme?

— ¡No lo sé! respondió con desfallecida voz la sobrina de Angelo; pero no ha sido por culpa mia si se han desvanecido. ¡Infeliz! ¿por qué me contaste que un buho siniestro respondia á tus acentos cuando me llamabas? ¿Por qué te he visto incrédulo y sombrío, miéntras te contaba mis halagüenos delirios, como si un espíritu infernal—poseionado de tu alma—la hubiese cerrado á toda emocion inocente y á toda esperanza lisonjera? ¡Y bien! añadió estremeciéndose; tu desesperacion se me va comunicando: ¡escucha! yo tambien he tenido funestos agüeros y presentimientos lúgubres. Anoche me dormí un momento.... un solo momento, porque bien sabes que me ha abandonado el sueño; pero en aquel breve instante tuve una angustiosa pesadilla. Soñé que te arrastraba á pesar tuyo hácia un horizonte azul, que se me presentaba en lontananza despejado y sin límites. Vén, te decia, vén, que allí están el perdon, la virtud, la felicidad. Y continuaba andando y tú me seguias; pero tambien el pájaro funesto iba con nosotros, cerniéndose sobre nuestras cabezas, cobijándonos con sus alas, respondiéndonos con sus graznidos. Yo caminaba sin cesar, impaciente, presurosa, ávida.... y el horizonte, cada vez más próximo, en vez de aparecer más claro, se iba oscureciendo, estrechando. Bien pronto sólo se presentó como una gran masa de vapores oscuros; luégo me pareció que cobraba formas que iban por instantes distinguiéndose mejor. Yo corria llevándote de la mano, y el pájaro seguia tambien te-

nazmente sobre nuestras cabezas. La sombra de sus alas era tan fria, que la frente de ambos se iba cubriendo de la rigidez y blancura del mármol, sintiéndola pesada, muy pesada. Cada vez que aquel pájaro fatal batia las alas, balanceándose en la atmósfera, nos salpicaba con un licor caliente, que al caer en nuestras cabezas se helaba con prontitud, y colgaba en témpanos sobre nuestros ojos..... ¡mirélos, y eran de sangre! Pero andábamos, andábamos sin parar..... la vaga forma de aquella mole aérea era ya más distinta. Tú temblaste: no temas, te dije, es el perdon, la virtud, la dicha.... El pájaro dejó oír un último y prolongado grito, y la masa de vapores nos presentó súbitamente su forma clara, pronunciada, horrible; ¡era el patíbulo!

Calló la jóven; su rostro estaba humedecido por helado sudor; sus labios trémulos apénas conservaban ligero tinte de rosa; su nariz apareció perfilada y casi transparente, y una aureola de azul violado se señaló con distincion al redor de sus ojos, que se cerraron con desfallecimiento.

Espatolino la ciñó con sus brazos, diciéndola tiernamente:

— Tú, que crees en una Providencia sábia y benéfica, ¿cómo puedes abrigar las cavilaciones tenebrosas de un impío fatalismo? ¿No eres inocente y pura? ¿No he jurado abandonar la carrera del crimen? ¿No has implorado al Dios á quien adoras, y no es él la suma bondad y la omnipotencia infinita? ¡Hija del cielo! ¡deja á mi alma árida y descreida agitarse en el cáos del pavor, y temblar ante los fantasmas de la desesperacion. Tú tienes un Dios; ¿por qué desconfias?

— ¡Es verdad! dijo ella: Dios es tan piadoso, que no puede ensordecer á los gemidos de un corazon contrito. Tú tienes aquel augusto derecho al perdon, que legó con su muerte el Salvador á todos los hijos de Adan. Pero hay felicidades tan grandes, que no pueden acaso concederse al arrepentimiento mismo; sólo la inocencia las merece.

— ¡Ah! exclamó Espatolino con emocion extraña; ¿me tocará recordarte que el ladron perdonado pasó de la cruz al paraíso?

— ¡Cierto! repuso ella; pero la grandeza de su fe salvó la grandeza de las distancias. ¿Sientes tú siquiera el deseo de

que renazca la tuya, para prestarle alas á la esperanza y santificación al amor?.....

— ¡Sí! dijo el bandido despues de un instante de vacilacion: creo en quien creas, y amo á quien ames, y espero en quien esperes. ¡Sí! hay sin duda un Dios que te hizo tan hermosa y tan buena, y yo le adoro en su obra.

La puerta de la estancia se abrió en aquel momento, y Pietro se precipitó dentro, agitando un papel en la mano :

— ¡Albricias! exclamó: ¡albricias, mi capitán! ¡albricias, mi capitana! Un mozo del *Paradiso* me ha entregado esta carta, que acaba de llegar de Roma, y la letra del sobre es del Sr. Angelo; ¡bien la conozco!

Anunziata se apodera con ánsia del anhelado escrito, y trémula, agitada, sin aliento para leerlo en voz alta, lo devora rápidamente con angustiosa mirada.

Espatolino la contempla con no menor afán; los latidos de su corazón se escuchan distintamente, en aquel momento de solemne silencio.

De repente se despeja, se ilumina con expresion inefable el hermoso semblante de Anunziata, y se postra juntando las manos, y exclamando con júbilo infinito :

— ¡Gracias, Dios mio, gracias!

— ¡Y bien! la dice Espatolino con ansiedad de esperanza: ¿qué dice ese escrito, esposa mia?

— ¡Que estás perdonado! responde ella, y pierde el sentido.

Por violentas que puedan ser las emociones de la alegría, es muy raro—por desgracia—que causen la muerte. Cruel el destino hasta cuando halaga, avaro hasta cuando dispensa favores, no renuncia al derecho de cobrarse con usura; no nos permite salir del mundo cargados con la deuda del reconocimiento. Mucho le deberiamos si hiciese la vida tan breve como la felicidad, ya que no es posible hacer la felicidad tan larga como la vida; pero, lo repetimos, rara vez llega la muerte en los momentos supremos en que nos es dado gozar la plenitud de la vida, y cuando dilatándose y engrandeciéndose el alma, parece que anhela salirse del cuerpo y lanzarse con todo su vigor á lo infinito.

El primer movimiento de Anunziata, al recobrar los sen-

tidos en los brazos de su esposo, fué señalarle el cielo, exclamando de nuevo :

— ¡Estás perdonado!..... ¿no lo has oído? Estás perdonado por los hombres, porque Dios ha hablado á sus corazones.

¡Póstrate! añadió con exaltacion religiosa; póstrate y llora, y ruega y bendice conmigo.

¡Oh poder milagroso del amor! El impío Espatolino se arrodilla junto á su amada; su frente rebelde se humilla confusa; sus labios blasfemos murmuran una oracion. La jóven esposa, inclinada hácia él, puestas entrambas manos sobre sus espaldas, los ojos levantados al cielo con expresion sublime, la frente iluminada por el sentimiento de una alegría profunda, derrama abundantes lágrimas sobre la cabeza de aquel criminal querido. ¡Bautismo regenerador, que preside la luna con sus melancólicos fulgores, como si fuesen mensajeros del perdon celeste!

Luégo se irgue la jóven, toma la carta, que habia dejado caer al desmayarse, y dice á Espatolino con dulce imperio :

— Quiero leerte yo misma la carta bendita que viene á redimirte; óyela atentamente, así, de hinojos, levantando tu vista y tu corazon á la santa efigie de la divina Madonna.

Obedeció el bandido con la docilidad de un niño, y ella leyó en alta voz aquel escrito, que el exceso de su regocijo le habia impedido terminar. Su voz era dulce, vibrante, impregnada, por decirlo así, de todos los sentimientos deliciosos que rebosaban en su alma. Espatolino la escuchaba enajenado y en actitud respetuosa. La carta estaba concebida en estos términos :

« Mucho siento, hija mia, haberte tenido tantas horas (que te habrán parecido siglos) sin noticias de nuestro asunto; pero no ha consistido en mí. La cosa presentaba grandes dificultades, y he tenido que hacer uso de toda mi sagacidad, de toda mi pertinacia y de toda mi paciencia, para conseguir hacerme escuchar; lo que no hubiera alcanzado, sin embargo, sin el auxilio de un amigo que goza la más justa consideracion. ¡Qué excelente caballero es el coronel Dainville! ¡Qué corazon has despreciado!..... En fin, ya no hay remedio, y sólo debo pensar en evitarte la desgracia y la vergüen-

za de ver perecer en un suplicio á tu marido, á quien he perdonado de todo corazon.

» He trabajado mucho, mucho, por conseguir su indulto; pero hasta este instante era dudoso el resultado, y por eso no quise darte esperanzas que pudieran salir fallidas. Gracias á Dios y á los buenos oficios del Sr. Arturo de Dainville, acabo de saber — con grandísima alegría — que el Gobierno se digna aceptar el arrepentimiento de Espatolino, y le promete solemnemente un generoso y completo indulto.»

Hasta aquí habia leído la primera vez Anunziata, y aquí volvió á interrumpirse para bendecir nuevamente al cielo. Luégo continuó con voz conmovida, que fué embargándose más y más, á medida que se acercaba á la conclusion del escrito :

« Sí, hija mia; tu esposo puede contar por seguro su perdón, y se le permitirá, además, la tranquila posesion y el libre uso de sus riquezas, de las cuales nada debe ni quiere admitir el Gobierno. Otra es la condicion que le impone; dura á la verdad, dolorosa, lo conozco, y temo que caiga en la tontería de rehusarla.»

— ¡No! ¡no! exclamó en este punto el bandolero : yo la acepto, cualquiera que sea. Bien conozco que debo sufrir castigo..... ¿Querrán cortarme las manos? ¡Estoy pronto! Somos ricos; no las necesito para ganar el pan de mi familia. ¿Creen que deben dejarme ciego?..... ¡No poder verte! ¡No poder conocer las facciones de mi hijo!..... Es horrible, pero no importa; oiré tu voz y la suya, que me repetirán : *Somos felices.*

Anunziata, que habia continuado en silencio su lectura miéntras él hablaba, dejó caer súbitamente la carta, lanzando un grito penetrante y profundo. Espatolino comenzó á temblar, y la preguntó azorado :

— ¿Cuál es esa condicion terrible?..... ¡porque leo en tu rostro que es terrible! ¿Cuál es?..... ¡dila! Excepto la de separarme de tí, ninguna pueden imponerme que no esté dispuesto á aceptar. ¡Habla! ¿Qué exigen de mí?

— ¡Oh! dijo ella con un rechinamiento de dientes que causaba frio; ¡no la aceptarás! ¡Estamos perdidos, perdidos para siempre!

— ¡Habla! repitió el bandido con ahogada voz. ¿Qué exige de mí el Gobierno?

— Que entregues á tus compañeros para que sirvan de escarmiento público, respondió la jóven sin ocultar su horror.

Saltó él como si le hubiese picado una víbora: fué espantosa la expresion de sus ojos en aquel momento, y nada nos parece comparable al ademan y acento con que exclamó :

— ¡La traicion!..... ¡el perdon á precio de sangre!..... ¡Oh viles! Los desprecio á ellos y á sus dones. La guerra entre nosotros tiene que ser eterna.

— ¡Ya lo presentia yo! articuló débilmente Anunziata. No dijo más; violenta convulsion la acometió al punto, y un velo cárdeno cubrió su rostro—espejo un momento ántes de las más vivas emociones, é imágen entónces de la muerte.

Espatolino acudió á socorrerla; pero al verla creyó imposible remediar los funestos efectos de aquel último golpe—capaz de quebrantar el corazon más fuerte—y apretándola con una especie de furor contra su pecho :

— ¡Muere! exclamó: ¡muere, desventurada! El mundo no es digno de poseerte, y yo sólo te he atraído para destrarte el alma!

XII.

El accidente de Anunziata fué el prodromo de una grave dolencia. Durante cuatro dias no la abandonó la fiebre, con delirio casi contínuo, y en el dia quinto la crisis se anunció tan violenta, que Espatolino resolvió enviar por un facultativo de la Riccia; pues al único que habia por entónces en Gensano se le podian aplicar—segun la general opinion—estos versos graciosos del país :

*Quando il becchin sentiva che chiamato
Era el medico tal per una cura,*

*Senza stare à informarsi del malato,
Facea la fossa per la sepoltura* (1).

El hijo del Silencioso fué escogido para desempeñar la comision, y—luégo que hubo partido—el desesperado esposo se puso de rodillas á la cabecera de la enferma, que entónces parecia aletargada. Contemplóla largo rato con dolorosa atencion; el rostro de la jóven se desfiguraba más y más; ligeros estremecimientos recorrían sus miembros rígidos; y aunque permanecia inmóvil, notábase la opresion de su seno por la dificultad de la respiracion. Pietro, creyéndola moribunda, lloraba tendido junto á los piés de la cama, y sus sollozos atormentaban de tal manera el corazon de Espatolino, que le mandó salir de la estancia. Solo con su mujer, abandonóse á toda la amargura de su dolor: lágrimas silenciosas corrieron entónces por sus pálidas mejillas, y sus manos, apretadas contra su pecho, dejaron en él las señales de sus uñas.

— ¡Anunziata! ¡vida mia! exclamaba: ¿quieres dejarme abandonado en el desierto horrible de este infausto mundo? ¿Quieres que el infierno recobre su presa, que tú sola podías arrancarle?

Entreabrió ella sus ojos secos y ardientes, y los clavó en él, pero sin conocerle, murmurando en seguida algunas confusas frases, de las cuales pudieron entenderse éstas :

— El perdon..... ¡si no, morir!..... vale más morir.

— ¡Es demasiado! balbuceó con desesperacion Espatolino. No hay crimen que no se expie por tan atroces padecimientos.— Yo pudiera darle la vida, añadió despues, pudiera darle la felicidad..... pero ¡á qué precio!..... ¡no! ¡nunca! ¡Nunca! repitió—tendiendo las manos, como rechazando la tentacion : —¡que muera ella, que muera mi hijo ántes que rescatarlos con infame alevosía!

Era la hora solemne de la media noche; la lámpara—que ardía sobre una mesa—estaba cubierta con una gasa oscura, al traves de la cual derramaba en la estancia cierta claridad

(1) Sabiendo el sacristan que era llamado
Aquel sabio doctor para una cura,
Sin preguntar quién fuese el desgraciado,
Se daba prisa á abrir la sepultura.

débil y fúnebre. Todo estaba en silencio, sólo se oían la penosa respiracion de Anunziata y los desordenados latidos del corazon del bandido.

De repente se estremece ella, y exclama con acento doloroso :

— ¡La traicion!..... ¡no la quiero! ¡Dios tampoco quiere la traicion!

— ¡Alma de mi vida! dijo Espatolino, tranquilízate, no sucumbiré..... no existe la traicion cerca de tí.

— ¡Va á estallar sobre tu cabeza! pronunció una voz clara y varonil, aunque modificada por la cautela.

Volvióse Espatolino, y vió de pié — á su espalda — á un jóven robusto, de semblante expresivo y penetrante mirada.

-- ¡*Gennaro Occhio linceo!* ¿qué has dicho?

— ¡La verdad! Esa niña, en su sueño ó en su delirio, acaba de anunciártela tambien. La traicion vela á tu lado; huye, ó estás perdido.

— ¡La traicion! ¿quién? ¿cómo?..... ¿acaso Rotoli?

— No conozco ese nombre; pero los traidores están cerca de tí, bajo tu mismo techo.

— ¡Bajo mi techo!..... ¡cómo! ¿El Silencioso.....

— No, tus camaradas, tus súbditos: ¡Roberto y sus camaradas!

— ¡Mientes! gritó Espatolino, poniéndose en pié con gesto indescribible.

— No hables tan alto, por amor á tu vida; expongo la mia por darte el aviso que has oido, y es fuerza abreviar la conferencia.

— ¡Pero estás loco, Gennaro! dijo Espatolino, ó yo no te he comprendido.

— ¡Por Júpiter! repuso *Occhio linceo*; he hablado, sin embargo, bien claro y bien en mi juicio. ¡Capitan! te repito que los momentos son preciosos y no hay que perderlos. ¡Escucha! tus camaradas y los míos se han convenido en comprar su indulto á precio de tu cabeza. Muchos dias hace que el pérfido Giacomo se atrevió á hacernos tan odiosa proposicion; pero entónces fué desechada. Sabes que *Braccio di ferro* y cuatro de sus amigos rehusaron obedecerte y fueron á reunirse con Lappo; pero ignoras que los mismos que cumplieron entónces tus mandatos, participaban del descontento

de los rebeldes. Cuando *Baleno* intentó expresarte, á nombre de todos, el disgusto con que veían la mudanza de tu carácter y el descuido con que ejercías tus funciones, tuviste la imprudencia de amenazarle.....

— ¡Su audacia merecía la muerte! dijo con sorda voz *Es-patolino*.

— Y tu soberbia le pareció á él digna de su venganza, respondió *Occhio linceo*. Desde aquel momento fué tu enemigo; porque te hubiera creído justo si le mandabas ahorcar por la menor infraccion de la disciplina, pero te juzgó tirano cuando rehusaste escucharle como á un camarada celoso de tu buen nombre. *Giacomo* tuvo ya un auxiliar, y un auxiliar temible, porque *Baleno* goza de influencia entre los nuestros. El huracan se formaba sobre tu cabeza sin que lo sospecháras, y cuando nos mandaste recorrer las cercanías de Roma—con no escaso peligro—para buscarte á tu amada; cuando nos dejaste entrever, al mismo tiempo, tu pensamiento de abandonarnos..... entónces se hizo inevitable el estallido.

Han durado, á pesar de ello, las vacilaciones y las dudas. Pero se ha dicho ayer que el gobierno redoblaba sus esfuerzos para destruirnos, y que tú — embrujado por esa mujer — no servias ya para nada..... Se ha recordado el indulto ofrecido á los que te entregaran..... Todos estaban indignados contra tí y desalentados por tu abandono..... En una palabra : esta tarde nos hemos reunido cerca de la *Madonna di Gallora* (1), para convenir definitivamente en lo que debia hacerse. *Giacomo* repitió su proposicion, y *Baleno*—que en otra ocasion la habia llamado infame — la apoyó ahora, porque quiere vengarse. Su dictámen conquistó el de otros : solamente *Roberto*, *Irta chioma*, y yo rechazamos la traicion; pero estábamos en minoría. *Roberto* cedió por fin ; *Irta chioma* aún quiso resistir, pero notó señales de inteligencia entre los otros, temió que le asesinasen allí mismo, y como es un mozo que—aunque sabe cumplir con su obligacion cuando llega el caso—no está dotado de una gran entereza de espí-

(1) La *Madonna di Gallora* es una iglesia aislada, á media milla de Gensano.

ritu, se intimidó al ver que era el único que se oponía á una resolución que parecía ya irrevocable, y suscribió á todo, obligándose con juramento. He dicho que *Irta chioma* era el único que resistía, y de esto inferirás que yo—luégo que me convencí de que era inútil tratar de disuadir á aquellos malvados—fingí participar de su opinion y no hablé ni una palabra más. Pero todos conocían mi adhesion á tí y desconfiaron con razon de mi sinceridad; por eso me espian, y por eso sólo á fuerza de sutileza y disimulo he podido burlar su vigilancia y llegar hasta tí, para advertirte lo que pasa.

—¡Esto es espantoso! exclamó Espatolino, rechinando los dientes.

—¡Baja la voz, en nombre del cielo! dijo *Occhio lineo*, y atiende aún. Está decidido que al romper el alba parta *Baleno* á Roma: es el encargado de entablar negociaciones, ofreciendo tu vida por el indulto suyo y de los otros catorce.

—Espatolino cayó en tierra, como si todos los músculos de su cuerpo se hubiesen quebrantado. —¡*Traditori!* fué todo lo que pudo articular.

—Aun contando con el hijo del Silencioso, prosiguió Genaro—pues el padre es un viejo—y con Pietro, que no sabe disparar un fusil, solo somos cuatro; sería locura pensar en acometerles durante esta noche, en que sin duda no dormirán muy tranquilos. Lo mejor es que aproveches estas horas para salir furtivamente con tu mujer y con Pietro, y que andeis deprisa hasta llegar á un paraje que os parezca seguro. Yo, quedándome aquí algunas horas más, facilitaré los medios de escaparme ántes que se advierta tu ausencia, y correré á buscar á Estéfano y á Lappo, que oso esperar se conserven leales, y que acudirán con su gente al sitio que escojas para tu retiro.

—¡*Traditori!* volvió á gritar Espatolino, sin prestar atencion á los planes de su amigo.

—No es tiempo de lamentaciones, dijo éste impaciente: acuérdate que al rayar el alba partirá *Baleno* á Roma; que su proposicion será probablemente aceptada, y que Roma solo dista de aquí seis leguas; es decir, que mañana por la noche ya puedes haber entablado conocimiento con los genarmes, y algunos días despues con el verdugo. No conviene detenerme más: ¡adios! parte y cuenta siempre conmigo.

—¡Aguarda! dijo levantándose Espatolino. Mira: mi mujer está agonizando; es imposible la fuga. ¡Oh, ingratos! añadió golpeándose la frente con los puños; yo la dejaba morir..... ¡la dejaba morir cuando ellos me vendian!

—¡Y bien! ¿qué piensas hacer? preguntó *Occhio linceo*. ¡Pero silencio!..... ¡he sentido rumor!..... Quizá me hayan seguido.....

—No hay cuidado, respondió una voz sumisa; soy yo, Pietro, y el pobre Rotolini, que no sabe qué hacerse sin la capitana, que le tiene acostumbrado á dormir á sus piés.

—Calla, y retírate, dijo bruscamente Espatolino: ¡desgraciado de tí si ocasionas el rumor de una mosca que vuela!

Pietro obedeció, marchándose de puntillas, seguido del perro.

Espatolino se acercó entónces á Gennaro, y asiéndole del brazo con su mano férrea, le dijo en voz baja y profundamente rencorosa:

—¡No puedo partir, pero quedándome aquí puedo salvarme y vengarme!

—Explicáte, respondió encogiéndose de hombros *Occhio linceo*.

—Escucha: me has dado una prueba de lealtad, y tengo muchas de tu valor. Sé que tu ojo es certero y tu mano segura.

—¡Ya lo creo!..... ¡por vida de Júpiter! me llaman *Occhio linceo*.

—Baleno saldrá para Roma dentro de algunas horas.

—Ya son las tres ó cerca de ellas; á las cinco, poco más ó ménos, se pondrá en camino, y—como llevará un caballo de los mejores—bien se puede asegurar que estará en Roma ántes de las nueve.

—Ese viaje es muy corto, dijo con sombrío acento Espatolino.

—Lo conozco; pero ¡qué hemos de hacer!

—Obligarle á emprender otro que sea mucho más largo.

—¿Adónde diablos? ¿ni cómo hemos de poder obligarle?

—Te llaman *Occhio linceo*; tu ojo es certero y tu mano segura; el camino de Gensano á Roma es, á trechos por lo ménos, bastante solitario.

— ¡Voto á sanes, que hasta ahora no te habia comprendido!

— ¡Pero ya me entiendes! ¡Y bien! ¿quieres hacer á tu capitán este último servicio?

— ¡Y diez más, *corpo della Madonna!* Pero ¿qué conseguirás con eso? Cuando vean que no vuelve *Baleno* mandarán á otro, y....., á ménos que creas posible irlos despachando de igual modo, uno á uno.....

— ¡No! me basta con *Baleno*: si se logra que no llegue á Roma, al otro dia nada tendré que temer: estaré salvo y vengado!

— Eres muy sabio, y no dudo que lo harás como dices. ¿Con qué la mision mia sólo es.....

— Hacer que *Baleno* emprenda un viaje más largo.

— ¡No volverá de él, te lo juro! Y luégo ¿qué haré?

— Ponerte en salvo y procurar ser dichoso, dijo *Espatolino* apretándole la mano.

— ¿No volverémos á vernos? ¿no me citas á algun paraje?

— ¡No! olvídame, sal de Italia y proporciónate una existencia tranquila, en cualquier país extranjero.

— La tranquilidad no me parece gran cosa, que digamos; porque fui soldado en otro tiempo, y á no ser por un bofetón inmerecido que me dió mi teniente..... El hombre no siempre es dueño de sí mismo; aquella afrenta me causó coraje....., tenía el sable al lado, y no sé cómo diablos me lo encontré en la mano. Dios haya perdonado al pobre oficial..... ¡Desde entónces soy bandolero!

— Si dejas de serlo, repuso con alterada voz el capitán; si te cansas de una profesion sangrienta; procura noticias de *Espatolino*..... acaso sea entónces un laborioso labrador, oscuro, pero honrado y feliz. Su puerta siempre estará abierta para tí; su corazon también..... ¡ah! su corazon está despedazado, es verdad..... pero he conocido un hombre leal: ¡tú! dos mujeres nobles y buenas: ¡mi madre y mi esposa! Por eso no puedo ya maldecir á la humanidad, aunque *ellos* también hayan sido infames y traidores: ¡*ellos*, que eran mi última fe!

— ¡Que Dios los castigue! dijo *Occhio linceo*.

— ¡Y yo! añadió *Espatolino*, volviendo á recobrar su gesto soberbio y su tono amenazante.

— ¡Así sea, capitán! bien merecido lo tienen.

— ¿Cuándo partirás?

— Si lo veo posible, ahora mismo; si no, algunos minutos ántes que Baleno. Pero si por desgracia llegan á sospechar y me impiden salir.....

— En ese caso no hay otro remedio que morir matando, respondió Espatolino.

— Entendido, capitán.

— Adios, Gennaro; recibe un abrazo de tu amigo.

Los dos bandidos se abrazaron estrecha y largamente. Despues el uno se volvió con cautela á su habitacion, y el otro á la cabecera de la enferma, á quien encontró bañada en sudor, más libre la respiracion, más regular el pulso. La crisis terminaba favorablemente.

¡Dios sea loado! exclamó Espatolino. Era la primera vez, en diez y seis años, que tales palabras salian de aquellos labios.

— ¿Quién habla? preguntó Anunziata con voz lánguida.

— El amante, el amigo, el esposo que ya no quiere vivir más que para tí, respondió el bandolero, dejando caer una lágrima de dulce enternecimiento sobre las manos de la jóven.

— He soñado, dijo ella, que te concedian el indulto; pero..... ¡qué horror! exigian que entregases á tus compañeros. Todo ha sido una pesadilla..... ¿no es verdad?

— No todo, vida mía, repuso Espatolino; hay esperanzas de alcanzar el perdon.

— ¡Ah! ¿será posible?

— Te lo juro por tu Dios..... ¡por nuestro Dios! repuso él con acento solemne.

— Ya puedo morir, dijo la jóven, levantando al cielo sus ojos, donde tornaba á aparecer la llama de la vida: ¡tú crees en Dios! ¡soy feliz!

Murmuró todavia algunas palabras más, que no pudieron entenderse, y se quedó profundamente dormida.

Espatolino velaba su sueño, besando sus cabellos esparcidos sobre la almohada; pero cualquiera que le hubiese observado, conoceria que—á pesar de la dicha que era para él contemplar el alivio de su esposa—un dolor profundo le desgarraba el corazon, haciendo salir de su boca contraida esta frecuente exclamacion: ¡*Traditori!*

Hacia las cuatro de la madrugada oyóse el ruido de las pisadas de un caballo.

—¿Vuelve el hijo del Silencioso, que fué á buscar al médico? preguntó Espotolino á Pietro, que habia vuelto á situarse á los piés del lecho de la enferma.

El mancebo abrió una ventana cautelosamente y observó por ella. Luégo volvió de puntillas y dijo muy bajito.

—Es *Occhio linceo*, que se marcha; lo he conocido, á pesar de que aún es noche.

—¡Bien! dijo Espotolino; llama al Silencioso, pues tiene que llevar una carta á Roma apénas despunte el dia. Dile que quiero traer, para la asistencia de mi mujer, otro famoso médico residente en aquella córte; ¿entiendes? El médico se llama Angelo Rotoli.

—¡Angelo Rotoli!

—¡Silencio, y obedece!

El mozo salió, y Espotolino escribió rápidamente:

«He leído vuestra carta y os creo sincero. En este concepto, quiero conferenciar con vos sin testigos, y os espero solo, junto á las ruinas de las tumbas que están á la derecha del camino que conduce á Roma, á tres millas y media de Gensano. Mañana mártes, á las siete de la noche, estaré allí.

—ESPATOLINO.»

XIII.

Quando llegó el facultativo de Riccia, en busca del cual habia salido el hijo del Silencioso, la enferma se encontraba libre de calentura, y fué declarada en via de convalecencia. Espotolino, sin embargo, no daba muestras del completo gozo que debia causarle tan favorable mudanza: su semblante, torvo y desencajado, llevaba el sello de un triste pensamiento. La salida del sol habia sido acompañada de recio aguacero; pero la atmósfera, purificada por la lluvia, permitió al

dia ostentarse más sereno y hermoso. La temperatura era suave, el aire puro, todo contribuía al alivio de la joven doliente; cuyo lindo rostro se reanimaba por momentos, mientras decía á su amado, procurando disipar el resto de zozobra que aún creía encontrar en sus miradas:

—Me siento bien, soy dichosa, porque, en medio de la debilidad de mi cabeza y la confusión que aún reina en mis ideas, conservo la huella de una inmensa alegría que pasó por mi alma, borrando las impresiones anteriores. Sí, recuerdo que te he oído decir que crees, que esperas.....; que fué delirio de mi fiebre el haber pensado se te exigía, en cambio del indulto, el sacrificio de tus amigos leales.

—Sí,—respondió el bandido;—creo y espero, Anunziata. Todo te lo explicaré cuando te halles capaz de soportar nuevas emociones. Bástete ahora saber que ántes que termine el día debo avistarme con Rotoli, y que no habrá sacrificio alguno de *amigos leales*.

Pocos momentos después mandó llamar á Roberto, que se presentó con aspecto receloso; pero á quien debieron tranquilizar las primeras palabras del jefe.

—Hace días, le dijo, que —cumplidas mis órdenes— vinisteis á Gensano, y aún no había podido veros ni hablaros. No ignoraréis que, aunque tuve la dicha de encontrar á mi esposa, fué amargada por el disgusto de una enfermedad que ha padecido, y de la cual apenas ha cesado el peligro. Libre mi corazón de ese cuidado, pienso en vosotros, amigos fieles y bondadosos, que tomáis parte en todos mis pesares, y que habeis estado en triste inacción durante las amargas horas en que el riesgo de una existencia querida me ha impedido atender á mis obligaciones de capitán. Os debo mil gracias por la indulgencia que concedéis á la única debilidad de mi vida, y mientras dispongo alguna expedición que nos compense del tiempo perdido, quiero que festejéis el alivio de mi mujer con un banquete opíparo, cuyos gastos corren de mi cuenta. Toma este bolsillo, Roberto; haz traer á esta casa lo mejor que pueda encontrarse en los lugares cercanos, y dispon cena para esta noche, digna de vuestro habitual apetito y de mi munificencia. Tengo que ocuparme en asuntos importantes y os permito celebrar la fiesta sin esperarme, empero reservándome el derecho de

sorprenderos cuando ménos lo penseis , para brindar con vosotros por nuestros vínculos fraternales..... por vuestra lealtad constante.

Oyendo hablar así á Espatolino—cuya voz insegura y demudado semblante eran, en su concepto, indicios evidentes de lo mucho que habia padecido durante la dolencia de su mujer—experimentó Roberto una emociion invencible; mezcla de confusion , de remordimiento, y de vergüenza por su propia flaqueza, que de tal calificaba la impresion que sentia. Tomó con repugnancia el bolsillo que le alargaba Espatolino, y murmuró—bajando los ojos y mostrando cierta timidez, que contrastaba con los rasgos groseros y atrevidos de su figura hercúlea :

—Hemos sentido, en verdad, vuestra conducta, capitán.....; pero os queremos bien.....; aunque no sé si los compañeros estarán dispuestos á.....; en fin, harémos lo que mandeis.

Temblaron los labios de Espatolino al responder con aparente calma :

—*Baleno*, que es muy listo, puede encargarse de las provisiones, y —terminado que sea el banquete— todo quedará entre nosotros explicado y comprendido.

— Es que..... *Baleno* no está aquí, dijo con voz casi ininteligible *il Fulmine*.

—¿Dónde ha ido? preguntó el capitán, mirándole de hito en hito.

Hubo entónces un instante en que, dominado Roberto por el antiguo ascendiente que ejercia en su espíritu Espatolino, por la turbacion de su culpa, y acaso tambien por un sentimiento de generosidad — que no estaba extinguido completamente — estuvo á punto de arrojarle á los piés de su jefe y confesárselo todo. Comprendiólo Espatolino, y—á su pesar—se sintió conmovido. Tambien él se halló á punto de renunciar su pérfido disimulo, de indignarse, de reconvenir..... de perdonar acaso.

Uno y otro bandido batallaron un instante con aquellos secretos impulsos; pero ambos consiguieron sofocarlos.

— *Baleno* ha ido á hacer algunas compras en Albano, dijo Roberto.

— Siento que no participe del festin , repuso con diabó-

lica sonrisa Espatolino ; si bien espero que los demas no desairaréis mi obsequio, y que me guardéis una copa , segun os he pedido.

— Se hará como lo deseais.

— Pondréis la mesa en la sala que está al extremo opuesto : mi mujer áun se encuentra muy débil, y el ruido pudiera molestarla.

Roberto se retiró, y el capitan volvió junto á la enferma.

Dormia apaciblemente, envuelta en lienzos cuya blancura no superaba á la de su rostro pálido. Espatolino contempló largo rato su tranquilo descanso, diciendo entre dientes :

— Tú al ménos serás feliz, pobre ángel. ¿Qué importa que mi corazon conserve abiertas heridas incurables?

Pietro entraba frecuentemente en la alcoba, seguido de Rotolini, que jamas se le apartaba.

Una de las veces que se presentó, dijo á su jefe, dándole un papel :

— *Il Silenzioso* acaba de volver de Roma con esto para vos. El pobre viejo ha pasado buen susto, pues tropezó en el camino con un cadáver todavía caliente, y tuvo que alejarse á toda brida, por temor que llegasen gentes y le creyesen autor de aquella muerte. Lo más extraño del caso es que, segun afirma, el difunto se parecia á Baleno como un huevo á otro.

— ¿A quién ha comunicado esa observacion? preguntó el capitan.

— A mí solamente.

— Corre, y dile que le prohibo desplegar los labios en todo el dia de hoy.

— Poco le costará, dijo Pietro al salir ; así como así, él no habla sino cuando muere un papa.

— ¡ Bien, *Occhio linceo!* exclamó entónces Espatolino, abriendo la carta que el hijo de Giuseppe le dejára. Ya sabía yo que tu vista era perspicaz y tu brazo certero.

La carta de Rotoli sólo contenía esta línea, de su mano : «Estaré á las siete en el paraje que me indicais.»

Espatolino miró su reloj.

— Son las cinco, dijo. ¡Aun hay que aguardar dos horas!

Paseóse agitado por el aposento ; se asomó á un balcon

para respirar la brisa de la tarde, porque sentia oprimido su corazon y sus fauces secas: luégo se puso al cinto su puñal y un par de pistolas, y esperó, junto á la cama de su mujer, el momento oportuno de acudir á la cita.

A las seis estaba ya la tarde bastante oscura. Las sombras de la noche iban descendiendo rápidamente; pero el cielo continuaba despejado y el tiempo apacible.

Espatolino imprimió un largo beso en la frente de Anunziata; ordenó á Pietro no se apartase de su cabecera; salió de la casa del *Silenzioso*, y —montando en su alazan— tomó á paso igual el camino de Roma.

Tenía que andar algunas millas para llegar al paraje de la cita; pero aquella distancia era nada para *Vento rápido*, cuya impaciencia moderaba trabajosamente su dueño, obligándole á mantenerse en un trote reposado.

La luna, que estaba en sus primeros dias, no tardó en ostentar su semicírculo luminoso sobre el sereno azul del firmamento. Aquella débil y melancólica claridad cobraba no sé qué de fantástico é indefinible, al alumbrar las ruinas de los sepulcros que abundan en la ruta de Gensano á Roma.

Era, por cierto, grave y triste pensamiento el de los antiguos, al decorar caminos públicos con monumentos de muerte, y la impresion producida por éstos se aumentaba no poco cuando el astro pálido de la noche —derramando sobre los frios mármoles sus melancólicos reflejos— dibujaba en ellos vagas y vaporosas sombras, que á los ojos de la imaginacion podian parecer fantasmas silenciosos de los muertos, asomando entre aquellos escombros de sus tumbas, para recordar á los que aún transitaban por la senda de la vida, el término próximo é inevitable de su fausta ó trabajosa carrera. Más aún; el ángel de la destruccion—tremolando su fúnebre bandera sobre las ruinas de los monumentos que ostentaban su poder—parece tambien como que quiere arrebatár al hombre hasta el extraño consuelo de dejar en la tierra —donde se creyó rey—recuerdos durables de su misma miseria.

Espatolino —apretando las bridas del corcel— se entregaba á los pensamientos que despertaban naturalmente aquellos objetos, que contemplaba al paso.

En medio de tantos símbolos de la nada del orgullo hu-

mano, preguntábase interiormente si podia merecer ódio y venganza un sér desventurado y pasajero.....; si no era espectáculo risible la lucha del mortal contra el mortal.

En la disposicion de su espíritu, presentábasele bajo su verdadero aspecto aquella pasada existencia suya, aquellos bellos años de juventud vigorosa, empleados lastimosamente en la satisfaccion de insensatas pasiones; y aquel hombre pervertido—que se jactára dias ántes de no tener para él significado alguno la palabra *arrepentimiento*—aquel mismo se empezó á sentir anonadado bajo el peso de la conciencia; que levantando al cabo de improviso su nunca extinguida voz, pronunciaba más severo fallo que cuantos debia temer de los tribunales terrestres.

Cuando llegó al paraje designado á Rotoli para la conferencia que iba acaso á decidir su futuro destino, echando lentamente pié á tierra, y sentándose sobre restos de una lápida mutilada, entre inscripciones borradas por el tiempo, á presencia de alegorías que ya no eran comprensibles, cubrióse el rostro con las manos, y—sumido en sí mismo, abandonado por completo á la avasalladora impresion que se posesionaba de su alma—permaneció largo rato inmóvil, mudo, cual la estatua del dolor que habia decorado aquella derruida tumba, y que áun se veia—desgastada por el tiempo—como ruina custodiando otras ruinas.

¿Qué pasó—durante aquellos instantes de profunda meditacion—en lo íntimo del bandido? ¿Cual quedó por último vencedor, en aquella alma de pasiones violentas y de levantado *instinto*, entre los poderes opuestos que se habian disputado su vida, y que quizá trabaron entónces su más recia y decisiva batalla?

No podemos penetrarlo aún; pero aguardamos verlo aclarado por posteriores sucesos.

El galope de un caballo que evidentemente se iba acercando, sacó al bandido de su larga abstraccion. Púsose en pié y llevó maquinalmente la diestra á una de las pistolas que tenía en el cinto.

El caballo se detuvo, bajóse el jinete, y se adelantó solo hácia las ruinas..... Un buho dejó oír en el mismo instante su fatídico graznido.

Se estremeció al oírlo Espatolino; mas preguntó:

—¿Quién viene?— al hombre que se acercaba.

—Angelo Rotoli, respondió la conocida voz del comisario.

—Bien venido seais, dijo el bandido, tendiéndole la mano, que apretó cordialmente su antiguo amigo; pero á pesar de ello no dejó de ceder Espatolino á un impulso de desconfianza, que le hizo pasear recelosa mirada por las inmediaciones: nada descubrió, sin embargo: el silencio y la soledad eran igualmente profundos.

—Ya veis la exactitud con que acudo á vuestro llamamiento, dijo Rotoli, dándoos prueba notoria del interes que tomo en vuestra suerte, y de la sinceridad con que os he perdonado. Sois marido de mi perla, y tal título os asegura derecho á mi cariño, que halla— por otra parte —auxiliares en los recuerdos que conservo de la buena amistad que en tiempos no remotos nos ha unido.

—Y que os profeso aún, Sr. Angelo, respondió Espatolino. El amor me arrastró á una accion, de la que sin duda podeis reconvenirme; pero estoy dispuesto á repararla por cuantos medios alcance mi entendimiento, ó vos querais indicarme.

—Os creo; sois mejor de lo que opina el vulgo, repuso el comisario; pero hablemos de vuestro asunto. ¿Habeis reflexionado en lo que exige de vos el gobierno?

—Sólo quisiera saber si, accediendo á sus deseos, tengo asegurado mi indulto.

—Tanto que más no puede ser, dijo Angelo. ¡Así me asegurasen á mí la gloria eterna! Me consta que el gobierno ha discutido con detencion este negocio, y que se ha acordado concederos el perdon, con tal que os presteis al servicio que reclama de vos.

—Si se trata de capturar toda la banda de que he sido jefe, observó Espatolino, os juro que no me es posible—áun cuando quiera—satisfacer al gobierno. Mi gente está diseminada, y sólo puedo entregar los individuos que se hallen conmigo.

—¿Pensais que no habia previsto eso mismo? repuso Rotoli. Cuando se me habló de la condicion aneja á vuestro indulto, hice observar que rara vez teniais junta toda vuestra gente, y que os sería difícil conseguirlo de pronto y sin des-

ptar sospechas. Hice presente tambien que faltándole vos, y haciendo un escarmiento con los pocos que podriais entregar á la justicia, la banda no tardaria en disolverse, ó el gobierno en aniquilarla. Pesadas mis razones, se declaró que vuestro perdon sería firmado tan luégo como estuviesen en poder de la policía los bandidos que os acompañan, sea cual fuere su número.

— Os advierto, Sr. Ángelo, dijo Espatolino, fijando una mirada escrutadora en los ojos del esbirro, que si—abusando de la buena fe con que os escucho—me hicieseis caer en algun lazo, no gozariais del triunfo de vuestra traicion. Tengo dos pistolas en el cinto, y no podriais componeros de manera que os libraseis de una bala al primer indicio de felonía.

Rotoli no se alteró. Su rostro, que alumbraba la luna, tenía más pronunciada que de costumbre aquella su expresion zalamera y taimada. Rióse de los recelos que expresaba su interlocutor, y dijo en tono festivo :

— Muy ducho habria de ser el que pudiera pegárosla ; sois zorro viejo, amigo Espatolino, y hartas veces me lo habeis probado.

La serenidad de Ángelo disipó la desconfianza del bandido.

— Os he juzgado mal, dijo con aire de franqueza y sinceridad verdaderas. Seamos amigos, Sr. Angelo.

— De todo corazon, sobrino..... ; porque lo sois ya : sois mi sobrino, mal que me pese. En fin, ya no hay remedio, y espero que haréis dichosa á mi perla, puesto que os resolveis á ser hombre de bien.

— ¡ Ah ! sí, exclamó conmoviéndose Espatolino : será dichosa, no lo dudeis ; y vos tambien, Sr. Angelo, y mi hijo..... Todos seréis felices, pues tal es mi firme voluntad, tal mi única ambicion, tal el interes absoluto y exclusivo de mi vida. Para vosotros mis riquezas, mi corazon, mi alma..... ¡ todo ! No habrá cosa que no emprenda, ni sacrificios que no haga para aseguraros una existencia grata. En cuanto á la mia, sólo le pido al cielo que no me la quite sin perdonarme ántes.

Angelo se sintió turbado..... ; más aún, se sintió enternecido. En honor de la humanidad, es preciso confesar que

no existe alma tan encallecida, que no tenga todavía algunos puntos sensibles á las emociones generosas.

Reinó un momento de recíproco silencio, que rompió Espatolino diciendo :

— ¡Ea, pues! no hay tiempo que perder: acudid á la justicia de Gensano, no faltarán treinta hombres en el pueblo que se pongan á vuestra disposicion; y digo treinta, porque aunque mis camaradas no llegan á quince, cada uno de ellos vale por dos paisanos, áun estando sin armas y borrachos, como espero hallarlos.

El recuerdo que hacia del valor de sus compañeros arrancó todavía un suspiro al bandolero, y murmuró con amargura aquella exclamacion que con tanta frecuencia se le venía á la boca, desde que supo el pérfido designio tramado contra él.

— ¡ *Traditori!*

— Es inútil molestar á la gente pacífica del lugar, respondió el comisario. Comprendí por vuestra cita que estabais dispuesto á aceptar la condicion del gobierno, y para evitar entorpecimientos traje conmigo una manga de gendarmes. No sería yo, por cierto, quien se atreviese á acometer á vuestros leoncitos con paisanos cobardes, que tiemblan á la sola vista de sus bigotes. He venido aquí solo, para daros una prueba de confianza; pero si no teneis inconveniente llamaré á la tropa, que se ha quedado á alguna distancia.

Despertáronse de nuevo los recelos de Espatolino, y asiendo con su férrea mano un brazo del esbirro :

— Pensad en lo que os dije, exclamó; vuestra vida responde de mi seguridad.

Dejaos de amenazas, contestó tranquilamente Ángelo. Si teneis miedo de los gendarmes, ¿hay más que no llamarlos? Encargaos vos de capturar á vuestra gente, y mandadla entregar con quien mejor os parezca, puesto que os inspiro más sospechas que cualquier otro.

Soltóle el brazo Espatolino, y—casi avergonzado de una desconfianza que no tenía áun fundamento alguno—dijo al comisario :

— ¡ Perdonadme! los hombres me han abierto esta llaga

incurable en el corazon. Llamad, cuando gustéis, á los gendarmes.

— Juradme ántes que no volveréis á sospechar de mí : de otro modo no los llamaré, ciertamente. Conozco vuestro genio de pólvora, y si tuvierais el antojo de imaginar que es engañaba, me regalariais una bala con la frescura del mundo. Os digo que vale más busqueis vos mismo quien os ayude á prender á vuestros hombres, y que mandéis me los entreguen en Gensano, donde esperaré con los gendarmes.

— ¿A quién he de buscar? Perdonadme, os repito, señor Ángelo; os juro que estoy corrido de los temores que os he mostrado, y que confio ciegame en vuestra lealtad.

— Eso lo decis ahora; apénas os vuelvan los vapores de cavilacion que suelen irritaros el cerebro, tornaréis á creerme capaz de todas las infamias. Yo os empeño palabra de honor de que nada teneis que temer; pero ¿qué vale para vos una palabra de honor?..... No, amigo Espatolino; os digo seriamente que no quiero tomar á mi cargo esta peligrosa comision. No estoy tan aburrido de mi vida que la ponga en vuestras manos, sujeta á los arrebatos de vuestra loca suspicacia. Id con Dios, y contad conmigo para todo aquello en que pueda servir, ménos para esto.

— ¡Y qué, Rotoli! ¿rehusaréis cumplir las órdenes del gobierno y vuestras obligaciones? ¿Os entrego á mis compañeros, y rehusais capturarlos?

— Ni el gobierno ni mi oficio me imponen el deber de dejarme matar por un loco. Loco, sí, Espatolino, loco estais; pues sólo así pudierais pensar que yo tuviese el alma tan negra, que hiciese una traicion al marido de mi Anunziata..... ¡mi perla!

— Con que, ¿temeis.....

— Vuestros arrebatos, ya lo he dicho ántes. Llevais un par de pistolas y un puñal; en la menor cosa os figurariais descubrir indicio de traicion; el miedo os haria ver fantasmas.....

— ¡El miedo? interrumpió con desdeñosa sonrisa el bandolero. ¡Y bien! tranquilizaos, Rotoli.

Concluyendo estas palabras, disparó al aire entrambas pistolas, y volviéndoselas á colocar con calma en el cinto, añadió:

—Ya estoy completamente á vuestra disposicion.

—Teneis un puñal todavía, dijo el comisario moviendo la cabeza.

—¡Tomadlo! ¿Estais ya tranquilo?

—Falta que lo esteis vos: no quiero hacer nada sin que me prometais entera confianza en mi palabra.

—Sí; la tengo; os lo juro. De hombres en quienes creia he recibido costosos desengaños: ¿por qué no presumir que he padecido otro error al juzgaros? Estoy en vuestras manos, Sr. Angelo, y me entrego sin reservarme ningun recurso.

—No os arrepentiréis, dijo Rotoli, y llevando á sus labios un silbato que sacó del bolsillo, hizo salir de él prolongado sonido.

—¡Hola! dijo Espatolino, frunciendo el entrecejo: ¿teniais convenida con ellos esa señal? Sois muy prudente, Sr. Angelo.

—Y vos muy malicioso, Sr. Espatolino. Acordaos que me habeis prometido confianza entera.

—¡Teneis razon! exclamó con amarga sonrisa el bandido. ¡Ea! añadió, tirando al aire su sombrero y sacudiendo su cabellera negra y espesa. ¡Cúmplase la suerte!

Un minuto despues apareció gruesa manga de gendarmes, y el comisario dijo, volviéndose á Espatolino:

—Cuando gusteis, sobrino; estoy á vuestras órdenes.

Segunda vez volvió á oirse, aunque á mayor distancia, el fúnebre graznido del buho.

—Basta, ave de muerte, dijo con impaciencia el bandido. No digas más, que ya te he comprendido. ¡Marchemos, Rotoli! añadió con resolucion. Suceda lo que suceda, me entrego resignado al destino.

XIV.

Los bandidos se prestaron á celebrar el banquete mandado por Espatolino, no ciertamente porque tuviesen la esperanza de divertirse á costa de su víctima, sino por efecto más bien de un hábito de obediencia á sus órdenes.

Por encallecidos que estuvieran aquellos corazones, la idea de aceptar un obsequio del mismo á quien vendian, les causaba cierta repugnancia, que sólo pudo ser sofocada por los vapores del vino.

Salteadores de los caminos públicos, gente sin ley ni vínculos convencionales, conservaban, sin embargo, el instinto natural, que rechaza la perfidia. Capaces de todos los crímenes crueles, no podian aceptar la bajeza de la mentira; y sus manos, — que se lavaban diariamente en sangre, — temblaron al recibir un beneficio espontáneo de la de un hombre engañado.

En este punto los hombres de la sociedad aventajan con frecuencia á los vagabundos sin ley. Ellos les pudieran enseñar á sonreír con halago al amigo á quien se vende, á beber en su copa, á comer en su mesa. Ellos les hubieran probado cuánto más seguro es el golpe de la mano, cuando fascina una mirada de amor á la desprevenida víctima.

Los hijos de las selvas llamaban infamia lo que entre gentes cultas se determina más decorosamente con el nombre de habilidad; porque los delitos más atroces suelen ser frutos de pasiones no modificadas por la educacion, y por eso abundan entre los hombres incultos; pero sólo en la sociedad se encuentra aclimatada la perfidia.

— ¡Qué lastima! decia Roberto, llenando su ancha copa por la vigésima vez: ¡qué lástima que no esté aquí *Baleno*, para que nos cantase alguna de sus barquerolas sicilianas!..... ¿Sabeis, compañeros, que ya tarda demasiado? ¿Si le habrá echado el guante la justicia?.....

— ¡Ca! ¡habia la justicia de hacer esa injusticia! ¿Y el bando? ¿habia de desmentir el bando?

— *Baleno* es un poco ligero de cascos; se habrá encon-

trado por el camino con alguna chicuela de ojos negros, y adios comision.

— Esa hipótesis es absurda. El negocio es demasiado importante para que ni todas las chicas del mundo lograsen hacérselo olvidar á Baleno.

— Su tardanza me parece muy natural: la justicia estará tomando sus medidas. Pues ¡qué! ¿no hay más que llegar y besar el santo?

— Bebamos, pues, á la salud de Baleno y por el buen éxito de la negociacion.

— Tienes un alma de demonio, Giacomo; ¿te atreverias á hacer semejante brándis?

— Y ¿por qué no?

— ¿Beberias por la muerte del que nos regala el vino?

— Y ¡qué bueno es, camaradas! Otra copa; llenad todos..... tú tambien, melancólico *Irta chioma*. ¿Qué te parece el vini-llo?..... Es de lo bueno, de lo más escogido de *monte Giove*.

— ¿Por quién se brinda? ¡acabemos!

— Ya está dicho: por Baleno y por el buen resultado de su comision.

— Yo no respondo á ese brándis.

— Ni yo.

— Ni yo.

— Ni nadie, ¡voto al diablo!..... ¿Qué necesidad tenemos de acordarnos ahora de ese negocio? Lo hecho, hecho; pero que no se mencione aquí.

— ¡Bien dicho, *Fulmine!* Sería una infamia hacer con el vino de Espatolino un brándis por su sangre.

— ¡Pobre capitan!

— ¡Ea! cuidado con nombrar así al culpable. Nosotros no somos capaces de entregar á nuestro capitan; ántes de proceder á esa..... á esa..... justicia, le hemos degradado de su rango.

— Él lo ignora.

— Es verdad. Bien á pesar mío se sigue tan mal sistema. Valia más haberle dicho claramente: «Has delinquido, y vamos á castigarte.»

— Se hubiera escapado.

— No, no es hombre que huya; pero es hombre para ahorcarnos, él solo, á todos los que aquí estamos.

— ¿Somos acaso figuras de carton?

— Lo que yo digo es que él vale por muchos.

— Tiene razon *Irta chioma*. ¡Camaradas! yo fuí de los primeros que voté en contra de Espatolino; pero no puedo menos de confesar que ha sido valiente como nadie.

— ¿Eso quién lo niega, voto á Júdas! Yo, *Roberto il fulmine*, arrancaria la lengua al que á tanto se atreviese.

— Lo que yo puedo probar es que merece cien veces la muerte.

— Sin duda; ¡tenernos dias y dias, mano sobre mano, y hacernos correr por último en busca de una mozueta!

— Pues no es ése su mayor delito.

— ¡Cómo! ¿has descubierto algun otro, Giacomo?

— ¡Amigos! tengo por tan cierto que Espatolino no cree en Dios ni en la Madonna, como dos y dos son cuatro.

— ¡No cree en Dios ni en la Madonna! gritaron con horror los bandidos.

— ¡Haber tenido por jefe á un impío!..... ¡Camaradas! ahora me admiro de que hayamos salido con bien de nuestras empresas.

— Lo que es yo, tengo para mí que su fortuna venía de mala parte. Que me asen en unas parrillas, como á San Lorenzo, si el diablo no era el númen protector de Espatolino.

— ¡El diablo?..... ¡que el bienaventurado San Giovanni tenga piedad de nosotros!

— Giacomo, no hables más de esas cosas. Mira qué pernil tan apetitoso. Comamos y bebamos como buenos cristianos.

— ¡Sea! brindemos por la castísima Madonna.

— Brindemos.

— Ahora por los pobres extranjeros que matamos á la entrada de *Nettuno*.

— Deja en paz á los muertos. Bebamos por *Occhio linceo*, que enfermó anoche y salió esta mañana para consultar un médico.

— ¡Cá! tan enfermo está como yo. Se escapó porque no queria ser de los *indultados*.

— Decid más bien de *los traidores*.

— ¡*Irta chioma*!

— No hay que hacerle caso; ¿no veis cómo le bailan los ojos? Está borracho.

— Señores, ahora que me acuerdo, ¿no brindaremos por la persona en cuyo obsequio se celebra la fiesta?

— ¿Por la mujer de Espatolino?

— Es claro.

— ¿Qué inconveniente hay? ¡Bebamos! Basta con castigar al marido de las faltas en que ha incurrido por amor á ella.

— Y ¿por quién mejor pudiéramos vaciar una copa? dijo *Irta chioma*. Es hermosa como una tarde de otoño.

— ¡Ja! ¡ja! ¡qué comparacion!

— Es exacta, Roberto, por más que te burles. La mujer de Espatolino estaba en su balcon hace algunas tardes, y me chocó la semejanza que existia entre aquellas dos cosas tan diferentes en la apariencia: ¡la tarde y la mujer! Pero ambas eran bellas, pálidas y tristes. La hermosura de la jóven parecia tan marchita como la vegetacion del otoño; y su mirada tibia, dulce y melancólica, se hermanaba con la luz moribunda.

— Compañeros, está visto que *Irta chioma* ha de venir á parar en poeta.

— Es que está enamorado.

— Lo mismo da: pero escucha, *pastor fido*; tú, más que ninguno, puedes sacar utilidad de lo que llamas traicion. Anunziata quedará viuda..... ya me entiendes.

— ¡Y qué! Se me antoja que esa chica es del número de aquellas que cuando se encaprichan por uno no hay que pensar en sacar partido de ellas. Además, lo que yo siento es una cosa tan particular!..... Algunas veces, cuando veo á esa mujer, me dan tentaciones de ponerme de rodillas y besar sus piés; pero..... no sé si tendria placer en darla un beso en los labios.

— ¡Ja! ¡ja! bebamos por el castísimo *Irta chioma*.

— ¡Bebamos!

El diálogo de los bandidos giró desde aquel momento sobre cosas de tal naturaleza, que no nos permite la decencia repetir ni imitar su lenguaje; los vapores del vino exaltaban más y más sus cerebros, y la francachela iba tomando un carácter verdaderamente bacanal, cuando un silbido agudo y prolongado se dejó oír del otro lado de la puerta, que estaba cerrada por dentro.

— ¿Quién? exclamaron á la vez cinco ó seis voces, alteradas por la bebida.

— Espatolino, respondió el conocido acento del capitán.

— ¡Espatolino! repitieron los bandoleros, poniéndose en pié por un antiguo hábito de respeto.

— Ea, señores, dijo Giacomo, no hay que hacer adulaciones: es un igual; sentémonos y que vaya á abrirle uno solo.

— ¡Yo! exclamó *Irta chioma* — que era el ménos borracho — y encaminándose á la puerta, volvieron los otros á sentarse.

Entró Espatolino: su rostro estaba extremadamente pálido: nada indicaba en su aspecto que aquel hombre — de pasiones implacables — saborease con placer el triunfo de su venganza.

Adelantóse hácia la mesa con aire casi despavorido, y Roberto le dijo:

— ¡Hé aquí tu copa, compañero! propon el brándis que quieras, con tal que no sea uno de los que me anunciaste esta mañana. Querías beber por tus *amigos leales*; pero nadie puede saber si los tiene..... piensa otro brándis y *te harémos la razon*.

— ¡Bien! dijo Espatolino con acento lúgubre; bebo por los traidores, porque creo que hay aquí más de los que vuestra conciencia delata.

En el mismo instante llenóse la sala de gendarmes, que cayeron sobre los bandidos ántes de que hubieran tenido tiempo para moverse.

Al verlos Espatolino como buitres encima de su presa, al oír los furiosos clamores de sus camaradas, una sensacion dolorosa le obligó á apartar los ojos de aquel espectáculo, y quiso alejarse algunos pasos. ¡En vano! sintióse al punto asido fuertemente por entrambos brazos, y viéndose desarreado conoció que era inútil la resistencia.

Los gendarmes le aseguraron sin demora con gruesas cuerdas, y buscando con los ojos á Rotoli, vióle Espatolino frente á frente de él, con aquella sonrisa satánica, única expresion de su ódio satisfecho.

— ¡Hé aquí lo que significa la palabra de honor de un esbirro! dijo lanzándole una mirada de profundo desprecio.

— Nada temais, respondió con impavidez Rotoli; ésta es una mera ceremonia, y mañana estaréis libre.

Desapareció apénas pronunció estas palabras, y los gendarmes comenzaron á sacar á sus víctimas, obligándolas á andar con brutales empujones.

Para evitar igual ultraje, apresuróse Espatolino á dejar la estancia, acompañado de la numerosa escolta que le cercaba, y á la que rogó cortesmente procurase no causar mucho ruido, para que su mujer ignorase, si era posible, aquel infausto acontecimiento.

Los gendarmes sólo respondieron con groseras burlas; pero escuchóse la voz de Rotoli, que decía :

— No os inquieteis por vuestra esposa, querido Espatolino; ya he dado mis disposiciones respecto á ella.

Venciendo el bandido su repugnancia, le dió gracias, y áun pudo añadir con acento de súplica :

— Creo, Sr. Angelo, que con ella no seréis inhumano: está enferma y es vuestra sobrina..... tened piedad de la desgraciada, y..... os perdonaré con toda el alma.

— Ni con ella ni con vos haré otra cosa que lo que mi conciencia me dicte, respondió sonriendo el esbirro.

Algunos gemidos lamentables llegaron al punto mismo á los oídos de Espatolino, y dirigiendo su mirada al paraje de donde salian, distinguió á la pobre Anunziata medio desnuda, desmelenada, en medio de seis gendarmes. ¡Aquél fué sin duda su dolor supremo!..... Pero lo soportó con entereza; y comprendiendo que nada habia que esperar del esbirro infame á quien se habia entregado, inclinó la soberbia frente bajo el peso de la divina Justicia, y se le oyó murmurar esta resignada frase :

— Todo lo he merecido : ¡ sea !

Miéntras tanto presentaron á Pietro, al Silencioso y á su mujer : el hijo tuvo la fortuna de evadirse.

— Aseguradlos bien, dijo Angelo; sobre todo á ese perillan, que ya una vez ha dado chasco al verdugo : ahora no se escapará, voto á cribas !

Tomadas las necesarias disposiciones para la seguridad de los presos, pusiéronse todos en marcha. Subió Angelo á la grupa del caballo en que colccaron á su sobrina, y tomó la delantera á galope.

Los bandoleros exhalaban mil denuestos contra el gobierno, al que acusaban de traidor; pues semiborrachos y atolondrados por la violencia de la agresion, no habian comprendido la parte que tenía en ella Espatolino.

Éste era el único que continuaba tranquilo: jamas su hermosa y varonil figura habia ostentado como entónces la nobleza y dignidad que parecian serle naturales.

Los presos entraron en Roma á la tarde del siguiente dia, y aquella misma noche fué nombrada la comision que debia instruir el sumario.

Todos los bandidos—incluso el Silencioso y su mujer—fueron asegurados en estrechos calabozos; doblándose la guardia acostumbrada en el que ocupó Espatolino (tanto temia la justicia que pudiera escapársele su presa).

Solamente Anunziata obtuvo la gracia—por influencias de su tio, que hizo valer el mal estado de su salud y se constituyó fiador—de que se la señalase por prision la casa que aquél habitaba. Por duro que fuese el corazon del pérfido comisario, la vista de la desgraciada enferma consiguió despertarle sentimientos compasivos, resolviéndose á emplear todos los medios posibles para proporcionarla algun consuelo.

XV Y ÚLTIMO.

Con no pequeño disgusto comenzamos á escribir este último capítulo de nuestra historia, pues—creyendo firmemente que todos nuestros lectores están dotados de una sensibilidad exquisita—de buena gana nos excusariamos de presentar á su vista el triste cuadro final de la vida del bandido, á no considerarnos en el imprescindible deber de dejar en claro la moralidad de esta obra, si no con el triunfo de la virtud,—que sólo en el cielo alcanza su digno y santo premio,—con el castigo del crimen,—que en la tierra pocas veces merece misericordia.

No detendrémos, empero, la atención de las amables personas que se dignan prestárnosla, en los pormenores de un proceso criminal, cuyo resultado sería imposible representarles dudoso. Dirémos solamente que trascurrieron meses ántes de que el sumario se diese por concluido, y que ya el pueblo de Roma comenzaba á impacientarse de su larga expectativa, cuando supo por fin que la causa pasaba al tribunal que debía fallarla, y que en la mañana siguiente se abriría la audiencia.

El funesto renombre de Espatolino, y las circunstancias particulares de su captura, excitaban en el mayor grado la curiosidad pública, y aunque debiera ser objeto de horror por sus espantosos delitos, no faltaban almas delicadas que execrasen la alevosía de Rotoli, mostrando por el capitán de bandoleros un interés más generoso que justo.

—Acaso estaba arrepentido de véras, decían; acaso hubiera sido un hombre de bien en lo sucesivo; porque se asegura que está casado con una muchacha linda y bondadosa, cuya influencia iba operando en él transformación completa.

Aquella conversión, debida al amor, no podía ménos de encontrar simpatías, en el bello sexo sobre todo. Se inventaron, por tanto, motivos novelescos á los hechos más crueles del bandido; se aglomeraron circunstancias atenuantes; se divulgaron patéticas historias; sin que tales esfuerzos de imaginación alcanzasen, sin embargo, á forjar una tan triste y terrible como la verdadera, que estamos refiriendo.

Exaltados los cerebros femeniles por sus mismas elucubraciones, llegaron hasta el entusiasmo más vivo en favor del amante de Anunziata; y quién sabe lo que hubiera influido la indulgencia fervorosa de las bellas aún sobre el ánimo de los mismos jueces, si algunos hombres reflexivos y severos no hubiesen cuidado de oponerle antídoto; haciendo cundir la observación de que aquella deplorable víctima de la traición de Rotoli, era culpable de otra más negra todavía, pues que intentó comprar su indulto á precio de la sangre de sus compañeros.

Las mujeres tienen prodigioso instinto para distinguir los crímenes de las bajezas. Con los primeros son rara vez severas, porque encuentran en ellos algo de grandioso que

fascina su juicio; pero para las segundas no hay jueces más inexorables.

Por desgracia de Espatolino no eran generalmente conocidas las circunstancias que le disculpaban, y la fealdad *plebeya* de la culpa postrera que le atribuían, no pudo ménos de operar reaccion en el espíritu de sus protectoras.

Sin embargo, gentío inmenso se agolpó en el recinto destinado á los espectadores, desde las primeras horas del día señalado para comenzar la vista de la causa, y los sordos murmullos que,—aunque producidos por diálogos á *sotto voce*,—se asemejaban al ronco bramido de las hinchadas olas cuando comienza la tempestad á agitarlas, no fueron acallados hasta el instante en que—abriéndose las puertas de la sala—comparecieron los jueces y los reos. Al acrecentamiento del ruido que produjo de pronto el simultáneo movimiento de la multitud, siguió inmediatamente prolongado silencio, dirigiéndose todas las miradas hácia los delincuentes—que por primera vez se presentaban en espectáculo á la curiosidad general—y buscando entre ellos al que habia sido su jefe.

Los que le conocian desde ántes, echaron de ver que las ligeras arrugas de su rostro se presentaban aquel día mucho más pronunciadas, y que algunas hebras de plata matizaban su negra cabellera; pero no cubria ninguna nube la grave altivez de su anchurosa frente, y su mirada tenia, como de costumbre, la expresion de una tristeza desdeñosa y sarcástica.

Al recorrer la inmensa reunion, y descubrir á Rotoli, ligero temblor contrajo por un momento los labios del bandolero; pero supo dominar rápidamente su emocion, y despejando sus sienes de algunos bucles que se habian deslizado hasta ella, volvió sus penetrantes ojos hacia el tribunal, que acababa de constituirse.

La sesion fué larga é interesante: leyóse el proceso; raticaron testigos; prestaron nuevas declaraciones algunos de los reos; pero lo que hubo de más notable é inesperado fué una arenga, ó peroracion, improvisada por Espatolino y dirigida á probar la inculpabilidad de su esposa y del mozo Biollecare. Jamas orador alguno desplegó en el foro romano elocuencia tan enérgica. Jueces y público oyeron asombra-

dos aquel alegato fogoso, rico de sentimiento, chispeante de ingenio, lleno de irresistibles convicciones.

Por tres veces se hizo necesario imponer silencio al espontáneo aplauso de la multitud, y en más de una ocasion pudo notarse que toda la gravedad severa del tribunal no alcanzaba á defenderle del poder de aquella palabra avasalladora, que le conmovia á su despecho.

Al levantarse la sesion, más bien que un reo bajo la cuchilla de la ley, pudiera creerse que era Espatolino popular tribuno vencedor, á quien seguia entusiasta la muchedumbre fascinada.

De nada se habló en Roma aquella noche, sino del hombre singular que despues de ensangrentar su patria con el puñal infame del bandido, venía á dominarla,—como para arrancarle absolucion,—con la grandilocuencia de su oratoria.

Seis ó siete dias más se emplearon todavía en la vista de la causa, sin que decayese un punto el interes vivísimo del público, ni el decidido empeño y la admirable fuerza de razones con que procuraba Espatolino sacar indemnes á Anunziata y á Pietro, renunciando completamente á la defensa propia. Sólo el dia último, empero, llegó al supremo grado de accion el drama jurídico, que presenciaba un genitío ávido de emociones. Habia faltado hasta entónces, que hiciese compañía á los saltadores en el ignominioso banco, una mujer jóven, bella y casi moribunda....., aquel complemento del cuadro no fué esperado en vano.

La infeliz Anunziata — hecha célebre por el amor del bandido y la elocuencia con que la defendia—tuvo que comparecer en la sesion final, no habiendo bastado todos los esfuerzos de Rotoli, ni el deplorable estado de su salud, á librarla de aquella nueva y vergonzosa amargura.

Por primera vez, despues de cinco meses de separacion, volvian á verse los desdichados esposos..... ¡y en qué sitio y en qué circunstancia!..... Fué de las más difíciles pruebas de que salió triunfante la entereza de Espatolino; pero ella, la débil criatura, abatida por larga enfermedad, y en los postreros dias de su estado de preñez..... ella no pudo resistir, y se la vió caer ante el banquillo infamante, cadavérico el rostro que fuera tan hermoso.

En tan cruel momento, áun tuvo fuerzas Espatolino para pedir con patéticas voces compasion y miramientos para la interesante víctima de sus extravíos; y cuando las lágrimas ahogaron su acento, cuando los sollozos —brotando con ímpetu de aquel pecho tan valiente— se hicieron oír por todo el vasto recinto, diciendo más al corazon de los espectadores que cuanto pudieran expresar las palabras..... entónces un grito general— al que se asociaron los mismos jueces— se alzó, concediendo la piedad que reclamaba.

Anunziata fué sacada fuera de la sala de audiencia, y Espatolino obtuvo, ademas, la gracia—que solicitó— de tener despues de pronunciada la sentencia del tribunal, una hora de conversacion sin testigos con aquella infortunada, que era ya su único interes en la tierra.

Poco más tarde, ya fué conocido de toda la ciudad el desenlace preciso del infausto drama. Hojas volantes, que corrian de mano en mano, divulgaron rápidamente el fallo de los jueces.

Espatolino y diez de sus compañeros estaban condenados á muerte. *Irta chioma* á veinte años de presidio; á diez Pietro y el Silencioso; la mujer de éste y Anunziata á cuatro de reclusion.

En la misma noche de aquel dia entraron los sentenciados á la última pena en la lóbrega capilla, y se hizo saber á Espatolino que—cumpliéndole lo prometido— iba á traérsele su mujer, con quien podia conferenciar libremente.

En efecto, no tardó el mísero en ver atravesar á Anunziata los frios umbrales de la reducida y tristísima pieza en que le habian colocado, á alguna distancia de los otros reos.

El largo vestido negro que envolvía el demacrado cuerpo de la jóven, hacia resaltar la palidez mate del semblante, que á la escasa claridad de un sucio farol—única luz de la capilla— presentaba algo de la frialdad rígida del mármol. Sus grandes y bellísimos ojos brillaban, sin embargo, con extraordinario resplandor, y jamas habia observado en ellos Espatolino mirada semejante á la que clavaron en los suyos, al encontrarlos en tan solemne instante.

Aquella mirada,— aunque al parecer llena de fuego,— llegó á su corazon, helándolo de espanto inexplicable.

Se sentó Anunziata, muda, casi inmóvil, en la silla que

un momento ántes ocupára su marido; el cual se dejó caer de rodillas á sus plantas, y ántes de que pudiese articular acento, desahogóse su pecho con un diluvio de llanto, con que inundó el de su esposa.

—Te doy gracias,—la dijo por último estrechando sus manos;—te doy gracias de lo íntimo de mi alma por concederme el consuelo de verte ántes de morir, para implorar tu perdón y comunicarte mis postreras voluntades. ¡Oh Anunziata! ¡oh pobre ángel, digno de mejor suerte! comprendo ahora cuán grave culpa cometí al apoderarme con vil engaño de tu noble y puro corazón....., al arrastrarte desde tu virginal estancia á mi guarida de tigre. Perdóname cuanto te he hecho sufrir..... Cuantos dolores y cuanta vergüenza he derramado en tu ántes apacible é inocente vida. Perdóname también el terrible, aunque último golpe, que vas á recibir con mi muerte ignominiosa, y esa mancha indeleble que dejo por herencia á nuestro hijo. ¡Si pudieras ver cómo me tortura el alma tan horrible pensamiento!.....

Hizo una pausa Espatolino, y luégo añadió —procurando disimular su angustia, para no dar aumento á la que suponía en su esposa:

—Te debo las pocas y rápidas horas de felicidad que he alcanzado en la tierra. Te debo más todavía, ¡oh Anunziata! pues con tu amor dulce y misericordioso has cicatrizado heridas que juzgaba incurables; has amortiguado rencores que me envenenaban el espíritu hacia diez y seis años. A tu voz he sentido revivir — en lo más hondo de mi sér — la extinguida luz de la fe y el aliento consolador de la esperanza.....; á tu voz he recobrado algo de los santos impulsos de la juventud, despertándose la conciencia, que —aunque me acuse severa— también me conforta en la terrible hora en que me hallo; haciéndome comprender que sufriendo resignado el castigo merecido, puedo aguardar rehabilitación de la justicia divina. ¡Sí! yo creo en esa justicia, porque es necesaria. ¿Poseería el hombre imperfecto el ideal de una perfección inexistente?

Creo en aquella perfección absoluta, en la que se abrazan fraternalmente la clemencia y la justicia; la ley del amor, que siempre perdona, y la ley de la equidad, que exige la reparación del mal libremente cometido.

Los legisladores humanos han buscado en la muerte del cuerpo del criminal la destruccion del crimen; pero se han engañado: el crimen no puede destruirse sino regenerando el alma, inmortal y perfectible, y así está establecido sin duda en la legislacion divina. No acuso, empero, á los hombres. ¿Con qué derecho les exigiria piedad, si yo no la he tenido tampoco? ¿Cómo condenaria su venganza quien á la venganza ha consagrado su vida?

Todos somos mezquinos é incapaces, en este mísero mundo, de la grandeza de la justicia que proclamamos. Nosotros, que infamamos con la pena, nunca realizaremos aquélla,—forzosamente existente en más sublime esfera,—que sólo ejerce el castigo para purificar y hacer se cumpla la admirable obra de amor; la ley del progreso constante hácia la perfeccion, á que nace sujeto todo sér perfectible.

¡Oh Anunziata! Dios me perdone—y nos perdone á todos — con aquel digno y santo perdon, que sabe hacer de las expiaciones escalas gloriosas para el encumbramiento del espíritu. Perdona tú tambien á la sociedad, que me hiere como yo la he herido; esto es, con el inexorable é infecundo rigor de la venganza.—De nuevo hizo pausa Espatolino, y pronunció despues con emocion indecible:

— Si llega á entrar en el mundo el inocente fruto de nuestra desgraciada union, emplea las riquezas tan malamente adquiridas (y respecto á las cuales hallarás en este pliego, que te doy, todas las noticias que necesitas); empléalas ¡oh esposa mía! en hacerle, ántes que todo, hombre de saber y de virtud, por medio de la educacion. No fomentes en él locos entusiasmos; ilusiones bellas, pero peligrosas. Los desengaños rudos que nos da la vida, hacen tanto mayor daño cuanto más halagüeñas han sido las exageradas esperanzas que destruyen. No quiero que se le inspire á mi hijo desprecio por sus semejantes, no; pero te suplico que—ilustrando convenientemente su juicio—le preserves, en cuanto sea posible, de las decepciones que trae consigo la falta del conocimiento de las miserias humanas. Recuerdo haber leído en un libro venerable esta gran sentencia, que quisiera no olvidáras nunca: *Conocer al hombre....., hé aquí la sabiduría: conocerlo y amarlo, hé aquí la virtud.*

¡Pero qué! ¿no me dices nada en esta última y solemne

entrevista? ¿Me escuchas silenciosa é impasible, cuando en cada palabra que pronuncio salen pedazos de mi corazón para buscar refugio en el tuyo? Habla tú también, Anunziata; derrama con tu acento el bálsamo del cariño sobre esta pobre alma, que gime al abandonarte.

Calló Espatolino, aguardando con ánsia contestacion de su esposa.

Ella habló al fin....., habló ¡ay! demasiado: desde sus primeras palabras exhaló un grito el reo, y cayó en tierra desplomado.

¡Infeliz pecador! aquel solo momento era quizás expiacion bastante de toda su culpable existencia.

.

Tres dias despues, á las once de la mañana, se hallaba el coronel Arturo de Dainville, solo y pensativo, en un elegante gabinete de su espaciosa casa. Muchos minutos habia permanecido inmóvil y sin dar otras señales de vida que algunos suspiros sofocados; cuando una puerta se entreabrió lentamente, y vió asomar por ella la zalamera cara del comisario.

Estremecióse el jóven, y desvió los ojos con gesto de repugnancia.

—No se enfade V. E., dijo con melosa voz Angelo Rotoli. No vengo más que á decirle que queda felizmente terminado el *negocio*. Los perillanes han muerto como valientes, y *él* en particular ha dado muestras de serenidad extraordinaria.

—¡Basta! dijo el coronel. La Italia queda libre de algunos de los malvados que infestaban su suelo; pero aún restan muchos, y vos sois el mayor de ellos.

—V. E. se chancea, repuso Angelo sonriendo con desvergüenza. En fin, lo que ahora deseo es que os digneis darme vuestras órdenes respecto á la chica.

—¡Miserable! exclamó el jóven mirándole con desprecio. ¿Entraba en vuestros cálculos que fuese yo consolador de la viuda del bandido?

—No lo digo por tanto, ilustre caballero, sino que, como sois tan compasivo y generoso, espero interpongais vuestro crédito á fin de que se exima de la reclusion á la

pobre muchacha, y se la conceda una plaza en el establecimiento que la corresponde.

—Pues ¿en dónde diablos quereis colocarla? preguntó con aspereza Arturo.

—Donde la corresponde estar, os he dicho, señor excelentísimo; esto es, en el hospital de orates.

—¡Cómo!..... ¿está loca?.....

—Y es una dicha para ella, pues le ha dado la manía de creerse reina. Está muy satisfecha por haber podido—con sus augustos derechos—firmar el indulto de Espatolino, al cual supone ya muy dichoso en un pintoresco retiro con su esposa y su hijo. ¡Es una demencia rara! ¿Creeréis que anoche estuvo en el calabozo del reo, que le vió, le oyó, y sin embargo no se le vino al pensamiento la sospecha de ser su mujer? Háblóle como reina, á cuya benignidad debia el perdón, y le encargó que hiciese feliz á su esposa, por la cual, dijo, se interesaba mucho su real ánimo. Ha trasformado en palacio de mármol mi humilde morada, y desde allí dicta decretos de elemencia á todo el universo, y declara á sus ministros que ha venido á reinar sobre la tierra—por providencia del cielo—encargada de la alta mision de reformar las leyes. Solo un momento malo ha tenido esta mañana, porque se encaprichó en que un pájaro negro le picoteaba los ojos y le graznaba en los oidos; pero espero que pasará bien el resto del dia; pues cuando salí de casa la dejé muy satisfecha, porque despues de discutir con sus consejeros sobre las ventajas é inconvenientes que ofrecia la abolicion de la pena de muerte, acababa de resolver la cuestion de una manera hábil. Subsista—dijo—la pena de muerte, toda vez que tantos la juzgan necesaria; pero ejecútese segun lo decretó el Legislador divino, cuando descendió á este planeta infausto: — *Que tire siempre la primera piedra el que se reconozca sin culpa.*

—¡Desdichada! exclamó enternecido Arturo; y despidiendo con un gesto imperioso al comisario, le dijo:

—Esa pobre demente corre por mi cuenta; pero guardaos de volver á presentaros á mi vista.

Angelo se alejó haciendo reverencias; pero al atravesar el umbral de la última puerta, lanzó hácia el gabinete—en que

quedaba el coronel—una mirada indescribible, y murmuró entre dientes:

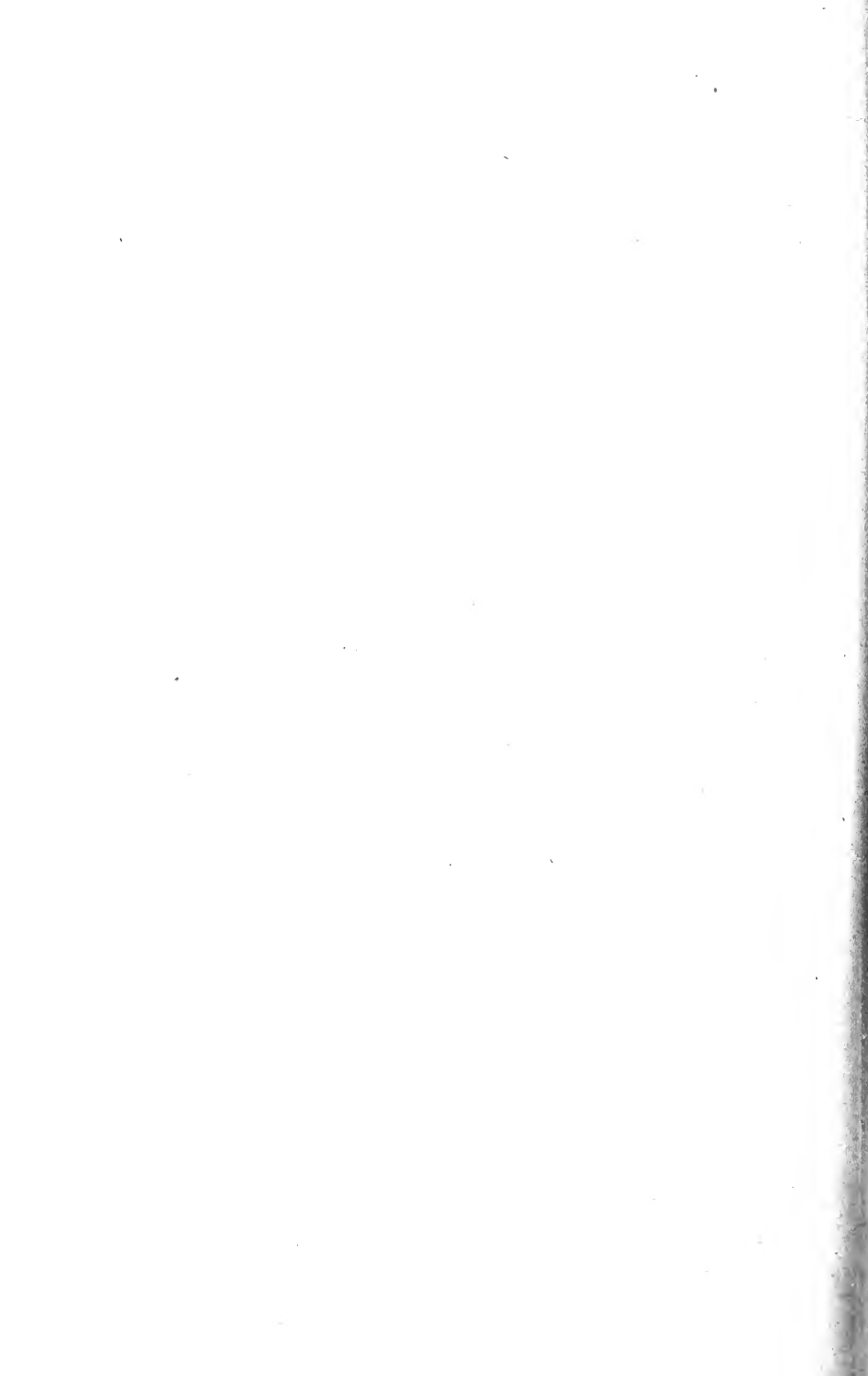
— ¡Mentecato orgulloso! si por algun capricho de la suerte cayeses en mis manos....., ¡entonces sí que sería Rotoli completamente dichoso!

FIN.

DOLORES.



PÁGINAS DE UNA CRÓNICA DE FAMILIA.



Sr. Director del DIARIO DE LA MARINA :

MUY SEÑOR MIO Y AMIGO: Tres meses hace que deseo, y me propongo cada día, comenzar la grata misión que V. ha tenido á bien confiarme, de recrear de vez en cuando con alguna novellita original á los numerosos y constantes suscritores del apreciable periódico que V. dirige. Pero todo mi anhelo de complacerle se ha estrellado hasta ahora en una absoluta falta de tiempo, que V. comprenderá sin duda, puesto que sabe lo que es en la Habana la instalación de un periódico, y que por mi desgracia me hallo metida en esa empresa magna.

Sin embargo, no quiero en manera alguna dar causa para que V. sospeche que pongo en olvido mi promesa, ó que me tomo ménos interés por su periódico de V. que por el mio; y toda vez que este último logró al cabo ver la luz (¡Dios sabe con qué trabajos!), allí van esos capítulos para comienzo de mi colaboración en el privilegiado *Diario, bienaventurado entre todos los de la isla*, pues es el único que marcha sin tropiezos y percances.

Sólo pido á V. el obsequio de que haga presente á sus ilustrados suscritores, que—al ofrecerles estas desaliñadas páginas—no abrigo *pretension* alguna, como ahora se dice. Declaro desde luego que no soy inventora de los sucesos que en ellas se refieren, ni puedo reclamar como creación de mi humilde ingenio ninguno de las características que juegan en este drama doméstico.

Dolores, mi estimado amigo, *existió realmente*, como todos los

personajes de esta historia, que parece novela, y cuyos principales hechos hallará V. en las crónicas de aquel tiempo; si bien no tan detallados como en otra que yo guardo entre papeles de familia, y de la cual ha sido extractado el extraño episodio que á V. remito, y que acaso me interesa más que interesará al público, por la circunstancia de ser gentes de mi sangre las que descuellan en él.

De todos modos, me lisonjea la esperanza de encontrar benevolencia en los lectores, y en V. la convicción de que no es por falta de buena voluntad el no mandarle otra producción más amena.

Su afectísima amiga, atenta servidora, Q. B. S. M.,

GERTRUDIS GOMEZ DE AVELLANEDA.

Habana, Julio de 1860.

DOLORES.

PÁGINAS DE UNA CRÓNICA DE FAMILIA.



CAPÍTULO PRIMERO.

El bautizo de un príncipe heredero.

Apénas serian las nueve de la mañana del día 12 de Enero de 1425, y por cierto no habia salido el sol á regocijar la tierra con todo el esplendor y la pompa que reclamaba la gran solemnidad que iba á verificarse en aquel día. Nebuloso se mostraba el cielo, y fria y punzante la atmósfera; cosas no extraordinarias en aquella estacion, pero asaz desagradables—y hasta inoportunas — cuando toda la ciudad de Valladolid se aprestaba, llena de júbilo, á festejar grandemente el sagrado bautismo del primer fruto masculino que se dignaba conceder la Providencia al feliz himeneo del D. Juan II de Castilla y doña María de Aragon, su esposa y prima.

Desde los primeros albores del alba, habia comenzado en los barrios más tranquilos por lo comun en aquella hora, desusado movimiento, que se aumentaba á medida que iba aproximándose el instante solemne de la augusta ceremonia. Donde se hacian más notables la affluencia de gente y el tumulto consiguiente, era en la calle conocida con el nombre de Teresa Gil — honrada entónces por habitar en ella los reyes—y en la Plaza Mayor, donde casualmente tenian vecinas

sus respectivas moradas los tres poderosos magnates á quienes cabia la alta honra de sacar de pila al heredero del trono. Eran éstos: el condestable D. Álvaro de Luna, conde de Santistéban; el almirante D. Alonso Enriquez; y el adelantado de Castilla, D. Diego Gomez de Sandoval, conde de Castro-Xeriz; acompañándoles, como madrinas del excelso recién nacido, sus esposas, doña Elvira de Portocarrero, doña Juana de Mendoza y doña Beatriz de Avellaneda.

Cada uno de aquellos felices personajes tenía, como era natural, numerosos adictos y enemigos (que nunca faltan ni unos ni otros á los que ejercen autoridad, y se encumbran por cualquier mérito real ó caprichosa fortuna), y—según sus sentimientos particulares—cada uno de los apasionados ensalzaba ó censuraba la nueva distincion régia, que colmaba de gloria á los que eran objeto de sus esperanzas ó envidias. Aquí se oían lamentaciones, allá aplausos: unos se escandalizaban de que se llevase á su complemento el orgullo de D. Álvaro de Luna con honras de que le declaraban indigno, y—complaciéndose en recordar la oscuridad de su origen—pronosticaban desastres increíbles en el reino á causa del favor en que parecia establecido aquel dichoso afortunado. Otros, por el contrario, ponian por las nubes las cualidades del valido, y aseguraban la creciente prosperidad de Castilla si continuaba dirigiendo con su prudencia y talento el ánimo del monarca. Algunos se admiraban de que no fuese sólo D. Álvaro el honrado con el padrino; muchos llevaban á mal que aceptasen la asociacion de aquel favorito, personajes tales como D. Alonso Enriquez y D. Diego Gomez de Sandoval.

—El viejo almirante,—decian los primeros,—sólo debia ocuparse en preparar su viaje á la otra vida, y el bueno del conde de Castro, que siempre se ha mostrado más celoso por el servicio del rey de Aragon que por el bien de Castilla, no merece, en verdad, que se le conceda hoy la más señalada muestra de estimacion que puede ambicionar el súbdito más leal por premio de sus sacrificios.

—Un nieto de reyes,—exclamaban al mismo tiempo los de otro bando,—un varon tan ilustre en todos conceptos como lo es D. Alonso Enriquez, no debia tener por compañero en esta merced á un D. Álvaro de Luna.—¿Y el ade-

lantado?—prorumpian á su vez los amigos de éste:—¿es justo que iguale nuestro soberano á ese digno caballero con el aventurero afortunado, que no alcanza otra gloria que la de haber seducido el corazón de S. A.? Nadie, sino don Diego Gomez de Sandoval merecia sostener en la pila bautismal al infante que debe gobernarnos algun dia; pues el mismo almirante—magüer de sangre real—no deja de ser un bastardo, cuyos blasones no son legítimos y puros como los que honran la casa del conde de Castro-Xeriz.

Tales eran las pláticas que por doquier se escuchaban, y hasta las damas, que iban apareciendo en los balcones entre cortinajes de seda, discutian acaloradamente en pro y en contra de la eleccion real.

—Las otras madrinas, decian unas, van á quedar deslucidas por la mujer del condestable. Nadie sabe como él ser espléndido cuando quiere, ni dama brilla en la córte que pueda competir, en gracia y en bizarría, con su jóven esposa doña Elvira.

—Doña Beatriz de Avellaneda vale cien veces más, replicaban otras; aunque ménos jóven, es mucho más hermosa, y nunca podrá adquirir D. Álvaro el buen gusto y la natural magnificencia del conde de Castro-Xeriz; que al fin nació siendo lo que es, y no ha necesitado aprender los aires de personaje.

—¡Callad! exclamaba otra. Porque tiene sesenta años doña Juana de Mendoza la juzgais fuera de toda competencia; pues sabed que ni Elvira de Portocarrero—con su rostro afligranado y su juventud florida,—ni Beatriz de Avellaneda—con su aspecto arrogante y su orgullosa hermosura,—alcanzarán nunca la dignidad natural de la ilustre matrona, que perdiendo con la edad las gracias de la figura, parece haber acrecentado dotes preciosísimas del alma, que la hacen todavía la mujer más amable de Castilla.

En tanto que estas conversaciones se tenian, la calle de Teresa Gil y la Plaza Mayor iban llenándose más y más de curioso gentío, y volando rápidamente los instantes se acercaba á toda prisa la hora señalada para trasladarse los padrinos al palacio de los reyes. Verlos salir y examinarlos de cerca era el impaciente anhelo de aquella multitud, que se agitaba en los pórticos, que comenzaba á posesionarse de

todo el ámbito de la plaza, y que bien pronto debía refluir y dilatarse por las calles del tránsito hasta las puertas de la real morada, delante de las cuales eran ya numerosos los grupos de cortesanos. Pero ni en el mismo palacio había tanta agitación como en las casas de los padrinos. Todo era en ellas movimiento y vida; todo entrar y salir escuderos y pajes, que en aquel gran día ostentaban la opulencia de sus señores con el lujo de sus costosos trajes. Adornábanse los primeros con terciopelos y damascos, y hasta los criados de inferior categoría se pavoneaban ufanos con sus vestidos de finísima grana; mientras que los principales actores de aquella fiesta solemne se disponían á aparecer en público deslumbrantes con la profusa copia de brocados y pedrerías, que á competencia cargaban en aquellos momentos sobre sus personas, más ó ménos adornadas de antemano por la pródiga naturaleza.

Eran las diez y media: sólo treinta minutos faltaban para el instante señalado por los reyes para la ceremonia, cuando comenzando á satisfacer la inquieta curiosidad del gentío, se presentaron—ántes que los otros—el Almirante y su esposa; saliendo en doradas literas de su morada, rodeados de una brillante comitiva. Magníficas eran las galas de doña Juana de Mendoza, aunque apropiadas á sus muchos años, y con majestuoso continente llevaba todavía el buen D. Alonso Enriquez su rico manto recamado de oro y forrado de riquísimas pieles; pero todo el fausto y la verdadera dignidad que podía notarse en aquella venerable pareja no pudieron fijar sino un momento la atención general, llamada poderosamente hácia la casa del condestable; cuyas macizas puertas se abrieron con ruido de par en par en el instante en que don Alonso y su mujer atravesaban la plaza. Digno de príncipes era ciertamente el lucido séquito que comenzó á salir precediendo á D. Álvaro, y el tumulto de espectadores tuvo necesidad de retroceder y oprimirse para dejar campo al tropel de servidores de aquel suntuoso valido; cuya carroza se dejó ver por fin, ostentando á sus dueños, resplandecientes ambos con el doble brillo de la juventud y de la dicha, que hacían parecer inútiles los otros esplendores que les prestaba la opulencia. Cuando hubieron pasado aquellos personajes y sus respectivas comitivas, todas las mi-

radas se dirigieron únicamente hacia la casa del conde de Castro; pero nada anunciaba en ella la próxima salida de sus habitantes. Ya pisaban los otros padrinos los umbrales regios, y aún no veía aparecer la muchedumbre impaciente que llenaba la plaza, al adelantado de Castilla, que con tan inconcebible tardanza comenzaba á dar pábulo á mil suposiciones más ó ménos verosímiles. Nosotros —en vez de fatigar al lector con el relato de ellas —le harémos salir de dudas introduciéndole sin ceremonia en lo interior de aquel edificio, delante del cual tanto se afanaba la curiosidad, sin atinar —ni remotamente —con la simple y verdadera causa del retardo que la sorprendia é impacientaba.

En uno de los departamentos de aquella gran casa, más notable por su capacidad que por su construccion, se nos presenta á la vista, amables lectores míos, una graciosa estancia, compuesta de pequeña sala, gabinetito redondo y bonita alcoba. Los dos primeros están tapizados de damasco azul celeste; á la tercera la reviste coquetamente (pásesenos esta palabra) una seda más ligera, de color de perla, sembrada de grandes rosas. Todos los muebles de aquel elegante aposento son de un gusto sencillo y exquisito, poco comun en la época. Se ven esparcidas por las sillas del gabinete, en agradable desórden, várias labores femeniles no terminadas aún; sobre la mesa del tocador abundan tambien mil lindas baratijas —que anuncian el sexo del dueño de aquella estancia — y al fondo de la alcoba se descubre un lecho blanco, delante del cual ha olvidado sin duda la negligente camarrera dos zapatillas de terciopelo verde, cuyas breves dimensiones dan testimonio de haber calzado los más pulidos piés que pueden haber hollado la tierra de Castilla.

La puerta de cristal de aquella alcoba tiene en frente otra igual, pero tan cerrada y cubierta por sus cortinillas de tafetan púrpura, que no nos es dado por ahora penetrar más adentro. Nadie aparece por allí: cuando en toda la casa reina bullicio alegre, aquel aposento permanece en calma y en silencio; no interrumpiendo éste sino los gorjeos de dos jilguerillos, que en sus jaulas doradas celebran la claridad del día, desde las dos ventanas que dan paso á la luz en la sala y en el gabinete. La del último, no aclarando la alcoba por su frente (pues está situada á su lado izquierdo, dando vista

á un jardín) deja el recinto del lecho en una semioscuridad, grata á los ojos y á la imaginacion; prestándole un no sé qué de vago y misterioso, que armoniza con aquel dormitorio virginal, en donde el mismo sol parece penetrar respetuoso.

El frio intenso de la estacion no se percibe en aquella estancia: se encuentra uno envuelto en tibia y perfumada atmósfera, en aquella atmósfera especial que distingue en todos los países del mundo la mansion habitual de una mujer bella y delicada. La que examinamos nos parece tan característica, que hasta inferimos de ella la edad, la índole y las inclinaciones de su elegante habitadora; y tanto es así, que cuando vemos entrar de repente á una matrona hermosísima,—cubierta de espléndidas galas, que sabe llevar con desdeñoso desembarazo,—nos sentimos dispuestos á exclamar sin vacilacion: *¡ No es ella!*

Pero al nombre de Dolores—que en alta voz articula al llegar al gabinete—se abre de súbito la puertecita de cristal, hasta entónces cerrada, y aparece como encuadrada en su centro la casi ideal figura de una jóven de diez y seis años, blanca, esbelta, con cándido traje, y con tal expresion de delicadeza y sensibilidad en la melancólica mirada de sus grandes ojos pardos, que no nos es posible dejar de reconocerla por la apacible deidad de aquel modesto santuario.

—¿Me llamabais, madre mia? dijo al presentarse, dejando oír una voz que tenía algo de musical, tanta era la suavidad de sus modulaciones.

—¡ Siempre encerrada en tu oratorio! exclamó la dama con tono de reconvencion. ¿Has olvidado, Dolores, que estamos á 12 de Enero, dia en que entrará en el santo gremio de la Iglesia el heredero de Castilla? Son más de las diez, añadió con impaciencia, y áun no te encuentro ataviada.

—Creía, dijo tímidamente la jóven, que mi dueña os habria hecho saber que me siento indispueta, y que espero de vuestra bondad y de la de mi señor padre el permiso de no salir de mi cuarto.

—¡Te sientes indispueta! articuló con voz algo conmovida la condesa de Castro, acercándose á su hija; pero al notar el nacarado brillo de su hechicero rostro, calmóse indudablemente su inquietud maternal, pues añadió con acento mé-

nos afectuoso, y áun casi severo :—No estas mala , gracias al cielo; lo que te retrae de las distracciones propias de tu edad, lo que nos priva de la compañía de nuestra hija , haciéndola preferir el aislamiento en el propio seno de su familia, es esa tristeza con que te empeñas en afligirnos, y cuyo origen tan cuidadosamente nos recatas.

Dolores se puso pálida, y bajó los ojos visiblemente turbada. Doña Beatriz de Avellaneda prosiguió con más blandura :—Sí, hija mia; estás triste hace algunos meses; todo te enfada, hasta la ternura de tus padres y las caricias de tus hermanos, en cuyos juegos te recreabas ántes. De cariñosa y jovial que eras, te has convertido en displicente y desprendida de los tuyos; pero no imagines que á pesar de tu reserva me es desconocida la causa de tan sensible cambio; comprendo el loco afan que fatiga tu pecho....., conozco la idea que se ha apoderado de tu mente, y que tanto te domina.

Dolores pasó de la palidez al encarnado de la púrpura, y levantó hasta el semblante de la condesa una mirada medrosa. Doña Beatriz añadió entónces , como compadecida de su desconcierto :

—Eres muy niña, mi querida hija, para pensar en resoluciones graves é irrevocables. Conozco que no obramos con prudencia tu padre y yo al confiar tu educacion á la buena abadesa de Santa Clara de Tordesillas, pues de los años pasados en aquel convento nace el disgusto que te inspiran hoy todas las cosas del mundo; sin reflexionar que el exceso es malo áun en lo bueno; que en todos los estados se puede servir á Dios; y que su Providencia—al hacerte nacer de padres ilustres y opulentos, y al dotarte de mil prendas preciosas—ha hecho conocer no estás destinaba á las oscuras virtudes de la vida monástica. Forzoso es, por tanto, que aprendas á reprimir esa exaltacion religiosa que te hace suspirar por volver al convento, no concibiendo otra felicidad sino la de tomar el velo abandonando á unos padres que cifran en tí su gloria.

Dolores respiró con más libertad al oir estas palabras, y aunque la emocion con que pronunció las últimas doña Beatriz enterneciese un tanto el corazon de la niña, era fácil comprender que se habia disipado de su mente algun recelo doloroso.

—No deseo separarme de vos, madre mia, dijo inclinándose para besar sus manos: Dios es testigo de que me reconozco indigna del santo título de esposa suya.

—Si así es, repuso la condesa, ¿por qué esta mudanza, que llama la atención de todos los de la casa, y que.... No pudo terminar la frase, pues en aquel instante entró presuroso en el aposento el adelantado de Castilla.

—¿Dónde está mi hija? exclamaba: hanme dicho que se encuentra enferma.—Dolores le salió al encuentro con amable sonrisa, y el conde de Castro la estrechó en sus brazos, diciendo, entre enfadado y alegre:— ¡Maldita sea esa dueña, que me hizo creer que mi ángel padecía!

—No ha sido nada, le aseguró la joven, acariciando su larga y rizada barba; un poco de dolor de cabeza, que ya ha calmado.

—La echamos á perder, D. Diego, con el demasiado mimo, pronunciaba al mismo tiempo la condesa. Ya lo veis: Dolores no quiere participar en este gran día del júbilo de sus reyes y de sus padres.

—¿Por qué, pues, vida mia? le preguntó el adelantado— con tan afectuoso acento, que contrastaba con su figura varonil y vigorosa, y con el gesto marcial que le era característico.—El Rey *hace sala* (1) á su córte; se celebrarán justas esta tarde; y por tres días consecutivos tendremos numerosos y brillantes regocijos.

—En efecto, hoy es un gran día, respondió Dolores con particular expresión; un día muy grande para mí....., para todos, añadió turbándose; por eso mismo os pido el permiso de pasarlo en soledad y oración.

—¡Eso es! ¡en oración! prorumpió casi colérica doña Beatriz de Avellaneda. Nuestra hija, D. Diego, no piensa más que en el cielo, y desprecia todas las cosas de la tierra, incluso nosotros.

—¡Despreciaros! exclamó la joven. ¡Oh! Bien sabéis que os amo y os reverencio, madre mia; pero necesito orar hoy

(1) Llamábase *hacer sala* cuando el Rey daba de comer á sus cortesanos, admitiéndolos á su propia mesa, lo cual no sucedía sino en las grandes solemnidades.

más que nunca, para que Dios bendiga este gran día....., para que todo lo que acontezca en él sea próspero y favorable.

Rumor de voces y de cercano tumulto hizo que apenas entendiesen los condes las últimas palabras de Dolores, y volviendo los tres sus miradas hácia los corredores de donde venia el ruido, vieron aparecer—presuroso y casi sofocado—un caballero de buena presencia y lujosamente vestido, el cual gritaba con estentórea voz á los criados que le seguian:— ¡Vive Dios, que todos pareceis tontos! ¡Llamad á mi cuñado! ¿Dónde está? ¿Dónde diablos se esconde? ¿En qué piensa mi hermana? ¡Van á dar las once!

Descubrió entónces á los que procuraba, y se lanzó á ellos, diciendo con mayor impaciencia todavía:

—Van á dar las once, ¡voto á Sanes! El condestable y el almirante están ya en palacio; el obispo de Cuenca espera en la capilla al augusto niño que va á cristianar. Sólo por vosotros se aguarda; ¿qué es esto? ¿qué os detiene?

—¡Cómo! ¿decis que van á dar las once? exclamaron á la vez los dos esposos.

—¿Tan descuidados estais, que no lo sabeis? Por vida mia, que vuestra calma es admirable. ¡A palacio, señores, á palacio; sus altezas esperan!

—Es que, como ya veis—dijo el conde, volviendo los ojos hácia su hija—esta niña no se ha ataviado; rehusa asistir á los régios festejos; y temiendo por su salud.....

—Esta niña, interrumpió bruscamente el impaciente caballero, hará en buen hora su voluntad, ya que no sabeis imponerle la vuestra. Sois demasiado blandos con ella; pero no es menester por eso que seais desatentos con vuestros reyes. ¡En marcha todos! ¡en marcha!

El Adelantado abrazó á su hija, y doña Beatriz la dirigió todavía una última reconvencion, aunque acompañándola de una mirada benévola. Don Juan de Avellaneda, señor de Izcar y de Montejo, Alférez Mayor del reino, y hermano de la condesa de Castro—(que éste era el personaje que entrara á turbar la conversacion de los condes con Dolores)—se sonrió desdeñosamente al observar tantas muestras de paternal cariño, y aún el leve indicio de la materna ternura. Aquella sonrisa, y todo su aspecto, y toda su fisonomía—aunque notables por su nobleza—parecian declarar que los senti-

mientos suaves no hallarian fácil entrada en el alma de aquel personaje, cuya única pasión debía ser el honor, y su única flaqueza el orgullo. Todos, excepto Dolores, salieron precipitados para dirigirse al palacio, y apenas se vió sola nuestra heroína volvió á encerrarse en su oratorio, donde —puesta de rodillas ante una imágen de la Santa Virgen— repetía con indecible angustia : ¡ Sí ; éste es un gran día ! ¡ Todo va á decidirse ! ¡ mi dicha ó mi desgracia ! ¡ mi vida ó mi muerte ! ¡ Protegedme, divina María, protegedme !

CAPÍTULO II.

Don Juan II y su córte.

Terminada que fué la augusta ceremonia, y mientras el tierno príncipe D. Enrique—ya miembro de la Iglesia—dormía apaciblemente en los brazos de su excelsa madre que aún no dejaba su cámara, la nobleza más brillante de Castilla—llenando los salones de la real morada—se apresuraba á felicitar al venturoso padre, cuya sincera y expansiva alegría no podía dejar de comunicarse á sus ilustres cortesanos.

Veinte años contaba solamente aquel monarca, y su afabilidad y agradable fisonomía le atraían el afecto de los mismos que se hallaban ménos dispuestos á sentir por él la consideración y el respeto que como á soberano le debían. La inercia y debilidad de su carácter, y el desmedido favor que dispensaba á D. Alvaro, excitaban—como era consiguiente—profundo descontento en sus más grandes vasallos; pero toda clase de desavenencias y de quejas parecía olvidada en el fausto día de que hablamos, siendo el júbilo y la esperanza los únicos sentimientos que animaban á todos.

El Rey se gozaba observándolo, y recorría ufano las salas de su palacio por entre la multitud de caballeros y damas,

á quienes dirigia de continuo frases lisonjeras y cariñosas.

— Vuestro tocado es admirable, decia alargando su diestra á la bella esposa del Condestable. Ese brocado verde con estrellas de plata os sienta á maravilla, y si produjese flores la estacion en que estamos, las más encendidas rosas y las azucenas más cándidas se marchitarian avergonzadas, al verse vencidas por los colores que ostentais en el rostro.

— Impaciente estoy por que llegue el momento de comenzar las justas —añadia, volviendo sus halagüeños ojos al jóven heredero de la ilustre casa de Hurtado de Mendoza:—seréis de los mantenedores segun tengo entendido, mi buen Rui Diaz, lo cual equivale á decir que verémos tan mal parados á muchos de los contendientes como lo quedó el embajador de Portugal en el último torneo. ¡Valiente bote le disteis! Yo espero que me concederéis el gusto de preferir hoy el magnífico alazan siciliano, que me ha regalado mi primo el Rey de Aragon, á vuestro revoltoso tordillo árabe; aquél no ha sido todavía regido por ninguna mano castellana, y me place que sea la vuestra la primera.

Antes que pudiera tributarle gracias el que tal obsequio recibia, se apartaba el rey para cumplimentar al bizarro caballero Rodrigo de Narvaez, que hablaba en aquel instante con el Dr. Diego Rodriguez.

— Mucho me agrada que hayais venido á participar de nuestros regocijos, le decia; pero no puedo ménos de pensar que por suntuoso que sea el banquete á que tenemos el gusto de convidaros, ha de pareceros ménos satisfactorio y honorífico que el que celebrasteis—en honor nuestro y del Infante nuestro excelente tio — cuando tomasteis posesion del gobierno de Antequera. La sombra que os prestaban aquel dia las banderas conquistadas, debió seros mucho más lisonjera que la que gozais ahora bajo nuestro régio techo, y ningun vino os presentaremos que pueda agradaros como el que os suministraron—para brindar por la gloria de Castilla— las propias viñas de los moros.

Terminando este fino cumplido, saludaba el rey— en latin—al Dr. Diego Rodriguez, y corria á asirse del brazo de su primo el infante D. Juan, no sin echar un piropo, de paso, á una de las hermosas hijas del señor de los Cameros,

recien casada entónces con su alférez mayor, Avellaneda.

Hablaba familiarmente con el Infante sobre caza y montería, sin dejar por eso de atender á cada uno de los que llegaban á cumplimentarle, teniendo para todos parabras oportunas y corteses, que probaban que si la naturaleza no le habia dispensado altas cualidades de príncipe, no le negá-ra, al ménos, la de discreto y galan caballero.

Entablaba con los prelados graves y eruditas pláticas; se entretenia con los mancebos en conversaciones de amores y de torneos; daba zumbas sobre sus ciencias ocultas á don Enrique de Villena, encargándole jovialmente sacase el horóscopo del recién nacido príncipe; y se interrumpia de vez en cuando para sermonear severamente al brillante conde de Niebla por el abandono de que se quejaba su consorte doña Violante, desgraciada beldad que no habia logrado fijar el voluble corazon de su esposo, ni con las gracias de su figura, ni con las virtudes de su alma, ni con el brillo de su cuna régia (1).

En medio de todo, no echaba en olvido á su privado: trataba con él de trovas y música—pues ambos se preciaban de hábiles en rimar y en tañer la vihuela—terciando en aquella conversacion el apuesto Rodrigo de Luna, sobrino del condestable—jóven de diez y ocho á veinte años, de mediana estatura, bellas proporciones, magníficos ojos árabes negros y rasgados, delicada tez, ensortijados cabellos, y muy graciosos modales.—Era tambien alumno de la gaya ciencia, y por esto, como por su parentesco con D. Alvaro, alcanzaba del rey particular distincion, que sabía justificar mostrándole tanto afecto como deferencia.

Nada agradaba tanto á D. Juan II de Castilla como el hablar de poesía, mayormente si eran sus oyentes ó interlocutores el condestable y su amable deudo Rodrigo de Luna; pero en el dia que nos ocupa sabía violentarse, abreviando aquellas dulces conferencias para no disgustar á su córte; y ora se acercaba al conde de Medinaceli, ora al de Benavente, aquí informándose de la salud del Maestre de Cala-

(1) Doña Violante, condesa de Niebla, era hija natural de D. Martin, rey de Sicilia.

trava—que áun se hallaba convaleciente de unas cuartanas— allí chanceándose con D. Pedro Hernandez de Velasco, que parecia algun tanto meditabundo y mohino. En efecto, los aprestos de guerra que hacia el rey de Aragon contra Castilla traian pensativo al camarero mayor: el infante don Juan permanecia todavia en la córte de Castilla, no aspirando—al parecer—á otra cosa que á derrocar á D. Alvaro y á sustituirle en el favor que envidiaba; pero su hermano Alonso V se preparaba á vengar con las armas la prision del infante D. Enrique, ó por lo ménos tomaba este pretexto plausible para desfogar contra el castellano la cólera por sus desastres sufridos en Italia. La guerra, por tanto, era un hecho próximo, que no podian dejar de ver los espíritus ménos previsores; pero que nada influia en el ánimo del jóven monarca cuando celebraba el bautizo de su primogénito, y que viendo en torno suyo tranquilos y afectuosos á tantos magnates turbulentos—cuyas ambiciones y discordias convertian comunmente su córte en un campo de batalla—se creia en aquel momento el más feliz de los hombres y el más venerado de los reyes.

Jovial, pues, y obsequioso con todos, satisfacía con singular acierto la vanidad de cada uno; mas pudo observarse al cabo que se particularizaban sus atenciones con una persona que hasta entónces no se habia contado entre sus predilectas. Era ésta el conde de Castro, con el cual—despues de varias vueltas dadas por el salon—se retiró familiarmente al hueco de una ventana; aumentando la sorpresa y la curiosidad que despertó aquel incidente, la circunstancia de ser su alteza quien más gasto hacia en la plática que se entabló, tomando en ella vivísimo interes. Aquella plática—que no pudieron oir los cortesanos—vamos nosotros á referírsela á los lectores, en términos muy semejantes á los que debieron emplearse entre nuestro buen Adelantado y su augusto interlocutor.

—Complacido estoy, dijo éste, de haber contraido con vos un parentesco espiritual que nos una más desde este dia. Dícenme algunos que sois más adicto á mis primos de Aragon que á mí; pero no temais, querido Sandoval, que os haga un cargo por ello. Os criasteis desde niño en la casa de mi buen tio D. Fernando; nos hicisteis—durante mi mino-

ría y su tutela — señalados servicios, que él os recompensó debidamente; le seguisteis á Aragon cuando la Providencia le deparó aquel trono en premio de sus virtudes, y considero muy justo que muerto el Rey, favorecedor vuestro, conserveis por sus hijos los sentimientos de adhesion y gratitud propios de un corazon generoso. Pésame, sin embargo, que por ser sobrado adicto al infante D. Juan participeis de algunas de sus infundadas prevenciones contra personas que me son queridas, y quisiera—á fuerza de mercedes—identificaros con mi persona y con mis intereses; de tal modo que ningun amigo mio dejára de serlo vuestro.

—Señor, respondió el conde, vuestra alteza me honra en gran manera al expresarse así; mas crea que no necesita obligarme con nuevos favores para estar seguro de mi profunda lealtad y respetuoso afecto. El Infante mi señor, súbdito, como yo, de vuestra alteza, no tiene tampoco otros deseos que los que convienen á vuestra gloria y prosperidad de vuestros reinos; y siendo esto así, los intereses de vuestra alteza y los de su augusto primo no pueden ser diferentes. Por ellos he trabajado hasta aquí, y lo haré del mismo modo en adelante, como buen vasallo y servidor agradecido.

—No me quejo ahora de D. Juan de Aragon, repuso el rey, algo desconcertado: tengo bien presente que desaprobó la conducta criminal de su hermano Enrique, cuando por medio de escándalos y violencias pretendió esclavizar mi espíritu á su opresora influencia: no he olvidado, conde de Castro, que el Infante vuestro amigo tomó entónces las armas para defender mi persona y hacer respetar mis derechos; pero sé tambien que quisiera imponerme como un yugo eterno el precio de aquellas acciones, y que — juzgándose única persona digna de mi favor real — mira con malos ojos á cuantos me merecen aprecio. Por eso os he dicho que me pesa participeis de sus injustas prevenciones, y que deseo dispensaros tales pruebas de mi cariño y de la estima en que os tengo, que no podais en lo sucesivo abrigar ningun sentimiento que no sea conforme con los mios.

El adelantado hizo una rendida reverencia y tartamudeó una frase que no decia nada; pues el gallardo y belicoso señor de Castro-Xeriz no se distinguia por lo elocuente, y áun parece que rayaba en el extremo contrario; no sólo

por escasez de verbosidad, sino tambien por cierto embarazo natural de su lengua, que hacia—segun la expresion del cronista—que fuese su habla *algun tanto confusa y vagarosa.*

Don Juan II, sin embargo, se dió por satisfecho con la respuesta que no habia entendido, y prosiguió diciendo:

—Muchas pruebas os he dado de la valía en que os tengo, mi buen Sandoval; pero quiero que reputeis como la mayor la que ahora voy á declararos. He elegido esposo á vuestra hija mayor; y así como habeis tenido la honra de sacar de pila á nuestro Enrique, así tendremos la satisfaccion—la reina y yo—de acompañar al altar á vuestra hermosa Dolores.

Don Diego esta vez no tartamudeó siquiera; la sorpresa que le causó tan honorífica como inesperada manifestacion, lo dejó mudo completamente. El rey añadió:

—Id á comunicar á vuestra esposa mi nueva merced; advirtiéndola que ántes de que salgais de mi morada os presentaré yo mismo al yerno que os he escogido, y que es tal como conviene al mejor servicio mio y á la prosperidad vuestra.

—Me siento agobiado bajo tantas bondades, pudo al fin articular el conde, y mi mayor placer será manifestar mi perfecta obediencia, persuadido de que vuestro real ánimo se hallará muy distante de querer sea violentada la voluntad de mi hija.

—Podeis estar tranquilo respecto á eso, respondió el soberano sonriendo: mi eleccion está de acuerdo, tal vez, con la que en secreto ha hecho la interesada: el marido que la doy es probabemetete el que ella os pediria, á más de ser el que cumple mejor á vuestro provecho. En esta seguridad, no retardeis á doña Beatriz la alegría de saber lo que tenemos concertado, y expresadla bien que el nuevo hijo que le ofrezco es persona *tan allegada á mí, tan de mi casa, que ninguna otra encuentro más merecedora de mi afecto y de vuestra estimacion.*

Al terminar estas palabras, se apartó el rey de la ventana con aire satisfecho, dejando al conde de Castro tan confuso como maravillado. Obedeció, no obstante, la orden dada por su alteza—y hablando en secreto con su mujer—la refirió la conversacion que acababa de tener. La sorpresa de doña

Beatriz dió lugar prontamente al regocijo. ¡El mismo rey escogia esposo á su hija! Esto era ya señalada honra; pero lo que la orgullosa matrona rumiaba, allá en sus adentros, con cierta ufanía que se le retrataba en el semblante, eran aquellas notables palabras:— *El hijo que os doy es persona tan allegada á mí, tan de mi casa, que ninguna otra veo más digna de mi afecto y de vuestra estimacion.* ¿A qué altas esperanzas no prestaban cimientó tales expresiones del rey? ¡Una persona de su real casa! ¡Una persona muy allegada á la suya augusta! ¡Una persona la más digna de su afecto.....! Doña Beatriz pesaba en la recta balanza de su buen juicio cada una de aquellas palabras, y no pudo ménos de hallarles grandísima valía, abandonando su alma á las más lisonjeras y altivas presunciones. ¡Un deudo del rey era indudablemente el destinado para marido de Dolores! La condesa se fijó en esta idea. Si el infante D. Juan hubiese sido soltero en aquel entónces, doña Beatriz se hubiera persuadido de que le cabia la honra de tenerlo por yerno; si su hermano D. Pedro no se hallase ausente de Castilla, en él habria pensado la condesa; pero no pudiendo—por las antedichas circunstancias—remontar á tanta elevacion sus alegres esperanzas, pasó revista en su mente á todos los deudos del monarca, y no le quedó duda de que—á mal librar y fijándose modestamente en lo ménos posible—el individuo que iba á entrar en su familia debia ser alguno de los nietos del almirante D. Alonso Enriquez, primo del rey y el más opulento magnate de Castilla.

No le desagradaba un enlace ordenado por el monarca con aquella casa poderosa, y si bien es verdad que hasta aquel momento se habia mostrado propicia á la inclinacion que sentia por Dolores el bizarro Gutierrez de Sandoval, sobrino de su marido, no vaciló entónces en dar señales al rey del júbilo con que habia sabido su voluntad soberana.

Comprendiólo D. Juan perfectamente, y llegado el instante de sentarse á la mesa, condujo á ella por su mano á la esposa del Adelantado, y la hizo colocar cerca de sí, mostrándose—en todo el tiempo que duró la comida—tan afable y obsequioso con aquella dama, que los circunstantes—aunque no pudiendo formar ninguna conjetura en detrimento de su austera virtud—comenzaron á sospechar nuevo favoritismo.

mo, que debilitase la absoluta influencia ejercida por D. Alvaro, hasta aquel día. Sin embargo, el condestable, lejos de dar indicios de descontento, se asociaba á su amo con la mejor gracia del mundo, colmando de distinciones á los condes de Castro, que le correspondían con más muestras de sorpresa que de agradecimiento.

Concluyó el banquete; la hora de comenzar las justas se iba acercando á más andar, y todos los caballeros cercaron al rey, pidiéndole su vénia para ir á prepararse al nuevo festejo.

En aquel momento D. Juan II, procurando prestar á su rostro toda la majestad de que era susceptible, anunció solemnemente á su córte la alianza que habia concertado, y de la que debia ser padrino, pronunciando por último el nombre que con ardiente impaciencia esperaban conocer doña Beatriz y su esposo.

Aquel nombre — articulado lentamente por su alteza en alta voz y tono satisfecho — no fué ninguno de los que se prometia la condesa. Rodrigo de Luna era el futuro esposo de Dolores, y al declararlo el rey, tomó por la mano al hermoso mancebo y lo presentó á los condes. Don Diego, todo turbado, se dejó abrazar por su presunto yerno, y correspondió con embarazadas cortesías á los parabienes que le eran dirigidos; doña Beatriz, más encendida que la púrpura de su riquísimo traje, dió las gracias al rey con singular sonrisa, y saludó al jóven Luna clavando en el condestable una mirada indescribible, en que se amalgamaban y confundían el ódio y el desprecio, el furor y la ironía.

CAPÍTULO III.

Dolores y Rodrigo.

Pudiéramos lucirnos, si quisiéramos comenzar este capítulo con la brillante descripción de las magníficas justas celebradas en Valladolid, la tarde del próspero día en que reci-

bió las aguas del bautismo el augusto heredero del trono de Castilla. Pudiéramos consignar aquí innumerables hechos que mostrasen la bravura y destreza que sabian ostentar en aquellas belicosas fiestas los nobles castellanos, y al instante se nos vendrian á la pluma cien clarísimos nombres, como Estúñiga, Arellano, Ponce de Leon, Mendoza, Guzman, Osorio, Pimentel, Manrique de Lara, Tovar, Rojas, Giron, Herrera, Enriquez, Velasco, y otros muchos que brillaban entónces en la córte de D. Juan II, y que — con mayor ó menor fortuna — han llegado á nuestro siglo, venerables y graves, entre el confuso tropel de las modernas aristocracias. Pudiéramos dar muestras de nuestros conocimientos heráldicos, describiendo menudamente los diferentes blasones que ostentaban tantos ilustres señores; y ni áun nos hallariamos embarazados para hacer cumplidos retratos de las infinitas beldades que con sus dulces miradas infundian á los contendientes generoso ardimiento, premiándolos despues con riquísimas bandas, bordadas por sus manos y desprendidas de su pecho.

Nada de lo que pudiéramos decir dirémos, sin embargo: nos hemos propuesto ser lacónicos, por lo mismo de considerar rara esta cualidad entre los novelistas de nuestra época; los cuales suelen tener tan extremado placer en charlar con el pacientísimo público, que alguno conocemos capaz de llenar páginas enteras con la descripción de unas chinelas. Ni ¿qué decir, además, en punto á justas, torneos y otros usos característicos de la Edad Media, despues que andan de mano en mano — traducidos á todos los idiomas — los libros de Walter Scott, el más inteligente, el más profundo, el más brillante y elocuente pintor de los tiempos caballerescos? Nosotros dejamos al cuidado de tantos copiantes de brocha gorda como abundan en el mundo, el reproducir toscamente los inimitables rasgos que nos ha trazado con delicioso pincel aquella mano maestra, y confesamos ingenuamente que, — á más de no ser tan orgullosos que intentemos igualarnos al novelista escocés, ni tan humildes que nos contentemos con parodiarle — se nos antoja creer que dariamos pruebas de inoportunos y hasta de impertinentes, si pretendiéramos entretener con pormenores de marciales fiestas y de heroicas galanterías al público de *nuestra actualidad*; á ese público

positivista y bursátil, que nos engañamos mucho si es grande apreciador de los buenos golpes de lanza y de los platónicos amores.

Y no se entienda por lo dicho que somos ciegos admiradores de las pasadas edades, ni mucho ménos que intentamos declamar contra aquella en que le plugo al cielo hacernos venir al mundo. Nosotros tenemos una filosofía que nos es propia: creemos que todos los tiempos son lo que deben ser, y que así como en los individuos hay defectos inherentes á sus mismas virtudes (defectos de sus cualidades, como dicen los franceses), así las costumbres de cada época tienen sus excesos y sus extravagancias peculiares, inseparables de lo que poseen de mejor y más poético. No explayaremos más esta idea (si es que es una idea), sino que—temerosos de meternos en honduras—volveremos á tomar sencillamente el roto hilo de nuestra verídica relacion; despues de declarar con toda ingenuidad que por nuestra parte estamos más por lo presente que por lo pasado; que nos es más grato asistir á las contiendas en que se decide una cuestion de aranceles ó de ferro-carriles, que nos hubiera placido ser espectadores de aquellas luchas, muchas veces sangrientas, en que se aplaudian las lanzadas como ahora se aplauden las elaboraciones al vapor. Entónces era el reinado de la espada y de los castillos; á nuestra época le ha cabido la soberanía de las cifras y de las máquinas; quizá llegue dia en que logren entronizarse la inteligencia y la virtud, y reservamos para entónces—si estamos en este mundo—el detallar todo lo que tuvieron de grandioso las buenas edades de los mandobles; y áun estas—no ménos afortunadas—de las operaciones de bolsa y los corsés sin costuras. Lo que nos importa en este instante es que el lector se sirva atender á los antecedentes de que queremos instruirle, primero que pasar adelante en nuestro comenzado relato.

Cuatro meses ántes del dia que nos ha prestado argumento para los anteriores capítulos, la casualidad reunió en un sarao con que celebraba sus bodas D. Juan de Avellaneda, á la hija de los condes de Castro y al sobrino del condestable de Castilla. La casualidad los reunió una vez, y el amor supo proporcionarles desde entónces otros muchos encuentros, que

á los ojos indiferentes tambien pudieran pasar por eventuales.

Hasta el momento en que vió por primera vez á la peregrina doncella, habia sido el jóven Luna voluble galanteador de cuantas beldades brillaban en la córte y áun en regiones ménos elevadas, alcanzando—no obstante sus pocos años y sus gustos literarios—la poco envidiable fama de calavera, que sólo tenía por fundamento los multiplicados cuanto pasajeros devaneos á que se habia entregado en aquellos primeros años de su precoz juventud. Pero conocer á Dolores, y amarla con aquel amor—único en la vida—que termina de golpe todas las veleidades é incertidumbres del corazon, habia sido para Rodrigo la obra de un solo instante. Ella, por su parte, que no conocia otros afectos que los de la piedad religiosa y los que inspira la familia, experimentó nuevas y extraordinarias sensaciones al encontrar su tímida mirada la mirada ardiente del enamorado mancebo, y toda la instintiva resistencia del recato virginal no pudo preservarla de amarle con entusiasmo, como aman generalmente las almas que no se han marchitado todavía, que no han adquirido en la amarga escuela de la experiencia aquella desencantadora desconfianza que extiende su imperio hasta sobre el propio corazon, haciéndonos dudar, no solamente de lo que inspiramos, sino tambien de lo que sentimos.

Dolores alimentaba en su pecho todas las dulces ilusiones de una primera pasion, que nada teme porque se siente fuerte; que en todo cree porque tiene fe en sí misma; y que no previendo la posibilidad de su fin, llega á olvidarse de su reciente principio, haciéndose como innata é inseparable de la vida.

Pero, á pesar de todo, Dolores no dejaba de comprender que su union con el que amaba debía encontrar obstáculo en la altivez de su familia, y en especial en la de su madre; cuya alma orgullosa poseia la inflexible firmeza de que en general se juzga desprovisto al bello sexo.

Rodrigo, más feliz, no pensaba lo mismo. Aunque bastante enamorado para conceptuarse indigno de Dolores, lisonjeábase con la idea de que conseguiria su mano, fundan-

do aquella grata esperanza en el ilustre apellido que llevaba, en la no despreciable hacienda que poseía, y en tener por protector y pariente al personaje que más que D. Juan II gobernaba en Castilla. Olvidaba el amante la circunstancia que más preocupaba á su querida para infundirle temores; olvidaba que tanto él como su encumbrado deudo debían la existencia á mujeres de ínfima clase y de no honesta nombradía, á las que sus nobles y libertinos amantes jamás habían honrado con el título de esposas. Acaso no comprendía Rodrigo toda la gravedad que debía tener aquella triste circunstancia á los ojos de la familia con quien deseaba enlazarse, ó acaso el alto favor de su tío le parecía una ventaja suficiente á compensar la falta que le plugo al destino poner en su nacimiento. Dolores, como ya indicamos, no participaba de las mismas creencias: afligíala la certeza de que su elección no alcanzaría fácilmente el beneplácito de su padre, y temblaba al pensar en el carácter de su madre, mujer capaz de arrancarse el corazón con sus propias manos ántes que dejarle abrigar cualquier sentimiento indigno de su alcurnia ó contrario á su razón severa.

La jóven se dijo á sí misma primero, y después á su amante, que era absolutamente preciso confiar sus amores al privado, y que éste les alcanzase la protección del rey, única que podía allanar todos los inconvenientes, llevando á feliz puerto sus combatidas esperanzas. Rodrigo — siguiendo tan prudente consejo — abrió su alma al condestable, y vió con indecible regocijo que era acogida su confianza con ostensibles muestras de satisfacción y agrado. En efecto, la unión de su sobrino con la hija de los condes de Castro parecía un pensamiento dictado por su política. Conocía muy bien D. Alvaro la poca confianza que debe cimentarse en la amistad de los príncipes; no se le ocultaban tampoco los peligros de su situación; y aunque no bramaba todavía la tempestad que le arrojó más tarde de la cima de un escandaloso poder al abismo profundo de una inconcebible desgracia, veíala el favorito formarse ya sobre su cabeza, y agitarse y extenderse sordamente con una rapidez que anunciaba no estar lejano el momento de su primer estallido. El adelantado D. Diego Gomez de Sandoval no era solamente uno de los jefes mesnaderos de más importancia; no era

solamente un personaje de la primera distincion, enlazado con muchas familias de poderosa influencia; era, ademas, el consejero íntimo y respetado de D. Juan de Aragon, — cabeza y alma del partido temible que en contra del condestable comenzaba á organizarse en Castilla. — Unir su familia con la de aquel magnate, debia juzgarse acto de grande acierto por parte de D. Alvaro, y un enlace tan ventajoso — en el sentido político — no lo era ménos bajo el aspecto social; pues por la fortuna, como por el nacimiento, Dolores Gomez de Sandoval era uno de los más brillantes partidos de Castilla.

El lector comprenderá, por tanto, sin necesidad de mayores explicaciones, que el condestable no descuidó en manera alguna los tiernos votos de su jóven pariente, y ya hemos visto que supo disponer — nada ménos que de real órden — el casamiento de los dos amantes, que con tanto acierto le habian confiado su destino.

Dolores esperaba el resultado de los sucesos preparados para aquel dia, puesta de rodillas ante las imágenes de su devocion, y contando horas tras horas con febril ansiedad el tiempo que trascuria, cuando vino á interrumpir sus oraciones, y á distraerla momentáneamente de sus pensamientos, su dueña Mari-García.

Era ésta una mujer de cuarenta y ocho á cincuenta años, alta, enjuta, acartonada, de aspecto tan poco femenino que á primera vista se la podia tomar por un hombre disfrazado con traje del otro sexo: para corroborar esta idea presentaba la parte inferior de su anguloso semblante algunos vellos, tan robustos y ásperos que estaban clamando el auxilio de la navaja; y tenia su voz sonidos tan broncos y duros, que más parecia propia para mandar la maniobra de un buque que para dictar consejos á una niña.

Pero si en lo físico disimulaba perfectamente que era mujer la dueña Mari-García, descubríalo en lo moral, pues era imposible hallar otra más curiosa entre las hijas de Eva, asociando á esta cualidad la de regañona, antojadiza y parlera. Á pesar de esto último, poseia la completa confianza de sus amos, lo que nos obliga á creer que su locuacidad no perjudicaba en lo más mínimo á su discrecion y honradez.

Entró aquella mujer muy despacito en el aposento de Do-

lores, empujó suavemente la puerta del oratorio, y asomó su barbuda cara al mismo tiempo que la jóven volvía con prontitud sus bellísimos ojos, alarmada por el leve rumor producido por las pisadas de la dueña.

— Soy yo, dijo ésta, procurando sonreirse. ¿Es posible que os halle de esa manera todavía? Bien está que no quisierais acompañar á vuestros padres á la ceremonia del bautizo y al banquete real, puesto que no os sentiais muy buena en las primeras horas de la mañana; pero teneis ahora un semblante de salud que encanta la vista, y me parece que es tiempo de pensar en vuestras galas. No presumo que querais tambien privaros de asistir á las justas, no teniendo que hacer más que poneros al balcon; pues frente por frente está el tablado—lujosamente vestido—en que presenciará la fiesta su alteza D. Juan II, y os advierto que muchas damas, convidadas por la condesa, vendrán á casa esta tarde. Como en la presente estacion son éstas cortas, el banquete deberá concluirse muy pronto; creo que estaba dispuesto para la una en punto, y van á dar las tres, á cuya hora se debe abrir el palenque; mirad si es preciso que trateis de aderezaros.

— ¡Las tres ya! murmuró Dolores. El rey habrá hablado. ¡Ya lo sabrán todo!

La dueña—que no entendió una palabra de las que entre dientes articuló la jóven—sacó del guardaropa un hermoso vestido azul celeste y lo desplegó á su vista, diciendo con mal humor:

— Tanto rezar no conduce á nada; no es sordo ni olvidadizo Dios, nuestro Señor, para que sea menester hablarle incesantemente de una misma cosa. ¿Quereis este traje? Si no, podeis lucir hoy la rica saya de velludo que os regaló vuestro tío hace tres meses, el día que cumplisteis diez y seis años, y que todavía no ha tenido el gusto de veros nunca.

Dolores se puso en pié, sacudiendo con aire melancólico su profusa cabellera color de castaña, y dijo con dulce voz, pero con tono mohino:

— No estoy para fiestas, mi buena María. Despues que venga mi madre, despues que la haya visto, entónces tal vez me animaré y pensaré en las justas. Dejadme ahora tranquilo; os lo suplico.

— Pero cuando venga la condesa, replicó la García, ya

no será tiempo de vestiros. ¡Válgame Dios, con una niña de diez y seis años que no gusta de atavíos! Pero no; á mí no me haréis creer, como á vuestra madre, que lo que tanto os preocupa es el deseo de meteros á monja; no por cierto: no se me ha pasado por alto la causa verdadera de esas cavilaciones, y os digo que vale cien veces más vuestro primo Gutierrez de Sandoval que el mancebito de los cabellos rizados, que siempre anda rondando por la plaza y acechando nuestros balcones.

Dolores se inmutó; pero ántes de que tuviese tiempo de responder á la dueña, repentino rumor de pasos y de voces vino á llamar poderosamente la atencion de ambas.

—¡Son los condes! exclamó Mari-García, soltando sobre una silla el vestido que tenía en la mano.

—¡Mis padres! articuló débilmente la jóven, temblando de piés á cabeza, y poniéndose más blanca que la nieve.

—Corro á recibir á la señora, dijo la dueña; bueno será su humor cuando sepa que estais así todavía.

Y salió, en efecto, cuidándose poco del aspecto verdaderamente alarmante que presentaba Dolores. Quedóse ésta por espacio de diez minutos inmóvil en su sitio, toda absorta en escuchar; pero nada se oía. El ruido causado por la llegada de los condes se habia ido calmando progresivamente.

Dolores no pudo resistir á su ansiedad, y salió de puntillas hasta los corredores. Estaban desiertos, y siguió andando cautelosamente, sin saber ella misma adónde se dirigia.

Mari-García, que la habia dejado tan bruscamente, pensando que su ama vendria bastante complacida para encontrarse dispuesta á soportar su charla y á contentar algun tanto su curiosidad—refiriendo circunstancias del banquete régio—se sintió tan chasqueada en su esperanza que tuvo á bien recurrir á los escuderos para saber algo, y la condesa y su marido se encerraron solos en el gabinete particular que tenía destinado á su tocador aquella dama.

Dolores, no viendo á nadie, atravesó algunas salas de la vastísima casa, y se halló casualmente delante de la puerta del gabinete mencionado, percibiendo entónces la voz de una persona que hablaba dentro y que reconoció al punto. Se acercó temblando y casi sin respirar hasta la puerta, y pudo escuchar bastante distintamente el diálogo siguiente:

— Os repito (decía doña Beatriz en el instante en que Dolores aplicaba el oído á la cerraja), os repito que es una burla, un ultraje premeditado. Bien sabe el rey que nos es imposible aceptar tan vergonzoso enlace; pero se ha querido escarnecernos, D. Diego; se ha querido humillarnos á la faz de la córte.

— Os engañais, Beatriz, respondió el Adelantado. Don Juan II está sobrado ciego para poder medir la distancia que separa á Rodrigo de Luna de la hija de los condes de Castró; ha creído sinceramente que nos hacia honor al proponernos esa alianza. Además, ¿no ha visto á los Portocarreros darse por felices en emparentar con su privado?

— ¡Miserables! exclamó doña Beatriz con tono de desprecio inimitable; añadiendo en seguida: El rey debe comprender que los Sandoval y los Avellaneda no se asemejan á los Portocarreros, ó cualesquiera otros para quienes el caprichoso favor de un príncipe débil sea suficiente á prestar valía á oscuros advenedizos.

— El rey—repuso con amargo acento D. Diego—no piensa en cosa alguna, como no sea en complacer á su valido. ¡Rodrigo de Luna! añadió; no podía su alteza haber destinado á mi hija un esposo que me fuese ménos agradable, y que seguramente mereciera más la desaprobacion del Infante. ¿Qué dirá D. Juan de Aragon de semejante casamiento?

— Pero ¿es acaso posible? prorumpió la condesa: ¿pensais que ese casamiento puede verificarse?

— Señora, respondió el Adelantado, nací vasallo del rey de Castilla, y bien sabeis que ha sido órden suya, órden terminante, que ese enlace se realice.

— La potestad del rey no se extiende á tanto, exclamó trémula de cólera la altiva doña Beatriz; no es dueño el monarca del honor de sus súbditos; no puede mandar que se infamen por dar gusto á su ambicioso favorito. Así se lo diréis á su alteza, D. Diego; así se lo diréis.

— Cuando se agita en vos el orgullo jamas escuchais á la prudencia, repuso el Adelantado. Beatriz, lo que estais diciendo es un desatino. Yo hablaré con el infante; buscaré medios honrosos y dignos de evadir el terrible empeño en que nos vemos metidos; pero miéntras tanto es preciso disi-

mular, mostrando á todos el profundo respeto con que acogemos las órdenes del Monarca.

— ¡Nunca! gritó fuera de sí la condesa. Nadie podrá presumir un solo instante que he aceptado con sumision la ignominiosa propuesta de esa indigna alianza. Tenedlo entendido, D. Diego, y obrad como querais; pero en el concepto de que ántes mataré á Dolores que dársela por esposa al hijo ilegítimo de la verdulera de Tordesillas.

Un grito lastimero y hondo siguió inmediatamente á esta declaracion de la condesa; oyóse al mismo tiempo el golpe de un cuerpo contra el pavimento al otro lado de la puerta que separaba aquella estancia de la contigua, y al abrirla los condes hallaron á su hija fria y sin conocimiento delante del umbral, que ensangrentaba su herida y desmelenada cabeza.

— ¡Nos estaba escuchando! exclamó el Adelantado, bajándose para tomarla en sus brazos. Nos estaba escuchando, y el estado en que la vemos nos prueba la verdad de lo que asegura el rey.

— ¿Qué asegura el rey? preguntó toda trémula la condesa, mientras limpiaba con su pañuelo la ensangrentada frente de su hija.

— Que esta infeliz ama á Rodrigo, contestó D. Diego; que el marido que él la da es el escogido por ella.

Doña Beatriz se apartó de Dolores con gesto de repugnancia y horror, y en tanto que — á las voces del conde — acudian los criados de la casa y le ayudaban á trasportar al lecho á la pobre niña, aquella mujer orgullosa — retrocediendo hasta el fondo del gabinete — se dejó caer desplomada en un sillón, cubriéndose el rostro con las manos y articulando con ahogado acento :

— Muera en buen hora si es cierto que le ama.

CAPÍTULO IV.

Amor de padre.

Los balcones de la casa del Adelantado estuvieron cerrados toda aquella tarde; las personas convidadas para contemplar desde ellos el espectáculo marcial que se ofrecía en la plaza, recibieron aviso á última hora de que un repentino y peligroso accidente sobrevenido á la hermosa hija de los condes de Castro, privaba á aquellos señores del placer de recibirlas.

Así, cuando todo era animacion y bullicio delante de la casa de Sandoval, reinaban dentro de ésta la zozobra y la amargura, porque la situacion de Dolores adquiría por instantes mayores apariencias de gravedad. Dos horas permaneció privada de sentidos, no obstante haberse prodigado todos los auxilios posibles, bajo la direccion del Dr. Yañez, que era reputado uno de los más hábiles discípulos de Hipócrates y Galeno; y cuando se consiguió, por último, hacerla volver en sí, le asaltaron inmediatamente violentas convulsiones, que durante toda la noche tuvieron en indecibles angustias al corazon del alarmado padre.

La condesa, empero, se mantenía en su aposento, contentándose con enviar de rato en rato á su camarera Isabel Perez para llevarla noticias del estado de la enferma; á quien parecia no creer en peligro alguno verdadero, sino sólo pasajeramente afectada de una sobreexcitacion nerviosa.

El médico, por su parte, se encerraba en cierta reserva, que aumentaba las inquietudes del buen Adelantado, que acabó por desahogar su pecho en el del Esculapio en quien ponía su confianza, diciéndole— con el acento de quien se halla resuelto á consumir á todo trance un sacrificio que cree necesario para salvar al objeto que le es más caro en el mundo :

— Doctor, el médico es como el confesor : todo debe saberlo. Esta niña está enamorada, y ha creído que sus padres podrian posponer su felicidad á consideraciones sociales. Cuidadla, asistidla, y sobre todo hacedla comprender que

me hallo dispuesto á llevar á cabo cuanto pueda contribuir á su ventura.

Casi en los mismos momentos en que se pronunciaban estas palabras en la alcoba de Dolores, subian las escaleras de la casa D. Álvaro de Luna y su dendo D. Rodrigo, que venian á las primeras horas del dia, á informarse, llenos de interes, de la salud de la jóven. El conde no vaciló en recibirlos con atenciones casi afectuosas, que referidas á doña Beatriz la causaron un verdadero paroxismo de cólera.

Renunciamos á pintar la larga y borrascosa escena conyugal que se verificó despues; sólo diremos que agotó la condesa cuantos recursos le sugirió su ingenio y cuantas violencias le inspiraba su carácter, para apartar á su marido de la determinacion que visiblemente habia tomado de sacrificar toda repugnancia de orgullo en las aras de su amor paternal.

— Se trata de la existencia de mi hija, respondia inalterable á todas las reflexiones y reproches que le dirigia la condesa.

— Así, pues — exclamó al fin ella, poniéndosele de pié con ademan de desesperacion profunda; — así, pues, ¿estais resuelto á despreciarlo todo por satisfacer la ambicion de unos aventureros y los caprichos de una niña?

— Estoy resuelto (contestó el conde volviéndole la espalda y abandonando la estancia) á hacer feliz á mi hija, cuéstemelo que me costáre.

Rarísimas veces sucedia que se opusiese el Adelantado de Castilla á las voluntades de su mujer, con cuyo carácter imperioso observaba, por lo comun, los mayores miramientos; pero cuando llegaba el caso de manifestar abiertamente una opinion contraria á la de aquélla, sabia sostenerla con tan fria perseverancia que toda la impetuosidad de la condesa se quebrantaba al fin en su tranquila firmeza. Sabíalo la dama, y comprendió — en la ocasion de que hablamos — la inutilidad de sus esfuerzos. El conde habia tomado su resolucion y nada era capaz de apartarle de ella.

Mohina y taciturna pasó, por tanto, aquel dia encerrada en su aposento, en el que no se permitió entrada sino á su hermano D. Juan — con quien conferenció largamente — y á su favorita Isabel Perez que de vez en cuando la traía

noticias, cada vez más satisfactorias, respecto de la enferma. En efecto, las buenas disposiciones del corazón de su padre habían sido para ella eficaz medicina, y al retirarse aquella noche el doctor Yañez, no podía menos de ir haciendo científicas reflexiones sobre la poderosa influencia que ejerce la moral sobre lo físico: Dolores había recobrado, como por encanto, con la esperanza en la felicidad de su amor, la posesión de su salud florida.

Atravesaba el Esculapio, pensando en esto, la larga antecámara que conducía á la escalera, cuando sintió de repente el roce de una ancha falda sobre el marmóreo pavimento, y oyó la voz de la condesa decirle, casi al oído, con misteriosa entonación: Tengo que hablaros; seguidme.

Una criada que precedía al facultativo, alumbrándole, continuó su camino sin echar de ver la detención de aquél; hasta que se encontró con otro doméstico de la casa, que velaba también en el recibimiento, y que la dijo con galantería:

—¡Hola! ¿Viene la hermosa Juana á pedirme una silla cerca de este fuego? No lo tendréis igual en el cuarto de vuestra señorita, porque he oído decir que hace daño á los enfermos. Llegaos, pues, á calentaros, y decidnos si áun nos tendrán muchas horas de centinela en la escalera. ¿Va á esperar el día el doctor dentro de la casa? Son ya las doce.

Juana volvió entónces hácia atrás sus soñolientos ojos, y exclamó con sorpresa:

—¿Pues qué se ha hecho ese hombre?

Su interlocutor tornó, en vano, á brindarle el atufante calor de la gran copa colocada en medio del recibimiento, pues ella se apresuró á desandar lo andado en busca del doctor Yañez, á quien no veía. No le halló, sin embargo—como pensaba—ni detenido en los corredores, ni en la cámara de la enferma; pero cuando se acercó al gabinete particular de la condesa, cuya puerta estaba cerrada, percibió que hablaban dentro; y pudiendo más que el sueño la curiosidad femenil, hizo cuanto le era dado para entender las palabras que llegaban confusamente á sus oídos; pues le pareció cosa bastante extraordinaria que una señora tan recatada como su ama se encerrase sola y misteriosamente con un hombre en aquellas horas, por más que los años y la peluca del

doctor debiesen alejar toda sospecha de cierto género, áun del ánimo más desconfiado y malicioso.

Imposible le fué á Juana, no obstante el silencio que reinaba en la casa, oír clara y seguidamente la conversacion de la condesa y del médico; pero pudo recoger palabras sueltas ó truncadas, que trasmitimos á nuestros lectores sin tratar de explicárselas.

—«Sí, doctor, todo ántes que ese casamiento ignominioso. Es preciso absolutamente evitarlo.... Haced lo que os he dicho : mi reconocimiento será eterno si vuestra habilidad me ayuda.

—» Pero, señora condesa, si nada de eso nos bastara....

—» Escuchadme, doctor; hay un último aunque terrible recurso....»

Aquí la voz de la condesa se hizo ininteligible para Juana, quien sólo pudo entender esta exclamacion de Yañez:— « ¡Es posible, señora! ¿Me proponeis seriamente tan extraña cosa?

—» No hallo otro medio de....

—» Mas para siempre....

—» ¡Sí! jamas sabrá nadie....

—» Me espantais, condesa.

—» No hay que vacilar cobardemente. Es menester salvar á todo trance el honor de mi familia, y vuestra recompensa será proporcionada á la grandeza del servicio.»

Todavía hablaban dentro del gabinete, y todavía escuchaba á la puerta la curiosa Juana—no obstante el poco fruto que alcanzaba—cuando se vió sorprendida de improviso por Isabel Perez, que venía entónces del cuarto de Dolores.

—¿Qué haces aquí? dijo á Juana severamente, aunque cuidando de no ser oída.

—Me pareció que llamaba la señora, respondió turbada, y me he acercado á oír si estaba, en efecto, en esta estancia.

—Está,—dijo Isabel—mas yo quedo para si llama : véte á acostar, nadie te necesita, y ¡pobre de tí si das en ser espía!

Juana obedeció, aterrorizada instintivamente. Al mismo tiempo se abrió la puerta del gabinete y salió el doctor andando

de puntillas; pero con aspecto algun tanto pensativo y más grave que de costumbre, lo cual no atenuaba un no sé qué de egoísta y de hipócrita, que era natural á su fisonomía.

La condesa mandó en seguida que todos se retirasen á descansar, y ella misma se metió en el lecho, despues de haber preguntado por su hija, y saber que continuaba durmiendo con tranquilidad, velando su sueño Mari García.

CAPÍTULO V.

La madre y el médico.

Al otro dia— á las diez de la mañana— Dolores, un tanto pálida, pero completamente libre de sus anteriores padecimientos, estaba incorporada sobre sus almohadas tomando un caldo que le servia su dueña, y el conde y la condesa se hallaban sentados—uno frente á la otra—delante de la cama de la enferma, á quien por fin se dignaba visitar su madre.

—Ha dormido bien, la decia Mari García; cuando la vea el doctor quedará muy contento: estoy segura.

—¿No sientes ninguna incomodidad, hija mia?—preguntó D. Diego, que tenía fijos los ojos en la jóven con entrañable cariño.

—¡Ah! no, papá; gracias; estoy mucho mejor, —respondió Dolores, dirigiendo á su padre una afectuosa sonrisa.

—Es menester que te restablezcas pronto, —repuso aquél: ya sabes que tan luégo como te encuentres buena debemos celebrar los contratos de tu matrimonio.

La doncella, cuyo descolorido semblante se tiñó de púrpura, extendió su diestra para asir la de su padre y quiso aplicar sus labios sobre ella; mas el conde se levantó al mismo tiempo y la estrechó entre sus brazos.

—¡Padre mio! ¡Amado padre mio! —fué todo lo que pu-

do articular Dolores; pero el acento de aquellas palabras y la mirada que las acompañó expresaban tan inefable gratitud, que debió inundarse de alegría el corazon del conde.

—¿Has podido dudar,—pronunció conmovido,—de que era tu felicidad el interes primero de mi vida?

—¡Perdonad!—exclamó Dolores, dejando caer la cabeza sobre el seno paternal.—¡Os debo dos veces la existencia! ¿Con qué podré pagaros?

—¡Con ser feliz!—respondió el Adelantado; y se apartó un poco para ocultar el exceso de su enternecimiento.

La condesa nada decia. Sus negros y fulgurantes ojos se fijaban con distraccion en un retrato de su padre, que estaba colocado al frente del lecho de su hija, y sus labios contraídos parecian parodiar una sonrisa. En aquel momento entró el médico.

—Vuestra enferma os hace honor, amigo Yañez,—le dijo el conde, recibéndole con agasajo.—Su mejoría es visible.

El doctor pulsó á Dolores, que se sonreia con angélica satisfaccion, y despues de hacerle algunas preguntas se quedó cabizbajo.

—Creo que nada hay que temer,—articuló el conde, observando con desagrado el aspecto del médico.

—En realidad—respondió éste, no sin vacilar un instante,—nada veo que indique un peligro inmediato; pero esta señorita necesita grandes cuidados.

—Hablad con franqueza,—exclamó D. Diego.—¿Os parece que existe motivo para recelar la repeticion del accidente?

—No es eso lo que temo—pronunció el facultativo, mirando á la jóven con expresion de piedad.—Hay ciertas predisposiciones desgraciadas..... En fin, mi opinion es, señor conde, que debemos evitar á la enferma toda emocion violenta; las impresiones fuertes—áun las de la alegría—pudieran serle funestas. Su pecho está delicado....., muy delicado.

—¿Qué género de vida le aconsejais?—preguntó entonces la condesa, que parecia tan conmovida como su esposo por las palabras del médico.

—El más tranquilo,—respondió éste.—Nada de agita-

cion física ó moral. El campo, los aires puros, las distracciones más sencillas.... Creo conveniente, indispensable, que esta señorita se aleje del tumulto de la corte; que no piense por ahora sino en su salud. Su organización especial requiere extraordinarios miramientos.

El conde vió temblar á Dolores, y se apresuró á decir:

— Mi hija, como sabeis, se casará dentro de breves dias: en seguida puede marcharse al campo con su marido, y proporcionarse una vida tan apacible como la convenga.

El médico hizo un gesto, que en cualquiera otra circunstancia hubiera provocado la risa de cuantos le miraban, y exclamó con tono de asombro:

— ¡Al campo con su marido?..... ¡Cómo!..... ¿Lo ha dicho así vuesa merced?..... ¿En el estado en que se halla? Sin duda no he sabido hacerme comprender.

— Pues ¡qué! — preguntó el conde demudado, — ¿pensáis.....

— Que esta señorita no debe, no puede casarse por ahora, — dijo resueltamente el doctor.

La dueña lanzó un chillido: Dolores acababa de desmayarse en sus brazos.

Un instante despues, en tanto que se prodigaban los auxilios acostumbrados á la jóven doliente — que empezaba á recobrar sus sentidos — entró á anunciar Isabel Perez que llegaban á visitar al conde D. Alvaro de Luna y su sobrino, y que un individuo de la real servidumbre venía, al mismo tiempo, á informarse de parte de sus altezas del estado de la enferma.

— Esto no es nada, — dijo el conde, tratando de tranquilizarse á sí mismo. — Voy á decirlo así á los señores de Luna y al enviado del rey. ¿Quieres, hija mia, que se señale el dia de mañana para las capitulaciones matrimoniales?

La jóven se estremeció dulcemente: un fugaz, pero vivo sonrosado apareció de nuevo en su rostro, y respondió un sí balbuciente, pero rápido.

En seguida, como avergonzada, ocultó la cabeza en el pecho de su dueña, y el conde gozoso miró al médico con aire triunfante y se adelantó hacia la puerta.

— ¡Deteneos! gritó doña Beatriz, poniéndose en pié con ademán trágico. — No me compelaís hasta el extremo. ¡Qué!

Ese casamiento, que sólo aceptabais como único medio de salvar la vida de vuestra hija, ¿os es ya tan satisfactorio, que lo llevaréis á cabo comprometiendo la misma existencia que tanto aparentabais estimar?

D. Diego volvió los ojos hácia su hija — que le dirigia un gesto suplicante de angustiosa inquietud — y respondió á su mujer :

— El doctor se admiraba ayer de lo mucho que puede el ánimo sobre el cuerpo, y — fundándome en ello — quiero ántes que todo ver contenta á mi hija.

Iba á salir de la cámara al terminar su última frase ; pero la condesa se le puso delante : su aspecto ostentaba en aquel momento toda la energía del dolor y toda la aspereza de la cólera.

— ¡ D. Diego ! exclamó con ahogada voz, mirad lo que haceis..... tened presente que os he dicho que estoy resuelta á impedir el deshonor de mi casa.

— Beatriz — respondió conmovido, pero inflexible don Diego, — yo os he dicho tambien que estoy resuelto á salvar á toda costa la existencia de mi hija. — Y salió de la cámara.

— ¡ Salvar su existencia ! repitió con singular acento la condesa.

— ¡ Oh madre mia ! ¡ Sí ! — dijo entónces Dolores , haciendo esfuerzos para ponerse de rodillas encima de su cama. — Tened lástima de este pobre corazon ; no le negueis el consentimiento que os pide para ser dichoso.

La condesa dió dos pasos hácia su hija, se paró en frente de ella, mirándola con extraordinaria expresion, y pronunció — despues de un momento de silencio, durante el cual la jóven, arrodillada y con las manos juntas, clavaba en tierra sus hermosos ojos preñados de lágrimas :

— ¡ Dolores ! por mí , por tí , por el honor de tu familia, por cuanto haya más sagrado, te conjuro en este instante que rechaces para siempre esa union infausta.

— ¡ Dios mio ! ¡ Dios mio ! murmuró la doncella, cayendo desfallecida sobre su almohadon.

Doña Beatriz se acercó más : llegó hasta apoyar sus blancas y aristocráticas manos en el borde de la cama, repitiendo :

— Por tí, por mí, por evitar grandes desgracias..... ¡Dolores! es preciso que te niegues á ese casamiento.

— ¡No puedo! respondió ella, llorando amargamente y sin mirar á su madre.

— ¿No puedes?..... pronunció doña Beatriz con indescribible tono.

— ¡No puedo sin morir! dijo Dolores.

— ¡Pues bien! ¡muere! exclamó la condesa, estremeciendo el lecho con el temblor de sus crispadas manos.

— ¡Dejadme! gritó la jóven, incorporándose con espanto. ¡Dejadme, en nombre del cielo, madre mia! Yo amo á Rodrigo, lo amo con toda mi alma, y he luchado en balde contra este sentimiento, más fuerte que mi razon. No me pidais, pues, que lo sacrifique á vuestro orgullo, porque me es imposible.

— La enferma está delirando, dijo el médico friamente.

Dolores lo miró con ojos descajados, se pasó las manos por la frente y exclamó con indecible angustia :

— ¡Oh, Dios mio! ¿querrán hacerme pasar por loca?..... Esto es horrible.

— Tranquilízate, dijo entónces doña Beatriz, que pareció haber recobrado súbitamente su calma llena de dignidad.

— Sr. Yañez, volved á la noche á visitar vuestra enferma; ahora necesita reposo.

Diciendo esto, salió con el facultativo, acompañándolo hasta la escalera. Dolores lloró todavía por espacio de doce ó quince minutos, sin contestar nada á las reconvenciones que le dirigia la dueña, sobre la falta de modestia y la irreverencia con que habia hablado á su madre. Despues, rendida por tantas agitaciones y bajo la influencia de una ligera calentura, se adormeció por algunas horas, sin que la dueña cesase de repetir de vez en cuando, á la cabecera del lecho :

— ¡Vaya con las niñas del dia! ¡Qué obediencia! ¡Qué respeto filial! ¡Pobre condesa! Le sobra razon para no querer por yerno al tunantuelo que ha trastornado de tal modo la cabeza de esta chiquilla. Lo que es yo, por mi parte, tampoco consiento.

Miéntas que esto refunfuñaba María, el conde, que acababa de venir de palacio— adonde fué con el condestable y

su sobrino para comunicar al rey que al día siguiente se firmarían los contratos —leía un billete del infante D. Juan de Aragon, concebido en estos términos :

«Sé el compromiso en que os hallais con el rey, mi querido conde, y os recomiendo que vengais á verme ántes de resolver cosa alguna. Ese casamiento no debe llevarse á cabo, y yo os indicaré los medios de salir bien del empeño.—
Vuestro amigo,

EL INFANTE DON JUAN.»

D. Diego Gomez de Sandoval contestó, sin pensarlo mucho, con las siguientes palabras :

«Alto y poderoso señor : El pesar con que me prestó al casamiento ordenado por el rey, se acrecienta ahora viéndome en la necesidad de decir á vuestra señoría que nada puede hacerse para evitarlo. Mi hija ha estado á las puertas del sepulcro, y la he empeñado mi palabra de honor de que mañana se firmarán los contratos : sábelo ya el rey, y cuando recibí el escrito á que tengo la honra de contestar, me disponia á comunicarlo á vuestra señoría pidiéndole su aprobacion, que no dudo me dispense, enterado de la situacion de las cosas.— B. L. M. de V. S. su humilde servidor,
EL CONDE DE CASTRO XERIZ.»

CAPÍTULO VI.

El día de los contratos.

Ningunas resoluciones son tan tenaces como las de aquellas personas que rara vez ejecutan sus voluntades. Hay caracteres fuertes—pero perezosos—que por cariño, por prudencia, por indolencia muchas veces, se habitúan á ceder á los espíritus activos y turbulentos con quienes se hallan en contacto, y soportan pacientemente la tiranía á que se han

sometido, por la capacidad que reconocen en sí de sacudirla á su placer en el momento en que los excite un interes poderoso. Llegadas las circunstancias solemnes, salen de su apatía con tanta mayor fuerza cuanto ha sido más larga su perezosa inaccion, y suelen ser obstinados á medida que han sido inertes.

Esto aconteció á D. Diego Gomez de Sandoval: apénas podia recordar doña Beatriz que en todo el tiempo trascurrido desde que era su consorte se hubiera opuesto sériamente á uno de sus deseos; más bien comprendia, en la circunstancia á que aludimos, que habia llegado el caso de ser ella la que se plegase ante una decision inmutable, expresada con una autoridad harto economizada hasta entónces. La dama se revistió, por tanto, de aspecto grave y resignado, desde la mañana de aquel dia en que se fijó el siguiente para la celebracion de los contratos; y observándolo D. Diego, redobló las atenciones y el cariño, como para endulzar á su esposa el sacrificio que habia impuesto á su orgullo, y que parecia por fin magnánimamente aceptado.

Los dos pasaron la tarde en la alcoba de Dolores, que, aunque fatigada por las vivas emociones de aquel dia memorable, continuaba en buen estado—en apariencia al ménos—bien que á la llegada de la noche se notase algun recargo en la ligera fiebre que desde algunas horas ántes la habia asaltado.

El doctor entraba en la cámara de la enferma en los mismos momentos en que la antedicha circunstancia hacia renacer un tanto las inquietudes paternales, y ambos esposos se apresuraron á preguntarle su dictámen. Tomó el facultativo sucesivamente entrambas manos de la jóven, pulsándola con detencion, y se quedó pensativo..... muy pensativo.

—¿Qué decis? articuló impaciente el adelantado.—¿Está peor acaso?

—El pulso es duro é irregular, murmuró entre dientes el interrogado.

Dolores se incorporó asustada.

—Me siento bien, dijo con viveza; debo tener un poco de calentura..... me duele la cabeza..... pero todo pasará; mañana estará buena.

El doctor la hizo acostar de nuevo, recomendándola silencio y quietud, y no desarrugó el ceño, que observaba temblando el infeliz padre.

—¿Pensais que sería conveniente una sangría? dijo al oído de Yañez.

—No por ahora, respondió éste; yo permaneceré toda la noche cerca de esta señorita, y—si la situación se agrava—mañana pueden vuestras mercedes llamar otros facultativos de su confianza con quienes consultar.

El conde lo asió del brazo convulsivamente, y—alejándolo algunos pasos del lecho de Dolores—tornó á preguntarle con mayor ansiedad :

—Pero ¿está peor? Decídmelo sin rodeos, Sr. Yañez. ¿Os parece mal su estado?

El médico, visiblemente conmovido por aquellas interrogaciones, se rascaba la cabeza y tosía, no acertando á explicarse; mas por fin respondió estas palabras, que parecían salir trabajosamente de sus labios :

—La situación es grave....., sí....., ¡muy grave! Pero no hay por qué desesperar, y yo ruego á vuesamerced que disimule sus inquietudes en presencia de la enferma. Es preciso que reine en torno suyo la más completa tranquilidad.

D. Diego cayó desplomado en una silla, y el facultativo dispuso con aceleramiento una bebida que ordenó se suministrase inmediatamente á la jóven, á quien ofreció volver á ver dentro de algunas horas.

Se despidió en seguida, tornando á recomendar silencio y calma.

D. Diego miró á su mujer con ojos desencajados; pero Dolores—como si quisiese disipar la angustia que en ellos se leía—dijo jovialmente, incorporándose en el lecho y sacudiendo su destrenzada y profusa cabellera castaña :

—Me pesa la cabeza cual si tuviese sobre ella la enorme peluca del buen doctor Pero Yañez. Hacedme el favor, mi querida María, de recogerme los cabellos, y me parece que eso bastará para mejorarme de mi ligera calentura.

La condesa se adelantó á la dueña para cumplir la indicacion de su hija, y la besó dos veces miéntras sujetaba bajo una cofia de encajes su riquísima melena. En seguida la sirvió por sí misma la tisana preparada por el médico, y don

Diego pudo observar — con agradable emoción — que dos gruesas lágrimas, desprendiéndose de los ojos de la madre, se mezclaron con la medicina que apuraba dócilmente la hija.

Cuando la condesa colocaba sobre una mesa el cristal ya vacío, Dolores fijaba en ella sus hermosos ojos, llenos de agradecimiento y de ternura, y acaso en aquel instante sentía remordimientos, recordando la enérgica negativa que había opuesto á los ruegos de la condesa. Acaso el afecto filial—reanimado entónces por las inesperadas muestras del materno cariño—ahogaba momentáneamente los votos del amor, y se preguntaba la jóven si no era un crimen sacrificar á su ventura el orgullo de aquella á quien debía la vida. Como quiera que fuese, la enferma—que se incorporára serena y animada—se mostró de repente meditabunda y abatida. Permaneció algunos minutos con la cabeza baja y los brazos cruzados sobre el pecho, luégo exhaló hondos y ahogados suspiros, tuvo frecuentes estremecimientos, hasta que —por fin—tornó á acostarse y á dormirse bastante profundamente.

Sin embargo, el despejo y la calma que habia manifestado, cuando acababa de expresar el médico tan sérias inquietudes, produjeron en el conde benéfica impresion; comenzando á sospechar que exagerase Yañez la gravedad del accidente, para dar á la curacion más valía.

Con este pensamiento, llamó á su mujer á un extremo de la estancia, y sentándose junto á ella, la dijo:

—Paréceme, amada Beatriz, que no hay motivo para entrar en cuidado por cuanto indica el doctor. La niña indudablemente está ya fuera de peligro....., y áun quizá no lo ha tenido nunca tan grande como mi corazón ha temido.

La condesa se encogió de hombros y contestó sonriendo:

—Me alegra que lo conozcais, pues de ese modo cesaréis de juzgarme una madre sin entrañas, capaz de dejar morir á su hija pudiendo salvarla.

Calló doña Beatriz, y D. Diego comenzó á pasearse agitado de un extremo al otro del aposento. Pensaba que era, en efecto, bastante verosímil que la promesa que habia pronunciado hubiese sido arrancada premeditadamente al corazón paternal por las apariencias de un riesgo imaginario; casi se sentía avergonzado de la facilidad con que prestó cré-

dito á las ponderaciones del artificioso médico y á las pavorosas quimeras creadas por su propia imaginacion; de modo que al volver á sentarse al lado de su esposa, no pudo ménos de decirla con cierto aire contrito:

—Perdonadme, querida Beatriz, el haber tomado—contra vuestro deseo y consejo—una resolucion que confieso era merecedora de más detenido exámen.

Nada respondió la condesa: suspiró y bajó la cabeza, como si pesase en ella una idea dolorosa. Un instante despues dijo á su esposo:

—Puesto que estais más tranquilo respecto á nuestra hija, ¿por qué no os recogeis y procurais descansar algunas horas?

—Lo necesito, en efecto, contestó el adelantado; pero quiero aguardar el regreso del doctor: quiero ver si nos dice todavía que es muy alarmante la situacion de la niña, y hacerle comprender—por si es que está ganado por los Lunas—que no son necesarios mezquinos y crueles artificios para obligarme á persistir en lo que tengo ofrecido, ni para que contribuya en cuanto alcance al logro de cualquiera otra mira que pueda proponerse el buen Pero Yañez: de todos modos, no deja de ser antiguo conocido y un médico estudioso y hábil.

—Teneis razon, fué todo lo que repuso doña Beatriz, quien levantándose al mismo tiempo, se acercó de puntillas al lecho de la enferma y la observó algunos minutos con profunda atencion.

—¿Qué tal?....., la interrogó su marido, aproximándose con iguales precauciones.

—Duerme, dijo la condesa, y siento los pasos del doctor que se aproxima, y que espero nos dirá por último toda la verdad sin rodeos.

Entró el facultativo, en efecto, pulsó á la doliente, examinando con cuidado su semblante á la débil claridad de la única lámpara que daba luz al aposento, y terminado su exámen se dejó caer en una silla inmediata sin proferir palabra.

—¡Todavía! exclamó impaciente el conde: ¡todavía os mostrais desalentado!

—¡Todavía! respondió secamente el Sr. Yañez.

—Pero yo no puedo creer que exista gravedad verdade-

ra, dijo la condesa, participando, al parecer, del descontento que se veía impreso en el semblante de su esposo.

—¿No mirais su postracion? observó el facultativo; por lo demas, no me parece que debemos temer por esta noche ningun suceso desgraciado.

—Pero ¿la hallais de véras muy mala? dijo con acento ya trémulo el conturbado padre.

El médico le miró con asombro; mas procuró modificar la expresion de su fisonomía al responderle:

—Ánimo, señor conde: estoy muy léjos de aprobar temores exagerados. Vuestas mercedes pueden irse á descansar; que áun quedan—así lo espero—áun quedan muchas noches para asistir á la enferma, y por hoy yo me encargo de velar á su lado con la dueña.

Era tan violento en aquel instante el temblor que se habia apoderado de los miembros del conde, que hubo de apoyarse en los brazos del doctor, el cual lo sacó casi arrastrando de aquella triste estancia, y lo condujo á su aposento, ayudándole doña Beatriz. Pusiéronle en cama—no obstante su maquina resistencia—y miéntras Yañez le preparaba un calmante, su mujer le decia al oido:

—¿Qué significa esta flaqueza, D. Diego? ¿Olvidais ya que le conviene á ese hombre ponderar los peligros? La niña no está tan mala como intenta persuadirnos. Velaré cerca de ella, os lo prometo; procurad calmaros; quedaos en cama: más temo por vos que por Dolores..... teneis las manos heladas y desencajadas las facciones.

—Es verdad, dijo el adelantado; no me siento capaz de escuchar otra vez las funestas palabras del doctor. Por más que me parezcan exagerados sus temores, vuelvo á participar de ellos á pesar mio, y sólo consiento en tomar reposo algunos instantes si ahora mismo mandais buscar á otro facultativo, cuya opinion consultemos.

—¿Os parece bien que llame á mi hermano, encargándole expresamente que traiga consigo á su médico?

—Sí; hacedlo sin demora, y avisadme cuando llegue: miéntras tanto procuraré recobrar mi entereza; dejadme solo.

Doña Beatriz salió en el momento en que el doctor Yañez servia á su esposo el anunciado calmante. Bebiólo el conde,

despidiendo tambien al médico, y encargándole que no se apartase más de la cabecera de su hija. Pronto iré á acompañaros, añadió; la congoja va pasando.

Cuando quedó solo se tendió en su lecho y desahogó su corazón con repetidos suspiros. Trabajaba por reanimar sus dudas respecto á la sinceridad del médico; pero no podia. Agitábale un vago presentimiento de que el peligro de su hija era más eminente de lo que confesaba el mismo Yañez; y aumentándose por instantes su zozobra y malestar, resolvió levantarse y volver cerca de Dolores, para observarla por sí mismo. Resolviólo, pero no pudo ejecutarlo. Extraño peso abrumaba su cabeza; crispadores escalofrios recorrían sus entorpecidos miembros; y conoció que no podría dar un paso sin bambolearse como ebrio. Llamó entónces con la campanilla y acudió Isabel Perez.

— ¿Cómo está mi hija? la preguntó con voz demudada.

— Lo mismo, al parecer, contestó ella. Un paje ha ido á llamar al Sr. de Izcar y á su facultativo; entre tanto el doctor Yañez le ha dado segunda dosis de su medicamento, y espera, segun dice, felices resultados.

— Quisiera levantarme, articuló penosamente D. Diego; pero creo que me está comenzando una gran fiebre. He padecido tanto desde ayer, que nada tiene de extraño.

— Descanse vuesa merced, dijo la criada; cubriré la luz para que no se desvele, y vendré á avisarle si ocurre novedad.

— ¡Dormir! murmuraba el conde cuando salia de puntillas Isabel, despues de cubrir la luz como habia indicado. ¡Dormir en medio de tales inquietudes!..... Pero aunque le parecia imposible, cayó muy pronto en verdadero sopor, que si no le procuró completo reposo, entorpeció por lo ménos la facultad del pensamiento.

Dos horas próximamente gozó el pobre caballero aquella imperfecta calma; mas salió de ella sobresaltado, pareciéndole que sentia idas y venidas por los vecinos corredores, y que llegaban hasta él confusas exclamaciones. Hizo entónces un esfuerzo supremo y se lanzó del lecho, á que parecia clavado por el abatimiento de sus fuerzas. Corrió instintivamente hácia la cámara de su hija—atravesando oscuros aposentos con el maravilloso acierto de un somnábulo—y al

desembocar en los corredores se encontró á Isabel, que iba á buscarle desatentada.

— ¿Qué sucede? exclamó con ronca voz el desventurado padre.

— La señorita está muy mala.... ¡muy mala! respondió sollozando la doncella, y áun no han venido el Sr. de Izcar y su facultativo.

El conde se lanzó, fuera de sí, hasta el umbral de la estancia en que estaba Dolores, y se halló frente á frente del doctor, que iba á atravesarlo al mismo instante, perdida toda la gravedad afectada que era el carácter de su fisonomía.

— ¡Mi hija! gritó el caballero: ¡Dolores! ¿qué es de mi Dolores?

El médico por toda contestacion enlazó con sus brazos el robusto talle de D. Diego, procurando alejarlo de aquella puerta fatal. Pero recobró éste por un momento sus gigantes cas fuerzas, y arrastrando á Yañez — como si fuera una pluma — se precipitó dentro.

La condesa, profundamente pálida, estaba en pié delante del lecho de Dolores, y la dueña Mari-García se inclinaba llorosa sobre el cuerpo de la jóven, que tenía todas las apariencias de un cadáver.

— ¡Mi hija! tornó á gritar el conde, deteniéndose estremecido ante aquel cuadro fúnebre.

— ¡Está muerta! respondió la condesa con acento sordo, pero con pronunciaci on clara.

— ¡Muerta! fué todo lo que pudo articular el infeliz, y cayó en brazos del doctor tan exánime como su hija.

Lo volvian en tal estado á su aposento, cuando llegaron por fin el Sr. de Avellaneda y su médico. Instaló á este último el doctor Yañez junto al lecho en que depositára al conde, y volvió presuroso á la cama mortuoria, donde se hallaban solos doña Beatriz y su hermano; mientras Mari-García é Isabel Perez preparaban por su órden las virginales galas con que la jóven difunta debia, segun el uso, descender á la tumba.

No desmayó el varonil ánimo de doña Beatriz en momentos tan terribles. Ella vistió y adornó por sí misma aquellos restos queridos, sin consentir que la ayudasen en el desempeño de tan triste deber otras sirvientes que la dueña y su

doncella favorita. Ella daba, de acuerdo con su hermano, órdenes precisas y terminantes sobre los funerales y el entierro del cadáver en el panteon de su familia, adonde debía ser trasportado, y no se logró apartarla del funesto aposento hasta el instante en que declaró D. Juan que era preciso sacar de él los inanimados despojos de la malograda hermosura.

El Sr. de Avellaneda lo habia dispuesto todo con tan grande actividad, que las gentes de la plebe (únicas que comenzaban á circular por las calles de Valladolid á los primeros albores de la mañana) vieron atravesar por ellas el fúnebre convoy, cuando todavía ignoraban todos que aquellas frías reliquias—que se sacaban de la ciudad real, morada entónces de los placeres brillantes—era cuanto quedaba de una de las beldades más perfectas que habian sido su adorno dos dias ántes.

Un carro magnífico conducia el ataúd, que iba cubierto con ancho manto de raso blanco recamado de oro, y lo escoltaban á caballo D. Juan de Avellaneda y un escudero de éste, llamado Rodrigo de Sepúlveda, siguiéndoles muchos criados de la casa del conde, vestidos de riguroso luto: detras de ellos se veia una litera blasonada, en que iban el doctor Pero Yañez y la dueña Mari-García.

Á la hora en que los rumores de aquel infausto suceso cundian rápidamente por la ciudad, y llegaban á oidos del infortunado amante que esperaba firmar aquel dia los contratos matrimoniales, el cuerpo de Dolores se hallaba ya en la primera parada; donde fueron despedidos como innecesarios los domésticos del conde; quienes regresaron á Valladolid á tiempo aún de poder asistir á las solemnes exequias con las que,—honrando la memoria de la difunta,—elevaba la familia preces fervientes al Altísimo por la eterna felicidad de su alma.

CAPÍTULO VII.

Seis años despues.

El castillo de Castro-Xeriz, en que fundaba su título don Diego Gomez de Sandoval, adelantado de Castilla, no era de las innumerables moradas feudales de que sembró la Edad Media el suelo de la Europa; su arquitectura indicaba á primera vista una obra de los romanos, y los restos que áun subsisten prueban la gran solidez de construccion que caracteriza á los edificios del mencionado origen. En aquella imponente fortaleza tuvo Julio César, segun aseguran algunos, un punto de apoyo cuando la guerra contra los vándalos; segun otros, fué la defensa que expofeso se formó aquel grande hombre en sus luchas con Pompeyo. Lo que se sabe con más certeza es que en ella gimieron víctimas del rigor de D. Pedro de Castilla dos desventuradas princesas (1), y que en épocas posteriores sirvió algunas veces de teatro á brillantes fiestas de poderosos magnates; porque situada á siete leguas de Búrgos, y dominando la antigua villa cuyo nombre tomó, les parecia digno punto de reunion á los nobles de aquella comarca, que debian á su valimiento la honra de preparar allí suntuosas cacerías y espléndidos banquetes. Los villanos del contorno conservaban por largo tiempo los recuerdos de aquellos regocijos, por la liberalidad que solian usar sus señores en tales ocasiones, y por las inequívocas muestras que dejaban por lo comun de la irresistible fuerza de sus galantes caprichos.

Pero en 1431, que es la época de que vamos á hablar, hacia seis años que no alteraba nada la majestuosa calma del soberbio castillo, residencia habitual de la noble señora doña Beatriz de Avellaneda.

(1) Doña Leonor, madre del infante D. Juan de Aragon, y doña Isabel Nuñez de Lara, esposa del mismo.

Desde que el cielo le arrebató su hija, se habia hecho insoportable para aquella dama la tumultuosa vida de la corte, y pocos dias despues del triste suceso á que hemos aludido, se la vió sepultar su interminable dolor entre los espesos muros de aquel vasto edificio, que no abandonó desde entónces ; por más que se empeñaron en arrancarla de su soledad los deudos y amigos, á quienes apenaba justamente tan prolongado retiro. Profundo era el aislamiento en que vivia allí la desdichada madre; no admitia visitas, no conservaba de su numerosa servidumbre sino á la dueña Mari-García y á la doncella Isabel Perez, y rarísima vez alcanzaba el alcaide de la fortaleza la honra de presentar sus respetos á la afligida señora, que ni áun á su capellan recibia en las habitaciones que ocupaba, limitándose á oír la misa—que hacia celebrar los dias de fiesta en su capilla particular—desde una elevada tribuna con espesas rejias.

Las circunstancias de ser el capellan lejano deudo suyo, y el alcaide un servidor antiguo de su casa, no eran parte á que depusiera la condesa su sistema de absoluto retraimiento. El ministro de los altares se resignaba á ella, y Rodrigo de Sepúlveda (que era el alcaide mencionado) no parecia admirado por los más singulares caprichos de aquella ilustre hembra; á cuya familia habia consagrado su vida desde los años más tiernos, sirviendo largo tiempo de escudero á don Juan de Avellaneda, por recomendacion del cual alcanzára más tarde el honroso cargo que en 1431 desempeñaba lealmente.

El mismo conde de Castro y los hijos que le eran tan amados, se hallaban incluidos en la general proscripcion. Doña Beatriz habia declarado que todos—sin exceptuar á su esposo—debian respeto á su retiro, hasta que atenuado su dolor; se hallase capaz de volver á la sociedad de las personas queridas. Aunque seis años trascurridos no hubiesen causado en el espíritu de la dama modificacion alguna, el complaciente y respetuoso marido se sometia todavía al rígido decreto de una separacion indefinida, contentándose con escribir largas y cariñosas cartas, en que agotaba su elocuencia para persuadir á su esposa debia poner término á tan prolongada ausencia.

Doña Beatriz, empero, no cedia jamas: su sombría y ta-

citurna tristeza se esquivaba del influjo poderoso del tiempo, cobrando cada día más grave y adusto aspecto. Pero no era por cierto extraordinaria aquella especie de misantropía, en una pobre mujer que en sólo seis años había perdido sucesivamente una hija adorada en la aurora de su juventud, un hermano querido en toda la fuerza y lozanía de la edad, y un sobrino lleno de porvenir y de esperanzas, citado ya en lo más florido de su vida como ejemplo singular de caballescascas virtudes.

Don Juan de Avellaneda y Gutierrez de Sandoval habían sobrevivido poco tiempo á la malograda Dolores. Murió el uno casi de repente en los días en que se regocijaba con la halagüeña esperanza de ser en breve padre, y el otro sucumbió en un torneo á manos de D. Álvaro de Luna, condestable de Castilla. Circunstancia era ésta que parecía creada exprefeso para atizar el recíproco aborrecimiento que — sin causa suficiente hasta entónces — dividía á los condes de Castro y á los de Santistéban, desde el funesto suceso que desbarató inesperadamente el enlace convenido entre aquellas dos casas poderosas.

Don Álvaro, aunque se mostró apenado, cual era natural, por aquella gran desgracia, cobró desde entónces manifiesta aversion á la infeliz familia á quien más directamente lastimaba; ya fuesen aquellas disposiciones caprichoso efecto de su disgusto al verse contrariado por la suerte en uno de sus más declarados deseos; ya las suscitase en el fondo de su alma alguna horrible sospecha, que no quiso nunca comunicar á nadie. Como quiera que fuese, no eran indispensables secretos motivos para explicar la ojeriza del condestable contra el adelantado, y la exacta correspondencia que no tardó en encontrar; pues muchos juzgaban bastante causa la respectiva posición de aquellos magnates, y el estado de las cosas en unos tiempos de parcialidades y revueltas.

El condestable continuaba ejerciendo exclusivo dominio en la voluntad del monarca castellano; el adelantado estaba unido estrechamente á D. Juan de Aragon—ya rey de Navarra—que era entónces la principal cabeza del bando descontento, empeñado en hundir la escandalosa privanza del de Luna.

Aquella faccion potente,—que ponía espanto á D. Juan II,

pero que no alcanzaba á disminuir su ciega deferencia por D. Álvaro, ni la arrogancia de éste,—habia logrado atraer á sus intereses al monarca aragones, D. Alonso V, y se jactaba con razon de contar en sus filas á los más ilustres magnates de Castilla.

Vencida una vez la potestad real, se habia visto obligado el soberbio valido á dejar por algun tiempo la córte; mas su breve destierro sólo sirvió para proporcionarle nueva ocasion de triunfo; porque las disidencias y rivalidades que sobrevinieron entre sus ambiciosos adversarios,—ansioso de heredar cada cual exclusivamente el favor de que todos querian desposeerle,—contribuyeron no poco á facilitar al soberano la vuelta de su privado, que — ausente como presente — continuaba siendo único objeto de su absoluta confianza. El mismo rey de Navarra, el mayor y más temible enemigo de D. Álvaro, cooperó entónces, segun pública voz, á su regreso á la córte; ya fuese en venganza de los que osaban disputarle el derecho de sustituirle en el ánimo de D. Juan II; ya que desconfiando de lograrlo, quisiese ganarse por aquel medio el afecto y la gratitud del rey de Castilla y de su amigo. El resultado, empero, no correspondió á tales esperanzas, si las concibió; pues restituido el condestable á su antiguo poderío, se cuidó poco de los buenos oficios del nuevo rey de Navarra, obligándole mal su grado á marcharse á sus estados y á no mezclarse en cosas de los ajenos. Igualmente hizo alejar de su augusto favorecedor á cuantos personajes se habian mostrado contrarios, ó siquiera indiferentes á sus intereses particulares, haciéndose entónces, más que nunca, ostensible su orgullo y absoluta su autoridad.

El vengativo D. Juan tornó, como era consiguiente, á encenderse en saña contra aquel altanero advenedizo, y no tardaron en declararse abiertamente las hostilidades de Navarra y Aragon contra Castilla, que encerraba en su propio seno no pocos enemigos de la misma causa que le tocaba defender. Era uno de éstos D. Diego Gomez de Sandoval, que á fuer de ardiente amigo del monarca navarro, necesitó sin duda toda su lealtad de súbdito del castellano para limitarse á una aparente neutralidad; que no siempre supo conservar, y que nunca le pareció sincera al suspicaz condestable.

No entra, por cierto, en nuestro plan el trazar en este

corto episodio del revuelto reinado de D. Juan II, un cuadro exacto de aquellas luchas que llegaron á encender la guerra entre tres estados de la Península española, cuyos reyes estaban enlazados por estrechos vínculos; sólo dirémoslo que á nuestro objeto conviene, y es que D. Diego Gomez de Sandoval perdió la gracia de su rey, y fué considerado por D. Álvaro de Luna como uno de sus más irreconciliables enemigos.

En el año de que hablamos al comienzo de este capítulo, una tregua—que varios sucesos hicieron indispensable—suspendió felizmente las hostilidades entre los tres reinos; pero el conde de Castro no se habia resuelto, sin embargo, á presentarse en la córte, continuando retirado en una de sus villas, y únicamente ocupado, como ya dijimos, en escribir largas cartas á su dolorida consorte en solicitud de una reunion, que todavía retardaba la adusta y misantrópica amargura de aquella mujer extraordinaria. El tiempo—que habia atenuado con su irresistible poder la desolacion del padre—parecia impotente contra la tétrica tristeza del alma de la madre; aunque entre aquellos dos individuos no fuese el más tierno y apasionado el que aparecia entónces más constantemente sensible.

Algunas semanas habian pasado sin que la castellana de Castro Xeriz recibiese misivas de su esposo, y ya comenzaba á inquietarla tan desusado silencio, cuando un dia se vió turbada de pronto la silenciosa calma de su retiro con la imprevista llegada de aquel personaje. Tan ajena se hallaba la condesa de imaginar como posible semejante infraccion de sus severas órdenes, que el adelantado se instaló en el castillo ántes de que se repusiera la que lo habitaba de su muda y extremada sorpresa, que pareció mezclarse con alguna turbacion. El conde, siempre cortés y sumiso con la que era objeto de su invariable ternura, se apresuró á calmarla.

—Perdonadme, Beatriz mia, la dijo cuando se vieron solos: os he desobedecido, y leo en vuestro semblante que dais harta gravedad á mi disculpable falta; mas espero desenojaros completamente al haceros saber las poderosas razones que me han obligado á venir sin vuestro permiso.

—Don Diego, contestó la dama con visible alteracion en el acento vibrante de su imperiosa voz; cualesquiera que

sean las causas que os hayan traído, creo que no prolongaréis vuestra permanencia en este vasto sepulcro, en que os he rogado me dejéis sumida con mi perpétuo dolor. Os debéis á vuestra patria, á vuestra familia, cuyo honor—nunca mancillado—os toca abrillantar con nuevos timbres; pero yo nada tengo que hacer en el mundo, y sólo ambiciono y os pido la soledad y el descanso.

—Los tendréis, mi querida Beatriz, repuso el conde; pero no podeis ya buscarlos en estos sitios. Es absolutamente preciso que abandonemos á Castro Xeriz esta misma noche; no existe seguridad para nosotros cerca del rey de Castilla. Estoy en completa desgracia, y no hay tiempo que perder si hemos de ponernos á cubierto de los golpes de su enojo, que atiza asaz diligente el conde de Santistéban.

—¡El conde de Santistéban! exclamó la condesa. ¡Siempre ese hombre!..... Decidme, añadió despues de un momento de pausa: ¿qué queja tiene de vos el condestable de Castilla? ¿No estuvisteis pronto á enlazar con la suya vuestra estirpe? ¿No os echasteis, por satisfacer su ambiciosa vanidad, aquel borron, que hubiera sido público y eterno si la muerte no interpusiera para impedirlo su riguroso decreto?

—En nombre del cielo, dijo el conde, no mencionéis sucesos que son harto dolorosos para ambos. Pluguiese á Dios que á precio de la flaqueza que me echais en cara se hubiese podido rescatar la preciosa existencia, que al acabar se llevó consigo toda la felicidad de la mia!

Calló un instante para sobreponerse á su emocion, y luégo prosiguió.

—Don Álvaro de Luna jamas tuvo en mí un partidario, ni pudo esperar su demencia; mas parece que el infausto acontecimiento á que habeis aludido encendió más nuestros odios recíprocos, y en cuanto á él, pudiera presumirse al observar su declarada saña, que quiere vengarse en mí de la Providencia, que desbarató sus planes. Durante la guerra con Aragon y Navarra he puesto en práctica cuanta prudencia era posible en mi comprometida posicion; pero, no obstante, el condestable de Castilla me infama en la córte acusándome de rebelde, y el rey D. Juan II tiende lazos para perderme. Con pretexto de consultarme sobre el pensa-

miento que tiene de declarar la guerra á los moros de Granada, hame enviado á llamar por dos veces, y cartas que he recibido al mismo tiempo—de personas que me son afectas—me advierten se está tramando mi ruina, y que si me presento en la córte seré preso inmediatamente.

—Marchaos á Navarra, contestó doña Beatriz, y dejadme el cuidado de justificaros. Haré el sacrificio de abandonar mi retiro; iré á la córte, hablaré al rey.

—Nada lograriais con ello, mi buena esposa, replicó tristemente Sandoval. El rey no tiene oídos sino para D. Álvaro de Luna, y apenas sea conocida mi ausencia de Castilla, se aprovechará ese pretexto para encausarme y despojarme de mis fortalezas. En tal persuasion, no puedo consentir en dejaros sola, expuesta á los insultos de un bando furioso, y á las injusticias de un príncipe, ciego instrumento suyo.

Doña Beatriz se turbó visiblemente con esta resistencia de su esposo, y casi consternada exclamó:

—Pero yo no puedo ir con vos....., no puedo absolutamente.

—¿Cuál es, pues, el obstáculo que hallais? dijo sorprendido el conde. Explicaos, Beatriz; porque comienzo á encontrar sobrado misteriosa y singular la conducta que observais conmigo.

La condesa, más y más desconcertada, articuló balbuciente algunas frases sin sentido, y creciendo—á medida de aquel embarazo manifiesto—el descontento y la extrañeza del adelantado, iba á expresarlos sin duda, cuando se hizo percibir leve rumor de cercanas pisadas, y casi instantáneamente el de una puerta que se abría con precaucion á espaldas de la condesa. Volvió ésta la cabeza con estremecimiento involuntario, pintándose en su rostro indescribible susto; de tal modo que llamando la atención de su marido siguió inaquinalmente la dirección de sus ojos. Mas solo vió á Isabel Perez, que—asomándose por la puerta entreabierta—dirigia á su señora un gesto significativo; que tuvo, según todas las apariencias, el poder de calmar su inexplicable zozobra; pues aunque al momento desapareció la doncella sin proferir palabra, la condesa se encaró á su marido con aspecto mucho más tranquilo y afectuoso, diciéndole:

—Creo conveniente á vuestros intereses que yo perma-

nezca en Castilla algunos dias más, y os empeño mi palabra de seguiros despues si no consigo justificaros con el rey. Partid con nuestros hijos, D. Diego; poned en seguridad vuestra persona; mas ántes descansad algunas horas cerca de vuestra esposa y aceptad de su mano un corto refrigerio.

El conde—pasmado de cuanto observaba desde su llegada al castillo—guardó un instante silencio, y rompiéndolo bruscamente en el momento en que se levantaba su mujer—para ir á dar las disposiciones necesarias al obsequio con que le habia brindado—exclamó con amargura:

—¿Estais, pues, determinada á no acceder á mis ruegos? ¿Persistis en quedaros, despues de haberos asegurado que vuestra intercesion no tendrá éxito?

—Os he prometido reunirme á vos en cualquier parte en que os halleis, respondió la condesa; pero no saldré del castillo sin haber intentado defenderos, confundiendo á nuestros enemigos.

—¿Y si yo os prohibo tan inútil como peligrosa defensa? replicó el conde: ¿si os mando acompañarme, terminando de una vez la caprichosa separacion á que me teneis condenado hace seis años?.....

—No os juzgo capaz de emplear la fuerza para arrancarme de este asilo, dijo doña Beatriz sin alterarse, y sólo por medio de ella podriais conseguirlo.

El conde, despechado, detuvo á su mujer, que iba á dejar la estancia, y pronunció entre triste y colérico:

—Pues bien; quedaos en buen hora y continuad á vuestro placer la extraña conducta que os habeis propuesto. Parto inmediatamente para alcanzar á mis hijos, que me llevan dos horas de ventaja; pues quiero que entremos juntos en Nájera, que es el punto adonde por de pronto me encamino. Recibid mi despedida, Beatriz, y por si no volvemos á vernos, sabed que os perdono cuanto sufrir me haceis, y que os agradezco siempre los dias venturosos que en otro tiempo me disteis.

Hizo una reverencia á la dama concluyendo esta frase, y tornando á ceñirse su espada salió precipitado del aposento.

Resuelto estaba á abandonar el castillo sin más demora, y con tal intencion atravesaba aceleradamente una de las galerías, llamando á grandes voces al alcaide para comunicar-

le sus órdenes, cuando le salió al encuentro la dueña Mari-García, á la que no habia vuelto á ver desde la muerte de Dolores. Tan flaca y cadavérica se encontraba despues de aquella época la desgraciada vieja, que apenas pudo reconocerla el conde. Ella debió observarlo, y se apresuró á decirle :

— Soy Mari-García, Sr. D. Diego, ó mejor diré, soy un lastimoso resto de ella, que está reclamando el sepulcro. Dios, sin embargo, en su infinita piedad no ha querido apagar la última chispa de vida que queda en este cuerpo ruinoso, sin concederme ántes el consuelo de ver á vuesa merced y pedir de rodillas su perdon.

— ¡ Mi perdon ! exclamó el conde : pues ¿ en qué me habeis ofendido ?

— Yo lo diré todo, pronunció María, echando en derredor miradas recelosas : ¡ todo ! Pero estoy temblando de miedo : me espian, señor..... me temen. La condesa me mataría si me viese hablando con vuesa merced. En nombre del cielo no dejeis este castillo sin darme tiempo para que os revele el cruel secreto que atormenta mi alma. Os interesa en sumo grado conocerlo.

— ¡ Un secreto ! repitió el adelantado, temblándole ya los labios : ¡ un secreto de mi mujer !

— Oigo pasos, dijo María con extrema zozobra ; huyo....., huyo de aquí, señor ! Pero no olvideis lo que os he dicho : no me dejeis morir con un atroz misterio encerrado en el alma.

Apénas concluyó estas palabras, huyó la vieja como lo habia indicado—dejando atónito á D. Diego—y casi al instante mismo entró por otro lado la condesa, que seguia á su marido, apenada sin duda por la manera fria y amarga con que habian terminado su primera entrevista, despues de seis años de separacion dolorosa.

— ¿ No os detendréis siquiera algunos minutos para tomar un refrigerio ? dijo cariñosamente la dama.

— Sí, contestó el conde inmutado, — sí ; descansaré un rato..... Mandad que me dispongan lecho, léjos de vuestro aposento....., para no molestaros. Quiero dormir un poco.

— Antes espero que me haréis en la mesa compañía, tornó á decir doña Beatriz, á cuyos pálidos labios como que quiso asomar una sonrisa.

— Despues....., despues que repose algunos instantes; replicó D. Diego tartamudeando. Ahora estoy quebrantado....., me siento malo....., necesito estar solo.

El semblante demudado del caballero daba tan evidentes muestras de la verdad de lo que decia, que su esposa— atribuyéndolo al disgusto y enojo que le habia causado negándose á seguirle— redobló las demostraciones de cariño, y le condujo por sí misma á la pieza de aquel departamento del castillo en donde se le dispuso la cama. Sirvióle en seguida por su propia mano un ligero refrigerio, y encargándole que se acostase y procurase dormir, lo dejó en la soledad que el conde apetecia.

Ya comprenderá el lector cuán difícil era, sin embargo, que gozase del reposo que le deseaba su cónyuge. Las misteriosas palabras de la dueña excitaban en su corazon sentimientos que le eran desconocidos. La virtud de doña Beatriz y la confianza en ella, que habia sabido inspirarle, le preservaron constantemente hasta del menor asomo de celos; mas de improviso—y á pesar de sus propias convicciones—asaltaba aquella pasion tiránica el descuidado pecho del adelantado, causándole tan gran perturbacion y tan violenta ansiedad, que llegó á imaginar imposible el soportarla sin morir. Apenas se encontró solo, comenzó á recorrer á largos pasos la espaciosa estancia en que se hallaba, revolviendo entre sí mil confusas ideas, á cual más disparatada, y con tales gestos de asombro y de dolor, que lo hubiera tomado por demente cualquiera que lo hubiese visto durante aquellos momentos de indescribible agitacion.

Parábase, empero, de vez en cuando, y prestaba silenciosamente el oido al más leve rumor que imaginaba percibir, esperando que la dueña viniese á buscarlo para darle la explicacion de sus singulares anuncios; mas cuando pasó media hora— sin que nadie apareciese á disipar ó á confirmar sus recelos—no pudo ya contener su impaciencia, y—abriendo de súbito la puerta—se lanzó fuera del aposento y comenzó á andar sin saber adónde; pero animado con la esperanza de encontrar á la anciana, que acaso estaria acechando la ocasion de hablarle.

Desiertas estaban la várias piezas que recorrió en un momento; parecia que todos los moradores de aquella parte del

señorial edificio se habian hecho invisibles. El conde, cuya anhelante curiosidad iba creciendo á medida que se prolongaba, se decidia ya á llamar á la dueña en altas voces— rompiendo toda clase de miramientos — cuando de pronto se presentó á su vista Isabel Perez, arrastrando casi á la García, que procuraba en balde defenderse.

— No me dejaré encerrar, es una iniquidad — decia la dueña, agotando sus esfuerzos de resistencia: — gritaré para que lo oiga el conde.

— Desgraciada de vos si no sellais los labios y obedecéis las órdenes de la señora, — respondia en voz baja la doncella. — Se desconfia de vuestra prudencia, ya lo sabeis, y no teneis más recurso que ir á la torre y permanecer allí hasta que se marche D. Diego.

— Piedad! Socorro! exclamó entónces María, con toda la fuerza que pudo hallar en su ya débil pecho.

— ¡Silencio, ó me obligaréis á que os ahogue! dijo Isabel asiéndola por la garganta.

— ¡A tí, miserable! gritó el conde, precipitándose sobre la confidenta de su esposa, á tí te toca callar si no quieres morir.

CAPÍTULO VIII.

Revelaciones.

La prevencion era innecesaria : la doncella se habia desmayado de susto y yacia en tierra. María, recobrada de su primera sorpresa, corrió á postrarse á las plantas de su amo, y tan grande era en aquellos instantes la agitacion y ansiedad de éste, que sin acertar á preguntar cosa alguna, pálido, convulso y azorado, clavaba en la vieja sus delirantes miradas con expresion casi temerosa.

— Señor, dijo ella despues de besarle los piés con hu-

milde rendimiento: ¡defendedme! No permitais que me quiten este resto de vida que me conserva el cielo para vuestro bien, para que os saque de un engaño cruelísimo y os revele la gran maldad cometida en vuestra casa.

—¡Habla! fué todo lo que pudo articular el caballero. La dueña prosiguió:

—Seis años hace que pesa sobre mi alma este atormentador secreto, y más de dos que al remordimiento se asocia la enfermedad que me ha enviado el cielo para castigar mi culpa. Conociendo mi próximo fin, y anhelando reparar aquélla en cuanto posible sea, hasta habia pensado huir del castillo para buscaros y contároslo todo..... la postracion de mis fuerzas no me lo ha permitido; pero Dios se digna traerlos inesperadamente para que mi buena intencion no quede sin cumplimiento.

—¡Habla! volvió á exclamar el conde, sin poder añadir una palabra más.

—Sí, señor; hablaré, continuó la dueña; suceda lo que sucediere, debo hablar ahora..... pero sabed que la condesa me hace espiar, que desconfía de mí, que acaso se presente aquí cuando ménos pensemos..... (y al decir esto arrojaba en torno miradas llenas de espanto).

—¡Habla, vive Dios! gritó de nuevo D. Diego, con tan terrible acento esta vez, que María se quedó por un momento aterrada. Luégo — notando que se aumentaba con su silencio la angustiosa impaciencia de su amo—dijo por último, recogiendo sus fuerzas, que parecían próximas á abandonarla:

—Señor, vuestra esposa os ha engañado cruelmente, y la malvada Isabel y yo hemos sido sus cómplices.

—¡Beatriz! ¡Beatriz me ha engañado! prorumpió el conde con tal acento que apenas parecia humano.

—¿No habeis reflexionado nunca, dijo la vieja, en las extrañas circunstancias que acompañaron la muerte de vuestra infeliz hija? ¿No os ha llamado la atencion que tan pronto arrancasen de vuestra casa los restos que debian seros queridos? ¿Nada os hizo sospechar aquella desgracia, tan de improviso acaecida, y que era lo único que podia desbaratar un casamiento determinado por el rey, aprobado por vos y aborrecido por la condesa? ¡Respondedme, señor! ¿No

habeis tenido ningun recelo del crimen de que érais víctima?

Al escuchar estas extrañísimas palabras, todas las ideas del conde quedaron trastornadas de repente, y el nuevo é impensado giro que se daba á sus sospechas les prestaba un carácter más grave y extraordinario del que hasta aquel instante tuvieran.

— ¡Desventurada! exclamó, erizándosele el cabello, ¿qué acusacion intentas pronunciar? ¿Qué horroroso delirio es el que vas á comunicarme?

— No es delirio, señor, respondió sollozando la anciana: Lo que os diré será la pura verdad. ¡Ah! ¡Bien pudisteis sospecharla! ¿No conociais que el doctor Yañez era un hipócrita avariento y ambicioso, capaz de vender su propia alma? ¿No sabiais que D. Juan de Avellaneda aborrecia de muerte al condestable y á su familia; que miraba como un oprobio el enlace que debia verificarse; y que en su corazon de acero no hallaban entrada otros sentimientos que los del honor y el orgullo? ¿No os pareció inexplicable la resignacion de la condesa, despues de haberos declarado que preferia ver muerta á su hija á verla casada con Rodrigo de Luna? ¿Nada os han dicho tampoco su aparente inconsolable dolor y los seis años de aislamiento que lleva pasados en este castillo?

— ¡Calla, monstruo! ¡Calla! gritó el conde aterrorizado. El demonio sin duda te ha sugerido la espantosa idea de que puede una madre asesinar á su hija.

— ¡Asesinarla! dijo la vieja, no; yo no he dicho eso; pero el crimen cometido no es ménos cruel: ¿de qué le sirve la vida á la desgraciada niña? Sepultada en estos muros hace seis años, muerta para el mundo, para el amante que adora, para el padre á quien ama, ¿deberá agradecer mucho á su inhumana madre una vida sin goces, ignorada de todos sus semejantes? ¿No es cien veces más infeliz que si descansára en el sepulcro?

El conde se pasó las manos por los ojos; le parecia que soñaba; que no era cierto nada de cuanto imaginaba estar oyendo. ¡Su hija viva! ¡Su hija allí, cerca de él, sumida por su propia madre en aquel sombrío encierro! Eran tan inauditos aquellos sucesos que no podia aceptarlos como ver-

daderos, y se confirmó en que estaba demente la reveladora de tan extraño secreto. Esta, empero, prosiguió diciendo con mayor eficacia todavía :

— ¡Oh! ¡Sí! más digna de compasion es viviendo que si la hubieran arrancado de una vez de la tierra, que no la merecia. ¡Es un ángel, señor! ¡Si supierais cuánto ha llorado, cuánto ha padecido! Durante el primer año de su supuesta muerte la han tenido constantemente encerrada en una de las torres del castillo, sin que nadie—sino Isabel y yo—tuviésemos entrada en aquella cárcel. Luégo su resignacion y paciencia inspiraron á la condesa sentimientos más benignos, y consintió en visitar con frecuencia á la pobre víctima, haciendo cuanto creyó oportuno para dulcificar su suerte. Por último, al cabo de tres años, habiéndole jurado solemnemente Dolores que no haria la menor tentativa para descubrir á nadie su existencia, y que se recataria escrupulosamente de todos los que habitan el castillo (excepto el alcaide, que es sabedor de todo), consintió su madre en sacarla de la torre, permitiéndola vivir á su lado en esta parte del edificio que se ha reservado. Desde entónces la angelical criatura se muestra casi contenta, aunque llora todavía siempre que pronuncia vuestro nombre, y se lastima del pesar que sentiréis por su supuesta muerte. Entregada á sus ejercicios religiosos, y sin otra distraccion que cuidar de unos pajarillos que alimenta por su mauo, y de las flores que ella misma ha sembrado, ve pasar resignada año tras año, sin exhalar la menor queja, siempre respetuosa y tierna con aquella cuyo fatal orgullo la ha condenado á tan mísera existencia. ¿No hubiera sido ménos malo—decidme, señor—que en vez de darle el vil médico el licor que le causó aquel profundísimo sueño con que os engañaron, y del cual no salió la desgraciada—veinte horas despues—sino para verse sepultada en perpétuo cautiverio; no hubiera sido ménos malo, repito, que la hiciera dormir eternamente en este mundo de maldades, para que su alma pura estuviese ya en los cielos entre los ángeles, á quienes se asemeja? ¡Pobre, pobre niña! añadió sollozando la arrepentida dueña; ¡tan hermosa, tan inocente, tan buena, y enterrada en vida por la misma que le dió la existencia!

Hablaba con demasiado acuerdo y daba sobrados porme-

nores de los extrañísimos hechos que referia, para que pudiese el conde reputarla loca; y como si aún quisiera el cielo confirmar todavía más la verdad de sus palabras, Isabel—que habia vuelto en sí cuando se terminaban las terribles revelaciones—acudió á los piés del conde, implorando su perdon y ratificándolas con las mismas razones que para defenderse alegaba.

Ninguna duda era posible ya. Don Diego, cuyos afectos en semejantes momentos no nos es dado describir, sólo acertaba á exclamar: ¡Mi hija! ¡Mi hija! ¿Dónde está mi hija?

—A vuestra llegada no la dividia del sitio en que visteis á la condesa sino una pared, que queria traspasar con sus ansiosas miradas la desgraciada niña, le contestó la dueña: despues esta perversa mujer, que os pide ahora compasion, y que os presenta disculpas, la encerró en la torre, por más que con muchas lágrimas rogaba la pacientísima víctima se la permitiera veros y oiros, y que la fe de su juramento debiera quitar todo recelo; porque jamas la hubiera quebrantado.

—Aquí están las llaves de la torre, articuló débilmente Isabel; en la de este lado del edificio es donde se encuentra la señorita.

El conde tomó el manajo de llaves con manos trémulas, y salió como loco, sin cesar de exclamar!—¡Mi hija! ¡Mi hija! —Mas apénas hubo andado algunos pasos se encontró frente á frente con la condesa. Palidísimo estaba su semblante—como en el cruel momento en que la vió D. Diego custodiando el exánime cuerpo de Dolores—y con el mismo acento profundo con que entónces la oyó decir: *¡Está muerta!*—la escuchó exclamar ahora: *¡Está viva!* ¡Está viva y con honra! repitió por dos veces, cruzados entrambos brazos sobre su hermoso pecho y revestida toda su persona de una majestad semi-bárbara. Vos me obligasteis, añadió, á emplear un medio violento, horrible para el corazon de una madre; pero nunca falta el valor en las hembras de mi estirpe, y os he salvado á toda costa de la vergüenza de que fuesen vuestros legítimos nietos despreciable descendencia de los bastardos de Luna. ¡Tal ha sido mi crimen, don Diego Gomez de Sandoval! Os quité vuestra hija por impedirlos que os quitaseis la honra!..... Para castigarme id á di-

vulgar por el mundo que soy una madre inhumana, que ha tenido por seis años encarcelada á su hija; sacadla en triunfo de este castillo; llevadla ante el favorito del rey, que acaso entónces os concederá su proteccion en vez de perseguiros; dádsela á Rodrigo á la faz de Castilla, inutilizando mis sacrificios y los que he impuesto con honroso rigor á la infortunada niña, á quien extravió en mal hora una pasion indigna. Hacedlo, conde de Castro Xeriz, hacedlo como lo digo, si os asegura vuestro corazon que ha sido culpable el mio.

Tan singularmente enérgicos eran el ademan y el tono con que pronunció la condesa las palabras que acabamos de trascribir, con tan imponente hermosura apareció en aquellos instantes á vista de su marido, y tan convencida se mostraba de haber obrado con heroismo—en vez de juzgarse criminal—que, en medio de todo el tumulto de sus violentos afectos, se quedó suspenso el caballero; casi dudoso de si deberia admirar ó aborrecer á aquel coloso de orgullo que tenía delante. Doña Beatriz le indicó con la mano la direccion que debia seguir para llegar á la torre, y se volvió tranquilamente á sus aposentos, despues de decirle con acento más blando :

— Espero que me comunicaréis vuestras resoluciones ántes de dejar á Castro Xeriz.

CAPÍTULO IX.

Partida.

¿Nos exigirá el lector ahora que emprendamos la difícilísima tarea de pintar, con fuertes y rápidas pinceladas, el interesante cuanto indescribible cuadro de aquella primera entrevista entre el más tierno de los padres y una hija amantísima, á quien llorára muerta por espacio de seis años? Nosotros confesamos nuestra insuficiencia, y sólo dirémos que no mata

á nadie la alegría, pues no sucumbió D. Diego al exceso de la suya cuando estrechó entre sus brazos á su adorable Dolores. Aunque era no ménos verdadero y profundo el regocijo de ésta, exteriormente al ménos aparecía más sosegado; ya fuese porque los sentimientos religiosos que reinaban en su alma la hubiesen enseñado á dominar todo gozo excesivo; ya que despues de tan largos sufrimientos fuese el placer como cosa extraña á su corazon, y de que no acertaba á gozar con abandono completo. Cien y cien veces estrechó el conde entre sus brazos con jubiloso delirio á aquella celestial criatura, que — más bella que nunca por el carácter grave y melancólico que habia prestado la desgracia á los seductores rasgos de su apacible fisonomía—parecía de una naturaleza superior á la humana, para la que eran mezquinas todas las venturas de la tierra. En los transportes de la que entónces le otorgaba el cielo, conservaba Dolores una moderacion, una modestia, una religiosa calma, que se hacian más admirables que la dulzura y resignacion con que habia soportado la pasada desdicha.

Trascurridos los primeros momentos de aquella indescribible entrevista — en que D. Diego Gomez de Sandoval se sintió desfallecer muchas veces bajo el peso de su inesperada ventura—púsose Dolores á sus piés, pidiéndole su bendicion paternal, al mismo tiempo que absoluto perdon para todos los que habian tenido parte en la injusticia cometida con ella.

Besando con delirio su purísima frente y su aterciopelada cabellera, la bendijo una vez y otra el venturoso padre, vertiendo lágrimas abundantes, aunque á la verdad muy dulces; mas nada respondió á la segunda súplica de la jóven; y ella—que tambien lloraba de ternura al recibir las paternales bendiciones—exclamó al fin con irresistible elocuencia:

— Bendecid ahora á todos los que os han afligido; bendecidlos tambien, padre mio, y con todo corazon perdonadlos, si quereis que este dia—el más fausto y solemne de mi vida—sea para vos el más glorioso.

— ¡Perdonar á tus asesinos! dijo el conde, recobrando el marcial y severo aspecto que junto á su hija deponia. ¡Bendecir á los que sin piedad me destrozaron el alma!

— Por eso se lo pido á vuestra virtud, y no á vuestra

justicia, respondió la jóven, siempre de rodillas. Sí, han sido crueles con vos....., acaso tambien conmigo; pero en algunos habia una intencion elevada; algunos, padre mio, han creido haceros un bien; y ¿quién puede asegurar que se engañaran? Los otros han obedecido, ó fueron seducidos por la codicia; su flaqueza merece compasion. No me levantaré de vuestras plantas sin que me hayais jurado que los perdonais á todos; que los bendecis como á mí. En cuanto á la condesa, os pido más todavía; os pido que la ameis con mayor cariño que ántes, porque os ha probado un grande y ardiente celo, sacrificando por lo que reputaba vuestra gloria los más íntimos sentimientos de mujer y de madre.

— ¡Dolores! exclamó el conde; eres un ángel y á tus piés debo estar, no tú á los míos. ¡Levántate, hija de mis entrañas! Levántate y manda como soberana. Yo bendigo á cuantos tú bendigas, amo á cuantos tú ames; no tengo voluntad sino la tuya.

— Pues bien, dijo ella, enlazando sus brazos con los del caballero; ofrezcedme que daréis hoy mismo un abrazo—tan tierno y afectuoso como éste—á la compañera de vuestra vida, á mi querida madre!

— ¡Te lo ofrezco! articuló D. Diego, no sin algun esfuerzo.

— Prometedme tambien, que seréis más que nunca el protector y amigo del buen doctor Pero Yañez.

— ¡Lo seré!....., dijo el conde, aunque temblando de cólera al escuchar aquel nombre.

— Hanme dicho, prosiguió Dolores, que pasó á mejor vida mi respetable tío D. Juan de Avellaneda, así como mi primo Gutierrez de Sandoval. Espero que, pues otra cosa no podemos, rogarémos juntos, padre mio, por su bienaventuranza eterna.

— ¡Dios tenga misericordia del señor de Izcar! dijo don Diego.

— En cuanto al alcaide de este castillo, quiero que le deis gracias por el celo con que os sirve, y que jamas le retireis vuestra proteccion y confianza.

— Lo trataré como á un fiel criado, respondió su interlocutor.

— María, mi pobre dueña, no se apartará de mi lado en

los pocos días que le restan de vida. Está muy enferma y necesita mis cuidados.

—Haré cuanto de mí dependa para endulzar sus padecimientos.

—A Isabel Perez la casaréis con uno de vuestros escuderos, á quien ama hace mucho tiempo y del cual es correspondida. Por afecto y ley que tiene á la condesa ha estado separada de él por espacio de seis años, y es justo que recompenseis tanta lealtad y constancia dándole una dote para su matrimonio.

—Tú lo señalarás, ángel mio.

Tornaron á abrazarse estrechísimamente el padre y la hija, y despues dijo aquél :

—Ahora, que te he complacido en todo, compláceme á tu vez, declarándome tus deseos en otros particulares. ¡Escucha! La enemistad de D. Álvaro de Luna y la desconfianza que en contra mia ha sabido inspirar al rey, me habian decidido á alejarme para siempre de la córte, y áun del suelo castellano. Di una palabra, y desistiré de todos mis proyectos y te sacrificaré todos mis resentimientos. ¿Anhelas que te presente á la córte para recobrar tu antiguo rango, tu brillante existencia? Pronúncialo, y olvido las sinrazones de que soy víctima, y vuelo á los piés del rey....., á los del favorito, si es preciso, para implorar su gracia y reconquistarte el puesto que te es debido.

Calló el conde y callaba tambien Dolores : habíase oscurecido en aquel momento, con la nube de una cavilacion triste, el resplandor sereno de su frente, y era más agitado el movimiento—habitualmente tranquilo—de su mórbido seno.

—¡Habla, alma de mi vida! repitió por dos veces el conde, ántes que la jóven hubiese encontrado en su mente una palabra que al parecer buscaba, hasta que la halló sin duda, pues pronunció muy despacio y sin levantar los ojos :

—Habeis nombrado enemigo vuestro al condestable de Castilla. ¿Ofendisteis en algo á su familia, ó es que os ha ofendido ella? ¿Se han roto las relaciones que al parecer debian reinar entre dos casas que estuvieron próximas á enlazarse?

—¡Todas! respondió D. Diego ; el condestable me aborrece de muerte.

—Mas.... ¿su sobrino?.... añadió la jóven temblándole la voz: ¿su sobrino ha borrado acaso los recuerdos que debian haceros siempre querido de él?

—Su sobrino, repuso el conde—enternecido por la emocion profunda que experimentaba Dolores—vive muy retirado, y se dedica exclusivamente á las graves obligaciones de su nuevo estado.

—¿Ha contraido, pues, matrimonio? articuló Dolores—con tan débil acento que se necesitó, para entender su pregunta, toda la penetracion de la paternal ternura.

—Ha entregado su corazon, respondió al punto D. Diego, á un dueño más digno que cuantos pudiera buscar por toda la extension de la tierra; al único, hija mia, que merecia más que tú su constante adoracion, consolándole ampliamente de haberte perdido. Rodrigo de Luna es ministro del Señor.

Dolores se puso de rodillas, juntas las manos y elevados los ojos al cielo con expresion sublime, y vuelta despues á su padre—que la contemplaba extático—le dijo, sin variar de actitud:

—Lo que él ha hecho, padre mio, obedeciendo la voluntad divina, os dice indudablemente cuál debe ser la resolucion mia. Muerta estoy para el mundo, y así debo permanecer siempre. No penseis siquiera en hacerme renacer para una vida engañosa, que ninguna felicidad podria darme, y en la cual no entraria sino como involuntaria acusadora de los rigores de mi madre. La gracia que yo os pido, la nueva existencia que os demando—en nombre de la piedad que debo inspiraros—es el sagrado asilo de un solitario convento; donde como esposa de Jesucristo pueda rogarle por vos y mi familia, á la par que le tribute mi agradecimiento por haber purificado—con el fuego eterno de su amor divino—dos juveniles corazones que habian cifrado su dicha en las pasajeras satisfacciones de una pasion terrestre. Escuchad, pues, mi última súplica, ¡oh el más querido y el mejor de los padres! Escuchad esta súplica, que os hace mi alma con más elocuencia que mis labios, y abridme cuanto ántes las anheladas puertas de un religioso retiro, donde me presentaréis como una pobre huérfana que os ha sido confiada, sin que jamas se revele que existe todavía vuestra hi-

ja. Para Dios y para vos vivirá únicamente. ¿Puede desearse mayor ventura que no existir sino para lo que se ama?

Prorumpió en lágrimas el conde; pero no se negó á los deseos de la jóven. Se hallaba completamente dominado por el celestial poder de aquella santa criatura.

Trataron ambos del asunto y convinieron en partir juntos aquella misma noche, y en elegir el padre por punto de residencia la ciudad ó aldea de Navarra en que se hallara el convento que prefiriese su hija. Toda la ambicion del adelantado de Castilla no tenía en aquellos instantes otro objeto que vivir cerca de Dolores, quien por su parte no indicaba tampoco pensar más que en su familia. El nombre de Rodrigo no volvió á salir de sus labios.

Concluida aquella interesante y patética entrevista, dejó el conde á la jóven, acompañada de María, preparando su maleta de viaje; y—habiendo dado al alcaide las órdenes convenientes para la partida—pasó al cuarto de su mujer, procurando prestar á su semblante cuanta apacibilidad le era posible.

Doña Beatriz le vió entrar sin moverse del sillón en que estaba sentada, conservando sin alteracion su noble y austero continente.

—Vuestra hija y yo, la dijo el conde—sin poder reprimir un gesto que revelaba los impulsos que sofocaba en su pecho—vamos á partir muy pronto; apénas oscurezca dejaremos el castillo. ¿Resolveis por ventura acompañarnos?

—Decidme ántes, le preguntó la dama, adónde llevais á Dolores.

—Tranquilizaos, respondió su marido, sonriendo con amargura. No irá á proclamar con su vida la tiranía de que fuísteis capaz, haciendo gemir á la naturaleza. Vuestra víctima quiere sepultar ese secreto dentro de los muros de un convento, al que no llevará ni áun el nombre que ha debido heredar. Tal es su voluntad, señora, y espero ahora conocer la vuestra.

Doña Beatriz pareció conmoverse, y guardó silencio por algunos instantes. Despues dijo con melancólico acento:

—Ningun mortal la merece; el esposo que elige es el único que conviene á ese ángel, que estuvo tan en peligro de ser vilmente profanado. En cuanto á mí, conde, me quedo

en Castilla para hacer cuanto mi obligacion me ordene á fin de dejar en claro vuestra inocencia, y restituiros la estimacion y la confianza del rey..... Cualquiera que sea el éxito de mis tentativas, iré á buscaros donde esteis, cuando deje cumplido aquel deber sagrado; y si entónces no me habeis juzgado mejor, si todavía os encuentro dominado por los sentimientos que en vano os esforzais por ocultarme ahora, si áun me aborreceis como á una mujer sin entrañas, y no habeis comprendido que me las he despedazado por afán de vuestro decoro, por anhelo de conservar sin mancha el esplendor de vuestro nombre....., en ese caso, D. Diego, sólo me presentaré á vos para suplicaros me permitais acompañar á mi hija en el asilo de paz donde va á encerrarse para conquistar la eterna.

¿Se violentó el adelantado para cumplir la solemne promesa que ántes empeñára á Dolores?..... No lo podemos decidir; mas es lo cierto que—despues de un minuto de vacilacion penosa—tendió sus brazos á la condesa, diciéndola con voz conmovida:

— ¡Beatriz! Siempre seréis estimada por vuestro esposo como la más austera virtud que existe sobre la tierra, cualesquiera que hayan podido ser los errados consejos de vuestro orgullo.

La condesa se dejó caer entónces de rodillas, y cediendo todo su orgullo bajo el peso de la emocion que la avasallaba, prorumpió en lágrimas, que—si no eran de arrepentimiento—nacian al ménos de impulsos más tiernos que los que hasta entónces se habian reflejado visiblemente en su vida.

Don Diego la levantó, abrazándola y concediéndola el permiso, que le pidió, de ir á despedirse de su hija.

Dos horas despues—cuando ya la noche envolvía la tierra con sus opacos velos—Dolores y su padre, con sólo Mari-García y dos pajes por acompañamiento, emprendian su marcha en medio del más profundo silencio; miéntras la condesa prevenia al alcaide lo tuviera todo dispuesto para su partida á Medina del Campo, donde se encontraba á la sazón el rey, y á cuyo punto iba á dirigirse la dama en las primeras horas del siguiente dia.

Su salida del castillo no fué, empero, realizada, sin haber tenido ántes el dolor de ver delante de sus muros á la gente

de armas enviada por D. Juan II, para tomar posesion—en su real nombre—de aquella fortaleza de que se despojaba á su dueño, declarándole desobediente y rebelde.

CONCLUSION.

Hácia fines del año de 1445, ó á principios del siguiente (pues no encontramos determinada la época con precision exacta), se verificó una singularísima coincidencia, cuyo breve relato servirá de conclusion á nuestra verídica historia.

Habian llegado entónces el favor y la arrogancia del condestable de Castilla á aquel punto culminante, desde el cual —no siendo ya posible mayor subida—se hace indispensable el progresivo descenso; cuando no sorprende entre los vértigos consiguientes á tamaña elevacion, como con frecuencia acontece, una súbita y estrepitosa caída.

A proporcion del crecimiento de crédito y de autoridad que gozaba D. Alvaro, era el amenguamiento de fortuna y de influencia que sufrían sus enemigos, entre quienes se contaban los más ilustres personajes del reino. Don Diego Gomez de Sandoval, uno de ellos, habia sido despojado por sentencia de confiscacion de los cuantiosos bienes que poseía en Castilla, y acaso se extendiera á más el rigor de que era objeto, si — como hemos visto en el anterior capítulo — no hubiese buscado asilo cerca del rey de Navarra desde los primeros anuncios de la tempestad que le amenazaba. Pero en el tiempo de que hablamos al comenzar estas líneas, aún era más dura y triste la situacion del conde que durante los dilatados años que habia visto pasar en la expatriacion, devorando rencores cuya satisfaccion le prohibía su lealtad; no obstante que en aquellas épocas de revueltas—en las que aún reinaba toda la anarquía feudal—no se juzgaba con la severidad que usariamos ahora, á los grandes vasallos que hacían

armas contra su soberano. Don Diego, contenido largo tiempo por instintos generosos, hubo de imitar por último á otros magnates castellanos, tomando parte activa en la liga que á todo trance queria acabar con D. Alvaro; y peleando bajo las banderas de Navarra en la batalla de Olmedo — en que la fortuna se les declaró contraria—fué hecho prisionero como otros muchos grandes de Castilla, y encerrado en la torre de Lobaton; donde áun permanecia en los dias de que vamos á ocuparnos, no obstante las activas diligencias que en favor suyo practicaba su esposa, acudiendo á Castilla—desde Navarra donde residia — al primer aviso que recibió de aquel infausto suceso.

Miéntas era tan amarga la suerte de los condes de Castro y su familia, D. Juan II daba nueva señal de la singular estima que hacia del condestable y de la suya, elevando al arzobispado de Santiago á D. Rodrigo de Luna, aunque pareciese á muchos que áun era jóven aquel personaje para tan venerable cargo.

Antes de tomar posesion de su silla, el nuevo prelado quiso—segun encontramos consignado en un documento interesante—rendir una última honra á la memoria de aquella que habia sido su único verdadero amor, realizando el deseo que por muchos años alimentaba de visitar su sepulcro y rogar al cielo por su descanso, en la misma capilla en que sus restos yacian. Cumplió entónces aquella idea: celebró él mismo de pontifical una solemne misa en sufragio del alma de la que tanto amó, y algunos de los que asistieron á ella aseguraban despues, que—terminado el sacrificio incruento del altar—el arzobispo electo de Santiago habia permanecido una hora entera puesto de rodillas en muda y fervorosa oracion, sobre el blanco mármol de una tumba en que— más de dos siglos despues — todavía leyó uno de nuestros progenitores esta larga inscripcion en gruesos caractéres góticos:

Aquí yace María de los Dolores Gomez de Sandoval y Avelaneda, hija primogénita de D. Diego Gomez de Sandoval, conde de Castro Xeriz, Adelantado de Castilla, Canciller mayor del sello de la puridad, Señor de Lerma, de Denia, de Osorno, de Cea, de Ayora, de Villajrecho y Gomiél, etc., etc., y de su legitima esposa la nobilísima señora doña Beatriz

de Avellaneda. Pasó á mejor vida el día 14 de Enero de 1425, á los diez y seis años, tres meses y once días de su nacimiento.

La coincidencia singular que hemos anunciado á nuestros amables lectores, es que en aquella misma hora que pasó orando Rodrigo sobre la tumba vacía que decoraba tan ostentoso epitafio, se celebraban en un convento de Navarra las humildes exequias de una pobre monja, á cuya sepultura sólo se puso por señal una cruz de madera sin inscripción alguna.

Sin embargo, jamas pasaron cerca de ella las piadosas mujeres de aquella santa comunidad, sin encomendarse con devoción á su hermana en Jesucristo, SOR MARÍA DE LOS DOLORES, que descansaba en aquel ignorado sepulcro, y cuyas virtudes—que pudieron admirar en más de catorce años que habia vivido entre ellas—les permitian esperar estuviese gozando su alma de la bienaventuranza eterna.

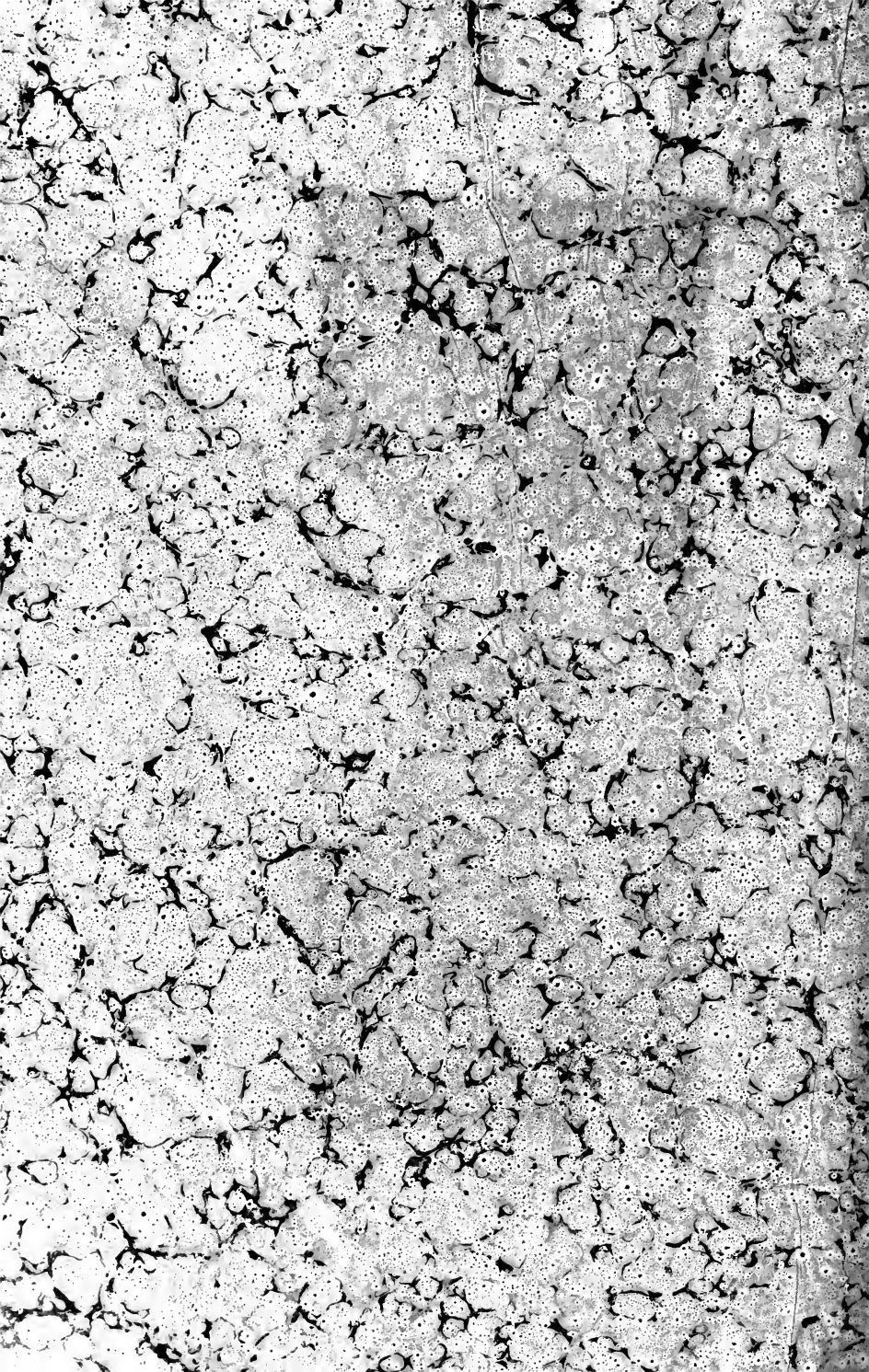


ÍNDICE.

	<u>Páginas.</u>
El Artista Barquero.	7
Espatolino.	217
Dolores.	369







University of Toronto
Library

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET

Acme Library Card Pocket
Under Pat. "Ref. Index File"
Made by LIBRARY BUREAU

